
SOLO EL TIEMPO CURA UN CORAZÓN ROTO
SEGUNDO LIBRO
DESPUÉS DE DICIEMBRE
JOANA MARCÚS SASTRE

CAPITULO 1

—Entonces... —Shanon me miró a través del espejo, sentada en mi cama—, ¿estás nerviosa?

Yo también me miré a mí misma. ¿Era cosa mía o ese día nada —absolutamente nada— me sentaba bien? Estaba horrorosa. Estúpida ropa. Estúpido cuerpo. Me quité la sudadera de un tirón y la lancé al suelo junto con el ya considerable montón de ropa que había ido descartando en tiempo récord.
Mi hermana mayor, Shanon, pareció divertida al verme tan agobiada.
—Me lo tomaré como un sí —dijo.

—¿Por qué estoy tan fea con todo?

—Solo te ves fea por los nervios. Y por tu ropa —puso una mueca—. En serio, necesitas renovar tu armario.

—Mi ropa está bien —protesté entre dientes, rebuscando.

—Jenny, cariño, sabes que te aprecio mucho y que eres la mejor hermana que tengo, pero tu sentido de la moda...

—Un momento, soy la única hermana que tienes —la miré de reojo.

—Exacto.

Puse los ojos en blanco.
—¿Te gusta este? —pregunté, enseñándole un jersey rojo oscuro.

—No está ma... un momento, ¡eso es mío!

Lo pegué a mi pecho cuando hizo un ademán de quitármelo.
—Estaba en mi armario —enarqué una ceja—. Ahora es mío.

—¿Qué...? ¡No!

—Ley de propiedad privada. Lo siento.
—¿Ley de propiedad privada? ¿Y eso qué es?
—Lo que me acabo de inventar.
—¿Y es válido?
—Sí. Porque estás en mi habitación. Mi habitación, mis normas.
—Si te quedas eso, tus botas con plataforma son mías. Y el collar azul.

—Sí, claro. Y el armario entero, si quieres.

—¡Pues devuélvemelo!

—¡No!

Forcejeamos un rato antes de que ella se diera por vencida.

—Bueno —puso los ojos en blanco—. Da igual. Sigue quedándome mejor a mí.

—Eso te crees tú.

El rojo oscuro no me sentaba mal. Iba a ser el elegido. Me apresuré a agacharme y empezar a meter apresuradamente en la maleta todo lo que había desechado. Shanon se puso nerviosa al ver que lo dejaba todo arrugado y se agachó para arreglar el desastre. Ella iba doblando la ropa a medida que yo la tiraba —literalmente— en la maleta.
—Cuando te pones nerviosa, estás insoportable —murmuró.

—Pues tú estás insoportable siempre.

Ella se rio, poco ofendida.
—Owen estaría de acuerdo contigo —murmuró.

Owen era su hijo pequeño, el cual había sido un pequeño accidente que había tenido con solo diecinueve años. Es decir… mi edad actual. Mi madre se había puesto bastante intensa —por no decir pesada— con eso de asegurarse de que tuviera cuidado a la hora relaciones sexuales. Mi padre era menos disimulado y me había regalado, directamente, una caja de condones.
Si supieran cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había hecho algo así… bueno, no se molestarían en darme condones.
—Esto no cierra —protestó Shanon, devolviéndome a al realidad.

Me senté encima de la maleta y las dos empezamos a tirar con fuerza de la cremallera por ambos lados.
—Aclárame una cosa —mascculló mientras las dos forcejeábamos.

—Dime.

—Hace… mhm… cómo odio las maletas.
—Shanon, ibas a decirme algo.
—Ah, sí, sí… hace un año que no los ves, ¿no? A Naya, Will, Sue… y todo el etcétera que va tras ellos.

—Sí… —murmuré.

—Un año exacto.

—Bueno… no exacto. Ya estamos a mediados de enero.

—Y tu novio no estará, ¿no? Está en Francia por…

Puse una mueca cuando mencionó *la-palabra-prohibida-con-n* y ella se interrumpió a sí misma.
—No lo llames así —le pedí en voz baja.

—Oh, perdón, Jenny —se apresuró a añadir, incómoda—. Es decir... eh... Ross estará en Francia medio año más.

—Sí.

—No lo vas a ver, ¿no?

—Ese es el objetivo.

—Entonces... ¿por qué vuelves?

Me enganché el mechón de pelo que siempre se salía de su lugar tras la oreja al conseguir cerrar la estúpida maleta.
—Si él estuviera ahí, no volvería —le dije con una ceja enarcada.

—¿No quieres volver a verlo?

—No.

—¿Estás segura? Lo he visto en la tele y está muy bue..

—No quiero saberlo —la corté enseguida.
Jack había estado saliendo en la televisión los dos últimos meses. Por lo visto, había estado grabando una película en Francia durante no sé qué tiempo y con no sé qué actores famosos. No dejaba de dar entrevistas por todos lados.
Al parecer, después de todo, las cosas le habían ido bien gracias a esa escuela.
O eso te dices a ti misma para no arrepentirte de lo que hiciste.
Ay, vocecilla de mi conciencia, ya te había echado de menos. Incluso siendo así de cruel.
La cosa es que yo no había visto ninguna de esas entrevistas. Ni iba a hacerlo. No quería verlo. En cambio, mis padres no se perdían ni una. De hecho, muchas veces los pillaba hablando Jack tan orgullosos como si fuera su propio hijo. Por supuesto, se convertía en un tema tabú en cuanto se daban cuenta de que podía oírlos y cambiaban de tema abruptamente.
Honestamente, parecía que todo el mundo en mi familia creía que iba a echarme a llorar solo por escuchar su nombre.
—Lo he hablado con Naya —volví a la conversación—. Él no estará por medio año más y yo puedo aprovechar para hacer las asignaturas que dejé pendientes el año pasado. Cuando termine, volveré a casa y a él todavía le quedará una semana en Francia. Ni siquiera sabrá que he estado ahí. Es... —suspiré— el plan perfecto.
Al final, había aceptado el trabajo de entrenadora de atletismo. De hecho, había sido la entrenadora de mi sobrino y de sus compañeros de clase durante casi un año entero. Y me había estado cuidando. Había estado comiendo sano con Spencer y entrenando con los chicos. La perspectiva de volver a la comida basura no era, precisamente, muy prometedora.
Pero... tenía que terminar mi primer año de filología. Era lo que me había propuesto a mí misma. Y Naya me había asegurado que, si iba a vivir con ellos durante ese tiempo, Jack jamás se enteraría.

Así que sí que era el plan perfecto, ¿vale?
Aunque... eso de ir a su piso sin él no me hacía mucha ilusión. Sería demasiado extraño. En realidad, mi plan era ver si encontraba alguna habitación en la residencia, pero no le había dicho nada a Naya por si acaso. Era un poco intensita cuando quería.
—¿Y dormirás en su habitación? —preguntó Shanon, mirándome de reojo.

Tenía un don para leerme la mente. Me encogí de hombros.
—Espero poder dormir en el sofá. O con Sue, aunque no creo que me deje entrar en su habitación. Y voy a pagarles el alquiler. Aunque no quieran.
—Pero... ¿estarás bien, Jenny?

Y sabía lo que quería decir con eso.
Lo había pasado fatal durante ese año. Simplemente, fatal.
Nunca creí que una ruptura pudiera afectarme tanto.
Me había pasado el primer mes arrepintiéndome de lo que había hecho y encontrándome a mí misma con el móvil en la mano varias veces, dispuesta a llamarlo para pedirle que me llevara con él o volviera conmigo. Pero... sabía que la decisión estaba tomada y eso solo hacía que me pusiera a llorar como la idiota impulsiva que era.
Las ganas de llorar desaparecían cuando lo veía —de reojo— sonriendo en la televisión al pasar rápidamente por el salón.
Mis dos mayores pilares de apoyo habían sido mis dos hermanos mayores Spencer y Shanon. Mamá, papá y los dos idiotas —mis otros dos hermanos— se habían esforzado para que estuviera bien, pero... no era lo mismo. Shanon era como mi mejor amiga. La única persona a la que sentía que podía contarle todo sin problemas. Y Spencer había sido quien me había sacado de mi cama para obligarme a hacer algo productivo con mi vida pese a mi actitud de mierda.
Durante ese primer mes había ganado tres kilos hechos a base de helado de chocolate y golosinas —ambas me recordaban a Jack y me deprimían más, comiendo el doble. Los adelgacé al mes siguiente, cuando Spencer me obligó a salir a correr cada mañana con él. Ya había aceptado el puesto de entrenadora, así que empecé a trabajar y fue como si tuviera la excusa perfecta para estar ocupada y no pensar en él. Porque hacerlo era horrible.
Él había intentado contactar conmigo. Durante el primer mes. Había dejado de mirar el móvil. De hecho, mi récord fue tenerlo en mi cómoda una semana sin prestarle atención. No quería responder. No quería hablar con él. Sabía lo que pasaría si lo hacía; me derrumbaría y todo sería un desastre.
Después de ese mes, no volví a saber nada de él. Al menos, no directamente.
Naya y yo empezamos a hablar cada semana. Ella me hablaba de su vida por ahí y yo de la mía. A veces, intentaba insinuar que podía decirme cómo le iba a Jack, pero prefería no saberlo. La única vez que me ignoró y me dijo algo sobre Jack, fue que él no volvería a intentar llamarme. Nunca. Pero eso yo ya lo sabía.
Podía entenderlo. Le había mentido para que me dejara. Para que me odiara. Para que se fuera.
Le había dicho que había vuelto con el imbécil de mi exnovio cuando no era cierto.
Me había cruzado con Monty alguna vez durante ese tiempo. Ahora, salía con la que había sido mi amiga, Nel. Me había puesto los cuernos con ella, también. No había llegado a hablar

con ella de eso jamás. De hecho, no había vuelto a hablar con ella. De ninguna forma. Una parte de mí esperaba una escena digna de una película de Hollywood en la que nos dijéramos de todo para después matarnos entre nosotras, pero no. Simplemente, no habíamos vuelto a hablar.
Qué aburrida podía llegar a ser la vida real.
—¿Jenny?

Shanon me miraba fijamente, como si hubiera entrado en trance.
—¿Me estás escuchando?

—¿Eh? —parpadeé.

—Solo quiero... ¿estás segura de que estarás bien volviendo ahí? Quiero decir... has pasado un tiempo muy mal... ¿seguro que quieres volver? Podría ser como volver a empezarlo todo.

Me quedé en silencio un momento.
—Ya está decidido, ¿no?

Ella suspiró.
—Sí, supongo que sí. Venga, te acompañaré al aeropuerto.

Bajé las escaleras cargando como pude la enorme maleta. Biscuit, mi perro, fue el primero en acercarse a recibirme con cara triste, como si supiera que me marchaba otra vez. Ya me había despedido de los dos idiotas, que estaban trabajando en el taller. Papá, mamá, Spencer y Owen me observaron desde los sofás.
—Hora de irse —anunció Shanon.

—¿Puedo ir? —Owen puso cara de pena—. Por fa, por fa, por fa.
—Si no molestas —Shanon le sonrió.

—¡Bien!

—Ven, cielo —mamá se había acercado a mí con los brazos abiertos. Me dio un pequeño abrazo y suspiró—. Pórtate bien. Y, si cambias de opinión...

—Puedo volver a casa, lo sé.

Se separó y me dedicó una sonrisa triste.
—Siempre puedes volver a casa. Siempre.

Se me había formado un nudo en la garganta cuando asentí con la cabeza. Papá se acercó y me puso una mano en el hombro, muy serio.
—Como me llames para decirme que estás embarazada...

—Papá —puse los ojos en blanco, riendo.

—Ya tuve suficiente una sorpresita.

Spencer tapó las orejas a Owen, que nos miraba felizmente.

—No lo llaméis *sorpresita* —protestó Spencer—. Podéis crearle un trauma infantil o algo así.

—Y... em... —mi padre intentando ser cariñoso conmigo era bastante malo—. Cuidate y todo eso.

—Exacto —mi hermano asintió con la cabeza—. Seguro que esta vez podemos venir a verte alguna vez. Y nos presentas a tus amigos.

No me dejó tiempo para responder.
—Venga, vamos, yo conduzco.

Me quedé atrás con Owen todo el camino, mirando por la ventana con expresión perdida. Él parecía emocionado —le gustaban los aeropuertos— y triste a la vez porque me fuera.
Spencer y Shanon no dijeron nada, pero los pillé intercambiando miradas varias veces.
Entonces, llegamos al aeropuerto y ellos me acompañaron hasta donde pudieron. Nos detuvimos los cuatro y yo me giré hacia ellos, respirando hondo. Se avecinaba una pequeña despedida.
Y me sentía como si estuviera diciendo adiós para irme a la guerra.
Owen fue el primero en acercarse. Me agaché para mirarlo.
—Me gustabas como entrenadora, tita —murmuró con mala cara.

—¿Y qué te hace pensar que no lo seré cuando vuelva, cariño? —le revolví el pelo con una mano—. Son solo unos meses. Ya recuperaremos el tiempo perdido en verano.

Él me frunció el ceño, no muy convencido.
—¿Qué pasa? —pregunté, confusa.

—¿Vas a ver a ese chico? —preguntó, enfurruñado.

—No —aseguré en voz baja.

No se lo creyó.
—¿Vas a volver a llorar por su culpa? —puso una mueca—. No me gusta que llores, tita.

—Owen... —miré a mis hermanos en busca de ayuda.
Ellos parecían haber entrado en pánico, como siempre que se mencionaba a Jack en mi presencia. No sabían disimular.

—No molestes a tu tía, venga —Shanon lo riñó suavemente antes de mirarme—. Lo siento, Jenny, le dije que no dijera nada de...
—No pasa nada —le aseguré.

Pero Owen estaba empezando a lloriquear. Oh, oh.
—No quiero que la tita se vuelva a ir —murmuró, agachando la cabeza y sorbiendo la nariz.

—Oye, Owen —Spencer lo miró—, ¿quieres que vayamos a probar suerte en la máquina esa de pescar peluches?

Él lo miró un momento, dejando de llorar. Después, sonrió ampliamente y asintió con la cabeza.
Shanon aprovechó el momento para darme un abrazo de oso. Sonreí apoyando la mandíbula en su hombro.
—Espero que no te cruces con él —murmuró—. Y no lo digo porque sea malo o algo así, pero... no creo que sea bueno para ninguno de los dos.
—Lo pillo.

—Pero, si lo haces... —se separó y me guiñó un ojo—. Que sepas que estás mejor que nunca. Mira qué piernas. Se volvería loco.

Sonreí, divertida y triste a la vez. Spencer se acercó y me rodeó los hombros para plantarme un beso ruidoso en la frente.
—Llámame para cualquier cosa —me aseguró.
—Llevas diciéndome eso una semana.
—Cualquiera, ¿vale?

—Que sí, pesado —sonreí.

—Bien —suspiró—. Pues... pásatelo bien y eso.

—Sí —sonrió Shanon.

—Adiós, tita.

Los miré un momento, tragando saliva y preguntándome si había tomado la decisión correcta.
Al final, les dediqué una última sonrisa sin ser capaz de decir nada más y me di la vuelta para alejarme de ellos.

***

Parecía que había pasado una vida entera desde que no las veía.
Cuando salí de la puerta de salidas, vi que Naya y Lana hablaban entre ellas con el ceño fruncido. Seguro que ya estaban maquinando algo.
Un momento...
¿Lana había ido a buscarme?
¿Lana?
Me detuve un momento, sorprendida y confusa. Después, decidí seguir andando.
Y, justo cuando pensé que ya había superado todas las cosas vergonzosas que podían sucederme en un aeropuerto... Naya hizo su aparición estelar.
Ella levantó la mirada y la clavó en mí. Me quedé de pie entre la gente que seguía avanzando y le dediqué una pequeña sonrisa emocionada. No había cambiado nada. Lana se había cortado un poco el pelo, pero también seguía igual de odiosamente perfecta.
Entonces, Naya chilló como si hubiera visto a un asesino en serie y, literalmente, pasó por encima de la valla de entrada para venir corriendo hacia mí. Casi me tiró al suelo cuando se lanzó sobre mí para abrazarme. Lana había hecho exactamente lo mismo. Entre las dos, empezaron a estrujarme.

Vale, podía entenderlo en Naya, pero... ¿¡Lana!?
¿Qué me había perdido?
¿Había entrado en un universo paralelo al bajar del avión? Era la única explicación raznable.
—¡QUÉ FUERTE! —Naya estaba entusiasmada, dando saltitos mientras me abrazaba con fuerza—. ¡Mírate!

—Parece que ha pasado una eternidad —asintió Lana, igual de contenta.

Vale, igual Lana está fumada o algo.
—Me alegro de veros —esbocé una pequeña sonrisa avergonzada. Todo el mundo nos miraba de reojo.

—¡Estás preciosa! —Lana levantó las cejas.

—Sí, te has puesto en forma —Naya asintió con la cabeza, mirándome de arriba a abajo.
—Puedo decir lo mismo de vosotras —les pasé un brazo por encima de los hombros, dándoles otro abrazo. Yo también las había echado de menos. Y estaba intentando no mostrarme muy extrañada por Lana. Después de todo, había venido a buscarme—. Bueno... me encantan los aeropuertos, pero... ¿podemos irnos?
—¡Vamos! —Naya agarró mi maleta y echó a correr hacia la salida mientras Lana enganchaba su brazo con el mío y me guiaba, sonriendo.

—Está muy emocionada con que vuelvas —me dijo.

—Ya lo veo —le aseguré, divertida.

—Todos lo estamos —me guiñó un ojo—. Tu ausencia por aquí se ha notado muchísimo.

No supe qué decir al respecto. Parpadeé, sorprendida, cuando vi que todo a mi alrededor estaba cubierto con una fina capa de nieve. Estaba congelada cuando se subieron a un taxi con una sonrisa de oreja a oreja. Seguramente, Will y Sue tenían algo más que hacer. Pero... me había hecho ilusiones de verlos. Tendría que esperar un poco.
En cuanto nos pusimos en camino, ellas me agarraron una mano cada una, emocionadas. Estaba sentada entre las dos en la parte de atrás mientras el taxista miraba la carretera con cara de aburrimiento.
—Dios, tienes que contarnos todo lo que te haya pasado —me dijo Naya.

—Seguro que os han pasado más cosas a vosotras —murmuré, divertida.

—Tengo novio —me dijo Lana felizmente—. Hace casi tres meses que estamos juntos.

—Me alegro por ti —le aseguré con una pequeña sonrisa.

—¿Y tú qué? ¿Algún romance a la vista?

Casi me reí. Claro que no. Dudaba que alguna vez pudiera volver a gustarme alguien. Mi corazón ahora mismo era como un prado desierto en el que nunca daba el sol.

Qué poética te has vuelto, chica.
—No —les aseguré.

Lo más cercano que había tenido a una cita en un año había sido ir al dentista y que me tocara un chico joven en prácticas. Shanon se había enfadado conmigo porque había dicho que me había estado sonriendo todo el rato y yo había pasado categóricamente de él. Honestamente, ni me había dado cuenta de que era un chico guapo. Había estado tan perdida...
A veces, me daba miedo no volver a sentir nada por nadie. Y lo decía muy en serio. Todo parecía... nada en comparación a... él.
—¿En serio? —Naya pareció sorprendida, devolviéndome a la realidad.

—Seguro que te encontramos a alguien —me aseguró Lana.

E intercambiaron una mirada que me hizo desconfiar de ellas al instante.
—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Nada! —Naya me colocó un mechón de pelo—. Parece que hace una eternidad que no nos vemos. ¿Sabes que...?

Y empezó a contarme que Chris había salido del armario —whoa— y que había estado con un chico durante un tiempo, pero que no había funcionado. Sue seguía igual. Will también. Ahora, Naya ya vivía con ellos dos oficialmente. Me alegré por ella.
—¡Y he estado cocinando unos pastelitos para cuando llegaras! —exclamó Naya—. Pero... eh...

—A no ser que te guste el sabor a carbón, no te los recomiendo —añadió Lana.

—¡Ese estúpido horno no me hace caso cuando le doy a los... botoncitos!

—Es un horno, no tiene botoncitos. Tiene teclas.

—¡Es lo mismo!

—Puedo cocinar yo algo —les aseguré, sonriendo.

—¡De eso nada! —Naya pareció alarmada—. Eres la invitada. Y tienes que asentarte en la habitación.

—En realidad, creo que me quedaré en el sofá.

—No puedes —me dijo Lana demasiado rápido.

Me quedé mirándolas un momento, confusa. Ellas habían intercambiado otra mirada. Fruncí el ceño.
—Vale —dije lentamente—, ¿alguien puede explicarme...?
—¡Anda, mira, ya llegamos!

Puse mala cara cuando intenté volver a preguntar y me distrajeron de nuevo.

El trayecto se me había hecho ridículamente corto. El taxi se detuvo e insistieron en pagar ellas el viaje. Recogí mi maleta y nos subimos las tres en el ascensor. Parecían muy emocionadas. Seguía mirándolas con cierta desconfianza.
Ambas esbozaron sonrisitas angelicales.
—Tengo un mal presentimiento —murmuré.
—¡Venga, ven!
Naya sacó las llaves de su bolsillo y abrió rápidamente la puerta para nosotras dos. Sin embargo, nos adelantó estratégicamente y fue ella quien se deslizó la primera al salón con una enorme sonrisa. Lana se colocó a su lado y me quedé quieta, confusa, en el descansillo.
—Por fin —la voz de Will me hizo sonreír, emocionada. Hacía un año que no lo oía. Lo había echado mucho de menos—, ¿dónde os habíais metido?
—¡Hemos ido a por una sorpresa! —Naya me miró—, ¡ven aquí!

Me adelanté torpemente y me asomé al salón para ver a Sue leyendo y a Will sentado en el sofá. Ambos se giraron a mí con expresiones aburridas.
Entonces, en apenas un segundo, cambiaron —a la vez— su expresión a una de perplejidad absoluta.
—¿Qué...? —empezó Sue.

—¿Cuándo...?

—¡Sorpresa! —exclamó Lana, señalándome.

—¡Sí, sorpresa! —Naya también me señaló.

Sonreí inocentemente.
—¿Sorpresa?

Esperé una reacción positiva, pero los dos seguían mirándome como si hubieran visto un fantasma.
—Cuánta alegría por volver a verme —comenté, intentando no poner una mueca.

Entonces, Will se puso de pie y miró fijamente a Naya, que convirtió su sonrisa de oreja a oreja en una mueca. Will parecía enfadado. Levanté las cejas.
¿Will... enfadado?
La teoría del universo paralelo cada vez tiene más sentido.
—No me lo puedo creer, Naya —le dijo, negando con la cabeza.
—Oh, vamos, amor, sabes que... —Lana puso los ojos en blanco.

—No, tú sabes que esto no está bien —frunció el ceño—. Y tú también, Lana.

Parpadeé, un poco ofendida.
—Tú no, Jenna —me aseguró él enseguida al ver mi expresión—, es que... ¡Naya, no me puedo creer que hayas hecho esto!

—¡Ella también lo ha hecho, no es solo mi culpa! —protestó ella, señalando a Lana.

—Chivata —murmuró Lana.

—¿Hacer el qué? —pregunté, confusa.

—Esto va a ser muy interesante —Sue se había puesto de pie y se había acercado a mí—. Me alegra volver a verte.

Y me abrazó.
¿Qué...?
Universo paralelo. Te lo estoy diciendo.
No sé si me confundió más su muestra de afecto repentina o la mueca enfadada de Will. Sue me dio una palmadita en la espalda al separarse.
—¿Qué tal estás? —le pregunté.

—Sigo teniendo helado de sobra, así que bien.

Le sonreí, divertida, pero esa sonrisa se esfumó cuando vi que Will volvía a sentarse, pasándose una mano por la cara.
—No me lo puedo creer —murmuró.

—Pues créetelo —Lana le dio un apretón en el hombro antes de sentarse en un sillón—. Es por el bien común.

—¿Por el bien común? —Will la miró, perplejo—. No sabéis lo que habéis hecho.

—¿Alguien me va a explicar qué está pasando? —pregunté, confusa, cuando todo el mundo se sentó menos yo.

Naya se había puesto en el otro sofá, a una distancia prudente de su novio irritado.
Will me miró con los ojos abiertos de par en par.
—¿No lo sabes? —miró a Naya—. ¿¡No lo sabe!?

—¿Saber el qué? —me asusté un poco. ¿Por qué lo decía así?

—¡Si se lo hubiera dicho, no habría accedido a venir! —protestó Naya.

—¡Pues claro que no! ¡Porque es una persona racional!

—¿Y nosotras no? —preguntó Lana.

—¡Obviamente, no!

—¿Podéis no ignorarme, por favor? —mascullé.

—Mierda —Will suspiró largamente y me miró—. Yo... siéntate.

Me senté a su lado, cautelosa. Me agarró la mano y me miró como si fuera a decirme que había matado a mi gato. Parpadeé, tensa.
—No te alteres —advirtió.

—Me estás alterando tú al no decírmelo.

—Es que… Jenna, no te va a gustar esto.

—Vale…

—Así que prepárate y…

—¡Will, dímelo ya!

—¡A eso voy!

—¡Entonces, déjate de tonterías y…
—Ross está viviendo aquí.

Me quedé mirándolo un momento.
No acababa de decir lo que creía que había oído, ¿no?
Porque no tenía sentido.
Y no podía ser real.
Solo podía escuchar mi corazón latiendo. No reaccioné. Mi cerebro se había quedado en blanco. De hecho, yo me había quedado blanca.
—¿Qué? —me escuché decir a mí misma en voz baja.

—¿Sorpresa? —Naya me sonrió.

Parpadeé en su dirección antes de volver a mirar a Will. Una parte de mí tenía la esperanza de que se echara a reír y dijera que era broma… pero no lo hacía. Solo me devolvía la mirada, más serio que nunca y apretando mi mano.
Vamos, di que es una broma, Will.
No tiene pinta de ser una broma, querida.
—¿Qué? —repetí como una idiota.
—Imagínate cómo reaccionará él cuando la vea —murmuró Sue, mirándome con cierta diversión maligna—. Yo pienso grabarlo, no sé vosotros.

Entonces, mis sentimientos se agolparon todos de una vez y se unificaron en mi enfado hacia Naya. Cuando la miré, ella se encogió en su lugar.
—¡Dijiste que seguía en Francia! —la inculpé, después miré a Lana—. ¡Y tú lo sabías y tampoco has dicho nada!

—Si lo hubiéramos hecho, no habrías venido —me dijo Lana.

—¡Pues claro que no! ¡Tenía derecho a elegir! —solté la mano de Will, respirando agitadamente—. ¡Esto es una maldita encerrona!

—¡No es una encerrona! —protestó Naya.

—¡Sí, sí lo es! —la corté, alterada—. No me puedo creer que me hayáis hecho esto.

—Ni yo —murmuró Will.

—¡No es para tanto! —protestó Lana.

—¡Sí, seguro que Ross se alegra mucho al verte y todo vuelve a ser como siempre! —Naya sonrió ampliamente—. ¡Volveremos a ser como una pequeña familia feliz!

Will, Sue y yo la miramos fijamente, cuestionándonos hasta qué punto había pensado la tontería que acababa de decir.
—¿De verdad crees que Ross se alegrará de verla? —le soltó Will, frunciendo el ceño—. ¿Te has olvidado de este maldito último año?

Naya agachó la cabeza, avergonzada.
—No...

—¿Y me puedes decir en qué momento has decidido que era una buena idea traerla aquí sin decirle nada?

—¡Solo quiero que todo vuelva a ser como antes! —puso una mueca, como si fuera a echarse a llorar.

—Pues esta no es la forma de conseguirlo —le dijo él—. ¿Qué se supone que haremos ahora?

—Esperar a Ross —dijo Sue, negando con la cabeza—. Y suplicar porque se comporte mejor que últimamente.
Eso último hizo que levantara la cabeza y dejara de maldecir a esas dos en voz baja.
—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, confusa.

Hubo un momento de silencio colectivo.
—¿Algo más que no hayáis mencionado? —les pregunté a ellas dos, enfadada.

—Es que... —Lana hizo un ademán de empezar, pero no supo cómo seguir.

—Ross no es... —Naya suspiró, buscando las palabras adecuadas.

Silencio de nuevo. Will, exasperado, me miró fijamente.
—Ross no es el Ross que conocías —me dijo directamente.

Me quedé mirándolo, confusa.
—¿Qué?

Su me sonrió.
—Conociste su lado bueno. Espero que estés preparada para el malo.

—¿El malo? ¿Qué...?

—Ha cambiado mucho en este año —murmuró Naya.

No entendía nada. Y todos parecían muy incómodos con la conversación.

—Vale, vamos por partes —murmuré, intentando centrarme—, ¿no se supone que él debería estar en Francia?

—No —Will me miró—. Empezó el curso, pero le salió una buena oferta hace cuatro meses y volvió aquí.

¡La maldita película por la que había salido por la televisión tantas veces! ¡No había estado en Francia! ¡Había estado aquí todo el tiempo!
Debí haber mirado las estúpidas entrevistas.
Un momento... ¡mis padres las miraban! ¿Lo sabían? ¿Y no me dijeron nada?
—Sí, trabajó en algunas películas —murmuró Sue.

—Y en la suya —añadió Lana.
La miré fijamente.
—¿La suya?

—Se estrena dentro de tres semanas —Naya sonrió inocentemente.

Era tanta información para procesar que apenas podía entenderlos.
—¿Jack ha hecho una... película?

—Ugh... no lo llames así —me advirtió Lana con una mueca.

—¿Por qué no? —pregunté, confusa.

—Tú... eh... limítate a llamarlo Ross —me recomendó Naya con una pequeña sonrisa.

—Vale. Ahora, ¿me podéis explicar por ha cambiado?

—Es una larga historia —me aseguró Will, suspirando.

—Tengo tiempo —le aseguré.

—No tanto —me aseguró él, a su vez—. Supongo que te han ofrecido a quedarte aquí.

—Sí, pero supongo que ya no va a poder ser —murmuré.

Naya me miró, extrañada.
—¿Por qué no?

—Acabáis de decir que Ja... que Ross está aquí —aclaré—. Por motivos bastante obvios, no voy a poder dormir con él.

Hubo un momento más de silencio.
—¿Qué? —pregunté, impaciente.

No decían nada y yo estaba perdiendo los nervios.
—Eso sí, si me dejáis quedarme en el sofá una noche, al menos, para poder...

—No puedes quedarte en el sofá —me dijo Naya en voz baja.

—¿Por qué no?

—Porque lo usa Ross —murmuró Will—. No… mhm… no ha usado mucho la habitación desde que te fuiste.
¿Qué?
Estaba tan entumecida que ni siquiera pude pensar al respecto.
—¿Y duerme… en el sofá?

—Sí, cuando aparece —murmuró Sue, mirando su libro con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Cuando aparece? —repetí, mirándola.
—Sí —ella se encogió de hombros, pasando página—, cuando no está borracho tirándose a alguna chica en la residencia, duerme aquí.

Oh, no.
Me sentó como diez patadas en el estómago.
Y sabía que no tenía ningún derecho a sentirme así. Eso era lo peor.
—Y el premio para el tacto va a Sue —Lana la miró de reojo.

—Es verdad, ¿no? —se encogió de hombros—. Mejor que sepa cómo están las cosas.

—Pero… —estaba intentando entenderlo todo—, Jack no… no bebe… no…

¡Ni se acuesta con otras chicas!
Me ardía la garganta.
Sue contuvo una risa, mirándome.
—Oh, querida… —murmuró, abriendo su libro de nuevo.

Miré a Will en busca de ayuda.
—¿Quieres… que te ayude a llevar tus cosas a la habitación?

—¿A la habitación? —repetí, confusa—. ¿Cómo voy a quedarme aquí si Jack…?

—Ross —me corrigió Naya.

—¡Cómo sea! ¿Cómo voy a vivir aquí con él? ¿Os habéis vuelto locos?

—Honestamente, Jenna, hace casi una tres días que no lo vemos por aquí —me dijo Will—. Lo verás menos aquí que en la residencia.

Otra bofetada. Puse una mueca.
¿Y qué hacía él en la residencia femenina? Si no recordaba mal, él no hacía nada con chicas de la universidad. Dijo que no quería volver a cruzárselas. Quizá ya se había saltado esa norma.
Apreté los labios cuando noté un nudo en el cuello.
—Quédate aquí hasta que encuentres algo —me sugirió Naya.

Le dediqué una mirada dura para que supiera que seguía enfadada con ella y agachó la cabeza de nuevo.
—Ven —Will se puso de pie y agarró mi maleta—. Te echaré una mano.

—¿Puedo...? —empezó Naya.

—No te recomiendo que hagas eso ahora —le recomendó sabiamente Lana, que también parecía un poco avergonzada.

Will abrió la puerta de la habitación para mí y no pude evitar que se me formara un nudo en la garganta cuando vi que estaba tal y como la había dejado la última vez. Will me echó una ojeada antes de dejar mi maleta junto al armario grande.
—Siento no haberte recibido muy bien —murmuró con una mueca.

—Puedo entenderlo —le aseguré en voz baja.

—Yo... —suspiró, sentándose en la cama—. Mira, igual tienes suerte y no te cruzas con Ross hasta dentro de un tiempo, pero...

—Vale —cerré la puerta y lo miré—. Quiero que me digas ahora mismo qué pasa con él.

—Es com...

—Me da igual si es complicado, Will. Quiero saberlo.

Él suspiró largamente, mirándome,
—Lo pasó muy mal cuando te fuiste, Jenna. Muy mal.

Apreté un poco los labios. Él era la única persona a parte del padre de Jack y Shanon que sabía por qué me había marchado realmente.
—Sé que no era tu intención —añadió—. Pero... joder, no sabes cómo dejaste las cosas por aquí.

Me senté a su lado, tragando saliva.
—Al principio, quiso llamarte mil veces y no dejaba de preguntarnos a todos si habíamos notado que algo estuviera mal contigo. Ya te puedes imaginar que nadie dijo nada. Y se encerraba mucho en esta habitación. Estuvo así casi un mes entero.

Como yo...
—Entonces... fue tan repentino... se fue a Francia por esa escuela. Creí que sería bueno para él, pero... volvió mucho peor. Había vuelto a... a hacer todo lo que había dejado de hacer.

—Como en el instituto —adiviné en voz baja.

—No ha cambiado desde que volvió, Jenna —me advirtió—. De hecho, creo que ha empeorado. Mucho. Sacó sus cosas de aquí y las tiene en la cómoda del salón. Ni siquiera ha vuelto a entrar.

—¿De verdad? —puse una mueca triste.

—Y... —suspiró—. Mira, sé que Naya y Lana creen que, estando aquí, volverá a ser el de siempre, pero...

Su silencio fue suficiente como para que lo adivinara.
—Tú no lo crees —murmuré.

—No —admitió—. De hecho... bueno, no lo sé. Ross es muy impredecible cuando está en su modo autodestructivo.

Se puso de pie y me miró.
—Te dejaré sola para que te asientes —me dedicó una débil sonrisa—. Puedes darte una ducha si quieres, eh... estás en tu casa.

—Provisional —le recordé.

Él me miró un momento antes de ladear la cabeza como si nada.
—Tendrás el honor de elegir la cena por ser la recién llegada —me dijo—, ¿qué te apetece?

—Hace mucho que no me como una hamburguesa grasienta —esbocé una pequeña sonrisa.

—Pues una hamburguesa —él abrió la puerta, pero se quedó un momento en el umbral, mirándome—. Oh, y... bienvenida a casa, Jenna.

Cerró la puerta a sus espaldas y yo suspiré.
Volvía a estar ahí.
Ni siquiera me atreví a mirar a mi alrededor. Era como si cada rincón de esa habitación me trajera un recuerdo distinto. Seguía preguntándome si había tomado una buena decisión volviendo.
Me puse de pie y decidí no deshacer la maleta. No podía quedarme ahí si Jack seguía viviendo con ellos. Era una opción que no iba a contemplar. Ya me buscaría la vida de alguna forma. Me puse mi pijama y me solté el pelo, suspirando de nuevo. Estaba agotada y no sabía ni por qué. Aproveché para mandar un mensaje a Shanon y Spencer diciéndoles que ya estaba con ellos.
Por supuesto, omití todos los detalles de Ja... Ross.
Y pensar que antes se me hacía raro llamarlo Jack... ahora lo raro era no llamarlo así.
Fui directa a la puerta de la habitación y la abrí con expresión vacía.
Sin embargo, me detuve en cuanto puse un pie en el pasillo. Escuché pasos en la entrada y unas llaves cayendo estratégicamente en la barra.
Solo conocía a una persona capaz de hacer eso sin que se cayeran al suelo.
Oh, oh.
—¡Ross! —la voz de Naya sonó horrorizada.

Di dos pasos hacia delante con el corazón latiéndome a toda velocidad y me volví a quedar quieta al verlo.

Estaba de espaldas a mí, mirando a los demás, que estaban sentados en los sofás con las hamburguesas. Todos me habían visto, pero Ross no se dio cuenta porque estaba quitándose la chaqueta y lanzándola a un lado. Contuve la respiración.
Verlo, aunque fuera a varios metros de distancia y de espaldas, hizo que mi cuerpo entero reaccionara a él. Hacía tanto que no sentía algo parecido a nervios que me costó aceptarlo mientras daba otro paso hacia delante. El corazón me latía con tanta fuerza que me palpitaba la cabeza.
Jack se quedó mirándolos al ver que estaban todos en silencio.
—¿Qué? —preguntó secamente.

Whoa.
Dejé de avanzar, sorprendida.
Nunca lo había escuchado hablar así de mal a nadie. No era lo que había dicho, sino el tono que había usado.
Y, sin embargo, ellos no parecieron sorprendidos para nada.
—Eh... —Lana hizo un ademán de señalar las hamburguesas—. Hemos compr...

—¿Qué haces tú aquí? —la cortó Ross.

Parpadeé, sorprendida. Él no era así... ¿qué estaba haciendo?
—Naya me ha invitado —le dijo Lana, algo cansada, como si hubiera repetido eso miles de veces—. Por si se te había olvidado, ella también vive aquí.

—Hablando de invitaciones... —Naya me miró de reojo antes de volver a centrarse en Ross—. Em... hay algo que deberías saber.

Él se cruzó de brazos, mirándola.
—Más te vale que no sea una de tus tonterías.

—Relájate —le dijo Will con una dura mirada.

—¿Que me...? —pareció que Ross se reía de él por un momento, pero se interrumpió bruscamente al ver su expresión—. ¿Qué?

Oh, oh. Se había dado cuenta de que algo iba mal.
Ya verás cuando se entere de que ese algo eres tú.
—¿Qué habéis hecho ahora? —preguntó Ross secamente.

—Yo no quiero saber nada de esto —murmuró Sue, sacando el móvil y preparándose para grabarlo todo.
Jack dio un paso hacia ellos, tenso.
—¿Qué habéis hecho?

—Tío, relájate —Will se puso de pie lentamente.

—No me digas que me relaje y dime ya qué pasa.

—Cuando te relajes...

—¡No quiero relajarme! ¿¡Qué pasa!?
—Hola —me escuché decir.

Silencio.
Horrible silencio.
Mi voz sonó muy bajita, pero fue suficiente para que todo el mundo se callara. Yo solo lo veía a él. En concreto, su espalda. Todos sus músculos se tensaron al instante, pero no se movió de su lugar.
Vi que Will pasaba la mirada desde mí hasta él varias veces. Se había quedado de pie al lado de Jack, precavido.
Entonces, como en cámara lenta, Jack se dio la vuelta lentamente. Lo primero que noté que había cambiado fue que tenía barba de pocos días y el pelo un poco más corto. Y... su expresión. Como si no hubiera descansado bien en años.
Pero yo ya no podía ver eso.
Solo pude ver sus ojos clavándose en mí como dos dagas.
Tuve el impulso de dar un paso atrás, pero conseguí mantener la compostura y no me moví de mi lugar, tragando saliva.
Hubo silencio absoluto cuando sus ojos fueron desde los míos hasta mis pies y volvieron a subir lentamente, enviándome descargas eléctricas por todo el cuerpo que jamás creí que volvería a sentir. Me retorcí los dedos, nerviosa, y él los miró un momento. Tenía los labios entreabiertos.
Y el maldito silencio era horrible. Solo quería que dijera algo. Ni siquiera parecía enfadado o contento, solo... en shock.
Will también lo miraba esperando una reacción que no llegaba.
Entonces, di un paso hacia él y Ross lo retrocedió, parpadeando como si hubiera vuelto a la realidad.
Volvió a repasarme de arriba a abajo y luego clavó la mirada en cualquier cosa que no fuera yo. Vi que tragaba saliva.
—¿Sor... presa? —murmuró Naya.
Ross la ignoró completamente. Volvió a mirarme. Esta vez, su mirada era impenetrable. No dejaba entrever nada de lo que pensaba. Absolutamente nada. Y eso me intimidó un poco.
Volví a retorcerme los dedos cuando apretó los labios.
Cerró los ojos y tuve el impulso de acercarme, pero no me dio tiempo a hacerlo.
—Mierda —masculló en voz baja.

Entonces, agarró sus cosas de nuevo y se marchó dando un portazo.
Ni siquiera volvió a mirar atrás.

CAPITULO 2

No volvió a casa en todo el fin de semana... y nadie parecía muy preocupado por ello.
Intenté convencerme a mí misma de que eso era normal porque Will y Naya no dejaban de asegurármelo. Y, aunque no querían decirme dónde había estado, ya podía imaginármelo. Se me revolvían las tripas solo de pensarlo.
El lunes era mi primer día de clase. No estaba tan nerviosa como la primera vez. De hecho, hablé con algunos alumnos que habían ido a clase conmigo el año pasado y habían repetido asignaturas. Entre ellos, estaba Curtis. No había hablado demasiado con él el año pasado porque cada uno estaba con su propio grupo de clase, pero ese año estábamos solos y, no sé cómo, terminamos sentándonos juntos en todas las asignaturas comunes.
Resultó ser bastante más simpático de lo que esperaba. Y lo que más me gustó fue nuesta aparente coincidencia en babear por Henry Cavill.
—¿Lo viste en La liga de la justicia? —suspiró, negando con la cabeza—. Y, bueno, Gal Galdot tampoco estaba nada mal. Las cosas como son...

Cuando vio cómo lo miraba, sonrió.
—¿Qué?

—¿Te gustan ambos?

—Sí. Soy bisexual —me dedicó una sonrisa deslumbrante—. ¿Para qué quedarse en una acera cuando puedes estar en medio de la carretera e ir pescando de ambos lados?

No pude evitar reírme. Me gustaba su forma de ver las cosas. Sin embargo, hablar de superhéroes me entristecía un poco porque me recordaba a Jack. No tardamos en cambiar de tema.
Me quedé charlando un rato con su grupo de amigos y, al final, me ofrecieron ir a comer con ellos alguna vez entre clases. La verdad era que me apetecía. Hacía tanto que no tenía vida social...
En mi pueblo ya nadie que no fuera de mi familia —literalmente— estaba interesado en hablar conmigo. Monty había estado contando por ahí que le había sido infiel incontables veces en la ciudad y ahora todo el mundo me miraba como si fuera... bueno, no quiero ni decirlo.
No era cierto, claro, pero... ¿lo habrían juzgado a él igual de mal que a mí? Lo dudaba mucho. Además, ¿por qué lo creían sin pruebas?
Menos mal que Spencer no se lo había cruzado.
De todas formas, me despedí de Curtis y los demás para encaminarme hacia la residencia. Ya era por la tarde y tenía las botas empapadas de la pequeña capa de nieve que se había formado en mi ausencia cuando entré en el edificio. Era extraño ver que seguía exactamente igual, pero... no parecía el mismo.
Me había dado cuenta de que, cuando estás triste, el mundo parece haber adquirido un tono un poco más gris.
Chris estaba con el ceño fruncido en su móvil. No levantó la cabeza cuando escuchó la puerta.

—¡Dos movimientos! Tiene que ser una broma... —masculló—. ¡Límpiate la nieve en la alfombra o voy a tener que fregarlo y no...!

Se detuvo al levantar la cabeza y verme. Sonreí, divertida, cuando él también me sonrió.
—¿Qué tal, Chrissy?

—Ahora un poco peor —puso una mueca.

—Perdón. Chris.
Decidió pasarlo por alto y se puso de pie con una sonrisa.
—¡Mi inquilina favorita!

—¿Cómo estás? —le di un pequeño abrazo por encima del mostrador.

—Pues... como siempre —se encogió de hombros—. Las cosas no varían mucho por aquí, la verdad.
—El Candy Crush tampoco —sonreí, burlona.

—¡Solo juego cuando no tengo nada mejor que hacer! —se justificó enseguida, rojo de vergüenza—. Bueno... ¿has vuelto a vivir por aquí? Naya no me había dicho nada.

—Sí, no le ha dicho nada a nadie.
—¿Dentro de ese *nadie* está...?
No necesitó decirlo.
—Sí, está dentro de ese *nadie*.
—Suena a tontería que haría Naya para salirse con la suya —Chris suspiró—. En fin, ¿has vuelto a estudiar?
—Voy a hacer el cuatrimestre que no empecé —repiqueteé los dedos en el mostrador, un poco nerviosa—. En realidad, quería hablar contigo sobre eso.

—¿Necesitas habitación? —adivinó.

—Sí —sonreí—. Me gustaría quedarme en casa de Will y Naya, pero... eh...

—Las cosas no están muy bien ahora mismo, lo sé. Últimamente, veo a Ross casi cada día — puso una mueca—. Me tiene harto.
Intenté que no se me notara que eso me afectaba. Me limité a encogerme de hombros.
—¿Tienes habitaciones libres?

—La verdad es que no... será difícil encontrarte una individual a estas alturas del curso.

—¿Y compartida?

Se puso delante de su ordenador a teclear a toda velocidad. Yo miré el cesto de condones que tenía al lado y no pude evitar sonreír un poco cuando vi uno de mora.
Sin embargo, la sonrisa se me borró cuando vi que Chris miraba por encima de mi hombro y ponía mala cara.
—Podrías, al menos, intentar disimular —soltó de mala gana—. Si mi jefa se entera de que te estoy dejando entrar aquí...

No necesité darme la vuelta para ver quién estaba bajando las escaleras. Apreté los labios con fuerza al pensar en lo que habría estado haciendo esa noche. Y toda la mañana. No. No quería pensarlo. No quería saberlo.
—No se enterará —murmuró Jack, deteniéndose a mi lado en el mostrador.

No me giré para devolverle la mirada cuando noté que clavaba los ojos en mi perfil. Una parte de mí no se atrevía a hacerlo. Me retorcí los dedos sobre el mostrador, un poco nerviosa.
Todavía no había hablado con él. Ni siquiera lo había vuelto a ver. Y ya hacía dos días que había vuelto. Era raro pensar en ello.
—¿Qué hacéis? —preguntó Jack sin despegar los ojos de mí.

Intenté dedicarle una mirada significativa a Chris, cuyos ojos oscilaban entre nosotros. Estaba tan ocupado intentando descifrar qué pasaba que no se dio cuenta de nada.
—Busco una habitación para Jenna —dijo, finalmente.

Muchas gracias, Chrissy.
No había mejorado su discreción con un año.
Entonces, escuché una risa suave a mi lado y me atreví a girarme por primera vez hacia él.
Tenía un aspecto bastante malo, como si hubiera dormido mal. Podía imaginarme por qué había dormido mal. Pero lo que me disgustó no fue eso, sino la mirada frívola que tenía clavada en mí. Nunca me había mirado así.
Y lo peor es no poder culparlo, ¿eh?
Él ladeó la cabeza, mirándome.
—Acabas de llegar y ya quieres volver a irte corriendo —me dijo lentamente—. Qué sorpresa.
—No voy a irme corriendo a ningún lado —murmuré, mirando a Chris—. Solo quiero terminar mi año universitario.

—Qué lástima que ya no tengas a alguien que te lo pague todo, ¿no?

Ugh.
Él repiqueteaba los dedos en el mostrador justo al lado de mi mano. La alejé visiblemente y vi que dejaba de hacerlo.
No quería entrar en ese juego. Dolía, pero... me lo merecía. Lo había tratado muy mal. O eso creía él. ¿Lo había hecho? Ya no estaba segura de nada.

Vale, no quería entrar en ese juego... pero tenía demasiados sentimientos acumulados. Lo miré de reojo.
—Nunca te he pedido que me pagaras nada —mascullé.

Él volvió a soltar esa risa despectiva pero suave que ya me estaba empezando a poner nerviosa.
—Tú nunca pides nada, ¿verdad?

Apreté los labios.
—Estoy ocupada, Jack.
—Ross —me corrigió secamente.

—¿Qué?

—Que me llames Ross.

No pude evitarlo. Puse los ojos en blanco.
—No seas infantil.
Se formó un silencio muy tenso a nuestro alrededor cuando volví a girarme hacia Chris. Jack había dejado de repiquetear los dedos en la encimera, pero seguía mirándome fijamente. Ya no sonreía.
—¿Hay habitaciones o no? —le pregunté directamente.

—Ahora mismo, no —dijo él tras echarle una ojeada a Jack, claramente incómodo—. Pero... hay una chica que tiene pendiente decirme si dentro de un mes se va de aquí. Es una individual.

—¿Podrías avisarme si se va? —ignoré categóricamente la mirada que tenía clavada en el perfil.

—Eh... —Chris miró a Ross de nuevo, incómodo—. Sí, claro. Serás la primera en saberlo. ¿Tienes dónde dormir mientras no estés...?

—Tranquilo, duerme en mi cama —lo cortó Ross.

Intenté no poner mala cara con todas mis fuerzas, pero no pude evitarlo. Volví a ignorarlo.
—Gracias, Chris —remarqué su nombre—. Ya nos veremos.

Me di la vuelta y me alejé de ellos rápidamente hacia la puerta de la residencia.
—Y, Ross —escuché decir a Chris—, ¿podemos hablar de...? ¡Oye, Ross!

Pareció aceptar que no iba a ser escuchado cuando vio a Ross ignorándolo y siguiéndome hacia el exterior del edificio. No pude evitar poner una mueca cuando bajé las escaleras y se posicionó a mi lado. Ni siquiera lo miré.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó, colocándose delante de mí y andando de espaldas para mirarme de esa forma.

—Déjame en paz, Ross —remarqué su nombre.

—Te he dejado en paz un año, creo que es justo que ahora pueda no hacerlo.

Me detuve, mirándolo. Él también se detuvo delante de mí y vi que apretaba los labios al mirarme de arriba abajo.
—Mira… —empecé lentamente—, sé que esto no es cómodo para ti.

Intenté ignorar la risa áspera que soltó, mirándome y negando con la cabeza.
—No sabía que estabas aquí —añadí—. Si lo hubiera sabido…

—…no te habrías atrevido a venir. Sí, lo sé.

—No… no es cuestión de que me atreva o no, Ross, es cuestión de que esto no es cómodo para ninguno de los dos. Lo entiendo. Puedes tener tu habitación y yo dormiré en el sofá mientras tanto para que…

—Puedes quedarte con tu maldita habitación —sus ojos se enfriaron—. Después de todo, es más tuya que mía. Siempre lo ha sido, ¿no?

Fruncí el ceño.
—¿Qué quieres de…?
—Déjalo —recuperó el tono despectivo—. Así que ahora vivirás aquí. En la residencia. Qué interesante, ¿no?
No respondí. Él esbozó una pequeña sonrisa maliciosa, inclinándose hacia delante.
—Podría hacer contigo lo que hago con las demás chicas de esa residencia. ¿Eso te gustaría?

Tragué saliva. Intenté contar mentalmente hasta diez cuando tuve el impulso de responderle de malas maneras. Él se había separado y se acababa de encender un cigarrillo, mirándome con ese brillo cruel en los ojos. Enarcó una ceja, esperando una respuesta.
—No soy tu maldita chica de residencia —le dije secamente.

—¿No lo eres?

—No. Así que ten un poco de respeto.
—¿Respeto? ¿El mismo respeto que tuviste tú hace un año?

Me mantuve firme con mi mala cara.
—Jack, yo no…

—Ross —me cortó.

—¡Por favor, solo es un nombre!

—Sí, es *mi* nombre, así que llámame como quiera yo, no como te apetezca a ti.
Parpadeé, sorprendida. Intenté no dar un paso atrás cuando clavó en mí una mirada mucho más dura.
—No hace falta que estés… —intenté decirle.
—Oh, ni se te ocurra decirme cómo tengo que estar —me cortó con una risa áspera—. Ni se te ocurra.

Aparté la mirada y negué con la cabeza.
—¿Por qué me has seguido si, realmente, no quieres hablar conmigo?

Él ladeó la cabeza con una pequeña sonrisa, mirándome de arriba a abajo.
—Supongo que tenía curiosidad —admitió—. Pero… veo que no has cambiado mucho.

—¿Y eso qué se supone que significa? —fruncí el ceño por la forma en que lo dijo.
—Nada —me dedicó una pequeña sonrisa cruel.
Me observó unos segundos antes de que yo diera un respingo cuando algo pitó a mi espalda.
Su coche. Estábamos de pie justo al lado.
No te pongas roja, por favor.
Se me encendieron las mejillas.
No es el momento de ponerse roja, Jennifer Michelle Brown.
—¿Dónde vas? —enarcó una ceja.
Honestamente, creo que era la pregunta que menos esperaba en esos momentos.
—A ca… es decir… eh… al piso.

Me miró durante unos segundos en silencio, soltando el humo del cigarrillo entre los labios.
Estaba a punto de marcharme cuando vi que entrecerraba los ojos.
—Sube.

Parpadeé, sorprendida, cuando pasó por mi lado y se subió a su coche. Estaba tan confusa que me quedé mirando el vehículo con los labios entreabiertos.
¿Acababa de ofrecerme llevarme a casa? ¿Después de esa conversación?
Cuando vio que no me movía, puso los ojos en blanco y se apoyó con el codo en mi asiento, bajando la ventanilla.
—¿Durante este último año te has quedado sorda… —enarcó una ceja— …o simplemente quieres que me vaya sin ti?

Tragué saliva y subí a su coche. Durante un momento, se sintió raro estar los dos ahí sentados. En cuanto estuve sentada, no esperó a que me pusiera el cinturón para dar un acelerón.
Y cuando digo que condujo rápido… lo digo en serio.

En realidad, una parte de mí estaba segura de que esa era la forma de conducir de Jack. Algunas veces, Will me había comentado que iba más despacio cuando yo estaba en el coche. Supongo que ya no más.
Me puse el cinturón precipitadamente cuando bajó la ventanilla para conducir con una mano —socorro— y fumar con la otra. Me aferré al asiento cuando se saltó un semáforo en rojo dando otro acelerón.
Y lo estaba haciendo a propósito, el muy...
Seamos positivas. Si morimos, al menos moriremos bien acompañadas.
Bueno, yo no quiero morir.
—¿Puedes...? ¿Puedes frenar un poco?

—Puedo, sí.

Y no lo hizo.
Lo miré con mala cara.
—Jack, en serio, no...

—Ross.

—¡Pues Ross! ¡Frena un poco!

—Es mi coche. No haberte subido.

—¿Sabes lo que es la normativa de tráfico? ¿Esos papelitos llamados leyes que sirven para que la gente las siga?

Esbozó media sonrisa maliciosa, pero no frenó.
De hecho, me dio la sensación de que pilló la siguiente curva todavía peor. Y a propósito.
Puse una mueca, agarrándome con más fuerza.
—Vale, no frenes si no quieres —apreté los dientes—, ¿puedes cerrar la ventanilla?

—Estoy fumando.

—No deberías estar fumando mientras conduces.

—Y tú no deberías asumir que te haré caso en todo lo que te diga.

—Ja... —me detuve cuando me miró un momento—. Ross. Sí, vale. Ross, es ilegal. Y peligroso. Y...

—Dios, ¿qué eres? ¿Mi madre?

Mi corazón dio un brinco cuando dio otro acelerón.

Vale, se acabó. Me daba igual si se lo estaba pasando bien. Me daba igual saber que no tendríamos ningún accidente porque tenía los malditos reflejos de Spiderman. Me daba igual. Solo quería bajarme.
—Para el coche.

Por un momento, vi que fruncía un poco el ceño.
—¡Ross, para el coche, lo digo en serio!

—Si ya estamos llegando.

—¡Me da igual!

—¿Te has mareado? —me puso cara de pena.

—¡Jack, no...!

—¡Es...!

—¡ME DA IGUAL SI ES JACK O ROSS, PARA EL MALDITO COCHE!

Él apretó la mandíbula hacia delante. No me hizo ni caso. De hecho, vi que ya estábamos en nuestra calle. Me daba igual. Puse una mueca de terror cuando entró en el garaje sin molestarse en frenar. Los neumáticos dieron un chirrido cuando aparcó de una sola maniobra. Mi corazón latía a toda velocidad.
Vale, me había asustado. De verdad. Imbécil.
—¿Ves? —quitó las llaves del contacto—. Has llegado viva, ¿no?

—Pero... ¡¿se puede saber qué te pasa?!

Enarcó una ceja en mi dirección.
—¿A mí? Nada.

Lo miré un momento. Tenía tantas palabras ofensivas que preferí reservarlas. Al final, negué con la cabeza y salí de su coche hecha una furia. No lo esperé mientras llamaba al ascensor, pero no tardó en alcanzarme. Estuvimos los dos en completo silencio en su interior mientras subíamos y así siguió la cosa cuando entramos en el piso. Naya y Will estaban sentado en un sofá besuqueándose.
Se detuvieron en seco al vernos entrar juntos.
Siguieron mirándonos cuando yo me senté en el sofá de brazos cruzados y Jack fue directo al cuarto de baño sin hablarnos. Unos segundos más tarde, escuché la ducha abriéndose. Naya y Will intercambiaron una mirada curiosa.
—Mhm... ¿puedo preguntar? —sonrió ella angelicalmente.

—Sigo enfadada contigo —mascullé.

—Oh, vamos. Ya han pasado dos días.

—Y lo que te queda.

Will negó con la cabeza cuando se puso de pie y se sentó a mi lado para estrujarme en un abrazo que no le devolví, pero me hizo sentir un poco mejor.
—No te enfades conmigo, porfis.

Will pareció divertido cuando puse una mueca.
—Naya está en un curso de cocina —me informó él—. Quizá, podría cocinarte algo para que le perdones.

La miré.
—¿No has quemado ya dos postres desde que estoy por aquí?
—¡Porque me cuesta entender el estúpido horno! —puso una mueca—. Pero sé hacer helado casero. Y casi sabe a helado.
—Y lo hace en pleno invierno —añadió Will.

—Bueno, pues te haré algo —concluyó ella—. Ahora, cuéntame cómo te ha ido el día.

Me alegró ver que no me preguntaba por el imbécil que había intentado matarme al volante. Les hablé un poco de los profesores, pero no parecieron realmente interesados hasta que solté la frase bomba.
—Oh, y tengo algo así como una cita.

Los dos se quedaron mirándome con los ojos abiertos de par en par. Naya se inclinó hacia delante, entusiasmada.
—¿Qué? ¿Ya? —miró a Will en busca de ayuda y volvió a mirarme a mí—. ¿Tú y Ross ya lo habéis arreglado?

—¿Qué? No —fruncí el ceño—. Con un chico de mi clase. Pero no es una cita. Lo he formulado mal. Él es...
Naya me interrumpió con un chillido de sorpresa.
—¡Jenny tiene novio!

—¡No digas eso, es solo un amigo! ¡Y habrá más gente!

—¿Tiene tu número? —me preguntó ella.

—Bueno, sí, pero...

—¡Tiene tu número! —Sue acababa de entrar en el salón. Se llevó una mano al corazón—. ¿Cuándo es la boda? ¿Habrá comida gratis?

—Oh, cállate —Naya le puso los ojos en blanco.

Will seguía mirándome raro. Le fruncí el ceño.
—¿Qué pasa?

—Nada —murmuró—. Es que... mhm...

No pareció saber cómo decirlo. Naya y Sue también lo miraron, confusas.
—¿Ross sabe algo de esto? —preguntó, finalmente.

—¿El mismo Ross que acaba de entrar en el cuarto de baño sin siquiera hablarnos? —pregunté con una ceja enarcada—. No parecía muy abierto a intercambiar experiencias vitales.

Silencio. Will suspiró.
—Sí, Ross está complicado últimamente.

—¿Complicado? —repitió Naya, perpleja.

—El eufemismo del siglo —dijo Sue.
Como si hubiera sido llamado, salió de la ducha en ese momento con su pijama y su cara de amargura puestos. Se metió en la cocina sin mediar palabra, agarró una cerveza y la abrió con una mano mientras se acercaba.
Se dio cuenta del silencio y frunció el ceño.
—¿Qué? —enarcó una ceja.

Miré al techo disimuladamente, dejándoles a ellos el problema.
—Estábamos hablando de tu película —Naya salvó la situación—. ¿Cuándo se estrena?

Hubo un momento de silencio. Repiqueteé los dedos en mis rodillas.
—En dos semanas —le dijo Jack.

—Se te ve muy ilusionado —comentó Sue, enarcando una ceja.

Silencio de nuevo. Supuse que le habría clavado una mirada dura, pero dudaba que a Sue le hubiera importado demasiado.
—¿Va a ir Vivian? —preguntó Will.

Fruncí un poco el ceño al techo.
¿Quién es Vivian y por qué ya me cae mal?

—Obviamente —le dijo Ross secamente.

—Estoy deseando conocerla —le aseguró Naya.

Silencio. Vivian no me resultaba familiar. Y... me daba la sensación de que todo el mundo se quedaba callado por mi presencia. No supe si eso era bueno o malo. Me incorporé y estiré el cuello, que crujió.
Si querían hablar de algo sin que yo estuviera delante... había que respetarlo.
—Voy a darme una ducha —dije en general, suspirando.

Me metí en el cuarto de baño, me quité la ropa y me metí en la ducha. Me estaba aclarando el pelo cuando la puerta se abrió y cerró de un golpe. Escuché pasos acercándose. Antes de que pudiera reaccionar, la mampara se abrió de golpe y la cara furiosa de Jack apareció delante de mí. Estaba tan impresionada que ni siquiera cerré el agua.
—¿Qué...?

—¿¡Tienes una cita!? —me espetó.

Parpadeé, sorprendida.
¿Era una broma?
—¿Qué...? —repetí como una idiota antes de fruncir el ceño—. ¡Me estoy duchando, maldito pervertido!

Hice un ademán de cerrar la mampara y él volvió a abrirla, apretando los labios. Ni siquiera me había mirado nada que no fueran los ojos, pero yo me cubrí igual con las manos.
—¿La tienes sí o no? —sonaba furioso.

—¡Sal del cuarto de baño! —le grité.

—¡Ross, no seas infantil! —escuché que le decía Naya al otro lado de la puerta.

—¡Dime si la tienes o no!

—¡No es tu problema! —volví a intentar cerrar la mampara y él volvió a abrirla, enfadado—. ¡ROSS!
Volvimos a repetir el proceso de forcejear para cerrar o abrir la mampara. Por supuesto, él ganó.
—¡VETE DE AQUÍ!
—¡NO!
—¡ROSS, COMO NO SALGAS AHORA MISMO DE AQUÍ, TE DOY CON EL CHAMPÚ EN LA CARA!
Cerré la mampara de un golpe. Durante un momento, creí que había funcionado. Sin embargo, la volvió a abrir con tanta fuerza que casi me dio miedo de que se rompiera. Bueno, como si no pudiera pagar otra...

Me encogí, intentando cubrirme. Él tenía la mandíbula apretada.
Igual tenía que intentar una forma más calmada de decir las cosas.
—Solo quiero duch...

—¡Y yo quiero que me digas si es verdad!

—¡ESTOY DUCHÁNDOME, PERVERTIDO, SAL DE AQUÍ AHORA MISMO!

A la mierda la calma.
Él metió la mano en la ducha sin siquiera molestarse en esquivar el agua y la cerró.
—Ya no te estás duchando —enarcó una ceja.

—Esto es ridículo.

—¿Tienes una cita o no? —me preguntó.

—¡Déjame ducharme, maldito pesado!

—¡Ross! —esta vez, la voz era de Will—. ¡No creo que ahora sea el mejor momento para...!

—¡Pues yo creo que el momento idóneo! —seguía con su mirada furiosa clavada en mí—. ¿Sí o no?

—¡Por ahora, no! —fruncí el ceño—. Y no tengo por qué darte explicaciones, así que déjame en paz.

—¿Por ahora? —repitió lentamente.

—¡Por el amor de Dios! ¿Vas a dejarme sola de una vez?

Cuando vio que me retorcía para cubrirme, no pudo evitar olvidarse del enfado y poner los ojos en blanco.
—¿Puedes dejar de hacer eso como si no te hubiera visto así mil veces?

Me puse roja porque, en parte, tenía razón. Eso solo me enfadó más.
—¡Eso no te da derecho a entrar aquí sin mi permiso! ¡Tengo derecho a darme una ducha sin que me molestes! ¡Y tú no tienes ningún derecho a verme desnuda sin mi consentimiento!

Enfadada, lo empujé por el pecho y cerré la mampara de un golpe.
—¡Y, ahora, déjame sola de una vez!

Para mi sorpresa, tras unos segundos, lo hizo. Escuché a Naya riñéndole en lo que ella consideraba voz baja cuando la puerta se cerró tras él. Por mi parte, terminé de darme la ducha y me puse mi pijama. Ya me había puesto de peor humor. Como si lo del coche no

hubiera sido suficiente. Me puse las gafas, enfurruñada, y salí del cuarto de baño. Él estaba apoyado en la pared de enfrente con la espalda. Me miró fijamente al instante, claramente enfurruñado también.
—¿Vas a hablar ahora o sigues ocupada duchándote?

—Déjame en paz —puse los ojos en blanco, yendo al salón donde los demás nos miraban casi con diversión.
Fui a la cocina escuchando sus pasos detrás de mí y agarré una cerveza.

En cuanto hice un ademán de abrirla, me la quitó de las manos y la dejó en la encimera de un golpe, mirándome.
—¿Con quién tienes una cita?

—¿En qué momento te has vuelto un controlador compulsivo?

Él frunció el ceño un momento.
—Solo... dímelo —masculló.

Puse los ojos en blanco e hice un ademán de agarrar la cerveza. Él la movió más lejos para que no la alcanzara.
—Pero, ¿qué...? ¡Tienes que estar bromeando!

—¿Tengo cara de estar bromeando? —frunció más el ceño.

—¡Me da igual! ¡No te debo ninguna explicación!

—¡Dime con quién has quedado!

—¡NO! —le grité en la cara.

—¡SÍ! —me gritó él, a su vez.
—Chicos.... —intentó decir Will.
—¿¡QUÉ!? —los dos nos giramos hacia él a la vez, furiosos. Will dio dos pasos atrás.

—Los vecinos...

—¡Que les den a los vecinos! —le espetó Jack antes de girarse hacia mí—. Dímelo.

—No.

—¡Dímelo de una vez y acabaremos con esto!

—¡No! ¡No tengo nada que acabar porque no tengo por qué decirte nada!

Se pasó una mano por el pelo, claramente exasperado.
—Ross —la voz de Naya pareció sorprendentemente calmada en comparación a la nuestra—. Es solo un chico de su clase. Relájate.

—Solo un chico de tu clase —repitió él, mirándome como si tuviera la culpa de todos los pecados del mundo.

—Sí, ¿qué pasa? —fruncí el ceño.

—Nada, Jennifer.

—No, dime qué pasa.

—¿Te gusta?

Apretó los dientes cuando fruncí el ceño.
—Eso no es problema tuyo.

—¿A él también le dirás que le quieres y luego te irás por un año?

Oh, mierda.
Genial.
Mucho había tardado.
Aparté la mirada, enfadada, cuando dio un paso hacia mí.
—¿O solo lo quieres para vivir gratis a cambio de echar cuatro polvos?
—¡Ross! —Naya dio un respingo.

Me giré lentamente hacia él. Entendía que estuviera enfadado conmigo, pero... ¿de verdad eso era lo que creía? ¿Que nuestra relación había sido por interés?
Al ver que yo no decía nada, apretó los labios.
—Venga, respóndeme —levantó una ceja.

Ya no pude seguir conteniéndolo.
—Eres un cerdo.

Sonrió, negando con la cabeza.
—Al menos, yo soy honesto.
—Si tan mala soy, ¿por qué demonios te preocupa tanto que tenga una cita?
—Me importa una mierda tu cita.

—¡Hace cinco minutos, has entrado en el cuarto de baño mientras me duchaba solo para confirmarlo, maldito psicópata!
—¡Solo quiero avisar al pobre chico!

—¡Avisarlo! —repetí, acercándome a su cara—. ¿Quieres que haga yo una lista con todo lo que has hecho durante este año? ¿Y que avise a cada chica con la que salgas de ahora en adelante? ¡Porque seguro que tendría trabajo hasta el maldito año que viene!

Justo en ese momento, Mike entró con una sonrisa de oreja a oreja. Ni siquiera me fijé en él. Estaba muy ocupada con el idiota de su hermano.
—¡Hola, familia! —saludó alegremente.

Los dos lo ignoramos. Jack estaba tan cerca de mí que podía sentir que mi cuerpo reaccionaba a él. Pero estaba tan enfadada que me dio igual.
—¡No es lo mismo! —me gritó él.

—¡ES EXACTAMENTE LO MISMO!

—¡NO LO ES!

Mike se giró hacia nosotros y abrió los ojos de par en par.
—¿Es la marihuana que me ha jodido el cerebro o esa es...?
—¡ES LO MISMO, JACK!

—¡NO, NO LO ES!

—¡¿Y cuál es la jodida diferencia?! ¡¿Que tú solo te acuestas con ellas y a mí eso no me interesa?!

—¡DEJA DE HABLAR ASÍ DE MAL!

—¡ESPERA, QUE AHORA VA A DARME CLASES DE PROTOCOLO EL PSICÓPATA QUE HA ENTRADO EN MI DUCHA ESTANDO YO DESNUDA!

—Si te sientas aquí se ve mejor —le dijo Sue a Mike con una sonrisita divertida, haciendo que él fuera al sofá sin entender nada.

Por mi parte, hice un ademán de agarrar mi cerveza y Jack volvió a apartarla con los labios apretados.
—¡DAME MI MALDITA CERVEZA DE UNA VEZ, JACK!

—¡ES ROSS!

—Oh, ¿ahora te enfadas si te llamo por tu nombre? ¡Pues te seguiré llamando así hasta que me devuelvas mi maldita cerveza!

—¡Dime cómo se llama el idiota con el que quieres salir!

—¡Jack, déjalo ya o...!

—¡Es Ross!
—¡Es Jack!

—¡Ross!

—¡JACK!

—¡ROSS!

—¡JACK, JACK, JACK, JACK! —repetí y le saqué la lengua, a lo que él pareció momentáneamente perplejo—. Jódete.
Exasperada, pasé por su lado. Noté su mirada clavada en mi nuca cuando me senté junto a Mike con los brazos cruzados. Mike me miró, confuso, y vi que Jack se había plantado delante de nosotros mirándolo fijamente. El pobre Mike se encogió en su lugar.
—Yo sigo sin entender qué está pasando —admitió, levantando las manos en señal de rendición.

—Fuera —le espetó Jack, señalando el sillón con la cabeza.

Mike hizo un ademán de levantarse, pero lo detuve agarrándolo del brazo.
—¡No tiene por qué moverse! —le espeté a Jack.

—¡Fuera! —le gritó él a Mike.

—¡No!

—Eh... —Mike no sabía qué hacer.

—¡He dicho que quiero sentarme ahí! —me espetó Jack.

—¡Pues yo no quiero sentarme contigo, así que ve tú al maldito sillón!

—¡No pienso ir a sillón, él lo hará!

—¡No, él estaba aquí primero que tú!

—Chicos —intentó intervenir Mike—, no me importa ir a...

—¡CÁLLATE! —le gritamos los dos a la vez.
Él casi se cayó de culo del sofá del susto.
—¡Estás comportándote como una niña pequeña! —me gritó Jack.

—¡Y TÚ COMO UN PSICÓPATA!

—¡INFANTIL!

—¡PSICÓPATA!

—¡PESADA!

—¡IMBÉCIL!

—¡CABEZOTA!

—¡PERVERTIDO!

—Esto es oro puro —Sue sonreía, negando con la cabeza mientras lo grababa todo.

Jack se giró hacia Mike, furioso.
—¡LEVÁNTATE DE UNA VEZ DE AHÍ, MIKE!

—¡NO TIENE POR QUÉ HACERLO SI NO QUIERE!

—¡ES MI CASA!

—¡PUES ÉL HA LLEGADO PRIMERO, ASÍ QUE TE JODES!

—¡¿VES CÓMO ERES UNA NIÑA?!

—¡Y TÚ UN PESADO!

—¡Y TÚ UNA...!

—¡Se acabó! —me puse de pie—. ¡Cenad vosotros, se me ha quitado el hambre!
Pasé por su lado y, gracias a Dios, no me siguió cuando fui a la habitación.
Me encerré en ella deseando poder tirarle algo a la cabeza. Me limité a hundir la cabeza en la almohada y soltar una palabrota muy fea que hubiera hecho que mi madre me mirara con los ojos muy abiertos. Después, agarré mi portátil y decidí ponerme cualquier cosa para distraerme. Una película pareció una buena opción. Una muy sangrienta.
Ya llevaba la mitad de ella cuando me di cuenta del hambre que tenía. El estómago me estaba rugiendo. Me atreví a acercarme a la puerta y pegar la oreja a ella. Solo se oía la voz de Naya. Iba a arriesgarme. La abrí y me acerqué de puntillas por el pasillo.
Mi alivio fue notable cuando vi que solo estaban ella y Sue.
—Están fumando arriba —me explicó Naya al ver mi cara—. Ven, te he guardado un poco de pizza.

—Gracias —me acerqué con mi cerveza, que todavía estaba en la encimera, y me senté en el maldito sofá—. Me moría de hambre.

—Bueno... ha sido intenso —dijo con una mueca de diversión.

Sue estaba mirando el vídeo de nuevo con una sonrisita.
—Estoy haciéndome youtuber —me explicó—. Gané doce suscriptores por el video del otro día. Sois una mina de oro.
—No ha sido divertido —protesté con la boca llena—. ¡Y tú no nos pongas en Internet!

—No, no. Nunca haría eso —murmuró Sue sin mirarme, colgando el video nuevo.

—Vale —Naya me miró—. No ha sido divertido.

Sin embargo, las dos seguían sonriendo.
—¿Y se pude saber por qué sonreís como si eso fuera algo bueno? —fruncí el ceño, metiéndome medio trozo de pizza en la boca.

—Bueno... —Naya suspiró—. Puede parecerte que no, pero es un avance.

—A mí me ha parecido que retrocedíamos diez kilómetros —murmuré.

—No —me aseguró ella.

—Ha hablado más hoy que en dos meses —añadió Sue.

Me quedé quieta un momento.
—¿En serio? —pregunté.

—Sí... deberías haber visto su cara cuando Naya le ha dicho que habías quedado con un chico.

—Ha sido una obra de arte —Naya empezó a reírse—. Se ha desquiciado de celos.

—Sí, gracias por tu discreción, por cierto —le fruncí el ceño—. Creía que había aclarado que no era una cita.

—Es una estrategia —me guiñó un ojo.

—¡Una estrategia! —repetí, negando con la cabeza—. Casi lo mato por tu estrategia.

—Tienes que admitir que ha sido un poco gracioso —me dijo Sue, divertida.

—Sí, un poco —Naya empezó a reírse.

Les puse mala cara y decidí terminarme mi cena en la habitación.

CAPITULO 3

Hubo una pequeña chispa de maldad en sus ojos cuando los entrecerró y los clavó en mí.
—Solo quiero conocer a tu amigo Charlie.

—Se llama Curtis.

—Información vital para mi vida.

—Y es un buen chico. Y muy listo. Y mi compañero en tres proyectos más.
—Sí que te gusta Charles de repente.
—¡Se llama Curtis! Y no es cuestión de que me guste o no.
—Vas a tener que pasar mucho tiempo con Caleb si tienes tres proyectos más con él.
—Se llama... Bueno, da igual, solo... no lo espantes.

—¿Y si lo espanto... —dio un paso hacia mí— qué?

Me crucé de brazos.
—Pues que... eh... te mataré.

—Qué miedo.

—Ross, lo digo en serio.
—Claro, claro.
Cuando hizo un ademán de pasar por mi lado, ignorándome, le agarré el brazo por el impulso. Pareció un poco sorprendido cuando me miró, pero no lo solté.
—La mitad de la nota de tres de mis asignaturas dependen de que mis proyectos con él salgan bien —dije en voz baja—. No puedo cambiar de compañero. No quiero que las cosas sean incómodas para nosotros. Por favor, no lo espantes.

Él me miró durante unos segundos, considerando la oferta.
—Seré bueno —concluyó y sonrió angelicalmente.

Le dediqué una última mirada de advertencia antes de volver al salón, donde Naya había dado una cerveza a Curtis. Él estaba sentado en el sofá libre y me posicioné a su lado enseguida. Me alivió ver que Jack se iba al otro. Quizá iba a hacerme caso, después de todo. Me miró con una ceja enarcada cuando le dediqué una mirada de agradecimiento, pero no dijo nada.
Naya fingía mirar sus apuntes mientras estaba atenta a absolutamente todo lo que pasaba a su alrededor.
—Bonita casa —me comentó Curtis con una pequeña sonrisa.

—Es mía —Jack enarcó una ceja.
—Oh, bueno... eh...

—Pero es muy bonita, sí, eh... —solté una risita nerviosa mientras sacaba mis cosas—. Bueno, el proyecto... había pensado en...

Y empecé a parlotear sobre mis ideas mientras él escuchaba atentamente. Asintió con la cabeza mientras escribía rápidamente en mi portátil. Él apuntó las suyas e hicimos un diagrama sobre cómo queríamos que fuera la presentación. Ya casi llevábamos una hora y medio trabajo planteado cuando él sonrió.
—Será *sensacional* —bromeó.

Sensacional era una broma que teníamos los de clase. Uno de nuestros profesores lo pronunciaba como *sensssssacional* y no dejábamos de usarlo a modo de burla. Empecé a reírme como una idiota y él hizo lo mismo.
La mirada de Jack se clavó en mi mejilla y dejé de reír, roja como un tomate. Casi me sentía como si me hubieran pillando siendo infiel a alguien.
—Por cierto, ¿sigues teniendo mi carpeta? —preguntó Curtis.

—Oh... —señalé el pasillo—. Sí, voy a por ella. Vuelvo en un momento.
Remarqué lo de *un momento* mirando a Jack, que me dedicó una sonrisa angelical. Después, prácticamente, salí corriendo a la habitación.
Al volver, tardé un momento en reaccionar al ver que Jack sentado al lado de Curtis, que estaba claramente incómodo. Naya contenía una risa.
—¿De qué habláis? —pregunté con voz aguda.

Curtis parecía medio divertido y medio incómodo al mirarme.
—Le hablaba de nuestras clases a tu... mhm... ¿novio?
Silencio.
Horrible silencio.
Miré a Jack de reojo y vi que no se molestaba en negarlo. Él echó una ojeada en mi dirección, como si me retara a decir algo. Aproveché para sentarme al otro lado de Curtis.
—Es solo mi compañero de piso —remarqué.

Jack contuvo una risotada.
—Creo que soy un poco más que eso.

—No mucho más.

—Soy su exnovio.

—Mi exnovio de hace mucho tiempo.
—No hace tanto tiempo, *nena* —Jack me sonrió dulcemente.

¿Nena? Ni siquiera me había llamado así en su vida. Solo quería incordiar.
—Hace bastante tiempo, *nene* —me crucé de brazos, mirándolo fijamente.
Su mirada brilló con un poco de diversión maliciosa.
—¿Tan rápido te olvidas de todo lo que hicimos en ese sofá, *nena*?

Naya, que estaba bebiendo, se atragantó y empezó a toser. Me puse roja como un tomate.
Curtis miró el sofá en el que estaba sentado con curiosidad.
—Nunca hicimos nada en ningún sofá —le dije con los dientes apretados.

—Es verdad, siempre nos las arreglábamos para llegar al dormitorio. O a la ducha, o a la encimera...
—¡¿A la encimera?! —Naya borró la sonrisa—. ¡Espero que, al menos, la desinfectarais después!

—¡Que no es verdad! —me puse roja.

Curtis parecía estar a punto de reírse, sentado entre nosotros. Miré a Jack con mala cara.
—Ross—le advertí en voz baja.

—Jennifer.

—¿Por qué no te vas a fumar un rato?
—Fumar es malo para mi salud. No creo que sea lo más adecuado.

Apreté los labios mientras su sonrisa se ensanchaba.
—Pues vete a tomar el aire. Te irá bien.

—Estoy bien, gracias por tu preocupación.

—¿Y por qué no te vas a tirar por el tejado, entonces?

—También estoy bien en ese aspecto, gracias de nuevo.

Él sonrió inocentemente. Yo lo asesiné con los ojos.
—Ross —esta vez, mi voz sonó más firme—. Vuelve al otro sofá.

—¿Acaso molesto? —se hizo el sorprendido.

—Sí.

—¿Te molesto, Carter?

—Curtis —corrigió él torpemente.

—Ah, sí. Connor.

—¡Es Curtis! —me exasperé yo—. Y sí, molestas. Vete.

—Él acaba de decir que no.

—No... yo no... eh... —Curtis me miró en busca de ayuda.

—Ross —le advertí en voz baja.

—Venga, Ross —le dijo Naya—. ¿No tienes ninguna película que ir a supervisar o algo así?

Vi que Curtis daba un respingo y lo miré, extrañada. Jack también le frunció el ceño, confuso.
—Un momento... ¿Eres Jack Ross? —le preguntó con voz aguda.

Jack se giró hacia él con mala cara.
—Sí.

—¡Soy muy fan de tu trabajo!

Oh, no.
Puse los ojos en blanco cuando Jack me miró, malévolamente divertido por mi expresión.
Curtis parecía entusiasmado.
—¡Estaba en el primer festival en el que estrenaste la película! —dijo torpemente—. De hecho, no sé cómo no te he reconocido. Bueno... Jenny a veces te llama Jack y, eh... ¿puedo llamarte yo también...?
—No.

—Vale —se puso rojo—. Es un placer, de verdad. Soy muy fan de tu trabajo, Ross.

Yo tenía mi mirada furibunda clavada en Naya, que parecía divertida mientras Curtis hacía un ademán de apretar la mano de Jack, que la aceptó sin mucho entusiasmo.
—Dentro de poco estrenas la película en la ciudad, ¿no? —preguntó.

—En tres semanas —dijo Naya felizmente.

—Ya tengo la entrada comprada, así que... —Curtis me miró—, supongo que es un poco tarde para invitarte.
—Qué lástima —Jack me sonrió, para nada apenado.

—No quería ir —recalco, malhumorada.

Curtis se aclaró la garganta.
—¿Puedo usar el servicio?

—La primera puerta a la izquierda —le indicó Naya amablemente señalando el pasillo.

Jack y yo lo miramos desaparecer. En cuanto escuché la puerta del cuarto de baño cerrándose, agarré un cojín y se lo tiré a la cara a Jack. Él lo esquivó, sorprendido.
—¿Qué...?

—¡Deja de incordiarle!

—¡No lo estoy incordiando!

—¡Estás siendo un...!

—Bajad la voz u os oirá —murmuró Naya, repasando algo de sus apuntes distraídamente.

—Has dicho que no lo espantarías —le susurré, furiosa.

—¿Qué estoy haciendo para espantarlo? —me frunció el ceño, hablando también en voz baja.

Me lanzó el cojín de nuevo y yo lo atrapé en el aire.

—¡Para empezar, sabes perfectamente que se llama Curtis!

—Oh, pobrecito. Seguro que llora una semana porque me acuerdo de su nombre.

—¡Y estás haciendo que se sienta incómodo! —le lancé el cojín a la cara de nuevo. Él lo atrapó.

—Pues le caigo mejor que tú —me lo lanzó también, y también lo atrapé.

Empezamos a lanzarlos el cojín a la cara cada vez que decíamos algo.
—¡No es verdad!

—¡Sí es verdad, es mi fan!
—¡Seguro que solo lo ha dicho para quedar bien y tú peliculita es una... mierda!

—Mi peliculita es lo mejor que verás en tu vida —protestó—. Ah, no, que no estás invitada para verla.

—¡Pues me la bajaré gratis por internet!

—¡Eso es ilegal!

Los dos nos detuvimos. Yo tenía el cojín en la mano cuando Curtis volvió a aparecer.
—Pensaba que era más temprano —murmuró, mirando su móvil—, tengo que irme ya si no quiero quedarme sin agua caliente en las duchas, Jenny.

—No te preocupes, yo terminaré el diagrama —le aseguré, sonriendo.

Cuando se giró para ir a la puerta, le di con el cojín en la cara a Jack otra vez. Él me la devolvió y lo miré, furiosa.
Hice un ademán de lanzárselo otra vez, pero me detuve en seco cuando Curtis nos volvió a mirar.
—Ha sido un placer conoceros, chicos.

—Igualmente —le sonrió Naya, que intentaba no reírse con todas sus fuerzas.
—Sí, te echaremos de menos, Craig —le dijo Jack.
Cuando pasé por delante de él para acompañar a Curtis a la puerta, le hundí el cojín en la cara. Vi de reojo que se reía, sujetándolo.
Me detuve en la entrada con Curtis, que me miraba con cierta diversión en los ojos.
—Oye, Jenny...

—Te pido perdón si te ha hecho sentir incómodo —le aseguré enseguida—. Es que es... un poco imbécil cuando quiere.

—No me ha hecho sentir incómodo —me dijo, sorprendido—. De hecho, ha sido bastante divertido. Es bastante obvio que os gustáis el uno al otro.

Abrí la boca para decir algo, medio en blanco, pero él se adelantó.

—Y estaba bastante celoso —Curtis me puso una mano en el hombro—. Le has dicho alguna vez que solo somos amigos, ¿no?

—No.
—Igual deberías decírselo —me dijo.

—O no —entrecerré los ojos maliciosamente—. Y que se joda.

—Es otra opción. Aunque ponga mi vida en peligro —sonrió, divertido, e hizo un ademán de salir antes de girarse hacia mí—. Oh, esta noche vamos a ir a la bolera con los de clase. Podrías venir con nosotros si te apetece.
—Sí, claro —le aseguré enseguida. Quería salir un poco de ahí.

—Genial. Ya te mandaré un mensaje con la hora. Nos vemos, Jenny.

Me dio un pequeño abrazo y se marchó. Respiré hondo y me giré en redondo hacia el salón. Los dos presentes fingieron que no me veían mientras recogía mis cosas de mal humor. Jack no se había movido del sofá, así que tuve que aclararme la garganta varias veces para que se moviera y me dejara agarrar mis cosas. Eso parecía divertirle.
Al final, cuando lo tuve todo en mis brazos, pasé por delante de él para ir a la habitación.
—Te odio —mascullé.
—Gracias.

Me detuve en el pasillo y lo miré.
—Eres un inmaduro —le dije.

—Oh, no me hagas llorar —se llevó una mano al corazón.
—¡El pobre Curtis no querrá volver a venir!

—Que pena que tu amiguito no quiera volver a venir —me miró con malicia.

—Yo no montaría una escena si entraras con una amiguita tuya.

Mentirosa.
—¿Alguna vez me has visto con una amiguita? —preguntó, enarcando una ceja.

—Como sea. Inmaduro.

—Pesada.

—Idiota.

—Pesada.

—Capullo.

—Pesada.

—¡Imbécil!

—¿Acaba de decirme que me quiere, Naya? —preguntó Jack.

Ella sonrió.
—Yo creo que no quiero meterme en esto.

—Yo creo que sí me ha dicho eso —sonrió Jack.

—Idiota —me irrité aún más por su sonrisa.

—Pesada.
—¡Ugh, te odio!

—Yo también te quiero, pesada —repitió, sonriendo el ver mi enfado.

Hice un ademán de darme la vuelta, pero me detuve para mirarlo. Al girarme, vi que seguía teniendo los ojos clavados en mí. Los entrecerró al ver mi sonrisa malvada.
—Pues que sepas que esta noche he quedado con él.

Me giré justo después de ver que borraba la sonrisa y me metí en la habitación.

***

—¿Lo de la cita era verdad? —preguntó Naya, sorprendida, al sentarse en la cama de mi habitación.

—Sí —murmuré, probándome unos pantalones ajustados que no terminaron de convencerme—. Bueno, no es una cita. Estaremos todos los de clase.

—Pero, ¿a ti te gusta Curtis? —rebuscó en el montón de ropa que había sacado y empezó a separar lo que más le gustaba—. Quiero decir, es simpático, peeeeeero...
—*Peeeeero*... ¿qué? —la miré, curiosa.

Ella sonrió inocentemente.
—Peeeeero... no es Ross.

Hubo un momento de silencio en que la miré fijamente mientras ella pretendía que buscaba entre la ropa para evitar mis ojos.
—Esta falda te quedaría genial —me aseguró, ofreciéndomela.

—¿Qué te hace pensar que esto tiene algo que ver con Ross? —pregunté, a la defensiva.

—No digo que tenga que ver directamente, peeeeero...

—Déjate de *peeeeeros* —protesté y me giré hacia ella completamente—. ¿Qué quieres decir?

—A ver —buscó las palabras adecuadas mientras fingía que alisaba la falda que no había aceptado—, lo vuestro fue... intenso.

—Fue, sí.

—Y, donde hubo fuego... —dejó la frase al aire, sonriéndome.

—No queda nada después del fuego —mascullé de mala gana, agarrando la falda y probándomela.

—Claro, claro —no parecía muy convencida mientras yo me sacaba el jersey por la cabeza y me probaba otro—. No me has respondido. ¿Te gusta Curtis?

—No. No así como dices, al menos.
—Lo suponía —ella sonrió ampliamente—. ¿Has visto cómo estaba Ross? Nunca lo había visto tan celoso. Ha sido divertido.

—No eran celos, eran ganas de irritar.

—A veces, estás tan ciega… —puso los ojos en blanco.

—Naya, Curtis es gay. Bueno, se supone que es bisexual, pero nunca lo he visto mirando una chica.

Ella me miró un momento.
—Oh, bueno —puso una mueca—. Pues supongo que no tiene Ross no tiene de qué preocuparse.

—No pienso decirle nada —añadí con una sonrisa malvada.

Naya se quedó en silencio durante un segundo antes de empezar a esbozar otra sonrisa malvada. Entonces, se puso de pie y me dio una palmada en el culo, entusiasmada.
—¡Y parecías buena chica!

—¡Se lo merece! —protesté.

—¡Pues claro que sí! ¡Quieres ponerlo celoso!

—¿Qué…? ¿Yo? No, no…
Me ignoró completamente y se lanzó a la cama conmigo, estrujándome y riendo. Yo también me reí, divertida por su reacción.
Las dos nos detuvimos de golpe cuando Sue abrió la puerta con cara de mal humor.
—Voy a intentar ser buena persona al deciros esto —empezó, mirándonos con cara de cansancio—. Pero… ¿tenéis seis años mentales?

—¿Tenéis seis años mentales? —Naya imitó su voz.

Sue enarcó una ceja.
—¿Quieres morir?

—¿Quieres morir? —la imité yo.

—Pienso dejaros un escarabajo dentro de los zapatos.

—Pienso dejaros un escarabajo dentro de los zapatos —la imitamos las dos a la vez.

Sue puso los ojos en blanco, irritada.

—Qué odiosas sois.

—¡Ven con nosotras, Sue! —le ofreció Naya.

—Prefiero pasar un año en el desierto, descalza, con un abrigo, sin una gota de agua y con el parásito también llamado Mike que acaba de llegar al salón como única compañía antes que *venir con vosotras* —replicó—. Pero gracias por la oferta.

Justo en ese momento, Will asomó la cabeza, extrañado.
—¿Qué hacéis? Se escuchan gritos hasta en el salón.

—Quitarme las ganas de tener hijos —dijo Sue, saliendo de la habitación.

Naya y yo intercambiamos una mirada malvada cuando Will se quedó de pie en la puerta, confuso. Cuando nos giramos a la vez hacia él, dio un paso atrás.
—¿Qué...?

Antes de poder reaccionar, Naya lo enganchó y lo tiró a la cama entre nosotras. Will empezó a protestar cuando cada una empezó a besuquearle una mejilla para mancharle con pintalabios que acabábamos de probarnos. Las dos empezamos a reírnos cuando intentó escapar, protestando.
Cuando levanté la cabeza, vi que Mike nos miraba desde la puerta, sacudiendo la cabeza.
—Creo que he encontrado el cielo —murmuró.

—¡Aaaah! —Will se puso de pie de un salto y se pasó una mano por la mejilla con mala cara—. Ya empiezo a entender a Sue.

Cuando se marchó, Mike nos sonrió ampliamente.
—¿Os apetece seguir...?

—Fuera de aquí —protestó Naya, lanzándole una almohada a la cara.

En cuanto nos dejó solas, me incorporé y miré la hora. En cinco minutos tenía que bajar. Me miré la falda, no muy convencida.
—Déjatela puesta —me dijo Naya.

—¿Te gusta?

—Sí, pero sé a alguien que le gustará más.

—Curtis no es...

—¡No me refiero a él! —puso los ojos en blanco—. A Will un día se le escapó una cosita sobre Ross que... bueno, igual no debería decirte nada... como no te gusta...

Sonrió ampliamente al ver que le ponía mala cara.
—Si insistes, podría decírtelo —añadió, levantando y bajando las cejas.

—No quiero saberlo —mascullé.

—Como quieras.

Me quedé en silencio, pensativa. Su sonrisa se ensanchó.
—¿Qué te dijo? —pregunté en voz baja

—¡TE GUSTA!

—¡Naya!

—¡Vale, vale! —se puso de pie y se acercó como si fuera a decirme el secreto del siglo—. Le confesó a Will que le volvían loco tus piernas y tu culo.

No sé por qué, pero me puse roja al instante en que recordé el día del vestido en nuestra primera fiesta juntos, cuando se quedó mirándome las piernas toda la noche. O la cantidad de veces que me había dado palmadas en el culo. O agarrado de él para abrazarme. O acariciado las piernas. O mirado, en general. Y... ejem... otras cosas no aptas para menores de dieciséis.
—¿En.. en serio?

—¡Te has puesto roja! —se entusiasmó.

—¡No estoy...! —bajé la voz—. Es que aquí hace calor.

—Sí, *ese* calor —me guiñó un ojo.

De pronto, me gustaba más esa falda.
Me despedí de ellos cuando Curtis subió a buscarme. La verdad es que fue una noche divertida. Los de clase eran muy simpáticos conmigo. Además, tuve un ataque de risa cuando nos detuvimos en un bar para beber unas cervezas y Curtis se atragantó con una. Se ofreció a llevarme a casa, como siempre, y detuvo el coche delante de mi edificio. Yo estaba un poco contenta por las cervezas, pero tampoco iba borracha.
—¿Te ayudo a subir las escaleras? —se ofreció, divertido, cuando miré mi zapato.

Me había querido poner unos tacones bajos para varias y... ya los había roto.
No había nacido para nada que no fueran botas o zapatillas.
—Sobreviviré —le aseguré, saliendo del coche.

De todas formas, me acompañó en el ascensor y me ayudó a sacar las llaves. En cuanto las tuve en la mano, hice un ademán de meterlas en la cerradura, pero la puerta se abrió de golpe. Levanté la cabeza y vi que Jack estaba mirando fijamente a Curtis.
—Hola —lo saludó Curtis, un poco incómodo.

Jack no le dijo nada, pero me miró fijamente. Cuando vio que iba medio descalza, apretó la mandíbula con fuerza.
—Solo quería asegurarme de que Jenny llegaba bien y...

—Jennifer —remarcó el nombre— ya está en casa. Pero gracias por la participación.

Puse una mueca.

—Ross, no seas...

—No pasa nada —me aseguró Curtis enseguida, divertido—. Nos veremos mañana en clase.

—Claro —le sonreí de lado.

Él hizo un ademán de abrazarme, como siempre, y me congelé cuando noté que Jack me enganchaba del brazo y tiraba de mí hacia la entrada. Le puse una mueca de disculpas a Curtis cuando me detuvo a su lado.
—Buenas noches, Curtis —le dijo Jack secamente.

—Buen...

Ya le había cerrado la puerta en la cara.
Hubo un momento de silencio. Seguía sujetando mi brazo. Levanté la cabeza y lo miré. No pude evitar esbozar una sonrisa divertida cuando vi que tenía los labios apretados.
—¿Mala noche? —pregunté.

Él me miraba fijamente.
—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó casi en tono acusador.

—La verdad es que sí —admití—. Hacía tiempo que no me reía tanto.

Me miró con expresión frustrada antes de soltarme el brazo y meterse en la cocina de nuevo. Me fijé en que todavía estaba vestido con su ropa diaria. Acababa de llegar. Estaba intentando ver cómo funcionaba la sandwichera. Tenía el ceño fruncido mientras lo intentaba, lo que me hizo sonreír. Podía ser bueno con muchas cosas, pero la cocina no era una de ellas.
—Si tan bien te lo has pasado... —murmuró sin mirarme, pagando sus frustraciones con la pobre máquina—, ¿por qué has venido tan pronto?

—Porque solo he salido un rato con unos amigos.

—Unos amigos —repitió, apretando los labios y sin mirarme—. Sobre todo el idiota que te ha traído. También es tu amigo, ¿no?

—Curtis es un buen chico.

—Sí, ha hecho que te rieras más de lo que te has reído en mucho tiempo.

—Jack, nadie me haría reír nunca la mitad de bien de lo que tú lo hacías.

Hubo un momento de silencio cuando me di cuenta de lo que acababa de decir. Él dejó de forcejear para girarse hacia mí con una expresión indescifrable.
Me aclaré la garganta y me acerqué a él. Noté su mirada en mi nuca cuando quité el cierre de seguridad de la sandwichera y la abrí.
—Tienes que pulsar aquí —le dije, mirándolo de reojo. No había cambiado su expresión—. Y luego aquí si quieres que empiece a funcionar. ¿De qué lo quieres?

Pareció reaccionar por fin. Apartó la mirada y parpadeó varias veces, encogiéndose de hombros.
—Vete al sofá, ya me encargo yo —murmuré, abriendo uno de los armarios de arriba.

Cuando me estiré para agarrar el pan de molde, me di cuenta de que no se había movido. Me giré, extrañada, y vi que me estaba mirando fijamente las piernas. Cuando se dio cuenta de lo que hacía, se marchó y se sentó en el sofá, mirando fijamente la televisión con el ceño fruncido.
Sonreí disimuladamente. Tendría que darle las gracias a Naya cuando la viera.
Cuando volví al sofá, él parecía más relajado. Le dejé su plato delante y me frunció el ceño cuando vio que me sentaba a su lado dándole un mordisco al mío.
—¿Solo puedes comer tú? —protesté con la boca llena.

Beber me daba hambre, ¿vale?
No dijo nada al respecto.
Los dos miramos la televisión en silencio durante un rato. Era un programa de tatuajes mal hechos. No dijimos absolutamente nada, pero... por extraño que parezca, el silencio no era incómodo. De hecho, por un momento se me olvidó todo lo que había pasado y estuve a punto de acurrucarme contra él. No lo hice, claro, aunque el impulso seguía ahí.
Al final, me giré hacia él.
—Sabes que... —dudé un momento y me miró—. Sabes que puedes usar la habitación, ¿no?
Él me miró de reojo con el ceño fruncido. Al menos, no protestó. Era un avance.
—Podría dormir yo en el sofá —seguí—. Después de todo, lo mío es temporal. No me importa. Es tu casa.

Hubo un momento de silencio cuando apartó la mirada y apretó los dientes. No lo entendí.
Me sorprendió ver que se ponía de pie.
—¿Qué...? —me puse también de pie cuando vi que iba hacia la puerta con su chaqueta—. ¿Dónde vas?

—A fumar.

Y cerró de un portazo sin volver a mirarme.
Me quedé mirando el lugar por el que había desaparecido unos segundos antes de suspirar. No entendía nada.

CAPITULO 4

Estuve casi media hora cambiándome los pantalones —¿qué me había dado últimamente con cambiarme compulsivamente de ropa antes de salir?— para terminar decantándome por un vestido azul oscuro. Me delineé los ojos mordiéndome el labio por la concentración y luego me puse mi pintalabios favorito, el rojo oscuro.

Teníamos una fiesta en casa de Lana y me apetecía emborracharme, no voy a negarlo.
Los demás estaban en el salón. Bueno... todos menos Naya y Will. Él estaba aporreando la puerta de su habitación, impaciente, mientras ella le pedía cinco minutos más. Sue y Jack estaban en la cocina en silencio con cara de impaciencia.
No miré a Jack cuando me detuve en la encimera para meter mis llaves en el bolso, pero noté su mirada clavada en mí. No entendía su actitud. No me había hablado en todo el día. No desde salir a fumar anoche. Honestamente, esa noche solo quería pasármelo bien y olvidarme un poco de él.
—Me gusta ese pintalabios —me dijo Sue.

—Puedo prestártelo si quieres —le sonreí.

—¿Va a ir tu nuevo novio? —preguntó ella.

Le puse mala cara cuando vi que Jack cerraba la nevera con un poco más de fuerza de la necesaria.
Gracias por tanto, Sue.
—Curtis estará ahí, pero no es mi nuevo novio —aclaré.

—Te has arreglado mucho para Charlie —murmuró Jack sin mirarme.

No respondí. Apreté los labios.
Naya tenía una sonrisa inocente cuando apareció por el pasillo después de hacernos esperar durante más de media hora de silencio incómodo.
—¿Podéis sentaros un momento en el sofá? —preguntó ella.

—Ya llegamos muy tarde —le dijo Sue con una ceja enarcada.

—Es una fiesta universitaria. No llegaríamos tarde ni aunque quisiéramos.

Los tres suspiramos y nos sentamos en el sofá. Will y Naya se quedaron de pie delante de nosotros. Yo dejé a Sue entre Jack y yo estratégicamente.
—¿Qué? —preguntó Jack al ver que ninguno de los decía nada.

—Tenemos que contaros algo —dijo Naya, sonriendo entusiasmada.

—Sí —Will también sonrió—. Algo muy importante.

—Dime que no vais a meter a más gente a vivir aquí, por favor —murmuró Sue, negando con la cabeza.

Los tres los miramos cuando intercambiaron una mirada divertida.
—No podemos decir que no —Will sonrió.

—No, por favor —suplicó la pobre Sue.

—Pero... —Naya sonrió aún más—, no tendrás que preocuparte del espacio hasta dentro de unos nueve meses.

Un momento...
¿Qué?
¿Había oído bien?
Creo que los tres tuvimos la misma reacción perpleja. De hecho, Sue y Jack no parecían tener intención de decir nada mientras Will y Naya sonreían ampliamente, esperando una respuesta de nuestra parte.
—¿Estás...? —le señalé la tripa.

—De tres semanas —me dijo Will, sonriéndole a Naya.

—¿Qué...? —Jack se había quedado mirándolos con los labios entreabiertos, perplejo.

—Esperábamos un poco más de entusiasmo, la verdad —Naya puso una mueca.

—Un momento —reaccionó Sue por fin—. ¿Voy a tener que aguantar a un niño baboso, llorón y gruñón?

Ellos intercambiaron una mirada divertida.
—O una niña —dijo Will.

Me puse de pie y sonreí ampliamente al abrazar a ambos. Parecieron sinceramente agradecidos de que alguien reaccionara positivamente. Los otros dos seguían mirándolos fijamente.
—¡Enhorabuena, chicos! —les dije sinceramente, mirándolos—. ¡Seréis unos padres increíbles!

—Y, si no, tía Sue se encargará del bebé —bromeó Will, mirándola.

—¡A mí no me dejéis a cargo del bicho! —protestó ella.
Todavía no lo tenía del todo asumido cuando Will nos hizo un gesto para que los siguiéramos.
—Hoy conduzco yo para compensar la tardanza.

Sue estaba entre Jack y yo en la parte de atrás del coche, más tiesa que un palo. Noté que él me dedicaba varias miradas con los labios apretados, pero decidí ignorarlas mientras enviaba un mensaje a Curtis diciéndole que ya iba para allá. Había quedado en que me vería con los de mi clase.
Y... ¿en serio? ¿Naya estaba embarazada? Seguía sin asumirlo.
La residencia de Lana estaba tal y como la recordaba. Seguía pareciendo un museo de arte. Subí las escaleras con ellos y me quedé mirando la masa de gente bailando en la gigante sala principal. Hacía tanto que no iba a una fiesta que me pareció que había más gente que la última vez.
Naya enganchó su brazo con el mío.
—Venga, que estás que lo rompes —me animó con una sonrisa.

—Y tú estás... ¡embarzada! ¡Es muy fuerte pensar que ahí dentro hay... algo!

—Bueno, normalmente había comida. Ahora hay un bichito que irá creciendo —sonrió ampliamente.

—Dios, Naya. Enhorabuena, de verdad.

—Gracias —me dedicó una sonrisa tierna mientras me estrujaba—. Estoy tan entusiasmada... lástima que no pueda beber para celebrarlo.

—Un momento... ¿no bebiste cerveza ayer?

—Era sin alcohol —me guiñó un ojo—. Will las compró y las escondió en la nevera. Ni siquiera os habíais dado cuenta.

Me condujo a la cocina y me sirvió un vaso de alcohol. Ni siquiera pregunté qué era para darle un buen trago. Iba a necesitarlo. Vi, de reojo, que Will y Jack hablaban en voz baja. Jack sonrió y le dio un apretón en el hombro a Will. Se me hizo tierno verlos así. Will se adelantó y se dieron un pequeño abrazo antes de seguir hablando.
Y Sue ya estaba robando comida de la nevera, claro.
—Por el bichito —dije, levantando el vaso hacia Naya.

Ella sonrió y levantó su botella de agua.
—¿No es un poco pronto para enseñarle lo que es el pecado? —preguntó Sue mirando a su alrededor.

—Tiene tres semanas —Naya puso los ojos en blanco—. Es más pequeño que una nuez. No se enterará.

Sue se encogió de hombros, levantó la copa y se la bebió de un trago. Después, se llenó los brazos con comida y desapareció en la fiesta. Naya y yo nos quedamos ahí, charlando. Ella me sonrió misteriosamente.

—¿Has avisado a Curtis de que estás aquí?

—Sí, pero no creo que ahora mismo sea el mejor momento para que venga —murmuré.

Ella echó una ojeada a Jack y suspiró.
—A no ser que quiera que le partan la cara... —rió sin muchas ganas—. Aunque...

Puse una mueca cuando se le iluminó la mirada.
—¿Qué?

—Nada, nada.

—Naya... —advertí.

—No es nada.

—No quiero poner celoso a nadie.
Volvió a sonreír inocentemente, dando un trago a su copa.
—Naya —repetí, mirándola con una ceja enarcada.

—¡Yo no...! —dejó de sonreír, mirando encima de mi hombro—. Oh, oh.

Levanté las cejas y me giré. Curtis venía directo hacia mí con una sonrisa. Jack y Will dejaron de hablar al instante en que Jack clavó sus ojos en él como dos dagas.
Curtis ni siquiera se dio cuenta. Se detuvo a mi lado y parpadeó varias veces.
—Estás genial —me guiñó un ojo amigablemente antes de mirar a Naya—. Y tú igual, Naya. Un placer volver a verte.
—Igualmente —y se dieron un pequeño abrazo.

—Los de nuestra clase están perdidos por toda la fiesta —me dijo Curtis, sonriendo—. Podemos lanzarnos a la aventura e intentar encontrarlos o emborracharnos aquí.

Me puso una mano en el hombro y, al instante en que me tocó, me sentí incómoda. Y no por él, sino por el psicópata que observaba cada movimiento desde unos cuantos metros de distancia.
—Toma, bebe con nosotras —Naya le ofreció un vaso.
Curtis sonrió y le dio un trago.
—Whoa, esto es fuerte —dijo, sorprendido.

—La especialidad de Naya es emborrachar a la gente —bromeé.

—¡Eso no es verdad! —y empezamos a reír los tres.

Entonces, las risas murieron cuando una botella de cerveza vacía se clavó en la encimera a nuestro lado. Jack se posicionó a mi otro lado, mirando fijamente a Curtis, que dejó de sonreír al instante.
Naya parecía entusiasmada con la escena.
—¡Ross! —lo llamó alegremente—. ¿Te acuerdas del amigo de Jenna?
Lo miró de arriba abajo.
—Sí.
—Mira, estaba diciéndoles lo buena pareja que hacen, ¿qué opinas tú?
La miré con incredulidad.
Iba a matarla.
Pero Jack no respondió. Se limitó a clavar los ojos en la mano que Curtis seguía teniendo en mi hombro. Él, por instinto, la quitó y se la metió en el bolsillo.
—¿Qué tal? —le preguntó Curtis a Jack, intentando ser amable.

—No hace falta que le hables —le aseguré en voz baja.

—Pues muy bien —le respondió Jack, ignorándome—. Hace mucho que no nos vemos. Y eso que has quedado muchas veces con Jennifer.

Le dedicó una sonrisa de todo menos amable. Curtis se limitó a encogerse de hombros, sonriendo.
—No hemos quedado tanto.
—Oh, demasiado —le aseguró él.

—Jack —advertí en voz baja.

—Es Ross —me miró.

—Ugh, cállate.

—Solo estoy hablando con él.

—No, estás siendo un maleducado.

Nos miramos el uno al otro, cada cual más irritado.
—No pasa nada —me aseguró Curtis.

Ross lo ignoró categóricamente. Seguía mirándome con el enfado en los ojos. Y mi objetivo era no ser la primera en romper el contacto visual. Quería mi pequeña victoria.
—¿Has visto su película? —preguntó Will en medio del silencio, aunque estaba claramente incómodo.

—Más de una vez —aseguró Curtis—. Estaba esperando que se estrenara aquí para poder ir a la premiere.

—Pues nos veremos ahí, porque nosotros dos también iremos —comentó Naya con una risa nerviosa.

Al final, fui yo quien rompió el contacto visual con Jack, cansada. Will se estaba presentando a Curtis. Me acerqué a la nevera y escuché que me seguía. La cerró de golpe cuando vio que iba a agarrar una botella de alcohol.
—¿Qué haces? —pregunté, sorprendida—. ¡Podría haber perdido la mano!

—Es una nevera, no la boca de un maldito tiburón —me puso mala cara.

—Bueno, ¿me vas a dejar abrirla?

—No.
—¿Cómo que no? —fruncí el ceño.
—No quiero que te emborraches.

—¡Por Dios, no empieces!

Dio un paso hacia mí y se inclinó hacia delante.
—No quiero que te emborraches aquí.
—¿Aquí? —repetí, confusa.

—Aquí, rodeada de todos estos idiotas.

Puse los ojos en blanco.
—Ninguno de estos idiotas me ha tratado la mitad de mal que tú.
—Oh, perdón por no tratar como a una jodida reina a la chica que me dejó.

Aparté la mirada y sacudí la cabeza.
—Mira, Ross, ahora mismo no quiero tener esta conversación.

—¿Por qué? ¿Quieres irte con el imbécil?

Lo miré, irritada.
—Y si quisiera, ¿qué? ¿Tienes algo que decir al respecto?

No esperé una respuesta. Volví con Curtis, que sonrió cuando lo agarré de la mano.
—Vamos a bailar —le urgí.

—¿Problemas en el paraíso? —bromeó.

Me siguió dócilmente en medio de la multitud, donde por fin perdimos a Jack. Naya nos había seguido y bailó con nosotros, cosa que agradecí. No tardamos en encontrar a la gente de mi clase, que presenté a Naya. Me lo pasé genial. Ni siquiera me había dado cuenta de que habían pasado dos horas.
Volvimos a la cocina a reponer fuerzas. Curtis se apoyó en la encimera y me miró mientras Naya rebuscaba en la nevera por algo de comer.
—Me muero de calor —él puso los ojos en blanco, abanicándose.

—Ya me hablarás del chico con el que te mirabas ahí dentro —le sonreí.

—No estaba mal, ¿eh? —levantó y bajó las cejas, haciéndome reír—. ¿Sabes que tienes el pintalabios hecho un asco?
—¿En serio?

Me toqué debajo del labio y vi que mi dedo se quedaba un poco rojo.
—Ugh, creo que me he pasado la mano por la boca sin darme cuenta —protesté—. ¿Puedes intentar arreglarlo?
Él se acercó para limpiármelo con la mano.
Y, justo en ese momento, noté que me apartaba cuando alguien me rodeó los hombros desde atrás con ambos brazos, pegando mi espalda a su pecho. No necesité levantar la cabeza para saber quién era. El olor, la piel, incluso esa forma de abrazarme tan característica… lo conocía demasiado bien.
Y, aunque estaba furiosa con él por interrumpir de esa forma, mi estómago dio un vuelco con el repentino contacto.
—¿Qué tal, Curtis? —le preguntó secamente.

—Eh… —él pareció un poco descolocado al ver que me abrazaba—. Muy bien, la verdad.

—Sí, eso ya lo veo.

Intenté librarme de su agarre, pero fue bastante inútil. Puse una mueca.
—¿Quieres algo, Ross? —Naya se había acercado rápidamente al ver la situación de emergencia.

—Solo pasaba por aquí —dijo él, aunque su mirada no se había despegado del pobre Curtis, que parecía más incómodo que nunca.

—¿Puedes… soltarme? —protesté, desistiendo a intentar quitármelo de encima.

Will había aparecido de la nada y miró los brazos de Jack firmemente apretados en mis hombros. Puso una mueca cuando lo miré significativamente.
—Eh… Jenna, ¿no me habías dicho que querías ver la terraza? Ven, te la enseñaré —me salvó enseguida.

Jack lo miró, extrañado. Aproveché el momento de distracción para escabullirme y me deslicé con Will hacia la terraza, aliviada. Él abrió la puerta para mí y los dos salimos de la cocina. Sin embargo, no habíamos dado dos pasos cuando la puerta volvió a abrirse y cerrarse con un poco más de fuerza.
—Ross, tío, estás siendo un poco... —empezó Will al ver que iba directo hacia mí.

—¿Te has estado besando con él? —me preguntó directamente.

Se había detenido justo delante de mí, furioso. Le puse mala cara.
—Jack, no es...

—Tienes el pintalabios hecho una mierda —pasó un pulgar por debajo de mi labio inferior y vi que su dedo quedaba del mismo color que mis labios .

Incluso con la maldita situación en que estábamos, sentí un vuelco en el estómago cuando me tocó tan cerca de la boca.
—Déjame en paz —fruncí el ceño y me pasé los dedos alrededor de la boca, intentando limpiar cualquier desastre.

—¿Eso es un sí?

—Ross —la voz calmada de Will hizo que se girara hacia él—. Relájate. Nadie se ha besado con nadie.

Pues era cierto. Yo seguía intentando quitarme el desastre de pintalabios con ayuda de la cámara de mi móvil. Puse una mueca cuando lo apartó de delante de mi cara para mirarme.
—¿Te vas a enrollar con él?

—Será una broma.

—¿Te parece que esto bromeando?

—¿Te pregunto yo a ti si te vas a enrollar con cada chica con la que te cruzas? —pregunté, enfadada.

—¡No es lo mismo!

—¡Es exactamente lo mismo! —aparté la cara cuando intentó tocarme—. ¡Deja de quitarme el pintalabios!
Apretó los labios con fuerza, mirándome.
Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía las pupilas dilatadas. No lo había notado hasta ese momento. Fruncí el ceño al instante.
—¿Y tú me pides explicaciones? —pregunté, indignada—. ¡Mírate!

Pareció momentáneamente avergonzada.
—Puedo hacer lo que quiera —me dijo en voz baja.

—¡Y yo también! —miré a Naya, que se disculpaba conmigo con los ojos. Curtis no estaba. Esperaba que no se hubiera enfadado conmigo por culpa del idiota. Ugh, ¡solo quería una noche sin dolores de cabeza! Me giré hacia él, frustrada—. Se acabó. Gracias por arruinarme la fiesta. Me voy.

Vi que iba a agarrarme del brazo y lo aparté justo a tiempo. Él me miró como si quiera arrastrarme hacia el coche, pero me dio igual. Escuché que me seguía hacia la cocina.
—¿Te vas con él? —me preguntó bruscamente.

Me di la vuelta y lo miré, cansada.
—¡Voy a por un maldito taxi, Ross!

Crucé la pista de baile con tantas ganas de deshacerme de él que probablemente empujé a más de dos personas. Pero me dio igual. La mayoría se apartaba cuando veían a Jack caminando detrás de mí, furioso. Crucé el pasillo desierto con pasos rápidos, escuchando como me seguía. Ni siquiera me di la vuelta cuando bajé las escaleras a toda velocidad. Saqué mi móvil e hice un ademán de llamar a un taxi, pero me lo quitó de las manos.
—¡JACK! —estaba furiosa y agotada.

—No te vayas con un taxi —me frunció el ceño.

—¡Por al amor de Dios, déjame en paz de una vez!

Vi que Will, Naya y Sue aparecían por la puerta principal del edificio y se acercaban rápidamente a nosotros.
—Te llevo yo —me urgió él, agarrándome de la muñeca.

Me zafé de su agarre de un tirón. Apretó los dientes.
—Pero, ¿¡tú te has visto a ti mismo!? ¡No podrías conducir ni aunque quisieras!

—¿¡Quieres dejar de poner pegas a todo lo que te digo!?

—¡Pues deja de darme órdenes! —exploté—. ¡Me lo estaba pasando bien hasta que has decidido meterte en mi maldito camino!
—¡Estabas a punto de hacer una tontería!
—¿Una tontería? ¿Y qué sabes tú de mis tonterías?
—¡Enrollarte con ese idiota hubiera sido una tontería!
—¡Enrollarme contigo fue una tontería!
Me callé cuando me di cuenta de lo que había dicho. Él me miraba fijamente.
A veces, me da vergüenza ser tu conciencia.

Sus labios estaban tan apretados que le palpitaba un músculo en el cuello cuando dio un paso hacia mí.
—¡Si tanto te gusta ese imbécil, vete a vivir con él y no conmigo!

—¡Tranquilo, estoy deseando irme a vivir a cualquier otro lado para no tener que volver a verte!

—Chicos... —Naya intentó meterse en medio.

—¡Si tanta prisa tienes, haz la puta maleta y vete de una vez! —me gritó Jack.
—¡Lo voy a hacer! ¡Ni siquiera la he deshecho porque sabía que pasaría esto!
—¡Pues claro que sabías que pasaría! ¿Qué te creías? ¿Que ibas a volver y encontrarlo todo perfecto cuando tú misma lo dejaste hecho una mierda?
—¡Jack, no es...!
—¡ROSS!
—¡Pues Ross! ¡Me da igual! ¡Dentro de unas semanas me iré de tu vida otra vez y ya no tendrás a nadie a quien culpar de tus problemas!
Él se detuvo. Su pecho y subía y bajaba. El mío también.
—¡Pues que te aproveche la jodida residencia!
—¡Seguro que será mejor que tener que vivir contigo!
—¡Sí, y podrás traerte a todos los tíos que quieras!
—¡Que lo hagas tú no significa que yo vaya a hacerlo!
—¡Tú no tienes ni puta idea de lo que hago o lo que no hago, Jennifer!
Tardé un momento en responder y Sue lo aprovechó.
—Vamos, chicos, deberíamos irnos —dijo ella.

Me sorprendió que fuera ella quien me pasara un brazo por encima de los hombros y me guiara hacia el coche de Will. Me quedé sentada en la parte de atrás de brazos cruzados cuando vi que Jack y él hablaban en voz baja. Entonces, Jack se sentó al otro lado de los asientos traseros, volviendo a dejar a Sue en medio de ambos. Aparté la mirada de él y la clavé en la ventanilla.
Nadie dijo nada en todo el camino y lo agradecí. Por algún motivo, quería llorar. Tragué saliva con fuerza e intenté olvidarme de su presencia.
Cuando subimos al ascensor, seguíamos sumidos en un profundo silencio. Me atreví a levantar la mirada hacia el frente, donde Jack estaba apoyado con la espalda en el ascensor y los brazos cruzados. Parecía pensativo. Seguía teniendo los dientes apretados.
Él giró la cabeza y se encontró con mi mirada. No supe cómo interpretarla. Yo la aparté primero. En esos momentos, por muy arrepentida que estuviera, solo quería olvidarme de él.
Y lo dejé claro cuando entré la última en el piso y noté su mirada clavada en mi nuca al ir directamente a la cocina. Me llené un vaso de agua. Lo necesitaba.
Apenas había dejado el vaso en la encimera cuando vi que nos habíamos quedado solos. Genial.
Él se había sentado en el sofá. Podía ver su perfil. No me miró cuando se pasó una mano por el pelo.

Me pregunté si tenía que decir algo. Nunca había estado en una situación así. Al final, me decanté por no hacerlo.
Estaba entrando en el pasillo cuando escuché su voz.
—¿Alguna vez me fuiste infiel?

Me detuve en seco, tensa.
No me acababa de preguntar eso, ¿verdad?
No me acababa de hacer esa maldita pregunta.
Me giré lentamente hacia él con el ceño fruncido. Me miraba fijamente. Sí. Iba en serio.
—¿Estás de coña? —pregunté en voz baja.

—Es solo una pregunta —dijo con voz sospechosamente calmada.

—Sabes perfectamente la respuesta.

—¿La sé? —se puso de pie sin dejar de mirarme. Se acercó lentamente—. Cada vez que te veo, me da la sensación de que había más cosas de ti que no he llegado a conocer nunca.

—¿Qué...? ¿De qué demonios estás hablando?

—Nunca fuiste del todo sincera conmigo, ¿no?

—Fui sincera contigo —le fruncí aún más el ceño, ofendida.

—Oh, sí. El último día lo demostraste muy bien.

—Yo no... —negué con la cabeza, frustrada, y me puse a la defensiva—. ¿Y tú qué, Ross?

—¿Yo, qué?

—¡Deja de hablarme así, como si no hubieras tenido ningún secreto durante nuestra relación!

Entrecerró los ojos, deteniéndose delante de mí.
—Nunca te mentí. Nunca. Ni una sola vez en esos tres meses de mierda.

—¡Pero tampoco fuiste completamente honesto! ¡Te pasabas el día evitando mis preguntas!

—¡Y ahora, viendo en lo que nos hemos convertido, me alegro de ello!

—¡Yo te lo conté todo!

—¡Y yo no te conté lo que no necesitabas saber de mí!

—¡Me da igual lo que necesitara, lo que quería era conocerte bien! ¡Y nunca me diste la oportunidad de hacerlo!

—¿Y qué hubieras hecho si te lo hubiera contado todo? ¿Me habrías dejado aún peor por haber sido lo suficientemente idiota como para confiar en ti?

—¡Me da igual, Ross, te conté todo de mi! ¡Incluso te hablé de mi maldito hermano mayor pillándome sin sujetador! ¡Te conté cada detalle y tú nunca me diste una sola pista de nada de tu vida! ¡Tenía que descubrirlo por los demás!

—¡Mi vida no es tu maldito problema, Jennifer!

—¡No, ya no! —lo empujé por el pecho y dio un paso atrás pese a que no había sido lo suficientemente fuerte como para hacerlo retroceder—. ¡Es tu problema! ¡Y te la estás destrozando!

—¡¿Yo me la estoy destrozando?!

—¡Sí, Ross! —volví a empujarlo, furiosa—. ¡Después de todo lo que yo... después de todo lo de Francia y de tener la maldita oportunidad de tu vida, mira lo que estás haciendo!
—¡Estoy haciendo lo que quiero!

—¡No, estás intentando ser alguien que no eres!

—¡No sabes quién soy! —me sujetó las muñecas delante de su pecho, furioso, cuando hice un ademán de volver a empujarlo—. ¡No sabes nada de mí! ¡Lo hubieras sabido si te hubieras quedado aquí, conmigo!

—¡Sé que no eres... esta persona!
—Esta persona —repitió con los dientes apretados.

—¡Sí, Ross! ¡Este... imbécil que no deja de meterse con todo el mundo, drogarse y emborracharse porque... no sé por qué!
—¿Y qué soy, Jennifer?

Dejé de forcejear para que me soltara y él mantuvo sus ojos sobre los míos, mirándome fijamente.
—Eres... —oh, no, tenía los ojos llenos de lágrimas—. Eres bueno, Ross.
Hice una pausa cuando él no se movió.
No sabía ni cómo empezar a decirlo, pero ya había explotado y no había marcha atrás.
Tragué saliva intentando librarme del nudo de mi garganta y noté que sus dedos se apretaban en mis muñecas.
—Eres gracioso, asquerosamente encantador y tienes un don para salirte con la tuya siempre. Eres... un chico al que le gustan las películas y la comida basura, el cine y los

superhéroes. Y que hace los recados de los demás porque le encanta aunque finge que no es así. Y eres... eres Jack, no Ross. Ross es lo que intentas ser para no salir herido, pero no eres tú. Y lo sabes.

Vi que él había dejado de fruncir el ceño, pero seguía teniendo la mandíbula tensa. Se tensó aún más cuando estiré las manos y también le agarré las muñecas, pasando los pulgares por su piel. Estaba muy tenso
—Sé que te hice daño. Y lo siento. Lo siento mucho. No sabes cuánto. Ojalá pudiera... —me corté a mí misma y sacudí la cabeza—. Sé que lo has pasado mal por esto. Y sé que... sé que ha sido por mi culpa. Pero... no eres así. No eres... simplemente no eres este, Jack. No necesitas serlo. En el fondo, eres el chico que conocí hace un año. Nunca has dejado de serlo.

Hubo un momento de silencio. Él me miraba fijamente. No sabía leer su expresión, pero se había callado. Noté que me bajaba una lágrima por la mejilla y le solté la mano para limpiármela.
Él soltó mi otra muñeca y dio un paso atrás, negando con la cabeza.
—Tú misma te encargaste de que el chico que conociste hace un año desapareciera —masculló.
Cerré los ojos un momento y negué con la cabeza. Él no había cambiado su expresión cuando los abrí.
—¿Por qué demonios has vuelto? —preguntó—. ¿Te creías que esto iba a ser bonito? ¿Que tendríamos una segunda parte maravillosa y que yo volvería a dejarlo todo por ti?

—Ross, no...

—¿Te crees que volveré a tragarme el mismo cuento dos veces?

—¡No era ningún cuento!

—¡Me dejaste, Jennifer, así que deja de insinuar que lo que hacías era real!

—¡Lo era! —me frustré.
—¡¿Y por qué me dejaste?! ¡¿Por qué demonios te fuiste?! ¡Te lo di todo! ¡Todo! ¡Y no me refiero a dinero, al piso, o a cualquiera de esas mierdas! ¡Te di todo lo que tenía de mí! ¡Aunque a ti te pareciera que no lo hacía, nunca me había abierto de esa forma con nadie! ¡Con nadie en el puto mundo! ¡Solo contigo!
Hizo una pausa, inspirando hondo. Yo no pude evitarlo y me empezaron a caer las lágrimas cuando vi que él estaba a punto de derrumbarse.
—Eras la única persona en el mundo que podía hacerme daño. Y lo hiciste.

—Jack... yo no...

—¿Y ahora te crees que tienes algún derecho a venir aquí a darme lecciones sobre cómo cuidar mi vida? ¿Te crees que me creo toda esa mierda de amiga preocupada? ¿Crees que

quiero ser tu amiguito? No es que no quiera, Jennifer, es que no puedo. ¡No puedo estar cerca de ti! ¡Cada vez que te veo, es como revivir toda esa mierda otra vez! ¡Te veo marchándote después de que hiciera todo lo que estuvo en mi mano para que te quedaras! ¿Quién te crees que eres para volver justo cuando estaba empezando a olvidarte? ¿Quién te crees que eres para volver a sacar todo eso de la nada?
Se dio la vuelta, frustrado, y se pasó una mano por el pelo. Me quedé mirándolo con lágrimas en los ojos. Él se volvió a dar la vuelta y me miró.
—Sabes que te quería, ¿no? —me preguntó en voz baja—. Lo sabías perfectamente, pero no impidió que te marcharas. Y sigo sin saber por qué demonios lo hiciste. Porque no fue por el idiota que te esperaba en casa, ¿verdad?
Abrí la boca para responder, pero no pude.
—¿Sabes qué? No quiero saberlo —negó con la cabeza—. Debí haber hecho contigo lo que hacía con todas. Me habría olvidado de tu maldita existencia en una semana.

Apreté los labios, pero no dije nada. Él sonrió con maldad.
—Era lo que quería hacer cuando te conocí, ¿sabes? Quería echarte un polvo y mandarte a casa. Pero Will me pidió que no lo hiciera porque eras la compañera de habitación de su novia. Porque Naya parecía pasárselo bien contigo y sabía que no querrías volver a venir con nosotros después de que yo te mandara a la mierda. Fue lo único que me impidió hacerlo.
Hizo una pausa, apretando los labios con fuerza.
—Ojalá lo hubiera hecho.

Mi corazón latía a toda velocidad cuando se dio la vuelta y empezó a ir al sofá de nuevo. Lo seguí con los puños apretados. Me estaban cayendo lágrimas de pura rabia.
—¿Sabes cuál es tu problema? —le pregunté con voz cortada.
—No tengo ningún problema —murmuró sin mirarme.

—Sí, sí lo tienes. Tu problema es que sigues enamorado de mí, Jack.

Él se detuvo de golpe y vi que cada músculo de su espalda se tensaba.
Yo también me detuve y tragué saliva. Mi cuerpo entero era un manojo de emociones a flor de piel. Al menos, habían dejado de caerme lágrimas. Pero seguía teniendo las mejillas húmedas.
Entonces, él se dio la vuelta y clavó una mirada helada en mí. Tuve que esforzarme mucho para quedarme en mi lugar cuando rehizo el recorrido hasta quedar justo delante de mí. Tanto que tenía que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Al hablar, usó un tono muy bajo.
—Y tú de mí, Jen.

Por un momento, no supe qué decir.
—Estás tan jodidamente enamorada de mí que no soportas vivir aquí. Por eso te fuiste, ¿verdad? Quizá no fue el principal motivo, pero fue uno de ellos. Y por eso quieres irte otra vez. Porque eres demasiado cobarde como para enfrentarte a eso. Como para afrontar que

alguien te gusta lo suficiente como para que pueda hacerte daño. Que estás jodidamente enamorada de mí.

Hizo una pausa al inclinarse más hacia mí.
—Porque lo estás —añadió en voz baja—. Puedes odiarlo todo lo que quieras, pero es así.

—No estoy enamorada de nadie —mascullé.

Él sonrió irónicamente y se acercó un poco más.
—Pues apártate.

Cuando vio que no me movía, enarcó una ceja.
—Venga, apártate.

—¡Deja de ser un imbécil, Ross, sabes que no...!

—Oh, ¿lo sé?

—¡Eres un... engreído y... un maldito idiota!

—Puedes mentirte a ti misma todo lo que quieras, Jennifer, a mí no me engañas.

—¡No quiero engañarte! ¡No quiero nada contigo! ¡Tú eres el que tiene sentimientos que no quiere tener, no yo, porque...!
Me corté a mí misma cuando noté que me agarraba la cara con las manos y se inclinaba hacia delante, pegando sus labios a los míos.
Durante un momento, fue como si mi cuerpo entero se quedara sin saber qué hacer. Me quedé helada mientras él apretaba los dedos en mis mejillas y los labios sobre los míos. Todo el vello de mi cuerpo se erizó. Mi corazón empezó a aletear como no lo había hecho desde que me había marchado de ahí.
Y, entonces, se separó completamente de mí, dando un paso atrás. Su pecho también subía y bajaba rápidamente.
—¿Lo ves? —me señaló con la cabeza.

No supe qué decir. Era como si me hubiera quedado sin cuerdas vocales. Él esbozó una sonrisa triste.
—Al menos, tenías razón en algo. Tengo sentimientos que no quiero tener. Porque sigo queriéndote. Y no te lo mereces.

Abrí la boca, pero, de nuevo, no sabía qué decir. Él borró la sonrisa y negó con la cabeza.
—Nunca te has merecido que te quisiera, Jennifer. Nunca te lo merecerás. Pero soy lo suficientemente idiota como para seguir haciéndolo toda mi vida.

Nos miramos un momento el uno al otro antes de que él se diera la vuelta, agarrara las llaves y desapareciera. Escuché sus pasos por el pasillo hacia la ventana.
Por algún motivo, me encontré a mí misma acercándome a la puerta y rodeando la manija con la mano. Sin embargo, me detuve de golpe. No me había dado cuenta de que había estado llorando todo el rato. Apoyé la frente en la puerta.
Era una mierda de persona.
Tenía razón, no me merecía que me quisiera. No me merecía que nadie lo hiciera. Yo misma me había tirado de lleno en ese hoyo. Y nunca saldría de él. Era la única persona del mundo que me había dicho que me quería sintiéndolo de verdad y lo había destrozado.
Era una mierda de persona. Lo era.
Solté el pomo de la puerta y me arrastré de nuevo hacia la habitación. Cerré la puerta llorando como una idiota. Me senté en la cama, en su lado, y noté que mi cuerpo entero se relajaba. Era como volver a casa. Apreté su almohada con la palma de la mano sin saber muy bien por qué.
Quería que volviéramos al tiempo en que Monty era nuestra máxima preocupación.
Me giré hacia algo que me llamó la atención en su mesita de noche. El primer cajón estaba entreabierto. Lo abrí lentamente, quitándome una lágrima, y vi, en su interior, el cómic que le había dado por su cumpleaños. Volví a lloriquear cuando vi que tenía las páginas dadas de sí de lo mucho que lo había leído.
Lo devolví a su lugar y vi una sudadera roja que me resultaba muy familiar. La sudadera de Pumba. La agarré con fuerza y la abracé. Me recordaba tanto a él... no me podía creer que hubiera guardado eso durante un año.
Y, junto donde había estado la sudadera unos segundos atrás, estaba una foto. La única que teníamos juntos. Se me encogió el corazón al recordar la estúpida feria de mi pueblo, donde nos habíamos metido en esa cabina de fotos. En ese momento, pareció una bobada. Ahora, me entraban ganas de llorar al ver su cara de felicidad mientras le besaba los labios, la mejilla y le ponía una mueca, haciéndolo reír.
Ya no volvería a ver esa sonrisa.
Y todo porque era una mierda de persona y no me la volvería a merecer nunca.

CAPITULO 5

Al despertarme, no me apetecía ir a correr. No me apetecía hacer nada. Me acurruqué un poco más entre las sábanas antes de decidir que ya era hora de levantarme. Me incorporé y me estiré, mirándome en el espejo. Últimamente, me daba la sensación de que estaba más apagada que de costumbre. Necesitaba hablar pronto con Shanon. La echaba de menos. Muchísimo.
Abrí la puerta de la habitación y me dirigí a la cocina, pero me detuve en medio del pasillo cuando escuché la voz de Will.
—...no tanto —y conocía ese tono.
Era su tono de *papá preocupado*.

¿Qué le preocupaba?
Hubo un momento de silencio y, por algún motivo, supe que era mejor no desvelar que estaba ahí. Me quedé en el pasillo en completo silencio, escuchando.
Eso se llama invasión de priv...
—¿No ha salido? —preguntó Jack en voz baja.

Vale, quédate. A la mierda la invasión de privacidad.
Vale, ahora solo tenía que adivinar de qué hablaban.
—No —dijo Will.

Silencio de nuevo.
—No es muy normal en ella no salir a correr —murmuró Jack.

¿Correr? ¿Hablaban de mí? Sí, no había nadie más ahí que saliera a correr. Tenía que ser yo. Me emocioné incluso sin quererlo.
—Ross, no creo... —Will suspiró y buscó las palabras adecuadas—. Mira, anoche... te dije que mantuvieras las distancias.

—Lo intenté. No pude.

—Sí, lo sé. Y mira cómo terminasteis.

Escuché un suspiro de Jack y agudicé el oído.
—Estoy harto de todo esto —murmuró él.

—Lo sé.

—De todo —aclaró, aunque yo no lo entendí. Will sí, obviamente.

—Lo sé —repitió en un tono más triste.

Silencio de nuevo.
—¿Crees que...? —empezó Jack.

—No —le dijo Will.
¿Si creía qué? ¿Por qué no podían hablar como dos personas normales en lugar de entenderse con tan solo mirarse? Ugh. Qué odiosos podían llegar a ser.

No quería cruzarme con Jack. Era infantil, pero quería intentar evitarlo lo máximo posible. Había dormido fatal. Sus palabras habían estado retumbando en mi cabeza durante horas. Incluso cuando escuché que él volvía a entrar en casa. Me había quedado escuchando sus pasos en el salón antes de que se tumbara en el sofá para dormirse. No habíamos vuelto a hablar, obviamente.
Opté por ducharme directamente. Cuando terminé, me envolví en una toalla y me quedé mirando a mí misma en el espejo. Vale, definitivamente estaba más apagada. Suspiré y me vestí rápidamente.
Cuando abrí la puerta y me dirigí a la cocina, me encontré directamente con Jack. Al cruzarnos, evité su mirada estratégicamente, aunque noté que él clavaba los ojos en mí al pasar por mi lado. Ninguno dijo nada. Él entró en el cuarto de baño y yo en el salón.
Sue y Mike estaban en el sofá hablando en voz baja. Mike sonrió ampliamente al verme llegar.
—Si es la protagonista de anoche —dijo.

—¿La protagonista?

—De la discusión a gritos —aclaró.

—Pero... si tú no estabas, Mike.

—No, pero tengo un topo infiltrado —señaló a Sue con la cabeza.

—Serás chivata —mascullé, mirándola de reojo y sentándome con ellos en el sofá.

—¡Quiero enterarme de las actualizaciones de vuestra relación! —protestó Mike—. Cuando él vuelva a dormir contigo, yo podré volver a mi querido sofá. Lo echo de menos.

—Vale, lo primero —lo miro—, ¿qué te hace pensar que va a volver a dormir conmigo?

Él y Sue intercambiaron una mirada antes de poner los ojos en blanco.
—Vale, dejadlo —suspiré—. Y segundo... ¿por qué no puedes dormir en el otro?

—Vamos, cuñada, ¿crees que Jackie me dejaría dormir en la misma sala que él?

—Mhm... no.

—Entonces... —Sue me miró, sedienta de chismes—, ¿qué pasó exactamente?

Enarqué una ceja en su dirección.
—Que peleamos.

—Sí, hasta ahí hemos llegado —Mike suspiró—. Tu futuro marido casi no me ha dejado entrar. Estaba de muy mal humor.

—Mi futuro marido —negué con la cabeza, entre divertida y triste con la idea—. Solo... discutimos. Nunca había discutido así con él. Y él... quizá... yo... le dije que su problema era que seguía enamorado de mí.

—Bueno, no es algo que pueda negar —murmuró Sue.

—Él me dijo que el mío era el mismo. Que también sigo enamorada de él.
—¿Y sigues estándolo? —me preguntó Mike.

Lo miré un momento.
—¿Eh?

—Enamorada de él. ¿Sigues estándolo?

Silencio. Aparté la mirada. No tenía sentido mentir.
—Dudo que alguna vez haya dejado de estarlo.

Los miré cuando noté que se habían quedado en silencio. Me sentía como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Fruncí el ceño cuando vi que los dos tenían pequeñas sonrisitas en los labios.
—¿Qué os hace gracia?
—¿Qué es ese ruido, agente Susie? —preguntó Mike.
—Vuelve a llamarme Susie y te castro.

—¿Qué es ese ruido, agente Sue?

—Suena a... no lo sé, ¿qué crees tú, agente Mike?

—Yo creo que es el ruido que anuncia que... —sonrió ampliamente—, ¡vuelve el equipo de la droga!

Los dos me miraron fijamente en busca de una reacción que tardó unos segundos en llegar.
—¿Hola? —Mike chasqueó los dedos delante de mi cara—. El equipo de la droga, ¿recuerdas?

—¿El equipo de la droga? —repetí—. ¿Eso no fue cuando fumamos marihuana?

—Podemos volver a fumarla, si quieres —ofreció Sue—. Yo no me quejaría.

—No es eso... pero... ¿y qué hace exactamente el equipo de la droga? A parte de fumar, claro...

—Se encarga de alegrar tu hogar... —empezó Mike.

—...o parasitarlo —Sue le enarcó una ceja.

—De sonreír siempre...

—...o nunca.

—De la felicidad de los demás...

—...o de destrozarla.

—Y, lo más importante... ¡están especializados en reconciliaciones!

Mike me miró, entusiasmado.
—Reconciliaciones —repetí.

—Si Ross y tú necesitáis un empujoncito, os lo daremos.

—Y si literalmente queréis un empujón, también os lo daremos sin problemas —añadió Sue.

—Chicos, os lo agradezco, pero...

Me detuve cuando mi móvil empezó a sonar. Ellos empezaron a cuchichear mientras yo respondía. Era un número que no tenía guardado.
—¿Sí?

—Eh... hola.

Me quedé mirándolos un momento antes de cerrar los ojos un momento. Lo que me faltaba.
Venga ya.
—¿En serio? —pregunté en voz baja.

—No quiero pelear —me dijo Monty.

—Tú siempre quieres pelear —puse los ojos en blanco.

—¿Tengo que suponer que ya habías borrado mi número? —murmuró—. Me ha sorprendido que me respondieras.

Tardé unos segundos en responder. Estaba agotada. Mi cerebro se sentía como si se hubiera fundido. Sue y Mike me miraban fijamente, curiosos.
—Yo... yo no... —no sabía ni qué decirle—. ¿Qué...? ¿Te has equivocado de número?

—¿Yo? No.

—Es que... —puse una mueca—. Hace un año que no hablamos. Y estaba casi segura de que era por decisión mutua.

—Solo quería preguntarte qué tal te va todo, Jenny.

Silencio.
—¿Seguro que es solo para eso? —enarqué una ceja.

—¿No te fías de mí?

—Monty, ¿qué quieres?

—¡Lo digo en serio, solo quiero saber cómo estás!
—En más de medio año de relación, nunca me llamaste solo para saber cómo estaba —murmuré—. Ni una sola vez. ¿Qué quieres?
—Ha pasado un año, Jenny. Estoy con otra. Tú... bueno, no sé si estás con otro, la verdad. La cosa es que he cambiado. Supongo que los dos lo hemos hecho.

Fruncí el ceño, todavía un poco a la defensiva.
—Vale... —accedí lentamente para que siguiera hablando.
—He estado pensando mucho estos meses y... ¿no sería mejor cerrar nuestro capítulo de una vez por todas?

—¿A qué te refieres exactamente con eso de cerrar nuestro capítulo?

—A que podríamos vernos cuando vengas a casa porque...

—Whoa, espera, espera —lo detuve—, ¿por qué iba a volver yo a casa?

—¿No... no te has enterado?

—¿De qué?

—Bueno, ya sabes cómo es la gente por aquí. Se pasan el día hablando y hablando, y... bueno... me enteré de lo de tu abuela y...
—¿Mi abuela? —me tensé al instante—. ¿Qué le pasa a mi abuela?

—Nada muy grave... que yo sepa. Igual deberías hablar con tus padres.
No dije nada. Me había quedado momentáneamente paralizada.
—Bueno, si necesitas hablar... —murmuró él—, ya sabes que me tienes aquí. Siempre.

Estaba entre la confusión por la manera en que se comportaba y la perplejidad por lo de la abuela. Tardé unos segundos en reaccionar.
—Sí, yo... eh... gracias por avisarme —murmuré.

—No hay de qué. Un beso, Jenny. Cuidate.

No respondí. Ya estaba marcando el número de mamá. Ella tardó un rato en responder, como siempre. Mike y Sue seguían la jugada con los ojos. Yo me puse de pie, nerviosa, y empecé a pasearme por el salón.
—¡Jenny! —exclamó felizmente mamá—. ¿Cómo est...?

—¿Qué le pasa a la abuela? —pregunté directamente.

—A la abuela —repitió, suspirando—. Cielo, no es nada grave. ¿Quién te lo ha dicho?

—¿Que no es nada grave? ¿Se puede saber por qué me he tenido que enterar por alguien que no era de mi familia de que pasaba algo, mamá? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Tuvo un mareo el otro día y se cayó. Está pasando unos días en casa. Está bien atendida.

—Mamá, una caída a su edad puede ser cualquier cosa menos nada.

—Está bien, Jennifer —replicó ella—. No quería preocuparte innecesariamente. Sé que tienes tus propios problemas con los que lidiar y...
—Mamá —interrumpí de nuevo—, quiero enterarme. De todo. Aunque no sea grave.

—No creo que sea necesario, Jenny.
—¡Tengo derecho a saber qué pasa en casa!
—No hace falta que te preocupes por cosas que no tienen tanta importancia. Si fuera algo grave, te avisaría. Ya lo sabes.

—¿Así como me avisasteis de que Jack seguía aquí? —pregunté en voz baja.

Menos mal que esos dos no me habían oído. Mamá sí, porque soltó una risita nerviosa.
—¡Oh! ¿Está ahí? ¿Quién lo habría pensado?

—¡Tú cada vez que veías una de sus entrevistas! ¡Y papá!

—¿Eso quiere decir que te lo estás pasando bien con él?

—Mamá, ¿puedes dejar tu obsesión porque vuelva con él de lado un momento y...?

—Es que me gustaba mucho ese chico —casi pude visualizar su mueca—. Ha sido tu mejor novio hasta la fecha.

—Solo he tenido dos —enarqué una ceja.

—Es el mejor de los dos.

—Bueno —volví al tema—, entonces, ¿seguro que la abuela está bien?

—Que sí, cielo. ¿No crees que te avisaría si no fuera así?

—Vale... tienes razón.

—Venga, no te preocupes por nada que no sean tus estudios o tu novio y...

—Mamá —negué con la cabeza.

—Vale, olvídate de los estudios. Céntrate en lo otro. En lo importante —bromeó, divertida.

—Voy a colgarte.

—Te quiero, cielín.

—Yo a ti no.

—Claro que sí. Cuidate mucho, cariño.

Había estado gran parte del día pensando en si la abuela estaría bien. En cuanto me cercioré de que mi madre me avisaría si ocurría algo, mis pensamientos volvieron a Jack.
Sabía que era inútil prolongar el silencio entre nosotros. Me daba la sensación de que solo estaba empeorando las cosas. Pero... no sabía qué decirle. Ni siquiera sabía si querría hablar conmigo. Y menos después de lo de anoche.
Y... quería decirle la verdad. Quería hacerlo. Pero, ¿y si se lo tomaba todavía peor? ¿Y si empeoraba las cosas? Bueno, no era como si realmente pudieran ir a peor.

Él apareció por la tarde y tuvo que coincidir en el momento en que estaba sola en el salón. Naya y Will habían salido juntos, Sue estaba encerrada en su habitación y Mike había desaparecido, como de costumbre.
Cuando entró, nos quedamos mirando un momento. Fue un silencio bastante incómodo. Él dejó la chaqueta en el respaldo del sillón, mirándome de reojo.
Al final, decidí hacer un ademán de ponerme de pie.
—Yo... eh... —señalé el pasillo.

—No te molestes —me dijo, yendo a la cocina a por una cerveza.

Me quedé mirando cómo se sentaba en el otro sofá, lo más alejado de mí posible. Miró la televisión con el ceño fruncido. Yo lo miré a él, retorciéndome los dedos por los nervios. Vale, había estado ensayando eso mentalmente todo el día. Me había costado, pero había decidido que eso era lo mejor. Para pensar y... para todo. Y, ahora, iba a decírselo.
—Ross... —empecé, porque no sabía ni qué decirle—. Yo... creo que deberíamos hablar.

No respondió por unos segundos, como si no me hubiera oído, pero vi que se le tensaba un músculo de la mandíbula.
—Creo que ya dijimos todo lo que teníamos que decir anoche —murmuró al final.

—No, anoche no estábamos hablando. Estábamos discutiendo.

—¿No te has dado cuenta de que todas las conversaciones que hemos tenido desde que decidiste aparecer de nuevo por aquí han terminado en discusiones? —preguntó, mirándome—. ¿Qué te hace pensar que esta será diferente?

Apreté los labios, contando mentalmente hasta diez para no precipitarme. Él seguía mirándome, esperando una respuesta.
—Mira —empecé lentamente—, he estado pensando toda la noche, y... y esta tarde... yo...

Agaché la cabeza, mirándome las manos. Seguía teniendo su mirada clavada en mi cabeza.
—...esto no es sano —concluí, mirándolo de reojo—. No... no creo que sea bueno para ninguno de los dos que esté viviendo aquí.

Como no dijo nada y no dio señales de que fuera a hacerlo, decidí seguir.
—Y sé que fui yo misma quien volvió a meterse aquí. Yo no... si hubiera sabido que estabas aquí... bueno, eso no importa. Yo... voy a pedirle a Chris que me deje quedarme con él en la residencia durante el tiempo que falte para que haya una habitación disponible. Creo... que es lo mejor. Para los dos. Sé que tienes mucho en lo que pensar. Y yo también. Y no... eh... no quiero ser una distracción para ti.

Cuando me atreví a volver a mirarlo, vi que él había apartado los ojos. Los tenía clavados en la cerveza. Había apretado los dientes, pero seguía sin decir nada. Y no sabía cómo interpretarlo.
—Quería que fueras el primero en saberlo —añadí—. Después de todo, es tu casa y... bueno, podrías haberme echado. Y no lo has hecho. Yo... te lo agradezco, pero sé que tampoco eres

feliz conmigo aquí. Es… creo que es lo más maduro que podemos hacer.

Pareció que había pasado una eternidad en silencio cuando por fin me miró de nuevo. Tenía los ojos apáticos, como si no pudiera sentir nada. Y seguía sin decirme ni una palabra.
—Me iré mañana por la noche —concluí.

Silencio. Seguía mirándome fijamente, pero no sabía qué decirle. Además, cuando estaba nerviosa, no podía evitar empezar a parlotear para llenar el silencio.
—Puedes… la habitación es tuya. Es decir… puedo dormir esta noche aquí y…

Me interrumpí cuando apartó la mirada y negó con la cabeza.
—No quiero la habitación. Quiero… —se cortó a sí mismo y frunció el ceño sin mirarme.

Tragué saliva cuando él apretó los labios y se pasó una mano por la nuca. Esperé pacientemente a que dijera algo.
Entonces, levantó la cabeza y me miró con la misma expresión que antes. Como si no sintiera nada.
—Muy bien —murmuró—. Haz lo que quieras.

—No es… —me detuve cuando se puso de pie y adiviné que iba a marcharse—. Ross, estamos hablando.
—Tú estabas hablando.

Lo seguí hacia la entrada con el ceño fruncido.
—Te estaba consultando algo. Por saber si te parece bien.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que te vayas? ¿Para que te sientas mejor?

—No es… —me acerqué cuando vi que agarraba su chaqueta e iba a la puerta—. ¡Deja de huir, Jack!

—¿Huir? ¿Yo? —se detuvo con la puerta abierta, mirándome fijamente.

—Sí, siempre que intento hablar contigo, terminas yéndote. Huyendo.

Hubo un momento de silencio cuando nos quedamos mirándonos el uno al otro. Por un breve instante, me pareció poder leer algo en sus ojos. Tristeza. Pero se esfumó al instante en que apretó los entorno a la puerta.
—Parece que por fin tenemos algo en común —murmuró.
Salió del piso y cerró a su espalda, dejándome ahí plantada. Suspiré y aparté la mirada. Esta vez, sus pasos habían sido hacia el ascensor, no hacia la ventana.

Y su ausencia se prolongó durante el resto de la tarde. Y la noche. Había hecho yo el pedido de la cena. Había elegido su hamburguesa favorita sin saber muy bien por qué. La guardé a un lado al ver que no volvería temprano.

Will se dio cuenta de que miraba de reojo su lugar.
—¿Os habéis peleado? —preguntó.

—Más o menos —fruncí el ceño.

—Ya aparecerá en una hora o algo así. No te preocupes. Siempre hace esto.

No lo hizo.
Ya estaba en la cama. Y no podía dormirme. No dejaba de pensar en que podía estar borracho —o algo peor— por algún rincón perdido de la ciudad y eso me estaba empezando a desesperar. Volví al salón y vi que estaba vacío. Todo el mundo estaba durmiendo. ¿Cómo podían dormir sin saber si estaba bien? Yo era incapaz. Me dejé caer en el sofá y miré la televisión con una mueca. Tuve que ver a una maldita adivina echando las cartas a la gente para no morirme del asco.
Al final, no pude soportarlo más y fui a por mi último recurso. Agarré el móvil y marqué su número. Seguía sabiéndolo de memoria. Lo había marcado mil veces durante ese año para quedarme mirándolo y luego apagar el móvil, decepcionada conmigo misma.
Esperé pacientemente a que sonara el primer pitido.
Honestamente, no me esperaba que fuera a responderme.
Pero, entonces, el pitido se cortó a la mitad.
—¿Qué? —preguntó directamente.
Fruncí el ceño un momento. ¿Ese tono...? No estaba borracho, ¿verdad?
—¿Ross? —pregunté yo, confusa.

—¿Jen? —casi podía ver que sonreía—. Vaya, vaya, vaya... qué sorpresita nos ha traído la noche.

—¿Estás borracho?

—¿Yo? No —y empezó a reírse.

Sin darme cuenta, me puse de pie.
—¿Dónde estás?
—En un lugar llamado mundo.
—Ross, lo digo en serio.
—¿Ahora te preocupa donde estoy?

—Dímelo. Ahora.

—¿O qué? ¿Me vas a dar uno de tus puñetazos destructores?

—Ross, dímelo ya.

—En la puerta —y volvió a reírse.
¿Qué?
Me acerqué a ella y la abrí de un tirón. Me quedé parada un momento cuando vi que estaba sentado en la pared de en frente, bostezando. Parpadeó varias veces para enfocarme.
—Hola —murmuró, y empezó a reírse.

Fruncí el ceño y colgué el móvil. Él seguía sujetándolo como si hablara conmigo. En la otra mano, tenía una llave.

—¿Intentabas abrir la puerta con la llave del coche? —pregunté, incrédula.

Él siguió riéndose solo y negué con la cabeza.
—¿Puedes ponerte de pie?

—Me lo enseñaron cuando era pequeño, creo que todavía me acuerdo —murmuró, riéndose de nuevo.

Puse los ojos en blanco y le ofrecí la mano para ayudarlo. Él la ignoró completamente y se puso de pie como pudo. Dio un tumbo hacia el piso y yo cerré la puerta a nuestras espaldas. Se había quedado con la espalda apoyada en la pared de la entrada, suspirando con los ojos cerrados.
—¿Estás bien? —pregunté, sin saber muy bien si acercarme o no.

Él abrió un ojo y me echó una ojeada.
—¿Eso es lo que me preguntarás después de un año de mierda, Jen? ¿Si estoy bien?

No supe qué decirle y debió notarlo, porque me dedicó media sonrisa antes de volver a cerrar los ojos.
—¿Has bebido? —pregunté lentamente, sabiendo perfectamente la respuesta.

—Muy bien, Einstein.

—Ross, tú nunca bebes.
Él no dijo nada, pero se me aceleró el pulso cuando noté que me agarraba la cara con ambas manos, levantándomela para mirarlo. Olía a una mezcla de tabaco y alcohol muy impropia de él. Me quedé muy quieta, tensa, expectante por ver lo que iba a hacer.
Él suspiró sin soltarme.
—Así que sigues aquí —murmuró, pensativo, observándome.

No sabía qué decirle. Él bajó la mirada hacia mis labios. Los entreabrí involuntariamente. El estómago cosquilleaba. Hacía demasiado tiempo que no me sentía así.
Esbozó una sonrisa triste.
—Ojalá nuestro segundo primer beso hubiera sido mejor de lo que fue.
Cerré los ojos un momento. No podía verlo así.
—Una discusión no es la mejor manera de decirle a alguien que sigues enamorado de él, ¿verdad? —murmuró.
Soltó mi cara y me precipité para ayudarlo cuando vi que se estaba tambaleando. Conseguí sostenerlo por el brazo, haciendo que se quedara de pie, mirándome.
—Mierda —mascculló, intentando sostenerse en la pared, pero era inútil.

Lo conduje como pude al sofá, donde él mismo se dejó caer sentado en un sonoro *plof*. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, pero no estaba dormido. Lo miré un momento, preocupada.
—¿Estás bien, Ross? —lo último que necesitaba era que se desmayara.

—Tengo la boca seca —puso una mueca, pasándose una mano por la garganta.

Tenía su mirada clavada en la nuca cuando apresuré a ir a la cocina, donde agarré un vaso de agua y se lo llevé. Él hizo un ademán de sostenerlo, pero la mano le cayó al regazo y soltó una risita entre dientes.
—Vas a tener que ayudarme —dijo, medio divertido.
—¿Seguro que no puedes levantar el brazo? —pregunté, extrañada.

Él esbozó una sonrisa inocente.
—¿Vas a arriesgarte a que me caiga todo por encima o vas a ayudarme?
Nunca había estado con alguien tan borracho. Estaba empezando a asustarme. Le sostuve la cabeza con una mano mientras lo ayudaba con el agua. Sin embargo, cuando le dio un sorbo apartó la cara y puso una mueca de disgusto.
—¿Agua? —protestó, mirándome.

—Sí... ¿no has dicho que tenías la boca seca?

—¿Y tu conclusión ha sido que quería agua?

Hice una pausa y me puse muy seria.
—No te voy a dar alcohol, así que ya puedes ir olvidándote de eso.

Cerró los ojos y no le di mucha importancia, pero empecé a preocuparme cuando vi que hacía un rato que no decía nada. Le puse una mano en la mejilla y la barba de varios días me pinchó los dedos.
—¿Ross? —mi voz sonó un poco más desesperada de lo que pretendía.

Él parpadeó, distraído, haciendo que se me deshinchara el pecho.
—¿Eh?

—¿Estás bien? —esta vez soné aterrada.

No respondió, mirándome. Parecía confuso.
—Voy a avisar a Will —murmuré.

Al instante en que me puse de pie, me agarró del brazo y me retuvo a su lado bruscamente.
—No —dijo con voz sorprendentemente firme.
—No sé qué hacer si estás así de mal, necesito a Will.

—No —repitió.

—Pero...

—Estoy bien —casi sonó irritado al intentar ponerse de pie—. ¿Quedan cervezas o...?

—¡Ross, para ya! —protesté, haciendo que me mirara con sorpresa—. ¿Cuánto has bebido?

—¿Te quedarás a vivir aquí? —me ignoró completamente, ladeando la cabeza.

—Ross, tú no solías beber.

—Hay muchas cosas que solía no hacer y que ahora hago —y empezó a reírse de mí.
Suspiré, mirando el vaso lleno de agua.
—Deberías beber algo.

—Ahora empezamos a entendernos...

—Agua.

—Retiro lo de antes.

—¡Bebe! —me alteré.

Él levantó las cejas, pero obedeció. Cuando se lo terminó, me devolvió el vaso con una sonrisa inocente. No le duró mucho.
—¿Te quedarás a vivir aquí? —preguntó de nuevo.

—¿Tienes hambre? He guardado tu cena.
Pareció completamente descolocado por un momento. Entonces, esbozó una sonrisa divertida que me recordó al Jack que había conocido un año antes.
—¿En serio me la has guardado? —preguntó, perplejo.

—¿Tienes hambre o no?

Asintió con la cabeza y noté su mirada en mí cuando fui a la cocina a recalentarle la hamburguesa con patatas. Cuando volví, tenía una sonrisa de niño pequeño en los labios. Le dejé el plato en el regazo y vi que había encendido la televisión. Se quedó mirando la adivina distraídamente mientras se comía la hamburguesa.
No quería dejarlo solo, así que me quedé sentada a su lado y lo pille mirándome varias veces. Cuando lo veía, se limitaba a volver a centrarse en la pantalla como si nada hubiera sucedido.
Terminó de comer y se estiró para dejar torpemente el plato en la mesa. Después, clavó los ojos en mí.
—¿Alguna idea de qué hacer ahora? —preguntó, levantando y bajando las cejas.

Suspiré, dejando el vaso de agua ahora vacío en la mesa.
—Deberías dormirte un poco.

—Tengo de todo menos sueño.

—Ross.

—Jennifer.
—Duérmete.

—No, gracias.

Sonrió al verme suspirar.
—Quiero hablar contigo —añadió, haciendo un ademán de acercarse.

Lo detuve por el pecho.
—Mañana, cuando estés mejor...

—Ahora estoy bien —me interrumpió con el ceño fruncido.

—Supongo que quieres dormir aquí, ¿no?

—No quiero dormirme ahora. ¿Te quedarás a vivir aquí?

Lo ignoré completamente, agarrando un cojín mullido y una manta. Él protestó cuando lo empujé suavemente del hombro, dejándolo tumbado en el sofá. Sin embargo, bostezó con ganas cuando estuvo estirado.
—¿Te vas a quedar a vivir aquí? —no sabía cuántas veces me lo había preguntado.

—Ya hemos hablado de eso esta tarde, Ross —murmuré, quitándole los zapatos. Él me miraba con una expresión que no supe cómo interpretar.

—¿Vas a venir a mi premiere?
Dudé un momento.
—No sé si querrás eso cuando estés sobrio.

No dijo nada, pero seguía mirándome.
—Duérmete —murmuré, sin atreverme a tocarlo de nuevo.

Cuando vi que se quedaba con los ojos cerrados y empezaba a respirar más acompasadamente, fui a su habitación. Yo también estaba agotada. Me senté un momento en la cama y me froté la cara con las manos.
Y, justo en ese momento, noté una mirada sobre mí. Levanté la cabeza y vi que me estaba mirando desde el marco de la puerta.
—Te has dejado esto —murmuró, sonriendo y tirando del cordón de la sudadera.

—¿No puedes quitártelo tú solito? —pregunté, extrañada.

—Estoy muy débil —se llevó una mano al corazón.

No supe si reír o llorar.
Volví a conducirlo pacientemente al sofá y se quedó de pie mirándome fijamente mientras le quitaba la sudadera. Intenté no rozarlo con todas mis fuerzas. No quería tocarlo. No quería que provocara nada en mí.
Al menos, no estando borracho.
—¿Por qué no quieres vivir aquí? —preguntó en voz baja.

—Tú no quieres que viva aquí.

Cuando hice un ademán de doblar su sudadera, me sorprendió ver que me detenía, sujetándome de la muñeca. Lo miré, perpleja..
—¿De verdad crees eso?
—¿Qué? —por un momento, me había perdido.

—¿Crees que no te quiero aquí? ¿De verdad te lo crees? —casi pareció decepcionado.

Dudé un momento. Mis dedos cosquilleaban con ganas de tocarlo. Me obligué a mí misma a centrarme.
—Ross, anoche tú...

—Tú sabes cuando miento, Jen.

Soltó mi muñeca, pero no dejé de mirarlo, confusa.
—¿Quieres que viva aquí?

Él apartó la mirada y cerró los ojos un momento.

—No puedo volver a dejar que te vayas. No otra vez.

Respiré hondo, intentando calmar mi corazón, que palpitaba con fuerza. Coloqué su sudadera en el sillón, tomándome un momento para respirar hondo.
—¿Le querías? —preguntó de repente.

Había sido suave, pero podía ver todos los matices que escondía. Se refería a Monty, por supuesto. Nunca había vuelto con él, pero él seguía creyendo que sí. Negué con la cabeza, de nuevo sin mirarlo.
—¿Y por qué él sí y yo no?

Me temblaban las manos cuando me retorcí los dedos. Estaba muy nerviosa.
—¿Por qué, Jennifer?
—Jack...

—Quiero saberlo.

—Si quieres saberlo —levanté la cabeza—, pregúntamelo cuando no estés borracho.

—Quiero saberlo ahora.

Negué con la cabeza.
—¿Me añadiste a la lista?

—¿A qué lista? —fruncí el ceño.

—A tu lista de errores —me miró.
Abrí la boca, sorprendida porque se acordara de eso. Él me colocó una mano en la mejilla, recorriéndome la cara con los ojos.
—No quiero ser tu error.
Se me formó un nudo en la garganta cuando apretó los labios.
—He sido un imbécil contigo estos días, ¿verdad? —murmuró, acercándose un poco más—. He sido un controlador compulsivo.

—Ross, no es...

—No puedo evitarlo —me miró a los ojos—. Nunca había estado en la situación de que... alguien que quisiera pudiera irse. Y menos por segunda vez. No sé qué hacer cuando te tengo alrededor. No sé cómo reaccionar. Solo sé que no quiero que te vayas.

—No me estoy yendo a ninguna parte.

Él negó con la cabeza y cerró la distancia entre nosotros, apoyando su frente en la mía. Tragué saliva.
—No quiero ser como él, Jen.

No necesitaba que mencionara a Monty para saber que se refería a él. Levanté los ojos a los suyos.
—No eres como él —le aseguré.
—No hay tanta diferencia, ¿no? Ya no.
—No sois ni remotamente parecidos, Jack. No digas eso nunca más.
—¿Te hizo sentir alguna vez igual de mal de lo que lo hice yo anoche? —esbozó una sonrisa triste.
Esta vez, no supe qué decir. Él suspiró y la mano que tenía en mi mejilla descendió hasta mi mandíbula. Tenía el vello de la nuca erizado.
—No lo decía de verdad, ¿sabes? —murmuró—. Solo... quería que sintieras algo parecido a lo que sentí yo cuando me dejaste.
Tragué saliva, buscando las palabras adecuadas.
—¿Y... sigues queriendo eso?

—No. Solo quiero poder verte cada día.
¿Y qué se suponía que tenía que decir yo ante eso? Se separó de mí e intenté centrarme en su ropa de nuevo. Decidí dejarle la camiseta puesta. Él no pareció pensar lo mismo, porque vi que intentaba tirar de ella torpemente
—Deberías irte a dormir —le dije, parándole la mano.

En cuanto mi mano tocó la suya, algo brilló en sus ojos.
—No puedo dormir con esto puesto, Mushu —me sonrió de lado.

Oh, no, Mushu ha vuelto.
Mi cuerpo entero reaccionó a ello. Mi corazón aleteó por él, que no pareció darse cuenta mientras acercaba mi mano a su estómago lentamente.
Le quité la camiseta a toda velocidad y sin tocarlo. Él se apartó para quitársela del todo. La lanzó de malas maneras al suelo y me quedé helada, mirándolo. Jack me sonrió de lado de nuevo.
—¿Algo que eches de menos?

Me quedé mirando el tatuaje tribal de su pecho.

—¿Qué... qué te has hecho?

—Un año es mucho tiempo, ¿quieres un resumen o...?

—¿Por qué te has hecho eso?

—Porque una noche me emborraché y tenía doscientos dólares —sonrió.

—No es gracioso, Ross, es...

—Es una mierda, sí —asintió con la cabeza—. Soy bastante consciente de ello.

No dije nada. No sabía qué decirle. Lo empujé un poco por el brazo hasta que estuvo sentado de nuevo. Tenía la piel caliente. Él me miraba fijamente.
—Intenta dormirte —murmuré.

Él me agarró la muñeca cuando intenté separarme y me sorprendió que tirara de mí hacia su cuerpo. Lo detuve, confusa.
—Ross, ¿qué...?
—Duerme conmigo.

Parpadeé varias veces, mirándolo para ver si era una broma. No parecía serlo. Volvió a tirar de mí, intentando incorporarse. Lo detuve, acercándome.
—¿Estás seguro? —pregunté lentamente.

—Sí.

—Pero...

—Solo quiero dormir contigo, Jen.

—Mira, estás borracho —murmuré—. No quiero que mañana te arrepientas de esto.

Él soltó una risa un poco amarga.
—¿Te crees que no es lo que he querido hacer desde que te volví a ver?

Mi corazón dio un respingo cuando volvió a tirar de mí, sentándome a su lado. Me pregunté si sería más sencillo dormir los dos en la cama, pero algo me decía que no él querría ir ahí. Me seguía mirando en busca de una respuesta.
—Está bien —le dije, al final.
Él reaccionó al instante, como si le diera miedo que me arrepintiera. Me acurrucó delante de él y me quedé mirando la televisión ahora apagada cuando noté que él me rodeaba los hombros y la cintura con los brazos, pegando mi espalda a su pecho. Tenía su aliento en mi cuello. Me estremecí cuando apoyó la mejilla en mi cabeza.
—Buenas noches, Jen —murmuró contra mi pelo.

Tragué saliva.
—Buenas noches, Jack.

Y, no sé cómo, conseguí dormirme.

CAPITULO 6

Cuando abrí los ojos, tardé unos segundos en acordarme de lo que había pasado la noche anterior. Bajé la mirada y vi que tenía dos brazos alrededor. Y seguía notando el aliento de Jack en mi nuca. Parpadeé varias veces, intentando creerme que eso era real. Cuando intenté separarme, él apretó los brazos y murmuró algo en sueños.
Seguía teniendo los dedos sobre el dorso de su mano. Lo había estado acariciando hasta que se había quedado dormido y ni si quiera me había dado cuenta. Era como si me saliera solo.
Conseguí deshacerme de su agarre con toda la suavidad que pude reunir para que no se despertara. Él seguía durmiendo tranquilamente. Lo miré durante un momento y no pude evitar una sonrisa estúpida.
—Buenos días, cuñadita bonita.
Di un respingo y mi sonrisa estúpida se borró de golpe cuando vi que Sue y Mike me miraban con sonrisas malévolas desde la barra. Will estaba preparándose unas tostadas. Él, al menos, intentaba ocultar su diversión.
—Eh... hola —murmuré, poniéndome roja.
—¿Has dormido bien? —Mike levantó y bajó las cejas.

—¿Has dormido *calentita*? —sonrió Sue.

Mi cara estaba completamente roja cuando noté que, a mi lado, Jack se removía. Vi que abría los ojos y se quedaba mirando a los demás, que seguían con sus sonrisitas malvadas. Después, me miró a mí, miró hacia abajo y tardó dos segundos más en darse cuenta de que habíamos dormido juntos.
Parpadeó varias veces y frunció el ceño.
Oh, no.
Dime que se acuerda, por favor.
—He ido a por desayuno para todo el mundo —Will interrumpió mi momento de pánico interior—. Espero que os gusten los gofres. Con sirope de chocolate.

Me puse de pie con la excusa y me acerqué a la barra. Agarré uno de los platos y el olor a dulce hizo que me rugiera el estómago. Will me sonrió cuando me metí un trozo de gofre en la boca.
—Buen provecho. Hay más si te quedas con hambre.

—¿No era Naya la cocinera de la casa? —pregunté con la boca llena.

—Naya dormirá un rato más —él puso los ojos en blanco.

Junto a Will, Mike sonreía ampliamente a Jack, que se acercó y se sentó en el taburete de mi lado con aspecto de no haber dormido en años. Seguro que la resaca era bonita. Se frotó los ojos con las manos, suspirando.
Mike no había borrado su sonrisa.
—Buenos días, hermanito.

—Mike, ahora mismo tu voz hace que quiera tirarme por la ventana —le dijo con voz áspera, apoyando los codos en la barra y la cara en sus manos.

—Las consecuencias de una noche loca —anunció Sue.
—¿Quieres comer algo? —le ofreció Will.

—Aléjame eso o vomitaré —murmuró Jack de mala gana, apartando el plato.

Sue y Mike se rieron disimuladamente de él mientras yo me tomaba la libertad de comerme su gofre. Ya estaba por la mitad del segundo cuando Naya apareció, bostezando. Se quedó parada un momento cuando vio que había dos almohadas en el sofá, la ropa de Jack en el sillón y la puerta de mi habitación estaba cerrada. Empezó a atar cabos y, en menos de dos segundos, ya tenía los ojos entrecerrados clavados en mí.
—Buenos días —dijo von su voz de investigadora privada.

—Hola —murmuré con la boca llena.

Will le sonrió cuando ella se acercó a darle un pequeño beso de buenos días. Jack y yo nos quedamos mirándolos un momento con una mueca.
El resto del desayuno transcurrió bastante silencioso por mi parte. Estaba ocupada intentando no mirar a mi derecha con todas mis fuerzas. ¿Se acordaba de lo que había pasado? Las únicas veces que me había girado, lo había visto con la mirada perdida en la cocina o resoplando mientras se masajeaba las sienes con los dedos.
Bueno, al menos, no habíamos discutido.
Mike no tardó en desaparecer y Sue se encerró en su habitación, dejándome con los tres restantes. Supe que Naya quería decirme algo al instante en que me dedicó una sonrisa inocente.
—Oye, Jenna, ¿te apetece que vayamos a por algo de comer?
—Son las diez —le dijo Will, confuso.

—Pero tenemos que comprar algo, luego cocinarlo… eso lleva tiempo, cariño. ¿Vamos o no, Jenna?

—¿Eh? Sí, claro, claro…

—Genial, voy a ducharme.
Yo aproveché para ir a vestirme. Como sabía que Naya tardaría una eternidad, tampoco tuve mucha prisa. Cuando volví al salón, solo estaba Jack sentado en el sofá mirando su móvil. No dijo nada cuando me acerqué a rescatar mi móvil de la mesa y le mandé un mensaje de Shanon diciéndole que tenía que hablar con ella.
La echaba tanto de menos…
Por suerte, Naya apareció sin que tuviéramos que intercambiar una palabra.
—Vamos —me agarró del brazo y se giró hacia ellos—. Te la robo por un ratito, Ross.

Él levantó la mirada y la clavó en mí durante un momento, pero no dijo nada. Yo volvía a estar roja —sí, otra vez— cuando Naya cerró la puerta de la entrada.

—¿Que me robas? ¿Qué...?

—Me encanta sembrar el caos —sonrió ampliamente.
—Pues a mí no me gusta tanto, Naya.

—¡Estoy alterada por el embarazo, a veces no puedo evitarlo!

—Llevas tres semanas embarazada. No te ha dado tiempo a alterarte.
—Dijo la experta en embarazos.
Fuimos al supermercado mientras yo le contaba todo lo que había pasado la noche anterior. Ella escuchó atentamente, achinando los ojos en señal de concentración.
—Está tan enamorado de ti... —suspiró.

No dije nada. No sabía qué decir.
—Quiero decir, eso ya lo sabes, él mismo te lo dijo —sonrió ampliamente—. ¿Os besasteis?

—No, Naya. Estaba borracho.

—Ya, ya. Pero... ahora mismo no está borracho.

Le dediqué una mirada de advertencia.
—¡Vaaaale! —puso los ojos en blanco—. Pues será esta noche. Porque ya me encargaré yo de que estéis solos un buen rato.

—¿Eh? ¿Qué vas a hacer?

—Un mago nunca desvela sus trucos, querida.

Volvimos a entrar en el edificio. En el ascensor, noté que mi móvil empezaba a vibrar. Ella asintió con la cabeza cuando le pregunté si le importaba que respondiera. Era Shanon.
—A ver, ¿ya estás en problemas otra vez?
Sonreí. Siempre con actitud ganadora.
—Necesito tu consejo.

>
Naya me miró de reojo, pero no dijo nada.
—¿En qué? ¿Temas sexuales? Usa protección.

—Dijo la chica con un hijo.

—¡Por eso te lo digo! Hablo desde la experiencia. Es decir... eh... Owen es una bendición y todo eso, pero ya me entiendes.

Suspiré.
—Tiene que ver con Ross, ¿no? —me preguntó.

—Sí... te has perdido muchas cosas.

—Ahora te quiero un poco menos.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque no me lo has contado. Has roto nuestro amor de hermanas. Bueno, ¿qué pasa? ¿Sigues pillada de él?

Parpadeé varias veces, sorprendida.

—¿Cómo...?

—Solo responde. No tengo mucho tiempo.

—Sí, es eso —murmuré, viendo que ya llegábamos al tercer piso.

—Sigues queriendo estar con él, ¿no?

Silencio.
No necesitó que respondiera para seguir hablando.
—Y no sabes cómo hacer que todo vuelva a ser como antes. Cómo ayudarlo.

Silencio de nuevo. Apreté los labios. Naya seguía pegando la oreja al móvil para escuchar.
—Lo he intentado —murmuré.

—Al parecer, no lo suficiente, Jenny.

Fruncí un poco el ceño. Las puertas del ascensor se abrieron, pero ninguna de las dos hizo ningún intento de abrir la puerta principal al llegar a ella.
—¿Y qué debo hacer, oh, sabia consejera?

—La ironía te queda fatal, ¿vale? —suspiró—. ¿Crees que tratarlo como a un niño pequeño que tiene una rabieta te servirá de algo?

—Yo no...

—Cállate y escucha porque no tengo tiempo. Lo estás tratando como lo tratan todos los demás. Como si necesitara que alguien lo riñera. Él es mayorcito, Jenny. Sabe que lo que está haciendo está mal, no necesita que se lo recuerden.

—Eso no es de mucha ayuda.

—¿Qué parte de *calla y escucha porque no tengo tiempo* no has entendido?

Suspiré. Naya me dedicó una pequeña sonrisa divertida.
—No va a sentirse diferente si sigues tratándolo igual. Trátalo como lo tratarías normalmente. Como lo hacías antes.

Silencio. Naya y yo intercambiamos una mirada cómplice.
—¿Como... antes? —pregunté en voz baja.

—Algo harías bien. Después de todo, se enamoró de ti. Y mira que eres difícil de aguantar.
—Gracias, hermanita. No sé que haría sin tu apoyo.

Me ignoró completamente.
—Quizá, tratándolo con naturalidad, se dará cuenta de lo que está haciendo mal. De lo que se está perdiendo por su actitud.

Naya y yo seguíamos mirándonos. Ella sonrió, negando con la cabeza.
—¿Hola? —empezó a impacientarse Shanon.

—Eres una genia.

—Oh, ya lo sé. Y tú deberías saberlo también a estas alturas del libro, así que deja ese tono sorprendido a un lado y haz lo que te digo.

—Te debo una.

—Me sentiré pagada cuando me cuentes todo lo que me he perdido.. Ahora, tengo que irme. Ah, y no le digas a Owen que has vuelto a vivir con él, ¿eh? Sigue sin gustarle mucho ese chico. Creo que es el único de la familia que no quiere que vuelvas con él. En fin, buena suerte. La necesitarás.

No esperó respuesta. Colgó el móvil y lo guardé en el bolsillo, mirando a Naya. Ella también parecía ilusionada.
—Hacer como si nada —asintió con la cabeza, pensativa—. Es tan simple que podría funcionar.

—¿Tú crees?

—Sí, Jenna. Especialmente contigo. Quizá vea lo que se está perdiendo por actuar como un descerebrado. Y más después de lo de anoche.

—No sé si se acuerda de lo de anoche.

—¿No ha dicho nada?

—No...

Silencio. Ella suspiró cuando la miré.
—¿Deberíamos decírselo a los demás? —pregunté.

—No lo sé. Dejemos que las cosas sigan su curso... por ahora.

—Vale —sonreí sinceramente, algo que no había hecho en días—. ¿Lista?

—Más que nunca. Vamos.

Abrió la puerta y vi que las cosas estaban tal cual las habíamos dejado. En silencio absoluto. Sue estaba sentada en un sillón leyendo un libro, Will y Jack estaban en el sofá viendo la televisión y Mike se paseaba por la cocina con una cerveza y una sonrisa de oreja a oreja. Ya había vuelto.
—Cuñada, esos pantalones te hacen un culito precioso —me sonrió directamente.

Jack le clavó una mirada de dientes apretados antes de volver a girarse hacia la televisión.
Bueno, no era un buen comienzo.
—Mike, cállate —negué con la cabeza.
—¡Hola, cariño! —exclamó Naya con quizá demasiado entusiasmo, plantándole un beso en la mejilla Will.

Todos se quedaron mirándola, confusos.
—¿Qué te pasa? —preguntó Will, algo descolocado.

—Que estoy feliz, ¿no está eso bien? ¡Seguro que son las hormonas, por el embarazo! —me miró, en busca de ayuda, ¿cuántas veces iba a usar la excusa del embarazo? —. Jenna también lo está, ¿verdad?
Todos se giraron hacia mí, que me había quedado ahí de pie como una idiota.
—Eh... sí —dije torpemente.
—Nos apetece hacer algo casero para comer hoy. ¿Verdad, Jenna?
Dudé un momento antes de asentir torpemente con la cabeza.
Sue le puso los ojos en blanco a su libro.
—Sois muy discretas —murmuró.

—¿Alguien quiere ayudar? —preguntó Naya, sonriendo ampliamente y mirando directamente a Jack.

Él frunció el ceño cuando todo el mundo lo miró y se volvió hacia la televisión de nuevo.
Ay, Naya...
—Yo —Mike sonó feliz.

Las dos lo miramos.
—¿Tú? —repetí, confusa.

—Sí, yo. Dejad de mirarme así. Puedo ser tu compañero de cocina. Y de lo que quieras.

—Vale, eh... —me había quedado un poco perpleja—. Sí, claro, ayúdame si quieres.

—Genial —sonrió ampliamente cuando me acerqué y dejé la bolsa delante de él.
—¿Te apetece que nosotros vayamos a dar una vuelta? —le preguntó Naya a Will con una sonrisa inocente.

—¿Puedo ir? —preguntó Sue con una mueca—. No quiero quedarme con los hermanos Monster y Jenna.

—Vaya, gracias —le puse una mueca.

—Claro, vamos —Will asintió con la cabeza.

Nos quedamos mirando como desaparecían. Naya me guiñó un ojo descaradamente al marcharse, a lo que negué con la cabeza.
—Bueno, ¿qué hago? —me preguntó Mike, frotándose las manos.

—Puedes empezar a cortar el apio —se lo di y asintió felizmente con la cabeza—. Yo, mientras...
—Yo también.

Levanté la cabeza. Jack se había puesto de pie y se acercaba con la mirada clavada en su hermano. Se colocó a su lado, en medio de nosotros dos, y le quitó el apio de malas maneras, empujándolo por el hombro. Mike se cruzó de brazos, irritado.
—¡Esa era mi tarea!

—Qué pena.

—¡Jenna, dile que era mi tarea!

—Hay muchas cosas por hacer —dije, nerviosa.

—¡Yo quería cortar el apio!

—¡Pues lo hago yo!

—¿Por qué?

—Porque lo hago mejor que tú, idiota.
—Mike —lo agarré del brazo—. Ven, tú puedes ayudarme con esto.

Se colocó a mi lado y me ayudó a sacar cosas de la bolsa. Jack se quedó mirándonos, fastidiado. Mike le sacó la lengua.
Y así estuvieron durante todo el rato de cocinado.
Sue tenía razón. Todos teníamos seis años mentales.
Pasé de estar preocupada por las reacciones de Jack a poner los ojos en blanco cada cinco minutos por las tonterías que hacían. Me sentía como una madre con sus dos hijos. Cada vez que pedía ayuda con algo, se peleaban entre ellos como dos críos para llegar primero. De hecho, cuando los llamé esa vez para ayudarme a cortar la última tanda de verduras, se estaban empujando el uno al otro de malas maneras. Mike tiró un bote de salsa al suelo y parte de el contenido se derramó.
—¿Ves lo que has hecho? —le preguntó Jack, agarrando un trapo y lanzándoselo a la cara.

—¿Yo? —Mike se lo lanzó de vuelta—. ¡Tú me has empujado!

—Si no estuvieras en medio, no te habría empujado.

Seguían lanzándose el trapo el uno al otro, discutiendo por la cocina. Puse los ojos en blanco cuando empezaron a empujarse el uno al otro y... chocaron conmigo.
Mientras cortaba.
Sí. Auch.
—¡Ay! —solté el cuchillo de golpe y me quedé pálida—. Oh, oh.
>

—¿Estás bien? —me sorprendió la reacción inmediata de Jack, que empujó a su hermano para quedarse delante de mí.

Levanté la mano. Me había hecho un corte en uno de los dedos. Y estaba sangrando.
Mierda.
Odiaba sangrar. Por algún motivo, me ponía muy nerviosa ver mi propia sangre. Me sentía como si me hubiera mutilado un dedo cuando era solo un corte. Aunque, siendo honesta, sí que era bastante profundo. Y feo.
Jack se acercó para mirarlo y entreabrió los labios.
—Eres un idiota —le dijo Mike, asomándose por encima de su hombro—. Si no te hubieras puesto en medio, Jenna estaría bien.
Jack lo miró, furioso.
—A lo mejor, si TÚ no te hubieras puesto en medio, no tendríamos un problema.

—Chicos...

—¿Yo estaba en medio?

—¡Sí, siempre molestas!

—¿Hola? —pero seguían ignorándome.

—¡Tú sí que molestas!

—Chicos, yo no...

—¡Eres un pesado, no sabes cuándo sobras!

—¡Yo nunca sobro, le doy mucha vidilla a la casa!

—¡¿Podéis dejar de discutir como dos críos por un maldito momento?! —exploté—. ¡Estoy sangrando, por si se os había olvidado!

Los dos intercambiaron una mirada antes de acercarse a la vez. Jack fue el primero en reaccionar, agarrando un paño limpio y envolviendo la herida con él.
—¿Por qué no deja de sangrar? —masculló él en voz baja.
Frunció el ceño por la concentración mientras Mike entraba en pánico detrás de él, dando vueltas por la cocina
—¿Y si se muere desangrada?

—¿Eh? —yo perdí el color de la cara.

—Yo no sé si podré vivir con la muerte de alguien en mi conciencia.

—¿Puedo... morir? —miré a Jack, aterrada.

—Claro que no. Esto no es nada —me dijo antes de mirar a Mike con mala cara—. Y tú, cállate.
—¿Y si el cuchillo estaba infectado con algo?

—¿In-infectado...?
—Mike, cállate,
—¿Y si no podemos parar la sangre? ¿Y si...?
Cuando Jack vio que yo también entraba en pánico, se giró en redondo a su hermano.
—Escúchame, idiota, o cierras la boca o ese cuchillo terminará más cerca de tu cara de lo que debería estar.
Mike levantó las manos en señal de rendición.
—Vale. Lo pillo. Me relajo.

—Ven —me dijo Jack, ignorándolo—, vamos al hospital.

—¿A-al... hospital? ¿No era *nada*?

—Venga —me urgió antes de mirar a su hermano—. Y tú te quedas, pesado.

—¡Oye! ¡No me dejéis solito!

Mike nos siguió hacia el coche y se quedó sentado detrás mientras yo intentaba ignorar el hilillo de sangre seca que había llegado a mi jersey. Puse mala cara.
>
—Oh, no.

—¿Qué? —Jack me miró al instante.

—Que me he destrozado el jersey —protesté, mirando la manga manchada.

Pareció que iba a matarme con los ojos.
—¿Estás preocupada por el maldito jersey mientras te sangra el dedo?

—Es un jersey precioso.

—Sí, y un dedo precioso. Céntrate.

Le fruncí el ceño y me centré en el frente mientras él aceleraba y pasaba un coche a toda velocidad. Lástima que no pudiera pegarme al asiento por mi vida.
—Te ha sacado el dedo corazón —dijo Mike, mirando el coche que íbamos dejando de atrás—. ¿Quieres que yo también se lo saque?
—No haber ido tan lento —murmuró Jack sin molestarse en frenar en una curva.

—Él iba a la velocidad correspondiente —dije—. Eres tú que conduces como.... como si te persiguiera el diablo.
—Vale, primero el jersey y ahora las lecciones de conducir —puso los ojos en blanco—. ¿Tenemos que ponernos a analizar cada aspecto de nuestra vida mientras vamos a urgencias, Jen?
Aparcó el coche delante del hospital y los tres entramos. Jack me echa varias ojeadas por el camino. Él mismo se detuvo delante de la mujer del mostrador y empezó a hablar con ella en voz baja. En menos de un minuto, estábamos sentados con los demás en la sala de espera.

Yo tenía a un hermanito a cada lado. Mike miró a su alrededor con curiosidad mientras Jack rellenaba mi ficha con el ceño fruncido.
—¿Y qué pasaría si te murieras? —me preguntó Mike—. Es decir... eh... no digo que quiera que pase o algo así... pero hay que preguntar, ¿no?

—Mike, cállate —masculló Jack sin mirarlo.

—Es que tengo curiosidad. ¿Sus cosas ahora serían nuestras? Porque yo estoy interesado en la habitación.

—No tengo planeado morirme —puse mala cara.

—Pero la muerte es imprevisible, cuñada, esa es su gracia.

—Mike —Jack lo miró—, hay unas máquinas geniales en ese pasillo de ahí. Ve a comprarte algo de comer y cierra la boca.

—No tengo hambre.

—Sí, sí la tienes.

Suspiró largamente.
—Vale, pues tengo hambre. Pero no tengo dinero.

Su hermano puso los ojos en blanco y le lanzó cinco dólares. Mike los atrapó al vuelo y los fue contando mientras iba felizmente a la máquina. No tardó en volver con tres chocolatinas y un refresco. Por un momento, creí que era para nosotros. Pero era solo para él, claro. Mientras Mike comía a mi otro lado, me giré disimuladamente y vi que Jack ya casi había terminado. Y todo lo que había puesto en la ficha era correcto. ¿Cómo se acordaba de todo eso? Ver mi día de nacimiento me recordó que, en muy poco tiempo, era mi cumpleaños. Puso la última cruz y la llevó a la mujer del mostrador, que le sonrió. Poco más tarde, estaba sentado conmigo otra vez. Me miró la mano de reojo.
—¿Te duele?

—No —puse una mueca—. Creo que no era para venir al hospital.

Me enarcó una ceja, lo que fue suficiente para que suspirara.
—Sí era para venir —remarcó.

—Perdón, *papá* —mascullé de mala gana.

—¿Soy *papá* por tener sentido común?

—Oye, cuñada —Mike me clavó un codazo para llamar mi atención que casi me deja sin costillas—, ¿crees que esa chica me está mirando?

Miré a una chica un poco más joven que yo que miraba su móvil y, de vez en cuando, levantaba la mirada... hacia Jack.
Entrecerré los ojos al instante. Mi conciencia soltó un ruidito de desaprobación.

Mhm...
Jack ni siquiera se había dado cuenta, estaba mirando mi mano con el ceño fruncido. Y Mike intentaba disimular, así que tampoco.
—Sí, te está mirando —le dije a Mike—. Yo, si fuera tú, iría a por ella.
Eso es. Estrategia.
—Vigila mi comida. Voy a atacar.

—Vale.

Se puso de pie y se acercó a la chica con una sonrisa de oreja a oreja. Jack y yo lo miramos cuando se sentó a su lado y empezó a embaucarla con palabras. La chica no tardó en olvidarse de mi nov... eh... de Jack y centrarse en Mike.
—Bueno, algo tiene a su favor —murmuró Jack—, tiene un don natural para enredar a la gente.

Tardé unos segundos en responder porque sabía lo que quería preguntar y no era algo muy... cómodo. Él se dio cuenta y me miró con curiosidad.
—¿Tú también... eh...? —no sabía ni cómo decirlo. Él enarcó una ceja y me avergonzó aún más—. ¿También lo haces así?

Hubo un momento de silencio cuando me miró fijamente. Pareció que iba a decir algo, pero se quedó callado cuando la enfermera me llamó a través del altavoz.
Unos veinte minutos más tarde, me habían vendado media mano —sí, solo por un dedo— y me habían dado una pomada y unas pastillas. Solo por un corte de dedo. Eso era ridículo. Y lo pensaba demasiado evidentemente mientras el médico me daba las instrucciones.
—Solo es un corte —recordé, mirándolo.

—Señorita Brown, una infección en un corte así puede llegar a ser más grave de lo que cree. Tómese las pastillas y póngase la pomada.

—Pero...

—Lo hará —le aseguró Jack por mí.

Lo miré con mala cara.
—Eso lo decido yo.
Él también me puso mala cara.
—Lo harás.
El médico nos sonrió.
—Haga caso a su novio, señorita Brown.

Me puse roja como un tomate, pero Jack no se molestó en negarlo. Igual tenía prisa por irse. Agarró mi abrigo mientras yo me miraba la mano con una mueca. Parecía que me la había roto. Qué espantosos eran los médicos.
Ya en el aparcamiento del piso, Mike estaba de mal humor porque la chica, al final, había pasado de él. Bajó del coche de brazos cruzados y reprimí una sonrisa cuando fue al

ascensor con cara de irritado. Sin embargo, la sonrisa se quitó cuando me giré hacia Jack, que todavía se estaba quitando el cinturón tranquilamente.
—Gracias... eh... por traerme y todo eso —murmuré.

Me miró un momento, pero no dijo nada.
Supuse que seguiría sin hacerlo, así que bajé del coche y nos quedamos los dos en completo silencio en el ascensor. Él metió las llaves en la cerradura en la puerta principal y vi que se quedaba quieto un momento. Fruncí el ceño, confusa.
>
Después, me miró.
—Yo no soy Mike, ¿sabes? —dijo en voz baja.

No entendí a qué se refería. Al menos, no durante los tres primeros segundos. Después, fui consciente de que le había preguntado si ligaba igual que Mike porque era una idiota. Abrí la boca para responder, pero no sabía qué decirle.
—No... no quería decir eso —murmuré al final.

—¿Qué te crees que he estado haciendo este año, Jennifer? —enarcó una ceja—. ¿Tirándome a cada chica que se me cruzaba por delante?

La verdad era que sí. Porque había sido uno de mis principales miedos.
—Bueno, Naya y Lana dijeron que tú vas a la residencia casi siempre, tú dijiste lo de las chicas y...

—Solo te incordiaba —puso los ojos en blanco—. A veces, duermo en la residencia porque sé que aquí estará Mike y ahí me pilla más cerca del estudio de grabación. Y Chris me deja dormir en su cama libre.

Me quedé sin palabras cuando vi que estaba diciendo la verdad. No era muy difícil notarlo. Tragué saliva, incómoda.
—¿Te crees que, después de lo que pasó, me apetecía mucho ir por ahí a enrollarme con otras chicas? —preguntó en voz baja, negando con la cabeza.

—Yo... no... —no sabía ni qué decir.

Puso una mueca y abrió la puerta.
—Creí que me conocías mejor que eso.

Lo detuve por el brazo instintivamente.
—Entonces... —lo siento, necesitaba confirmarlo—, en todo un año... ¿no...?

—No he estado con nadie —enarcó una ceja.

Hubo un momento de silencio. Igual no debía alegrarme tanto por eso.
—Yo tampoco —murmuré.

Él me miró durante unos instantes antes de desaparecer en el interior de la casa. Yo tardé unos segundos, pero al final entré con él. Naya, Sue, Will y Mike estaban en la cocina reunidos mientras Will terminaba nuestro intento de risotto de verduras.
—La lisiada —Sue empezó a reírse al verme.

Como el dedo herido era el índice, cuando intenté sacarle el corazón pareció que le hacía un gesto de paz. Todos se rieron de mí y me enfurruñé. Fui al sofá, pero vi que Mike y Jack se habían colocado en uno de ellos, dejando un lugar estratégico en medio y mirándome. Decidí ir al otro. No me había sentado cuando volvía a tener uno a cada lado, fulminándose con las miradas entre sí.
Oh, iba a ser un día muy largo.
—Está delicioso —me dijo Will.

—Lo has terminado tú —le sonreí.

—Pero el trabajo es tuyo.

—Gracias, pero no lo habría conseguido sin... —dudé un momento cuando noté dos miradas clavadas en cada lado de mi cara— ...mis... ejem... ayudantes.

Ellos parecieron satisfechos porque, por primera vez en una mañana, no tuvieron nada de qué quejarse. Suspiré y removí un poco mi plato con la cuchara. Costaba comer con esa cosa en la mano. Noté que Jack me miraba de reojo y me giré, pero él ya había vuelto a clavar los ojos en su plato.
Justo en ese momento, su móvil empezó a sonar en la mesita. Todos lo miramos a la vez. El nombre de Joey salía en la pantalla.
—¿No vas a responder? —preguntó Will al ver que no se movía—. Es tu manager.

>
—No.

Parpadeé, mirándolo de reojo.
—Podría ser importante —le dije en voz baja.

Él clavó una mirada en mí que dejaba entrever lo mucho que le interesaba mi opinión. Me giré hacia mi plato enseguida, roja de vergüenza. No se movió y el móvil dejó de sonar.
—Bueno —Naya, como siempre, rompiendo los silencios incómodos—, ¿no deberíamos hacer algo esta tarde?

Nadie dijo nada. Will y yo intercambiamos una mirada.
—Sí, a mí me apetece —dijo él cuando su novia le dio un codazo.

—¿Alguna idea?

Silencio.
—Podríamos ir al cine —murmuré, removiendo la comida con la cuchara.

—¡Es una gran idea! —exclamó Naya, entusiasmada—, ¿quién se apunta?

—Yo —dijo Will.

—Y yo —le dediqué una sonrisa.

Ella, tan disimulada como de costumbre, se giró en redondo hacia Jack.
—¿Tú también, Ross?

Él dudó un momento y, por su cara, me dio la sensación de iba a decir que no. Sin embargo, asintió lentamente con la cabeza. La cara de Naya era de triunfo total.
Sue insistió en limpiar ella las cosas porque los demás lo hacíamos muy mal —¿cómo se limpiaba mal un vaso?—, así que decidí quedarme con Naya en el salón mientras ellos iban a fumar al tejado. Mike estaba dormido en el sillón cuando volvieron.
Decidimos ir al cine a mediana tarde. Hacía mucho frío. Tuve que equiparme con mi bufanda. De nuevo, parecía una vagabunda al lado de Naya, que iba preciosa con su jersey color rosa pastel y su sonrisa de oreja a oreja.
Había creído que Mike o Sue vendrían con nosotros, pero... no. Eran ellos dos y nosotros dos.
Como una cita doble.
Genial.
En el ascensor, la tensión empezó a ser obvia. Jack se había puesto unas gafas de sol para ocultar su expresión de cansancio por la noche anterior y me estaba poniendo muy nerviosa no saber lo que estaba mirando. Intenté no pensar en ello mientras, para mi sorpresa, subíamos a su coche. Naya y Will ni siquiera dudaron al subirse a la parte de atrás, así que me tocó sentarme a su lado.
Como en los viejos tiempos.
Bueno... era más incómodo que los viejos tiempos.
Ellos dos estuvieron en la parte de atrás muy pegados todo el rato. Intentaron sacar conversación al principio, pero al ver que no servía para mucho, no tardaron en dejarlo. Escuchar sus besos en la parte de atrás solo hacía las cosas mucho peores. Miré de reojo a Jack y vi que él también tenía la mandíbula apretada. Deseé poder quitarle las gafas para poder ver su expresión y saber lo que pensaba.
Aparcó algo lejos de la entrada por el número de coches que había. Al instante en que bajamos del coche, me dio la sensación de que la gente nos miraba raro. Lo dejé pasar... pero seguía teniendo esa sensación. Miré hacia atrás para ver si ellos dos se habían dado cuenta, pero parecían no enterarse de nada mientras se hablaban en voz baja y se besaban el uno al otro.
Y, obviamente, no me apetecía mucho preguntar a Jack. Su humor parecía haber empeorado notablemente. Quizá se arrepentía de haber venido.
—¿Qué vemos? —preguntó él secamente al llegar a las taquillas del cine.

Naya y Will por fin llegaron a nuestra altura. Yo seguía mirando a mi alrededor, extrañada. ¿Era cosa mía o ese grupo de adolescentes nos había seguido? Los miré detenidamente y me pareció que una de las chicas se ponía roja mientras sus amigos empezaban a murmurar en voz baja.

Y no solo ellos, sino también algunas otras personas. Me miré a mí misma en busca de algo que estuviera mal mientras ellos buscaban películas.
—¿La de amor? —sugirió Naya con una sonrisa inocente. Will la abrazó por detrás felizmente.

—A mí me apetece.

—A mí no —dijo Jack secamente.

Los tres me miraron en busca de una respuesta, pero seguía mirando a una pareja que tenía los ojos clavados en mí.
Y, entonces, me di cuenta.
No nos miraban a nosotros en general... sino a Jack. Como la chica del hospital esa mañana.
Él había salido en mil revistas, periódicos, noticias y otros medios de comunicación. Era el famoso del momento por la película que acababa de sacar. Todos lo conocían. No sabía que los directores de cine fueran tan populares.
Solo los directores de cine con la cara de tu futuro marido, querida.
La teoría se confirmó cuando vi que dos chicas se acercaban completamente rojas hacia él con el móvil en la mano. Querían una foto.

Jack las vio llegar y dio un paso hacia la derecha. Dejó a Naya y Will entre las chicas y él, de manera que ellas se detuvieron, algo sorprendidas. Seguían rojas de vergüenza al volver con sus amigos. Lo miré con el ceño fruncido.
—Creo que querían una foto —le dije en voz baja.

Me ignoró. Genial.
—¿La de misterio? —sugirió él, sin mirarme.

—¿Misterio? —preguntó Naya con mala cara.

—Si te siguen, deberías ser un poco más agradecido con ellas —le dije, ignorando la conversación—. Solo es una foto.

—Sigue siendo mi problema si me hago la foto o no, no el tuyo —me soltó de malas maneras.
Le sostuve la mirada un momento, enfadada. Vi que él apretaba los labios al instante en que terminaba de decirlo.
—Es decir...

—Comprad lo que queráis —mascullé, interrumpiéndolo—. Voy a por algo de beber.

No esperé una respuesta. No podía soportar a Jack de esa forma. No había quien siguiera sus cambios de humor. Vi que la gente se quedaba mirándome con curiosidad cuando pasé por su lado, pero me las arreglé para fingir no verlo.
Estuve unos minutos en la cola para comprar mi refresco. Cuando fui a la zona de salas de cine, vi que me estaban esperando. No sabía cuál habían elegido, pero lo cierto era que me daba igual. Entramos en la sala y me quedé sentada entre Jack y una chica desconocida. Él

se recostó en el asiento y se quitó las gafas de sol. Seguía teniendo ojeras y los ojos rojos. Intenté no mirarlo mucho mientras apoyó su cabeza en un puño, malhumorado.
Podía entenderlo, había mucha gente que lo estaba mirando. ¿Tan poco disimulaban? Era casi... maleducado. Había dos chicos que incluso estaban hablando en voz alta de su película. Jack apretó la mandíbula sin mirarlos.
Y ya supe, en ese momento, que eso no terminaría bien.
Esos dos, que debían tener cerca de veinticinco años, se sentaron justo delante de nosotros. No dejaban de echar ojeadas hacia atrás. Me pusieron nerviosa hasta a mí. Jack tenía los ojos clavados en la pantalla, pero vi que empezaba a apretar el puño en el que tenía la cabeza apoyada.
>
Y, entonces, uno de los chicos sacó el móvil y se giró sin ningún tipo de vergüenza hacia él. No pude evitarlo y decidí meterme.
—Perdona —atraje su atención—, estamos intentando ver la película. ¿Te importaría bajar eso?
El chico pareció algo sorprendido de que le hablara, pero lo hizo. Empezó a cuchichear con su amigo. Me giré hacia Jack. Lo pillé mirándome, pero no me sostuvo la mirada por mucho tiempo.
Y, durante la película, fue aún peor. Los dos chicos no dejaban de girarse. Incluso Naya les pidió que dejaran de molestar. Pero no eran los únicos. Varias personas lo hacían. Incluso la chica de mi lado. Vi que Jack estaba empezando a perder la paciencia y decidí que eso era todo lo que iba a soportar.
—¿Quieres ir fuera? —le pregunté en voz baja, olvidándome de mi enfado anterior.

Él pareció algo sorprendido. Me sostuvo la mirada unos segundos, analizándome detenidamente.
—¿Y la película?

—No me gusta —mentí. Ni siquiera la estaba mirando.

Me puse de pie suplicando que me siguiera y me sorprendió ver que lo hacía. Creo que nos llevamos todas las miradas de la sala por el camino de salida mientras hacía un gesto a Naya y Will para que ellos se quedaran un rato más.
No había pensado en qué hacer si eso salía bien, así que me limité a mirar a mi alrededor. Lo que me llamó la atención fue la salida de emergencia.
—¿Va a pitar o algo así si la empujo? —pregunté—. No quiero ir a la cárcel.

—Solo hay una manera de descubrirlo —dijo él.

La empujó y salió del edificio sosteniéndola para mí. Pasé por debajo de su brazo, sorprendida, y los dos quedamos fuera. Hacía muchísimo frío. Y no había nadie porque ya estaba oscureciendo. Vi que él se encendía un cigarrillo y miraba el aparcamiento con aire pensativo. Decidí sentarme en un escalón de la escalera de emergencias porque los bancos estaban cubiertos de una fina capa de nieve.

Lo último que esperaba era que él hiciera lo mismo, sentándose a mi lado. Estaba tan cerca que su pierna estaba pegada a la mía. Las miré un momento y vi que él hacía lo mismo, soltando el humo del cigarrillo entre los labios.
Al menos, no llevaba las gafas de sol puestas. Me gustaba poder ver su expresión.
Al final, tras considerarlo un buen rato, cortó el silencio.
—Siento haberte hablado mal antes.

Me quedé mirándolo de reojo. Ni siquiera me miraba.
—No pasa nada —le aseguré. Honestamente, ni me acordaba.

—Sí pasa —frunció el ceño al frente—. Ya no puedo ir a ningún lado sin que me pase esta mierda. No es que no esté agradecido, pero... joder, la gente no sabe disimular. Y no es por tu culpa. No debí pagarlo contigo.
Me sorprendió que se abriera, por poco que fuera, conmigo. Tuve el impulso de poner mi mano sobre la suya. La tenía apoyada en su rodilla. Estaba muy cerca de la mía. Tuve que contenerme.
—Siempre podemos ver una película en casa —murmuré.

Él esbozó una pequeña sonrisa que hizo que mi corazón diera un salto de trampolín.
—Sí, podríamos ver una de terror.

—Vale. Olvídalo.

—¿Tendré que acompañarte al baño después? —me miró de reojo, divertido.
—Solo... una de terror no —protesté—. Todavía tengo pesadillas con la monja loca.

—Claro, porque está científicamente demostrado que los espíritus de monjas son la principal causa de muerte en jóvenes de diecinueve años.
—Igual que la principal causa de muerte de los jóvenes de veintiún años son las jóvenes de diecinueve años —enarqué una ceja.

Él empezó a reírse suavemente y sentí que mi mundo interior se iluminaba. ¿Siempre había sido así de guapo riendo? Hacía demasiado que no veía esa sonrisa. Ojalá pudiera congelar ese momento en mi memoria. No sabía si volvería a hacerlo.
—¿Vas a matarme porque me estaba riendo de ti? —me enarcó una ceja, divertido.
Estaba tan sorprendida con la naturalidad de la conversación que tardé unos segundos en responder.
—Puede —lo reté—. ¿No te defenderías?
—No lo creo. Me duele demasiado la cabeza.

No pude evitarlo. Me empecé a reír y vi que sus ojos se desviaban un momento a mi boca y esbozaba una media sonrisa que me llegó al alma.
—Cuando vayas a emborracharte, acuérdate de lo mal que te sientes ahora y dejarás de hacerlo.
—Ahora no me siento mal.

Mi sonrisa se congeló por el comentario tan repentino. Él apartó la mirada.

—Y me emborracho casi cada noche, Jen.
No pude evitarlo. Estiré la mano y alcancé la suya. Tenía la piel fría. Él pareció tensarse, pero no se movió, así que no la quité.
Recuerda: naturalidad, no lo trates como un crío que se porta mal.
—¿Por qué haces eso?

—No lo sé. Porque salgo.

—Pues... no salgas.

—¿Se te ocurre una alternativa mejor? —esbozó una sonrisa irónica.

—Quédate en casa. Conmigo.

La frase se quedó en el aire unos segundos. Él miró nuestras manos y vi que tragaba saliva. Tardó tanto en responder que creí que no iba a hacerlo.
Y... efectivamente, no lo hizo.
Mi pecho se deshinchó cuando quitó su mano de debajo de la mía y apartó la mirada a cualquier cosa que no fuera yo. Tragué saliva, un poco decepcionada.
Vale, no confiaba del todo en mí. Lo entendía. No podía culparlo.
—Vamos, quiero irme de aquí —murmuró sin mirarme.

Will y Naya ya estaban en el coche cuando llegamos. Se estaban besuqueando, como siempre. Me pregunté si no habrían contactado con nosotros a propósito para que estuviéramos solos.
Y, mientras me lo preguntaba, noté que Jack enganchaba mis hombros con un brazo. Lo miré, extrañada y emocionada a la vez. Él tenía los ojos clavados en algo de mi espalda. Y, por su expresión, supe que no era nada bueno.
Eran los chicos del cine. Nos habían seguido y uno de ellos, por algún motivo, tenía su móvil justo delante de mi cara. La tenía tan cerca que tuve que apretarme contra Jack para que no me diera un golpe con ella.
Él le empujó la cámara de un manotazo.
—Aparta eso —le advirtió.

—¿Es tu novia? —preguntó el chico, volviendo a apuntarme muy cerca de la cara.

Vi que un grupo de chicas estaba a unos metros. También estaban grabando lo que pasaba. Y casi entré en pánico cuando vi que Jack hacía un ademán de quitarle el móvil al chico.
—Ross, vámonos —le dije, empujándolo hacia el coche.

No iba a dejar que hiciera eso delante de una cámara.
—¿Lo eres? —el chico insistió en acercarme la cámara a la cara.
Cuando intenté apartarla con la mano mala, él me quitó la mano de un manotazo y puse una mueca. Eso fue suficiente para que Jack se adelantara y le diera un empujón que lo envió unos pasos hacia atrás, chocando con su amigo. Oh, oh. Lo agarré del brazo cuando hizo un ademán de ir hacia ellos y tiré hacia el coche.

—¿Qué haces? —me frunció el ceño.

—Ven. Ahora.

Él me miró como si no entendiera mi reacción. Entonces, se dio cuenta de las chicas que nos estaban grabando. Se dejó arrastrar hacia el coche. Menos mal. Will y Naya también parecieron aliviados cuando cada uno ocupó su lugar. Ninguno dijo nada en todo el camino.
Cuando llegamos a casa, la tensión había disminuido un poco. Nos terminamos el risotto de esa mañana. Mike seguía pululando por la casa. Me volví a quedar sentada entre los dos hermanitos, pero esa vez estaba más animada. Era la única que no había terminado su plato cuando noté que Mike se inclinaba hacia mí.
—Oye, si no tienes más hambre...

Vi que Jack pasaba el brazo por encima de mis hombros para apartarle la cabeza de un empujón. Mike le puso una mueca.
—Deja de robar comida —le advirtió Jack.

—No iba a robarlo. Iba a tomarlo prestado.
—Ella te habría dicho que no —Sue enarcó una ceja—. Es robar.

—¡No es robar porque... se lo había pedido antes! Sabía mis intenciones.

Yo dejé de escuchar cuando noté que Jack mantenía su brazo encima de mis hombros y tiraba suavemente de mí hacia él, dejándome pegada a su lado. Miré a Will, que había esbozado una pequeña sonrisa.
No tardaron en desaparecer y dejarnos solos. Tardé unos segundos en darme la vuelta hacia él.
—¿Sigues queriendo...? —intenté preguntar.

Él se tumbó en el sofá y me atrajo con él. Me fijé en el detalle en que me dejó dándole la espalda de nuevo. Noté que me ponía la manta por encima y me pegué un poco más para no caerme. Él me pasó los brazos por los hombros y la cintura otra vez.
No sabía si quería que dijera algo, así que volví a acariciarle el dorso de la mano con las yemas de los dedos. Rocé sus cicatrices varias veces y seguí hasta su muñeca. Él respiró hondo contra mi nuca y noté que acercaba su cara a la curva de mi cuello hasta el punto en que podía sentir su nariz rozándome.
—Siento haber aparecido borracho anoche —murmuró de repente.

Honestamente, no me esperaba que me hablara de eso. Y mucho menos en ese momento.
Detuve mis caricias por un momento, sorprendida, antes de volver a ellas.
—No pasa nada —murmuré—. No pasó nada malo.
—¿No?

—No. Solo... cenaste y... eh... dormimos... eh... juntos.

Hubo un momento de silencio. De hecho, se prolongó tanto que asumí que no iba a decir nada más. Cerré los ojos y respiré hondo, acomodándome un poco más.
—Se te olvida la parte en la que te pedí que te quedaras, Jen.

Abrí los ojos de golpe. Creo que mi corazón había dejado de latir. Esta vez, fue mi turno de quedarme en silencio, sin saber qué decir. Hubiera deseado poder ver su expresión, pero, a la vez, me aliviaba que no pudiera ver la mía.
Hice un ademán de decir algo, pero él se adelantó pegando su frente a mi nuca. Suspiró largamente antes de murmurar:
—Me alegra que lo hayas hecho.

CAPITULO 7

Estaba ordenando mis apuntes en el portátil mientras veía, de reojo, que Lana y Naya hablaban atropelladamente de no sé qué de su clase en el otro sofá.
Me fijé en que Will miraba algo de su móvil y se ponía de pie, yendo a fumar al tejado. Lo seguí con la mirada y, en cuanto estuvo fuera, miré a las chicas.
—Um... ¿puedo preguntaros algo?

Las dos se giraron hacia mí al instante, sedientas de curiosidad.
—¿Tú quieres preguntarnos algo? —preguntó Lana, confusa.

—Es la primera vez, ¿no? —quiso saber Naya.

—¿Puedo preguntarlo o no? —puse mala cara.

—¿El qué? —preguntó Naya.

—Tenéis que prometerme que no se lo diréis a nadie —las señalé.
—Ya tienes mi interés —me aseguró Lana.

—Eh... —pensé un momento en cómo formular la pregunta—. ¿Quién es Vivian?

Hubo una pausa cuando me miraron como si me hubiera salido otra cabeza.
—¿No sabes quién es? —Lana frunció aún más el ceño.

—Vivian Strauss —remarcó Naya, mirándome.
—¿Debería saber quién es? —pregunté, confusa.
Las dos se pusieron de pie y se acercaron, sentándose cada una a un lado y echándome del sofá, por lo que tuve que sentarme en la alfombra mientras usaban mi portátil. Me crucé de brazos, mirándolas.
—Eso es mío —les recordé.
—Cállate. La estoy buscando —murmuró Naya, centrada en su labor.
—No me puedo creer que nos sepas quién es —me dijo Lana—. ¿Vives bajo una piedra o algo así?

—¿No podéis decirm...?
Me quedé callada cuando giraron el portátil hacia mí y me quedé mirando a una chica con un vestido verde largo en una alfombra roja. Piernas y brazos largos y bronceados en un perfecto dorado, cintura estrecha, pechos abundantes y cuello delgado enmarcando una cara de rasgos finos de ojos celestes y pelo rubio.
Y, todo eso, mirándome a los ojos y riéndose de mi asquerosamente normal cara.
Toma ya.
—Es como... superfamosa —murmuró Naya.
—Y es la protagonista de la película de Ross —me dijo Lana.
Me quedé mirándola un momento.
—¿Qué? ¿Esa? —parpadeé varias veces para asegurarme de lo que estaba viendo.

Al final, me puse el portátil en el regazo y empecé a pasar las fotos, disgustándome cada vez más. ¿Por qué todo el mundo en la vida de Jack era tan perfecto?

Es decir, todo el mundo menos yo. Qué deprimente.
—Sí —Naya suspiró—. Y la prensa está obsesionada con que estén juntos.

—Y ella también —Lana empezó a reírse, a lo que Naya la acompañó.
Mis ojos se despegaron de la pantalla para clavarse en ellas.
—¿Qué queréis decir?

—Ross la rechazó mil veces.

—¿Entonces... no están juntos? —quizá mi voz no debería haber salido tan ansiosa.
—Honestamente, Jenna —Lana me miró—, dudo que Ross vuelva a estar con alguien después de lo que os pasó. Nadie que no seas tú, quiero decir.

—Eh... —intenté recuperarme de la bomba que acababa de soltarme, pasando fotografías y buscando cualquier imperfección en ellas—. ¿Y... la prensa? ¿Por qué se interesan en ellos?

—Ross es la estrella del momento —Naya sonrió—. Todo el mundo quiere saber de él.
—Y él no dice nunca nada —añadió Lana.
—Cuando no dices nada de tu vida...

—...o cuando evitas preguntas...

—....haces que la gente se interese aún más por ella.

—Sí. Hace un montón de entrevistas. Siempre le sacan el tema.

—Entonces, ¿ella...? ¿Siente algo por él?
—La verdad es que no la conozco —Naya se encogió de hombros—. Pero mañana lo haré. Es el estreno de la película.

¿Mañana? ¿Ya?
—¿Y... Ross irá con ella?

—Seguramente —murmuró Naya—. Seguro que habrá un montón de famosos.

—Yo ligaría con alguno, pero el idiota no me ha invitado —protestó Lana.

—¿No te ha invitado? —pregunté, curiosa.

—Solo a mí, a Will, a Sue y a su familia —dijo Naya—. Nadie más. El resto son familiares de los demás, prensa o famosos.

A mí tampoco me había invitado, pero no podía culparlo por ello. Después de todo, apenas habíamos podido mantener una conversación en las semanas que llevaba ahí. Al menos, las cosas habían mejorado un poco esas semanas.

Más que nada, porque yo había insistido en ello. En hacer cosas como preguntarle cómo había dormido por las mañanas, pedir su comida favorita, no dejar que Naya nos torturara con sus películas malas... en fin, detalles. Pero estaba funcionando. Al menos, ya me hablaba con naturalidad.
Will siempre me miraba divertido cuando veía lo que me traía entre manos. Si alguna vez no me funcionaba, me daba una palmadita reconfortante en el hombro.
—Entonces —volví a la realidad—, ¿esta chica es...?

Y el ruido de la puerta principal fue como un latigazo que nos hizo reaccionar. Era ridículo, pero reconocía quién entraba por la puerta solo por oír sus pasos. Había llegado a ese punto. Y era Jack. Gracias a mi mirada de horror, Lana y Naya también lo supieron enseguida.
Di tal respingo que cerré el portátil de un golpe. Puse una mueca. Esperaba que siguiera vivo. Naya y Lana también entraron en modo pánico y empezaron a empujarse entre ellas para alcanzar el portátil primero. Al final, lo solucioné sentándome encima de él con cuidado de no aplicarle demasiado peso.
—Nunca viene hasta la hora de cenar —masculló Naya en voz baja, intentando colocarse en una posición natural, enfadada—, y tiene que elegir hoy para hacerl... ¡hola, Ross!
Jack se acercó a nosotras con expresión indiferente, pero se detuvo cuando vio que las tres lo mirábamos con sonrisas inocentes. Una de sus cejas se curvó un poco.
—Vale. ¿Qué hacéis?

—¡Nada! —exclamó Naya, sonriente.

—¡Eso, nada! —Lana asintió con la cabeza, demasiado entusiasta.

Jack se giró directamente hacia mí. Oh, no. Era el objetivo fácil y lo sabía. Asqueroso. Empecé a entrar en pánico porque no estaba preparada para fingir una mentira. Iba a pillarme si abría la boca.
Así que esbocé una sonrisa incrédula, como si no supiera qué quería.
—¿Qué tienes debajo? —me preguntó él, acercándose.

—¿A qué te refieres, Ross? —preguntó Lana, leyéndome el pensamiento.
—No te estoy hablando a ti, Lana —le dijo sin mirarla, acercándose a mí—. ¿Qué escondes?
—¿Yo? —me sonó la voz aguda—. ¿De qué hablas?
—Del portátil que tienes debajo —me dijo—. ¿De qué dimensiones te crees que tienes el culo? Puedo verlo perfectamente.

Miré a Lana y Naya, que no sabían que hacer.
Mierda.
Como lo abra, vamos a reírnos un rato.
—¿Qué portátil? —pregunté torpemente.

Puso su cara de *¿en serio te crees que soy tan idiota como para no ver que tienes un portátil bajo el culo?* y yo suspiré.
—¡Solo... corregía unos apuntes! —murmuré, quitándolo de debajo de mí y dejándolo en la mesa—. No seas paranoico.

—Eso, Ross, no seas paranoico —Naya asintió con la cabeza.

Nos miró unos segundos más con una expresión que dejaba claro lo que pensaba de nosotras. Entonces, Will volvió del tejado y se acercó, curioso.
—¿Qué pasa?

—Estaban haciendo algo que no quieren decir —murmuró Jack.

—Pues espérate lo peor —Will negó con la cabeza.
—¿Lo peor? —se ofendió Naya—. ¡Somos buenas chicas!

—Sí, acabáis de demostrarlo, cariño.

—¡Solo queríamos ayudar a Jenna a buscar a... *mhmpg*! —Lana le tapó la boca precipitadamente.

Jack y Will se giraron hacia mí al instante.
—¿A buscar qué? —preguntó Will, divertido.

—¿Eh? —me puse roja, muy a mi pesar—. No, a buscar no... es... eh... yo...

Mierda. Tenía que pensar. Y rápido.
—A buscar el grupo de Mike —dije precipitadamente.

Los dos fruncieron el ceño.
—¿El grupo de Mike? —preguntó Will.

—Tenía curiosidad —me hice la ofendida—, ¿ahora la curiosidad es un pecado?

Jack negó con la cabeza.
—Sigues siendo igual de mala mentirosa.

—Y tú igual de pesado —le puse mala cara.

Pareció que iba a decir algo, pero se interrumpió a sí mismo cuando Mike entró en casa con una sonrisa de oreja a oreja.
—¡Hola, familia! —se detuvo con las manos en las caderas al vernos siendo interrogadas—. ¿Qué pasa? —me miró—. ¿Qué has hecho?
—¿Por qué asumes que he hecho algo? —protesté.
—Tienes cara de haber hecho algo.
—Incluso el idiota de Mike se ha dado cuenta —murmuró Jack.
Iba a decir algo no muy bonito, pero el móvil de Naya empezó a sonar y ella le frunció el ceño a su pantalla.
—¿Qué quiere este ahora? —preguntó, confusa, llevándose el móvil a la oreja—. Hola, Chris, ¿qué tal est...?

Se quedó callada un momento.
—Whoa, frena, frena, ¿qué pasa?

—¿Qué es? —Will se acercó enseguida, preocupado.
Qué buen novio era Will. No pude evitar poner una mueca de envidia cuando le puso una mano en la rodilla. Justo en ese momento, pillé a Jack mirándome de reojo. Pero apartó los ojos en cuanto se encontró con los míos.
—Sí, sí, ahora iremos. Claro que sí. Chris, no seas idiota. Sí. Ahora vamos.

Colgó el móvil y suspiró largamente.
—Lo han despedido.

Silencio. Todos nos quedamos mirándola, boquiabiertos.
—¿Qué? —pregunté, pasmada—. ¿A Chris? ¿Al perfeccionista de Chris?

—Al parecer, prefieren tener a una chica a cargo de la residencia y han decidido despedirlo —ella miró a Will—. ¿Te importa que vayamos a...?

—Claro que no, cariño. Venga, vamos.
—Voy con vosotros y así me dejáis en la residencia —sonrió Lana.

Y, sin más, me dejaron a solas con los, según Sue, hermanos Monster.
Naya tenía razón, era raro ver a Jack por la casa tan temprano. Tragué saliva cuando se me quedó mirando.
—¿Qué haces todavía en el suelo? —me preguntó Mike.

—Intentar ocultar el portátil con mi culo de dimensiones insuficientes —murmuré.

Vi, de reojo, que Jack sonreía de lado mientras Mike me ponía una mueca de confusión y se iba a al cuarto de baño, encogiéndose de hombros.
—Yo te ayudo —me ofreció Jack su mano.

La acepté y me ayudó a ponerme de pie. Seguía sintiendo mariposillas cursis y molestas en el estómago cada vez que me tocaba. Que no era en muchas ocasiones. No pude evitar sonreír cuando me quedé de pie delante de él pero no me soltó. Sin embargo, esa sonrisa se borró al instante en que lo miré a los ojos. Con las pupilas dilatadas.
Por eso estaba en casa tan temprano.
—Ross... —empecé, negando con la cabeza.
Él, obviamente, se había dado cuenta de que lo había visto. Apretó los labios cuando intenté soltar mi mano y la sujetó.

—No es nada.

—No es alcohol, ¿no?

Volví a intentar soltarme cuando no respondió.
—Ni tampoco marihuana —añadí.

Jack me agarró la otra mano cuando hice un ademán de apartarme.
—No es tan fácil dejarlo, Jen.

—¿Por qué sigues haciendo eso? —volví a intentar librarme de su agarre, pero no me dejó—. ¿No... no eres... estás mejor?

Me miró un momento.
—No es tan fácil dejarlo —repitió.

Cuando vio que empezaba a negar con la cabeza de nuevo, se inclinó hacia delante. Por un momento, entré en pánico —un pánico muy agradable— al pensar que iba a besarme en los labios. Pero solo apoyó la frente contra la mía. Contuve la respiración al instante.
—¿Puedes fingir que no lo has visto? —me pidió en voz baja.
De pronto, me pareció tan vulnerable que dejé de intentar soltarme de su agarre. No sabía nada de drogas. Solo las había visto por programas de televisión. Realmente, no sabía hasta qué punto era difícil dejarlas. Y Jack era de las personas con más fuerza de voluntad que conocía. Si él necesitaba tiempo... habría que respetarlo.
Pero no iba a dejar que eso siguiera así por mucho, eso estaba claro.
Asentí con la cabeza y pareció inmensamente aliviado.
Lo que daría por leer un libro narrado por él y saber qué pasa por esa cabecita....
Me separé de él cuando vi que Mike aparecía de nuevo por el pasillo y me obligué a actuar con naturalidad al sentarme en el sofá.
—¿Ya sabéis que os pondréis mañana? —pregunté.

Mike hizo un ademán de sentarse a mi lado, pero sonrió como un angelito y se fue al otro cuando vio que su hermano lo miraba fijamente. Jack se sentó a mi lado con el ceño fruncido.
—¿Mañana? —repitió.

—Yo sí —Mike se tumbó, repiqueteando los dedos en su estómago—. Voy a ponerme mi traje negro con mi camisa...

—¿Qué hay mañana? —preguntó Jack, confuso.

Lo miré con el ceño fruncido.
—Tu premiere.

Él tardó unos segundos en los que me miró fijamente en reaccionar. Después, cerró los ojos un momento.
—Mierda.

—Alguien no se acordaba —se burló Mike, pero dejó de reírse cuando el cojín que le había lanzado le dio en la cara. Me puso mala cara—. Eso ha sido tan infantil como innecesario, cuñada.
—¿No tienes nada que ponerte? —pregunté a Jack.

—Sí, pero... —suspiró—. No tengo ninguna corbata.

—¿Hay que llevar corbata? —Mike puso una mueca.

—¿Tú has hecho alguna película? Eso creía. Pues tú no. Pero yo, desgraciadamente, sí.

—¿Y no puedes ir a comprar una? —preguntó él.

Hubo un momento de silencio. Jack se pasó una mano por la frente.
—Qué remedio... —murmuró, poniéndose de pie.

—¡Yo voy! —exclamó Mike enseguida.

—Sí, y yo —murmuré, siguiéndolos a la puerta.

Mientras me acercaba, vi que Jack agarraba las llaves de su coche y se las quité. Él me frunció el ceño.
—¿Qué haces?

—No conduces tú —le aseguré—. No así.
Apretó los labios. Uh, eso no le había gustado.
—Dame mis llaves.

—No.

—Jen...

—No.

Hizo un ademán de cogerlas y yo me las escondí en la espalda. Puso cara de fastidio.
—¿Y quién conducirá? ¿Tú?

—No —sonreí y me acerqué al pasillo.
Noté ambas miradas clavadas en mi nuca cuando me acerqué al pasillo y me detuve en la habitación de Sue, llamando con los nudillos. Ella abrió unos segundos más tarde, frunciéndome el ceño.

—¿Qué?

—¿Te apetece conducir?

—¡¿Qué?! —escuché a Jack acercándose rápidamente—. No, no, no. Ni de coña. Nadie toca mi coche.

Sue nos miró con curiosidad.
—Tienes carné, ¿no? —le pregunté a ella.

—Sí, pero no tengo coche.

—Pues, enhorabuena. Ahora tienes uno. Por un rato.

—¡He dicho que no! —protestó Jack.

—Genial —lo ignoró Sue, agarrando las llaves.

La seguí hacia el salón notando que Jack iba detrás de mí, nada contento. Eso iba a traerme consecuencias más tarde.
—¿Vas a conducir, Susie? —sonrió Mike ampliamente.

Sue le dio con un dedo en la garganta al pasar por delante, haciendo que Mike se pusiera a toser como un loco. Levanté las cejas.
—Lo aprendí en artes marciales —me dijo ella en voz baja.

—Tengo que aprender a hacer eso —murmuré.

Nos subimos los cuatro en el ascensor. Jack estaba de brazos cruzados. Miraba fijamente las llaves que Sue sostenía, negando con la cabeza.
—Esto no me gusta —me dijo en voz baja.

—Pues a mí me encanta —Sue sonrió ampliamente.

El pobre Mike seguía acariciándose el cuello cuando llegamos al coche. Sin dudarlo un instante, se sentaron ambos delante, dejándonos a Jack y a mí ahí, de pie. Él pareció querer matarnos a todos cuando no le quedó otra que sentarse conmigo atrás. Se volvió a cruzar de brazos, mirando fijamente a Sue.
—Como me rayes el coche... —murmuró.

—Relájate —murmuró ella, arrancando con una sonrisa—. Eres rico, ¿no? Podrás comprarte uno nuevo.
—¡Un convertible de esos! —exclamó Mike felizmente.

—Sí. Y cuatro, si quieres —murmuró Jack de mala gana.

Sin más, Sue dio marcha atrás y se quedó parada un momento antes de dar un acelerón para salir del aparcamiento. Mike empezó a vitorear mientras Jack se quedaba pálido, acariciando el asiento como si el propio coche estuviera sufriendo.
—¡Ve con cuidado!

—Voy con cuidado, Ross —ella puso los ojos en blanco, tomando una curva de malas maneras.

Yo estaba entre reírme o aferrarme por mi vida. Al final, opté por lo primero, aunque dejé de hacerlo cuando Jack me clavó una mirada que me habría helado de haber sido posible.
—No es gracioso —protestó—. Todo esto es por tu culpa. Si esa loca estampa mi pobre coche, será por tu culpa.

—No lo hará —puse los ojos en blanco.

—Mi pobre coche... —murmuró él.

Al final, Sue no se estampó contra nada. Pero Jack había estado como un paranoico durante todo el viaje igualmente. Cuando llegamos al centro comercial, me tranquilizó saber que era

tarde y, por lo tanto, no estaba muy concurrido. Menos gente que se quedara mirando fijamente a Jack, que se había dejado las gafas de sol.
Él también se dio cuenta de eso en aquel momento, porque vi que se le tensaban un poco los hombros al entrar. Sue y Mike iban por delante. Subieron las escaleras mecánicas con nosotros detrás y nos quedamos los cuatro delante de una tienda en la que vendían corbatas. Jack suspiró.
—¿Por qué me siento como si tuviera cincuenta años?

—Oye, yo quiero un helado —protestó Mike.

—Estamos en febrero —puse una mueca.

—Nunca hace demasiado frío como para comer helado —me dijo Sue.

—Hermanito... —Mike se acercó a él con una sonrisa inocente—. ¿Me das...?

—No.

—Pero...

—He dicho que no.

—¡Solo es para un hel...!

—¿No me has oído? No.

—¿Ves como eres un parásito? —le dijo Sue.

Mike se giró en redondo hacia mí.
—Vamos, cuñadita —me puso un mohín triste—. Ten caridad por esta pobre alma hambrienta.

Suspiré y, tras unos segundos, hice un ademán de sacar la cartera. Al instante, vi que Jack agarraba a Mike del hombro y le ponía un billete en la mano.
—Hazme el favor de perderte por diez minutos.

—¡Gracias! —sonrió él ampliamente.

Arrastró a Sue con él cuando volvió a bajar las escaleras para ir a la heladería. Mientras, Jack entró en la tienda de ropa y yo lo seguí.
Al parecer, su plan era entrar y comprar la primera que viera para poder irse. Cuando vi que agarraba una sin mirar, lo detuve.
—De eso nada —la devolví a su lugar.

—¿Qué tiene de malo? —protestó.

—Que no eres un señor de sesenta años que se pasa media vida en un despacho en los años sesenta —enarqué una ceja.

Por un momento, me pareció que iba a reírse.

—¿Qué?

—¿No puedes elegir una que te guste y ya?

—No me gusta ninguna.

—¡Ni las has mirado!

—Sé que no me van a gustar.

Puse los ojos en blanco exageradamente y él sonrió, divertido.
—Déjame a mí —mascullé.

Al final, estuvimos unos minutos en los que yo le enseñaba las que me gustaban y él ponía muecas o se encogía de hombros. Tardé exactamente un minuto más en darme cuenta de que, efectivamente, ninguna le gustaría. Así que agarré las dos que más me gustaban y se las enseñé.
—¿Quieres una gris para sentirte Christian Grey... —levanté la otra— ...o una azul oscuro para sentirte... eh... quién lleva corbatas azul oscuro?

—Yo —la agarró—. ¿Podemos irnos ya?

Le puse mala cara, pero lo seguí a la caja.
—Para lo que valía, podría haber comprado todas las que me enseñabas —mascullÓ mientras bajábamos las escaleras mecánicas.

—Dijo Steve Jobs.

Sonrió disimuladamente.
No tardamos en encontrar a esos dos. Sue miraba a Mike con una mueca mientras él se paseaba con su helado.
—¿Qué tal? —le pregunté a Sue, divertida.

—Iría mejor si se le cayera el helado y pudiera reírme de él —murmuró.

De pronto, Mike soltó un gritito que me hizo dar un respingo.
Entonces, entendí que iba corriendo a una de las máquinas esas en forma de unicornio que usaban los niños y que solo se balanceaban.
—No me lo creo —murmuró Sue, siguiéndolo.

Yo no me había dado cuenta de que, al dar el respingo, me había agarrado al brazo de Jack. Cuando lo vi, él sonrió con una ceja enarcada y yo me aparté, avergonzada, siguiendo a los demás. Mike ya estaba a punto de llegar a una de las máquinas, pero un niño estaba a muy poco de adelantarlo.
—Aparta, niño —exclamó, sentándose en ella.

El niño se cruzó de brazos, indignado, cuando Mike sonrió ampliamente y le enseñó la monedita antes de meterla. Jack y Sue negaban con la cabeza. Yo intentaba no reírme.

—¿No eres un poco mayor para esto? —le preguntó el niño, irritado.

—¿No eres un poco enano para montar? —Mike le puso mala cara.

—Tus tatuajes son feos.

—Tu cara es fea.

—Y tú eres estúpido.

—Pues yo tengo un hermano famoso. ¿Qué tienes tú? ¿Eh?

El niño le sacó el dedo corazón antes de volverse con sus padres que, gracias a Dios, no se habían enterado de nada.
—Enhorabuena —Sue aplaudió—. Has ganado un debate a un niño de unos ocho años.

Mike la ignoró, disfrutando de lo que había pagado.
Cuando volvimos a casa, Jack seguía desesperado porque Sue no estampara su *pobre coche*. También seguía culpándome a mí de haberla dejado conducir. De nuevo, Sue no estampó nada. De hecho, condujo bastante mejor, lo que me llevó a pensar que la primera vez solo lo había hecho mal para irritara a Jack.
Cuando subimos las escaleras, Mike y Sue desaparecieron en la habitación de ella para cuchichear, como siempre. Jack se quitó la chaqueta distraídamente. Al darse la vuelta, vio que yo lo miraba de brazos cruzados y adivinó mis intenciones.
—No me eches una bronca —murmuró, poniendo los ojos en blanco—. Ya casi se me ha pasado.

—¡Me da igual que se te haya pasado?
Me ignoró completamente y se acercó a la nevera. Cuando vi que iba a por una cerveza, la cerré con el ceño fruncido.
—¡Oye! —protestó.

—Al sofá —lo señalé.

—No —frunció el ceño.

—Al sofá —le dije más lentamente.

—¡Tengo sed!

—Pues bebe agua.

—¿Agua? —arrugó la nariz.

—Sí. Agua. Que es muy sana. Y el castigo perfecto.

—¿Cast...? ¿Te crees que tengo cinco años? ¡Tengo veintinuno!

—¡Pues empieza a comportarte como tal!

Lo dejé solo en la cocina, yendo al sofá. Noté que me fulminaba con la mirada, pero no oí el ruido de una lata de cerveza abriéndose cuando me alejé lo suficiente. De hecho, me senté en el sofá y vi que, unos segundos más tarde, él se sentaba a mi lado con una mueca, dejando un vaso de agua en la mesita.
—Qué asco.

—Es agua.

—Es un aburrimiento.

—Oh, qué pena.

Me puso mala cara.
—Muy bien, ¿y ahora qué? —se cruzó de brazos—. ¿Te queda alguien a quien darle las llaves de mi coche? ¿O decirme algo más que no pueda hacer?

Lo pensé un momento, mirando a mi alrededor.
—¿Quieres que miremos uno de mis realities? —sonreí ampliamente.

Él puso mala cara.
—¿En serio?

—¿Prefieres que ponga una película de Naya?

—Prefiero elegir yo.

—Has perdido ese privilegio cuando te has puesto los ojos así.

Por un momento, no supe si había ido demasiado rápido como para hacer una broma. Sin embargo, él pareció divertido al clavar los ojos en la pantalla.
Me dejé caer en el sofá con mi manta favorita y esperé que él fuera a por otro, pero me quedé paralizada cuando se tumbó. Encima de mí.
Mi corazón empezó a latir con fuerza cuando colocó su cabeza encima de mi pecho, justo debajo de mi barbilla. Fue todavía peor cuando me rodeó con los brazos. Justo... como solíamos hacerlo antes.
Estaba segura de que notaba mi corazón. Estaba literalmente bajo su mejilla. Era imposible no notarlo. Sin embargo, no dijo nada.
—¿Estás cómodo? —intenté bromear, pero era obvio que estaba nerviosa.

—¿Lo estás tú? —murmuró, mirando la televisión.

—Sí.

—Yo también.

Pero él también estaba un poco tenso. Podía notarlo solo por la forma en que me rodeaba con los brazos. Cambié de canal mientras nos ponía mi mantita por encima, cubriéndonos a ambos. Su calor corporal era mejor que cualquier mantita. Ni siquiera recordaba haber

echado tanto de menos que se dejara caer sobre mí. Pero, ahora, me era inconcebible pensar que no fuera a volver a hacerlo.
Puse el reality mientras él bostezaba y se acomodaba un poco más. Jack había tenido problemas para dormir durante todo ese tiempo. Ya lo había mencionado Will alguna vez. Y, si no recordaba mal, antes se solía dormir cuando yo... sí, iba a intentarlo. Esperaba no fastidiarlo todo.
Tragué saliva cuando, por instinto, estiré la mano y le pasé el pulgar por la mejilla. Mi corazón se contrajo por la emoción cuando cerró los ojos. Moví el pulgar por su mejilla hasta su oreja, llegando a su nuca. Ahí, le pasé los dedos lentamente por el cuero cabelludo antes de empezar a masajearlo con suavidad, haciendo que los mechones me cosquillearan entre los dedos. Hace un año, le encantaba eso.
Y ahora también, por lo visto.
Oh, lo había echado tanto de menos... Le pasé los dedos de la otra mano por la mejilla. Él tenía los ojos cerrados. Le aparté los mechones cortos de la frente y le recorrí la raiz del pelo con la punta de un dedo mientras mi otra mano seguía masajeando su cuero cabelludo. No me podía creer que estuviera disfrutando tanto acariciando a alguien.
—Te he echado de menos —no pude evitar decirlo.

Hubo un momento de silencio cuando él siguió sin abrir los ojos. Igual estaba dormido. Era mejor así, seguro.
No estaba segura de querer saber la resp...
—Y yo a ti.

Contuve la respiración, pero él abrió los ojos y no me dejó pensar mucho en lo que acababa de decir.
—Pero no echaba de menos tus realities malos. Sus gritos me están poniendo de los nervios. Dame eso.

Sonreí, un poco afligida todavía, y dejé que cambiara de canal. Me fijé en que no se quejó de que siguiera pasándole los dedos por el pelo mientras cambiaba y se quejaba de cada maldito programa, serie o película que había en la programación.
Me quedé helada por un momento cuando se incorporó, sentándose en el sofá. Estaba tensa cuando me miró. ¿Había hecho algo mal?
—¿Tienes hambre?

Oh, era eso.
Momento pánico diluido, histérica.
—No diré que no a unas golosinas.

Él sonrió de lado y fue a la cocina. Me senté de piernas cruzadas cuando volvió, dejándose caer a mi lado. Él me agarró de los tobillos y se los puso en el regazo. Era ridículamente feliz solo con eso. Empezamos a comer golosinas mientras escuchaba las risitas de Mike en la habitación de Sue.
Entonces, ambos escuchamos las voces en el pasillo. Nos giramos a la vez, mirando la puerta principal. En pocos segundos, Chris apareció con Naya y Will. Tenía los labios fruncidos y arrastraba una maleta azulada.

Justo tuvo que coincidir con Sue y Mike apareciendo por el pasillo con un bote de helado vacío. Los ojos de ella se detuvieron en Chris al instante. Después, se deslizaron a su maleta. Cambió su expresión a una de horror absoluto.
—Oh, no —suplicó—. Más gente no, por favor.

—Solo serán unos días —le dijo Naya—. Y solo es una persona más.
—Si contamos a... eso —señaló su estómago—. Son dos personas más. Y el parásito sigue aquí. Ya son tres. Mi ansiedad social implora clemencia.
—¿Puedes dejar de llamarme...? —se detuvo al ver lo que estábamos comiendo—. ¡Golosinas!
Jack le dio un manotazo cuando se acercó a meter mano a la bolsa.
—No es para ti.

—¡Es para todos!
Mike volvió a intentarlo y empezaron a forcejear. Yo me aparté con las golosinas con una mueca.
—¿Alguien puede hacerme caso en mi drama? —protestó Chris.

Ellos se detuvieron con la misma expresión exacta de odio mutuo. Mike se quedó de pie, de brazos cruzados.
—¿Cómo estás? —le pregunté yo a Chris al ver que nadie más lo hacía.

—Mal —puso una mueca y se dejó caer en el sofá—. Estúpida residencia. Estúpida jefa. Estúpida ley.

—Se te pasará, Chrissy —murmuró Jack, comiendo una golosina.

Chris se giró hacia él con una mirada furibunda.
—Voy a dejar pasar lo de Chrissy porque me dejas quedarte en tu casa.

Jack frunció el ceño.
—¿He dicho yo que pudiera quedarse o...?

Sonreí, divertida, mientras Chris le ponía mala cara.
—Le he dicho que podía quedarse un tiempo en el sofá —murmuró Naya—. No tiene donde ir. Mis padres viven lejos de aquí.

—Sí, soy como un juguete viejo, roto y desamparado —murmuró Chris, dejándose caer en el sofá de brazos cruzados—. Abandonado en la lluvia, a mi suerte y desgracia, amparando las inclemencias del destino y...
—Que sí, pesado —Jack puso los ojos en blanco—. Quédate.
—¿Y dónde dormirás tú? —le preguntó Will—. ¿En el otro?

Hubo un momento de silencio cuando noté que Naya me dedicaba una mirada significativa. Jack abrió la boca para responder, pero Mike se adelantó.
—Eh, eh, eh —nos detuvo levantando las manos—. ¿Y qué hay de mí?

—Tú no vives aquí —le recordó Sue, de brazos cruzados.

—Perdona, pero soy una parte importantísima de esta familia y me parece fatal que paséis de mí así. ¡El sofá iba a ser para mí cuando esos dos volvieran juntos!

Me puse roja cuando nos señaló, frustrado. Menos mal que Jack reaccionó mejor.
—Honestamente, Mike, no sé ni por qué tienes llaves de aquí.

—¿Como que no sabes por qué? ¡Porque soy tu hermanito!

—Yo no te he dado nunca las llaves.

—¡No hacía falta que te molestaras! ¡Hice una copia de las tuyas yo solito!

—La confianza da asco —murmuró Sue.

—Hay dos sofás —le recordó Will—. Podéis quedaros cada uno en uno de ellos.

—¿Y Ross? —Naya sonrió ampliamente.

Lo miré. Él rebuscó en la bolsa de golosinas sin decir nada por unos segundos.
—Puedo volver a la habitación —murmuró.

Durante un instante, todo el mundo clavó la mirada en mí. Por mi parte, intenté que mi entusiasmo no se notara, pero no pude evitar una pequeña sonrisa de triunfo que se borró para disimular cuando Jack me miró.
—Si te parece bien —añadió.

—Me parece bien —dije quizá demasiado rápido.

—Es decir, que yo me quedo en el sofá. A no ser... —Mike se giró hacia mí con una sonrisa encantadora— que alguien se haya confundido al decir qué hermanito quería en su cama.

—No se ha confundido —Jack le enarcó una ceja.

—Deja que lo diga ella.

Los dos clavaron sus miradas en mí, que tenía la boca abierta para comer una golosina. La cerré al instante, avergonzada.
—Eh... lo siento, Mike.

Jack le dedicó una sonrisa de triunfo mientras él ponía una mueca y se giraba en redondo hacia Sue.
—También está la posibilidad de...

—No vas a dormir en mi habitación en tu vida —ella se cruzó de brazos.

—¡Vale! —Mike se frustró—. Pues voy a tener que dormir en un sofá cualquiera. Vais a tener que vivir con eso en la conciencia. Y no os guardaré rencor. Porque soy mejor persona que

vosotros.

—Si no te gusta el sofá, puedes ir al banco del parque —le recordó Naya.

—No, el sofá está bien —aseguró él enseguida.

—Bueno... —volví a mirar a Chris—, ¿nos vas a explicar ya por qué te han echado?
—No me han... echado —matizó él—. Me han invitado cordialmente a que me marchara porque mi perfil no era el deseado para una residencia femenina y querían...

—Lo han echado —confirmó Mike.

—Y de malas maneras —murmuró Sue, sentándose con él en los sillones.

Naya y Will se sentaron con Chris. Se me hizo raro ver el salón tan concurrido. Y más raro era tener las piernas sobre el regazo de Jack, que no parecía escuchar demasiado mientras me pasaba el pulgar por el tobillo distraídamente.
Ojalá estuviéramos así siempre.
—¡He estado trabajando ahí dos años y me lo pagan así! —puso una mueca Chris—. Ni siquiera me han hecho una carta de recomendación.

—¿Y qué querías que pusieran? —le preguntó Sue—. *Trabaja bien, pero tiene pene.*

Intenté no reírme con todas mis fuerzas porque Chris la miró con mala cara.
—Me echan porque soy un chico en una residencia de chicas —protestó—. ¡Si soy gay! ¡Soy el menor de sus problemas!

—A lo mejor, solo era una excusa para echarte —opinó Naya distraídamente. Se puso roja cuando Chris la miró fijamente—. O no. Seguro que no. Eres un trabajador estupendo. Menudos capullos, ¿eh?

Chris decidió pasarlo por alto antes de suspirar largamente.
—Y, ahora, ¿qué hago con mi vida? —preguntó—. No tengo trabajo. No tengo nada que estudiar. No tengo expectativas de futuro. No tengo ganas de vivir. Solo tengo ganas de comer.

—Puedes tirarte por la ventana —sugirió Mike.

—Eso no ayuda —le dijo Will.

—¡No ha dicho que quisiera ayuda!

—Tengo hambre —Chris miró a su alrededor—. ¿Aquí no tenéis comida?

Jack y yo escondimos las golosinas al instante.
—Podemos pedir algo —sugirió Will, estirándose para llegar a su móvil—. ¿Qué os apetece?

—Algo grasiento —pedí.

Will se giró hacia mí con expresión divertida.

—¿Algún problema con la comida sana?

—Sí, que da asco —dijo Sue por mí—. Algo grasiento para mí también, gracias.

Naya robó el móvil a Will y empezó a marcar, pero se detuvo abruptamente con la mirada clavada en la pantalla. Casi me sentí como si fuera a matarme cuando levantó la vista y la clavó en mí.
—¿Qué he hecho ahora? —pregunté.

—¡Serás zorra!

Abrí los ojos como platos cuando agarró un cojín y me lo lanzó a la cara. Hice un ademán de apartarme, pero Jack ya lo había atrapado con la mano.
—¿Qué te pasa a ti ahora? —le preguntó a Naya con el ceño fruncido.

—¡En dos días es tu cumpleaños! —me chilló Naya, indignada.

—¿Eh? ¿Ya? —agarré mi móvil y miré el día.
—Eres un desastre —empezó a reírse Will.

—He estado distraída, ¿vale? —protesté—. Y solo es un cumpleaños, tampoco es la gran cosa de...
—¿Quién traerá el alcohol? —me interrumpió Mike.

—¿Cuándo he dicho yo que...?

—Pasado mañana lo celebramos, ¿no? —preguntó Sue.

—¿Podéis no ignor...?

—Podríamos hacerlo aquí —dijo Naya.

—¿Aquí? —Will puso una mueca—. ¿Quieres que un vecino nos mate? Bastante tienen ya con los gritos que escuchan cada día.

—Yo quiero emborracharme —remarcó Chris—. Para olvidarme de mi dolor.

—Qué dramático es —Sue puso los ojos en blanco.

—¿Hola? ¿Podéis hacerme un poco de caso? —fruncí el ceño—. Es mi cumpleaños.
—Lo dices como si les interesara tu opinión —me dijo Will, divertido.

—Entonces... —Naya fue analizando lo que habían dicho—, ¿alcohol?

—Confirmado —asintió Sue con la cabeza.

—¿Invitados? —ella lo pensó—. Lana podría venir.
—Y Charlie —murmuró Jack.

—Es Cur... —me corté—. ¿Por qué estáis organizando una fiesta cuando yo no he dicho que la quisiera?

—Porque queremos una fiesta —me dijo Sue como si fuera evidente.

—También podríamos invitar a los de su clase —siguió Naya—. ¿Crees que tus hermanos querrán venir?

—Vale, esto se os está yendo de las manos.

—Ya llamaré yo a Shanon —murmuró Naya.

Iba a decir algo, pero me detuve para mirarla.
—¿Que la llamarás?

—Tengo su número.

—¿Qué...? ¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Voy actualizándola de tu vida —sonrió inocentemente—. Bueno, volvamos a la cena. ¿Algo grasiento?

Media hora más tarde, solo quedábamos Naya, Chris y yo en el salón. Sue había desaparecido en su habitación y Mike había subido con los chicos al tejado. Las dos nos quedamos mirando la bola de sábanas y pañuelos con mocos que era Chris. No había dejado de quejarse desde que nos habíamos sentado con él. Yo tenía un brazo por encima de sus hombros mientras él lloraba en el regazo de Naya.
—¡Y... t-todo por... por tener... pene! ¡E-es... discriminación! ¡Discri... discriminación s-sexual!
—Podríamos denunciarlos —propuse, divertida—. O matarlos.
—Will estudia derecho —murmuró Naya—. Y Ross sabe golpear. Y tiene el dinero suficiente como para contratar a alguien que lo haga si no le apetece. Las dos opciones son bastante viables.

—N-no quiero... golpearles —Chris se incorporó, sorbiendo por la nariz—. Q-quiero... quiero que sufran. De otra forma.

—Eso ha sonado un poco mafioso —admití.

—No —Chris me miró, ahora con los ojos entrecerrados—. Ya se me ocurrirá algo.

—Vale, hermanito —Naya le dio una palmadita en la espalda—, creo que ya va siendo hora de que te vayas a dormir. Ha sido un día largo. Y yo tengo que ir a hacer pis. Desde que tengo el bichito dentro, tengo que hacer pis cada diez minutos. Es insoportable.

Sonreí al verla desaparecer por el pasillo y me quedé mirando a Chris, que seguía sorbiendo la nariz. Justo en ese momento, Jack volvió del tejado y se quedó mirándolo un momento.
—Creo que eres lo más deprimente que he visto en meses.

—Vaya, muchas gracias —murmuró él.

—¿Qué te pasa ahora? —Jack enarcó una ceja.

—¡Que me han despedido! ¿Es que no tienes corazón?

—¿Sigues triste por eso? —parpadeó, confuso, cuando vio que lo miraba con mala cara—. ¿Qué he dicho ahora?

Al ver que estaba ocupada consolando a Chris y no iba a responder, se encogió de hombros y se dejó caer al otro lado de Chris. Puso una mueca al apartar un pañuelo usado con cuidado de tocarlo lo menos posible.
—No creo que vengarte vaya a hacer que te sientas mejor, Chris —le dije mientras tanto.

—Lo sé —suspiró—. Es que... por una cosa que se me daba bien...

—Seguro que hay cosas que también se te dan bien.

—Sí —murmuró Jack—, seguir las normas como un obseso. Y jugar al Candy Crush.

Tan pronto como lo dijo, se puso a lloriquear y no supe qué hacer, así que dejé que llorara en mi hombro, pasándole la mano por la espalda. Aproveché el momento de distracción para darle al idiota de Jack un manotazo en el hombro. Él me puso mala cara.
—Encima, no tengo vidas en Candy Crush —protestó Chris, lloriqueando.

—Bueno, solo tienes que esperar un rato y...
—¡Ni pareja! ¡Y para eso no vale esperar un rato! ¡Mi vida sentimental da asco!

—¿Quieres que te hablemos de la nuestra? —masculló Jack.

—N-no... no es lo mismo —protestó, gimoteando—. Vos... vosotros os tenéis el uno al... al otro. Y-yo no tengo a nadie.

Jack y yo intercambiamos una mirada por encima de su cabeza antes de que yo volviera a centrarme en él.
—Nos tienes a nosotros, ya lo sabes.

—Oh, sí, tu novio es la viva imagen de la sensibilidad —puso los ojos en blanco.

—Oye, yo soy muy sensible —protestó él.

Me quedé mirándolos un momento, pensativa. Entonces, fue como si se me encendiera una bombillita en la cabeza. Jack puso una mueca al verme.
—Oh, no.

—¿Qué? —fruncí el ceño.

—Me da la sensación de que vas a tener una idea muy estúpida.

—No es estúpida.

—Es decir, que sí tienes una idea —enarcó una ceja.

—Pues... —miré a Chris con una sonrisa—. Resulta que tengo un amigo soltero en busca de otros solteros al que... mhm... quizá podrías interesarle.

Chris me miró con poca confianza.
—¿Está bueno?

—¡Oye! —fruncí el ceño.

—Es una pregunta importante —lo defendió Jack.

—Sí —Chris asintió con la cabeza.

—Eso no es verdad —protesté—. Lo físico es lo menos importante.

—Venga ya —Chris puso los ojos en blanco.

—¿Cuántas películas de Disney has visto? —se empezó a reír Jack.

Dejaron de reírse cuando vieron que los miraba fijamente, indignada.
—Sois unos superficiales —remarqué—. Y, aunque no te lo mereces, sí, está muy bueno.

—¿En serio? ¿Y quién es?

—Se llama Curtis y...

—Espera, espera —me detuvo Jack con los ojos entrecerrados—, ¿es Charlie? ¿Charlie es...?

—Ha dicho que se llama Curtis —dijo Chris, confuso.

—Cállate, Chrissy —le dijo antes de mirarme—. ¿Charlie es gay?

—No es gay al cien por cien. Solo... al noventa por ciento.

—Me vale —me aseguró Chris—. ¿Hablarás con él mañana?

—Sí, claro. Yo me encargo —me puse de pie cuando vi que Jack fruncía el ceño en mi dirección—. Ahora, si me disculpáis...

Fui a la habitación con la esperanza de poder pensar una excusa, pero no me sirvió de nada porque, en menos de un minuto, la puerta se abrió y Jack se quedó mirándome desde el umbral con mala cara.
—Así que Charlie es gay —enarcó una ceja.
—No del todo...
—Al noventa por ciento.

—¿No te lo había dicho? —sonreí inocentemente.

—No.

—¿Seguro? Yo creo que sí.

—Me acordaría, te lo aseguro.

Me encogí de hombros.
—Bueno… eh… ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé.

Había estado tan distraída pensado en excusas por no habérselo comentado que no me había dado cuenta de que había entrado en la habitación por primera vez desde que había vuelto. Él seguía mirándome fijamente.
—¿Por qué me da la sensación de que eras muy consciente de que no lo sabía, Jen?

—Yo no… —me aclaré la garganta—. Desde el principio te dije que no me interesaba.

—Pero no me dejaste tan claro que no le interesaras tú a él.

—Bueno, ¿qué más da? Ahora ya lo sabes.

—¡A mí me da!

—¿Por qué? ¡Tampoco lo ves tanto!

—¡Sabías que en la fiesta… esa… me pasé la noche paranoico por su culpa!

—¡Por tu culpa! —remarqué—. ¡Él no hizo un solo ademán de hacer nada, eras tú el que se creía…!

—¡Tampoco hiciste nada para que pensara lo contrario!

—¡Ya no hace falta hablar de él, Ross, es…!

—¡Pues yo quiero hacerlo!

—¡Pues te recuerdo que yo no te he preguntado ni una sola vez por Vivian!
Oh, oh.
No acabas de decir eso, ¿verdad?
Él iba a contestar, pero se detuvo y frunció un poco el ceño, como si analizara lo que acababa de soltar.
—¿Vivian? —repitió, confuso.
Bueno, ya no había vuelta atrás.
—No hagas como si no conocieras a ninguna Vivian, Ross.

—Sí la conozco. Lo que no entiendo es a qué viene mencionarla ahora.

—Bueno, quizá yo no tengo a quien interese en mi vida, pero está claro que tú sí.

—¿Yo...? —creo que sonrió esperando que estuviera bromeando, pero dejó de hacerlo en cuanto vio que no era así—. ¿Estás hablando en serio?

—Venga ya, Ross, la mitad de los titulares con su nombre hablan de *vuestra posible relación.*

—¿Cuántas veces lo has buscado?

—Yo... —mierda, ya estaba roja—. Ninguna. Me lo han... eh... comentado. Pero no hablábamos de eso. Hablábamos de una relación que...

—Una relación que ninguno de los dos ha confirmado —remarcó, frunciendo el ceño—. Ni confirmará.

—Entonces, ¿estás seguro de que a ella no le interesas? ¿Para nada?

Él abrió la boca para responder, pero se detuvo. Apreté un poco los labios.
—¿Ves?

—Pero, ¿por qué te preocupa tanto Vivian? —se frustró.
—¡Porque la he visto en fotos!
—¿Y?
—¡Que es guapísima!
—¿Te crees que me he fijado en eso? ¿Que me gusta?
—Ross, me gusta hasta a mí.
—Vale, cambiaré la pregunta, ¿has oído que hablara de ella alguna vez?

Lo pensé un momento.
—No.

—Entonces, ¿qué más da que Vivian sea guapísima o no?

—¡Así que lo es! —lo señalé con un dedo acusador y él puso los ojos en blanco—. ¡Acabas de admitirlo!

—Venga ya —murmuró.
—Seguro que a ti no te haría ninguna gracia que tuviera a un chico guapísimo conmigo en la mitad de las fotos que salen de mí en Internet.

—Bueno, siendo sinceros, no encontrarías a alguien más guapísimo que yo.

Él sonrió ampliamente cuando yo apreté los labios.
—¡Estoy hablando en serio! —protesté.

—Yo también —se encogió de hombros—. Buena suerte encontrándolo..

Le puse mala cara al darme cuenta de que no iba a tomarme en serio. De hecho, se estaba riendo abiertamente de mí. Me senté en la cama de brazos cruzados.

—¿A qué ha venido este ataque de celos? —quiso saber, acercándose con aire divertido y malicioso—. ¿Era eso lo que hacíais Naya, Lana y tú antes?

—No —pero lo había dicho demasiado rápido—. Y no estoy celosa.

—Ya.

—Solo... curiosa.

—Curiosa —repitió, enarcando una ceja. Seguía sonriendo.

—¡Deja de sonreír como un... idiota! —protesté, poniéndome de pie y yendo al armario. Él me siguió con los ojos sin dejar de hacerlo.

Agarré mi pijama y lo miré con las manos en las caderas.
—Date la vuelta.

—¿Para qué?

—Para que pueda cambiarme.

—¿Tienes algo que no haya visto todav...? —se calló cuando hice un ademán de tirarle la camiseta a la cara—. Vale, vale. Madre mía, qué carácter.
Puso los ojos en blanco y se dio la vuelta, sentándose en su lado de la cama. Me puse rápidamente el pijama. Él no se había quitado la ropa, pero tampoco tenía el pijama ahí. Seguía en el salón. Y no se había molestado en traerlo de vuelta. Preferí no decir nada. No quería forzar las cosas. Me metí bajo el edredón y me quedé mirándolo cuando él también se tumbó, solo que encima de las sábanas. Como si quisiera dejar una barrera entre nosotros. Vi que tragaba saliva cuando me estiré para apagar la luz.
—¿Ross?
Se giró hacia mí con una ceja enarcada.
—¿Qué pasa?

—Mañana es el estreno de tu película, ¿no?

Suspiró, mirando el techo de nuevo.
—Sí.

—¿No estás nervioso?

Pareció que iba a reírse.
—La estrenamos en la ciudad, no en el mundo. Ya hemos dado tres premieres. Dejó de ser especial a la segunda.

—Pero... no es lo mismo. Tus padres estarán ahí.

—Lo sé.

Hubo un momento de silencio. No sabía por qué estaba alargando las cosas cuando, en realidad, tenía tan claro dónde quería llegar.
Quería decirle la verdad. Y, aunque estuviera un poco irritada con él, estaba claro que ya no había tanta hostilidad entre nosotros. No me sentía cómoda mientras seguía ocultándole eso. Merecía saber la verdad.
Respiré hondo.
—Ross, yo...

—¿No es raro que me lleve bien con él? —me interrumpió con una mueca.

Lo miré un momento, confusa.
—¿Qué?

—Con mi padre —aclaró—. Creo que es la primera vez en mi vida que nos podemos ver sin discutir. Es... de las pocas cosas que he podido arreglar.
Me quedé mirándolo fijamente, tragando saliva.
No podía decirle la verdad sin mencionar a su padre. Podía intentarlo, pero no confiaba del todo en mi habilidad para mentir. Y él me pillaría enseguida si me ponía nerviosa. Y, si mencionaba a su padre...
Mierda. Si lo mencionaba, le echaría mucha culpa a él. Estaba segura de ello. Lo conocía demasiado bien.
Cortó el hilo de mis pensamientos cuando me miró de reojo y frunció el ceño.
—¿Qué?
—Nada —negué con la cabeza y suspiré—. Solo... se me hace raro que estés aquí.

Por la manera en que me miró, creo que supo que había algo más detrás. Por suerte, no insistió.
—¿Raro en el mal sentido?

—Raro en el buen sentido.

Esbozó una pequeña sonrisa.
—Deberías dormirte, Jen.

Lo miré durante unos segundos, pensativa.
Al final, asentí con la cabeza y me di la vuelta, dándole la espalda. Noté que él me miraba la espalda unos segundos antes de acomodarse y cerré los ojos.

CAPITULO 8

Al día siguiente, Jack había desaparecido. Intenté disimular mi descontento saliendo a correr. Lo más probable es que tuviera una entrevista en algún lado. Seguía sin acostumbrarme a que todo el mundo lo conociera. Era muy extraño.
Al volver a casa, Mike estaba solo en la barra, mordisqueando un trozo de pizza fría mientras veía a Chris roncando en el sofá.
—¿Qué se siente al haber pasado de ser el parásito número uno al número dos? —bromeé, sonriendo.

—Tenéis suerte de que sea un hombre de moral alta —murmuró—. Si no, esos comentarios me hubieran derrumbado hace tiempo.

—Si solo bromeo —le guiñé un ojo—. Además, seguro que lo de Chris es temporal. Esta noche tiene una cita con Curtis. Bueno, eso intentaré. Tengo que hablar con él.

—¿Y quién es Curtis? ¿Qué me he perdido? ¿Por qué ya nunca me contáis nada?

—Es un amigo mío de clase. Te buscaría una chica a ti, pero ya te sirves tú solo en los conciertos.

—Sí, eso es verdad —sonrió ampliamente como un niño pequeño—. Pero el sexo indiscriminado cansa. A veces, lo que quiero es llegar a casa y encontrar una novia que me quiera y todas esas cursiladas.

—¿En serio? —no pude evitar el tono sorprendido.

—Sí, pero luego veo a Naya embarazada y a Will amargado y se me pasa —sonrió—. Por no hablar de que os veo a ti y a Jackie.

Negué con la cabeza, divertida, y me puse de pie para ir al cuarto de baño.
—Esos pantalones te quedan muy bien, cuñadita —añadió—. Te hacen mucho más... ¡eh! ¡Mi desayuno!
Chris le había lanzado una almohada a la cara y la pizza había caído dramáticamente al suelo.
—Intento dormir —le dijo, volviendo a hundirse en la otra almohada.

—¡Era mi desayuno! ¡¿Cómo te atreves...?!

Cerré la puerta del servicio para no oírlo y me di una ducha rápida.
No pude volver a ver a Jack en todo el día por culpa de mis clases. Y una parte de mí estaba un poco nerviosa. Nunca sabía qué Jack iba a encontrarme al llegar a casa. Algunas veces, dedicaba sonrisas fugaces —porque ya apenas sonreía— y otras era mejor ni dirigirle la palabra. Esperaba que hoy fuera de las primeras y fuera a la premiere de buen humor.
Sí vi a Curtis, al que iba actualizando de mi vida amorosa vacía e inexistente. Él me escuchaba, como siempre. Era muy buen chico. Al final del día, le comenté lo de Chris y me aseguró que lo *animaría* a su manera antes guiñarme un ojo y marcharse felizmente.

Al volver a casa era ya muy tarde. Abrí la puerta y vi que había zapatos de tacón tirados por el pasillo, cosa que solo podía significar una cosa: Naya estaba arreglándose yendo de un lado a otro. Efectivamente, vi que salía con un vestido rosa precioso y el maquillaje a medio hacer. Puso una mueca al verme.
—¡Estoy muy estresada!

Me reí. Sue llevaba puesto un vestido, también. Y también le quedaba genial. Incluso se había pintado los labios. Will y ella estaban sentados en los sofás mientras esperaban pacientemente a Naya. Él llevaba un traje negro que le iba como un guante. No pude evitar sonreír al verlo.
Chris, por otra parte, estaba ocupando el cuarto de baño, cosa que no era del agrado de Naya, que le golpeaba la puerta como si fuera a derribarla.
—¡Chris! —gritó Naya, golpeándole la puerta—. ¡Abre la puerta, lo digo en serio!

—¡Me toca a mí! ¡Tú ya has tenido media hora!

—¡Hace veinte minutos que estás ahí encerrado!
—¡Pues necesito veinte minutos más!
—¡No vas a arreglarte la cara ni con veinte minutos ni con cuarenta! ¡Sal ya!

—¡No! ¡Y ahora tardaré más!

—¡Tú no tienes maquillaje de arreglar, pedazo de egoísta!

Will suspiró, acariciándose las sienes como si le doliera la cabeza.
—Me recuerda a cuando vivían juntos —murmuró.
Yo me acerqué a él, sonriendo divertida.
—Mírate, qué guapo. Pareces un señorito de clase alta.

Me puso una mueca al instante.
—Ya me gustaría verte enfundada en esto durante cuatro horas seguidas. No sonreirías tanto.

—Se te olvidará que lo llevas puesto cuando te sientes —le aseguré—. Y seguro que no es peor que llevar tacones. En fin... voy a echar una mano a tu novia. Creo que la necesite

—Sí, por favor —masculló Sue—. Como no se callen, voy a ir yo al baño y zanjaré el problema a mi manera.

Naya estaba en modo desesperación porque no le salían las dos sombras de ojos igual de bonitas y no podía entrar en el cuarto de baño invadido por su hermano. Tuve que hacerlo yo y pareció satisfecha con el resultado, porque se fue corriendo a por sus zapatos. Cuando volví al salón, vi que los demás estaban de pie. Jack seguía desaparecido. Ni siquiera tuve que preguntar para que Will me hiciera un gesto hacia la habitación.
Me acerqué a ella y llamé a la puerta con los nudillos. Esta cedió por estar abierta. Jack estaba delante del espejo de mi armario, frunciendo el ceño a su corbata azul. Me miró de

reojo al oírme llegar. Yo no pude evitar una mueca burlona al ver el desastre que se había hecho en el nudo.
—¿Qué es tan gracioso? —masculló de mal humor.

—¿Alguien no sabe atar su corbatita?
—Cállate. Sé hacerlo —murmuró, frunciendo el ceño a su reflejo.
—Puedo ayudarte —ladeé la cabeza.

—¿Sabes atar una corbata? —puso una mueca.

—Aunque te parezca mentira, mi instituto era de uniforme. Tenía que hacerme el nudo de la corbata cada mañana. Creo que me las puedo apañar.
Me acerqué a él cuando quitó las manos y deshice el desastre que había armado. Alisé un poco la corbata, que había dejado llena de arrugas. Noté su mirada clavada en mí mientras lo arreglaba, pero conseguí fingir que no me daba cuenta.
—Tengo que decir que nunca creí que te vería en traje y corbata —murmuré, divertida—. Aunque es una corbata preciosa. Seguro que quien te la recomendó tiene un gusto excelente.

—O es una pesada que no me dejó comprar la que quería.
—Serás idiota.

Él sonrió por unos instantes, pero no tardó en volver a poner una mueca.
—Si no me obligaran a no hacerlo, iría en sudadera.

—En una sudadera de Tarantino —murmuré.

—O de The Smiths.

—O de Pumba.

—O de Mushu.

Dejé de sonreír al instante en que terminó de decirlo. Él había empezado a sonreír. Lo señalé.
—¿A que te haces tú el nudito, listo?

—Vale, vale.

Al final, se lo hice yo. Con sorprendente habilidad. Y eso que hacía casi dos años que no tenía que hacer uno. Se la metí en el traje y le di una palmadita en el pecho.
—Listo.

Hubo un momento de silencio cuando nos miramos el uno al otro. Yo noté que mis manos empezaban a temblar, como siempre que nos quedábamos solos.
—Bueno... —me aclaré la garganta al ver que él no decía nada—, supongo que deberíais iros y...
—Sabes que todavía puedes venir, ¿no? No es tarde.

Me quedé mirándolo un momento, perpleja. ¿Era la misma persona que, dos semanas antes, no quería ni saber cómo estaba? Tragué saliva cuando clavó los ojos en los míos, esperando una respuesta.
—Ross, no creo...

—Puedes venir —añadió—. Después de todo, no tengo pareja con la que acudir.

Negué con la cabeza. Dudaba que ninguno de los dos se sintiera cómodo todavía con eso.
—¿Y dejar que el prestigioso director que tengo delante se presente a su propia premiere con una chica vestida... —me señalé— así? Ya lo veré por televisión. O me la descargaré ilegalmente por Internet. Viviendo al límite.
Hubo un momento de silencio cuando sonreí. Él parecía demasiado pensativo como para reírse conmigo de la broma. Apartó la mirada un momento y tragué saliva. Igual debería haber dicho que sí, pero no quería distraerlo. Era su gran día. Tenía que estar centrado en lo que hacía.
—Venga, vamos con los demás o llegaréis tarde —murmuré.

Él asintió con la cabeza. Pareció que quería decir algo, pero se limitó a seguirme hacia el salón, suspirando. Todos los demás estaban ya listos.
Y, justo en ese momento, Mike abrió la puerta principal con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía una camisa remangada y abierta puesta y parecía que ya iba un poco borracho. Vale, no solo lo parecía. Tenía una botella de champán abierta en la mano. E iba por la mitad. Jack y yo nos quedamos de pie en la entrada del salón, mirándolo con una mueca.
—¡Tenemos una maldita limusina entera para nosotros! —dio una vuelta a lo Michael Jackson y la botella casi le salió volando—. Esta es la vida que merezco vivir.

Justo en ese momento, Chris salió del cuarto de baño con una camiseta de langostas naranjas —yo tampoco sé el por qué— y el pelo engominado como si se tratara de un padre de familia de los cincuenta. Todos nos quedamos mirándolo.
—Será una broma —murmuró Naya.

—Por favor, que no sea broma —dijo Sue en voz baja—. Que salga así. Por favor.

—¿Qué pasa? —Chris perdió la sonrisa—. ¿No voy bien?

Jack ahogó una risa.
—Ni de coñ...

—¡Estás genial! —le interrumpí, sonriendo y clavándole un codazo disimulado.

—Gracias, Jenna —él respiró hondo y miró la puerta—. Curtis debería llegar en cualquier momento.

Efectivamente, Curtis apareció por la puerta. Casi se dio de bruces con Mike, que se había plantado un poco borracho en medio de la entrada.
—Oh, hola —Curtis sonrió—. Veo que estáis todos... eh... reunidos. Heh, Jennif...

—¿Qué tal, Charlie? —lo interrumpió Jack, enarcando una ceja.

—Algún día dirás mi nombre bien, ¿no?

Jack sonrió como un ángel caído del cielo.

—No.

—Bueno, eso está por ver —Curtis se frotó las manos—. ¿Nos vamos?

Chris le sonrió ampliamente y nos dijo adiós con la mano antes de marcharse. Chris se giró en el último momento —después de mirar fijamente el culo de Curtis— y me gesticuló un *gracias*, llevándose una mano al corazón.
—Bueno —Mike volvió a atraer toda la atención—. ¿Dónde está mi pareja de premiere?

Sue suspiró cuando la señaló con la punta de la botella.
—No hemos salido de aquí y ya me estoy arrepintiendo —le puso mala cara.

—Venga ya, un poco de entusiasmo no estaría mal. ¡Tenemos alcohol gratis! ¡Es una noche para ser feliz, como Navidad!

Mike entró en el piso y sonreí cuando vi que iba a molestar a Sue, pero mi sonrisa se congeló cuando vi que, tras él... entraban sus padres y su abuela.
Oh, oh.
Cuando mi conciencia se preocupaba, sabías que tenías un problema.
El señor Ross.
Jack notó que me tensaba y me miró al instante, confuso. A veces, podía llegar a odiar que me conociera tan ridículamente bien. Me esforcé como pude en fingir normalidad cuando ellos tres entraron en el piso. Mary iba con un vestido dorado y su marido con un traje azul que le iba como un guante. Agnes llevaba un traje rojo que, honestamente, me habría hecho parecer un saco y a ella le quedaba genial. Los tres buscaron con la mirada a Jack y lo encontraron tras unos segundos.
Conmigo. Detalle importante.
No pude centrarme en la expresión de genuina sorpresa de Mary y los ojos abiertos de par en par de Agnes porque me había quedado con los labios entreabiertos del señor Ross. Tragué saliva cuando él los apretó en una dura línea, mirándome fijamente. No le había gustado verme aquí.
—Jennifer —Mary parecía perpleja cuando se acercó a mí—. No sabía... oh, querida, es un placer volver a verte.

Vale, estaba un poco sorprendida porque no me guardara rencor. Después de todo, había dejado tirado a su hijo. Sin embargo, tampoco sabía si Jack les había contado la verdad.
—Igualmente —conseguí sacar una sonrisa creíble al abrazarla. Ella lo prolongó unos segundos antes de separarse.

Agnes se acercó por detrás con la misma expresión. ¿Por qué no me guardaban rencor? Había roto el corazón a Jack, después de todo.

—Estás preciosa, querida —me dijo Agnes—. Pareces más adulta.
—Grac...

—¿Has venido para enderezar un poco a este cenutrio? —me interrumpió y señaló a Jack sin ninguna vergüenza—. Ya va siendo hora de que alguien haga que se comporte.

—Abuela... —él puso los ojos en blanco cuando vio que a mí se me encendías las mejillas.

—Bueno, bueno, yo solo lo digo —ella levantó las manos en señal de rendición—. A veces, un grito a tiempo es lo mejor del mundo. Yo no se lo di a su abuelo y te aseguro que los cuarenta años que pasé con él fueron eternos.

Sonreí, divertida, pero dejé de hacerlo cuando vi que el señor Ross se había acercado. Intercambié una mirada con Will, que tampoco parecía nada cómodo con la situación. Dejé de hacerlo cuando Jack, a mi lado, entrecerró los ojos en nuestra dirección.
—Jennifer —me saludó el señor Ross con una sonrisa que no llegó a sus ojos y un tono frío pero formal—. Me alegra volver a verte por aquí. ¿Has venido a ver a Jack en la premiere?

Traducción: ¿por cuánto tiempo estarás aquí, pequeña sanguijuela?
—Eh... —¿por qué estaba tan nerviosa? Miré a su hijo de reojo, incómoda—. En realidad, yo... eh...

—Vive conmigo —terminó Jack por mí, mirándome sin entender mi reacción.

El contraste de caras fue casi cómico. Mary esbozó una gran sonrisa, Agnes la contuvo, pero los ojos le brillaron al mirar a su nieto. Mientras, el señor Ross se limitó a mirarme fijamente. Por su expresión, supe lo poco que le estaba gustando todo eso. Aparté la mirada, nerviosa. Me sentía como si me hubieran pillado cometiendo un crimen.
—¿Hace mucho? —preguntó el señor Ross con un tono jovial que no dejó entrever lo que me daba la sensación de que pensaba en realidad.

—No mucho —murmuré.

—Unas semanas —dijo Jack por mí, todavía confuso—. ¿Estás bien, Jen?

Levanté la cabeza y mi mirada fue al señor Ross irremediablemente. La aparté enseguida hacia Jack, pero él ya miraba a su padre con una ceja enarcada.
—Solo... —le di un apretón en el brazo—. Estoy orgullosa de ti.

Mi mano en su brazo pareció distraerle, que era la intención. Me dedicó una mirada entre extrañada y... ¿cálida? Se la sostuve un momento con una pequeña sonrisa mientras Mary afirmaba lo contenta que estaba por él. Agnes, a su lado, asentía con la cabeza.
Y, entonces, llegó la última incorporación a la fiesta.
Lo primero que vi fue un vestido morado, brillante y largo que abrazaba un cuerpo asquerosamente perfecto y subía hasta enmarcar una cara que solo había visto el día anterior en el portátil con Naya y Lana. La famosa Vivian.
¿Por qué es más guapa en persona? ¿No se supone que es al revés?

Ella avanzó con una elegancia sorprendente teniendo el cuenta que el vestido no parecía querer dejarla ni respirar. Se quedó en mitad del salón con los ojos clavados en Jack. Yo seguía teniendo la mano alrededor de su brazo y noté que se tensaba. Lo solté, extrañada. Él me miró de reojo cuando Vivian se acercó.
—¿Por qué sigues aquí, Ross? —le preguntó directamente a Jack con los brazos en jarras—. Necesito veinte minutos más de maquillaje al llegar y lo sabes. Y tenemos solo una hora para hacernos fotos. ¡No nos va a dar tiempo a saludar a todo el mundo! ¿Por qué no estamos ya de camino?

Jack se limitó a apretar los labios en su dirección.
—¿Quién te ha dicho que subieras? —preguntó, y confirmé que estaba irritado.

—Ross, cariño... —se detuvo al ver que todo el mundo la miraba.

Cariño.
Mhm...
Sonido de desaprobación de mi conciencia = chica interesada por Jack.
Y yo que creía que había superado los apodos de Lana del año pasado...
—Oh, señor y señora Ross —los saludó con una sonrisa encantadora—. Agnes.

—También soy la señora Ross —replicó ella frívolamente.

No pude evitar levantar las cejas. Vale, a Agnes y a Mary no les gustaba Vivian. Solo necesitabas ver cómo la miraban para saberlo. Era un alivio, porque a mí tampoco me gustaba. Aunque no me hubiera hecho nada directamente. Sin embargo, el señor Ross la miraba como si fuera un regalo caído del cielo.
—Jack, no deberías hacer esperar a tu acompañante —riñó a su hijo.

Jack le dedicó una mirada furibunda.
—No es mi acompañante.

—Como sea —Vivian le hizo un gesto. Ni siquiera me había visto—. Venga, andando. Llegaremos tarde y es mi gran noche.

—¿No es la de los dos? —preguntó Naya con una ceja enarcada.

Me fijé en que nadie de la sala a parte del señor Ross parecía tenerle mucho afecto a Vivian. Ni siquiera Mike le sonreía. Y eso era raro. Porque ella era una chica. Y él era Mike.
—La pobre Joey está abajo —le dijo Vivian al ver que dudaba.

—Joey puede esperar —le dijo Jack de malas maneras.

—¿Quién es Joey? —pregunté en voz baja.

—Mi manager —Jack suspiró y miró a sus padres—. ¿Podéis iros ya con ella? Yo vendré después.

—Ross, es tu maldito estreno, no puedes venir después —le dijo Vivian, irritada.

—¿Tengo cara de estar pidiéndote tu opinión, Vivian?

Anges y Mary sonrieron maléficamente. Pero, cuando vi que su padre se giraba para reñirle, decidí adelantarme.
—Sea lo que sea que tengas que hacer, seguro que puede esperar a que vuelvas —murmuré.

Él me miró un momento con cierta frustración en los ojos. Vivian le hizo un gesto para que se marcharan y emprendió la marcha hacia la puerta. Todo el mundo lo siguió menos Jack. El señor Ross era el último y nos miró de reojo desde la puerta cuando vio que Jack se quedaba a mi lado.
Me giré hacia su hijo con confusión.
—¿Vuelves a necesitar ayuda con la corbata o...?

—Volveré temprano —me interrumpió él.

Y, sin más, se acercó a mí, me sujetó de la barbilla y me dio un beso corto y seco en la comisura de los labios.
Me quedé tan paralizada que no fui consciente de que el señor Ross nos miraba, no muy contento. Jack volvió con él mirándome por encima del hombro con una expresión que no entendí y los dos desaparecieron, dejándome sola, todavía con el corazón acelerado y las manos temblorosas. Me toqué la zona que acababa de pesar con la punta de los dedos, sin poder creérmelo.
Decidí aprovechar mi pequeña y triste soledad para darme un baño de espuma muy largo y ponerme el pijama. Era la primera vez que tenía el apartamento para mí sola para más de una hora. Porque estarían ahí hasta pasadas las tres de la mañana. Sue ya me había dicho que había una fiesta después de la película. Y, aunque Jack hubiera dicho que vendría pronto, estaba claro que no iba a ser así. No pasa nada, tenía asuntos que atender. Podía entenderlo.
Como tenía todavía media hora antes de que empezara la premiere, decidí cocinarme algo y opté por hacerme verduras salteadas. Llamé a Spencer para pasar el rato mientras cocinaba y me confesó que papá y mamá también iban a ver la premiere, pero que le habían pedido que no me dijera nada.
Sí, era muy malo guardando secretos.
—¿Cómo va lo vuestro, por cierto? —preguntó—. Nunca me llegaste a decir por qué lo habías dejado.

—La distancia, ya sabes —menos mal que no estaba delante y no podía pillarme la mentira. No pude evitar pensar que Jack la habría pillado igual—. Complica las relaciones.

—Oh, sí, las relaciones a distancia... —suspiró—. Bueno, hagas lo que hagas, espero que seas feliz por ahí.

—Gracias, Spencer —sonreí—. ¿Y qué tal tu vida amorosa? ¿Alguna novedad por el horizonte?

—Tan solitaria como siempre. Mi mano derecha es mejor aliad...

—¡Vale, no quiero saber más!

Al final, me senté en el sofá con el plato en el regazo y empecé a comer mientras cambiaba de canal, buscando la cara de Jack en alguna parte. Me detuve en uno de ellos. Era un directo solo sobre eso. Un canal local. Era cierto que Jack era el famoso del momento. Había muchísima prensa alrededor de una valla que vadeaba una alfombra roja. Esa alfombra conducía a un cartel gigante con el título de la película y el nombre de Jack. Al lado del cartel, estaba la entrada del cine.
Lo primero que vi en la portada fueron los ojos de Vivian, que miraba la cámara por encima de los hombros de un chico con el pelo oscuro que supuse que sería el otro actor principal. Era sencillo... pero efectivo. Jack había definido alguna película que habíamos visto así. Incluso lo recordaba diciendo algo como que la sencillez hacía las cosas mejores. Bajo ellos, estaba el título: *Tres meses*.
Apenas pude ver nada más porque, de pronto, vi que Vivian entraba en pantalla y empezaban a hacerle preguntas. Al final, había tenido tiempo y se había vuelto a maquillar. La verdad es que no escuché mucho. Los fans que estaban fuera del recinto le gritaban pidiendo fotos. Vivian se giraba de vez en cuando y les hacía gestos de saludo, haciendo que gritaran más.
Entrevistaron a tres personas más. Uno de ellos era el chico del cartel, pero tampoco le presté mucha atención. De hecho, estuve más centrada en mis cosas hasta que vi que aparecía el señor Ross en pantalla. No entendí nada hasta que me acordé de que él también era bastante famoso por ser pianista.
—¿Cómo se siente al estar aquí esta noche, señor Ross? —le preguntó uno de los reporteros.

—Es un placer, claro —Mary estaba a su lado mientras el señor Ross sonreía al reportero—. ¿Hay algo mejor en la vida que saber que tu hijo hace lo que más le gusta y tiene reconocimiento por ello? Además de hacerlo con una joven tan encantadora, claro.

No me había dado cuenta, pero Jack y Vivian estaban a su lado. Ella sonrió agradecida y puso una mano en la nuca de Jack, que no se movió. Los fans se volvieron locos. Él tenía la mirada clavada en el suelo.
Pero no se movió.
Mhm...
Vale, no pasaba nada. Solo era una mano en un hombro. Tenía que calmarme.
MHM...
Pero... dejé el plato a un lado. Ya no tenía hambre. Decidí dejar de escuchar hasta que, de pronto, apareció Jack solo. Él fue el único del equipo de la película que no se giró a los fans para saludarlos, pero gritaron igual. De hecho, parecía bastante pensativo mientras se acercaba a los periodistas acompañado de una mujer trajeada con el pelo corto que supuse que sería la famosa Joey, su manager.
Jack se detuvo delante de los reporteros y empezaron a lanzarle preguntas como si lo bombardearan. Él frunció el ceño y pidió que las hicieran de una en una.
—¿Te sientes nervioso al saber que tu película va a proyectarse en tu ciudad natal? —preguntó una mujer.

—No —murmuró Jack, apenas mirándola.

—¿Cómo te sientes? ¿Orgulloso? ¿Preocupado? —preguntó otro.
—Indiferente —se encogió de hombros.

Pero ¿qué estaba haciendo? Sabía que estaba pensando en algo, pero no era ni el momento ni el lugar. Apenas escuchaba a los reporteros, que seguían llenándolo a preguntas.
—¿Has venido sin acompañante? ¿Te acompaña Vivian Strauss?
—No.

—Dicen que mantienes una relación con ella, ¿es eso...?

—No.

—¿Hay alguien importante en tu vida?

—Preguntas sobre la película, por favor —dijo Joey, colándose en la pantalla un momento.

—Ross —lo llamó otro reportero—, hay rumores de que la historia de la película es una historia real. ¿Es verdad eso?

Jack lo miró un momento como si quisiera arrancarle la cabeza, pero luego se limitó a responder con tranquilidad:
—¿La has visto?

El hombre se quedó parado un momento.
—¿Eh?

—¿La has visto? ¿Has visto la película?

—No... bueno, iba a verla ahora y...

—¿Y por qué te crees los rumores si ni siquiera la has visto?

El hombre se quedó parado, sorprendido, y los demás siguieron con sus preguntas.
Después de eso, Jack desapareció en el interior del cine tras hacerse unas cuantas fotos y cambié de canal. A partir de ahí, no me interesaba en lo más mínimo. Suspiré y busqué alguna película potable, pero no había nada. Al final, me limité a mirar un programa de cambios radicales.
Estaba agotada, así que me tumbé en el sofá y me tapé con mi mantita favorita hasta la barbilla. Miré mi móvil varias veces, pero solo tenía mensajes de Curtis diciéndome que había ido a ver la estúpida película con el hermano de Naya y se lo pasaba genial. Jack les había regalado una entrada extra. Me ajusté las gafas de mal humor, pensando en la estúpida perfecta figura de Vivian y lo mucho que la aplaudían cuando se acercaba a Jack. Y que él no se había apartado.
Llevaba ya dos horas de programa cuando escuché que la puerta principal se abría. Fruncí el ceño y me asomé. Casi se me cayeron las gafas de la impresión.
Jack.

Me incorporé, sorprendida, mirándolo.
—¿Qué haces aquí? —pregunté, perpleja.
Él seguía teniendo aspecto pensativo, cosa que ya me estaba empezando a preocupar. Sin embargo, frunció el ceño cuando vio mi plato en la mesa.
—¿No has cenado?

—¿Eh? —parpadeé—. No...
Puso los ojos en blanco y se quitó la chaqueta del traje, tirándola al sillón de malas maneras. Fruncí el ceño.
—Jack, no puedes tirarlo así, se va a arrugar.
—El drama de mi vida.

Tiró del nudo de la corbata hacia abajo con una mueca y vi que no podía quitársela. Intenté no reírme, pero no pude evitarlo.
—¿Riéndote de mí otra vez? —preguntó, enarcando una ceja.

—Ven. Déjame ayudarte.

Se agachó delante de mí de mala gana y le quité la corbata, dejándola con cuidado en el sillón de al lado. Él se quedó sentado en el sofá, al lado de mis pies. Parecía cansado. Miró mi plato casi sin tocar y se lo acercó, comiéndoselo él mismo.
—Estará frío —le dije.

—Está bien —se encogió de hombros—. Se te da bien cocinar.

Silencio. Vi que zampaba como si la vida le fuera en ello y no pude evitar volver a sonreír. Él tenía los ojos clavados en la pantalla, así que no se enteró.
—¿No tenías un estreno al que asistir? —pregunté, ajustándome las gafas—. Tu propio estreno, de hecho.

—Sí.

—Y... estás aquí.

—Sí.

Lo pensé un momento.
—¿Puedo... preguntar por qué?

Dejó de comer por un momento para mirarme de reojo. Después, sacudió la cabeza y volvió centrarse en comer y mirar la película.
—Quería estar aquí —dijo.

—Ross, ¿te has ido de tu propia premiere? —no pude evitar el tono de regañina.
—Créeme, nadie me echará de menos.

—Es tu película.

—Por eso. Han ido a ver la película. No a mí. ¿Qué más les da que esté contigo y no con ellos?

No supe qué decir ante eso. Él se terminó mi cena y dejó el plato vacío sobre la mesa. Después, se giró hacia mí. Me miró de arriba abajo y yo hice lo mismo, en busca de cualquier fallo.
—¿Puedo tumbarme contigo? —preguntó en voz baja.
Me quedé mirándolo un momento.
—No.

Pareció confuso por un momento, pero me apresuré a rectificar.
—Es decir... eh... no en el sofá —¿por qué siempre hablaba tan rápido sin aclarar las cosas?—. En la... mhm... cama... estaremos mejor.

Él me miró unos segundos y, por fin, esbozó una pequeña sonrisa.
—¿Me vas a ayudar a transportar mis cosas ahí?

—¿Yo? —tenía que concentrarme—. Oh, sí, claro...

Nos pusimos los dos de pie y me acerqué a su cómoda. Al abrir el cajón, fruncí el ceño y fui a por el segundo. Pero lo demás no era su ropa.
—¿Qué? —preguntó al verme rebuscando.
—¿Esto es todo? —busqué en el otro cajón sin resultados.
—¿Qué más quieres? —preguntó, confuso.
—¡Esto es una miseria! —lo miré, anonadada—. ¡Solo tienes tres sudaderas y dos pantalones!

—También tengo camisetas —se encogió de hombros.

—¡Ross, necesitas más ropa! —la saqué, negando con la cabeza.

—No necesito más ropa —protestó.

—Claro que la necesitas. Eres famoso. No puedes ir por la vida de cualquier manera.

—¿Qué tiene de malo mi ropa?

Enarqué una ceja y le enseñé la sudadera de Tarantino desgastada que tenía.
—¿A parte de todo?

—Esa es genial —protestó.

—¡Si ya casi no se ve el logo!

—Porque me gusta mucho y la uso a menudo.

—No, la usas a menudo porque no tienes nada más. Tienes que comprar más.

—Pues, para no gustarte, bien que me robabas sudaderas cada vez que podías.

—¡Y las usaba de pijama! ¡No para ir por el mundo!

—*No para ir por el mundo* —imitó mi voz de mala gana.

—Ugh —me puse de pie, cargando con lo que podía—. Encima, no está bien doblada. Eres un desastre.
—¿Doblada? Si es ropa.
—¡Ross, la ropa se dobla!

—Ah, ¿sí?

—¡Pues claro!

—¿Para qué?

—¡Para que no se arrugue!
—¡Si luego se arruga igual!

Puse los ojos en blanco y empecé a ir hacia el pasillo con los brazos cargados.
—¡Más te vale no seguirme a la habitación con las manos vacías, Ross! —le dije sin mirarlo.
Escuché sus pasos deteniéndose y volviendo al salón rápidamente y sonreí, negando con la cabeza.

Él llevó el resto, que no era mucho. Cuando me acerqué a la cómoda de la habitación, la cual Jack estaba llenando en esos momentos, y vi el desastre que estaba haciendo... le di un manotazo involuntario en el hombro. Él se giró hacia mí, perplejo.
—Por Dios, ya sé cómo se siente mi hermana cuando dejo mi habitación hecha un desastre —negué con la cabeza al ver el destrozo que hacía a su propia ropa—. No dejes las cosas de esa manera.

—Madre mía, ¿estoy haciendo algo bien?

—¡No!

—¡Estás destrozándome la autoestima!

—Uy, pobrecito. Quita. Yo me encargo.

Jack tenía una sonrisa divertida en los labios cuando se sentó apartó. Al terminar, cerré el último cajón de la cómoda y me giré hacia él. Lo había obligado a sentarse para que no hiciera un desastre y él había aprovechado para ponerse el pijama. Vi que miraba el móvil con el ceño fruncido, pero lo ocultó al ver que me daba cuenta.
—Vas a tener que comprarte más ropa —lo señalé.

—¿Yo? —por su tono, cualquiera hubiera imaginado que acababa de obligarle a matar un gatito—, ¿por qué?

—¡Jack, apenas tienes!

—A mí me vale.

—¿Y qué harás si algún día te quedas sin ropa limpia?

—Poner la secadora.

—¿Si la pierdes o la rompes también pondrás la secadora para arreglarlo? —puse los brazos en jarras.

—Vale —me detuvo—, ¿en qué momento hemos pasado a ser un matrimonio de sesenta años?

—Di lo que quieras. Vas a comprarte más ropa.

—Sí, Michelle.

Me detuve en seco y su sonrisa se esfumó al instante en que me giré con el ceño fruncido.
—Es decir... —intentó corregir.

—¿Quieres morir?

—No, señora.

—¿Vas a volver a llamarme Michelle, Ross?
—No, señora.

—Eso me había parecido —tenía el dedo tan cerca de su cara que le podía pinchar la nariz.

Vale, definitivamente, me había convertido en mi madre.
—No me puedo creer que solo tengas esa ropa —murmuré, saliendo de la habitación y escuchando que me seguía—. Y siendo malditamente rico. Si yo lo fuera, me pasaría el día en Gucci. O en Chanel. Una de esas tiendas ridículamente caras a las que solo van...
Como vi que no me contestaba, me di la vuelta, interrumpiéndome. Casi se chocó conmigo porque estaba mirando su móvil. Levantó la cabeza y lo escondió al instante.
—¿Eh?

—¿Me estabas escuchando?

—Sí, sí.

—¿Y qué decía?

—Qué... —improvisó—, ¿algo de un coche?

—¡He dicho Gucci, no coche! ¿Qué te tiene tan distraído? —quise saber, mirándolo de arriba abajo.
—Nada.

—Ross...

—Nada —repitió, casi ofendido—. ¿Qué miras tú?

—¿Eh? —esta vez, yo me quedé callada.

—Me acabas de dar un repaso con los ojos —sonrió maliciosamente—. Lo he visto.

—¿Eh? —repetí como una idiota—. No, yo no...
—Sí, tú sí.

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no!

—Que sí, Mich... ¡auch!
Le había dado un manotazo en el estómago.
—¡Que no me llames Michelle, pesado!

—¿Sabes que eso es maltrato? —protestó cuando me alejé, enfurruñada—. Y por tercera vez en una noche. Podría denunciarte.

—Pues búscate a otra que te ajuste las corbatas y te ordene el armario —murmuré, sentándome en el sofá—. Y que te aguante.

Él volvió a mirar su móvil al acercarse y yo fruncí el ceño, intrigada.
—Aparta —murmuró.

Casi me hizo hacer el pino cuando me levantó las piernas y se sentó, dejándolas en su regazo. Le puse mala cara y me dedicó una sonrisa encantadora antes de robarme el mando de la televisión.
—¿Qué es esta basura? —protestó.

—¿Por qué solo es basura cuando no te gusta a ti?

—Porque yo tengo buen gusto.

Intenté quitarle el mando y me devolvió a mi lugar dándome un golpecito en la frente con la punta de un dedo.
—¿Quién te ha dado permiso para cambiar de canal? —protesté, aunque mi voz se había suavizado al notar que me acariciaba el borde del calcetín con el pulgar. Y ni siquiera parecía darse cuenta. Era como si le saliera solo.
—Los papeles del piso. Y de la televisión —remarcó, mirándome—. ¿A que no sabes qué pone en esos papeles?

—¿Que son tuyos? —ironicé.
—Bingo —se hizo el sorprendido—. Eres muy lista. Y en esta casa no se miran realities basura.

—¡No son basura!

—Son muy basura.

—Tú sí que eres basura.

—Tú más.

—No, tú más.

—No, tú mucho más.

—No, tú muchísimo más.

—No, tú muchisísimo más.
—No, tú much... —se detuvo y frunció el ceño a la televisión—. ¿Por qué demonios no hacen nada que valga la pena?

—Porque saben que tú tienes el mando.

Sonreí cuando me miró con mala cara.
—No te metas conmigo o volveré a llamarte Michelle —advirtió.

—¿Tú puedes meterte conmigo y yo contigo no?

—Exacto.

—Pues me parece fatal. Todos mis amigos han hecho eso siempre.

—Pues tendremos que cambiar eso —murmuró distraídamente—. Aquí los derechos de meterse contigo están reservados.

Enarqué una ceja.
—¿Y solo tú puedes meterte conmigo?

—Sí, solo yo.

Puse los ojos en blanco mientras él me daba un apretón en el tobillo. Pareció que iba a decir algo, pero se detuvo al volver a sacar el móvil. Esta vez, no pude evitarlo y me incorporé, muerta de curiosidad. Él me retuvo cuando intenté mover las piernas, así que me quedé sentada a su lado, con estas todavía encima de su regazo.
—¿Qué demonios mir...?

—Sht —me puso un dedo sobre los labios.

Miré el dedo con el ceño fruncido y luego lo miré a él.
—Oye, ¿qué...?

Cuando intenté asomarme a su móvil, su dedo fue sustituido por su mano entera, que me tapó la cara para que no pudiera moverme. Intenté quitármela pellizcándole la muñeca.
—¡Suéltame! —murmuré como pude—. ¡No puedo ver nada!

—Esa es la idea.

—¡Suéltame!

—Espérate, pesada —dijo con toda tranquilidad sin soltarme.

—¿Esperar a qué?

—Que te esperes.

—¡¿A qué quieres que esp...?!
Me detuve cuando me soltó la cara para estrujarme las mejillas con los dedos. Le puse mala cara cuando giró el móvil hacia mí.
—Precioso fondo de pantalla —murmuré como pude con las mejillas siendo estrujadas—. ¿Me vas a decir ya qué...?
—Feliz cumpleaños, Jen.
¿Eh?
Miré el móvil de nuevo. Eran las doce en punto. Me quité su mano de la cara, pasmada.
—Oh —no sabía ni qué decir. Se me encendieron las mejillas y él puso los ojos en blanco.

—No me digas que se te había olvidado.

—¿Eh? ¡Claro que no se me había olvidado!

—Claro que sí se te había olvidado.

—¡Que no...! —solté un ruido molesto cuando volvió a estrujarme las mejillas, sonriente—. ¡*Mhmpg...*!

—Eres un desastre, Will tiene razón —negó con la cabeza—. Y mira que a mí se me dan mal estas cosas, pero superarte es cada vez más difícil. En fin, feliz cumpleaños. ¿Cuántos cumples? ¿Doce añitos? ¿Diez?
—Diecinueve —protesté.

—Diecinueve —fingió sorpresa—. Mira qué niña tan grande. ¿Y te has portado bien este año? ¿Te han tirado ya de las orejitas? ¿Quieres que lo haga yo?

—Oh, cállate.

—¿No me vas a dar ni las gracias? He sido el primero.

Abrí la boca, pero me detuve en seco, mirándolo. Su sonrisa se transformó en una mueca entre la diversión y la confusión.
—¿Qué?

Me quité su mano de la cara, sujetándola de la muñeca.
—¿Te has ido de la premiere porque era mi cumpleaños? —pregunté lentamente.

Él dudó un momento. Me miró, analizando mi reacción. Después, se encogió de hombros.
—¿En serio? —no pude evitar una mueca.

—¿Estás triste? —preguntó, arrugando la nariz al ver mi expresión—. Cada día eres más difícil de entender.

—¡No estoy triste, tonto, estoy emocionada!

—Tonto —se burló.

—Creo que es lo más considerado que han hecho por mí en mi vida —murmuré.
—Es decir, que todas mis hazañas del pasado acaban de quedar completamente eclipsadas. Genial.

Hice un ademán de pellizcarle el brazo, divertida, y él me sujetó la mano. No sé cómo, pero terminamos forcejeando y me sujetó las dos muñecas con una mano. Tiró de ellas hasta que me tuvo sentada encima. Le puse mala cara.
—Pensándolo bien, no sé si eso de irte de ahí ha sido una gran idea. ¿Y si hacen entrevistas después?

—Los reporteros también tienen vida, ¿sabes?
—Pero, ¿y si...?

—¿Puedes dejar de pensar en eso? —puso los ojos en blanco por enésima vez en la noche.

—¡Dices eso como si fuera el cumpleaños de un desconocido! ¡Es una premiere!

—La premiere fue ayer.

—Ayer fue hace cinco minutos.

—Y el pasado, pasado es —sonrió, soltándome las muñecas—. Bueno, ¿he sido el primero o no?

—Pues claro que has sido el primero. Estabas mirando la hora como un psicópata.
—Qué detalle de tu parte llamar psicópata al chico que se ha saltado una premiere para ser el primero.

Puse los ojos en blanco, divertida, y le eché los brazos alrededor del cuello, acercándome para abrazarlo. Apoyé la mejilla en su hombro, cerrando los ojos. Noté uno de sus brazos rodeándome la espalda y sujetándome en las costillas. Su otra mano seguía en mi tobillo.
—Gracias, pesado —murmuré de mala gana.

—Eso está mejor. Como no lo hagas por mi cumpleaños, te lo recordaré el resto de mis días.

Me reí sin soltarlo y sus dedos se apretaron en mis costillas. Durante un momento, pensé en separarme porque el abrazo ya había sido un poco largo, pero no lo hice. No sé por qué. Él tampoco dio señales de separarse. De hecho, me dio la sensación de que giraba la cabeza y su nariz rozaba mi pelo. Yo apreté los brazos un poquito y él subió su mano desde mi tobillo hacia mi rodilla.
Vale, había echado de menos poder abrazarlo cuando quisiera. No os voy a mentir.

Moví el brazo y hundí la mano en su nuca, suspirando. Realmente, me hubiera gustado que ese momento durara para siempre. Él suspiró también cuando notó mis dedos en su pelo y hundió la cara en el hueco de mi cuello. Su respiración me cosquilleaba la piel. Moví el pulgar por su espalda, por encima de la tela. Su otra mano viajó a la parte baja de la mía y tiró de mí hasta que me tuvo apretada contra su pecho.
—¿Jack? —murmuré sin saber muy bien lo que iba a decir.

—¿Mhm...?

Cerré los ojos un momento.
—Nunca... —mierda, ¿qué decir ahora?
Hubo una pequeña pausa. Él también me estaba acariciando la espalda con los pulgares, pero casi podía ver su ceño fruncido al no entender.
—Nunca, ¿qué?

—¿Puedo decirte... algo?
—Claro que sí.

—Pero... tienes que prometerme que no me preguntarás nada más sobre el tema.

No pareció darle mucha importancia.
—Muy bien.

—Yo no... yo nunca...

Me detuve y solté todo el aire de mis pulmones.
—Nunca volví con Monty.

Silencio.
Sus pulgares dejaron de acariciar mi espalda.
Oh, oh.
¿Os acordáis de cuando dije que, si mi conciencia se preocupaba teníamos un problema?
Pues ahí estaba nuestro querido y precioso problema.
Jack se echó hacia atrás lentamente y yo hice lo posible por mantener mis manos en su nuca y hombro. Era mi arma secreta. Se quedó sentado conmigo encima, mirándome fijamente.
Por la forma en que me miró, parecía que me había salido una segunda cabeza.
—¿Qué? —preguntó, perplejo.

—Desde que tú y yo nos besamos por primera vez, no he estado con nadie más —murmuré—. Con nadie.

Sus ojos repasaron mi cara entera antes de volver a los míos. Entreabrió los labios para decir algo, pero se detuvo y frunció el ceño.
—¿Qué? —repitió.

—Solo... quería que lo supieras.

—¿Saber...? —se cortó y apartó la mirada, completamente perdido, antes de volver a clavarla en mí—. Entonces, ¿qué...?

—Me has prometido que no harías más preguntas.

—¿Que no...? ¿Cómo quieres que no te haga más preguntas después de soltarme... eso?
—Jack, lo has prometido.

Él apretó los labios, negando con la cabeza.
—¿Por qué...? —no sabía ni por dónde empezar. Su ceño se marcó más—. ¿Y por qué me has hecho creer que sí por un año entero?

—Yo...

—He estado un año entero pensando que habías vuelto con el imbécil maltratador ese —se echó hacia atrás y me quitó las manos de su nuca—. Y no era verdad.

—Jack...

—No —me agarró de la cintura y me colocó en el sofá para ponerse de pie—. Ahora no.

—Pero...
Vi que se acercaba a la barra y agarraba la caja de tabaco. Suspiré cuando agarró la chaqueta y salió de casa con el ceño profundamente fruncido. Me tapé la cara con las manos.
Cómo arruinar situaciones perfectas: parte uno.
Tardé dos minutos en ponerme de pie y seguirlo. Subí las escaleras de incendios rápidamente y lo encontré de pie a unos metros del borde, poniéndole mala cara a la ciudad. Ni siquiera estaba fumando. Obviamente, había oído mis pasos en la grava. Pero no se movió de su lugar.
—¿Podemos hablar? —pregunté lo más suavemente que pude.

—No lo sé, ¿podré hacerte preguntas cuando me confieses alguna otra mentira o no?

—Jack...

—¿Por qué me dijiste que estabas enamorada de él? —se dio la vuelta y me miró, enfadado.

—¡No lo sé! Pensé que era la única forma de que...

Me quedé callada. Mierda.
—¿De qué? —instistió al ver que no respondía.

—¡Da igual! ¡Lo que importa es que no era cierto!

—¡A mí no me da igual! ¿Tienes la menor idea de lo que ha sido un año entero pensando que me dejaste porque estabas enamorada de otro?

Aparté la mirada.
—Lo siento.

—Bueno, yo también.

—Jack, yo no...

—¿Por qué me lo dijiste si no era cierto?

—Es... complicado.

—No, no lo es.

—Jack, te lo he contado porque has prometido que no seguirías preguntando y...
—¿Cómo puedes pretender que no lo haga? ¿Cómo te sentirías tú si yo te dijera que hace un año te dejé por otra cuando no era cierto? ¿No querrías preguntar, al menos, el por qué?
—Y te lo contaré —le supliqué con la mirada que lo entendiera—. Te lo juro. Lo haré. Pero... no hoy. Es más complicado de lo que parece. Solo... necesito que tengas un poco de paciencia. Solo eso.
Oh, eso estaba funcionando. Vi que dejaba de fruncir el ceño al instante en que vio mi expresión y sus labios se suavizaron.
—Por favor —añadí.

Ahí. El remate final.
Él me observó unos segundos. Seguía irritado, pero, al menos, ya no parecía enfadado. Hubo un momento más de silencio cuando apartó la mirada.
—No se me va a olvidar —me aseguró.

—Lo sé. No pretendo que se te olvide.

Jack suspiró y cerró los ojos un instante antes de volver a clavarlos en mí. Por un momento, pareció relajado. Sin embargo, tardó un segundo más en ponerme mala cara, mirándome de arriba abajo.
Oh, no, ¿ahora qué hemos hecho?
—¿Qué demonios haces en manga y pantalones cortos en pleno febrero, loca?

Vale, creo que eso era lo último que esperaba.
Menos mal. Ya creía que la habías liado otra vez.
—¿Eh?
—¿Es que no tienes sentido de la responsabilidad? —puso los ojos en blanco y me empujó por la espalda hacia la salida—. Venga, andando.

Sonreí disimuladamente. Había conseguido disuadir el enfado. Era la primera vez que lo conseguía desde que había vuelto. Estaba tan emocionada por esa pequeña victoria que bajé las escaleras felizmente. Él bajó la mano hacia mí brazo mientras entrábamos al piso.
—Estás helada —protestó como si yo tuviera la culpa de todos los problemas de su vida.
Bueno, quizá no de todos, pero sí de la mayoría, querida.
—Te recuerdo que TÚ has subido —lo miré.

—Y yo te recuerdo que TÚ tenías la culpa.

¿Ves?
Mi conciencia estaba un poco pesada, ¿no?
Mira quién habla.
Me di la vuelta hacia él. Al menos, ahora ya no lo decía irritado. De hecho, tenía media sonrisa en los labios. Cuando vio que me quedaba mirándolo mientras se quitaba la chaqueta, la sujetó con una mano y me enarcó una ceja.
—¿Qué?

Mis dedos empezaron a cosquillear, sensación que ya conocía muy bien porque la había vivido un año atrás. Muchas veces. Demasiadas veces. Y todas con él. Y lo había sentido siempre que... que había querido besarlo.
Y quería besarlo. Muchísimo.
Él frunció el ceño sin comprender cuando yo tragué saliva.
—¿Qué? —repitió.

A por él, fiera.
Di un paso hacia él y mi miraba bajó a sus labios. Él se tensó entero al instante. Me conocía demasiado como para no saber lo que iba a hacer. Vi que sus dedos se apretaban entorno a su chaqueta cuando tragué saliva y corté la distancia entre nosotros.
Mi mirada subió a sus ojos. Él estaba tenso, pero no se movió. Durante un momento, solo lo miré. Se hizo el silencio entre los dos. Mi corazón empezó a aporrearme el pecho cuando él también bajó la mirada a mis labios y entreabrió los suyos.
Se acabó. Solo quería besarlo.
Me puse de puntillas y me adelanté para...
—Qué asco dan las fiestas en las que no eres el protagonista —Mike lanzó su chaqueta a la barra y cayó al suelo tristemente. Sonrió al vernos—. Ah, hola, chicos.
Me separé de un salto de Jack. Él se giró hacia Mike como si quisiera matarlo. Por primera vez, yo también quería matarlo un poquito.
—Eh... hola —murmuré.

—¿Qué hacíais? ¿Cuchicheabais? ¿Tenéis cotilleos jugosos para mí?

—Sí —Jack le enarcó una ceja—. Que eres un pesado.

—Eso no es un cotilleo, ya lo sabe todo el mundo —lo descartó sin darle mucha importancia.

—Es el cumpleaños de Jen —aclaró Jack con una mirada significativa.

Estaba casi segura de que esa mirada era un: *vete*.
Pero, claro, Mike la interpretó como un: *quédate*.
—¡Felicidades, cuñada! —se acercó y me estrujó en un abrazo, levantándome del suelo en el proceso.

—Eh... gracias —murmuré, mirando el suelo un poco asustada. De pronto, estaba demasiado lejos de mí.

—Que vas borracho, idiota —Jack me bajó, separando a su hermano—. Ten un poco de cuidado.

—No es de porcelana —Mike puso los ojos en blanco—. No hay que ser tan protector, hermanito. ¿No has oído hablar de la liberación de la mujer? Se valen por sí solas.

—Sí, ahora va a resultar que es feminista —murmuró Jack, negando con la cabeza.
—Como sea —Mike nos sonrió—. Si no os importa, quiero irme a dormir. ¿Podéis dejarme el salón?

Creo que Jack realmente estuvo a punto de matarlo, pero se distrajo cuando tiré de él hacia la habitación. Suspiré cuando llegamos y él cerró la puerta.
—¿Cómo se puede ser tan pesado? —preguntó en voz baja.

—A mí me parece entrañable —sonreí.

Me dedicó una mirada de ojos entrecerrados.
—Venga, nos seas tan amargado. Iba borracho.

No respondió. Lanzó el móvil a su mesita auxiliar y, para mi sorpresa, esta vez se metió en su lado de la cama. Yo me quité las gafas, dejándolas a un lado. Casi se sentía como la rutina del año pasado. Aunque dudaba que fuera a terminar igual, claro. El año pasado terminábamos sin ropa.
Se me aceleró el corazón cuando tiró de mí hasta que me tuvo, literalmente, encima de él. Puso una mano en mi nuca y pegó mi frente a su cuello antes de apagar la luz. Yo no podía cerrar los ojos. Era demasiado consciente de que estaba sobre él. Mis piernas desnudas estaban en enredadas en las suyas. Mi corazón latía a toda velocidad. Tragué saliva cuando él me rodeó con ambos brazos.
No entendía a Jack. Dudaba que lo hiciera jamás. Aunque, para ser justos, él probablemente tampoco me entendía a mí.
Pero, si seguíamos así, no me importaba no entenderlo. Solo quería poder abrazarlo.
Finalmente, me atreví a separarme un poco y vi que él estaba mirando el techo con el ceño un poco fruncido. Levanté la mano y se la pasé por lado de la cara que no podía ver desde ese ángulo, acariciándole la mejilla con las puntas de los dedos. Él no se movió. No pude evitarlo y le di un pequeño beso en la mejIlla. Esta vez, cerró los ojos y tragó saliva.
—Buenas noches, Jack.

De nuevo, no respondió. Vi que se había tensado, así que decidí no seguir presionando y me acomodé contra su cuello.
Sin embargo, noté que me ponía una mano en la nuca y me sujetaba la cabeza. Me miró por un segundo, como si estuviera considerando lo que iba a hacer. Después, tiró de mí y presionó sus labios sobre los míos en un corto beso.
No me dio tiempo a reaccionar antes de volver a tumbarse y soltar todo el aire de sus pulmones.
—Buenas noches, Jen.

CAPITULO 9

Cuando me desperté esa vez, estaba sola en la cama. Oh, no. Tragué saliva, mirando a mi alrededor. La almohada olía a él, cosa que me distrajo un momento, pero... ¿dónde se había metido Jack? ¿Se había ido? ¿Otra vez? ¿O...?
El ruido de la ducha. Menos mal.
Mira que eres paranoica, chica.
Volví a dejarme caer en la cama, un poco agotada sin saber por qué, y decidí que no iría a correr por un día. Spencer iba a matarme si seguía sin entrenar. Bueno, tenía tiempo para ponerme en forma en caso de emergencia antes de verlo.
Me puse de pie felizmente y fui a la cocina a hacer café para todos, ya que seguramente ellos no estarían en condiciones físicas de hacerlo por sí mismos después del estreno de Jack.
Estaba de buen humor. Seguía sintiendo su beso en la comisura de mis labios. Habíamos avanzado mucho en poco tiempo. Quizá, esa noche volvería dormir a la cama. Nunca había tenido tanta prisa porque fuera de noche.
Estaba tomando el primer sorbo de mi café cuando llamaron al timbre. Le di un trago mientras abría la puerta distraídamente.
Me quedé muy quieta al ver que era el señor Ross.
Durante un momento, los dos nos miramos de arriba a abajo. Él iba vestido tan bien como siempre, pero yo... mierda, iba en mi pijama de siempre. Parecía una vagabunda. Me puse roja al instante, pero el color desapareció de mi cara cuando pasa por mi lado hecho una furia, chocando con mi hombro. Casi se me cayó el café.
—B-buenos días —murmuré, sorprendida, cerrando la puerta.

Él se quedó de pie en medio del salón y miró a su alrededor antes de girarse hacia mí con los labios apretados.
—¿Dónde está mi hijo? —preguntó directamente.

—¿Cuál de los dos?

—Sabes perfectamente cuál de los dos, Jennifer.

Me sorprendió un poco la agresividad de sus palabras.
—Está en la ducha —señalé la puerta, confusa—. Pero, si espera un momento, puedo llamarlo y...
—Déjalo en paz —me cortó con un gesto—. He venido a hablar contigo.

Parecía un poco tenso, pero no decía nada. Me aclaré la garganta.
—Si no le importa, voy un momentito a vest...

—No —me cortó de nuevo—. Siéntate.

Parpadeé, sorprendida por la orden, pero lo hice igual. No quería discutir. Quizá algo estaba mal y por eso se comportaba así. Me senté en uno de los taburetes de la barra y él se quedó de pie con las manos en las caderas. Clavó en mí una mirada que hizo que me encogiera un poco.

—No sabía que habías vuelto —me dijo, y casi sonaba a reprimenda.

Removí mi café lentamente, haciendo tiempo para buscar una respuesta y no parecer idiota.
—Vine hace unas semanas —murmuré.

—Sí, lo sé —me dijo—. Tenía entendido que habíamos llegado a un trato, Jennifer.

—¿Un trato? —repetí, confusa.

—Me dijiste que querías a mi hijo, ¿no? —se acercó—. Dijiste que harías lo que fuera por su futuro.

—Y lo hice —le recordé—. Lo dejé.

—Sí, pero has vuelto.

Me quedé mirándolo un momento, confusa.

—Él ya no está en la escuela de Francia, señor Ross.

—Lo sé perfectamente —su tono era cortante—. Pero has estado viviendo con él, ¿no? Sabes lo mal que está. Tienes que saberlo. A no ser que estés ciega. O que seas tonta.

—Sé perfectamente que este último año no ha sido el mejor de su vida —esta vez me irrité un poco yo—, pero eso no quiere decir que...

—No entiendo por qué has vuelto, Jennifer. ¿Quieres que empeore? ¿Es eso?

—Volví para estudiar, no para...

—¿Y necesitas hacerlo aquí? ¿Tienes que vivir justo aquí? ¿No hay una residencia de estudiantes?

—Bueno... sí, pero...

—¿O es que aquí te lo pagan todo y ahí no?

Parpadeé justo antes de fruncir el ceño.
—Se está pasando de la...

—¿No ves que estás haciendo que Jack empeore, Jennifer?

Se acercó a mí y se sentó en el taburete que tenía delante, poniéndome una mano en el hombro. Sus ojos estaban inundados de preocupación cuando lo apretó un poco y decidí bajar mi nivel de enfado.
—¿No te has dado cuenta? —repitió.

Bueno, quizá estaba alterado porque se preocupaba por él. Apreté un poco los labios. No debería enfadarme con él.

—Creí que había mejorado —murmuré.

—No ha mejorado, Jennifer. Lo sabes bien.

—Sí, sí lo ha hecho. Él... anoche durmió aquí y... hace unas noches que...

—Solo quiere que creas que ha mejorado, pero ha empeorado. Muchísimo. Al principio, no entendía por qué. Después, te vi aquí y todo tuvo sentido.
Suspiró largamente y yo lo miré sin comprender nada de lo que me decía.
—Sé que tus intenciones son buenas —me dijo lentamente—. Sé que sigues sintiendo algo por él. Algo muy fuerte. Pero... tu presencia no ayuda, Jennifer. De hecho, empeora las cosas.

»Mi relación con Jack mejoró muchísimo gracias a ti. Siempre te estaré agradecido por ello. Y mi mujer también. Por primera vez en nuestras vidas, viene a visitarnos de vez en cuando y podemos mantener conversaciones sobre nuestras vidas sin terminar en discusiones. Es precisamente gracias a todo lo que me cuenta... que sé que tu presencia aquí no es algo que debamos prolongar.

Hizo una pausa y suspiró.
—Siento en el alma tener que pedirte esto, Jennifer, de verdad, pero.. quiero que te vayas a vivir a la residencia.

Me quedé mirándolo, perpleja.
—Por el bien de Jack. Y por el tuyo. Ahora mismo, no tenéis una relación sana. Os hacéis mucho daño el uno al otro.

—Pero...

—Si el problema es el dinero, puedo ayudarte. Es lo mínimo que puedo hacer.

Estaba tan sorprendida que no me di cuenta de que me había quedado mirándolo con los labios entreabiertos.
—¿Qué pasa? —preguntó.

—Yo... creía que había mejorado —murmuré.

—Jennifer, tú solo has conocido a Jack en su periodo bueno —me dijo lentamente—. Yo he estado con él toda su vida. En su periodo malo, puede llegar a ser un muy buen mentiroso.

—Pero... yo... yo creía... —sacudí la cabeza—. No. Él ha mejorado. Lo sé. Lo conozco.
Por primera vez, pareció que él perdía un poco la paciencia.
—¿Lo conoces? —repitió—. ¿De qué? ¿De los tres meses que estuvisteis juntos? He tenido dolores de cabeza más largos, por el amor de Dios. Sois unos críos. No conocéis nada el uno del otro. No os conocéis ni a vosotros mismos.

—No es cuestión de tiempo, señor Ross —aparté su mano de mi hombro, haciendo que frunciera el ceño—. Es cuestión de... de muchas otras cosas.

—¿De qué otras cosas? ¿No me dijiste que te importaba su bienestar?

—¡Y me importa!

—¡Entonces, deja de intentar arruinarle la carrera! —me espetó—. ¿No ves que eres una distracción? ¡No eres más que eso! ¡Desde que has decidido... volver a complicarle la vida... se ha saltado más de cinco entrevistas con empresas importantes! Y solo por pasar más tiempo contigo. Esto es ridículo.

Espera, ¿qué?
¿Cuándo había hecho eso?
—Jack es un adulto —remarqué, a la defensiva—. Y tiene a su manager para que se preocupe de esas cosas. Él sabe...

—¡Él no sabe nada, igual que tú! —el señor Ross negó con la cabeza—. ¿Quién te crees que eres, Jennifer? ¿Crees que podrías hacerlo feliz? ¿De verdad te lo crees?

Iba a responder de malas maneras, pero me detuve en seco.
—¿Eh?

—¿Crees que podrías hacerlo feliz? —repitió, remarcando cada palabra—. ¿Más que Vivian?

—¿Vivian? —seguí repitiendo como una idiota.
—Sí, Vivian. Esa joven tan prometedora que ha estado interesado en él desde el día en que se conocieron. Y todos sus seguidores quieren que estén juntos. Te odiarían si te metieras en medio, querida. ¿Y sabes la popularidad que daría a Jack una relación entre ellos? ¿Te puedes hacer a la idea de lo famoso que sería?

Me había quedado sin palabras. No me había dado cuenta de que estaba de pie. Él también se puso de pie y se acercó, señalándome.
—Pero, claro, Jack no ha querido saber nada de ella en todo este tiempo. Incluso estuvo a punto de rechazarla como su actriz principal. Y todo porque piensa... en ti —puso una mueca, como si eso fuera horrible—. Eres una distracción, Jennifer. Una demasiado grande.

—Jack es famoso por su talento —remarqué, enfadada—. No por salir con una actriz cualquiera.

—¿Y cuánto crees que durará su carrera solo por *su talento*? —preguntó, frustrado.

—¡Mucho! —fruncí el ceño—. ¡Yo creo en él!

—¡Ni siquiera has visto su película, por el amor de Dios!

—¡No lo necesito, confío en él y sé que sabe perfectamente lo que hace! ¡No necesita empezar a salir con una actriz cualquiera para que su carrera continue! ¡Y usted debería

confiar más en su hijo!

Él se quedó en silencio un momento, mirándome fijamente. Por un instante, creí que iba a darse la vuelta y a marcharse, pero se limitó a apretar los labios y a buscar algo en su bolsillo. Observé lo que hacía con confusión, todavía enfadada.
—¿Cuánto? —preguntó, abriendo una libreta.
Parpadeé, confusa.
—¿Cuánto qué?

—Vamos, Jennifer, ¿cuánto quieres por alejarte de él? Los dos sabemos por qué estás todavía aquí —apuntó algo en la libreta—. ¿Dos mil? ¿Tres mil?

Entonces, entendí lo que hacía. Era una maldita chequera. Y estaba ofreciéndome dinero por alejarme de Jack.
Tuve que parpadear varias veces para cerciorarme de que eso estaba pasando de verdad y no estaba soñándolo. Él seguía mirándome con una ceja enarcada. Yo sentí que se me apretaban los puños por la rabia.
—Fuera —murmuré.

—Muy bien —suspiró, ignorarme—. ¿Diez mil?

—¿Diez...? —sacudí la cabeza, perpleja—. ¿Por qué hace esto?
—Porque quiero lo mejor para Jack. Y lo mejor no eres tú, querida. ¿Veinte mil?
Tragué saliva con fuerza, negando con la cabeza.
—¿Realmente cree que sigo aquí por el dinero?
—No voy a subir la cifra, Jennifer.

—¡Fuera de aquí!

—Lo siento, querida, pero esta sigue siendo la casa de mi hijo.

—¿Qué...? —negué con la cabeza—. ¿Realmente se cree que voy a caer en el mismo error dos veces?
—¿Qué error?

Me quedé helada cuando escuché la voz de Jack en el pasillo. Él estaba de pie ahí, mirándonos. Estaba vestido, pero seguía teniendo el pelo húmedo. No hacía mucho que había salido de la ducha. Me pregunté hasta qué punto de la conversación había escuchado.
El señor Ross se giró hacia él, mucho menos seguro que cuando me había mirado a mí. Yo también había perdido el color en la cara, estaba segura. Y Jack nos miraba fijamente con los labios apretados. Durante unos segundos, solo miró a su padre y a la chequera que tenía en la mano. Después, me miró a mí.
—¿Qué error? —repitió.

No sabía qué decir. Me había quedado en blanco. Miré al señor Ross, que pareció haber vuelto a la realidad.

—Solo he venido a felicitar a Jennifer por su cumpleaños —replicó él con voz sorprendentemente natural—. Es hoy, ¿no?

Noté la mirada de Jack clavada en mí cuando asentí lentamente con la cabeza.
—Mary quería venir a decirte algo, pero no ha podido —él se encogió de hombros—. Ya sabes, cosas de trabajo y...

—¿Qué es eso? —lo cortó Jack.

Los dos miramos la chequera. El señor Ross sonrió.
—Bueno, no conozco muy bien a Jennifer. Había pensado en darle un poco de dinero para que ella misma se comprara lo que quisiera. ¿Quinientos dólares están bien?

No esperó una respuesta. Escribió la cifra y me extendió el cheque, que yo no recogí.
—Feliz cumpleaños —me sonrió él.

Jack me miraba fijamente. Sabía que algo iba mal. Era evidente. Pero... ¿cómo se lo decía? Mierda, ¿por qué era todo tan complicado?
Agarré el cheque con la convicción de que iba a quemarlo. El señor Ross aumentó su sonrisa y me puso una mano en el hombro, demasiado cerca del cuello. Esta vez, el apretón fue un poco menos suave y amigable que el otro. De hecho, hizo que contuviera la respiración por un momento.
—Pasa un buen día —me dijo en voz baja.

Cuando me soltó, tragué saliva con fuerza, mirando el cheque. Casi tenía ganas de llorar.
—Y tú también, hijo —le dijo a Jack a modo de despedida.

Escuché sus pasos hacia la puerta y no levanté la cabeza cuando se marchó, dejando un silencio muy incómodo tras él. Respiré hondo y me esforcé por una mirada natural cuando volví a girarme hacia Jack. Él no se acercó, solo me miraba fijamente.
—¿Crees que todavía tengo tiempo para salir a correr? —pregunté.

Jack no respondió, pero noté su mirada clavada en mi espalda cuando fui rápidamente hacia la habitación, donde rompí el cheque por la mitad y lo lancé a la basura.

***

Al menos, Jack se olvidó del tema porque seguía siendo mi cumpleaños. Naya y Will me estrujaron en un abrazo colectivo al verme, felicitándome. Sue se limitó a murmurar un felicidades y Chris sorbió nariz, diciéndome que esperaba que fuera más feliz que él. Curtis no le había hablado en dos días y volvía a estar deprimido.
No estaba muy sorprendida de que mis hermanos no me hubieran llamado todavía. Seguro que la única que se acordaba era Shanon, y ella no podría llamarme hasta la noche. Entonces, avisaría a todo el mundo, que me llamaría fingiendo que se había acordado durante todo el día y habían estado muy ocupados. En fin, la familia, ¿no? Los quería igual. Yo también era un desastre con los cumpleaños.
Realmente pensé que todo lo de la fiesta era una tontería que no se llegaría a hacer, pero me di cuenta de que no sería así cuando Naya entró en casa cargada de bolsas de la compra.

Había más alcohol ahí que en el supermercado. Negué con la cabeza cuando intentó disimular diciendo que era por su embarazo.
—Si tú no puedes beber —le dijo Mike con una mueca, llenándose la boca de golosinas que también había comprado.

Naya abrió la boca y volvió a cerrarla. Will negó con la cabeza.
—Eres la peor disimulando.

Al final, no había llamado a los de mi clase. Prefería una cosa más íntima. Y yo lo agradecí. Seríamos nosotros, Curtis y Lana. Los de siempre, supongo.
Jack llegó a la hora de cenar, cuando todo el mundo acababa de llegar y Curtis me estrujaba en un abrazo de oso.
—¡Felicidades! —me exclamó Curtis, sin soltarme—. Estás *sensssacional*.

—Hola, Charlie —le enarcó una ceja Jack, como siempre.

Curtis se separó y sacudió la cabeza, sonriente.
—Bueno, bueno —Naya levantó unas cervezas—, ¿quién quiere beber algo?

Todo el mundo se abalanzó hacia el alcohol menos Jack y yo. Vi que él apretaba los dientes mirándolos y se sentaba en el sofá. Me acerqué y pillé dos refrescos, dándole uno al sentarme a su lado. Él no me miró, pero se lo abrió y le dio un trago. Vi, de reojo, que Naya hacía un ademán de abrirse una cerveza.
—Dame eso —Will le puso mala cara, bebiéndosela él.

—Ugh, odio esto —murmuró ella.

Sonreí, negando con la cabeza. Todo el mundo estaba sentado en los sofás y sillones. Naya, Lana y Will estaban en uno. Lana tocaba la tripa inexistente de Naya. Sue y Mike cuchicheaban en los sillones mirando de reojo a Curtis y Chris, que hablaban en la cocina. Chris estaba rojo mientras Curtis sonreía por algo. Jack y yo estábamos en el otro sofá. Él puso una mueca cuando Naya cambió de canción.
—¿Quién le ha enseñado cultura musical a esta mujer? —preguntó con una mueca.

—La radio, probablemente —murmuré, viendo como ella y Lana se peleaban por el control del monopolio de la música.

—Bueno, eso estaba claro.

—No todo el mundo tiene un buen profesor que les enseñe estas cosas —bromeé.

Él me miró de reojo.
—Sí, todavía me acuerdo de cuando no conocías ni a Simba.

—Ahora forma parte de mi vida diaria.

Él sonrió y yo estuve a punto de hacerlo, pero mi móvil había empezado a vibrar. Menos mal que no le enseñé la pantalla, porque me quedé helada al ver el nombre de Monty en ella.

Oh, genial, ¿y ahora qué quiere este idiota?
Le dediqué a Jack una sonrisa de disculpa, pero noté su mirada en mi nuca cuando me puse de pie y me alejé un poco, respondiendo en voz baja. Gracias a la música, estaba casi segura de que no podía oírme. Al menos, eso esperaba.
—¿Qué quieres? —pregunté directamente.

Monty se quedó un momento en silencio.
—Hola a ti también —sonó un poco molesto.

—Te he hecho una pregunta.

—Solo quiero felicitarte. Es tu cumpleaños.

—Gracias —dije secamente.

—Jenny, en serio, ¿por qué tienes que ser tan inmadura con esto?

—¿Inmadura? —repetí.

—Solo quiero felicitarte. Quiero que seamos amigos.

—No éramos amigos ni saliendo juntos, ¿quieres serlo ahora?

—Vale, ¿puedes olvidarte de nuestra relación?

—No, no puedo.

—Vale, pero podemos hablar de...

—Monty, enserio, ahora mismo no quiero hablar contigo. Estoy ocupada.

—Pero...

—Gracias por felicitarme.

Colgué y me di la vuelta. El alivio fue inmenso cuando vi que Jack estaba ocupado mirando a su hermano con una ceja enarcada. Mike se había subido a la mesita y estaba bailando con la música. Sue ya había sacado el móvil para grabarlo todo.
—A este paso, seré más famosa que Pewdiepie.

Volví a mi lugar y vi que Naya le hacía un gesto para que se bajara.
—¡Venga, fuera!

—¡Es mi momento!

—¡No, es el momento...! —Naya sonrió ampliamente— ¡...de los juegos!
Casi me atraganté.
—¿De los juegos?

—Sí, mira —ella apartó a Mike de malas maneras, que volvió a su lugar de brazos cruzados—, he pensado que podríamos jugar a verdad o reto.
Oh, eso sonaba como que iba a terminar tan mal.
—Yo me apunto —sonrió Lana.

—Y yo —Sue sonrió ampliamente—. Siempre y cuando pueda hacer preguntas malvadas.

—Yo me apunto con la condición de que alguien me rete a bailar —protestó Mike.

—Venga, yo también jugaré —dijo Will.

—Y yo —dijo Jack, para mi sorpresa.

Curtis y Chris se acercaron, sentándose en la alfombra junto a la televisión.
—Nosotros también —dijo Curtis.

Todos me miraron en busca de una respuesta. Abrí la boca para decir algo.
—¡Genial, entonces jugamos todos! —Naya agarró la botella vacía de Lana y la puso sobre la mesa, haciéndola girar.

La botella dio tres vueltas antes de detenerse en Sue, que puso una mueca.
—¿En serio? —puso una mueca.

—¿Verdad o reto? —le preguntó Naya.

—Verdad.
—Mhm... —Naya lo pensó un momento—. ¿Con cuántos chicos has tenido sexo?

Sue lo consideró. Ahora que lo pensaba, ¿Sue alguna vez había hablado de parejas o algo así?
—Besarse no cuenta como sexo, ¿no? —preguntó ella.

—No —aseguró Curtis.

—Pues con ninguno.

Hubo un momento de silencio. Ella frunció el ceño.
—¿Por qué me has preguntado tan específicamente? —preguntó—. ¿No puedo haber tenido sexo con chicas?

—Muy bien, ¿con cuántas chicas has tenido sexo?

Volvió a considerarlo.
—Supongo que los besos siguen sin contar.

—Así es.

—Oh, entonces... solo con sesenta y cinco.

Silencio.

Jack, a mi lado, se atragantó con el refresco.
—¿Setenta y cinco? —repetí, incrédula.

—Sí, ¿qué pasa?

—Pero... —Naya también parecía completamente descolocada—. ¿Cuándo...?

—Que no hable de mis ligues no quiere decir que no existan —Sue levantó una ceja y se tomó un trago de la botella.

—Entonces, ¿eres lesbiana? —preguntó Mike, parpadeando varias veces.

—Yo no he dicho eso.

—Acabas de decir...

—He dicho que he tenido sexo con chicas, no que solo me gustaran ellas.

Mike suspiró y se dejó caer en la butaca, cerrando los ojos.
—Creo que voy a tomarme un momento para imaginarme eso y... —se detuvo abruptamente, mirándola—. Un momento, ¡¿has estado con más chicas que yo?!
—Y que yo —Curtis asintió con la cabeza.

Miré de reojo a Jack, que fingió que veía una pelusa en su pantalón y la apartó con un dedo. Negué con la cabeza y me volví a centrar en el juego.
—Bueno —Sue se inclinó hacia delante—. ¿Qué pobre alma podré torturar hoy?

Ella dejó que la botella girara hasta que apuntó directamente a Curtis. Él sonrió ampliamente.
—Dame un reto, Sue.

—Eso está hecho —ella lo consideró un momento—. Mhm... ¿algo que aportar, agente Mike?

Mike se inclinó hacia ella y le dijo algo al oído. Sue sonrió malévolamente.
—Dale un beso a Chrissy.

Chris puso mala cara.
—¡No me llaméis...!

Se detuvo abruptamente cuando Curtis le agarró la cara con una mano y le dio un beso que, de haber sido posible, lo hubiera embarazado. Cuando lo soltó, Naya, Lana y yo aplaudíamos, divertidas.
Curtis hizo girar la botella, que dio directamente en Mike. Él sonrió como un angelito.
—Verdad.

—¿Verdad? —Jack negó con la cabeza—. Serás aburrido.

—¡Verdad! —repitió Curtis, pensativo—. Mhm... has dicho que has estado con muchas chicas, pero... ¿te ha llegado a gustar alguien? ¿De verdad?

Mike se tomó un trago solemne de su cerveza antes de asentir con la cabeza.
—Solo una. Pero no he hecho nada con ella —pareció extrañamente tenso por ello mientras se acercaba y giraba la botella de nuevo.

Me giré instintivamente hacia Sue dispuesta a esbozar una sonrisa malvada, pero me detuve cuando vi que ella me estaba mirando y apartaba la mirada enseguida. ¿Qué...?
No pude centrarme en ello. Las rondas siguieron y yo tuve suerte cuando solo me tocó con Will, que me retó a beberme toda una cerveza en menos de un minuto. Casi vomité, pero lo hice. Ya casi estaba aliviada porque no me tocara —e iba un poco contenta por lo de la cerveza en un minuto— cuando Lana giró la botella y me tocó a mí.
—No seas aburrida —me dijo Mike—. Elige reto.

Miré a Lana con una mueca.
—No serás muy mala, ¿no?

—¿Eso quiere decir que eliges reto?

—Mhm... sí, vale.

Vi que ella miraba a Jack y luego a mí y me tensé por completo cuando intercambió una sonrisa cómplice con Naya. Jack les frunció el ceño. Yo tragué saliva.
—Vale, hagamos una cosa —murmuró Lana, agarrando la baraja de cartas de la mesa—. Tienes que coger una carta y decirnos la verdad o mentirnos sobre cuál es. Si no adivinamos si es verdad o mentira... tú puedes poner un reto.

—Si lo adivinamos —Naya sonrió—, nosotros te lo ponemos.

—¿Solo tengo que haceros creer que es una carta que no es? —pregunté, confusa.
—O decirnos la verdad haciéndonos creer que es mentira —señaló Sue—. La cosa es hacer que nos equivoquemos, ¿no?

Me estiré y agarré la baraja. Tenía todos los ojos clavados en mí cuando separé una carta del resto y la miré de reojo. El tres de corazones.
—Mhm... —sonreí y levanté la cabeza—. El seis de tréboles.

Hubo un momento de silencio cuando todo el mundo me analizó.
—Mentira —me dijo Jack sin molestarse en mirarme. Estaba ocupado rasgando la etiqueta del refresco con el dedo.
Era la primera vez que participaba en todo el juego. Le entrecerré los ojos.
—¿Qué te hace pensar que es mentira?

—Lo es —se encogió de hombros.

—¿Es mentira? —preguntó Chris, sorprendido.

Levanté la cara y se la enseñé. Vi sonrisitas divertidas.
—Bueno, puedes volver a intentarlo —Lana puso los ojos en blanco.

Agarré otra carta. El nueve de picas. Vale, iba a volver a mentir.
—El ocho de...

—Mentira.

Miré a Jack con los labios apretados.
—¡Ni siquiera he podido terminar!

—No era necesario —sonrió él, un poco divertido al ver mi irritación.

—¿Ha vuelto a acertar? —preguntó Will, claramente entretenido con la situación.

—¡Pues sí! —me dio igual, agarré otra carta cualquiera. El as de picas—. El as de picas.

Jack me miró un momento, pensativo. Yo enarqué una ceja.
—Verdad.

¡Venga ya!
—Ha vuelto a acertar, ¿no? —Curtis también se lo pasaba en grande.

No respondí. Escondí la estúpida carta de un golpe y Jack sonrió cuando saqué otra con un poco más de irritación de la necesaria. El cinco de corazones. Me centré en mantener una expresión serena al clavar los ojos en los suyos.
—Cinco de rombos.

Él sonrió, sacudiendo con la cabeza.
—Mentira.

—¡Pues... era verdad! —miento.

—Otra mentira.
—¡No estoy mintiendo!

—Y otra mentira.

Frustrada, dejé la carta sobre la mesa y me crucé de brazos.
—No quiero seguir jugando a esto.

—¿La niñita no sabe perder? —sonrió Jack, divertido, recogiendo las cartas que había tirado sobre la mesa.

—Seguro que las estaba viendo.
—No hacía falta.

—*No hacía falta* —lo imité, irritada.

Él se rio, divertido, pero no dijo nada más.
—Bueno, ¿cuál es su reto? —preguntó Chris a Lana—. Porque está claro que ha perdido.

Ella me miraba, pensativa. Naya tenía la misma expresión.

—Se me ocurre algo, pero creo que me matará si lo proponemos —escuché que susurraba Naya a Lana.
—Yo tengo uno —dijo, para mi asombro, Jack.
Todo el mundo se quedó mirándolo con mi misma expresión.
—¿Cuál? —preguntó Lana.
—Tienes que ver una película de terror —me dijo Jack, enarcando una ceja.
Mi cara pasó al instante de la confusión al horror.
—No —empecé, negando con la cabeza frenéticamente.
—¡Yo quiero ver una película de terror! —exclamó Mike, entusiasmado.

—Yo no —Naya puso una mueca.

—Yo sí —Curtis sonrió ampliamente.

—Pues decidido —murmuró Jack, alcanzando el mando.
—¡Eh! —lo detuve, asustada—, ¿cómo que decidido? ¡No todo el mundo ha hablado! Y mi voto vale por dos. Es mi cumpleaños.

—El mío vale por dos, también. Es mi casa.

—El mío vale por tres. Esa mantita es mía.

—El mío por cuatro. La televisión es mía, y el sofá donde has posado tu bonito culo de dimensiones insuficientes, también —me dijo tan tranquilo—. ¿Podemos seguir?

Le puse mala cara mientras los demás se reían y empezaban a colocarse. No me gustaba eso. Lo de la estúpida película. Me crucé de brazos para demostrar mi enfado, pero nadie me hizo mucho caso. Curtis y Chris se sentaron a los pies del sofá de Naya y Will, que se han tumbado abrazados. Lana se quedó con los de abajo. Sue y Mike se peleaban por las palomitas. Y yo, por otra parte, estaba intentando no ponerle mala cara a Jack mientras él elegía la estúpida película.
—Te odio —murmuré.

—Más quisieras —dijo sin mirarme—. A ver... ¿la basada en hechos real...?
—¡No! —dije enseguida—. No, no, no. Esa no.
—Es sobre una muñequita bonita, Jen.

—¿Eso es... bonito? —pregunto con una mueca—. ¡Es horrible!

—Sí, se llama Annabelle. Quiere ser tu amiguita.

Le puse mala cara cuando me di cuenta de que se reía abiertamente de mí. Él pasó de película y terminó dejándome elegir al azar.
—Esa, que es antigua y no dará miedo —sonrío ampliamente.

—¿Esa? ¿*El resplandor*? —pareció un poco escéptico—. Creo que te dará más miedo del que crees ahora, Jen.

—Tranquilo, Jackie, estoy aquí por si te asustas.
Sonrió, negando con la cabeza.
—Tú lo has querido. Kubrick te hará llorar de miedo.

Al principio, la película no me pareció la gran cosa. De hecho, ni siquiera me acerqué a Jack como hacía con la otra, en busca de un ser vivo que me protegiera de los espíritus de monjas malvadas.
Sin embargo, al cabo de un rato...
—¿Qué hace? —pregunté precipitadamente, clavándole los dedos al pobre Jack en el brazo—. ¿Por qué se mete ahí? ¡No te metas ahí, idiota!

—Sabes que no puede oírte, ¿no? —preguntó Curtis, mirándome.

—Cállate.

Pero no podía callarme. Cuando vi al niño yendo en triciclo por el pasillo y encontrándose a otras dos niñas ahí en medio, me pegué a Jack y subí la manta hasta que me cubrió todo menos los ojos y la frente. Me encogí contra él, esperando el susto. Él me dio una palmadita en la espalda, divertido.
—¿Quieres? —me ofreció, burlón, unas golosinas.

Con el manotazo que le di a la bolsa, malhumorada, no sé cómo no salieron volando. Él se rio suavemente y siguió comiendo mientras yo le clavaba los dedos en el brazo.
La película terminó y yo respiré hondo de nuevo. El malo estaba muerto. Bueno, era un alivio. Vi que había dejado el brazo rojo a Jack con las marcas de los dedos, pero él no había protestado ni una sola vez.
—Bueno, ahora que hemos terminado con esto taaaan entretenido, ¿podemos abrir ya el alcohol? —preguntó Mike.

Sonreí, negando con la cabeza. Seguía un poco traumatizada. Y enfadada porque Shanon, mamá o alguien no me hubiera llamado. Como si me hubieran escuchado, mi móvil empezó a sonar en la mesa y esbocé una sonrisa de oreja a oreja al ver que era mamá. Los dejé a su aire mientras me separaba, respondiendo al móvil.
—Dos minutos más y no te da tiempo a felicitarme —le dije, perdiendo un poco la sonrisa.

—Cielo, se me había olvidado, lo siento mucho...

—¿Puedes creerte que me han hecho ver una película de terror? —miré de reojo a Jack, que sonrió como un angelito—. De un señor loco que perseguía a su hijo con un hacha.

—Jennifer...

—¡Y nadie me ha llamado todavía! De la familia, digo. ¡Eres la primera! ¡Y, técnicamente, ya casi no es mi cumpleaños! ¡Tienes unos hijos horribles!

—Jennifer, cariño...

—Ni siquiera Shanon, que suele ser la primera.

—Shanon está conmigo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que su voz no era alegre, como siempre. De hecho, no sonaba como mamá. Sonaba como... como alguien demasiado triste como para ser mamá.
—¿Pasa algo? —perdí mi sonrisa de golpe.

—Cielo, yo... lo siento mucho, ojalá no tuviera que decirte esto hoy, pero... la abuela ha muerto, Jennifer.

Por un momento, la frase se quedó flotando en el aire. Me quedé mirando fijamente la pared que tenía delante. Toda la alegría evaporándose de mi cuerpo. De pronto, ya no oía a los demás detrás de mí, discutiendo por la comida y por la música. Solo oía mi propio corazón como si latiera con demasiada lentitud.
—¿Q-qué? —pregunté en un hilo de voz.
—Jennifer, cariño, lo siento mucho. Ha... ha sido muy repentino y...

—Pero... dijiste que estaba bien —noté que mi voz temblaba por la mezcla de sentimientos que se estaba agolpando en mi interior. Me escocían los ojos—. M-me lo dijiste. Dijiste que estaba bien.

—Eso creían los médicos. Ha sido todo tan... repentino. Oh, cielo... yo... lo siento mucho, Jennifer. Sé que la querías mucho. Te hemos comprado unos billetes para mañana por a noche para que puedas venir a despedirte de ella y...

Pero yo ya no escuchaba. Me había quedado en blanco. Me quedé mirando fijamente la pared como si estuviera soñando. No salí de mis cavilaciones hasta que noté que alguien se colocaba a mi lado. Jack apareció en mi campo de visión con expresión confundida. Parpadeé varias veces cuando me sujetó el mentón para poder verme mejor.
—¿Qué pasa? —preguntó, devolviéndome a la realidad.

Al ver que no iba a responder, me quitó el móvil de la oreja con suavidad y se lo llevó a la suya. Me miró de reojo al decir algo, pero no podía oírlo. No podía estar muerta. No podía estar muerta. Era imposible.
Vi el momento exacto en que Jack se enteraba. Cerró los ojos un momento y luego me miró, tragando saliva. Quitó la mano de mi mentón y la puso en mi nuca para acercarme hacia él. Noté que me rodeaba con un brazo mientras seguía hablando con mi madre con el otro. Cerré los ojos al notar su corazón latiendo bajo mi mejilla.
No podía estar pasándome esto. No a ella. No a mí.
—Ven conmigo —escuché que me decía Jack de repente.

Dejé que me guiara hacia el pasillo y noté que giraba la cabeza hacia ellos en el proceso.
—Se acabó la fiesta, recoged todo esto.

No hubo protestas, así que supuse que su cara debía decirlo todo. No se detuvo hasta que llegó a la habitación. En cuanto cerró la puerta, fue como si volviera a la realidad. La realidad en que mi abuela había muerto sin que yo estuviera presente.
Él se había alejado de mí para apartar las sábanas de la cama. Cuando se dio la vuelta y vio que se me llenaban los ojos de lágrimas, se quedó paralizado un momento.
—Joder, lo siento mucho, Jen —murmuró, acercándose rápidamente y rodeándome con los brazos—. Estoy aquí, tranquila. Lo siento mucho.

No supe qué decir. Noté que me ardían los ojos y la garganta y empecé a llorar. Agarré su camiseta en dos puños, notando que mis propios hombros se agitaban. Él me apretó con más fuerza y yo hundí la frente en su pecho, sin poder dejar de llorar.
—E-está m-muerta —murmuré, entre hipidos, ya un buen rato más tarde, cuando me había metido en la cama con él—. N-no... no volveré... no v-volveré a verla nunca... no... no volveré a ha-hablar con ella.... nunca.

—No pienses eso ahora —murmuró, girándose para agarrar otro pañuelo y pasármelo.

En realidad, no sabía cuánto tiempo había pasado. Solo sabía que estaba sentada en sus piernas con la cara enterrada en su cuello mientras él tenía la espalda apoyada en el respaldo de la pared y me acariciaba. Y no podía dejar de llorar. Por mucho que lo intentara.
—Lo... lo s-siento, yo...

—No te disculpes —casi pude ver que fruncía el ceño—. No por eso. Llorar no es malo.
Y, claro, eso me hizo llorar más, pero por una razón muy distinta. Me aferré a él con ambos brazos y noté que me apretaba más, besándome el pelo.
De nuevo, no sé cuánto tiempo pasó entre hipidos, llantos, pañuelos y abrazos. Creo que llegué a quedarme dormida en algún momento y me había vuelto a despertar. Me sentía como si me hubieran atropellado tres veces. Tenía todos los músculos tensos y agotados. Al menos, había dejado de llorar. Ahora solo tenía la mejilla en el hombro de Jack y miraba fijamente cualquier punto de la habitación.
Jack notó que había dejado de llorar y me sujetó la cara para mirarme mejor. Cuando la sostuvo delante de él, puse una mueca.
—No me mires ahora —protesté en voz pastosa—. Estoy horrible.

—Bueno, tienes los ojos y los labios rojos e hinchados —él pasó los pulgares bajo los ojos y me di cuenta de que todavía tenía las mejillas húmedas—. Pero no creo que horrible sea la palabra.

Estuve a punto de sonreír. A punto.
—Deberías comer algo —añadió.

—No tengo hambre.

—Jen, son las ocho, deberías...

—¿Qué? —me detuve en seco—. ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿Me he pasado toda la noche así? —casi me entraron ganas de llorar otra vez.

Él lo notó enseguida, porque volvió a colocarme las manos en las mejillas.
—No pasa nada.

—¿No has dormido?

—No pasa nada —repitió más firmemente—. Ven, vamos a comer algo.

Tiro de mi cintura para ponerme de pie con él, pero yo tenía mala cara.
—Jack, no tengo...

—Ven aquí —insistió, agarrándome la mano.

Lo seguí sin muchas ganas. La cabeza me daba vueltas. Al llegar a la cocina, me obligó a sentarme en la barra y me di cuenta de que todos los demás estaban despiertos. Will, Naya y Chris estaban en la cocina, mientras que Sue y Mike ocupaban todos los taburetes. Y todos me miraban con la curiosidad en los ojos.
Claro, ellos no sabían qué había pasado.
Miré a Jack en busca de ayuda y él me la dio al instante.
—Su abuela se ha muerto —murmuró.

Hubo un momento de silencio y vi que Sue y Mike intercambiaban una mirada. La primera en acercarse fue Naya con un puchero. Me estrujó en un abrazo que me dio la vida de nuevo.
—Lo siento mucho, Jenna —me dijo sin soltarme.

Los demás también me abrazaron. Y, después de eso, estuvieron toda la mañana conmigo pese a que no era la mejor compañía del mundo. No había vuelto a llorar, pero seguía teniendo la cabeza hecha un lío. Y lo peor era que, en unas pocas horas, iba a tener que subirme a un avión para enfrentarme a todo eso otra vez. Y tendría que pasar tres días ahí, en casa de papá y mamá. Con toda la familia llorando. La perspectiva hacía que quisiera llorar todavía más.
Jack, Naya y Will fueron los que quisieron llevarme al aeropuerto. Los demás me dieron abrazos en el piso. Sue me dedicó una mirada apenada y me aseguró que vendría si no fuera porque no se fiaba de dejar a Chris y Mike solos. Me sacó una pequeña sonrisa.
Vi a Jack aparecer por el pasillo colgándose una mochila del hombro. Mi mochila. Me había preparado la ropa sin necesidad de preguntar. Iba a llorar otra vez. Estaba a punto de decir algo, pero él me puso una mano en la espalda y me guió hacia la puerta.
—Venga, vamos.

El aeropuerto se me hizo lúgubre y vacío en comparación a los otros días. Apenas me enteré de las despedidas de Naya y Will, que me aseguraron que podía llamarlos cuando quisiera. A la hora que fuera. Sonreí sin muchas ganas y miré a Jack, que me colgó la mochila del hombro con media sonrisa.

—Aunque no esté ahí físicamente contigo, no estarás sola —me dijo, sujetándome de la nuca—. No lo estarás en ningún momento, ¿vale?

Asentí con la cabeza, Me entraron ganas de llorar otra vez. Él se inclinó hacia delante y me dio un beso en la frente que duró un poco más que de costumbre. Cuando se separó, me acarició la mejilla y me dijo que me marchara o llegaría tarde. O eso entendí. Estaba demasiado ensimismada.
Les eché una última ojeada antes de darme la vuelta y encaminarme hacia mi avión, deseando que Jack viniera conmigo.

CAPITULO 10

Las cosas estaban horribles por casa.
Al parecer, mi abuela había muerto de un ataque al corazón por el que no pudieron hacer nada para ayudarla. Un momento estaba bien y, cinco minutos más tarde… nada. Simplemente, nada.
La primera noche, todo el mundo me acogió como si fuera a ponerme a llorar en cualquier momento. Se me fueron las ganas al ver que todos los demás lo hacían. Como siempre. Cuando estaba con alguien que creía que estaba peor que yo, no podía evitar contenerme para consolar a ese alguien. Mi padre, Spencer y yo éramos los únicos que no nos paseábamos por la casa como almas en pena.
Era como si, con ellos, no pudiera evitar ponerme la coraza. Sin embargo, esa coraza cayó por la noche, al momento en que Jack me llamó y le conté todo lo que estaba pasando. ¿Por qué solo lloraba con él? O, mejor dicho, ¿por qué solo me sentía desahogada después de hablar con él?
Bueno, todos sabemos el por qué.
Poco después de colgar, abrí la mochila y vi que me había metido bastante más de lo que necesitaba. Y había elegido mis cosas favoritas. Todas ellas. Sonreí un poco mientras lo sacaba en busca de mi pijama. ¿Cómo podía acordarse de esas cosas? Fruncí el ceño cuando vi, en el fondo, algo rojo.
Lo rescaté y me quedé paralizada cuando vi que era la sudadera roja de Pumba.
Creo que en mi vida volveré a querer llorar de esa forma solo por ver una prenda. Os podéis imaginar que dormí con ella, claro. Pero no me atreví a decirle nada a Jack.
Al día siguiente, las cosas no mejoraron. El funeral iba a ser por la tarde. Y se notaba en el ambiente.
Mamá, como su hija, estaba destrozada. La veía llorando cada vez que me cruzaba con ella. Shanon intentaba mantener la compostura por Owen, pero él no entendía muy bien qué pasaba. Ella y yo tuvimos que decirle que la abuela ahora se había ido al cielo y se había convertido en una estrella. En realidad, no sé por qué, pero fui yo quien me lo inventé. Shanon me miró agradecida cuando Owen dejó de llorar y dedicó una sonrisa al cielo.
Y todo gracias al maldito Rey León. Incluso en eso me había ayudado Jack.
Steve y Sonny, mis otros dos hermanos, habían cerrado el taller y estaban también en casa. Tuve que ir con ellos al centro comercial a por algo que pudieran ponerse para en funeral. Creo que fue la primera vez que no discutimos entre nosotros sobre nada. De hecho, hubo un silencio bastante tenso a nuestro alrededor. Nunca nos había pasado eso. Era muy extraño que no se metieran conmigo por cualquier detalle.
Y, encima, se me hacía raro no ir al centro comercial con Jack quejándose de todo, Mike intentando gorronear dinero, Sue poniendo los ojos en blanco y los demás poniendo sonrisas en sus labios. Puse una mueca y suspiré cuando pensé en ellos. Solo había pasado un día y ya los echaba de menos.
Ya era por la tarde cuando empezó el funeral en la iglesia —mi abuela siempre había sido creyente—. Apenas escuché nada de lo que decía el cura. Solo podía mirar la foto de mi abuela junto a su ataúd cerrado. Lo habían tenido abierto durante casi toda la ceremonia, pero no me había atrevido a acercarme. No sé por qué. Y no me arrepentía.

Enterraron el ataúd en el cementerio y mamá le dejó unas flores mientras abrazaba a papá. Al menos, nadie lloró. Menos mal. Odiaba decirlo así, pero no podía soportar ver a gente llorando. Yo no lo había hecho desde anoche y sentía que iba a explotar en algún momento.

Algunos parientes me dieron palmaditas reconfortantes una vez llegamos a casa. Yo estaba agotada. Hacía dos días que apenas podía dormir. Solo quería encerrarme en mi habitación, pero tenía que seguir ahí, con ese vestido negro incómodo y cara impasible, además de soportar que la gente —que sabía que apenas había hablado con mi abuela— me dijera lo buena persona que había sido y lo apenados que estaban por mí.
Solo quería estar sola, ¿era tanto pedir?
Me quedé mirando a mis hermanos Steve y Sonny llenarse con la comida que había en la mesa principal y se me revolvió el estómago. Yo no podía comer nada. No lo había hecho en todo el día. Jack iba a enfadarse mucho cuando se enterara. Porque sí, iba a enterarse. Se enteraba de todo siempre, el muy asqueroso.
Hundí la cabeza en mis manos, sentada en el sofá. Seguía teniendo un vaso de agua fría en la mano, pero tampoco podía beberme eso. Era como si no pudiera hacer nada más que lamentarme. Odiaba los funerales. Los odiaba mucho. Eran deprimentes.
—Hola.

Me tensé y levanté la cabeza. Por un momento, no supe quién era la chica que me miraba. Después, reaccioné al ver el chico que tenía al lado. Nel y Monty. Lo que me faltaba.
A Monty lo había visto alguna vez en los entrenamientos, cuando llevaba a su hermano pequeño —que era muy buen chico, a diferencia de él—, pero de Nel no había sabido nada en mucho tiempo. Y lo había disfrutado.
—Hola —me escuché decir, mirándolos.
—Solo queríamos decirte que lo sentimos mucho —dijo Nel, claramente incómoda—. Esto... bueno, espero que no te importe que hayamos venido.
Parpadeé varias veces para intentar centrarme. Mi cabeza era un maldito desastre. Al final, miré de reojo a Monty —que miraba cualquier cosa que no fuera mi cara— y le asentí con la cabeza a Nel. No tenía sentido seguir con eso en el funeral de mi abuela.
—Gracias por venir —murmuré.

Vi que Nel levantaba la cabeza y clavaba los ojos en Shanon. Mi hermana no parecía muy contenta de verla ahí —por no hablar de Monty— pero dejó que se acercara y le diera un abrazo igual. Yo me quedé mirando a Monty un momento, que seguía de pie con las manos en los bolsillos, claramente incómodo.
—¿Puedo... eh... sentarme? —señaló el sofá.

No esperó respuesta. Cuando noté que se sentaba justo a mi lado, me deslicé un poco para no tener que tocarlo. Él clavó los codos en sus rodillas y se aclaró la garganta. Noté que me miraba de reojo, pero no le devolví la mirada.
—¿Cómo estás? —preguntó.

Estuve a punto de reír. ¿Cuántas veces me habían preguntado eso en un día? Sé que había pocas cosas más que pudieran decir, pero... ¿en serio? ¿Cómo creían que estaba?

—Mejor —mentí y traté de llenar el silencio incómodo—. No me esperaba que vinierais, la verdad.

—No importa lo que haya pasado, Jenny, estuvimos juntos por un tiempo y yo te quería mucho —la punta de su pie se movía, mostrando sus nervios—. Ya lo sabes.

Me mordí la lengua para no soltar lo que quería soltarle. Después de todo, no era ni el momento ni el lugar.
—Como sea —murmuré, siendo educada—. Me alegro de verte bien con Nel y todo eso.

No mentiré. Le había mirado los hombros y los brazos en busca de cualquier signo. No había encontrado nada y eso me había aliviado inmensamente.
—Sí, estamos bastante bien —esbozó una pequeña sonrisa—. ¿Y tú qué tal? Oí que no habías terminado muy bien con ese chico de la ciudad.

—Somos amigos.

—Oh, bueno, eso es genial.

—Sí.

Silencio incómodo.
—Y... ¿estás volviendo a salir con...?

—Monty —lo corté, cansada—, ¿crees que tienes que hacer esto aquí?

—Solo es curiosidad —dijo enseguida.

—Me da igual. Ahora mismo, lo último que necesito es eso. Te agradezco que hayas venido, pero no somos amigos. Nunca podríamos serlo. Y lo sabes.
—No quería llegar a ese tema —él se pasó una mano por el pelo, nervioso—. Yo... Nel te echa de menos.

—¿Nel? —lo miré escéptica.

—Sí, no tiene una amiga para hablar de sus cosas. Ha estado muy sola.

¿Ella había estado muy sola? ¿Y yo qué?
—Todos tenemos periodos solitarios —murmuré.
—No lo entiendes. Te echa mucho de menos. Quizá podrías hablar con ella.
¿Por qué siempre era yo la que tenía que pensar en los demás cuando nadie pensaba nunca en mí?
—Monty, en serio, ahora mismo solo quiero estar sola —dije, al final. Sentía que iba a ponerme a llorar otra vez y ni siquiera sabía por qué.

—Pero...
Dejé de escucharlo al instante porque, por instinto, levanté la cabeza. Como si hubiera sentido algo. Mi mirada se clavó enseguida en las cinco figuras que habían aparecido en el umbral de la puerta. Mi corazón, que parecía que no me había acompañado en todo el día, se

hinchó de felicidad dedicaba una sonrisa educada a un invitado al que apartó para poder revisar el salón con los ojos.
No me lo podía creer. Estaba ahí. Y con Will, Naya, Agnes y Mary. Me puse de pie instintivamente, olvidándome de Monty, de Nel y de todas sus tonterías. Solo quería estar con Jack.
Él clavó los ojos en mí al instante, como si también pudiera sentirme. Esbozó una sonrisa triste y esquivó a dos invitados para llegar al sofá y quedarse delante de mí.
—¿Qué haces aquí? —pregunté, incrédula y emocionada a partes iguales.
—No íbamos a dejarte pasar por esto sola —murmuró.

—P-pero... los billetes... yo...

—Soy Steve Jobs, ¿no? —enarcó una ceja con aire divertido.

No pude evitarlo y se me llenaron los ojos de lágrimas como a una idiota. Él sonrió con ternura y se acercó, sujetándome la cara por las mejillas. Lo rodeé con mis brazos al instante y dejé que se inclinara hacia delante y me besara ligeramente en la comisura de los labios.
—Siento no haber venido antes —añadió, revisándome la cara con los ojos—. Está claro que nadie te ha obligado a comer nada.

Sonreí y agaché la cabeza porque me estaban empezando a caer lágrimas calientes por las mejillas. Él me atrajo para abrazarme. No sé cuántas veces lo había hecho en unos pocos días, pero no tenía suficiente. Arrugué su camisa con los dedos al agarrarlo con fuerza de la espalda. Había necesitado ese abrazo por mucho tiempo.
Sin embargo, no me quedó otra que separarme cuando vi que Agnes y Mary se acercaban a mí. Me limpié las lágrimas torpemente con el dorso de las manos y me separé de Jack, que mantuvo su mano en mi nuca al hacerlo.
—Oh, querida —Mary llegó a mí primero y me pasó la mano por la mejilla húmeda—. Lo siento mucho.

—Cuando Jackie nos lo contó —Agnes se adelantó y me dio un pequeño apretón en el brazo— no pudimos no venir a ver cómo estabas.

—Muchas gracias por venir —les dije de todo corazón.

Mary se separó de mí y Agnes la siguió cuando vieron a mis padres. Mamá se emocionó al verlas y dejé que Jack fuera a darles un abrazo también. Vi que hablaba con mis hermanos cuando Naya y Will se acercaron. Naya volvió a estrujarme en un abrazo de mamá oso.
—¿Cómo estás? —me preguntó Will y, por primera vez, me dio la sensación de que alguien quería que fuera sincera tras hacer esa pregunta.

—Mucho mejor —les aseguré enseguida—. No... no sabía que vendríais.
—Ni nosotros —Naya sonrió y me colocó un mechón de pelo tras la oreja—. Fue idea de Ross.

—¿De Jack? —repetí, girándome para ver que hablaba con Spencer.

—Sí, él compró los billetes —dijo Will—. No quería que te sintieras sola.

Oh, Jack. ¿Por qué tenía que ser tan perfecto? Me entraron ganas de abrazarlo otra vez, pero me distraje cuando papá, mamá, Shanon, Steve y Sonny se acercaron a saludar a Naya y Will. Los presenté y Will comentó algo de que no eran las mejores circunstancias para conocerse, cosa que hizo que mi madre sonriera por primera vez en dos días.
Yo vi, de reojo, que Jack volvía a acercarse a mí y volví a apretujarme a él como si mi vida dependiera de ello. Menos mal que los demás estaba un poco apartados. Noté que me pasaba un brazo por encima de los hombros.
—¿Habéis dejado la casa a manos de Sue, Mike y Chris? —pregunté, extrañada, separándome lo justo para no tener que soltarlo.

—A veces, hay que tomar algunos riesgos en la vida —se encogió de hombros, sonriendo un poco.
—Sabes que, al volver, no va a quedar casa, ¿no?

—Me fío de Sue —me aseguró—. No la has visto enfadada.

Lo pensé un momento.
—¿No?

—No —sonrió—. Créeme que no. Yo solo la he visto enfadada dos veces. Da miedo.

—Esperemos que Mike no termine con sus nervios, entonces.

—O esperemos que sí —él enarcó una ceja, divertida—. Un problema menos en mi vida.

Negué con la cabeza mientras él sonreía y volvía a atraerme. Apoyé la mejilla en su pecho y mi mirada se clavó al instante en Monty y Nel, que se habían quedado de pie a un lado de la cocina y nos miraban fijamente. Monty tenía el ceño un poco fruncido y Nel, simplemente, la boca abierta mientras revisaba a Jack de arriba abajo.
Decidí ignorarlos completamente. Estaba demasiado feliz de que hubieran venido como para pensar en esos dos.
El funeral no tardó en acabar y yo ya estaba mucho más animada que cuando había empezado. Todo había sido un poco improvisado, así que mamá y papá, a pesar de que Jack insistió en que podían ir a un hotel sin problemas, quisieron que se quedaran a dormir en casa. Ofrecieron a Agnes y Mary la habitación de invitados, mientras que Naya y Will se quedaron con la habitación vacía de Shanon. Jack, claro, se quedó conmigo.
Por la noche, me puse mi pijama antes de bajar a cenar. Me había dado una larga ducha caliente. Jack estaba en mi habitación cuando fui a buscarlo. Revisaba mi colección de música con los ojos. Vi que sonreía de lado al ver la sudadera de Pumba que llevaba puesta.
—No sabía si te gustaría que la metiera en la mochila.
—Me encantó —murmuré, repentinamente avergonzada.

Él se acercó y me me acarició la mejilla con los nudillos.

—Venga, vamos a cenar.

La verdad es que, por primera vez en dos días, estar todos juntos no se sintió como un funeral continuo. Incluso hubo algunas risas. Pareció que caras nuevas eran lo único necesario para animar a la familia. El mejor momento —para los demás, no para mí— fue cuando estábamos todos sentados y Will me sonrió ampliamente.
—¿Les has contado ya lo del embarazo?
Yo dejé en paz la mano de Jack, con la que había estado jugueteando en mi regazo durante toda la cena, y me quedé mirándolo.
Todo el mundo había guardado silencio al instante. Mary y Agnes las primeras. Mamá se quedó a medio camino de beberse su vaso de agua. Mis hermanos dejaron de discutir. Papá se giró como la niña del exorcista hacia mí y Jack.
—¿Embarazo? —repitió lentamente.

Jack y yo intercambiamos una mirada de pánico —mío, no suyo, que parecía divertido— al instante, cosa que no hizo más que aumentar las sospechas.
—¡Estás embarazada! —exclamó Mary, tapándose la boca con una mano. Se había quedado pálida.

—¿Eh? —me puse roja como un tomate.

—¡Un bisnieto! —Agnes suspiró—. Ay, Dios mío, envíame ayuda. La voy a necesitar.

—¡Otro nieto! —mamá se llevó una mano al corazón—. Cariño, ¿no habíamos hablado de esto? ¡No tienes por qué seguir los pasos de tu hermana!

—¡No, yo no...!

—¿Sabes que puedo oírte? —protestó Shanon.

Spencer había tapado los oídos de Owen.
—Y él también —añadió.

—Mira que te dije que tuvieras cuidado —Shanon me negó con la cabeza.

—¡Que yo no...!

Me interrumpí cuando papá me señaló con la cuchara muy cerca de la cara. Abrí los ojos como platos.
—Pero ¿se puede saber qué parte de *usa los condones que te di* no entendiste? —me preguntó, enfadado—. ¡Pensé que no volveríamos a pasar por esto!

—¡Que no est...!

—¡Que tu hermana lo hiciera puedo entenderlo! Pero, ¿tú?

—¡Sigo pudiendo oíros! —protestó Shanon, irritada.

—¡Y él también! —añadió Spencer todavía tapándole las orejas a Owen, que seguía comiendo tan tranquilo.

—Pero… —intenté decir.

—¡Ni me hables! —papá suspiró largamente, negando con la cabeza.

—¡Jack! —lo miré, en busca de ayuda.

Él sonreía divertido al ver la escena. Sin embargo, su sonrisa desapareció de golpe cuando papá giró su cuchara hacia él, furioso.
—Y tú —le acercó más la cuchara—, ¿vas a hacerte cargo del bebé? Porque no es solo de la irresponsable de mi hija. Es cosa de dos.
—¡Papá! —quité la cuchara de su cara, avergonzada.

—¡Si eres bueno para embarazar a mi niña, eres bueno para…!

—¡Que el bebé es de Naya y Will, pesados! —fruncí el ceño.

Silencio colectivo. Todo el mundo se giró hacia ellos. Naya y Will levantaron los pulgares, divertidos.
—¡Enhorabuena! —empezaron todos felizmente.

Me crucé de brazos, perpleja e indignada a partes iguales.
—¿Por qué todo el mundo se alegra por ellos y no por nosotros? —protesté.

—Porque no sabes ni cuidar de ti misma —me dijo Shanon—, imagínate si tuvieras que cuidar de otro ser vivo. Qué desastre.
—¡Podría hacerlo perfectamente!

—Oh, sí, como la tortuga Tobby —Steve sonrió, burlón.

—Oh, me acuerdo de esa pobre tortuga —Sonny asintió con la cabeza—. Qué final tan indigno.

—¡Yo no…! —me puse roja—. ¡No sabía que era malo dejarla nadar en la piscina!

—¿Y el pobre hámster? —preguntó Sonny—. ¿Cómo se llamaba?

—Ricolino.

—¡Ricolino! —Sonny asintió con la cabeza.
—¿Ricolino? —repitió Jack, arrugando la nariz.

Todo el mundo se estaba riendo de mí, que estaba tan roja que parecía que iba a explotar.
—¡Solo quería que fuera libre! —protesté, enfadada.

—¡Soltándolo en el jardín de atrás! —Steve puso los ojos en blanco—. Pobre bicho.

—Tenía los días contados desde que Jenny empezó a ser su dueña —Sonny asintió con la cabeza.

—¡Ya vale! —les lancé una servilleta a la cara.

—Jennifer, no empieces —me advirtió mamá—. El primero que lance comida, limpia todo esto.

Los tres estábamos armándonos, pero lo soltamos todo de golpe y yo me crucé de brazos.
—Bueno, lo que está claro es —Spencer me señaló— que eres un poco desastre.

—Yo no soy un desastre. Sería una madre genial —miré a Naya y Will—. ¿A que sí?
Ellos seguían intentando no sonreír, así que busqué ayuda en otro lado.
—¿A que sí? —le entrecerré los ojos amenazadoramente a Jack.
Él estuvo a punto de reírse, pero se cortó al ver mi expresión y asintió dócilmente con la cabeza.
—La madre del año.

—¿Veis? —le puse mala cara a mis hermanos.

Ellos siguieron haciendo bromas igual, pero a partir de ahí decidí no entrar en el juego y centrarme en acabar la cena sin muertes o lanzamientos de comida.
Jack y los demás tenían un billete en el mismo avión que yo, así que podríamos marcharnos juntos. Era un alivio no tener que volver a ir al aeropuerto sola. O viajar sola. Era muy aburrido.
Casi estaba ilusionada cuando, al terminar la cena, subí las escaleras de la mano de Jack mientras Mary y Agnes se quedaban hablando con mis padres en el salón. Todos los demás ya estaban en sus habitaciones. Jack cerró a su espalda cuando me dejé caer en la cama. Sentía que cada músculo de mi cuerpo estaba entumecido. Él se acercó y se agachó sobre su maleta. Vi, de reojo, que se cambiaba de ropa. Me quedé mirando el tatuaje de águila y el mío vibró antes de que se pusiera la camiseta.
Cuando se acercó, sonrió un poco.
—¿Cansada?

Asentí con la cabeza.
—Ven aquí.
Se tumbó a mi lado y me dejó tumbada boca abajo, cubriéndonos a ambos con el edredón calentito. Se inclinó hacia delante y se quedó de lado, pasándome una mano por la espalda. Cerré los ojos al instante en que noté sus dedos masajeándola.
Hubiera querido decir algo más, pero estaba tan agotada —apenas había dormido esos días y había estado llorando tanto...— que, unos minutos más tarde, estaba profundamente dormida. Noté que él murmuraba un *buenas noches* y me daba un beso en los labios antes de que todo volviera negro.

***

Mamá estrujó a Jack en un abrazo amoroso cuando nos despedimos en el aeropuerto. No me dio ese abrazo ni a mí. Los seis subimos al avión y me quedé sentada con Jack. Me había

tocado junto a la ventanilla. Él tenía un libro en el móvil y lo leyó tranquilamente en el viaje mientras yo apoyaba la cabeza en su hombro y volvía a quedarme dormida. Seguía agotada. Eran muchas horas de sueño que recuperar.
No me desperté hasta que él me sacudió ligeramente el hombro porque ya estábamos en el aeropuerto. Will había traído su coche, así que fui con él y Naya al piso mientras Jack llevaba a su madre a casa y luego volvía con Agnes.
En el piso, Sue y Chris miraban uno de mis realities, cosa que me hizo sonreír.
Y... sorpresa, Sue sonrió al verme. Casi me quedé paralizada en la puerta.
—¿Qué tal? —preguntó.

—Mucho mejor —aseguré, centrándome de nuevo y dejándome caer junto a Chris en el sofá.
Él me dio un ligero apretón en el hombro.
—Se ha notado tu corta ausencia.

Le sonreí, agradecida.
Jack volvió no mucho después. Escuché la puerta de Agnes abriéndose y cerrándose antes de que él apareciera por el pasillo. Esos últimos días, cada vez que lo veía, me daba la sensación de que el estómago me daba un vuelco. Me dedicó una sonrisa divertida cuando vio que le daba un repaso.
—¿No está Mike? —preguntó Naya, sorprendida.

—Está dándose una ducha —murmuró Sue, negando con la cabeza—. ¿No lo oís gritando como si mataran un bicho ahí dentro?

Efectivamente, se escuchaban los *gritos-barra-cantos* de Mike en la ducha.
Era la hora de comer y Naya se sentía inspirada, así que fue a la cocina y empezó a cocinar cosas que no tenían ni nombre. Vi, de reojo, que Will le sonreía cuando le preguntaba si olía bien, pero también se preparaba disimuladamente para llamar y pedir comida rápida.
Efectivamente, tuvo que hacerlo porque Naya había intentado hacer algo parecido a lasaña que parecía una masa roja, beige y negra —porque estaba quemada— que, por algún motivo, olía a pescado. Al final, tuvimos que pedir comida china mientras ella se cruzaba de brazos, enfurruñada.
Un buen rato más tarde, yo estaba tumbada en el sofá con la cabeza en el regazo de Jack, que me pasaba los dedos por el pelo. Naya y Will habían desaparecido en su habitación.
Estaba a punto de quedarme dormida cuando noté que Chris resoplaba.
—Qué asco da estar solo.

Fruncí el ceño antes de mirarlo.
—Espera, ¿estar solo? ¿Y Curtis?

—¿Ha vuelto a pasar de ti, Chrissy? —Jack sonrió malévolamente.
—¡No ha pasado de mí! —chilló Chris, poniendo una mueca.

Me incorporé de golpe, pasmada.
—¿Ha pasado de ti? —pregunté.

—¡Solo... hace dos días que no me habla!

—Ah, bueno —me encogí de hombros.

Le quería restar importancia, pero dejé de hacerlo cuando vi las sonrisitas de Sue y Jack.
—¿Qué? —pregunté, confusa.
—Uf... —Jack negó con la cabeza.
—Sí, uf —Sue estuvo de acuerdo.
—¿Uf? —parpadeé, confusa—. ¿Por qué?
—Son dos días —remarcó Jack, mirándome.
—Es... muy poco, ¿no?

—¿Muy poco? —repitió, incrédulo.

—Dos días es mucho tiempo en esos casos —dijo Sue—. Especialmente, al principio.

—Son dos días —murmuré, completamente descolocada—. No sabéis si ha tenido... yo qué se... una emergencia o algo.

—¿Más emergencia que llamarme? —Chris torció el gesto.

—Alguien pillado no espera dos días a llamarte —dijo Jack.

—Oh, ¿y cuántas veces te has pillado tú, experto? —ironicé.

—Solo una. Pero me ha dado tantos dolores de cabeza que ya me considero experto en la materia.

Me crucé de brazos cuando los tres empezaron a reírse de mí.
—Dos días no es para tanto —repetí.

—¿Te hubiera gustado que te hiciera esperar dos días cuando nos conocimos? —me preguntó Jack directamente.

Me encogí de hombros.
—Bueno, no, pero...

—Teoría confirmada —me cortó Sue.

—¿Eh? ¡De eso nada!

—Yo tampoco te habría hecho esperar dos días, cuñadita —sonrió Mike ampliamente, entrando en el salón y dejándose caer a mi otro lado.

—¿Alguna vez has esperado dos días para hablar con alguien? —le pregunté.

—Y más tiempo —aseguró, riendo.
—¿Veis? Ahora sí que es teoría confirmada —señalé a Jack y Sue con una sonrisa triunfante.

—¿Y usas a Mike como fuente de investigación? —Sue me puso una mueca.

—¿Y qué tengo de malo? —protestó él, cruzándose también de brazos.

—No nos hagas enumerarlo —Jack puso los ojos en blanco.

—Sí, sería una lista larga —Sue asintió con la cabeza.

—Lo que tenéis es envidia.

—¿Por dónde empezarías? —preguntó Sue, mirando a Jack.

—¿Por su pesadez?

—No seáis así —protesté, poniéndole una mano encima del hombro al pobre Mike.

—Gracias, cuñadita, eres mi único apoyo nuestra casa.

—¿*Nuestra* casa? —repitió Jack, mirándolo con una ceja enarcada.

Mike lo ignoró completamente y se aferró a mí con ambos brazos, sonriéndole con malicia a su hermano mientras apoyaba la mejilla sobre mi corazón. Le di una palmadita en la espalda, entre la sorpresa y la diversión.
—Esto es como una gran comuna hippie, todo es de todos —replicó Mike felizmente—. ¿A qué sí, cuñadita?
Al ver que Jack apretaba los dientes, dejé de sonreír tan divertida.
—Eh... —murmuré, incómoda.

—No todo —lo cortó Jack, inclinándose y empujándolo de la cabeza para que se apartara.

—¡Ten cuidado! —protestó Mike, acariciándose la nuca—. ¡Podrías haberme matado!

—Mala hierba nunca muere —murmuró Jack, tirando de mi brazo hasta que me tuvo pegada a su lado.

—Eh... chicos... —intenté decir.
—¡Te recuerdo que somos hermanos, tú también eres mala hierba! —replicó Mike, tirando de mi otro brazo para dejarme pegada a su lado.

Sue y Chris se reían mientras yo intentaba con todas mis fuerzas no matarlos a los dos.
—¿Podéis...? —intenté decir algo, de nuevo inútilmente.

—Oye, ¿y tu banda no estaba triunfando? —quiso saber Jack, volviendo a tirar de mí—. ¿Por qué no te compras tu propio piso?

—Vivir solo es aburrido —viajé otra vez al otro lado del sofá.

—Vivir contigo es un tormento —replicó Jack.

Cada vez que decían algo, me trasladaban de un lado a otro y estaba empezando a sentirme como una muñeca de trapo. Una muy irritada.
—¡Dejad de...!

—¿Y por qué no te quedas a dormir en casa de una de tus mil novias?
—Estoy intentando cambiar a mejor y ser un hombre de una sola mujer, ¿vale?
—Pues buena suerte encontrando *una sola mujer*.

—¡Lo mismo te digo, capullo!

—Garrapata.

—Imbécil.

—Idiota.

—Amargado.

—Gorrón.

—Pesad...

—¡Los dos sois unos pesados! —me enfadé, soltándome ambos brazos, que ya no se habían molestado en soltar. Me puse de pie y vi que ambos se giraban hacia mí con mala cara—. Tenéis exactamente el mismo nivel de pesadez, así que dejad de discutir sobre quién es peor. ¡Sorpresa! Lo sois los dos.

Indignada, me dejé caer junto a Chris, que observaba todo con Sue y negaban con la cabeza.
—Tampoco hacía falta llamarnos pesados —me dijo Mike.

—Sí, Jen, te has pasado.

—¿Que yo...? —repetí, incrédula.

—¿Te parece bonito llamar pesado al chico que te ofrece su cama cada noche?

—¿O a su hermano querido?

—No me creo que solo estéis de acuerdo en esto —murmuré, suspirando.

Pareció que Mike iba a decir algo, pero se cortó y sonrió ampliamente, mirándome.

—Oye, tú también irás a la cena de mis padres esta noche, ¿no?
—¿Eh? —me giré hacia Jack, que se había tensado un poco.
—Gracias, Mike —mascculló.

—De nada —sonrió él ampliamente—. Pero, ¿gracias por qué?

—¿Qué cena? —pregunté.

Jack le dedicó una mirada que daba a entender lo que pensaba de él antes de volver a girarse hacia mí.
—Es una tontería —me aseguró—. No hace falta que vayas.

—Podrías habérmelo dicho.

—Pensé que... con todo lo que ha pasado...

—Estoy bien —fruncí el ceño—. ¿No quieres que vaya?

—Sabes que eso no es cierto.

—Siempre puedes ir conmigo —sonrió Mike—. Intercambio de hermanitos. Saldrás ganando con la mejora.

—A lo mejor debería hacerlo —irrité a Jack.

Efectivamente, él apretó los labios al instante.
—Mike, eso donde tienes el culo sigue siendo mi sofá, así que cierra la boca un rato.
—¡Ella ha dicho que me prefiere, respeta su decisión!
Jack lo ignoró completamente para mirarme.
—Sabes que quiero que vayas conmigo. Pero no creí que te apeteciera después de estos días.
—¿Qué cena es? —insistí.
—Mi madre propuso que hiciéramos una cena para... eh... felicitarte por tu cumpleaños y todo eso —murmuró Jack—. Pero le dije que no era el mejor momento.

—Pues no la ha cancelado —me aseguró Mike—. De hecho, está haciendo lasaña como si fueran a venir cincuenta personas. Sigue creyendo que iréis.
—¿Y por qué no podemos ir? —pregunté con una mueca—. Yo quiero lasaña.

Los dos nos giramos hacia Jack, que tenía el ceño fruncido. Mike y yo esbozamos sonrisas inocentes.
—Muy bien —suspiró.

Chocamos las manos al instante.
—¿Y qué hacemos hasta la hora de la cena? —quiso saber Mike.

Abrí la boca para decir algo, pero me detuve en seco cuando mis ojos se clavaron en la cómoda. Mike no pareció entenderlo, pero Jack sí, porque empezó a negar con la cabeza cuando le sonreí.
—Oh, no.

—Oh, sí.

—¡No quiero ir de compras!

—¡Necesitas más ropa!

—¡No la necesito, no iré!

Dos horas más tarde, estábamos en el centro comercial, mirando ropa en una tienda. Tenía a Jack detrás resoplando cada vez que le enseñaba algo, mientras que Mike iba por delante, dando tumbos de un lado a otro y colgándose ropa del brazo. No sé cuántas veces había ido a los probadores y había vuelto con las manos vacías.
—¿Esta? —pregunté a Jack, enseñándole una sudadera azul.

—Qué asco —arrugó la nariz.

Volví a colgarla y agarré otra. Una gris con una figura en medio. Sonreí ampliamente.
—¿Y esta?
Él me puso mala cara.
—¿En serio? ¿Minions?

—¿Qué tiene de malo? Es muy tierno.

—Y hará que me corte tiernamente las venas.

—Vale —puse los ojos en blanco y fui a por otra—. ¿Est...?
—Honestamente, Jen —ni siquiera me miraba ya, sino que revisaba la tienda con los ojos—, no creo que me guste ninguna.

—Eso es imposible.

—Son muy aburridas.

—Pero esta es...

—Aburrida.
—¡Ni siquiera las has mirado!

—Porque sé que no me gustará.

—¿Ni siquiera si es de Tarantino?
Él se giró de golpe y me vio sonriendo como un angelito. Se encogió de hombros.
—No está mal.

—Menos mal —suspiré y se la di—. Ahora, podemos...

—Oye, cuñada —Mike se acercó felizmente con casi diez prendas bajo el brazo—, ¿te gustan? ¿A que son geniales? Jackie va a invitarme.
—¿Jackie va a invitarte? —repitió él—. ¿Desde cuándo?

—¿Qué más te da? Eres rico.

—¡No lo seguiré siendo por mucho tiempo si sigues gorroneándome así!

—Como sea —Mike lo ignoró y me miró—. Es que me da la sensación de que esto y esto no pega porque el rosa y el azul no son colores que...

Y empezó a hablar y hablar de colores y combinaciones. Yo estaba entre escucharlo y sonreír divertida porque Jack no dejaba de poner los ojos en blanco.
Al final, decidimos volver a casa. Mike transportaba cinco bolsas. Jack solo una. Y porque le había obligado a comprarse algo más que una triste sudadera. Dejamos a Mike en el salón enseñándole todo a Sue, Chris, Naya y Mike y nos metimos en la habitación.
La verdad es que yo no sabía qué ponerme. Solo íbamos a ser nosotros, pero no quería ir de cualquier forma. Escuché que él metía la ropa nueva en la cómoda mientras yo me cambiaba los pantalones a una falda, mirándome al espejo sin mucha convicción. No sabía ni en qué momento habíamos vuelto a actuar con la naturalidad de hacía un año, pero no me desagradaba.
Ya me había cambiado cuatro veces de jersey cuando él resopló por enésima vez, mirándome de reojo, tumbado en la cama.
—Deja de resoplar —protesté, mirando el resultado en el espejo.

—¿Cuántas veces te has cambiado en cinco minutos?

—Es que no me gustaban.

—Eran todo jerséis —remarcó, arrugando la nariz—. Todos ellos.

—¿Y qué? No son iguales.

—Son literalmente iguales.

—Eso no es verdad. Mira, este es más ancho de aquí y de aquí, el otro era más...

—¿No puedes elegir uno cualquiera y ya?

—No.

—¡Todos te quedan igual!

—¡Que no es verdad!

—Muy bien, ¿y si elijo yo uno?

Lo pensé un momento.
—Mhm... bueno. Puedes intentarlo.

Sonrió ampliamente y se puso de pie, acercándose. Hurgó un momento en el armario, centrado en su labor. Vi que miraba el marrón.
—Ese me encanta.

—Es un no rotundo —murmuró, lanzándolo al suelo.

—¡Trata mejor mi ropa!

—Mhm... —él me ignoró, revisando un jersey amarillo—. Ni de coña. Parecerías el Sol.

—¿El So...?

—Este —sacó el que le había robado a Shanon—. Es el elegido. Te sienta bien el rojo.

—Pues el rojo —metí lo que había tirado en el suelo en el armario y sujeté el jersey—. ¿Sabes? Ni siquiera es mío. Es de Shanon. Lo curioso es que se lo regalé por su cumpleaños, cuando cumplió los...

Me detuve cuando vi que él también lo hacía. En seco. Levanté las cejas.
—¿Qué?

—Mierda.
Parpadeé cuando se alejó un paso de mí.
—Mierda, se me había olvidado —se apartó y vi que abría su cómoda. Uno de los cajones que no solía usar. Lo miré, confusa.

—¿Qué haces?

—Buscar tu regalo de cumpleaños —murmuró, sacando una caja considerablemente grande—. Aquí está. Menos mal que me lo has recordado. Se me había olvidado.
No sé qué cara tenía en esos momentos, pero hizo que me dedicara una sonrisa divertida.
—No me esperaba una reacción tan mala, la verdad.

—¿Me has comprado un regalo? —pregunté, anonadada.
—Claro que te lo he comprado. Hace unas dos semanas. En fin, ábrelo.

Me lo lanzó sin mucha preocupación. No sé ni cómo conseguí atraparlo. Perdí mi ensoñación por un momento.
—¡Ten cuidado, es mi regalo!

—¡Solo era para animar la cosa! ¡Estabas como... ida!

—¡Si llega a caerse...!

—Bueno, no se te ha caído. Ábrelo de una vez.

Me senté en la cama y lo miré un momento, confusa.
—¿Qué es esto? —pregunté.

—La gracia de un regalo, querida Michelle...

—¡No me llames así!

—...es que no sepas lo que es hasta abrirlo.

—Muy bien, Ross —remarqué su nombre, haciendo que sonriera—, pues habrá que abrirlo.

Se sentó a mi lado mientras lo abría con cuidado. Siempre se impacientaba cuando hacía algo lentamente, así que lo hice adrede. Al final, perdió la paciencia y destrozó el papel él mismo, lanzándolo a un lado.
—Hay que tener más paciencia, Jackie —me burlé.

—Cállate y mira tu regalo, Michelle.

Sonreí y bajé la vista. Por un momento, mi sonrisa vaciló al no saber exactamente qué tenía delante. Pero, cuando pasé los dedos por la superficie de la caja de madera pulida —y obviamente cara—, me quedé helada.
—¿Te gusta? —quiso saber, y me dio la sensación de que estaba un poco nervioso, como siempre que me hacía regalos.
No sé si estaba más perpleja por sus nervios o por la caja. Mis dedos pasaron por encima del nombre que tenía escrito. *Rembrandt.* Abrí la caja con las manos temblorosas y vi los tubos de óleo, los pinceles de primera calidad, la paleta, los... todo. Un kit de pintura de lujo. Había dejado de respirar al acariciar uno de los pinceles.
—¿Te gusta? —insistió él al ver que me había quedado callada—. Espero que sigas pintando y todo eso. La verdad es que yo no tengo ni idea de arte, así que tuvo que ayudarme mi madre. Créeme, se lo pasó bien al ver que no sabía ni qué se compraba a alguien a quien le gustaba dibujar. Dijo que era la mejor marca del mundo y que...

—Jack —dije lentamente, mirándolo—, ¿cuánto te ha costado esto?

Se detuvo, sorprendido.
—Eso es un poco maleducado para preguntar, señorita.
—Pero... pero... esto es carísimo —lo miré, perpleja.

Me puso mala cara.
—¿En serio eso es lo primero que me dirás? Tampoco es para tanto. Puedo permitírmelo.

—Pero...

—Jen, he ganado muchísimo dinero con la película. Créeme, puedo permitírmelo.

—Vale, pero...

—Simplemente, acéptalo —dijo, divertido—. ¿No te gusta pintar?

De pronto, puso una mueca de nervios.
—Dime que sigue gustándote, porque mi madre se reirá de si ahora resulta que...

—Jack... no sé... —lo dejé a un lado para mirarlo—. No sé qué decir.
—¿Gracias? —sugirió.

Sonreí y negué con la cabeza.
—Gracias —enfaticé—. Pero... no tienes por qué regalarme cosas.
Hizo una pausa, confuso.
—¿Por qué te incomoda tanto que te regale cosas? —preguntó, totalmente descolocado.

—No es que me incomode. Es que… no sé.
—Bueno, tengo que admitir que nadie se había quejado de que le pagara algo hasta que te conocí.

—No lo sé… es que… —me encogí de hombros, dejando la caja con cuidado a un lado—. No quiero que pienses que me aprovecho de ti.

Frunció un poco el ceño.
—Yo no pienso eso de ti. No digas bobadas.

—Pero…

—Es un regalo, Jen. Ni siquiera sabías que iba a hacértelo.

—Ya lo sé…

—¿No te gusta?

—Sí, claro que me gusta.

—¿Y no te gusta que te haga regalos?

—Sí, pero…

—Olvídate del pero, eso es lo que importa. Y ponte ya el jersey o llegaremos tarde.
Lo miré un momento. Él sonrió ampliamente, un poco confuso por ver que no me movía.
Al final, no sabía qué decir, así que me puse de pie y fui a cambiarme el jersey. Escuché que él abría la caja y cotilleaba con las cosas que había dentro.
—¿Quién necesita tantos pinceles? —preguntó, confuso, mirándolos—. Si solo es hacer cuatro rayas en un lienzo… ¿y tantos colores?

Sonreí, divertida, cuando me acerqué y vi que sostenía un carboncillo entre los dedos con una mueca.
—¿Esto qué es?

—Carboncillo.

—¿Como… carbón?

—No exactamente.
—¿Pintas con carbón? —arrugó la nariz.

Me miró con mala cara cuando vio que me reía de él y devolvió la caja a su lugar, enfurruñado.
—Eres muy madura —masculló, poniéndose de pie.

—Ya somos dos.

Me dedicó una sonrisa irónica, intentando pasar por mi lado. Sin embargo, lo detuve impulsivamente por el brazo y me miró, sorprendido.

—Gracias por el regalo —murmuré.

Dejó el ceño fruncido para sonreír de lado.
—No hay de qué. El placer ha sido m...

Se detuvo cuando me incliné hacia delante y me puse de puntillas para besarlo en los labios.
Durante un momento, solo hubo silencio. No despegué mis labios de los suyos y mantuve mis manos en su nuca. La verdad es que quería besarlo mucho más, pero no quería precipitarme, así que me contuve y me limité a hacer eso. Al final, volví al suelo y lo miré, esperando una respuesta.
—Y gracias por todo lo demás —añadí.

Él tardó unos segundos en responder, pero su mirada se había suavizado cuando me puso una mano en la espalda.
—Venga, vamos a la cena.

CAPITULO 11

¿Por qué no estás todavía estresada?
¿Por qué debería estarlo?
Se te ha olvidado el pequeño detalle de que vas a casa del señor Ross, ¿no?
¿Y?
¡Es el enemigo! ¡Vas a casa del enemigo, pedazo de suicida!
—¿En qué piensas tanto? —Jack me frunció el ceño.

En que estoy teniendo una conversación conmigo misma.
—En que deberías estar agradecido por esa sudadera tan bonita y nueva que llevas puesta.

Me miró con mala cara antes de centrarse en la carretera de nuevo.
La verdad es que intenté no pensar demasiado en el señor Ross. Después de todo, Agnes y Mary también estarían ahí. Y Mike. Y, ¿cuál era la alternativa? ¿No volver a ir a su casa nunca solo porque sabía que él estaría ahí? Además, no iba a decirme ninguna tontería delante de Jack. No era tan idiota como para eso. Eso era lo que importaba.
Aún así, mis nervios fueron aumentando a medida que subimos la calle hacia su casa. Tenía un mal presentimiento. Uno muy malo.
Bajé del coche ajustándome el jersey y siguiendo a los hermanos Monster. Mike se adelantó y abrió de un portazo, como siempre. Escuché que saludaba felizmente a su madre al entrar. Jack fue el siguiente mientras yo cerraba la puerta del garaje. Era raro volver a estar ahí después de todo lo que había pasado. Como si... bueno, como si todo volviera a la normalidad.
Me adelanté cuando vi que Mary estaba ahí de pie, abrazando a Jack. Le dijo algo en voz baja, sonriendo y apretándole las mejillas. Jack se apartó, irritado —como siempre— y ella me dedicó a mí su sonrisa.
—Hola, querida —me dijo suavemente, también como siempre—. ¿Cómo estás?

—Bien. Gracias por invitarme.

—Gracias por venir —me puso una mano en el hombro—. Jackie me había dicho que quizá no querrías.

Clavé la mirada en su hijo, que levantó los brazos en señal de rendición.
—Madre mía, tampoco he matado un perrito. No me mires así.

—Bueno, está claro que una de tus virtudes no es la adivinación, Jackie.

—Exacto, Jackie —lo irrité.

Él me puso mala cara y Mary sonrió, divertida.
Me acerqué al salón, donde Mike se había encendido la consola y estaba disparando a diestro y siniestro por una ciudad. Por algún motivo, iba en un convertible rosa y su arma era amarillo chillón. Agnes estaba a su lado con un segundo mando, poniéndole una mueca a la pantalla.
—¿Tengo que matar a ese?

—¡Sí, rápido o sacará una ametralladora y...! ¡ABUELA! ¡Ya te ha matado!

—Pero... —ella parpadeó—, ¡si era un niño!
—Abuela, tenía treinta años.

—Pues eso, un niño.

—¡Saca ya las granadas o...! ¡¡ABUELA!! ¡Vas a hacer que nos maten a los dos!

—¿Sabes lo que contamina una granada, jovencito? Yo no usaré eso.

Me adelanté, sonriendo. Agnes también sonrió al verme.
—Hola, Jennifer —me saludó tranquilamente—. ¿Has visto esto? Me estoy modernizando.

—¿Estás segura de que quieres empezar esto de los videojuego disparando? —preguntó Jack, asomándose por encima de mi hombro.

—Relaja bastante —ella se encogió de hombros—. Creo que me compraré una consola de esas para mi casa. Y mataré a la gente cada vez que me sienta frustrada.

Jack y yo intercambiamos una mirada divertida cuando ella y Mike se colaron en un centro comercial y empezaron a disparar a todo lo que se movía. En fin...
Nos pasamos un rato con ellos mientras Jack animaba a su abuela y yo a Mike. Estaban sorprendentemente igualados. Al final, Mike ganó y chocamos las manos, divertidos, pero toda diversión se esfumó cuando los cuatro escuchamos la puerta principal abriéndose y cerrándose. El señor Ross. No podía ser otra persona.
Efectivamente, él se acercó al salón y enarcó una ceja al vernos. O, mejor dicho, al verme con ellos. Aparté la mirada y la clavé en la rodilla de Mike. Cualquier cosa con tal de no mirarlo a él. Intimidaba mucho.
—¿Podéis dejar esas tonterías y empezar a poner la mesa?

—Hijo, no seas aguafiestas —protestó Agnes.

Hubo un momento de silencio. Incluso Mike se había tensado.
—Venga, apagadlo —Mary había aparecido para firmar la paz—. La cena ya está lista.

Nos acercamos a la mesa y noté una mirada clava en mi nuca como si quisiera hacer que saliera corriendo. Tragué saliva y me senté entre Jack y Mike. Ambos parecían un poco más tensos que antes. Agnes se quedó delante de mí y me guiñó un ojo, haciéndome sonreír. Miré al señor Ross, que no daba señales de querer sentarse cuando Mary empezó a pasarnos los platos.
—¿Qué haces? —le preguntó ella, confusa.

—Estoy esperando... —se detuvo y sonrió—, oh, ahí está.

Desapareció por el pasillo y yo aproveché para beber un trago de agua. Tenía la boca un poco seca. Creo que Jack se dio cuenta de mi tensión, porque me miró algo extrañado, pero

toda esa confusión desapareció, dejando paso a una tensión horrible emanando de su cuerpo cuando el señor Ross apareció por el pasillo... con Vivian.
Ella iba con una blusa y unos pantalones estrechos. Y parecía una supermodelo. Sonrió amplia y directamente a Jack, que le frunció el ceño.
—¿Vivian? —preguntó Mary, pasmada.

—Pensé que sería una buena idea que viniera —sonrió el señor Ross, señalándole la silla libre entre él y Agnes—. Para que conociera a la familia.

—¿Para que conociera a la familia? —repitió Mary, y por su tono supe que la idea no había sido de su agrado.

Vivian la ignoró completamente y se sentó con elegancia delante de Jack, sonriente.
—Hola a todos —sonrió—. Espero no haber hecho esperar.

Silencio. Ella no le dio demasiada importancia.
Miré a Jack de reojo. Él tenía el ceño fruncido hacia su padre, como si no entendiera qué demonios hacía. Cuando miré al señor Ross, vi que él tenía los ojos clavados en mí y me giré al instante hacia mi plato, roja de vergüenza.
La verdad es que la cosa no fue mal al principio. No tenía grandes expectativas de que eso terminara bien, así que Vivian parloteando de su trabajo en la película era casi un alivio. Al menos, no había silencio tenso. Jack sí estaba tenso. La miraba con mala cara. Y me daba la sensación de que Vivian solo lo miraba a él. De hecho, ni siquiera me había echado una sola ojeada. Dudaba que supiera de mi existencia.
—Bueno —Agnes tomó el relevo de la conversación, mirándome—, no pude felicitarte por tu cumpleaños. Felicidades atrasadas, querida.

—Oh, es cierto —dijo Mary y su mirada se iluminó—. Felicidades, Jennifer. ¿Has recibido algún regalo?

Miré de reojo a Jack, que se relajó al instante para dedicarme una sonrisa de lado.
—Jack me dijo que le habías aconsejado a la hora de elegirlo —murmuré.

—Oh, sí. Espero que te guste el óleo.

—Y pintar —añadió Mike con la boca llena de comida que engullía como un loco.
—Me encanta —aseguré enseguida—. No puedo esperar a estrenar la caja.

—No entiendo eso de pintar —murmuró Mike—. Es decir... ¿no te aburres? Parece aburrido.

—Es que destrozar un micrófono a gritos es mucho más entretenido —Jack puso los ojos en blanco.

—Pues tiene su arte —protestó su hermano—. Y te desahogas.

—Y... —me giré hacia Vivian cuando noté que me miraba por primera vez desde que había llegado con una sonrisa dulce—, ¿cuántos añitos cumpliste?

El tono dejaba claro que se estaba burlando de mí, pero me esforcé en fingir que no me daba cuenta.
—Diecinueve.

—Diecinueve —ella clavó los ojos en Jack—. Está claro que te gustan jovencitas.

—Solo se llevan dos años —dijo Mike con la boca llena.

Vivian no dijo nada, pero seguía teniendo los ojos clavados en Jack. Noté la tensión que emanaba entre ellos y no pude evitar fruncir el ceño.
—¿Estás estudiando, Jennifer? —me preguntó ella sin mirarme.

¿Por qué sentía que tenía que ser cordial con ella pese a que estuviera mirando a mi n... eh... a Jack de esa forma? ¿Pese a que ni se dignara a echarme una ojeada?
—Eh... sí. Filología.

—Filología —repitió con una pequeña sonrisa.

Cada vez que me decía algo, me daba la sensación de que se burlaba de mí.
—Sí, filología —fruncí un poco el ceño.

—¿Te gusta escribir novelas? —preguntó suavemente, mirándome por fin.
—Bueno... en realidad, no mucho.

—¿Leer?

¿Por qué siempre que decía lo que estudiaba me salían con las mismas preguntas? Removí la comida, un poco incómoda.
—No especialmente.

—¿Y poesía? ¿Tenemos una poeta entre nosotros?
Hubo un momento de silencio tenso cuando la miré. ¿Por qué me hablaba como si fuera idiota?
—Todos tenemos un poeta dentro, ¿no? —bromeó Mary, calmando un poco la situación, aunque estaba claro que seguía preguntándose qué hacía esa chica ahí.

Agnes disimulaba menos y, directamente, la miraba con desagrado.
El resto de la cena transcurrió sin muchos más incidentes, pero seguía notando los ojos de Vivian sobre Jack, que hacía lo que podía para ignorarla. Los miré con extrañeza y ella me dedicó una sonrisa dulce.
—¿Estás bien? —le pregunté a Jack en voz baja, para que solo él pudiera oírme.

Él me miró como si hubiera vuelto a la realidad.
—Sí —murmuró, volviendo a apartar la mirada.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo más secamente.

No, no estaba bien. Eso estaba claro. Lo miré un momento antes de ponerme de pie.
—Ahora vuelvo —les dije con toda la tranquilidad que pude reunir.

Subí las escaleras y me metí en el cuarto de baño. Tenía todos los músculos tensos. Me pasé las manos por la cara. Menos mal que no me había maquillado. Me mojé un poco las manos y me refresqué el cuello. Seguía un poco tensa cuando abrí la puerta y me encontré de frente con la cara del señor Ross.
Tardé un momento en decir nada. Él tenía el ceño fruncido. Y aprovechó que yo dudaba para hablar él.
—¿Qué haces aquí, Jennifer?

—Mary me...

—¿Sigues queriendo el dinero, es eso?

Lo miré, ofendida.
—¿Por qué sigue creyendo que sigo con su hijo por dinero?

—Porque conozco a las chicas como tú. Y no voy a dejar que te aproveches de mi hijo.

—¿Que yo me aproveche de su hijo? —repetí, perpleja—. ¿Y se puede saber qué demonios he hecho para aprovecharme de tu hijo?

Con el cabreo, se me había olvidado que lo estaba tuteando. Él frunció aún más el ceño.
—No necesito pruebas para verlo, ¿sabes con cuántas listillas me he cruzado durante toda mi vida? Sois como polillas a la luz. Solo buscáis dinero. Y a alguien lo suficientemente idiota como para dároslo.

—Igual tú eres el idiota al pensar que Jack no podría darse cuenta de eso por sí solo —murmuré.

Hubo un momento de silencio. Nunca me había atrevido a faltarle al respeto.
Y la mirada que me echó en ese instante me recordó, al momento, a la que solía echarme Monty justo antes de darme un empujón o lanzarme algo a la cabeza. Noté un escalofrío desagradable subiéndome por la columna vertebral. Solo el recuerdo de Monty hacía que me pasara eso. Y me entraran náuseas. Un año más tarde, seguía sin haberlo superado.
Contuve la respiración cuando él dio un paso hacia mí y me clavó una mano en el cuello, haciendo que retrocediera dos pasos. No sé por qué, pero no me sorprendió. Quizá fue por su parecido con Monty. De todas formas, contuve la respiración e intenté quitarle la mano.
—Te crees que eres muy lista, ¿no? —preguntó en voz baja—. Pues déjame decirte algo, Jennifer, no eres lista. Ni la mitad de lo que tú te crees.

Clavé los talones en el suelo sin dejar que siguiera empujándome hacia atrás. Puse la mano en su muñeca, intentando apartarlo. No me apretaba tanto como para que me doliera, pero sabía perfectamente que podía hacerlo en cualquier momento.
—Al menos, yo sé que es lo que quiere Jack de verdad —mascullé.

—¿Y qué quiere?
—No voy a tener esta conversación aquí. Él está en el piso de abajo y...
—¿Qué crees que quiere? ¿A ti? —me ignoró—. Por favor, Jennifer. Los dos sabemos que no eres lo mejor para él.

Enfadada, levanté la barbilla y dejé de forcejear para que me quitara la mano.
—Tú no sabes lo que es mejor para él —le dije—. Nunca lo has sabido.
—Puede que no lo conozca tanto como me gustaría, pero sé lo que es mejor para su futuro.

—¿Su futuro? —no pude más y me quité su mano de un manotazo, dando un paso atrás—. No, lo de la escuela, lo de Vivian... que quieras todo eso para él no tiene nada que ver con su futuro. Solo quieres tener el poder de presumir de que tu hijo ha hecho todas esas cosas.

—Sabes que eso es una bobada.

—No, no lo es —casi me entraron ganas de llorar cuando sonreí amargamente—. La única bobada de toda esta historia fue escucharte cuando me dijiste todas esas... tonterís en Navidad.

Hubo un momento de silencio. Él entrecerró los ojos.
—¿Y qué te dije, Jennifer? —preguntó lentamente—. ¿Que lo dejaras? ¿Yo dije eso? Porque no lo recuerdo así.

—Sabías muy bien lo que estabas haciendo.
—Solo tuve una conversación contigo. En ningún momento te dije que lo dejaras.
—¡Me estabas manipulando!

—Querida, eres demasiado fácil de manipular, pero yo no te dije que lo dejaras tirado. Fue decisión tuya.
—¡No, pero me metiste la idea en la cabeza, y lo sabes perfectamente! ¡Lo hiciste a propósito! ¡Y yo fui lo suficientemente idiota como para escuchar media palabra de lo que decías! ¡Debí hacer caso a Jack e ignorarte!
—¿Y qué harás ahora? ¿Le dirás la verdad? —dio un paso hacia mí, retándome con la mirada—. En el mejor de los casos, consigues que te crea y me eche la culpa. Pero... él pierde a su padre. En el peor de los casos, te echa a ti toda la culpa y te deja. Pierde a su novia. Hagas lo que hagas, va a perder a alguien. Por tu culpa. Otra vez.

Silencio. Yo apreté los labios.
—¿Vas a decírselo, Jennifer? ¿Vas a volver a tirar toda su felicidad por la borda por una decisión impulsiva?

No dije nada. Hice un ademán de pasar por su lado, pero me detuvo por el brazo y me devolvió bruscamente a mi lugar. Yo intenté mantenerme firme, pero la verdad es que me se estaba formando un nudo en la garganta.
—Nunca te ha importado su felicidad —murmuré.

—Más de lo que crees.

Se tomó un momento para suspirar antes de volver a mirarme. Sacudió la cabeza.
—¿Qué creías? ¿Que iba a permitir que sacrificara toda su carrera por una relación con alguien que conocía desde hacía unos pocos meses? ¿Por alguien como tú?
—Él era mucho más feliz antes que ahora. Y, sí, quizá gran parte de la culpa sea mía, pero eso no quita que tú también la tengas.
—Algún día, Jennifer, cuando te deje y se dé cuenta de cómo es la vida real, me lo agradecerá.

—¿Como te agradeció lo que fuera que hicieras por él en el instituto? —solté de malas maneras.

Su mandíbula se tensó.
—Ten cuidado —advirtió.

—No sé lo que hiciste, pero los destrozaste. No solo a Jack, a Mike también. ¿Qué clase de padre hace eso?
—Un padre sabe lo que es mejor para su hijo.

—¡Tenía veinte años, no diez! ¡Era lo suficientemente mayor como para saber lo que era bueno para él y debimos dejar que lo decidiera por sí mismo!
—Mi hijo es un pequeño desagradecido, Jennifer, pero...

—¿Desagradecido? —repetí lentamente, apretando los puños.

—¿Sabes cuántos ingresos *desinteresados* tuve que hacer a su instituto para que no le expulsaran cada vez que hacía una de sus tonterías? ¿Sabes la cantidad de veces que tuve que pagar sus fianzas porque se metía en peleas y tenía que ir a buscarlo a la comisaría como si hubiera criado a un criminal?

—¡No sabías si era un criminal o no! ¡Estabas demasiado ocupado pensando en lo buen padre que eras como para intentar serlo!

—¿Quieres que te haga una factura de lo que me debe?

—Eso es todo para ti, ¿verdad? ¡El dinero!

—¡Está aquí gracias a mi dinero! ¡Debería estar de rodillas agradeciéndome todo lo que he invertido en él en lugar de andarse con tonterías de novias y escuelas! ¡Sin mí, no sería más que un criminal drogadicto tirado por algún callejón!

—¡Sin ti, sería un chico normal y corriente, sin problemas, que habría cumplido su sueño por su talento! —le grité, furiosa.

—¿Y tú qué sabrás?

—¡Sé que un niño necesita amor, no dinero! —exploté—. ¡Lo que necesitaba no era que le pagaras las fianzas, sino que te sentaras con él para entender qué estaba mal! ¡No pagar al colegio para que lo expulsara, sino darte cuenta de lo que estaba pasando en su vida e

intentar hacérselo más llevadero! ¡Intentar ayudarlo! ¡Quererlo! ¡Demostrarle que no está solo! ¡Eso es lo que hace un padre que quiere a su hijo, no pagarle todo para poder echárselo en cara más tarde, como si te debiera algo!

—¿Qué insinúas? ¿Que no quiero a mi hijo? —masculló.
—¡No, no le quieres! ¡Solo... te quieres a ti mismo! ¡Ni Jack, ni Mike han recibido la mitad del amor que se merecían, y todo por tu culpa!

—¿Y tú qué sabrás? Eres una niña.

—Una niña que quiere más a Jack que su propio padre.

Eso pareció dejarlo descolocado. Pasé por su lado para salir del cuarto de baño, pero su voz hizo que me volviera de nuevo.
—Cincuenta mil —me dijo—. Es mi última oferta.

Hubo un momento de silencio cuando cerré los ojos con fuerza antes de mirarlo. Ya ni siquiera estaba enfadada. Solo negué con la cabeza. Él me sostuvo la mirada, muy serio.
—No lo entiendes, ¿verdad? —murmuré—. Nunca vas a tener el dinero suficiente como para eso. No hay una cifra. Nunca la habrá.

Él me miró sin decir nada. Tenía la mandíbula tensa cuando volví a darme la vuelta y salí del cuarto de baño. Cerré los ojos, intentando calmarme y aparentar naturalidad.
Sin embargo, me detuve de golpe cuando vi a Jack de pie delante de mí, en medio del pasillo.
Oh, no.
Durante un momento, nos quedamos mirando el uno al otro. Yo no sabía ni cómo interpretar su expresión. Tragué saliva cuando escuché los pasos del señor Ross detrás de mí. Él también se detuvo en seco al ver a su hijo, pero Jack no despegó los ojos de los míos.
—Jack... —murmuré.

Por favor, que no hubiera escuchado la parte en que su padre decía todas esas burradas sobre él. Por favor.
De pronto, él dio un paso hacia mí. Pude ver el momento exacto en que estaba a punto de romperse y yo supe que, si él lloraba, yo iba a ser mucho peor. Pareció que iba a decir algo, pero se detuvo.
—¿Te fuiste por eso? —preguntó en voz baja.

Durante un momento, no supe de qué me hablaba. Pero mi cerebro ató cabos y tragué saliva cuando entendí que se refería a cuando lo había dejado. Ya no tenía sentido mentir. No quería que terminara mal con su padre o conmigo, pero no había otra.
—Sí —murmuré.

Durante unos segundos que parecieron eternos, él solo me miró fijamente. Sus ojos bajaron un momento y se clavaron en mi jersey. Supe que estaba pensando a toda velocidad. El señor Ross seguía clavado a mi lado, sin moverse. Era la primera vez que lo veía realmente tenso.

Como supe que él no iba a moverse, di un paso vacilante en su dirección. Al ver que no se alejaba, di otro. Y otro. Hasta quedar justo delante de él. Estiré las manos y se las puse en las mejillas. Él clavó los ojos en los míos. No quería ni imaginarme la mezcla de sentimientos que tenía dentro en esos momentos.
—Sé que debí decírtelo antes —dije con un hilo de voz—. Lo siento mucho, Jack, no quería que...

—Lo he oído todo —me cortó.

Me quedé helada. Tragué saliva.
—¿T-todo?

Él subió las manos a sus mejillas y quitó mis manos. Por un momento, creí que iba a mandarme a la mierda, pero después fue mucho peor cuando clavó los ojos en su padre. Oh, no. Nunca había visto a Jack tan enfadado. Daba terror. Su padre dio un paso atrás.
—¿La convenciste para que se marchara? —preguntó en voz baja.

—Jack —la voz de Mary hizo que diera un respingo. Ni siquiera la había visto acercarse—. Cariño, creo que deberías irte antes de que hagas algo de lo que te arrepientas.

Miré sobre su espalda. Agnes y Mike debían estar abajo. Ya ni me acordaba de Vivian. Estaba demasiado tensa viendo que Jack apretaba los puños, mirando a su padre, que ya no parecía tan valiente.
—Sí —murmuré, viendo que Mary me miraba en busca de ayuda—. Jack, tengo que explicártelo todo y...
—¿Explicarme qué? —se giró hacia mí al instante y yo retrocedí un paso—. ¿Que te fuiste por una maldita tontería? Soy bastante consciente de ello, gracias.
—Pero...
—¿Por qué demonios lo escuchaste? —negó con la cabeza—. Te lo dije. Te dije que no lo hicieras.
—Lo sé, pero...
—¿Por eso no querías que te hiciera más preguntas el otro día?
—Jack, yo no...
—No, no me hables como si fuera idiota —advirtió en voz baja—. Estoy harto de esto. De tus mentiras.
Abrí la boca para decir algo. Miré al señor Ross, que no me devolvió la mirada. Al final, suspiré y me volví hacia Jack.
—Todo... todo fue por mi culpa —murmuré.
Silencio. Se acabó. Tenía que hacerme responsable. Y no iba a joder una relación de padre e hijo por eso. Él seguía mirándome fijamente cuando seguí hablando.
—Yo... creí que... que era lo mejor para ti. Y lo hice. Me fui. Y me arrepentí, muchas... muchas veces —aparté la mirada un momento y parpadeé para alejar las lágrimas—. Demasiadas. Pero... al final... al final has conseguido cumplir tu sueño. No fue para nada.
Jack seguía mirándome en silencio sin cambiar su expresión tensa. Mary cerró los ojos un momento y sacudió la cabeza. El señor Ross seguía en silencio.

—Entonces, fue idea tuya —murmuró Jack, quitándose la mano de su madre del brazo y mirándome sin expresión, como lo había hecho la primera vez que habíamos hablado al volver.
Odiaba que me hablara así. Odiaba que me mirara así. Pero... me lo merecía.
—Sí —mentí.
Hubo un momento más de silencio. Él siguió mirándome de la misma forma y yo ya supe lo que pensaba de mí. Se giró hacia su padre.
—¿Eso es verdad?
Miré al señor Ross. Él sabía perfectamente que no era cierto.
No me miró al asentir con la cabeza, aparentemente apesadumbrado.
—Sí, es verdad.
Silencio. Solo podía sentir mi propio corazón. No me podía creer que lo estuviera destrozando todo otra vez. Me entraban ganas de llorar. No quería volver a seguir con mi vida sin él. No otra vez. No podía. No iba a soportarlo.
Levanté la cabeza cuando escuché que Jack soltaba una risa despectiva. Estaba segura de que iba por mí, pero me quedé parada cuando vi que estaba mirando a su padre. Él pareció tan sorprendido como yo. Al igual que Mary, que no lo sujetó cuando Jack dio un paso hacia él.
—Eres un miserable —murmuró, negando con la cabeza.
Su padre parpadeó, confuso.
—¿Eh?
—¿Ibas a dejar que se echara toda la culpa? ¿De verdad?
Entreabrí los labios, pasmada. Jack dio otro paso hacia su padre, que no se movió de la impresión.
—Jack —le dijo su padre lentamente—, sé que ahora no puedes verlo, pero...
—Oh, lo veo perfectamente —Jack me señaló sin mirarme—. Veo a alguien que era capaz de dejar que la odiara con tal de que no me duela que mi padre sea un imbécil... y a ti. Créeme, lo veo perfectamente, papá.
Sentí que mi corazón empezaba a latir con fuerza, pero no supe si era por la emoción o por la tensión acumulada.
—No has cambiado nada desde el instituto, ¿verdad? —Jack negó con la cabeza—. Quizá tu estilo ya no sea dar palizas, sino manipular a la gente, pero no has cambiado nada. Sigues siendo igual de miserable.
¿Dar... palizas?
Al ver que Mary agachaba la cabeza, supe que era cierto. Y supe que el señor Ross, durante el instituto, había estado golpeando a sus hijos. Y todo empezó a tener sentido. El hecho de que Jack no me quisiera a solas con él, que Mary siempre pareciera tan tensa a su alrededor, que Mike se alejara de él cuando veía que se enfadaba, que Jack se hubiera transformado tan repentinamente...
Pero, seguía habiendo algo que no cuadraba. ¿Por qué Mary seguía con él? ¿Por qué Jack había cambiado en un punto en concreto? ¿Había pasado algo más que no me había dicho todavía?
No podía pensar en eso ahora. Jack dio un último paso, quedándose justo delante de él. Era más alto que su padre. Y eso lo sabía el señor Ross, que apretó la mandíbula.

—Pero ahora ya no soy un niño, ¿no? —preguntó Jack lentamente—. Ya no puedes darme una bofetada para que haga lo que quieras. Ahora, sabes que eso ya no funciona. Y tienes que usar otros métodos. Porque sabes que podría hacerte mucho más daño yo a ti... que tú a mí.

Vi que el señor Ross adoptaba una posición casi defensiva y yo me tensé, haciendo un ademán de acercarme a ellos.
—No te molestes en hacer eso —le dijo Jack, negando con la cabeza—. Yo no soy tú. Puede que haya cometido algunos errores en el pasado, pero no soluciono las cosas como un puto animal.

Me detuve a medio camino y vi que Mary no había hecho un gesto de acercarse, pero estaba a punto de llorar. Seguía habiendo mucho que yo no entendía, ¿verdad?
—Pero... —Jack se inclinó hacia él—, si me entero de que has vuelto a hablar con ella, de lo que sea, en las circunstancias que sean... se me olvidará toda esa mierda de ser mejor persona que tú.

No esperó una respuesta. Lo miró unos instantes antes de darse la vuelta y clavar los ojos en mí, que tragué saliva. No sabía qué se suponía que tenía que esperar. Cuando vi que se acercaba, al contrario que el señor Ross, me planté en mi lugar, mirándolo. No retrocedí.
Jack se detuvo delante de mí y me agarró de la mano con una suavidad que no esperaba.
—Vamos a casa —me dijo en voz baja.

Estaba tan pasmada que tardé unos segundos en responder. Miré a Mary, que seguía teniendo la cabeza agachada. Jack seguía mirándome, esperando una respuesta.
—Está bien —murmuré, al final.

Él no se dio la vuelta cuando tiró de mí hacia por el pasillo. Noté que su mano se tensaba un poco alrededor de la mía cuando perdimos a sus padres de vista, así que le pasé el pulgar por la palma instintivamente. Él no dio señales de haberse dado cuenta, pero me dio la sensación de que la tensión desaparecía un poco.
Mike y Agnes estaban en el salón. Jack se detuvo para mirarlos, pero Agnes se adelantó.
—Id a casa —dijo ella con una pequeña sonrisa triste—. Llamaremos un taxi.

Miré a Mike, que estaba sentado en el sofá con la mirada perdida en sus manos. Me pregunté si lo habría oído todo. Su padre también había dicho muchas cosas horribles de él. Esperaba que no. Pero me daba la impresión de que sí.
Agnes se dio cuenta de lo que miraba.
—Id a casa —me dijo a mí, más suavemente.

Al final, Jack tiró de mi mano otra vez hacia el coche. No dijo nada mientras lo arrancaba y yo me ponía el cinturón a su lado. Una parte de mí esperaba que condujera como un loco, pero lo hizo con sorprendente suavidad. No sabía si quería que hablara o estuviera en silencio. Él tenía la mirada clavada en el frente. Me miré las manos, tensa, cuando aparcó el coche en el garaje y nos quedamos los dos en silencio.
—Ahora ya lo sabes —murmuró.

No sonaba enfadado, solo... agotado. Lo miré.
—¿El qué? —pregunté suavemente.

—Por qué nos llevábamos tan mal —dijo en voz baja, mirándome.
Tragué saliva, tratando de buscar las palabras adecuadas.
—Os... golpeaba, ¿no? —murmuré.

—Solo a mí al principio —me dijo como si no le importara, totalmente apático—. Después, también a Mike.

—¿Por... por cuánto tiempo?

Me observó durante unos segundos.
—No lo sé —dijo en voz baja—. Más años de lo que me gustaría recordar.

No pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas.
—¿Por eso reaccionaste así cuando viste el golpe que me había dado Monty? —esbocé una sonrisa triste.

Jack apartó la mirada.
—No solo por eso —murmuró—. Y lo sabes.

Parpadeé varias veces para alejar las lágrimas y tragué saliva.
—¿Por... por eso cambiaste en el instituto?

—Entre otras cosas —suspiró—. No fue una reacción muy madura, pero fue la única que conocía. Lo único que creí que podía hacer. Igual que cuando me dejaste.

—¿Qué otras cosas? —pregunté suavemente.
Me miró sin entender.
—Has dicho *entre otras cosas* —repetí—. ¿Qué otras cosas?

Él tardó unos segundos en responder y supe, al instante, que estaba pensando en las palabras adecuadas que decir.
—Él solía golpearme muy a menudo —empezó—. Demasiado, pero... aunque creas que no, llega un punto en el que... solo... de alguna forma extraña y retorcida... se convierte en parte de la rutina.

Hizo una pausa, apretando un poco los labios.
—Normalmente, la cosa no pasaba de un empujón, una bofetada o un puñetazo. Como mucho, podía llegar a hacer que me sangrara la nariz si llegaba borracho a casa. Pero... un día volví y lo encontré con Mike. Nunca había golpeado a Mike. Nunca. Y estaba furioso. Yo no sabía qué había hecho, pero debía ser algo muy grave. Nunca lo había visto así. Años más tarde, descubrí que había intentado vender uno de sus pianos.

—¿Venderlo? —repetí, perpleja.

—Jen, Mike era adicto a la cocaína. Lo fue desde muy joven. Cuando un adicto se queda sin recursos, empieza a robar cosas para venderlas. O a pedir dinero. No era la primera vez, pero nunca se había atrevido a tocar nada de nuestro padre.
—¿Sigue... siéndolo? ¿Adicto?

—No. Lo dejó hace tres años. Pero... cuando se estresa mucho, suele estar al borde de una recaída. El año pasado me mandaste un mensaje diciéndome que te había pedido dinero después de la discusión con mi padre, ¿te acuerdas?
Asentí con la cabeza lentamente.
—Te dije que había golpeado a ese hombre porque sí, pero no era cierto. Era por el mono. Y... bueno, si no me hubieras avisado, probablemente hubiera encontrado alguna forma de meterse esa mierda de nuevo.

Hizo una pausa.
—Esa noche —volvió al tema—, estaba golpeando a Mike por primera vez en su vida. Nunca había reaccionado al verlo golpeándome. Había dejado que lo hiciera mil y una veces, justificándolo con que quería que fuera perfecto. Siempre dio a Mike por perdido, como si no valiera nada. Ni se molestaba en mirarlo. Y yo... bueno, aceptaba los golpes. No me quedaba otra.

Negó con la cabeza, tragando saliva.
—Pero, esa noche... no pude hacerlo. Cuando vi que lo golpeaba... no pude más. Me lancé sobre él. Lo pilló tan desprevenido que se apartó de Mike. Y después empezamos a forcejear. Él tenía fuerza, pero yo tenía más. Era más joven, tenía más energía... más rabia...

Cuando vi que se detenía, no pude más y estiré la mano para tocar su rodilla. Él miró mi mano un momento antes de seguir.
—Él me golpeó muchas más veces de las que pude contar. Mamá estuvo a punto de llamar a la policía. Se asustó. Yo también me asusté. Por un momento, entré en pánico y le di un puñetazo en el estómago. El primero de mi vida. Nunca había golpeado a nadie. Y su primer impulso después de eso fue agarrarme del cuello y empujarme hacia atrás. Choqué con la espalda en la mesa de cristal y la rompí. Y... me la jodí. Me jodió la espalda.

Pausa. Apartó la mirada.
—Por ese entonces, yo jugaba a baloncesto y a béisbol. Y era bueno. Muy bueno. De hecho, mi entrenador estaba a punto de hacerme capitán del equipo de baloncesto. ¿Recuerdas todos los trofeos? Pues fueron los últimos. Tuve que olvidarme de gimnasia, de baloncesto, del béisbol... ni siquiera pude conducir en dos años porque tuvieron que operarme.

Le pasé el pulgar por la rodilla, agachando la mirada.
—¿Por eso empezaste a hacer todas esas cosas? —pregunté.

—Sí, fue por eso —murmuró—. Sé que no fue la mejor reacción del mundo, pero no conocía otra. Me había pasado años criticando a Mike por su adicción a la cocaína y yo terminé igual o peor que él. Conseguí dejarlo con ayuda de Will y con mucho tiempo, pero... bueno, ya sabes que he recaído.

Hubo una pausa entre nosotros. No sabía qué decirle. Tragué saliva.
—¿Y no podrías volver a jugar? —pregunté—. A lo que fuera, a baloncesto, béisbol...

—Podría, pero... nunca podría acceder a una liga importante con la espalda así. Durante el tiempo en que estuve en el hospital o tirado en una cama... empecé a interesarme en ver películas. Y vi la colección entera que tenía mi madre. Había un poco de todo, pero no era suficiente y empecé a buscarlas por internet, a comprar las que me gustaban... y encontré el sustituto perfecto para todo lo que ya no podía hacer.

—Y descubriste que querías ser director de cine —murmuré con una pequeña sonrisa.

—Sí. No tardé en llegar a esa conclusión.

Me quedé mirándolo un momento con una idea rondándome la mente.
—Jack... —empecé, haciendo que me mirara—. Lo que te pasó en la espalda...

—¿Sí? —preguntó, al ver que no seguía.

—¿El... el tatuaje cubre la cicatriz?

Silencio. Me miró fijamente, analizando mi reacción.
—Sí.

—¿Y te lo hiciste... después de que pasara todo eso?

—Sí. El primero me costó noventa dólares y estaba borracho al hacerlo —esbozó media sonrisa y miró el punto de mi cadera donde sabía que estaba el mío—. Era un desastre. Tuve que arreglarlo, pero lo hice mucho después. Cuando conseguí dejar la cocaína y todas esas mierdas. Fue idea de Will.
—Jack...
—Me lo hice mucho después. Cuando conseguí salir de la cocaína y de todas esas mierdas. Porque quería que mi vida diera otro rumbo. Quería cambiar a mejor —me miró—. Por eso dejé que te lo hicieras. No pienses en la cicatriz que hay debajo, es... es simbólico. Supuso un nuevo comienzo para mí. Quería que también lo supusiera para ti.

Lo miré por unos segundos.
—¿Crees que estoy enfadada? —pregunté lentamente, incrédula.

—Te hiciste un tatuaje sin que te dijera qué significaba exactamente. No te culparía de estarlo.

—Jack...

—Supuse que te arrepentirías de habértelo hecho durante este año —añadió con media sonrisa—. Me alegré mucho cuando, en la fiesta de Lana, con ese top... pude verlo. Creo que fue una de las principales razones por las que me volví un paranoico esa noche.

—No iba a quitármelo —¿en serio creía eso?

Hice una pausa para aclarar mis ideas. Todavía tenía mucho que entender.
—¿Mary nunca… nunca hizo nada? ¿O Agnes? ¿O… o Mike? ¿Para defenderte?

—Mi abuela nunca lo ha sabido. Cree que nos llevamos mal por… bueno, porque todos tenemos unos caracteres de mierda.
—¿Y los demás?
Negó con la cabeza.
—No hicieron nada —dijo en voz baja.

—¿Nunca? —no podía creérmelo—. Pero… ¿lo sabían?
—Lo sabían, sí. Y no hicieron nada. Nunca.

Quise estirar la mano hacia él de nuevo, pero me contuve. Volvía a tener ganas de llorar. Jack apretó los dientes y se giró hacia mí con una expresión muy distinta. Casi vulnerable.
—Nunca me había defendido nadie —dijo en voz baja, mirándome—. Nunca. Hasta hoy. Hasta que has llegado tú.
No supe qué decir. No quería llorar. Aparté la mirada para volver a intentar espantar las lágrimas parpadeando. Él siguió hablando con el mismo tono suave.
—He oído toda la conversación —añadió—. Incluida la parte en la que le decías que me querías.

Volví a mirarlo al instante. Su expresión era un poco tensa, como si esperara que dijera algo. No supe si hacerlo. No sabía ni hablar.
—¿Es… cierto?

Tardé unos pocos segundos en poder reaccionar. Se me llenaron los ojos de lágrimas.
—Sabes que es cierto, Jack —dije en voz baja.

Vi que me miraba con expectación. Tragó saliva y se inclinó para girarme la cara con la mano en mi mejilla. No me quedó otra que mirarlo.
—Dilo —me urgió.

—Jack…

—Si es verdad, dime que me quieres.

Nunca me había dado tanta impresión decir dos palabras. Y eso que lo había hecho en el pasado. Pero él estaba dormido. Y no tenía que esperar una respuesta. No tenía que estar asustada por lo que hiciera después. Porque daba miedo decirlo. Era casi como admitir que podía hacerme daño.
Pero… ¿qué sentido tenía seguir negándolo?
—Te quiero.

Él tardó un instante en reaccionar, mirándome fijamente. Entreabrió los labios y bajó la mirada a los míos, que también se habían entreabierto sin que me diera cuenta. Tragué saliva cuando colocó su otra mano en mi otra mejilla y apoyó su frente en la mía.
—No más secretos —murmuró, cerrando los ojos—. Prométělo.

—Te lo prometo —le dije en voz baja, sincera.

—Nunca más —insistió, separándose para mirarme—. Quiero que hables conmigo, no que te vayas corriendo porque crees que es lo mejor para mí.

—Lo sien...

—No digas que lo sientes, solo dime que no volverás a hacerlo —murmuró.

Puse mi mano sobre la suya, en mi mejilla.
—No volveré a hacerlo. Te lo prometo.

Pareció inmensamente aliviado cuando se inclinó hacia delante y unió nuestros labios. Me quedé sin respiración por el beso, que solo había consistido en apretar los labios sobre los míos con fuerza. Tragué saliva cuando se separó.
—Yo también te quiero.

Volvió a inclinarse hacia delante y volvió a besarme, esta vez con más ganas. Dejándome entrever lo mucho que lo había estado deseando durante esas semanas. Seguro que le daba la sensación de que yo sentía lo mismo, porque era así. Cerré los ojos y dejé que pasaran unos segundos cuando se separó sin que ninguno dijera nada.
—Mañana me desharé de toda esa mierda —añadió, mirándome.

Parpadeé cuando supe que se refería a las drogas. Asentí con la cabeza.
—Hazlo cuando estés listo.

—Ya lo estoy —sonrió—. Pero, ahora, mismo estoy pensando en hacer otra cosa muy distinta. Y mucho mejor.
Abrí la boca para responder, pero él salió del coche de un salto y, en pocos segundos, estaba a mi lado, abriéndome la puerta. Acepté su mano, sorprendida, cuando me arrastró hacia el ascensor.
En cuanto se cerraron las puertas, se acercó a mí y me agarró de la nuca para darme un beso que me dejó sin aliento. No se separó hasta que las puertas volvieron a abrirse. E, incluso después de eso, tardó unos segundos. Tuve que separarme, riendo, cuando vi que se cerraban solas, metiendo la mano para detenerlas. Él sacó las llaves de su bolsillo y las metió con algo de urgencia que me hizo sonreír. Me enarcó una ceja al verlo.
—¿Algo que te parezca gracioso, Michelle?

—Me enfadaría contigo por lo de Michelle, pero tu ansiedad me hace demasiada gracia.

Él abrió la puerta, todavía con la ceja enarcada. Cuando pasé por su lado, escuché que cerraba la puerta y se acercaba a mí. La sonrisa se me borró de golpe cuando me agarró de la nuca para volver a besarme.
Vale, ya no tenía ganas de reír. Tenía ganas de mil cosas distintas. Y todas ellas lo involucraban a él y a una cama.
Cuando noté que se inclinaba hacia delante para sujetarme de la parte baja de la espalda y pegarme a su cuerpo, me separé un poco con la cabeza para asegurarme de que no había

nadie en el salón. Me giré lo justo para ver que estaba vacío antes de que me agarrara del mentón para volver a girarme hacia él y besarme con más ganas.
Vale, no había nadie. Era un alivio. Le rodeé el cuello con los brazos, lo que hizo que apretara sus dedos en mi cadera. Antes de poder reaccionar, se agachó un poco para rodearme las piernas con los brazos. Justo debajo del culo. Me levantó sin dejar de besarme y empezó a transportarme hacia la habitación. Bueno, alguien tenía prisa.
Cerré la puerta a su espalda cuando nos metió a ambos en la habitación antes de dejarme caer en la cama. Clavó una rodilla entre mis piernas, apoyándose delante de mí. Sonreí al ver que se quitaba la sudadera que se había comprado esa misma tarde conmigo de un tirón. Yo me quité el jersey y la camiseta interior y los dejé caer fuera de la cama. Él se estaba quitando la camiseta cuando estiré los brazos para intentar quitarle el cinturón.
Vale, sí, yo también tenía muchas más ganas de lo que quería aparentar.
Jack se inclinó hacia delante cuando conseguí quitarle el cinturón y lanzarlo al otro lado de la habitación. Apoyó su cuerpo sobre el mío y volvió a besarme. Esta vez, me recordó a como me besaba hace un año justo antes de hacer lo que estábamos a punto hacer. Quizá la urgencia era mayor, pero eso solo lo mejoraba. Le pasé el pelo y la otra por la espalda mientras él me acariciaba las costillas con la palma de una mano y tiraba un poco hacia arriba para poder tener acceso al cierre de mi sujetador.
Y, honestamente, quise poder fundirme en ese momento para vivir en él para siempre.

CAPITULO 12

Miré a Jack. Él tenía los ojos cerrados con fuerza. Will, Naya, Sue y yo lo observábamos en silencio.

Él soltó todo el aire por la nariz y estiró el brazo. Tenía dos tubitos pequeños con polvos blancos dentro. Tragué saliva. Él abrió los ojos. Parecía que le costaba respirar. Frunció el ceño y apretó los tubitos, como si eso fuera doloroso.
—Está bien si no quieres hacerlo todavía —murmuré.

Él clavó los ojos en mí. Hubo un momento de silencio. Me entraron ganas de abrazarlo solo al ver su expresión, pero no iba a hacerlo. Ese era su momento. Era su decisión. No podía influenciarlo. Tenía que hacerlo por sí mismo.
Entonces, puso los dos tubitos en la mano de Will y soltó todo el aire de sus pulmones. Noté que yo misma podía respirar de nuevo.
Will nos observó en silencio. Jack había vuelto a cerrar los ojos. Tenía una pequeña arruga entre las cejas. Estiré la mano y agarré la suya. Aceptó el contacto, pero no abrió los ojos.
—Voy a deshacerme de esto —murmuró Will.

Los cuatro lo vimos desaparecer. Jack apretó los labios en una dura línea, mirándolo también. Por un momento, me pareció que se arrepentía, pero se limitó a clavar los ojos en el suelo.
—Has hecho lo correcto —Naya le dio un pequeño apretón en el hombro.

Sue asintió con la cabeza.
Jack no dijo nada, pero tenía su mano apretada entorno a la mía.
Entonces, en silencio, me soltó, se dio la vuelta y se metió directamente en la habitación. Las tres nos quedamos en completo silencio por unos segundos.
—¿Te imaginas que Will ha ido a tomárselo? —intentó bromear Chris desde el sofá.
Las tres lo miramos fijamente y él se aclaró la garganta, rojo de vergüenza.
Will volvió a casa y pareció algo preocupado al no ver a Jack, pero Naya le dijo dónde estaba. Se abrazaron entre ellos y yo miré a Sue, que parecía pensativa.
—Bueno —dije—, al menos, ya ha pasado lo peor.

—¿Lo peor? —repitió Sue, incrédula—. Ahora viene lo jodido de verdad.
—No seas tan positiva, por favor —murmuró Naya.

—No, tiene razón —Will suspiró—. Ya pasamos por esta mierda una vez hace unos años. Y no quiere ni oír hablar de médicos o clínicas.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté, un poco asustada.

—Que vamos a ser nosotros quienes se encarguen de que no vuelva a caer en... eso.

Silencio. Me froté el brazo, un poco nerviosa.
—¿Qué...? —empecé, pero no sabía cómo formularlo.

—La última vez estuvo mayormente encerrado en la habitación —Will se sentó en el sofá, un poco cohibido—. Tuvo fiebre algunos días. Y náuseas. Pero lo peor era verlo ahí tumbado sin ganas de nada.

—¿Podemos ayudarlo de alguna forma? —preguntó Naya.

—Estando con él —murmuró Sue—. Dándole apoyo... todo eso. Especialmente tú, Jenna.

Parpadeé, un poco asustada.
—Mira, no es por meterte presión... bueno, un poco sí. Ahora mismo, eres como su pilar —me dijo Sue—. Si tú lo abandonas, se cae el edificio entero.

—No tengo ninguna intención de abandonarlo —le aseguré.

Me quedé unos segundos en silencio, pensando.
—¿Cómo sabes tú eso?

—Estoy estudiando psicología. Algo sé sobre el comportamiento humano.

—Un momento —la detuve—, ¿tú estudias psicología?

—Pasaré por alto el tono de sorpresa.

—¿Podemos volver a centrarnos en Ross? —propuso Naya.
Sí, tenía razón.
—¿Cuánto tiempo estará así? —pregunté, mirándolos.

—No lo sé —murmuró Will—. Pueden ser semanas... pero... lo más seguro es que dure algunos meses hasta que tengamos que dejar de preocuparnos. No es fácil salir de eso.

Mi cerebro ya funcionaba a toda velocidad. Me paseé por el salón, un poco inquieta.
—Entonces, alguien debería decir a Joey que cancele todo lo de estas semanas, ¿no? —pregunté.

Will dudó un momento antes de estar de acuerdo, así que agarré el móvil de Jack, que se había dejado en la barra, y busqué su número. Esperé pacientemente los dos primeros tonos.
—Si es mi estrella favorita —saludó Joey—, espero que estés listo para esta tarde, tenemos entrevista con...

—Hey —la interrumpí suavemente—, soy Jennifer. Soy... eh... una amiga de...

—Oh, sí, sé quien eres —sonó un poco sorprendida—, ¿ocurre algo?

—En realidad... sí —murmuré, pasándome una mano por la frente—. Ross no podrá ir a ninguna entrevista por una temporada.

—¿Que no...? ¿Es una broma? ¡Está en plena promoción!

—¿Y pasa algo si no va?

—Sí, querida. Que seguramente no volverán a llamarlo para ir a ningún lado.

—Joey —mi voz sonó más firme—, está intentando quitarse toda la mierda que tiene ahora mismo en el organismo, ¿crees que es un buen momento para que se ponga delante de un micrófono? ¿No es mejor esperar a que se recupere?
Silencio. Por un momento, incluso creí que me había colgado.
—¿Se está desintoxicando? —preguntó, perpleja.

—Acaba de empezar —recalqué.

Silencio de nuevo.
—Te he llamado a ti porque Ross sabía que tú tendrías alguna solución —añadí suavemente, esperando que funcionara.

Ella suspiró.
—Puedo cubrirle por tres semanas como máximo —murmuró—. Podría inventarme algo y que vayan solo los actores principales. No debería darnos ningún problema si lo hacemos bien. Pero... no podré arreglármelas mucho más.

—Gracias, Joey —respiré hondo.

—Algún día, escucharé un gracias de la boca de tu novio, ¿verdad?

Sonreí, divertida.
—Seguro que sí.

—Me pasaré en unos días a verlo. Cuídate. Y cuídalo bien.

—Lo haré. Hasta pronto.

Colgué. Ellos me miraban. Sin decir nada, me guardé el móvil de Jack en el bolsillo y entré en su habitación. Él se había metido en la cama y daba la espalda a la ventana, pero tenía los ojos abiertos. Me tumbé a su lado y le pasé un brazo por encima de la cintura. Él no dijo nada. Ni siquiera dio señales de haberme notado.
—He hablado con Joey —murmuré en su hombro—. Se ocupará de todo durante un tiempo.

No dijo nada. Sentía que tenía que llenar el silencio de alguna forma.
—Naya, Will, Sue y yo estaremos contigo en esto. Lo sabes, ¿no?

De nuevo, no dijo nada. Intenté no suspirar con todas mis fuerzas. Le acaricié el brazo con las puntas de los dedos.
—¿Quieres que te deje solo? —pregunté suavemente.

Fue la primera vez que reaccionó desde que había entrado. Gruñó algo que interpreté como un no y tiró de mi muñeca hasta que tuvo mi torso pegado a su espalda.
Estuve todo el día con él en la habitación, pero no dio señales de escucharme en nada. Se puso los auriculares y se quedó mirando el techo cuando fui a cenar con los demás. No

quería comer nada. Will dijo que, por un día, no insistiera. Después de eso, volví a la habitación con él. Tenía las manos en la cara, pero las quitó cuando me vio llegar.
—¿Cómo estás? —pregunté inútilmente cuando se quitó los auriculares.

—Bien —murmuró.

No era cierto, pero no insistí. Me puse el pijama y me quité las lentillas notando sus ojos clavados en mí. Después, me tumbé a su lado y apoyé la cabeza en su hombro. Se durmió mientras le pasaba los dedos por el pecho.

***

Las dos primeras semanas fueron horribles.
Cuando abrí los ojos al tercer día, él seguía durmiendo y me fui a correr. Sin embargo, me quedé paralizada al volver y encontrarlo agachado en el inodoro. Sue estaba con él, sujetando el papel higiénico. No sé cuántas veces vomitó, pero no me moví de su lado. Estuvimos ahí toda la mañana.
Los demás días fueron peores. No dejaba de temblar y una parte de mí quería creer que era por el frío, pero a la vez sudaba y no quiso ponerse una camiseta porque le ardía la piel. Volvió a la habitación, pero tenía que ir tantas veces al cuarto de baño que, una noche, terminó durmiendo con la cabeza apoyada en la taza del inodoro y no volvió a la cama hasta que me fui a buscarlo al darme cuenta de que había desaparecido. Estaba tan pálido que parecía que iba a desmayarse en cualquier momento, pero se limitó a pasarse las manos por el pelo, frustrado.
Intenté hablar con él varias veces, pero quería estar solo. Mi ansiedad aumentaba cada vez que me tenía que quedar con los demás en el salón. No podía evitarlo y volvía cada media hora para asegurarme de que estaba bien. Seguía sin hablar conmigo o con nadie.
Y no podía dormir. Era lo peor.
Durante la noche, no dejaba de ver cómo se paseaba por la habitación intentando no hacer ruido, pero pasándose las manos por el pelo y soltando maldiciones en voz baja. Cuando me veía despierta mirándolo, se ponía de peor humor y salía al balcón para que le diera el aire en la cara. No volvía a intentar dormirse hasta que, después de veinte minutos, iba a buscarlo. Ya en la cama, apoyaba su cabeza en mi pecho y quería que le pasara los dedos por el cuero cabelludo, cosa que hacía encantada... aunque no sirviera de nada, porque seguía sin poder dormir.
A la tercera semana, empecé a sentirme como si yo misma estuviera en abstinencia de algo. Odiaba verlo así. Apenas comía, apenas bebía, apenas hacía nada. No quería ver a nadie, solo a mí. E incluso a mí me ponía pegas cada vez que intentaba hablar con él de comer o beber más. Tenía la mirada perdida y el cuerpo como entumecido. Creo que se sentía mal en general. Como si tuviera algún tipo de depresión. A veces, lo pillaba a punto de llorar cuando le entraban episodios donde realmente necesitaba todo lo que había dejado. En esas ocasiones, solía pedirme que me quedara con él. Y yo lo hacía, claro. E intentaba no llorar yo por verlo así.
Habíamos llegado al punto de que no podía ni bañarse. Se las había arreglado solo hasta aquel entonces, pero llegados a ese punto apenas se sostenía de pie sin marearse. Era horrible, así que empecé a ayudarle —aunque no dejó de protestar por ello—. Al final, se convirtió en parte de la rutina. Le llenaba la bañera y él cerraba los ojos mientras yo me

encargaba de todo. Después, lo ayudaba a vestirse y los dos nos lavábamos los dientes. En cuanto llegaba a la cama, se quedaba mirándome hasta que lo volvía a atraer hacia mi pecho y a pasarle las manos por el pelo. Casi se sentía como cuidar de un niño pequeño. Y yo necesitaba cuidarlo. Me estaba destrozando verlo así.

Ya llevábamos cuatro semanas. No había querido ver a nadie. Yo había avisado a Mary y a Agnes de lo que estaba ocurriendo, pero ellas sabían cómo era Jack, así que se limitaban a quedarse en el salón cuando venían mientras Will les contaba cómo iba todo porque él no quería que lo dejara solo.

Al mes, tuve que convencer a Joey de que lo cubriera un poco más. Ella organizó una sesión de cine con la película en la que todo lo recaudado fuera destinado a una ONG, contentando a la prensa por un tiempo y distrayéndolos de la ausencia de Jack. Era buena en su trabajo, no voy a negarlo.

Un mes y dos días. Jack parecía que volvía a comer como siempre. Pero su estado de ánimo era horrible. Conmigo no hablaba en absoluto. Pero eso no era lo malo. Sino cómo trataba a los demás. Ya fuera Will, Sue, Naya... no importaba. Cada vez que alguno de los demás abría la boca para decirle algo, los mandaba a la mierda o cosas peores.

Una vez, Naya no pudo más y, cuando yo había salido a correr, le dijo que volvería a dejarle si seguía portándose como un idiota. Cuando volví, vi que había lanzado la lámpara al otro lado del salón y había tirado toda una estantería al suelo. Se había encerrado en la habitación después de ello con expresión arrepentida y Naya había intentado pedirle perdón varias veces, pero no había dicho nada. Ayudé a los demás a recogerlo.

Llevábamos ya un mes y una semana cuando, por primera vez desde que toda esa mierda había empezado, hizo un ademán de tocarme. Normalmente, tiraba de mí para acercarme, pero eso era todo. Sin embargo, ese día le propuse ver una película como siempre y, por primera vez, me dijo que sí. Intenté disimular mi sorpresa, pero no pude evitar mostrarla cuando, en medio de la película, me recorrió la mandíbula con un dedo. Solo eso y mi corazón ya iba a toda velocidad.

Nos pasamos unas cuantas mañanas juntos, conmigo sentada en el sofá y él tumbado con la cabeza en mi regazo. Chris siempre tenía el detalle de ir a dar una vuelta para dejarnos solos. Normalmente, mirábamos cualquier película mala que encontráramos. Al menos, funcionaba como distracción por un rato, hasta que llegaban los demás y volvía a la habitación.

Me estaba saltando varias clases, pero Curtis —que seguía quedando con Chris— me salvaba pasándome todos los apuntes que le pedía. Era un cielo. Jack incluso lo llamó por su nombre cuando se lo conté, cosa que me hizo sonreír.

Un mes y medio. Su humor había cambiando drásticamente. Estaba muy nervioso. Había vuelto a no poder dormir. Durante las últimas semanas, había empezado a dormir en exceso, pasándose el día en la cama, pero ya habíamos vuelto al principio. La diferencia era que, ahora, no se quedaba en la cama. Se pasaba el día dando vueltas por el piso e intentando calmarse haciendo ejercicio, pero no servía de nada. Era como un deportista dopado.

Como estábamos ya a principios de abril y el frío no era tan insoportable, tuve la idea de cansarlo de algún modo. Will sonrió ampliamente cuando se lo propuse. Era la primera vez que Jack salía de casa en un mes y medio. Se puso sus gafas de sol y dejó que Will condujera,

preguntando de mal humor dónde lo llevábamos. Vi que su rodilla subía y bajaba con nerviosismo. Esperaba que fuera una buena idea.
Naya y Sue no habían venido, pero Mike sí. Él sonreía ampliamente, también, a mi lado. Jack lo miraba con desconfianza.
Cuando bajamos del coche, Jack me siguió con la mirada con los ojos entrecerrados. Me detuve en la parte trasera del coche y lo abrí, rebuscando.
—¿Qué haces? —me preguntó, desconfiado.

—Ten un poco de paciencia.

—No quiero. Exijo saberlo.
—Y yo exijo que te calles.

Sonreí y saqué una pelota de baloncesto, lanzándosela.
Él la atrapó con sorprendente habilidad, frunciendo el ceño con confusión. La botó un momento y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba en el campo en el que solía jugar con Will cuando eran más pequeños. Por un momento, me dio la sensación de que se subiría al coche de nuevo y querría irse.
Sin embargo, esbozó una sonrisa de oreja a oreja y lanzó las gafas de sol al interior del coche antes de salir corriendo y botando la pelota hacia una de las canastas. Abrí la boca de par en par cuando encestó desde la mitad del campo. Will no pareció muy sorprendido cuando la recogió y la encestó desde más cerca.
—Bueno —Mike se frotó las manos—, ¿cuáles son los equipos?

—¿Eh? —dejé de flipar al ver que encestaban cada vez que tiraban y lo miré—. Si yo no sé jugar.

—Solo es botar una pelota, Jenna —Will sonrió malévolamente—. Seguro que incluso tú sabes hacerlo.

—¡Eh! —me ofendí.

—¿Hacemos un hermanitos contra amiguitos? —sonrió Mike.

Para mi sorpresa, Jack estuvo de acuerdo, así que me quedé en el equipo de Will. Menos mal que él sabía lo que se hacía, porque yo no tenía la menor idea. Me enseñó lo básico en un momento mientras los hermanos Monster se reían disimuladamente de mí y yo les ponía mala cara.
—Si no sabes qué hacer —añadió Will en voz baja—, patada en los huevos y roba la pelota. Nunca falla.

—Me gusta esa táctica —sonreí ampliamente.

Al final, salir a correr cada mañana había servido para algo. Mike se sujetaba de las rodillas un buen rato más tarde, intentando recuperar el aliento, mientras yo perseguía a Jack por el campo, que iba rebotando la pelota como si diera un paseo por el campo. Realmente, él y Will hacían todo el trabajo sucio. Y se lo estaban pasando en grande.

Y, cuando llevábamos una hora jugando, por fin conseguí parar una jugada de Jack. O eso intentaba decirme a mí misma, porque me dio la impresión de que había dejado que me pusiera en medio de su camino, sonriendo maliciosamente. Me quedé delante de él, viendo como rebotaba la pelota de una mano a otra tranquilamente.
—¿Estás cansada, Mushu? —bromeó, levantando y bajando las cejas.
Le puse mala cara cuando hizo un ademán de pasar por mi izquierda y yo me moví para detenerlo, pero pasó por mi derecha y fue directo a la canasta, riendo.
Capullo.
Gracias a algún milagro, Will consiguió quitarle la pelota y me la pasó, divertido. Me quedé un momento en modo pánico. Era la primera vez que la tocaba en todo el partido. La boté en el suelo y casi me salió volando. ¿Tenía que hacer eso corriendo? ¡Si no lo había hecho en mi vida! ¡Iba a matarme!
—Esto va a ser muy divertido —dijo Jack, deteniéndose delante de mí con una sonrisita y en posición defensiva.

—No va a ser muy divertido, simplemente te voy a dar una paliza —mascullé, intentando botar la pelota con elegancia.

Su sonrisa se amplió cuando la pelota casi se me escapó.
—Tenemos que mejorar esa coordinación, Michelle.

—¿Quieres que te mejore la cara de un golpe? —amenacé con tirársela.
Él aprovechó el momento para intentar quitármela. Casi por instinto, la pegué a mi pecho como si fuera mi objeto más valioso. Intenté esquivarlo, pero ya era muy tarde y me atrapó con ambos brazos, levantándome en el aire. Tenía la espalda pegada a su pecho y notaba que se sacudía, por lo que se estaba riendo.
—¡Suéltame! —protesté, pataleando (pero sin soltar la pelota, dato importante).

Como respuesta, me sujetó aún más alto. Solté un chillido ridículo cuando dio una vuelta.
—¡Will! —lo miré, en busca de ayuda de compañero de equipo. Él y Mike también se reían de mí. Genial. Mi nivel de ridiculez aumentaba por momentos—. ¡Eso es trampa! ¡Suéltame!

—¿Y dónde está el árbitro? —preguntó Jack.

—¡Está...! ¡JACK!

Tuvo suerte de esquivarme, porque juro que iba a darle un puñetazo cuando me soltó, me quitó la pelota y fue directo a meterla en la canasta.
Vale, admito que me piqué un poquito con el juego. De hecho, al terminar, mientras Will y Mike fumaban junto al coche, estaba sentada en el suelo de brazos cruzados viendo cómo Jack rebotaba la pelota, ya solo en el campo. Él sonrió al verme enfurruñada y se acercó a mí.
—Yo no tengo la culpa de que seas mala, Jen —dijo felizmente.

—No es que yo sea mala, es que tú eres un tramposo.

—Eres una mala perdedora, ¿eh?

—¡Y tú eres un pésimo ganador!

—Al menos yo soy un ganador, Michelle.

—Cállate.

—¿Quieres intentarlo? —ofreció.

—¿Intentar qué?

—Encestar —me ofreció una mano—. Venga, ven.

La acepté, todavía enfurruñada, poniéndome de pie. ¿Cómo podía no estar cansado? ¿Cuántas vueltas había dado al campo? Yo ya sentía mis piernas de gelatina. Por suerte, no me hizo correr, solo quedarme de pie en el área de la canasta.
—Vamos a enseñarte las bases del lanzamiento, Jennifer Michelle Brown —anunció alegremente, a lo que le dediqué una mirada agria.

—No hagas que me arrepienta de esto, Jack Ross.

—Coloca las piernas... así —me separó un poco las rodillas y me colocó bien los hombros—. Tienes que colocar los brazos así... muy bien... no, el codo recto. Eso es.

En realidad, no estaba siguiendo sus instrucciones, solo lo imitaba. Lo miré y me miré a mí misma. No estaba demasiado mal.
—Ahora, apunta y... espera, separa un poco la palma de la pelota, sí, eso es. Ahora, dobla un poco las rodillas, da un pequeño salto y espera los aplausos.

—¿Y ya está?

—Bueno, eso de que ya está... tendremos que ver tu puntería. Si es tan buena como tu coordinación, dudo que ya esté.
—Jack, tu cabeza está muy cerca del balón —le recordé—. Ten cuidado.

—Cierto. Mejor me callo.

Apunté un momento, mordiéndome el labio inferior por la concentración, hice lo que me decía...
Y nada.
Tu profesor de gimnasia tenía razón al decirte que era inútil.
Jack se reía disimuladamente de mí. Aprovechó mi mirada de odio profundo para ir corriendo a por la pelota. Al volver, se colocó detrás de mí y me puso como antes, pero esta vez tenía las manos en el balón sobre las mías.
—A ver... —apuntó, concentrado—. Unidos no seremos vencidos, ¿no? Uno, dos, y...
Noté que él prácticamente lanzaba el balón por mí, pero no me importó porque vi que entraba directamente en la canasta. Me entusiasmé como si lo hubiera hecho sola y empecé

a dar saltitos, aplaudiendo. Will y Mike me juzgaban mucho con la mirada, pero me dio igual.
—¡¿Has visto eso?! —chillé a Jack, que negaba con la cabeza, divertido—. ¡Tengo que decírselo al imbécil de mi profesor de gimnasia del instituto! ¡Seguro que no se lo cree!
Choqué las manos con las suyas, entusiasmada. Jack parecía genuinamente divertido.
—¿Se metía contigo tu profe de gimnasia? —preguntó como si consolara a un niño pequeño, poniendo un puchero.

—Me dijo que jamás encestaría cuando hicimos baloncesto en gimnasia —protesté, intentando torpemente rebotar la pelota que habíamos ido a buscar.
—¿Y qué hiciste? ¿Le diste un puñetazo? —sonrió ampliamente.

—No —detuve la pelota y me puse roja.

—Oh, no —empezó a reírse sin que se lo contara—. ¿Qué le hiciste a ese pobre hombre?
—¿Por qué asumes que le hice algo? A lo mejor, solo... mhm... abandoné gimnasia.

—No se puede abandonar —sonrió ampliamente—. ¿Qué le hiciste?

—¡Fue sin querer!

—Necesito oír esa historia.

—¡No fue nada importante! Solo... eh... se me resbaló la pelota y... mhm... fue a parar a su cara.

Él seguía riéndose de mí.
—Dios, ¿por qué no fui a tu instituto? Me perdí tantas cosas maravillosas...

—Porque eres asquerosamente rico —le puse la pelota en el pecho y él la recogió, divertido—. Y, ahora, ¿podemos volver? Estoy sudando y me da mucho asco.

—A mí me gustas así, sudadita —me dijo, sonriente, caminando a mi lado—. No me importaría ser yo la razón por la que sudes un poco más.

Le saqué el dedo corazón y él empezó a reírse, rezagándose un poco.
—¿Como es que nunca te había visto en esos pantalones ajustados, Jennifer Michelle?

—Porque solo me los pongo para hacer ejercicio y nunca lo hago —murmuré—. Para salir a correr, estos son incómodos.

—Tomo nota. Tenemos que hacer más ejercicio. No quiero que esos pantalones salgan de mi vida. Las vistas de tu culo son demasiado perfectas.
—¿Qué...? —me giré, roja de vergüenza, cosa que empeoró cuando me dio una palmada descarada en él—. ¡Jack!

—¿Qué? —se hizo el inocente.
Aunque la idea del ejercicio había sido buena, no duró mucho. No podíamos ir cada día al campo a jugar y, desde luego, no podíamos seguirle el ritmo a Jack, que seguía demasiado

acelerado y no había forma de que se cansara. Estuvo así tres días hasta que, al cuarto, descubrió qué era lo que necesitaba para calmarse.
Entré en la habitación cuando estaba haciendo flexiones en el suelo. Era ya de noche. Habíamos cenado hacía un rato.
—Necesitas descansar —murmuré, acercándome.

Él se detuvo. Seguro que ya llevaba más de treinta flexiones. Se puso de pie de un salto, estirando el cuello y mirándome.
—No puedo —me dijo, estirando los brazos.

Miré a mi alrededor en busca de cualquier cosa que pudiera calmarlo.
—¿Quieres escuchar música? —sugerí.

Estaba dando saltitos, como si quisiera calentar su cuerpo. Me miró sin decir nada. Suspiré.
—¿Película?

Negó con la cabeza.
—¿Quieres que vayamos con...?

—No.

Asentí con la cabeza, concediéndoselo.
—¿Puedes intentar tumbarte conmigo, al menos?

Dejó de dar saltos y aceptó tumbarse conmigo. Me puso al instante la cabeza en el pecho y empecé a acariciarlo. Cerró los ojos y me puso ambas manos en la cintura. Su piel ardía. Suspiré, mirando el techo y apagando la luz.
Sin embargo, esa vez sentí que hundía la nariz en mi clavícula e inspiraba hondo. Lo miré, confusa, cuando empezó a besarme el cuello. Ni siquiera había querido tener contacto así en todo ese tiempo. Sin embargo, noté que me pasaba las manos por las costillas, subiendo la camiseta. Contuve la respiración cuando se mantuvo encima de mí, mirándome a los ojos. Parecía ansioso. Bajé la mirada a sus labios y fue suficiente para que aplastara la boca contra la mía y me quitara la camiseta de un tirón.
Y esa fue su manera de calmar sus nervios durante las dos semanas siguientes.
No era muy desagradable para mí, la verdad.
Por las mañanas estaba tan agotada que ya ni salía a correr. Honestamente, ya hacía ejercicio de sobra. En cuanto se despertaba, empezaba a besarme el cuello y quería más. Y yo se lo daba encantada. Después, venía a comer conmigo aprovechando que los demás estaban en clase. Su apetito había aumentado drásticamente. Comía como un pozo sin fondo, como antes. Y, en cuanto terminaba, quería ver una película conmigo. Pero no llegábamos a terminarla nunca porque me agarraba y me ponía debajo de él para seguir con lo que él consideraba que había dejado a medias en el dormitorio.
Por suerte, eso terminó en dos semanas. Por mucho que me gustara, no creí que pudiera aguantarlo mucho tiempo más. Su humor volvió a cambiar. Parecía estar alegre otra vez. Y volvía a tener una energía moderada, pero buscaba quemarla igual. Habíamos encontrado la alternativa de que viniera a correr conmigo por las mañanas. Él sonreía ampliamente cuando

me quedaba sin aliento porque no podía seguirle el ritmo. Spencer negaría con la cabeza, decepcionado, si me viera así después de todo lo que habíamos entrenado.
Will decía que eso significaba que ya estaba limpio, pero no quería decir que no tuviéramos que seguir ayudándolo.
Por cierto, durante una semana, Will había acompañado a Chris y a Naya a ver a los padres de ellos y hablarles de todo lo del embarazo. Los padres de Naya se habían enfadado tanto al ver que Chris no tenía trabajo que lo habían obligado a quedarse ahí y trabajar de dependiente en la tienda de zapatos de su madre durante lo que quedara de verano. Al menos, Naya y Will sí volvieron a casa. Y con comida casera, que siempre era bienvenida.
Por otro lado, Jack volvió a comer con nosotros a los tres meses. Ya era mayo. Las sudaderas empezaron a quedar atrás para sacar las camisetas de manga corta. Y todo estaba empezando a volver a la normalidad. Ese día, Agnes y Mary se acercaron y quiso verlas por primera vez. Mary parecía emocionada cuando lo notó tan normal como siempre. Cuando salí a despedirla, me dio un abrazo con fuerza con lágrimas en los ojos y se marchó.
Seguía teniendo sentimientos encontrados con ella, especialmente después de todo lo que me había contado Jack la noche de la cena en su casa. Pero... lo cierto era que no había tenido tiempo de enfrentarme a ello durante esos meses. Ahora mismo, lo único que me importaba era que él se pusiera bien.
Ya todo estaba volviendo a la normalidad. Estaba tan feliz. Esa noche, estábamos los cinco —más Mike, que había aparecido de la nada, como siempre— comiendo pizza y viendo el programa de reformas de casas. Naya comentaba no sé qué de una puerta que no le gustaba desde el otro sofá con Will. Sue y Mike se quejaban de su mal gusto desde los sillones. Mientras, Jack se había tumbado en el sofá y me tenía apretujada encima de él. Estaba especialmente cariñoso ese día. Tampoco iba a quejarme de esa parte.
Me tenía la nuca sujeta con una mano y la cintura con la otra mientras me besaba en la comisura de los labios, las mejillas, la nariz, los ojos... y yo no podía hacer otra cosa que mirarlo entre sorprendida y divertida. No dejó de hacerlo ni cuando su hermano me dijo no sé qué de que me veía bien. Yo también lo ignoré. Subieron los cuatro al tejado a fumar —y creo que a dejarnos solos— poco después de ello.
En cuanto estuvimos solos, él me plantó un beso en los labios muy diferente a los que me había dado en toda nuestra relación. Un beso tierno. Muy tierno. Cuando se separó, pasó el pulgar por mi labio inferior, mirándome detenidamente. Subió los ojos hasta los míos. Me miró con intensidad.
—No te has ido en todos estos meses —murmuró, como si no pudiera creérselo.

Era la primera vez que hablaba de ello. De hecho, era la primera vez que hablaba de algo, en general, en mucho tiempo. Sonreí un poco.
—¿Creías que lo haría?

—A veces, me cuesta seguirte —murmuró, observándome atentamente.
Me acerqué a él y volví a besarlo en los labios suavemente para calmarlo.
—No me iré. Ya lo sabes.

—¿Y si...?

—Jack, honestamente, creo que ya he visto lo peor de ti —enarqué una ceja—. Si me hubiera querido ir, lo habría hecho hace tiempo. ¿Crees que me iré ahora que vuelves a ser el de siempre?
Me esperaba una sonrisa, pero se limitó a seguir mirándome atentamente.
—Sé que es una tontería, pero necesito que lo digas otra vez —murmuró.

Se me secó la boca. Él estaba muy tenso, esperando que dijera las dos palabras que quería oír. Aparté la mirada, algo cohibida. Seguía dándome un poco de impresión pronunciarlas.
—¿Me quieres?

Silencio.
—No —lo miré. Entreabrió los labios, sorprendido, pero me adelanté y le dediqué una pequeña sonrisa—. Te amo.
Share

Capítulo 14

—Ya me estoy arrepintiendo de esto.
Miré a Jack con mala cara cuando se detuvo en un descampado.
—¿Y si ahora resulta que soy mucho mejor conductora que tú?

—No te hagas ilusiones. Soy el mejor.
Estaba un poco más entusiasmada de lo recomendado cuando salté del coche y daba la vuelta por delante para ir al asiento del conductor. Jack se cruzó conmigo y vi su mueca de angustia. Sonreí ampliamente cuando cada uno ocupó el lugar del otro.
—Así que así se siente ser tú —bromeé, poniendo ambas manos en el volante.

—¿Te crees que lo único que hago es conducir?

—No, también se te da muy bien pedir disculpas —le enarqué una ceja—. Porque te recuerdo que me debes esto. No puedes echarte atrás.

Suspiró pesadamente.
—Me estoy arrepintiendo mucho.

—¡Lo hará bien, Ross, nos seas aburrido! —sonrió Mike, asomándose entre los dos asientos.

—Y, si no lo hace bien, tienes una excusa para encontrar un coche nuevo —Will se encogió de hombros.

—O una novia nueva —le dije.
—Tendrás que hacer mucho más que romperme un coche para librarte de mí.

Sonreí mientras Will y Mike aseguraban sus cinturones. Ellos dos habían decidido venir a ver el desastre. Naya y Sue habían dicho que preferían quedarse en un lugar seguro, las muy asquerosas. Bueno, lo importante era que iba a conducir por primera vez en mi vida.
—¿Cuál era la apuesta? —preguntó Will.

—Yo dije que lo haría fatal —dijo Mike.

—Yo dije que se asustaría —dijo Will.

Miré a Jack al instante, con los ojos entrecerrados.
—¿Qué apostaste tú?

Él levantó las manos en señal de rendición.
—Estoy de tu parte, ¿vale? Dije que se te daría bien.

Mike empezó a reírse.
—Menuda ment...
—Primer aviso —Jack lo señaló—. Al tercero, te abandonamos aquí y nos vamos. Y lo mismo va por el otro idiota de atrás.

—¡Si yo no he dicho nada! —protestó Will.

—¿Podéis callaros? —mascullé, mirando lo que tenía delante—. A ver... hay una cosa para que esto vaya más rápido, ¿no?

Jack se tapó la cara con las manos.
—¿Qué? —pregunté, confusa.
—Que estoy viendo demasiados resultados de todo esto y ninguno es bonito para mi coche.

—¡Ten un poco de confianza en mí!

—Por favor, Jen, no te cargues mi coche. Es lo que más quiero en la vi... —se detuvo en medio de la frase al ver mi cara—. ...lo segundo que más quiero en la vida.
—¿Qué ibas a decir?

—¿Yo? Nada.

Mike se asomó entre los asientos de nuevo con una sonrisita.
—Lo primero es su cama —me dijo en voz baja.
—Segundo aviso —Jack le frunció el ceño.

—Cállate. No quiero volver andando —protestó Will.

—A ver —Jack se centró—. Antes de encender el coche y que muramos todos...

—¡No vamos a morir!

—...tienes que saber dónde está cada pedal.

—¿Pedales? ¿Esto tiene pedales?

Cuando vi su cara de horror, empecé a reírme.
—Que es broma. Sé que tiene dos. Acelerador y freno, ¿no?
—Vale. He cambiado de opinión. Cambiémonos de asiento.
—¡No! —tiré de su brazo cuando intentó girarse hacia la puerta—. Venga, hay tres pedales. ¿Cuál es cuál?

—Esos dos son el freno y el acelerador. Usas solo un pie para ambos. El otro es el embrague.

—¿Y no sería más fácil usar dos pies para...? —vi su cara y me puse roja—. Vale. Lo pillo. Me callo.

Y empezó a soltarme una charla sobre marchas, frenos de mano, asientos, cinturones, volantes y otras cosas que no me interesaban demasiado pero escuché igual. Lo que yo quería era conducir como una loca. Sin embargo, me contuve cuando respiró hondo y miró su coche como si fuera a mandarlo a una guerra.
—Vamos allá —murmuró, girando la llave del contacto para mí.

El motor rugió y sonreí, entusiasmada.

—¿Qué creéis que harán Naya y Sue si morimos? —preguntó Mike.

—Montar una fiesta —le dijo Will.

—¿Tú crees?

—Sí. Tendrán una habitación entera para el bebé.

—Y un parásito menos en el sofá —dijo Jack.

—¡Estoy harto de que me llaméis parásito! ¡Si yo no viniera, esto sería aburridísimo!

—Como sea —Jack me miró—. Venga, acelera antes de que cambie de opinión. Con suavidad, por favor.
—A ver... —murmuré—. Freno de mano, embrague, cambio de marcha... eh...

Cuando vio que intentaba mover la palanca y no podía, puso una mano sobre la mía y la guió. Pude ver la ansiedad en sus ojos.
—Vale, ahora, suavemente...

El coche aceleró lentamente y mi entusiasmo fue visible. Menos mal que no había nadie más ahí. Iba a menos de diez por hora, pero ya era suficiente para mí. Sonreí a Jack, que me giró la cara hacia delante de nuevo, angustiado.
—Muy bien —parecía que se lo decía a su pobre coche—, ahora, gira un poco a la derecha y vamos a intentar llegar a ese poste de ahí.

—Es la vez que más nervioso te he visto en mi vida —le dije, sonriente.

—Jen, céntrate, por favor.

—¡Puedo hablar contigo y mirar lo que tengo delante perfectamente!

—¡Céntrate! —protestó.

Suspiré e intenté ir hacia el poste. Él me empujó un poco el volante al ver que solo lo había girado unos centímetros. Parecía que todo el mundo estaba muy centrado en lo que hacía. Y yo la primera. Estaba muy tensa.
Cuando llegué al poste, me dijo que intentara volver a la entrada del descampado, solo que con un poquito más de velocidad. No sé cuántas vueltas dimos, pero al final me sentía un poco más segura y Jack parecía más aliviado.
—Pues no se te da tan mal —comentó Will.
—Si lo dijeras sin sorpresa, lo agradecería más —puse mala cara al frente.

—Bueno, todavía no hemos muerto —comentó Mike—. No es un mal comienzo.

—No la desanimes, idiota —Jack me puse una mano en la nuca—. Lo estás haciendo genial.

—¿En serio?
Sonrió.

—Sí.
—¿Eso quiere decir que puedo conducir a casa? —sonreí ampliamente.

Su sonrisa desapareció al instante.
—No.

Le puse mala cara.
—Pero... —Mike lo pensó un momento—, no hemos practicado lo que pasaría en una situación de emergencia.

—¿Y qué es una situación de emergencia? —pregunté, yendo hacia la salida del descampado a un poquito más de velocidad.

—No sé. Tampoco conduzco mucho.

Will lo miró.
—Eso se lo enseñarán en una autoescu...

—¡CUIDADO, JEN, UN GATITO! —me gritó Mike de repente.

Del comentario repentino y del susto —porque estaba mirando a Jack y no a lo que tenía delante— di un frenazo tan brusco que él me puso un brazo delante de los hombros instintivamente. Contuve la respiración y revisé lo que tenía delante con los ojos, entrando en pánico. Pero no había ningún gatito.
Lo que sí hubo fue un golpe sonoro contra la parte de atrás de mi asiento.
—¡AUCH! —protestó Mike.
—¿Dónde está el gatito? —intenté asomarme por encima del asiento, asustada.

—¡Era broma! —protestó él, sujetándose la nariz y provocando voz nasal.
—¡¿Broma?! —repetí, mirándolo—. ¡¿Tú sabes el susto que me has dado?!
—¿A quién demonios se le ocurre? —le preguntó Jack, enfadado.
—¡Era para darle un poco de emoción! ¡Me has roto la nariz!

—No seas exagerado —Will negó con la cabeza—. Solo te sangra un poquito.

—¡¿En qué momento has creído que eso era una buena idea, Mike?! —me indigné, mirándolo.

—¡Pensé que sería divertido!

—Mira que eres idiota —Jack puso los ojos en blanco.

—¿Os tengo que recordar que estoy sangrando? —protestó Mike.

—Oh, mierda —me di la vuelta, acordándome de esa parte—. Lo siento mucho, Mike, yo no...

—No te disculpes —me cortó Jack con el ceño fruncido—. Se lo tiene merecido.
—Vaya, gracias por tu comprensión, hermanito.

De todos modos, me sentía horrible. Así que Will se quedó delante con Jack, que me miraba por encima del hombro cada cinco minutos consolando a su hermano y ponía mala cara. En realidad, Mike había dejado de sangrar hacía ya un rato. Pero me sentía muy mal. Después de todo, había sido idea mía lo de conducir.
Cuando llegamos al piso, me dejé caer en el sofá de un suspiro. Will fue directo a Naya, que intentaba cocinar algo que olía fatal. Vi que se besaban y hablaban mientras yo me centraba en Sue, que dejó su libro a un lado, interesada al ver la sangre seca de Mike.
—¿Alguien lo ha golpeado? —no parecía muy sorprendida por la idea.

—No —suspiré.

—Lástima.

—No voy a sacarme nunca el carné —protesté.

—¿Por qué no? —me preguntó Sue, confusa.

—¡Mi primer día y ha salido una persona herida! —señalé a Mike con una mano.

Él sonrió como un angelito con la boca llena de sangre seca.
—Mike no se puede considerar *persona* del todo, ¿no? —preguntó Sue.

—Yo diría que no —opinó Jack, sentándose a mi lado.
—¿Os acordáis de la parte en que sigo aquí? —él se cruzó de brazos.
—Claro que nos acordamos —le sonrió Sue—, por eso lo decimos.

Jack decidió ignorar a su hermano y mirarme.
—Y tú no digas tonterías. Lo estabas haciendo de maravilla hasta que este idiota te ha distraído.

Lo miré con una mueca poco convencida.
—Tu opinión no cuenta, Jack.

—¿Qué? —frunció el ceño—. ¿Por qué no?

—Eres como una mamá oso —le dijo Sue—. Solo ves lo positivo.

—Eso no es verdad —protestó Jack, irritado.

—¿Ah, no? —Mike lo miró—. Di algo malo de Jenna. No se enfadará.
Hubo un momento de silencio. Él abrió los labios y volvió a cerrarlos. Puso una mueca de enfado.
—Cualquier cosa —añadió Sue.

—¿Ves? —Mike sonrió ampliamente—. Teoría probada.

—¿En serio no puedes decir nada malo de mí? —sonreí, rodeándole el cuello con los brazos. Él parecía irritado, pero no me importó—. Creo que eres la primera persona en mi vida que

opina así.

—Me da igual lo que penséis —remarcó—. Si no creyera que conduce bien, no habría dicho nada.

—Entonces, ¿lo crees en serio?

Él se giró hacia mí, suspirando.
—No te lo diría de no ser así.

—¿Eso significa que volverás a dejarme tu coche?

Él suspiró y se puso mis piernas en el regazo.
—No me queda otra —dijo como si acabara de darme permiso para arruinarle la vida.

Sonreí, entusiasmada, y me incliné hacia delante. Noté que sonreía un poco cuando empecé a besuquearlo en la mejilla y se dejó caer conmigo en el sofá, rodeándome las rodillas con un brazo. Giró la cabeza y atrapó mis labios en los suyos.
—Genial —Sue suspiró—. Justo cuando creía que esos dos eran babosos, llegáis vosotros.
—¿Podéis parar? —protestó Mike, cruzándose de brazos.

Jack se separó para lanzarle un cojín a la cara.
—¿Qué? ¿Estás celoso? —le sonrió maliciosamente.

Mike le puso mala cara y fue a sentarse a los sillones con Sue. Will y Naya aparecieron poco después y no nos quedó otra que separarnos para probar los pastelitos que ella había hecho. Jack atrapó uno y le dio un mordisco. Tuve que contener una sonrisa cuando cerró los ojos un momento, intentando no poner cara de asco.
—¿Qué tal? —preguntó Naya, entusiasmada—. ¿Están buenos?

—Buenísimos —le aseguró Will enseguida. Él se había comido uno entero sin poner una sola mueca. Era admirable.
Qué mal habría sonado eso fuera de contexto.
Di un codazo disimulado a Jack cuando Naya lo miró, esperando una respuesta. Él tragó con una mueca y asintió con la cabeza.
—Delicioso.

Naya aplaudió felizmente e interrogó a Mike y Sue. Jack suspiró, mirando el pastel como si fuera su peor castigo.
—¿Cómo pueden saber peor cada vez que los hace? —preguntó en voz baja—. ¿No debería ser al revés?

—Habló el cocinero experto.

—Perdona —me miró, indignado—, pero mi chili es lo más genial que probarás en el mundo.

—Jack, cariño, no quiero ser mala, pero... no hay quien se lo coma.

—¿Qué? —echó la cabeza hacia atrás, más ofendido que nunca—. ¿Por qué no?

—¡Pica muchísimo!

—¡Pica lo justo y necesario!

—Jack, solo tú puedes comerlo.

—Porque sois unos débiles —dejó el pastelito mordido en la mesa con una mueca.

Abrí la boca para decir algo, pero me detuve cuando vi que Naya se había puesto a lloriquear. Jack también la miró, sorprendido. Will estaba dedicando una mirada cansada a Mike, que parecía intentar decir algo.
—¡No quería decir eso! —aseguró enseguida.

—¡Sí querías! —lloriqueó Naya—. ¡Soy una cocinera horrible!

—¡No están tan quemados! —Mike se apresuró a rasgar la superficie del pastelito con un cuchillo—. ¿Ves? Si rascas un poquito, como con las tostadas, no parece que...

—¡Soy una cocinera horrible! —chilló ella de nuevo, poniéndose de pie bruscamente.

—Naya... —intentó detenerla Will.
—Tú cállate, mentiroso.

Y se quedó mirándome en busca de ayuda.
—Oye, Will —le dije—, ¿no tenías algo que hacer o...?

—Sí, parece un buen momento para darse una ducha —murmuró.

Se marchó, dejándonos a los cinco solos. Naya se tumbó en el sofá con una mueca dramática clavada en el techo. Suspiró pesadamente.
—Seré una madre horrible.

—No digas eso —protesté.

—Es verdad. No estoy psicológicamente preparada para cuidar de otro ser vivo.

Mike puso una mueca.
—¿Por no saber hacer un pastelito montas tanto drama? Si yo no sé ni encender el horno. Y no lloro cada vez que me acuerdo.

—¡No ha sido solo un pastelito, han sido muchos!

Sue intentó poner paz.
—Bueno, Naya, no saber cocinar es...

—¡No es por los pastelitos! —exclamó, lloriqueando de nuevo.

—¿Y se puede saber por qué es? —preguntó Mike.

Suspiré cuando me miró en busca de ayuda… otra vez. Decidí intervenir.
—Los pastelitos son solo una alegoría de su sentimiento de ineptitud ante la perspectiva de la maternidad.

Hubo un momento de silencio. Mike parpadeó, mirándome fijamente.
—No sé qué quieren decir la mitad de las palabras que has usado.

—Que los pastelitos simbolizan que cree que será una mala madre —le dijo Sue.

—Ah, eso… ¿y por qué demonios lo has dicho de una forma tan complicada?

—No lo sé, creo que el año de filología ha servido para algo —murmuré.

—Mírate, tengo una novia cerebrito y me encanta —sonrió Jack, enganchándome con un brazo para besarme en la frente.

Naya se puso a lloriquear de nuevo al vernos.
—¿Ves? Mirad cómo os queréis. Vosotros sí seríais padres geniales. No como yo. Podríais tener siete hijos y seguro que os saldrían todos perfectos.

Casi me reí.
—¿Sie…?

—Siete suena bien —dijo Jack.

Abrí los ojos como platos.
—Espera, ¿qué?

—Que siete suena bien.

—¡No soy una coneja, relájate!

—Vale, vale —suspiró—. Pues solo seis.

—Veros tan felices me pone de mal humor —Naya se señaló—. ¿Por qué nada puede centrarse mi drama?

Y se marchó dramáticamente. Me apresuré a seguirla mientras los demás se quedaban en el salón. Naya se había encerrado en su habitación. Vi que estaba sentada en la cama con expresión tristona.
—¿Qué te pasa hoy? —pregunté.

—No lo sé. Estoy como… muy alterada desde hace un tiempo —suspiró—. Y lo estoy pagando con Will. Pobrecito.

—Él lo entiende —le aseguré, sentándome a su lado.

—¿Tú crees?

—Claro que sí.

Suspiró y se puso de pie, pasándose una mano por la tripa.
—Y encima estoy hinchadísima. Parezco un globo a punto de estallar.

—Naya, estás embarazada.

—¡Pero no sabía que iba a ponerme tan gorda!

—Pues tú espera a estar de nueve meses...

—Eso no ayuda, Jenna.

—Vale, tienes razón —saqué el móvil del bolsillo—. Voy a buscar métodos de liberar estrés a nuestro viejo amigo Google.

—Espero que salga algo relacionado con golpear pareces, porque me apetece mucho.

Busqué durante unos segundos.
—No sale eso —murmuré—. Pero... aquí salen algunos truquillos.

—¿Cuáles?

—El primero, la aromaterapia.

—Sí, claro —mascullό de mala gana.

—Vale, descartado. Reírse.

—¿Parece que quiero reírme?

—Otro descarte. Mhm... el yoga.

—Estoy tan hinchada que apenas puedo ponerme de pie sin ayuda. ¿Cómo voy a hacer yoga?

—¡Vale! Pues la última. Gritar para liberar tensiones.

Hubo un momento de silencio. Me miró, confusa.
—¿Gritar?

—Sí, gritar sin más. Pone que libera tensiones al instante. Aquí te recomiendan ponerte una almohada en la cara para que no se escuche y...

—No me hace falta almohada —aseguró, preparándose.

Justo en ese momento, Jack abrió la puerta y entró en la habitación.
—Hey, estamos decidiendo lo que vamos a cenar y...

—¡AAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHHHHHHHH!

Jack dio un salto hacia atrás, asustado, chocándose con la espalda en la puerta y haciendo que se cayera un libro de la estantería.
Yo misma di un respingo. Naya respiró hondo y me miró.
—Whoa, sí que funciona —dijo, casi jadeando.

Sue apareció en la habitación.
—Pero, ¿se puede saber qué os pasa ahora?

—¡¿Qué era ese grito?! —chilló Mike, llegando—. ¡¿Quién ha muerto?! ¿Has sido tú, cuñada?

—Sigo vi... ¿por qué debería haber muerto?

—No lo sé. Naya parecía estar en modo asesino.

—Vale —Jack frunció el ceño—, ¿alguien puede explicarme porque me acaba de soltar ese grito en la cara?

—Para desahogarme. Deberíais probarlo.

—Sí, seguro que a los vecinos les encanta —dijo Sue.

—¡Es de día, no pueden quejarse!

—Pero... —intenté decir.

Y, entonces, Mike soltó un grito todavía peor que el de Naya. Sue dio un respingo a su lado y le clavó un puñetazo en el pecho.
—¡Me has asustado, pedazo de idiota!

—¡Es verdad, funciona! —chilló él.

—¿En serio? —pregunté.

—¡Sí, pruébalo!

Jack intentó poner paz.
—Como alguien más se ponga a gritar voy a...
Grité con todas mis fuerzas, haciendo que me doliera la garganta. Mike y Naya empezaron a aplaudir cuando terminé. Sue y Jack negaban con la cabeza.
Entonces, apareció Will con una toalla alrededor de la cintura, sobresaltado. Se quedó mirándonos a todos y sus ojos se detuvieron un momento más en Naya.
—¡¿Se puede saber a qué vienen tantos gritos?!

—Son para liberar tensiones —explicó Mike.

Will nos juzgó duramente con la mirada, pero se limitó a suspirar y a señalar la puerta.
—Tengo que vestirme —nos dijo—. ¿Podéis ir a gritar al salón?

—Nadie más va a gritar —advirtió Jack.

De todos modos, salimos de su habitación, dejándolo solo con Naya. Me dejé caer en el sofá. Era cierto que eso relajaba. Menuda novedad. Jack me miraba fijamente.
—¿Qué? —pregunté alegremente.
—Sabía que a Naya y a Mike les faltaba algo para que la cabecita les funcionara como al resto de personas normales, pero tú me has sorprendido.

—Vamos, no seas tan amargado —atrapé su muñeca y tiré de él hasta que estuvo sentado conmigo en el sofá.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estábamos solos.
—¿Dónde están Mike y Sue?

—Se han encerrado en la habitación de Sue.

—¿Y Will y Naya...?

Y empecé a escuchar música de la habitación de Naya y Will. Oh, genial, ya estaba haciéndolo. Jack puso los ojos en blanco.
—Vale, olvídalo —una duda asaltó mi mente—. ¿Pueden... mhm... hacer eso estando Naya embarazada?
—No veo que haya habido ningún problema hasta ahora —dijo, tumbándose descaradamente sobre mí—. Imagínate que tú te quedaras embarazada. No podría vivir nueve meses sin hacer nada contigo.

—Qué romántico eres —puse una mueca.
—Solo soy sincero.

—Vale, ¿por qué ha salido el tema de tener hijos tantas veces?
—Tú lo has sacado —sonrió ampliamente, dejando caer un poco más de su peso sobre mí con una sonrisita malvada.

—Jack, solo llevamos unos meses juntos. ¿No crees que es un poco pronto...?

—Nunca es demasiado pronto para soñar.

Sonrió ampliamente y se inclinó hacia delante para besarme. Sin embargo, el beso no duró demasiado porque se separó con la mirada iluminada. Oh, no, ¿qué tenía ahora en mente?
—¿Te imaginas cómo sería un hijo nuestro?

—La verdad es que no me lo he...

—Una mezcla de nosotros dos. Sería modelo o algo así.

—Vale, Jack, espero que tenga un poco más de humildad que su padre.

—Eso sí, no podríamos tenerlo aquí —dijo, pensativo, mirando a su alrededor.

Fruncí el ceño como si me hubiera insultado a mí en lugar del apartamento.

—¿Y eso por qué?

—Es demasiado pequeño.

—¡Tiene tres habitaciones!

—Y los niños necesitan corretear y todo eso, ¿no? Como los animalillos.
—Técnicamente, los niños son animalillos.

—Y te aseguro que yo de pequeño necesitaba un jardín si mis padres no querían que destrozara la casa.

—¿Qué eras tú de pequeño? ¿Un dinosaurio?

—No, no podríamos vivir aquí —volvió a quedarse en silencio, pensativo, antes de encogerse de hombros—. Podría hacer otra película y ganar más dinero para comprar una mansión.

—Vale, Jack, no...

—O tú podrías pintar algo abstracto, estúpido, pero bonito y hacerte famosa.

—¿Cuántas películas Disney has visto?

—Solo son ideas —dijo alegremente.

Vi que se le decaía un poco la expresión de repente y levanté las cejas, intrigada. Le sujeté la cara con ambas manos para que me mirara.
—¿Qué pasa?

—Nunca me había detenido a pensar en algo así.

—¿En comprar una casa?

—En tener una familia.

Él clavó los ojos en cualquier cosa que no fuera mi cara y vi que volvía a quedarse pensativo. Apreté un poco los labios. No me gustaba verlo así. Tiré un poco de su cara para que volviera a mirarme.
—¿Por qué no?

—No lo sé. Siempre creí que terminaría viviendo solo. Es decir, estaba claro que Will y Naya iban a terminar siendo una de esas parejas insoportables con cincuenta hijos, dos perros, un gato, un hamster y una casa en la playa. Y yo iba a ser el genial tío Jack. Pero... el genial tío Jack no tenía mucha perspectiva de un futuro parecido.

Hubo un momento de silencio. Yo no pude evitar esbozar una pequeña sonrisa.
—Ya tendrás tiempo de pensar en eso —le aseguré—. En lo que deberías centrarte ahora es en hacer lo que más te guste.
Clavó los ojos en mí y esbozó una sonrisa malvada. Se inclinó hacia delante hasta que su cara quedó a centímetros de la mía.

—Estoy en ello.

Sonreí ampliamente cuando cortó la distancia entre nosotros, besándome con ganas. Le sujeté la nuca con una mano, arqueándome para que pudiera acomodarse mejor. Era curioso cómo besarse había parecido algo tan secundario en mi otra relación. Ahora, besar a Jack era casi una adicción. Podría pasarme horas haciéndolo. Y sospechaba que él también.
Metió una mano en mi camiseta y yo me reí como una idiota cuando sus dedos me hicieron cosquillas en el estómago. Él sonrió ampliamente y seguimos jugando por unos segundos hasta que escuché que alguien se aclaraba ruidosamente la garganta en el pasillo.
Mike estaba con las manos en las caderas, suspirando.
—Gracias por recordarme constantemente mi falta de vida sexual.

—Gracias por interrumpir constantemente mis ratos a solas con mi novia —Jack le enarcó una ceja.

—¡Si queréis intimidad, tenéis una habitación! ¡Yo no la tengo!
Jack me miró con una sonrisa bailando en sus labios. Yo la correspondí.
—Mike tiene razón —le dije—. Deberíamos ir a la habitación.

—Estoy muy de acuerdo.

—¡Eh! ¡No lo decía por eso! —protestó Mike viendo como nos íbamos de la mano al pasillo—. No me dejéis solito, me aburro mucho.

Jack se detuvo para atrapar el mando de la consola y se lo lanzó. Mike lo atrapó al aire.
—Pásalo bien —le guiñó un ojo antes de arrastrarme con él por el pasillo, directos a la habitación.

CAPITULO 15

Puse los ojos en blanco cuando entré en el salón y me encontré una batalla campal. Supuse que la relajación de la ducha iba a durar poquito.
—¡No! —gritó Sue, enfadada, robando el control de la televisión—. ¡Me toca a mí!

—¡Me toca a mí! —protestó Naya, quitándoselo.

—¡Sí, claro, para que pongas una de tus chorradas! —Mike intentó quitárselo.

—¡Tengo todo el derecho a poner una de mis chorradas!

—¡De eso nada! —protestó Jack, metiéndose y tirando del control por otro lado.

Y, de pronto, todo el mundo tiraba de algún lado menos Will, que los miraba casi con ganas de llorar. Vale, igual tenía que intervenir.
—Pero ¿qué hacéis? —pregunté.

Fui ignorada mientras todos se peleaban entre sí, vociferando y empujándose entre ellos. Por un momento, me preocupó Naya con su tripa hinchada, pero ella era la que daba los codazos más fuertes.
—¿Hola?

—¡Que me toca a mí! —ni siquiera sé quién lo dijo.

Me impacienté y me adelanté, irritada, metiendo la mano en medio de todo el caos. Logré alcanzar yo el control y me separé de un salto de ellos, que se giraron hacia mí al instante. Y todos con mala cara.
—¡¿Se pude saber qué os pasa?!
—¡Me toca a mi elegir qué vemos y Sue me ha robado el mando! —Mike la señaló como un niño pequeño.

—¡A mí me lo ha robado Naya!
—¡Y a mí Ross!

Jack miró a su alrededor en busca de alguien a quien culpar, pero no tuvo suerte. Cuando se giró, dio un respingo a ver que lo apuntaba con el mando.
—¿Así que has empezado tú?

—¡No he empezado yo! ¡Todos estábamos peleando!

—Pero ¿qué tenéis? ¿Cinco años? ¡Si siempre miramos lo mismo!

—¡No es cuestión de cambiar de canal! —me dijo Sue.

—¡Exacto! —coincidió Naya.

—Es cuestión de tener el poder —aclaró Mike dramáticamente.

Los miré un momento, esperando que alguien me dijera que era una broma. Pero no. Iban en serio.
—Pues el poder no será para ninguno de vosotros.
—¿Y será tuyo? —Naya se cruzó de brazos.

—No —se lo lancé a Will, que lo atrapó al aire—. Será de la única persona que no se peleaba como un crío cuando he entrado en el salón.

Empezaron a protestar todos a la vez, pero decidí ignorarlos y me senté en el sofá. En realidad, se cansaron rápido y no tardaron en sentarse cada uno en su lado. Yo me quedé con Jack al lado, que se había cruzado de brazos, irritado. Intenté apoyar la cabeza en su hombro y me puso mala cara.
—¿Te has enfadado? —lo pinché en la mejilla con un dedo.

—No.

—¿Por qué te has enfadado?

—Porque le has dado el mando a él y a mí no.

Sonreí ampliamente, divertida.
—Eres como un niño pequeño, ¿lo sabías?

Él iba a decir algo, pero se detuvo cuando algo voló a su cara. Un cojín. Mike y Sue se estaban riendo malévolamente, pero dejaron de hacerlo cuando él lo lanzó de vuelta a la cabeza de Mike. Puse los ojos en blanco y decidí centrarme en mi móvil, que vibraba.
Mi hermano me estaba llamando. Uy, qué raro. Seguro que quería algo.

—Hey, Spencer —lo saludé distraídamente mientras seguían volando cojines delante de mi cara.

—Hola, hermanita —me dijo alegremente—. ¿Qué es de tu vida? Hace mucho que no me cuentas nada.

—He estado ocupada con los exámenes y todo lo demás —obviamente, solo Shanon sabía lo que había pasado con Jack esos meses—. ¿A qué se debe esta inesperada llamada?
—¿Inesperada llamada?
—Vamos, Spencer, nos conocemos desde hace ya un tiempo.
—Desde que naciste, concretamente.
—Pues por eso, ¿qué quieres?
—¿Por qué asumes que quiero algo?
—Cambiaré la pregunta. ¿Qué has hecho?
—¡No he hecho nada, paranoica!

—Dime que no has dejado a tu novia.

—¿Mi nov...? ¡La dejé hace más de un año!

—Ah, sí, es verdad.

—Menuda hermana estás tú hecha.

—Bueno, ¿me vas a decir ya qué quieres?

—Bueeeeeeno… —suspiró—, tengo una sorpresa para ti.
Sonreí, más interesada.
—¿Una sorpresa?

Jack me miró con curiosidad.
—Abre la puerta de tu nueva casita —me dijo Spencer.

Por un momento, no reaccioné. Parpadeé varias veces antes de girarme en redondo hacia la puerta. Jack enarcó una ceja. Debió pensarse que me estaba volviendo loca.
Tranquila, eso ya lo pensábamos todos antes.
—¡No! —exclamé al teléfono, entusiasmada.

—¡Sí, abre de una vez!

Lancé el móvil al sillón y le dio a Mike, que soltó un gritito de protesta. Fui directa a la puerta y la abrí de par en par. Mi hermano casi se cayó encima de mí. El muy idiota estaba apoyado en ella. Dejó el móvil en su bolsillo.
—¡Sorpresa! —sonrió ampliamente.

—¿Qué demonios haces? —quiso saber Naya, intentando asomarse desde el sofá, intrigada.
—¡Spencer! —exclamé entusiasmada, rodeándolo con ambos brazos.

Él se rió y me devolvió el abrazo. Vale, hacía demasiado tiempo que no lo veía. Incluso me daba la sensación de que se había entrenado un poco más. Lo que me recordó lo poco en forma que estaba yo. Esperaba que no lo notara.
—Um… —se separó y me tocó el brazo con una mueca—. Alguien no ha estado entrenando mucho.

Pues nada.
—¿Qué haces aquí? —cambié de tema estratégicamente.

—Estaré aquí unos días por trabajo —se encogió de hombros—. Me alojo en un hotel, pero pensé en visitarte. Y ver dónde demonios has estado viviendo durante casi un año.

—¡Si solo llevo aquí unos meses! —tiré de su brazo y cerré la puerta—. ¡Ven, que voy a presentarte en sociedad!

—¿Que vas a qué…?

Me detuve en salón sin soltarlo. Todos se giraron hacia nosotros. Vi que Jack levantaba las cejas, sorprendido.
—¿Spencer?

—¿Qué tal? —le sonrió mi hermano—. No os veía en mucho tiempo. ¿Qué tal, Will, Mike...? Whoa, Naya, estás muy... eh... muy...
—Soy como un huevo en el microondas a punto de explotar, lo sé —masculló ella.

Silencio incómodo. Me aclaré la garganta.
—Ejem —atraje la atención de nuevo—. Creo que a la única que no conoces es a Sue.

Mi hermano la saludó con un gesto en la cabeza y ella respondió igual.
La ternura personificada.
—¿Qué haces aquí? —preguntó Jack, haciéndole sitio en el sofá.
—Tengo una convención por el trabajo y pensé en hacer una visita sorpresa —miró a su alrededor, sentándose con nosotros dos—. Mi madre quiere que la informe, pero no le digáis que lo he confesado.

—Es que es muy bueno guardando secretos —dije.

—¿Y qué te parece el piso? —preguntó Will.

—Cumple las expectativas —él se frotó la manos—. Con Jenny viviendo aquí, me esperaba algo más desastroso.
—¿Y eso qué significa? —protesté.
—Bueno —me ignoró—, iba a preguntaros cómo os va a vosotros dos, hermanita, pero veo vuestra vida actualizada cada semana en las revistas. *La misteriosa e interesante novia de Jack Ross*.
—Lo de interesante es porque todavía no la conocen —Sue sonrió maliciosamente.

—Pues cuando le hagan una foto se reirán —dijo Spencer.

—Con lo fotogénica que es —Mike también empezó a reírse.
Y todos empezaron a reírse de mí. Genial. Ya me sentía como en casa.
Estuvo con nosotros por un buen rato. Básicamente, nos habló de cómo iban las cosas por casa, de su trabajo e hizo algún que otro comentario para que todo el mundo se riera de mí. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que no dejaba de echar ojeadas a mi izquierda cuando hacía una pregunta. No entendí nada hasta que vi que estaba mirando... a Sue.
Y Sue le dedicaba sonrisas y miradas.
Qué.
—¿Y qué estudias tú, Sue? —le preguntó directamente, confirmando mis sospechas.
—Psicología.

—Debe ser una carrera muy interesante —mi hermano le sonrió.

—Aprendes muchas cosas interesantes sobre la manera de pensar de la gente —le aseguró ella.

Miré a uno y después al otro. Las sonrisas. Las miradas. Oh, no. No con Sue, por favor. Conocía a mi hermano con las chicas. Miré a Jack en busca de ayuda y él pareció divertido al ver mi cara de pánico.

—¿Podrías decirme alguna? —mi hermano aumentó la sonrisa.
—No puedo desvelar esas cosas.

—¿Y son muchas?

—Las suficientes.

—Ejem —Mike se aclaró ruidosamente la garganta—, ¿alguien tiene hambre?

—Ya hemos cenado —Sue le quitó importancia sin mirarlo.

Vi que Mike se cruzaba de brazos y Will sonrió, negando con la cabeza. Menos mal que Jack cambió de tema, preguntando a mi hermano por cualquier tontería y haciendo que se pusiera a divagar.
En realidad, no pasó mucho tiempo con nosotros porque todavía no había dormido desde el día anterior. Ya era la hora de despedirse y Naya y Will se habían aislado en su habitación, al igual que Sue. Mike seguía en el salón de brazos cruzados. Jack me acompañó a la puerta con Spencer.
—¿No necesitas que te lleven? —preguntó Jack.

—El hotel no está muy lejos de aquí, no hay problema —nos aseguró, sonriente—. Bueno, intentaré pasar a veros tan pronto. Y portaos bien, ¿eh?

—No —lo detuve, señalándolo—. Tú pórtate bien.

—¿Qué quieres decir con eso? —se hizo el inocente.

—Que sé lo que haces siempre con mis amigas —le advertí.

—¡No es mi culpa que todas tus amiguitas del instituto estaban coladas por mí!

—¡Tú les dabas esperanzas, idiota!

—Vale, ¿qué tiene que ver eso con...?

—Deja de ligar con Sue —le advertí.

Él se llevó una mano al corazón.
—¿Quién ha dicho que estuviera ligando?

Miré a Jack en busca de ayuda. Él se encogió de hombros, sonriendo. Se lo estaba pasando en grande con esto.
—Venga ya, Spencer —lo miré de nuevo.

—Bueno, no parecía muy incómoda.

—Ella no, pero yo sí. Y te conozco. Y no quiero que utilices a Sue.

—Sue es mayorcita, Jen —me dijo Jack, apoyando un hombro en la pared.
—¡Me da igual! ¡Como me enteres de que haces lo mismo que con todas, Spencer...!

—Relájate, Cruella de Vil —suspiró pesadamente—. Bueno, me voy a dormir antes de que esto termine en una discusión. Ah, y llama a mamá. Ha preguntado por ti varias veces.
—Vale —murmuré—. Lo ha...

—Se lo decía a él —Spencer señaló a Jack.

Lo miré, ofendida. Él sonrió como un angelito.
—¿Qué? ¡Yo soy su hija!

—Vamos, lo quiere más a él que a nosotros cinco juntos —Spencer puso los ojos en blanco—. Aunque tú puedes llamarla también. Supongo que no te colgará.

Le saqué el dedo corazón cuando se marchó felizmente al ascensor. Cerré la puerta y miré a Jack, cuyos labios se estaban curvando en una sonrisita de triunfo.
—¿Qué? —preguntó al ver que lo asesinaba con los ojos.
—No me puedo creer que mi madre pregunte más por ti que por mí.

—No es mi culpa que tus padres me adoren.

—En realidad, sí lo es —le incriminé, haciendo que su sonrisa aumentara.

—¿Qué le vamos a hacer? Soy irresistible.

Puse los ojos en blanco y fui al salón. Mike estaba sentado en un sofá con la mirada perdida. Yo me estaba yendo ya a la habitación, pero me detuve en seco al verlo.
—¿Estás bien, Mike? —pregunté.

—No —se cruzó de brazos, enfurruñado.

Miré a Jack cuando pasó tan tranquilo por mi lado hacia la habitación, tarareando una canción. Le fruncí el ceño y se detuvo, suspirando.
—Vale, lo pillo —murmuró, yendo a consolar a Mike sin muchas ganas.

Nos sentamos cada uno a un lado y Mike frunció aún más el ceño.
—¿Qué te pasa? —pregunté.

—¡Se supone que yo soy el gracioso del grupo! Si tu hermano me quita eso, ¿qué demonios me queda?

—No mucho, la verdad —murmuró Jack distraídamente.

Le di un empujón en el hombro por detrás de Mike. Él me puso mala cara.
—Spencer solo estará aquí unos días —le aseguré.

—No es eso. Es que se suponía que yo era el chico sobrante. Esto es injusto.

Suspiré y le pasé un brazo por los hombros.
—Si te consuela, él es mi hermano, pero tú sigues siendo mi favorito.

Mike me sonrió ampliamente al mismo tiempo que Jack me fruncía el ceño.

—¿Como que tu favorito? ¿No se te olvida alguien?

—Es verdad, Will también me cae genial.

—¡Me refería a mí!

—Si no recuerdo mal, lo que más quieres en la vida es tu coche —entrecerré los ojos en su dirección.

—Y su cama —me recordó Mike en voz baja.

—¡Y tú no metas más problemas! —protestó Jack.

—¡Solo son aportaciones útiles!

—Como sea —Jack lo miró—. No siempre puedes ser el protagonista, Mike, supéralo.
—¡Yo quiero serlo!

—Si quieres ser el protagonista, ponte un kimono rosa y baila salsa tocando la flauta. Yo me voy a dormir.

Se puso de pie y se marchó bostezando. Yo negué con la cabeza. Menuda manera de consolar tenía. Aunque lo cierto era que Mike sí parecía más distraído. Más que nada, porque estaba segura de que pensaba en kimonos rosas, salsa y flautas. Le di una palmadita en el hombro.
—Yo también me voy a dormir —le dije.

Asintió con la cabeza y fui al pasillo, pero algo me dijo que me detuviera. Hice bien, porque cuando me di la vuelta vi que estaba todavía más cabizbajo. Fruncí el ceño.
—¿Seguro que estás bien?

Él suspiró pesadamente y negó con la cabeza.
—No, la verdad es que no.

Oh, vaya. Mike sin sonreír no era Mike del todo. Era raro verlo así. Me volví a acercar y me senté a su lado.
—¿Qué pasa? —pregunté, mirándolo.
Él se miró las manos. Parecía incómodo.
—¿Puedo... contarte algo?

—Sabes que sí.

—Es que... no me malinterpretes, los demás me caen bien y todo eso, pero la única que siento que es de verdad mi amiga eres tú.

Intenté no sentirme demasiado orgullosa de eso, pero no pude evitar sonreírle.
—Sea lo que sea, no se lo diré a nadie —le aseguré.

Él se mordió el labio inferior y me miró de reojo.

—Es que... hace unos dos meses conocí a una chica.

Hizo una pausa, analizando mi reacción. Intenté no parecer muy sorprendida. No era la conversación que pensé que terminaríamos teniendo.
—Muy bien —murmuré, instándolo a continuar.

—La cosa es... que eme gustó bastante. Es seguidora de la banda. Y... bueno... todo ese tiempo que no he pasado aquí lo he pasado con ella.

—¿Tienes novia? —vale, no pude evitar sonar estupefacta.

—¿Por qué te sorprende tanto?

—Es que... yo pensé... tú y Sue... bueno, no importa. ¿Por qué no la has traído nunca aquí?

—Es complicado. Ni siquiera sé si somos pareja o algo así.

—¿Has intentado hablar con ella?

Por la cara que puso, supe que ese era, precisamente, el problema.
—Creo... que no soy el único chico de su vida —murmuró.

Oh, vaya.
Quizá, un año atrás, me hubiera importado poco que Mike tuviera una novia infiel. De hecho, hubiera llegado a pensar que era el karma por lo que le hizo a su hermano. Sin embargo, ahora solo me entraban ganas de abrazarlo porque no se merecía eso.
—¿Qué te hace pensar eso?

—Es un instinto. Solo... simplemente lo sabes.

—Vale —lo detuve cuando vi la mirada que me echó—. Me da la sensación de que esto va a terminar en algo que no me va a gustar.

—¿Puedo opinar?
Los dos dimos un respingo cuando vimos a Sue comiendo helado en la cocina, mirándonos. A mí casi se me sale el corazón por la boca del susto.
—¡¿Qué haces tú ahí?! —protestó Mike, también asustado.

—Comer —dijo, señalando su helado.

—¿Has estado ahí todo el rato?

—No me he llegado a ir —ella puso una mueca—. Al menos, he podido oír la conversación tan interesante que estabais teniendo.

—Era privado —protestó Mike.

—En ese caso, supongo que no te interesará la maravillosa idea que tengo en la cabeza —sonrió ella, acercándose.

Se sentó en el sillón, comiendo su helado tranquilamente. Mike y yo intercambiamos una mirada.
—¿Qué idea? —preguntamos a la vez.

—Bueno, necesito más información. ¿Tienes idea de con quién se acuesta a parte de contigo?

—Qué sensible eres —murmuré, negando con la cabeza.

—No sé quién es, pero... creo que se ven en un bar cerca de...

—Suficiente —sentenció Sue—. Solo hace falta espiarla en ese bar.

Hubo un momento de silencio. Fruncí el ceño.
—Todo esto me está dando la sensación de que es un poco... eh... ilegal.

—Nada es ilegal si no te pillan haciéndolo.

—En realidad, si lo...

—Me gusta el plan —me interrumpió Mike.

—¿Qué? Pero...

—Genial —Sue se puso de pie—. Pues mañana por la noche empieza nuestro plan.

—¡Pero...!

—No informéis a nadie más.

Ella se marchó y Mike se tumbó en el sofá, pensativo. Al final, deduje que nadie iba a hacerme caso, así que fui a la habitación con Jack.

***

El olor a pintura inundaba la habitación cuando, sentada en el suelo del balcón, di los últimos toques al dibujo que estaba haciendo. Tenía pintura por todas partes. Era un desastre. Pero, al menos, había conseguido pintar las flores del balcón de al lado con éxito. Ni siquiera recordaba saber pintar con óleo. Bueno... me había llevado toda la mañana y la tarde. Pero ese detalle no importaba.
Estaba tan centrada que no noté que Jack se acercaba hasta que estuvo a mi lado con una mueca. Por la ropa que llevaba, venía de una entrevista.
—Menudo olor —protestó, señalando la pintura.

—Por esto estoy en el balcón —murmuré, centrada en mi labor.

Él se inclinó hacia delante para besarme, pero le quité la cara sin mirarlo.
—Quita, que me desconcentras.

—Y luego yo soy el poco romántico.

—¡Estoy ocupada!

—¿Y se puede saber qué hay en mi vida más importante que tu amado novio?

Lo ignoré y lo escuché suspirar antes de sentarse a mi lado. Miró lo que estaba haciendo y apoyó la mejilla en mi hombro.
—Fascinante. Flores.

—No es tan fácil pintarlas —mascullé de mala gana.

—No lo dudo.

—¿Y por qué pones esa cara de aburrido? —pregunté, dejando de pintar para mirarlo. Seguía apoyado en mi hombro con la mejilla.

—Mi madre siempre ha dicho que alguien que sabe pintar de verdad no imita la realidad, sino que crea la suya propia —me dijo—. O una chorrada condescendiente de esas.

—No es... ¡acabo de empezar!

—Muy bien. No te juzgo.

—Sí lo haces —protesté.

—Un poco —sonrió ampliamente y se separó, poniéndose de pie—. Bueno, ¿quieres que vayamos a cenar a...?

—No puedo —recordé las palabras de Sue y Mike—. Tengo planes.

—¿Con tu amante? —preguntó tan tranquilo, sorteando los botes de pintura para entrar en la habitación.

—Con mis siete amantes.

—¿Siete? Whoa, no pierdes el tiempo.

—Tengo uno para cada día de la semana. Deberías hacer lo mismo.

—Prefiero tenerte a ti cada día de la semana.

Le puse mala cara.
—Odio que tengas esa facilidad soltando frases así.

—Yo creo que te encanta —sonrió ampliamente y se dejó caer en la cama, alcanzando su portátil.

Yo no tardé en esconderlo todo e irme a duchar. Tuve que frotarme bien las manos para quitarme la pintura. ¿Cómo podía ser tan desastre? Bueno, al menos, conseguí quitarla toda. Me vestí mientras él fruncía el ceño a su portátil por la concentración. Sue y Mike me esperaban en el salón. Me acerqué a Jack y le di un beso en la mejilla.
—Vuelvo en un rato.

—Llámame si necesitas algo.

—¿Y si necesito un novio romántico?

—Eso ya lo tienes. Pero puedes llamarme igual.

Puse los ojos en blanco y fui a la puerta. Estaba a punto de salir de la habitación, pero me detuve cuando me llamó.
—Sea lo que sea que vas a hacer... —enarcó una ceja, mirándome—, no tendrá nada que ver con que Sue y Mike hayan estado hablando en voz baja toda la mañana, ¿no?

—Mhm... puede.
Me dedicó una mirada poco convencida.
—No vas a meterte en ningún problema, ¿no?

—Soy mayorcita, Jack.

—Sí, para lo que te conviene.

Suspiró y volvió a centrarse en su portátil.
—Como sea. Comeré sushi en tu honor.

Salí de la habitación y me encontré a esos dos esperando impacientemente.
—¡Ya era hora! —protestó Mike.

—Relájate, vaquero.

Fui a la puerta y la abrí justo al momento en que, al otro lado, Lana estaba a punto de llamar al timbre. Me detuve, sorprendida, cuando vi que tenía el maquillaje corrido por toda la cara. Mike y Sue se detuvieron detrás de mí, asomándose por encima de mis hombros.
—¿Lana? —pregunté, confusa.

Ella nos miró y empezó a lloriquear. Estaba tan sorprendida por verla llorar que no reaccioné en unos segundos.
—¿Está Naya en casa? —preguntó, sorbiendo la nariz.
Miré a Mike y Sue, que se coordinaron para ir a por ella al instante. Lana pasó por mi lado cuando abrí un poco más y se dejó caer en el sofá. No sabía qué hacer. Tampoco la conocía tanto como para consolarla. De hecho, hacía mucho que no la veía.
Menos mal que Naya apareció por el pasillo con Mike y Sue. Se acercó a Lana enseguida, preocupada.
—¿Qué pasa?

—Ese... ese... imbécil... todos los chicos son iguales... todos... oh, lo odio tanto.

Fruncí un poco el ceño, confusa. Ella volvió a ponerse a llorar y Naya suspiró, abrazándola.
—Cálmate y cuéntame lo que ha pasado. Seguro que no es para tanto y podemos arreglarlo.

—¡No quiero arreglarlo! ¡Hacía solo... s-solo unos meses que salía con ese idiota... y ya está engañándome con otra!

—Pues bienvenida al club —Mike se cruzó de brazos.

Lana y Naya lo miraron al instante.
—¿Qué? —Lana dejó de llorar al instante—. ¿Tienes novia?
—¿Tú? —preguntó Naya, incrédula.

—¿Por qué nadie se cree que tenga novia? —él puso mala cara.

—Yo me lo creí —le recordó Sue.

—¿También te está engañando? —Lana volvió a lloriquear—. ¿Y estás tan tranquilo? Si yo quiero ir a matarlo.

—En realidad... —Mike lo pensó un momento—. Bueno, íbamos a asegurarnos de que lo hace antes de hacer nada.

—¿Aseguraros? —repitió Naya.

—El plan es ir a un bar a espiarla —Sue se encogió de hombros.

—Sí, muy legal todo —asentí con la cabeza.

—¿Podemos ir? —preguntó Lana—. Necesito distraerme. Como sea.

—Pero...

—Vamos, Mike —insistió Naya—. Podemos ser de ayuda.

Entrecerré los ojos.
—Lo que queréis es ver a su novia, ¿no?

—Bueno, eso también tiene que ver. ¡Pero también queremos ayudar!

Así que, de alguna forma, terminamos los cinco en el metro —ninguno tenía el carné de conducir, tristemente— de camino al famoso bar. Éramos un grupo curioso. Estaba yo liderándolos —por algún motivo que sigo sin comprender— con cara de concentración, Mike me seguía con aire irritado, Sue miraba a todo el mundo como si fuera a matarlos, Naya se sujetaba la tripa hinchada y Lana nos seguía con la cara llena de maquillaje corrido.
Yo me iría corriendo si os viera llegar.
El bar estaba a solo dos paradas, así que rápidamente llegamos y Sue tomó la sabia decisión de sentarnos fuera para poder controlar todo mejor. Mike estaba un poco agachado para que no se le viera demasiado. Éramos como una mafia extraña.
—Bueno —murmuró Naya, revisando el local una y otra vez con los ojos—, ¿y cuál es el plan si resulta que sí te es infiel?

—La matamos —dijo Lana de mala gana.

—Creo que es mejor que lo decida alguien más... emocionalmente estable —dije.

—Yo soy emocionalmente estable —protestó ella.

—No lo eres —le aseguró Sue, enarcando una ceja.

Di un pequeño codazo a Mike cuando una chica de mi edad entró en el local, pero él negó con la cabeza. Suspiré y me terminé la bebida con nombre raro que me había pedido de golpe. Hice un gesto al camarero para que me trajera otra y vi que todo el mundo —menos Naya, que estaba ocupada haciendo de inspectora— hacía lo mismo. Todos necesitábamos algo que hacer.
—Igual sí que deberíamos preguntarnos qué haremos si resulta ser... cierto —murmuré.

—Para empezar, voy a dejarla —me dijo Mike.

—Podemos dejarle una rata muerta en el buzón —sugirió Sue tan tranquila.

—Vale, no vamos a matar a ningún animal —aclaré.

—¡No de verdad! Una de esas de goma. ¿Quién te crees que soy?

Todos nos quedamos en silencio un momento, mirándola. Suspiró.
—Vale, lo pillo.

—Qué lástima que Ross y Will no estén aquí —dijo Naya—. Podríamos usar sus coches para espiarlos mejor.

—¿Por qué no están aquí? —preguntó Lana, confusa.

Mike se removió, incómodo.
—Prefiero no decirle a mi hermano nada de esto.

—¿Por qué no? —pregunté, mirándolo.

—Porque... bueno —echó una ojeada a Lana—. Lo último que necesito ahora es que me diga que lo que nos está pasando es por karma.

Lana también pareció momentáneamente incómoda.
—Él nunca diría eso —le dije, incrédula—. Mike, a veces, hablas como si no lo conocieras.

—Lo conozco mejor que tú, créeme.

—Yo tampoco creo que fuera a decirte nada —dijo Sue.

—Ni yo —añadió Naya.

Yo me estaba terminando la bebida. Casi me atraganté cuando Mike dio un respingo a mi lado. Se agachó enseguida, tapándose la cara con la mano disimuladamente.
—Es ella. Giraos disimuladamen...

Nos giramos las cuatro descaradamente. Lana casi tiró el vaso al suelo. Mike suspiró. Efectivamente, una chica de su edad entraba en el local buscando algo con la mirada. Revisó todo el lugar y su mirada se detuvo momentáneamente en nosotras, que la mirábamos

directamente. Todas nos volvimos a colocar al instante. Vi de reojo que ella no nos volvía a mirar y sacaba el móvil de su bolsillo.
—Vale, está esperando a alguien —dijo Naya en voz baja.

—Definitivamente —dijo Lana también en voz baja—. Una no se maquilla así por cualquiera.

—Podría maquillarse así simplemente porque le gusta —Sue susurró y frunció el ceño.

—¿Por qué susurráis? —pregunté en voz baja.

Las tres se detuvieron un momento.
—Buena pregunta —me dijo Naya, riendo—. Si está muy lejos, no es como si fuera a...

—Naya —Lana se había quedado pálida.

—¿Qué?

—Es él.

—¿Quién?

Me giré hacia donde señalaba. Un chico acababa de aparcar una moto roja en la acera —qué legal— y se quitaba el casco. Lo dejó en el asiento sin mucha preocupación y se acercó al local. Lana frunció un poco el ceño, intrigada.
—¿Qué demonios hace aquí?

—¿Quién es? —preguntó Sue.
—Mi novio.

Y, cuando vi donde iba su querido novio...
Oh, no.
Mis sospechas se confirmaron cuando vi que se dirigía directamente a la novia de Mike. Los cinco nos quedamos muy quietos cuando se acercaron el uno al otro y empezaron a besarse como si no hubiera mañana.
Nos quedamos un momento en silencio y pensé en decir algo, pero no se me ocurría nada. Mike y Lana tenían la boca abierta de par en par. Naya tenía una mueca de horror. Sue disimulaba una sonrisa divertida.
—Qué pequeño es el mundo, ¿eh?

Le lancé la servilleta y ella me puso una mueca.
—No es el momento.

—¡Es que no dicen nada!

—¡Yo lo mato! —chilló Lana, intentando ponerse de pie.

Naya y yo la detuvimos por los hombros y la sentamos otra vez. Los miraba como si fuera a matarlos de verdad. Menos mal que no se dieron cuenta. Estaban demasiado ocupados succionándose las almas mutuamente. Menudo beso.

—No me lo puedo creer —Mike negó con la cabeza, aunque lo cierto era que no parecía muy sorprendido.
—Creo que deberíamos irnos —murmuré—. No hay mucho más que ver aquí.

—¡¿Irnos?! ¡Yo quiero...!

—Sabemos que quieres matarlos —Sue puso los ojos en blanco—. Relájate.

—¡Eso dímelo cuando te pongan los cuernos!

—Jenna tiene razón —Naya asintió con la cabeza—. Deberíamos irnos. Ahora... bueno, al menos lo sabéis. Mañana lo solucionaremos.

Lana seguía furiosa cuando nos pusimos de pie. Yo me terminé mi tercer vaso de golpe y los seguí. Sin embargo, me detuve un poco al notar que me mareaba. Mike me sujetó del brazo cuando vio que me tambaleaba.
—¿Qué haces?

—Es que... me he mareado.

—¿Otro bebé en camino? —bromeó Sue.

—No... yo... —me detuve y miré la mesa. Cerré los ojos un momento—. ¿Qué llevaba lo que he pedido?

—¿Eso? Es un Mai Tai.

—¿Y eso qué es? ¿Lleva alcohol?

—Pues claro que lleva alcohol —sonrió Naya—. Lleva ron, amaretto...

—¿Qué es...? Bueno, ¿qué más da? ¡¿Por qué nadie me ha dicho nada?!

—Parecías muy convencida mientras los bebías —Sue se encogió de hombros.

—¡Me he bebido cuatro de golpe!

—Pues eso te va a afectar en muy poquito —Lana me miró—, así que prepárate.

Oh, genial.
—¿Deberíamos llamar a Will o Ross? —preguntó Naya.

—¿Qué? ¡No! —protesté.

—Mira, nunca te he visto borracha —me dijo Sue—. Y no voy a ser tu niñera durante todo el camino a casa. Prefiero que lo sea tu novio.

Intenté protestar cuando vi que llamaba a Jack, pero me ignoró descaradamente y no me quedó otra que soportarlo. Genial.

Suspiré y los seguí, pero sí que estaba un poquito demasiado mareada. Me apoyé en el brazo de Sue y ella me ayudó a sortear las mesas para irnos. Lana seguía soltando improperios como una loca para la parejita que ya estaba dentro del local. Mike solo parecía cabizbajo. Le di un apretón reconfortante en el hombro.
Ya casi habíamos cruzado la calle cuando Lana se detuvo en seco. Entonces, antes de que pudiéramos hacer nada para detenerla, se lanzó sobre la moto de su novio y la lanzó al suelo de una patada. Di un respingo, asustada por el ruido. Naya ahogó un grito y Mike y Sue se apresuraron a correr hacia ella.
—¡Estamos delante de un local público, loca! —le gritó Sue, viendo que todo el mundo los miraba.

Pero a Lana no le importó demasiado, porque seguía pateando la moto como si la vida le fuera en ello. Y a cada patada que daba, soltaba una palabrota o un insulto.
—¡MISERABLE, CAPULLO, IMBÉCIL, IDIOTA, DESGRACIADO, ESTÚPIDO!

Hice un ademán de ir hacia ella, pero me mareé y me quedé en mi lugar. No iba a servir de mucho.
—Ups —cuando intenté quedarme quieta, di un traspié y me caí de culo al suelo, soltando una risita.

—Lo que faltaba. Que te emborracharas —murmuró Naya, ayudándome a levantarme.

Fue entonces cuando vi que dos figuras se acercaban. Por un momento, creí que serían dos clientes del local. Era peor. Eran el dueño de esa moto y la novia de Mike. Los dos se quedaron muy quietos al ver la escena.

—¿M-Mike? —preguntó la chica, tensa—. ¿Qué haces aquí?
—¡La pregunta es qué hacéis vosotros aquí, tan juntitos! —les gritó Lana de malas maneras.

—Solo somos amigos —le dijo el chico.

—Yo no beso a mis amigos como tu besabas a tu amiga hace un momento, te lo aseguro —le dije, y empecé a reírme.
Cuando todos se quedaron mirándonos, Naya me tapó la boca con la mano, ahogando la risita.
—Quería contártelo —le aseguró la chica a Mike.
—Pues ya no hace falta —le dijo él, algo cabizbajo.

—No lo entiendes, es...

—¡LO ENTENDEMOS PERFECTAMENTE! —Lana pateó la moto con más ganas.

Su novio soltó un chillido cuando vio el destrozo.
—¡Ten cuidado, loca!

—¡Voy a tener el mismo cuidado que has tenido tú conmigo, imbécil!

Entonces, se formó un círculo extraño en el que Lana pateaba a la moto y a su ahora supongo que exnovio mientras la chica intentaba separarlos, Sue se metía en medio solo para poder golpear a alguien y Mike intentaba separarlos a todo, pero dando algún que otro codazo al ex de Lana, ya de paso.
Al final, vi que la gente hacía videos con sus móviles y decidí poner paz. Yo, la borracha, iba a poner fin a esa lucha.
Me acerqué con toda la dignidad que pude reunir y me metí en medio. No sé cómo no recibí ningún codazo. Al final, quedaron los dos infieles a un lado y mis amigos al otro. De alguna forma, el chico se las había arreglado para mantener la bebida en la mano. Era admirable.
—A ver —empecé, levantando las manos en señal de rendición—, está claro que todos estamos muuuuy alterados...

—Lo que faltaba —murmuró Sue.

—...pero, ¿no os parece que no es necesario golpearse? La violencia no lleva a ninguna parte.

—¡Estaba destrozando mi moto! —me gritó el chico.

—Sí, querido desconocido, pero ¿sabes qué es más difícil de arreglar que una moto?

Él se detuvo, todavía acelerado por el enfado pero algo confuso. Me miró.
—¿El qué?

Le puse un dedo en el pecho y asentí con la cabeza.
—Un corazón.

—Voy a vomitar —dijo Sue detrás de mí.
—Y les habéis roto el corazón a mis amigos —seguí, ignorándola—. ¿Habéis sido unos infieles? Efectivamente. ¿Habéis traicionado su confianza de la peor de las maneras? Sí, está claro. ¿Habéis jugado con sus sentimientos sin importaros en lo más mínimo lo que pudieran sentir? No cabe duda de que ha sido así. Pero ¿es necesaria la violencia? Claro que no.

Hubo un momento de silencio. Ellos intercambiaron una mirada.
—Espera, ¿tú de qué parte estás? —preguntó Lana.

—Yo no estoy de parte de nadie —aclaré—. Solo digo que...

—¡Me da igual lo que digas! —me soltó el chico de malas maneras—. ¡Hiciera lo que hiciera, nada le da derecho a esos imbéciles a destrozarme la moto!

Estaba girada hacia mis amigos intentando hablar con tranquilidad, pero me detuve en seco y me giré hacia él con los ojos entrecerrados.
—¿Cómo los has llamado?

—Imbéciles —repitió—. ¿Quieres que te lo deletree o qué?

Me quedé mirándolo un momento y me moví antes de pensar siquiera en lo que estaba haciendo. Y me encontré a mí misma utilizando mi puñetazo asesino por segunda —y espero que última— vez en mi vida. Contra su cara.
La chica de su lado dio un salto lejos cuando lo lancé al suelo. Sacudí la muñeca, dolorida y mareada a partes iguales. Pero le había dado bien.
—¿Dónde ha quedado lo de no violencia? —me preguntó Mike.

—¡Lo he intentado por las buenas y no ha servido! ¡Pues por las malas!

El chico se quedó sentado en el suelo y puso una mueca al ver su lata de cerveza derramada.

—¡Apenas había bebido!

—¡¿Eso es lo que te preocupa?!

—¡Pues... sí!

—¡ACABAS DE SERLE INFIEL A TU NOVIA, REACCIONA!

—¡PERO ACABABA DE COMPRARLA!

Solté un gruñido de enfado y me agaché, agarrando su dichosa lata.
—¡¿Quieres ver lo que hago con tu estúpida bebida?!

No dejé que respondiera. Me giré en seco y la lancé a cualquier parte. Vi como caía y aterrizaba en...
Oh, no.
Oh, no, no, no.
En el coche de un policía.
Di un traspié cuando vi que la puerta del coche se abría y salía un policía con cara de cabreado. A su lado, su compañero hizo lo mismo. Uno agarró la lata que había dado directamente en el cristal y se giraron ambos hacia nosotros a la vez.
—¡Mierda! —el chico se puso de pie y enganchó a la chica para salir corriendo los dos a la moto y marcharse. Mientras, los policías se acercaban directamente a mí.

Mis queridos amigos dieron un paso atrás cuando los dos se quedaron justo delante de mí, mirándome con cara de pocos amigos.
—Hola —sonreí.

—¿Esta lata es suya, señorita? —preguntó uno, levantándola.

—¿Eh? No, no... eh... no la había visto en mi vida.

—¿Tampoco la ha visto cuando la ha lanzado a nuestro coche? —preguntó el otro, enarcando una ceja.

—Oh... eh... bueno... quizá la haya visto un poco. ¡Pero no es mía!

—Es verdad —intervino Naya—. ¡Es de esos que se han ido con la moto hace un momento, persíganlos, señores agentes!

—Manténgase al margen —le advirtió uno.

—¿Ha bebido? —me preguntó el otro, mirándome.

—¿Yo? No, claro que no.

—Señorita, espero que no esté intentando mentir a un policía.

—No lo estaba intentando, lo he hecho directamente.

Muy bien, genio.
Ellos intercambiaron una mirada y yo solté una risita nerviosa.
—Es decir... eh... ¡es que estaba esperando a mi novio!
—¿Y dónde está?

—Eh...

—¿Va a dejar de mentir en algún momento?
—¡Si eso era verdad!

—Va a tener que venir con nosotros, señorita... —esperó que terminara.

—Eh... Graham —me inventé rápidamente.

—Jenna, no mientas a un policía —me chistó Naya—. ¡Tienen pistolas!

—¡No quiero ir a comisaría! —protesté—. ¡No he hecho nada malo!

Me ignoraron completamente y uno me enganchó del brazo, sacándose las esposas del cinturón. Oh, no. Ya era una criminal y ni siquiera había cumplido los treinta. Qué triste.
Sin embargo, no llegaron a ponerme las esposas porque Jack apareció de la nada y tiró de mi brazo, quedando entre yo y los policías.
—Espere —le dijo, respirando aceleradamente. Había venido corriendo—. Mire, no sé qué ha pasado, pero estoy seguro de que es un malentendido.

—Lo que ha pasado es que su amiga ha lanzado una lata de cerveza contra un coche policial.

Jack se detuvo un momento para dedicarme una mirada que lo decía todo sin necesidad de abrir la boca. Pero yo estaba centrada en otra cosa.
—No es mi amigo, es mi novio —protesté—. ¿Lo veis? Existe. No me lo estaba inventando.

—Una cosa no quita la otra —dijo uno de ellos—. Tenemos que llevarla con nosotros.

Jack volvió a ponerse en medio y el policía lo miró, perdiendo un poco la paciencia. Yo me escondí un poco en su espalda, mirándolos con mala cara.
—¿Tú también quieres venir con nosotros, chico? —le preguntó uno de los policías.

—Miren, ha tenido un muy mal día —improvisó Jack rápidamente—. Un muy, muy mal día.

—Todos tenemos malos días.

—No lo entienden. Ella ha...
—¿Puede apartarse, señor...?

—Ross —dijo Jack rápidamente, sin apartarse—, pero no...

—Un momento —él otro detuvo a su compañero por el hombro, mirando a Jack—, ¿ha dicho Ross?

Jack se tomó un momento, confuso.
—Sí —dijo, dubitativo.

Hubo un momento de silencio entre todos. Yo me asomé un poco más para mirar a los policías, que estaban mortalmente serios.
Y, entonces, uno de ellos sonrió ampliamente.
—¡No me lo puedo creer, eres Jack Ross! ¡Vi tu película la semana pasada!
Jack parecía perplejo cuando le apretaron la mano uno tras otro, emocionados. Vi que todos los demás intercambiaban miradas.
—Es un placer conocerte —le aseguró el otro policía—. Justo ahora hemos visto un artículo tuyo en el periódico. Ese en el que hablas de la película.

—Pues como en tod...

Jack me interrumpió tapándome la boca y sonriéndoles educadamente.
—Me alegra que les guste mi trabajo —les dijo enseguida.

—¡A mi mujer y a mí nos encanta! —le aseguró uno—. Oye, ¿cuándo vas a sacar la segunda parte?

—Todavía no hemos hablado de ello con la productora.
—Si sacas otra película, también la voy a ver —le dijo el otro.

—Bueno —Jack seguía sin destaparme la boca, por si acaso—, lo que decía antes es que mi novia ha tenido un muy mal día. De hecho, está pasando por un muy mal momento de su vida. Estoy seguro de que dos agentes policiales tan amables como vosotros podrán entenderlo perfectamente, ¿no?

—¿Eh? —ni se acordaban de que yo seguía ahí—. Oh, sí, claro. Puede irse.

—Pero que no vuelva a pasar, ¿eh?

—Claro que no —les aseguró Jack, todo amabilidad.

—Oye, ¿podrías firmarnos el periódico?

—Sí, a mi mujer también. Le encantará.

—Por supuesto —Jack me soltó y no cambió su sonrisa cuando se giró hacia Will y le hizo un gesto.

Tampoco había visto a Will apareciendo, pero él se acercó a mí y me arrastró hacia el coche con los demás. Jack se quedó con los policías, firmándoles no sé qué. Will no se detuvo hasta que llegamos a los dos coches. Naya y Lana se subieron con él y desaparecieron mientras Sue, Mike y yo esperábamos en el coche de Jack. Yo estaba en el sillón del copiloto, todavía, borracha.
Finalmente, Jack le dijo algo más a los policías que los hizo reír y se dio la vuelta para venir con nosotros. Su sonrisa desapareció al instante en que clavó los ojos en nosotros. Los tres nos hicimos pequeñitos en nuestros asientos cuando se sentó a mi lado.
—¿Se puede saber qué demonios estábais pensando? —preguntó lentamente, mirándonos uno a uno.

Y yo... bueno, quizá iba un poquito demasiado borracha para tomarme la situación en serio.
—Cuando te enfadas te tiembla una vena del cuello —le dije, riendo.

Él me clavó una mirada que habría helado el infierno.
—Ha sido un malentendido —le dijo Sue.

—¿Lo de la lata no era cierto? ¿Que Jen está borracha no es cierto?

—Bueno, eso no ha sido tan malentendido, pero...

—No, Sue, ahórratelo. ¿Qué os creéis que habría pasado si no hubiéramos aparecido?

—Que esos señores me estarían llevando a comisaría como a una chica dura —dije riendo.

—¿Y tú qué demonios has bebido?

—¿Yo? Agua. Natural. Sin gas.

—Ha empezado a beber porque creía que su bebida era sin alcohol —intentó explicar Mike.

—¿Sabéis qué? —Jack se giró hacia delante y arrancó el coche—. Prefiero no saberlo en absoluto. Sois como críos. No se os puede dejar solos.

Condujo enfadado el resto del camino y yo intenté no reírme con todas mis fuerzas. ¿Por qué me hacía gracia esa situación? Ah, sí, porque estaba un poco borracha.
En cuanto Jack aparcó, todo el mundo se apresuró a subir al ascensor. De nuevo, el silencio era tenso y yo intentaba no sonreír. Entramos en el piso en completo silencio y vi que la puerta de la habitación de Will y Naya estaba abierta. Habían ido a dejar a Lana en la residencia. Fui directa a la habitación. Estaba cansada. Me dejé caer en la cama y vi que Jack entraba y cerraba la puerta antes de mirarme, de brazos cruzados.
—¿Qué? —pregunté.

—No lo sé, dímelo tú.

—No lo sé, dímelo tú —imité su voz.

—Jen, ¿puedes centrarte?

—Relájate un poco, Jackie, la vida es demasiado corta para estar tan tenso.

—¿Y cómo estarías tú si yo me hubiera emborrachado?

Puse los ojos en blanco y me incorporé, yendo al armario. Noté sus ojos clavados en mi nuca mientras rebuscaba en la ropa.
—Tu pijama está aquí.

Me giré y vi que estaba sobre la cama... justo donde estaba cada noche. Ups.
—Oh —solté una risita—. Ya lo sabía. Te estaba poniendo a prueba.

—Sí, claro.

Me acerqué y me quedé mirando el pijama un momento, frotándome los ojos. Jack me observaba con una ceja enarcada.
—¿Queeeeé? —pregunté, cansada.

—Sabes qué.

—No te enfades conmigo. No quería terminar arrestada y borracha, ¡no ha sido por mi culpa!

—Técnicamente, sí lo ha sido. Y si no recuerdo mal, antes de que te fueras te dije que no te metieras en problema.
—Bueno, lo he intentado. La vida es impredecible, Jack Ross.

—Especialmente, cuando te emborrachas y lanzas cosas contra coches de policías.

Me volví a dejar caer en la cama y lo miré.
—Lo tenía todo bajo control antes de que llegaras, ¿sabes?

—Sí, eso parecía —ironizó, enarcando una ceja.
—¡Es verdad! Estaba a punto de darle así —di un puñetazo al aire— y escapar.

—Sí, con tu escoba mágica.

—O corriendo. Lo que fuera mejor.

Sonreí ampliamente y le pinché un dedo con la mejilla.
—¿Estás enfadado conmigo?

—Sí.

Lo pensé un momento y volví a pincharle.
—¿Y ahora?

—Ahora, estás empezando a irritarme.

—Pero ya no es enfado, ¿no?

Puso los ojos en blanco y se incorporó, alcanzando mi pijama.
—Ven, te ayudaré.

Dejé que me pusiera el pijama tan feliz mientras él parecía concentrado en su labor. Cuando terminó, me acurruqué en la cama y conseguí quitarme las lentillas sin saber cómo. Él se metió a mi lado y apagó la luz. Enseguida me acerqué y lo rodeé con los brazos.
—Sigo enfadado —me recordó.

—Nah, no lo creo.

—Pues yo sí.

—No lo estás —le aseguré, poniendo la cabeza en su pecho.

Él suspiró y finalmente, me puso un brazo alrededor.
—Vale, no, pero debería estarlo.
—Olvídate ya de eso. Mira al futuro y olvídate del pasado.
—¿De qué libro motivacional barato has sacado eso?

Sonreí y cerré los ojos. En realidad, estaba agotada.
—Oye, Jack.

—¿Qué? —preguntó de mala gana.

Levanté la cabeza y lo miré.
—No le cuentes a Mike que sabes esto, pero... hemos ido ahí porque hemos descubierto que su novia le es infiel.

Se quedó mirándome, algo confuso. Parpadeó antes de fruncir el ceño.
—¿Qué...?

—Y le daba miedo decírtelo porque creía que ibas a recriminarlo lo que él hizo con tus dos novias anteriores.

Jack volvió a guardar silencio. Casi podía escuchar los engranajes de su cerebro funcionando a toda velocidad.
—No le hubiera dicho eso —dijo, finalmente.

—Lo sé —dije—. Pero Mike no lo sabe. A veces, no te das cuenta y eres un poquito demasiado duro con él.

—No soy duro con él —protestó.
—Sí lo eres.

—Bueno, prácticamente vive en mi casa. Creo que tengo derecho a meterme con él al menos una vez por semana.

—Jack, desde que naciste se ha sentido como si viviera en tu sombra —le dije firmemente—. Y tú no dejas de meterte con él. Quizá no lo has con mala intención, pero, honestamente, ¿no ha cambiado para bien? ¿Realmente se merece que lo critiques tanto?

Cuando vi que no iba a decir nada apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos de nuevo. Al cabo de unos segundos, escuché que suspiraba.
—Me gustas más cuando estás sobria —murmuró de mala gana.
Sonreí.
—Buenas noches, Jack.

—Buenas noches, Jen.

CAPITULO 16

Al abrir los ojos, solté un gruñido de protesta y volví a cerrarlos. La cabeza me dolía como si me la estuvieran martilleando. Puse una mueca y hundí la cara en la almohada.
Sin embargo, no podía volver a dormirme. Tenía la garganta completamente seca. Me la acaricié mientras me incorporaba, sentándome. Jack no estaba y me di cuenta de que me había despertado abrazando su almohada. Me obligué a mí misma a arrastrarme hacia la cocina. Cada paso era como una tortura.
—Buenos días —murmuré.

Naya, Sue, Will, Jack y Mike estaban ahí desayunando. Puse una mueca al ver que Sue, Mike y Jack ocupaban los taburetes de la barra. Necesitaba sentarme. O tumbarme. O morirme. Lo más rápido.
—Buenos días, bella durmiente —sonrió Jack ampliamente—. Menuda cara.

—La resaca es bonita, ¿eh? —Will también parecía divertido.

—Oh, callaos —puse una mueca—. No lo entiendo. No bebí tanto.

—Es que no estás acostumbrada al pecado —me dijo Mike, llenándose la boca de su desayuno.

Yo clavé los ojos en Jack, que suspiró y se puso de pie, ofreciéndome el taburete. Fui a sentarme felizmente y él se quedó de pie a mi lado.
—¿Tienes hambre? —me preguntó Will.

—No, por favor. Necesito agua o creo que moriré de deshidratación.

Naya me acercó la botella de agua y vi que Jack reprimía una sonrisita cuando empecé a llenarme el vaso y a beberlo compulsivamente.
—¿Qué? —protesté.

—Nada.
—Pues deja de sonreír, tonto.

—Es que te lo tienes merecido por beber —me recordó—. Y por dar un puñetazo. Y por lanzar una lata a...

—Oh, déjalo —protesté, pasándome las manos por la cara—. Estoy demasiado cansada para una charla.

—Bueno —Naya atrajo la atención de los demás—, ¿podemos seguir con el tema de antes?

—¿Y cuál era? —preguntó Sue, viendo con una mueca que Mike comía como si la vida la fuera en ello.

—¡Mi fiesta! —chilló Naya, indignada al ver que nadie se entusiasmaba—. ¿Es que ya se os ha olvidado?

—¿Qué fiesta? —pregunté, confusa.

—¡Mi baby shower!

—Tú... ¿qué?

—Su fiesta premamá —aclaró Sue.

—¿Premamá? —Mike miró a Will—. ¿Y tú qué? ¿No eres prepapá?

—Yo tengo bastante claro que tengo un papel secundario en todo esto.

—Ese es mi chico —Naya le dio una palmadita en la espalda—. Lo que me lleva a que espero que a nadie se le haya olvidado, porque os recuerdo a todos que en estas fiestas se llevan regalos. Y no miro a nadie.

Clavó los ojos en mí, que casi me atraganté con el agua. Ups. Pues no había comprado nada.
Qué sorpresa.
—¿Eh? —pregunté al ver que seguía mirándome.

—Has comprado algo, ¿no?

—Eso no se pregunta —le recordó Will.

—¡Hay confianza, puedo preguntarlo!

—Yo... —intenté pensar a toda velocidad.

—Sí, lo ha hecho —dijo Jack por mí—. Cálmate, premamá.

—¡Genial! —Naya aplaudió y fue al salón—. Entonces, voy a llamar a Lana. Definitivamente, necesita una distracción y puede ayudarme a...

Y empezó a parlotear sobre la fiesta. Yo conseguí disimular hasta que ella y Will desaparecieron. Vi que Sue y Mike seguían arrasando con la cocina y fui al salón con Jack. Él miraba su móvil sin mucha preocupación.
—¿Por qué le has dicho que tenía un regalo? —pregunté, de pie delante de él.

—Se te había olvidado la fiesta, ¿no? Eres un desastre.

—¡Pero no sé qué se compra en estos casos!
Él suspiró y dejó el móvil a un lado, atrapándome la muñeca y tirando de mí hasta que estuve sentada en su regazo.
—¿Tu hermana no hizo una fiesta de esas cuando estaba embarazada? —preguntó.

—¿Mi hermana? Si se escondía como si fuera un vampiro del sol para que nadie le viera la tripa de embarazada.

—Bueno, estás de suerte —sonrió—. Yo ya tengo algo para ellos. Solo tienes que decir que es de parte de los dos.

Lo miré, sorprendida.
—¿Y qué es?

—Eso no te lo voy a decir.

—¿Por qué no?

—Porque es un regalo.
—Pero no es para mí.
—No quiero que Will y Naya se enteren antes de tiempo.

—¿Yo...? ¿Qué...? ¿Qué insinuas?

—No lo insinúo. Lo digo directamente. Eres una bocazas.

Lo miré, ofendida.
—¡Sé guardar secretos!

—Te desmoronas bajo presión —enarcó una ceja—. Si Naya empieza a interrogarte, terminarás diciéndolo.

—¡No es verdad! —dije, algo dubitativa.
—Ya lo creo que lo es.

Él se inclinó hacia delante para besarme, pero se detuvo cuando la pantalla de su móvil se iluminó con el nombre de Joey. Puso los ojos en blanco, suspirando.
—¿No vas a responder? —pregunté.

—Es una pesada. Ya lo haré más tarde.

—Pero...

—Tenemos una reunión importante de no sé qué en una hora y está nerviosa, como siempre —aclaró.

—¿Y tú no?

—¿Yo? ¿Por qué debería estarlo?

—Perdona, se me había olvidado que tu despreocupación ante la vida es proporcional a la de mi sobrino de diez años.

Sonrió, divertido, cuando le puse una mueca malvada. Se inclinó hacia delante y no entendí qué quería hasta que me pasó los dedos por las costillas, haciéndome cosquillas. Di un respingo e intenté apartarme, pero me tenía enganchada con el otro brazo.
—¡No, no, para, Jack!

—Pídeme perdón —dijo, tan tranquilo, ignorándome.
Menos mal que tenía su brazo en mi espalda, porque sino me hubiera caído de culo al suelo. Intenté apartarle el brazo y consiguió esquivarme con facilidad, haciéndome cosquillas en el estómago. Yo estaba riendo, pero por dentro intentaba salir corriendo con una mueca de horror.
—¡Vale, vale, perdón!

—¿Perdón, qué?

—¡JACK!

—*Perdón, eres el mejor y no volveré a decir nada malo de ti*—recitó para mí.

—¡No pienso dec...! —di un respingo cuando volvió a atacar—. ¡Perdón, eres el mejor y no volveré a decir nada malo de ti!

Se detuvo al instante, divertido.
—Así me gusta.

Le empujé por el hombro, irritada.
—Sabes que eso es chantaje, ¿no?

—Sabes que me da igual, ¿no?

Puse los ojos en blanco y él tiró hacia arriba para que volviera a sentarme en su regazo. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había quedado en el sofá. Al instante en que me tuvo encima, me rodeó con ambos brazos y me dio un beso justo en la zona del cuello en la que me latía el pulso. Seguro que había notado que se me había acelerado, porque cuando volvió a mirarme tenía una pequeña sonrisa en los labios.
—Estoy planteándome no ir a la reunión.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque aquí hay cosas más interesantes —dijo, levantando y bajando las cejas.

Sonreí, divertida.
—¿Quieres que Joey te mate?

—Habrá valido la pena.

—Pues yo no quiero quedarme soltera —me puse de pie—, así que ya puedes ir.

Suspiró, mirándome de reojo, como si acabara de decirle que fuera a combatir a una guerra. Pero al final se puso de pie y se fue a la dichosa reunión.

***

—Entonces... ¿no has venido con tu amiguita?

Miré a Spencer con mala cara.

—Deja en paz a Sue.

—¿Y cómo sabes que estoy hablando de ella? Podría referirme a Naya.

—Sí, claro.

Sonrió como un angelito. Yo miré a mi alrededor en la cafetería. Menos mal que el aire acondicionado estaba puesto, porque fuera hacía demasiado calor. Tomé un sorbo de mi batido.
—¿Hasta cuándo estarás en la ciudad? —le pregunté.

—Pasado mañana me voy a casa —dijo distraídamente, jugando con la pajita de su bebida—. Tengo un curso de verano que atender.

—¿Owen está en el grupo?

—No, es de chicos de catorce años —suspiró—. Lo que me faltaba. Tener que aguantar a adolescentes de hormonas revolucionadas en pleno verano.

—Seguro que hay cosas peores —le aseguré.

—Oye, ¿y por qué no te vienes una semana o algo así a casa? —preguntó.

Lo miré, sorprendida.
—¿Yo?

—Sí, claro. Puedo intentar conseguirte un asiento en el avión.

—Pero... ¿papá y mamá...?

Dejé la pregunta al aire cuando vi la cara con la que me miraba. Claro que no iban a tener problemas con eso. Me encogí de hombros.
—Lo pensaré. Tengo que mirar billetes de vuelta y eso.

—Pero si tienes un novio rico. Puedes permitírtelo.

—Spencer, que mi novio sea rico no quiere decir que yo lo sea.

—Pues aprovecha y cásate, tonta. Arrasa con su fortuna.

—Me encanta tu visión tan romántica del matrimonio.

—Pero si he visto cómo lo miras. Como los idiotas de tus dos hermanos miran los coches caros. Se os cae la baba a los tres.

Me puse roja al instante.
—No es verdad.

—Sí lo es.

—¡No lo es!

—Pero ¡no te avergüences! Si él te mira igual.

Me detuve un momento, sorprendida.
—¿En serio?

—Sí. No sé por qué, pero parece que le gustas mucho.

—¿Cómo que no sabes por qué, capullo?

—Oye, un respeto a tu hermano mayor —suspiró y se apoyó en el respaldo de su silla—. Ya te veo en unos años en el altar con tu noviete del brazo. Lo que lloraría mamá si te casaras. Ya ha perdido las esperanzas con Shanon y conmigo. Por no hablar de los dos idiotas.
—¿Y por qué tengo que casarme? —pregunté de mala gana.

—No lo sé. Es lo que toca, ¿no? Novios, boda, hijos, jubilación... bueno, todo ese rollo.

—No sé si eso es para mí, la verdad...

—Ah, ¿no? —enarcó una ceja, divertido—. ¿Me dirás que nunca te has imaginado cómo sería casarte con tu noviete?

Me puse roja porque sí lo había hecho alguna vez. Me encogí de hombros, avergonzada.
—Además, en las bodas se liga mucho —añadió—. Sería mi oportunidad perfecta.

No volvimos a hablar del tema en todo el rato, pero me había dejado muy pensativa. Me acordaba de pequeña, cuando Nel y alguna otra amiga de la infancia hablaban de que se veían de adultas en una boda de cuento de hadas. Y yo... bueno, yo me veía a mí misma yendo a la Luna. Sí, quería ser astronauta.
Pues mírate. Estudiando filología.
Al volver a casa, seguía un poco descentrada por la conversación, pero me distraje completamente al entrar y ver que el salón estaba decorado con la fiesta de Naya y Will. Mike, Sue y Lana los estaban ayudando hinchando globos, poniendo un mantel en la mesa de café y demás. Yo me quedé un poco parada.
—Whoa, no parece el mismo salón. Es muy... rosa.
—Porque le he dado mi toque mágico —Naya me guiñó un ojo—. He invitado a Curtis y a mi hermano. Supongo que no tardarán en venir. ¿Has invitado a tu hermano?

—Tenía la reunión esta tarde.

—Bueno, no pasa nada.

Como si los hubiera llamado, alguien tocó el timbre y vi que abrazaba a Curtis y Chris. Les di también un abrazo, contenta de verlos. El pobre Chris había estado recluido en casa de sus padres durante un mes y Curtis y yo apenas habíamos hablado desde que habían terminado las clases. Era bueno verlos otra vez.

Ayudé un poco a decorar las cosas hasta que Naya me pidió que sacara las galletas que había metido en el horno. Menos mal que estaba un poco apartada de ellos y pude disimular la tos al abrir el horno. Una ola de humo negro me dio en la cara. Las galletas se veían horribles. Y olían a quemado.
—¡Están perfectas! —exclamó Naya al verlas.

Will, detrás de ella, me hizo un gesto para que disimulara. Sonreí ampliamente a Naya.
—Voy a ponerlas en un plato.

—¡Genial, gracias, Jenna!

Puse una mueca cuando volvió a venirme el olor y empecé a meterlas en un plato en la barra. Justo en ese momento, levanté la cabeza y vi que Jack acababa de entrar. Se quedó mirando la decoración rosa con una mueca.
—Pero... ¿qué demonios le habéis hecho a mi pobre salón?

—¡Está genial! —le protestó Naya—, ¿verdad, Lana?
Ella asintió con la cabeza enseguida. Jack suspiró y me buscó con la mirada. Sonrió ampliamente al verme en la cocina, pero dejó de hacerlo al quedarse a mi lado porque le vino el olor de las galletas.
—Dime que no vas a servir esa bomba de destrucción.

—No me queda otra —me encogí de hombros.

—Como alguien se coma eso, la fiesta terminará en urgencias.

Lo empujé con el hombro, divertida.
—¿Qué tal la reunión?

—Larga, aburrida e interminable.

—Suena fascinante.

—Tan fascinante como lo que tengo alrededor —se inclinó hacia delante y cogió una galleta de chocolate que había comprado Lana—. Creo que me va a dar una sobredosis de azúcar solo por la maldita decoración rosa.

—Solo es un día. Sobrevivirás.

Él puso una mueca. Yo terminé de colocar las galletas y las dejé a un lado un poco apartado para que nadie se intoxicara sin querer. Estaba volviendo al salón cuando pasé por delante de él, que ya se relamía los dedos. Me quedé mirándolo un momento y levantó la cabeza.
—¿Qué? —preguntó, confuso.

Me acerqué sin saber muy bien por qué y le rodeé la cintura con los brazos, apoyando la barbilla en su pecho. Él pareció sorprendido pero encantado con la idea.
—¿Estás bien? —sonrió, quitándome un mechón de pelo de la frente.

—Es que me da la sensación de que no soy tan cariñosa contigo como tú lo eres conmigo.

—A mí no me importa —me aseguró—. Aunque si empiezas a hacer cosas así te aseguro que no me quejaré. En absoluto.

—¡Tortolitos! —nos llamó Sue—, ¿queréis perderos toda la diversión o qué?

Al final, la fiesta estuvo mejor de lo que creía. Estaba casi segura que las fiestas de ese estilo normalmente no incluían alcohol o a gente como Mike cantando sobre una mesa, pero esa sí lo incluyó. Yo me tuve que apartar para que no me aplastara cuando saltó de la mesa y nos hizo una reverencia. Llegamos a la hora de cenar y ayudé a Will a traer las bandejas de comida. Por supuesto, las galletas tóxicas de Naya permanecieron en su plato. Menos mal que ella estaba demasiado distraída como para enterarse.
—Bueno, todo esto ha sido muy divertido —dijo, sonriendo ampliamente—. ¡Pero ya es la hora de los regalos!

—Naya... —Will suspiró.

—¡Es la hora! ¡Vamos, dadme cosas!

—Abre el mío primero —Lana sonrió.

Y, al final, Naya tenía delante ropa, juguetes e incluso una pequeña cuna que le había regalado Lana para montarla. Solo quedábamos nosotros. Miré a Jack y él me guiñó un ojo, completamente seguro. Me fiaba de su criterio para elegir regalos. Vi que le tendía a Naya un pequeño paquete azul. Ella lo rompió con ganas y abrió la cajita. Vi que su ceño se fruncía cuando sacó unos papeles y los leyó.
—¿Qué...? ¿Qué es esto? —pregunto, confusa.

Will se asomó para mirarlo, también confuso. Yo miré de reojo a Jack, esperando una explicación, pero él se limitó a sonreír.
Entonces, Will entreabrió los ojos y los clavó en él.
—Un momento...

—Sí —Jack se encogió de hombros.

—¿Qué? —Naya los miró—. ¡Dejad de comunicaros telepáticamente, que no me entero!

—Son los papeles de este piso —aclaró Jack.

—Vale, ¿y por qué nos los das?

—Naya —Will la miró—, nos lo está regalando.

Hubo un momento de silencio. Creo que yo era la que tenía la boca más abierta. Todo el mundo se quedó mirando a Jack, que seguía tan tranquilo.
—¿Nos estás regalando el piso? —repitió Naya, incrédula.

—Sí —él asintió con la cabeza.

—P-pero... Ross...

—No podemos aceptar eso —dijo Will, quitándole los papeles de la mano a Naya.

—Claro que podéis —Jack frunció el ceño—. Este piso no está mal. Tiene tres habitaciones. Y está cerca del centro de la ciudad. No os faltará de nada. ¿No necesitabais un piso?

—Sí, pero...

—Pues enhorabuena, ya lo tenéis.

Otro momento de silencio. Yo seguía perpleja cuando Naya se puso de pie y fue a abrazarlo antes de abrazarme a mí. Will hizo lo mismo. Yo intenté disimular un poco porque, después de todo, se suponía que también era mi regalo. Pero seguía pasmada.
Cuando volvieron a sentarse, vi que Curtis suspiraba, mirando los papeles del piso.
—Oye, Ross, si tienes más cosas así por regalar, que sepas que yo también aumentaré mi familia.
—¿Tú? —Chris lo miró, confuso.

—Voy a comprarme un pez, ¿vale?
Sue frunció el ceño.
—Espera —nos detuvo a todos, levantando las manos—, ¿ahora mis caseros sois vosotros?

—Eso parece —sonrió Will, todavía un poco perplejo.

—No vais a echarme o algo así, ¿no? Soy una niñera genial.
—Creía que no te gustaban los niños —le enarqué una ceja.

—Soy muy versátil, ¿vale?

—No vamos a echar a nadie —aseguró Naya enseguida, aunque después clavó los ojos en Mike—. Aunque se me acaba de ocurrir que esta ya no es la casa de tu hermanito.

Mike estaba comiendo galletas tan feliz, pero se detuvo en seco para mirarla.
—¿Eh?
—Eso es verdad —dijo Will.

—Técnicamente, ya no estamos obligados a mantenerte aquí.

—¿Eh? —repitió Mike, parpadeando—. P-pero... vamos, chicos. Somos amigos. No podéis dejarme en la calle.

—¿Cómo de amigos somos, Mike? —le preguntó Naya.

—Amigos del alma. Amiguísimos. Daría la vida por vosotros.

Naya miró a Will. Ambos parecían estar disfrutando de la situación.

—¿Qué crees, cariño? ¿Le dejamos quedarse? —le preguntó.

Will asintió con la cabeza.
—Vamos a darle una oportunidad.

El resto de la fiesta fue corto porque, entre otras cosas, Naya se quedó dormida en el sofá. Últimamente se quedaba dormida por todas partes. Nos despedimos de todo el mundo mientras Will la llevaba a la habitación y no tardamos en recoger todo bajo la imponente supervisión de Sue, que se ponía de los nervios cada vez que colocábamos un plato un centímetro más a la derecha de lo que le gustaba.
Al final, estaba agotada cuando me puse el pijama y me metí en la cama con Jack, que ya estaba bostezando. Apagué la luz estirándome y me quedé mirando el techo. Él, a mi lado, hizo lo mismo. Lo escuché suspirar.
—Bueno, ha sido una fiesta interesante —murmuró.

—Especialmente la parte en que regalabas un maldito piso —dije, sin saber si reír o llorar.

Noté que me miraba de reojo.
—Siento no habértelo dicho antes. Quería verte la cara.

—No tienes por qué decírmelo. Es tu casa, no la mía —lo pensé un momento—. Pero... ¿has pensado en la parte en que esa niña crece y esta habitación sea para ella?
—Es decir, la parte en que nos echan —concluyó.
—Sí, bueno, más o menos.

—Ya te lo dije, no quiero vivir siempre en un piso. Quiero una casa con jardín.
—Sí, y yo quiero ser millonaria —dije, medio riendo.
—No te preocupes de eso ahora —me recomendó—. ¿Qué tal te ha ido con tu hermano?

—Bien, como siempre —rodé hasta quedarme de lado para mirarlo. Él estaba repiqueteando los dedos en su estómago—. En realidad, me ha preguntando si quiero ir con él a casa. A pasar una semana con mis padres y mis hermanos.

No pareció muy sorprendido.
—¿Y quieres?

—Sí... la verdad es que no estaría mal.

—Pues no hay más que hablar.

—¿Quieres venir conmigo?

Por la cara que puso y por el hecho de que seguía repiqueteando los dedos en su estómago, deduje que algo no iba como de costumbre. Entrecerré los ojos.
—¿Qué?

—Tengo que hablar contigo de algo —murmuró.

—Jack, si me lo dices así, harás que entre en pánico.

Sonrió un poco, pero parecía pensativo.
—¿Te acuerdas de que te he dicho que hoy tenía una reunión importante con Joey?

—Sí —dije, intrigada.

—Pues... esa reunión era con mis productores. Quieren que compense mi ausencia de tanto tiempo yendo a varios festivales de cine.

Lo pensé un momento, pero no entendía muy bien qué estaba mal con eso. Porque, por la forma en que lo había dicho, estaba claro que algo estaba mal.
—Vale —murmuré—, ¿y no quieres ir?

—No puedo decir que no —me aseguró—. La cosa es que... voy a estar tres semanas fuera.

Abrí los ojos como platos.
—¿Tres... semanas?

—Es menos del tiempo del que parece —me aseguró enseguida.

—No es... es decir... —intenté aclararme un poco—. No me malinterpretes, me alegro mucho por ti, pero... ¿por qué tanto tiempo?

—Porque cada festival dura dos días. Y tengo que ir de un lado a otro. Y los vuelos no son cortos. En fin, sé que es un poco precipitado, pero tendría que irme mañana por la tarde y...

Me incorporé de golpe, mirándolo.
—¡¿Mañana por la tarde?!

—Sí —murmuró.

—¿Y me lo dices ahora?

—No quería decírtelo delante de todos los demás.

—P-pero... ¿te vas mañana y te lo dicen hoy?

—Así van estas cosas —se encogió de hombros.

Iba a intentar pensar algo agradable que decir, pero las palabras se quedaron congeladas cuando vi que su expresión seguía siendo de precaución. Entrecerré los ojos.
—¿Y qué más?

—El reparto estará con nosotros —añadió.
Hubo un momento de silencio.
—Es decir, que Vivian estará contigo —dije, un poco más de mala gana de lo que me hubiera gustado.

—No solo Vivian. El resto del reparto también.

—El resto del reparto no babea cada vez que te ve, Jack.

Él suspiró y también se incorporó, sentándose a mi lado.
—No me gusta Vivian —me dijo, frunciendo un poco el ceño.

—Pero a ella sí le gustas.
—¿Y qué?

—Que es... tan... —la palabra *perfecta* estuvo a punto de salirme, pero me contuve y sacudí la cabeza—. Es demasiadas cosas buenas.

—¿Sabes lo que no es? Mi novia.

Aparté la mirada. Odiaba ser así, pero esa chica me daba demasiadas malas vibraciones. Aunque tampoco era culpa de Jack. Él no iba a hacer nada, ¿verdad? Confiaba en él. Y Jack no era Monty. No tenían nada que ver. Volví a mirarlo.
—Entonces, supongo que yo iré a casa de mis padres —le dije con media sonrisa.

—Tres semanas no son nada —me aseguró, acercándose y pasándome un brazo por la espalda—. Y pienso llamarte cada día.

—¿Cada día? Tampoco hace fal...

—Cada día —repitió.

—Vale, papá —puse los ojos en blanco y volví a tumbarme, arrastrándolo conmigo.

—Esa palabrita en una cama tiene demasiadas connotaciones sexuales como para usarla tan a la ligera, Michelle.

—¿Quieres dormir en el suelo, Jackie?

Sonrió y se inclinó hacia delante, apoyando los codos a ambos lados de mi cabeza para poder apoyarse y besarme. Le acuné la cara con ambas manos y noté que su corazón se aceleraba sobre el mía cuando pegó nuestros pechos. Bajé las manos a su cuello y luego a su nuca, acariciándolo con las puntas de los dedos.
Y, justo en ese preciso momento, la puerta se abrió y Mike apareció con una almohada en la mano. Jack se apartó para mirarlo con el ceño fruncido.
—¿Qué? —le preguntó directamente, tan simpático como siempre.
—Me sentía solo en el salón —Mike puso una mueca.

—Pues ve a molestar a Sue.

—¿Quieres que muera?

Jack cerró los ojos un momento.
—No hagas que responda a eso.

Mike clavó sus ojos de cachorrito abandonado en mí.
—Mi novia acaba de serme infiel y me siento taaaaan solito en ese salón vacío y oscuro. Y en ese sofá. Tan grande para una sola persona y tan...

—¿Qué quieres, Mike? —le pregunté, enarcando una ceja.

—¿Puedo dormir con vosotros?

Jack soltó una risa irónica.
—No, de eso nada.
—¿Y por qué no? —protestó Mike.

—Porque estábamos ocupados.

—Bueno, podéis hacer vuestras guarradas en un lado de la cama. Yo os daré la espalda en el otro. Incluso puedo ponerme auriculares.
—Sí, claro, y cuando terminemos, aplaudes.

Mike se encogió de hombros.
—Si eso os gusta... yo no juzgo.

Jack suspiró y señaló la puerta.
—Venga, vete a dormir.

—¿En serio me vas a mandar solito al salón? ¿Qué clase de hermano eres tú?

—Uno que no te ha matado pero todavía tiene tiempo de hacerlo. Así que vete a dormir de una vez.

—Jack —lo interrumpí, atrayendo su atención—, ¿qué más da? Que se quede por una noche. No es para tanto.

Mike sonrió ampliamente. Jack me frunció el ceño.
—¿Qué? —preguntó, perplejo.

—Vamos, está triste —lo señalé.

—¡Yo sí que estoy triste por no poder dormir con mi novia!

—Venga, no seas amargado —Mike sonrió aún más y dejó caer su almohada en la cama. Tuvimos que movernos los dos para apartarnos cuando se lanzó literalmente en medio de ambos, haciendo que el colchón rebotara. Se quedó mirando el techo mientras su hermano lo fulminaba con los ojos.
—Oye, pues es muy cómoda —aseguró, sonriéndome—. ¿Qué se siente al tener por fin al hermano guapo a tu lado en la cama?

Por la cara de Jack, me daba la impresión de que iba a matarlo, así que me aclaré la garganta rápidamente.

—Venga, Mike, duérmete.

—Es que ahora no tengo sueño. ¿Contamos historias de miedo?

—¿Quieres que te cuenta la del chico que perdió la paciencia y asesinó a su hermano mayor? —Jack enarcó una ceja.

—No, no suena interesante —se giró hacia mí—. ¿Quieres que te abrace un rato, cuñada?
—¿Quieres morir, Mike? —a Jack ya le temblaba la vena del cuello.

Suspiré y les di la espalda mientras ambos seguían discutiendo. No tardaron en insultarse y darse la espalda mutuamente. Apenas diez segundos más tarde, Mike empezó a roncar. Me di la vuelta y no pude evitar una sonrisita divertida cuando vi a Jack mirando al techo de mal humor.
—¿Qué he hecho mal en la vida para tener que aguantar esto? —señaló a Mike con la cabeza.

—Habla en voz baja —le recordé en un susurro.

—Oh, sí, no sea que se despierte el bebé de metro ochenta que tenemos en medio.

Sonreí ampliamente y le puse la manta encima a Mike, que seguía durmiendo. Su pecho subía y bajaba. Jack puso los ojos en blanco.
—Mi última noche aquí y tengo que pasarla con el señorito en mi cama —murmuró.

—Tenemos todas las noches para pasarlas juntos, Jack.
—Y aún así no parecen suficientes.

Sonreí y estiré la mano por encima de Mike para acariciarle la mejilla con los nudillos.
—Mañana te vas por la tarde. Podemos pasar el día juntos.

—Vas a arrepentirte de decir eso. Porque voy a estar todo el día pegado a ti.

—Uf. Suena horrible.

Sonrió y se dio la vuelta para besarme la mano. Entonces, cada uno se colocó en su lado de la cama y nos quedamos dormidos con Mike roncando en medio.

CAPITULO 17

No sé cuántas veces lo había besado, pero no parecía suficiente.

Hacía ya cinco minutos que estábamos en la puerta de embarque. Vivian estaba a unos metros, fingiendo que miraba su móvil cuando me daba la sensación de que tenía toda su atención en nosotros. Joey estaba con los demás. Yo tenía las manos en las mejillas de Jack y él me había rodeado con los brazos justo debajo del culo, levantándome para dejar nuestras caras a la misma altura. Solo quería seguir besuqueándolo y que no se fuera —qué cursi me estaba volviendo, por cierto—. Pero, a la vez, me hacía ilusión que fuera a todos esos festivales a pasárselo bien.
Qué contradictoria eres, chica.
—Más te vale cuidarte de los fans locos —murmuré, mirándolo.

—Más te vale cuidarte de los Charlies locos...

—Es gay —puse los ojos en blanco—. Debería estar yo más preocupada que tú. Y se llama Curtis, pesado.

—Bueno —ladeó la cabeza, apretujándome un poco más—, ¿me vas a echar de menos?

—No.

Puso una mueca, pero después sonrió.
—Vamos a pretender que eso es verdad porque no quiero seguir notando los ojos de Joey agujereándome la nuca mucho más tiempo.
—Es que llegaréis tarde.

—Pues que se esperen.

—¡Ross, ya es hora! —gritó ella, como si quisiera confirmarlo.

Jack sonrió y volvió a besarme cuando intenté separarme.
—Sabes que tienes que aguantar un vuelo de doce horas con ella, ¿no? —enarqué una ceja.

—Tengo que aguantar mucho más sin hacer esto. Que se jodan y esperen.

Se inclinó hacia delante y me plantó un beso que me dejó mareada. Me dejó en el suelo sin separarse y luego subió las manos a mi cara, sujetándomela. Joey seguía llamándolo, impaciente, pero él no despegó la mirada de mí.
—Llámame si pasa cualquier cosa —murmuró, acariciándome las mejillas con los pulgares—. O si quieres hablar conmigo. O lo que sea.

—Lo haré —dije por enésima vez—. Como te he dicho las otras diez veces que me lo has recordado.

—Y no te metas en líos.

—Vale, papá.

Lo miré un momento. Hizo un ademán de separarse, pero se detuvo cuando vio que estaba dudando y frunció un poco el ceño.
—¿Qué? —preguntó.

—Te echaré de menos.

Él sonrió un poco.
—Sobrevivirás un mes sin mí. Obligaré a Will a cuidarte.

—Sé cuidarme sin ti, creído —le puse mala cara.
—No demasiado bien, agresora de coches policiales.

—¡Yo no...! ¡No es...! ¡He sobrevivido diecisiete años sin ti!

—Y sigo preguntándome cómo.
Puse los ojos en blanco, pero él no borró su sonrisa divertida.
—Te llamaré cada día. Y tendremos largas e interesantes conversaciones sobre la ropa interior que lleves puesta. Hasta que te haga quitártela.

—¡Jack!

—Uno tiene derecho a fantasear —protestó.
Se mordió un momento en interior de la mejilla. La sonrisa desapareció un poco.

—Te quiero, Mushu.
—Y yo a ti, tonto.

Sonrió y me besó por última vez. Joey pareció aliviada cuando empezó a andar hacia atrás, despidiéndose de los demás con la mano. Entonces, me dedicó una última mirada por encima del hombro y desapareció en las puertas de embarque. Suspiré cuando Will me puso una mano en el hombro.
—Bueno... —me miró—, ¿quieres que hagamos una tarta de chocolate para subir los ánimos?

—Tú sí que sabes cómo animarme —le sonreí ampliamente.
—¡Cocino yo! —dijo Naya enseguida.

—Tú sí que sabes cómo hacer el chocolate sonar desagradable —murmuró Sue.
Me pasé la tarde con Will y Naya, que parecían muy dispuestos a no dejar que me sintiera sola. No tardé en descubrir que Jack les había pedido expresamente que se aseguraran de que no me sentía mal sin él. Por la noche, fui con Sue al supermercado y nos hicimos pasta a la carbonara. Me hinché a ella mientras veía distraídamente una película mala de Naya, aunque mi atención estaba en el lugar vacío de mi lado.
Qué dramática eres. Solo han pasado unas horas.
Le había mandado algunos mensajes, pero él seguía en el avión, así que no podría verlos hasta dentro de unas horas. Además, estaba la diferencia horaria. La única opción que teníamos era que él me llamara a las cuatro de la mañana, que eran las diez de la noche en la zona en que estaba yo. Había intentado disuadirlo para que no lo hiciera, pero era un cabezota.

Pues como tú.
Mi conciencia estaba muy pesada, ¿no?
Si no te gusta, búscate otra. Ah, no, que no tienes más.
Genial, me estaba volviendo loca. Lo que me faltaba.
Sin embargo, Jack no pudo llamarme ese día, así que hablamos por mensajes hasta que lo obligué a irse a dormir. Al día siguiente, me iba a casa de papá y mamá con Spencer.

Me despedí de todos y arrastré a Spencer del cuello de la camiseta hacia el ascensor cuando se quedó mirando a Sue más de la cuenta.
En realidad, viajar con él era bastante divertido. De pequeños, mis hermanos y yo solíamos jugar a inventarnos las historias de la gente que veíamos a nuestro alrededor. Y él siempre tenía las mejores historias. Yo, por opinión unánime, tenía siempre las peores.
Creo que no había sido consciente de que no había visto a mi familia en meses hasta que abrí la puerta principal y Biscuit, mi perro, vino corriendo y llorando hacia mí. Me quedé de rodillas en el suelo y le acaricié la cabeza mientras movía la cosa y me lamía las manos. Al levantar la cabeza, vi a mamá mirándome y me acerqué a ella, dejando que Biscuit acosara a Spencer.
—¡Bienvenida a casa, cielo! —exclamó ella, estrujándome en un abrazo.

Se separó de mí sujetándome por los hombros y miró detrás de mí con el ceño fruncido.
—¿Pasa... algo? —pregunté, confusa.

—¿Dónde está Jack?

—Sí, hola, mamá —replicó Spencer—. Yo también me alegro de verte.

—Está de viaje por la película —le expliqué—. Está en unos festivales o no sé qué.

—Oh, lástima —suspiró y me miró—. Bueno, también me alegro de que estés aquí, ¿eh?

—Se te nota —le puse mala cara.

Papá estaba en la cocina y me saludó con su habitual frialdad de persona que odia el contacto humano. También me preguntó por Jack, claro. El maldito era más querido en mi familia que yo.
Mis hermanos Sonny y Steve no aparecieron por casa hasta que se hizo de noche. Ambos entraron en el salón charlando y adiviné que mamá no les había dicho que yo iba a venir, porque se detuvieron en seco cuando me vieron tumbada en su sofá.
—Oh, no —dijo Sonny.

—¿Ya la ha dejado su novio rico y ha vuelto aquí? —preguntó Steve.

—Bueno, ha aguantado mucho.

—Sí, pobrecito.

—Se merece una medalla al honor.

—Al honor en batalla.

—Os estoy oyendo —protesté—. Y sigo teniendo a mi novio rico, gracias.
—Ah, bueno —Steve pareció más contento, sentándose a mi lado—. Genial. Oye, ya podrías pedirle que le comprara a sus cuñados un establecimiento para ampliar nuestro taller.

—O coches de lujo —sugirió Sonny, sentándose a mi otro lado.

—Yo quiero uno de esos convertibles rojos que brillan tanto.

—¿Convertible? Yo prefiero un Jeep.

—Chicos —levanté la cabeza y vi a Shanon ahí de pie con los brazos en jarras—. Su novio no es Papá Noel, relajaos un poco.

—Bueno, pero es su novio —remarcó Sonny.

—Y si la aguanta, es que no es muy listo.

—Exacto. Podríamos sacarle algo.

Puse los ojos en blanco y me levanté para abrazar a Shanon. Estaba feo decirlo, pero ella siempre era la persona que más echaba de menos. Además, me daba la sensación de que cada vez hablábamos menos y no me gustaba esa sensación.
—Ni caso a los idiotas —me recomendó al separarse—. ¿Qué tal estás?

—Como siempre —me encogí de hombros—. ¿Dónde está Owen?

—Según él, ha ido a repasar cálculo para el próximo curso en casa de nuestro vecino —ella puso los ojos en blanco—. Según yo, ha ido al parque que hay aquí al lado con su nueva noviecita.

—¿Novia? P-pero... ¿cuántos años tiene?

—Jenny, a esa edad solo se dan la mano —me dijo Sonny.

—Ella no lo sabe porque no la miraban —remarcó Steve.

Harta de ellos, agarré un cojín y se lo lancé a la cabeza. No sé cómo, pero terminamos inmersos en una guerra de empujones, golpes con cojines y risas. Incluso Biscuit se metió de por medio para intentar atacar a alguien, aunque terminó sentándose en el sofá y mirándonos con aburrimiento. Realmente, los había echado de menos a todos.
Pero tuvimos que parar cuando papá entró y nos preguntó si éramos tontos. Sí, era muy sutil.
Cenamos todos en el comedor y yo subí a mi habitación a ponerme el pijama, pero cuál fue mi sorpresa cuando abrí y no me encontré NADA mío. Entreabrí los labios, sorprendida.
—Pero, ¿qué...?

—¡Eh, ahora esa es nuestra habitación de juegos! —protestó Steve, apareciendo con Sonny por el pasillo.
—¿Vuestra...? ¡Es mi habitación!

—Renunciaste a tu derecho a ella cuando decidiste irte a vivir a otro lado.

—¡No he renunciado a nada!

—Tranquilízate, loca, tus cosas están arriba.

—¡¿Mis cosas están en el desván?!

Al final, terminé de brazos cruzados en el sofá, mirando el techo. Biscuit estaba tumbado a mis pies y roncaba sonoramente. Al menos, estábamos solos. Miré el móvil por enésima vez y suspiré al ver que no tenía ninguna llamada entrante. Bueno, no eran las diez. Tenía que calmarme. Me puse a repiquetear los dedos en mi estómago, impaciente.
Faltaban cinco minutos para las diez cuando salté sobre mi móvil, que empezó a sonar. Me lo llevé a la oreja al instante.

—Ya estoy odiando esto —murmuró él a modo de saludo.

—Yo también me alegro de hablar contigo —empecé a reírme—. ¿No te gusta el festival?
—Oh, el festival está bien, supongo —casi pude ver que se encogía de hombros—. Lo que odio es tener que hablar contigo por teléfono.

—Solo ha pasado un día, Jack.

—Lo sé.

—¿Y qué harás cuando nos veamos después de un mes de estar separados?

—Hacer que no puedas andar en una semana.

—¡JACK! —me puse roja como un tomate.
Él soltó una risa suave al otro lado de la línea.
—Dime que te has puesto roja, por favor.

—No —mentí.

—Puedo pillarte incluso a través del móvil. Me encanta.

Para desviar un poco el tema, le pedí que me explicara todo lo que había hecho. Me habló de la llegada, de los fans y del hotel caro en el que estaba alojado. Ah, y de que Joey estaba tan estresada como de costumbre. Me gustaba oírlo hablar y hablar. Era extraño, pero verdad.
—¿Y tú qué? —preguntó—. ¿Disfrutando la casa de tus padres?

—Pues no. Tengo que dormir en el sofá —protesté.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Porque los idiotas de mis hermanos se han adueñado de mis cosas!

—Oh, pobrecita —se burló.

—¡Tengo todas mis pertenencias en un maldito desván! Pero, ¿en qué momento he perdido el derecho en esta casa?

—En el momento en que viviste a vivir a la mía.
—Te recuerdo que ya no es tuya porque eres tan asquerosamente rico que se lo regalaste a tu mejor amigo.

Él empezó a reírse.
—Sabes que Will y Naya nunca nos echarían.

—Claro que no, pero no quiero pasarme el resto de mi vida viviendo en casa de otra persona.

—Muy bien, hazte rica y cómprate tu propia casa.

—Vale. Mañana empiezo. Ya te contaré cómo me va.

Él se rio, pero cuando terminó hubo un momento de silencio.
—Tengo que colgar —me dijo, y realmente parecía sentirlo—. Mañana volveré a llamarte a la misma hora.

—Está bien —murmuré como si me estuviera diciendo que lo vería en diez años.

—No te vayas a dormir a las tantas de la noche.

—¡Ya tengo padre, Jack!

—Y también tienes un novio genial. A ver si le haces caso de vez en cuando.

Puse los ojos en blanco y me miré las manos.
—Duerme bien —murmuré.

—Dormiría mejor si estuvieras conmigo.

—Lástima que estemos en continentes distintos, entonces —bromeé.

Hubo un momento de silencio.
—¿Qué? —pregunté.

—Yo... —dudó un momento—. Jen, alguna vez... este no será el único viaje que haga. Espero que sea el más largo, claro, pero... me gustaría que vinieras conmigo alguna vez.

Hice una pausa y sonreí al techo.
—¿En serio quieres que vaya de viaje contigo?

—Quiero que estés siempre conmigo. Aunque sea en otro continente.

—Alguien se ha levantado romántico —bromeé, pero me había dado un vuelco el estómago.

—No romántico. Irritado porque tengo que dormir solo . ¿Eso es un sí?

—Sabes que sí.

—Voy a usar eso en tu contra en el futuro, espero que lo sepas —me aseguró—. Ahora... pf... tengo que colgar.

—Buenas noches, Jack.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Hubo un momento de silencio antes de que los dos colgáramos a la vez. Me puse el móvil en el corazón y miré al techo un momento. Ladeé la cabeza cuando escuché el ruido de una lata abriéndose en el porche trasero. Me levanté y dejé a Biscuit durmiendo en el sofá cuando fui con mi hermana a sentarme en el porche de atrás.
—¿Qué tal está Romeo? —preguntó ella cuando me senté con la otra cerveza que había sacado en la mano.

—Muy bien.

—¿Lo echas de menos?

—¿Tú qué crees?

Sonrío de lado y le dio un sorbo a la cerveza, balanceando las piernas al borde del porche. Yo crucé las mías y le di un sorbo a la cerveza. Sabía rara. Era sin alcohol. Suspiré y seguí bebiendo.
—¿Puedo preguntarte algo? —la miré de reojo.

—Mientras no sea algo sexual...

—No es sexual —puse los ojos en blanco—. Tú... bueno, nunca me has hablado del padre de Owen.

Shanon se detuvo y me miró de reojo, confusa. No se esperaba esa pregunta. Bueno, ni siquiera yo sabía muy bien por qué la había sacado.
—¿A qué viene eso ahora?

—No lo sé. Pero es verdad, no lo has hecho. Apenas lo recuerdo.

—Eso fue hace casi diez años, Jenny, eras pequeña como para enterarte de lo que pasaba.

—Por eso te pregunto.

Ella suspiró y miró su cerveza.

—Vamos, sabes la historia —me dijo—. Sabes quién era. No hay nadie en este maldito pueblo que no lo sepa.

—Sé que era un profesor sustituto de tu instituto —murmuré—. Pero poco más.

—No hay mucho más que saber. Me gustaba. Me gustaba mucho. Y yo a él, por lo visto. Así que lo hicimos, me quedé embarazada, lo despidieron y se fue corriendo.

—¿No has vuelto a hablar con él?

—¿Con alguien que nunca ha intentado ponerse en contacto con su hijo? Por supuesto que no.

Agaché la cabeza un momento, pensativa. Iba a decir algo, pero ella se me adelantó.
—Sentimentalmente, nunca me afectó demasiado —se encogió de hombros—. Una parte de mí sabía que no era *esa* persona, ¿sabes?

—¿*Esa* persona? —repetí, confusa.

—Ya sabes, la persona con la que quieres vivir tu vida y todas esas chorradas románticas.

Apreté un poco los labios, pensativa.
—¿Y cómo sabes si la persona es *esa* persona? —pregunté.

Shanon me miró de reojo, curiosa.
—¿Hay algo que no me estés contando?

—Técnicamente... bueno... no lo sé.

—Dímelo, anda.

Suspiré y me miré las uñas.
—No lo sé. Es que... Naya y Will tienen una casa y dentro de poco tendrán un hijo. Nel y Monty también se han ido a vivir juntos. Tú vives con tu hijo... no sé. Me da la sensación de que todo el mundo tiene su vida hecha menos yo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, mirándome.

—Ni siquiera sé qué quiero en la vida —murmuré, mirándola también—. He terminado un año de carrera, sí, pero no me gusta. Sé que no quiero dedicarme a esto, pero no se me da nada bien. Nada. Lo único que puedo hacer es continuarla y esperar a tener un trabajo que no me guste por el resto de mi vida sin rumbo.

—Whoa, no seas tan dramática.

—Es verdad —protesté—. ¿Qué se me da bien?

—Atletismo. Pintura. No te menosprecies tanto.

—Sí, y seguro que puedo dedicarme a alguna de esas cosas para vivir... —murmuré.

—¿Por qué no ibas a poder?

—Vamos, Shanon, esto es la vida real. Solo consiguen trabajar en lo que realmente quieren unos pocos suertudos.

—¿Y por qué tú no puedes ser una de las suertudas?

—Porque no. Simplemente, sé que no me pasaría a mí.

—Chica, si todo el mundo pensara como tú, nos iríamos a la mierda.

Sonreí un poco, pero seguía cabizbaja. Shanon suspiró.
—¿Seguro que todo lo que te preocupa es eso?

—No, no es solo eso —admití.

—¿Y qué es?

Me mordí el labio inferior, dudando en lo que iba a decir.
—Yo... no puedo evitar ver la vida que lleva ahora Jack y, bueno...

—¿No te gusta?

—Sí, sí me gusta. No es eso.

—¿Y qué es? —se impacientó al ver que no seguía.

—Yo... me da miedo que algún día se dé cuenta de que soy poca cosa para él.

Hubo un momento de silencio. Entonces, Shanon suspiró y dejó la cerveza a un lado para arrastrarse hasta quedar pegada a mí. Me pasó un brazo por los hombros.
—Eso no va a pasar porque tú no eres poca cosa, Jenny. Ni para él, ni para nadie.

—Eso lo dices porque eres mi hermana. Estás obligada a hacerlo.

—Venga ya, puedo ser tu hermana, pero sabes que no te lo diría si pensara lo contrario. Ese chico babea por ti, Jenny.

—No sé...

—Créeme, está enamorado —recalcó.

Iba a decir algo, pero me detuve en seco y levanté la cabeza, mirándola.
—¿Por qué lo dices tan convencida?

Vi que entreabría los labios y los volvía a cerrar. Mhm...
—¿Yo? No lo digo tan convencida. Es una observación.

—¿Me estás ocultando algo, Shanon?

—Anda, ¿eso es mi móvil?

—No está sonando nad...

—¡Buenas noches, Jenny!

Se puso de pie y se marchó rápidamente bajo mi atenta mirada escrutadora.

***

Pasé una semana con ellos y se me hizo un poco raro tener que despedirme para ir a una casa donde... bueno, donde no estaba Jack. Sería raro no verlo esperándome en el aeropuerto.
Pero quien sí estaba ahí eran Sue, Mike, Naya y Will. Naya me soltó su correspondiente grito de alegría antes de venir —esta vez andando en lugar de corriendo por culpa del embarazo— directa hacia mí y estrujarme con los brazos.
—¡Tía Jenna ha vuelto! —le dijo a su tripa—. Creo que te ha echado de menos.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó Sue, mirándola de reojo.

—Tengo instinto maternal, ¿vale? —Naya volvió a sonreír ampliamente a su barriga—. Ella me entiende. Yo lo sé.

Mike puso mala cara al estar ya en el coche, en el que me había tocado sentarme entre él y Sue. Se inclinó hacia mí para hablar en voz baja.
—Me da mal rollo cuando habla sola.

Pero no sirvió de mucho hablarme en voz baja, porque Naya se giró y le puso mala cara.
—¡No hablo sola, hablo con mi hija!

—Nuestra hija —le recordó Will, poniendo los ojos en blanco.

—Nuestra hija —corrigió Naya mansamente.
—¿Ya habéis pensado algún nombre? —pregunté, curiosa.

—Estamos... eh... barajando posibilidades —replicó Will.

—Es decir, que no se ponen de acuerdo —aclaró Sue—. Son muy pesados.

—¿Cuáles son las opciones? —pregunté.

Naya pareció demasiado entusiasmada por decirme los suyos.
—De mi parte son Gabriela, Michelle o Kim.

Hubo un momento de silencio.
—¿Michelle? ¿En serio? —mascullé.

—¡No es porque tú te llames así, es por el... por el por qué!

—No sé si quiero saber el por qué —murmuró Mike.

—¡Si es evidente! ¡Gabriela es por la de High School Musical!

Otro momento de silencio. Solo que esta vez todo el mundo la juzgaba con la mirada.
—Michelle por la canción de los Beatles —siguió con una amplia sonrisa—. Así podemos cantársela. Sabéis cuál es, ¿no? *Michelle, ma belle, these are words...*

—Sabemos cual es —la cortó Sue con mala cara—. Deja de cantar, por favor.
—Bueno. Y Kim es por...

—Dime que no es por Kim Kardashian —Sue cerró los ojos.

—...Kim Kardashian.

—Naya, estoy intentando no juzgarte —murmuré.

—¡Si son nombres preciosos!
—Bueno —miré a Will—, ¿y cuáles te gustan a ti?

Él lo pensó un momento.
—A mí me gusta Jane.

Silencio.
—¿Y la explicación...? —pregunté.

—No la hay. Solo me gusta ese nombre.

—Por eso me caes bien y tu novia no —le dijo Sue.

—Tía Sue no decía eso de verdad —le aseguró Naya a su tripa.

—Como le responda, bajo del coche en marcha —me susurró Mike.

Sonreí y sacudí la cabeza.
—A mí también me gusta Jane —le dije a Will.

Él me sonrió un momento, pero Naya se dedicó a ponerme mala cara.
—¡Jane es muy soso!

Y, así, se pasaron el resto del camino parloteando sobre nombres de niña.

***

Ya habían pasado dos días cuando empezaron a salir portadas de revistas y periódicos con la cara de Jack y la de Vivian, insinuado que habían ido de viaje solos. Sin embargo, en todas las fotos se veía a Joey entre ambos. Además, él había negado todos los rumores en todas las entrevistas que había dado y había dicho que seguía estando conmigo. El mayor consuelo que tenía era que no sabían quién era.

No me molestó unos días más tarde. Faltaba más o menos una semana para que Jack volviera cuando me quité los auriculares y miré lo que había pintado. Había seguido el

consejo de intentar no imitar la realidad y no estaba segura de si eso era un buen resultado o no. De todos modos, me puse de pie y estiré las piernas. Había estado dos horas sentada en el balcón. Volví a entrar en la habitación y miré mi móvil.
Whoa, tenía un montón de mensajes de todo el mundo. Fruncí un poco el ceño e intenté leerlos, pero al instante en que hice un ademán de abrir uno, la puerta se abrió de golpe. Di un respingo cuando Sue, Mike y Naya entraron con sonrisas malévolas. Bueno, las sonrisas eran solo de los dos primeros. Naya solo tenía los ojos desorbitados.
—¡Mira esto! —me dijo con urgencia, casi restregándome una revista por la cara.

Mi corazón se encogió al instante. Iba a ser algo de Jack. E iba a matarlo si era lo que no quería que fuera.
Miré la revista y estaba preparada para ir a por el móvil —para decirle de todo menos cumplidos, básicamente—, cuando me detuve en seco.
Porque era una foto mía saliendo del aeropuerto. Abrí los ojos como platos cuando vi el titular: *la misteriosa novia de Jack Ross*.
—No me lo creo —mascullé.

—¡Ahora eres misteriosa! —Mike y Sue se reían a carcajadas.

—¡No me lo creo! —estuve a punto de soltar una palabrota, pero me limité a sentarme en la cama y mirar el artículo al completo.

Y hablaban de mí, de que era universitaria, de que vivía con él, de que teníamos amigos en común, de mi edad... ¡incluso sabían dónde había nacido! ¡¿Cómo demonios sabían eso?!
—¡Yo... ni siquiera me di cuenta de que hacían la foto!

—Pues no sales mal —dijo Naya, encogiéndose de hombros.

—¿Qué se siente al haber cruzado el umbral del famoseo por la puerta grande? —se burló Sue.

Agarré una almohada y se la estampé en la cara. Cuando Mike se rio, hice exactamente lo mismo. Idiotas.
¿A que no adivináis quién también se empezó a reír de mí cuando se lo conté esa noche por teléfono?
Pues sí, el otro idiota.
—¡No tiene gracia, Jack! —protesté—. ¡No sabía ni que esos fotógrafos estaban ahí!
—Ese es su trabajo —dijo, todavía divertido.

—¡Y, por su fuera poco, llevaba puestos mis peores pantalones!
—¿Tus peores pantalones? ¿En serio?

—¡Tengo el culo más plano que una mesa cuando los llevo!

—Jen, créeme, tu culo sería perfecto aunque llevaras puesto un saco de patatas.

—Y eso que es de dimensiones insuficientes —mascullé.

—Pienso colgar esa foto en nuestra habitación —me advirtió—. Espero que lo vayas asumiendo.

—¡No...! ¡Es una foto horrible!
—Sales preciosa.

—¡No es verdad!

—Es preciosa. Y es mía. Y la voy a colgar.
—Pues yo la voy a descolgar.
—Como la descuelgues, cuelgo diez más. Y por toda la casa. Tú decides.

Iba a descolgarla igual, pero eso no se lo dije.
Al día siguiente, era casi hora de cenar cuando me encontré a Mike sentado en el sofá con gesto aburrido, cambiando de canal.
—Cuñada —me saludó distraídamente.

—Hola, Mike —me senté a su lado, suspirando—. ¿Qué haces?
—Hasta ahora, mirar una foto de tu cara —sonrió maliciosamente, señalando la revista que había en la mesa.

No podía deshacerme de ella porque Jack me había amenazado de muerte. Puse una mueca.
—Por favor, ni me hables de eso. Es horrible.

—No es para tanto —se encogió de hombros, desistiendo y dejando un programa de tatuajes feos—. ¿Por qué no ponen nada bueno? Solo hay programas de cotilleo.

—Si Jack estuviera aquí, encontraría una película buena de la nada —murmuré.

Mike me miró de reojo, pero no dijo nada.
—¿Qué? —pregunté, confusa.

—Nada —sacudió la cabeza.

Apreté un poco los labios, intrigada. Le puse una mano en el hombro.
—Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, ¿no?

Él asintió con la cabeza sin mirarme y decidí volver a centrarme en la televisión con los brazos cruzados. Estaba repasando mentalmente las formas de deshacerme de una revista sin dejar pruebas cuando él se volvió a girar hacia mí.
—¿Puedo... contarte algo?

—Sí, claro —le aseguré.
—Vale —suspiró—. Verás, hace un tiempo que... mhm... bueno...

Se detuvo y yo enarqué una ceja, aún más intrigada. Mi instinto me dijo que iba a contarme muy jugoso.

—¿Qué? —le insté a seguir.

Él me miró de reojo y pareció pensar una forma de decirlo. Al final, sacudió la cabeza, como si se hubiera rendido.
Y, antes de poder reaccionar, me agarró de la nuca y se inclinó hacia delante. Me quedé con los ojos abiertos de par en par cuando noté sus labios sobre los míos.
Apenas había pasado un segundo cuando me eché hacia atrás precipitadamente por el susto y me caí de culo al suelo. Él me frunció el ceño cuando me quedé mirándolo con la boca abierta, completamente.
Mike no acababa de besarme, ¿verdad?
Estoy flipando.
¡Y yo también!
—¿Q-qué...? —ni siquiera sabía qué decir.

Él suspiró y negó con la cabeza.
—Pensé que ya lo sabías.

—Yo... ¿saber qué? ¿Qué...?

Mike no dijo nada. Yo seguía sentada en el suelo como una idiota. Fruncí un poco el ceño.
—¿Esto... esto era lo que querías contarme?

—¿Y qué te esperabas?

—¡No lo sé, algo de tu ex! ¡O un cotilleo jugoso!
—¿Eso es lo que tienes que decir? —preguntó, un poco decepcionado.

Entonces, por fin reaccioné. ¡Mike, el hermano de mi novio, acababa de besarme! ¡¿Qué demonios le pasaba?!
—Pero ¿qué quieres que te diga? —pregunté, perpleja—. ¡Estoy saliendo con tu hermano!

—Pero él no está aquí, ¿no?

Me quedé en silencio un momento y él apretó los labios, apartando la mirada.
—No me puedo creer que quieras hacerle esto otra vez, Mike —murmuré.

—¿Hacerle qué? No le he hecho nada a él directamente.

—¡Te has acostado con dos de sus novias!

—¡Lana ni siquiera salía con él cuando lo hicimos!

—¡Habían pasado días, Mike! ¡Y aunque no hubiera sido así, era la novia de tu hermano! ¿No entiendes lo que está mal?

—Oh, sí, Jack el perfecto —me puso mala cara—. Siempre soy yo el que lo hace todo mal, ¿no?

—¡Él nunca te haría esto... esto que acabas de hacerle tú a él!

—¿El qué? ¿Dar un beso? Tampoco es para tanto.

—¡Sí es para tanto!

—Entonces, ¿no te gusto?

Tardé unos segundos en poder contestar. Estaba demasiado descolocada por todo lo que estaba sucediendo. Y, aún así, no podía rechazarlo directamente.
—Yo... Mike, no es... no es que no me gustes...

—Ya, claro.

—Es que yo... tú no...

—¿Yo, qué?

—Eres un buen chico —le dije—. Te tengo muchísimo cariño. Me encanta que seas, de alguna forma extraña, familia mía, pero...

—Pero, ¿qué?

—Pero... amo a tu hermano. Lo amo demasiado, Mike. Lo siento.
Él me observó unos segundos. Pareció dolido cuando se giró hacia delante. Tenía la mandíbula apretada. Incluso en ese gesto se parecía a Jack.
—Ya veo —murmuró.

—¿Por qué has vuelto a hacer eso? —fruncí el ceño—. Te ha ayudado siempre que ha podido, Mike. Siempre. Incluso te deja quedarte en su casa y te paga todo lo que necesitas.
—Jack el perfecto —murmuró.

—¡No estoy diciendo que sea perfecto!

—No, solo dices que intento aprovecharme de él.

—¡Yo no...! —me detuve—. ¿Por qué sigues intentando joderlo? Yo... creí que tú... bueno...
—Esto no es por joderlo —me miró con los labios apretados.
—¿Y por qué es?

Negó con la cabeza.
—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿El qué?

—Me gustas. Mucho.
Negué con la cabeza al instante en que lo dijo, negándome a creerlo.
—No, no te gusto.

—Sí me gustas.

—No te gusto, Mike, estoy saliendo con tu hermano.

—¿Y qué?

—¡Que no... no puedo gustarte!
—Sí puedes. Ese es el problema.
Justo en ese momento de tensión, Naya y Will entraron en el piso. No se dieron cuenta de la situación hasta que vieron que yo estaba sentada en el suelo con cara de espanto y Mike parecía irritado.
Will clavó los ojos en él.
—Dime que no has hecho ninguna tontería, por favor —le dijo en voz baja.

—No ha pasado nada —le aseguré enseguida. Cuanta menos gente lo supiera, mejor—. Solo estábamos...

—He intentado besarla y me ha rechazado —me cortó Mike.

Silencio. Naya abrió los ojos de par en par y se giró hacia Will, como si esperara que él hiciera algo. Will suspiró un momento antes de mirar a Mike.
—Por Dios, Mike, si Ross se entera de esto...
—¿Y qué haría si se enterara? —preguntó Mike—. Tampoco me hizo nada cuando pasó lo de las otras dos.

—No es lo mismo —le dijo Will con demasiada calma—. Y lo sabes perfectamente.

Mike se encogió de hombros. Me quedé mirándolo fijamente, sin poder entenderlo. No me podía creer que estuviera haciendo eso. Creía que lo conocía... pero no.
—Él no se merece que le hagas esto —le dije en voz baja, enfadada.

—Tampoco se merecía que lo abandonaras y lo hiciste, ¿no?

—¡Mike! —intervino Naya enseguida.

Él sacudió la cabeza y dejó el mando a distancia a un lado, poniéndose de pie.
—Decídselo si queréis. No me importa.

—Pues a mí sí me importa —le dijo Will—. No pienso arruinarle la felicidad por tu culpa.

Mike lo miró un momento antes de darse la vuelta y marcharse, dejándonos a los tres en completo silencio.

CAPITULO 18

Ya habían pasado unos días desde lo de Mike y no había vuelto a saber nada de él.
Tampoco había hablado de ello con Jack. Habíamos llegado a la decisión conjunta de que no le diríamos nada hasta que volviera. Y yo era la encargada de hablarlo con él, claro. Las tareas fáciles siempre eran para mí.
Una parte de mí no estaba muy entusiasmada con contárselo. Después de todo, conocía a Jack, sí, pero... ¿lo conocía realmente enfadado? La vez que más enfadado lo había visto había sido conmigo. El día en que tuvimos esa discusión tan fuerte. Pero... incluso en esas circunstancias me había dado la sensación de que se había controlado mucho para no gritarme. Dudaba que tuviera tanta consideración con Mike.
Estaba sentada en la azotea con Will. Él fumaba mientras mirada la ciudad. Yo, para varias, le estaba dando vueltas a cómo hablaría con Jack.
Will suspiró y me miró.
—Deja de pensar en ello —me recomendó.

—No sabes en qué estoy pensando —protesté.

—Jenna, no te ofendas, pero no es que seas un gran misterio.

Le puse mala cara y sonrió.
—A veces, eres como un abuelo pesado.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Me lo tomaré como un cumplido —imité su voz y se rió suavemente mientras yo suspiraba—. ¿Por qué crees que lo hizo?
Me miró de reojo, pensativo.
—Mike... bueno, es impredecible —admitió—. Siempre que creo que puedo llegar a entenderlo, hace algo que me demuestra que no es así.

—¿Las otras veces también...?

—¿...nos engañó durante meses y de repente hizo lo que hizo? Sí, exactamente —negó con la cabeza—. Mira, no le digas a Ross que te he contado esto...

—No lo haré —dije enseguida, ávida de información.

Él soltó el humo y sacudió la cabeza.
—Mike siempre ha sido así. Es gracioso, entrañable e incluso puede llegar a ser buena persona algunas veces, pero... a la hora de la verdad... nunca lo he visto dando la cara por nadie. Y lo conozco desde hace muchos años.

Hizo una pausa y yo me giré hacia él, interesada.
—Ross puede decir lo que quiera, pero tú y yo sabemos que es incapaz de guardarle rencor a nadie por mucho tiempo. Ni siquiera contigo cuando lo dejaste. Y, no te lo tomes a mal, pero creo que fue uno de los momentos más bajos de su vida. Cuando volviste, creí que sería

incapaz de mirarte a la cara en meses, pero... un solo mes y ya estabais juntos otra vez.

—Sí, tienes razón —murmuré.

—Mike siempre se ha aprovechado de eso. Siempre lo hará. No sé por qué, pero cada vez que creemos que realmente ha cambiado, hace algo parecido a lo que hizo ayer y no se vuelve a hablar con su hermano hasta que Ross decide perdonarlo.

Por la forma en que me miró, adiviné que esa era la parte que no quería que dijera a Jack que sabía.
—La cosa es —siguió— que cuando empezaste a vivir con nosotros por primera vez, era muy obvio que Ross babeaba a tu alrededor. Y Mike lo notó enseguida, claro. Se pasaba el día intentando sacarle de quicio contigo. Ross lo toleraba por aquel entonces, pero... de repente empezó a hacer lo de siempre. A ser parte del grupo, a ser el gracioso, a caer bien a todo el mundo. Incluso se hizo tu amigo, de alguna forma extraña.

—Y Jack tenía miedo de que pasara lo mismo —murmuré.
—Es comprensible —Will se encogió de hombros—. Le ha pasado ya dos veces. De repente, una de sus novias está con Mike. Y no es lo mismo contigo, te lo aseguro. Nunca lo ha sido. Lo que tenéis vosotros no es comparable a lo que tenía con las otras chicas. Por eso, esperaba que Mike hubiera cambiado de verdad esta vez. Que no hiciera nada. Pero... se ve que hay cosas que no cambian.

Me quedé en silencio un momento, mirándolo. No pude evitar sentirme como una idiota.
—Entonces... ¿crees que todo lo que ha hecho Mike estos meses... todo lo de ser nuestro amigo... era mentira?

—No, no es eso —él lo pensó—. Bueno... no lo sé. La verdad es que no tengo ni idea. Ojalá pudiera entender a Mike.

La cabeza me daba vueltas. Por una parte, mi decepción con Mike era demasiado grande en esos momentos como para intentar empatizar con él. Por otra parte, se me hacía imposible imaginarme que Jack se sintiera inseguro con... bueno, con nada. ¿Por qué a mí nunca me mostraba esa faceta?
Porque eres su novia, no su mejor amigo, idiota.
—¿Puedo aportar algo a la conversación?

Los dos dimos un respingo cuando nos dimos la vuelta y vimos a Sue ahí de pie comiendo helado.
—¡¿Quieres dejar de hacer eso?! —le solté, irritada.
—Es que teníais una conversación muy interesante —dijo, acercándose—. No quería interrumpir.

—Era mejor escuchar a escondidas, ¿no? —Will enarcó una ceja.

—Efectivamente —Sue arrastró una de las sillas entre nosotros y siguió comiendo helado—. Bueno, volveré a la pregunta, ¿puedo...?

—¿Qué aportación tienes a este interesante debate, Sue? —le pregunté directamente.
—Oh, ya que preguntas —ella parpadeó varias veces—. Bueno, como sabréis, estoy estudiando psicología, así que creo que puedo darme la licencia de hacerme un poco la sabelotodo insoportable con el comportamiento humano.
Hizo una pausa, como si esperara una respuesta. No la recibió, así que siguió adelante con el discurso.
—A ver, está claro cuál es el perfil de Mike. Clásico chico eclipsado por los logros de su hermano. Toda su vida se ha sentido inferior a él. Con sus padres, en el instituto...
—¿Cómo sabes tú todo eso? —preguntó Will.

—Estoy en medio de un psicoanálisis. No interrumpáis.

—¿Cuántas conversaciones has estado escuchando? —me salió la voz aguda de la impresión.

Ella se detuvo y se comió una cucharada de helado, ganando tiempo.
—Unas cuantas.

—¡Sue!

—¡Mi vida es muy aburrida! ¿Vale?

—Bueno —Will hizo un gesto para que nos calláramos—, ¿puedes terminar, Sue?
—Sí, sí. La cosa es que durante toda su vida se ha sentido como si estuviera a su sombra. Y, ahora, lo han echado de su banda...

—Espera, ¿qué? —pregunté.

Ella me dedicó una mirada asesina y me puse roja.
—Deja de interrumpirme.
—Perdón.
—¿Por dónde iba? Ah, sí. Lo han echado de su banda y Ross está teniendo un éxito impresionante con su película y todo eso. Todo el mundo habla de él constantemente, los comparan... y él se siente enormemente inferior. Seguro que, incluso con las chicas, Ross siempre ha tenido más éxito que él.
—Sigue sin justificar nada —replicó Will.

—Sé que no lo hace, pero ahí es donde entra nuestro pequeño experimento también conocido como Jennifer Michelle...
—¡¿Cómo sabes que me llamo Jennifer Michelle?!
—¡Ya te he dicho que he estado escuchando muchas conversaciones!
—¡Pero...!
—Volviendo al tema —me cortó rápidamente—. Creo sinceramente que Mike no volvería a hacer lo que hizo a su hermano en el pasado. Si hizo lo que hizo el otro día, fue porque realmente le gustas, Jenna. O, bueno, quizá no le gustes. Quizá solo esté confuso porque no sabe cómo reaccionar ante una amistad como la vuestra. No parece haber tenido muchas amigas, ¿no?

—Sue, la besó —le recordó Will, enarcando una ceja.

—Y eso está mal. Lo sé. Lo único que digo... y creedme, me jode tener que decir algo bueno del parásito... es que dudo muchísimo que Mike lo hiciera con mala intención. Para mí, es como un niño pequeño. Obviamente, no sabe gestionar sus emociones. Se dejó llevar por el momento y tú... bueno, reaccionaste de una forma bastante negativa. Le dijiste unas diez veces lo mucho que amas a nuestro querido Ross.
—¿Cómo sabes...? —suspiré—. Oh, déjalo. Sé cómo lo sabes.

—¿Y qué creía que iba a decirle? —preguntó Will—. Está saliendo con su hermano. Es obvio que no va a querer hacer nada con Mike.

—No digo que no fuera un error —aclaró Sue—. Solo digo que no deberíamos tratar a Mike como si fuera una mala persona solo por eso.

Hubo otro momento de silencio. Yo miraba fijamente a Sue, que seguía comiendo helado como si nada. Entonces, una idea me vino a la mente.
—Se me hace raro verte aquí —le dije—. ¿Alguna vez habías subido?

—¿Yo? No. Odio el aire libre.

—¿Y solo has subido a escuchar lo que decíamos? —preguntó Will, confuso.

—Claro que no, ¿quién te crees que soy?

—¿Entonces...?

—Es que Mike está abajo esperándote, Jenna.

Di un respingo. ¿Cómo podía decirlo tan tranquila? Intercambié una mirada con Will, que aplastó el cigarrillo al instante y se puso de pie conmigo. Fuimos a la salida mientras Sue soltaba una palabrota y se apresuraba a seguirnos.
—¡No corráis que estoy comiendo, cabrones!

Efectivamente, Mike estaba de pie en el salón cuando llegamos. Naya estaba a su lado de brazos cruzándolos. Parecía que el silencio sepulcral había llenado la sala durante un buen rato. Mike levantó la cabeza en nuestra dirección.
—Eh... hola —murmuró.

—Espero que hayas venido a disculparte —le dijo Naya directamente.
Mike me miró y se le tiñeron las mejillas de rojo. Solo lo había visto ruborizado una vez y se me hizo extraño verlo. Me miré las manos, incómoda.
—Naya —le advirtió Will.
—No pasa nada. En realidad... —Mike se aclaró la garganta—. La verdad es que he venido precisamente a eso.

Will y yo intercambiamos una mirada perpleja.
—¿Qué? —Will lo miró—. ¿Has dicho que vas a disculparte?

—Eh... sí.

—¿Tú? —Sue se había asomado por encima de mi otro hombro—. ¿Estás bien? ¿Tienes fiebre?

—Estoy bien —Mike les puso mala cara.

—¿Seguro que estás bien?

—¡Que estoy bien, pesados! ¿Podéis dejar de mostrar tanta sorpresa?

—Bueno —interrumpí—, di lo que tengas que decir, Mike.

Él volvió a mirarme y se mordió el labio, incómodo.
—¿Podemos... hablar a solas?

—De eso nada —dijo Naya, riendo.

—Yo no me pierdo esto —remarcó Sue.

Cuando hizo un ademán de sacar el móvil, Will se lo quitó de un manotazo. Suspiré.
—¿Podemos centrarnos? —miré a Mike—. Vas a tener que tener público.
—Bueno, da igual.

Él dudó un momento antes de acercarse. Nunca había visto a Mike nervioso. Se retorcía las manos, mirando cualquiera cosa que no fuera yo.
—Mira, yo... —empezó—. Sé que lo que hice la otra noche no estuvo bien.

—Pues no —dijo Naya de fondo.

—Cállate, que nos echan —le mascculló Sue.

Los miré de reojo. Los tres estaban sentados en el sofá, mirándonos. Sonrieron como angelitos a la vez y puse los ojos en blanco antes de volver a centrarme en Mike.
—No, no estuvo bien —le insté a seguir.

—Mira, lo he estado pensando mucho y... bueno, no sé cómo decirte esto, pero... yo... eh...
Se calló. Fruncí el ceño.
—¿Tú...?
—Ya sabes.
—¿Qué sé, Mike?
—Ya sabes... eso... que... mhm... lo siento y todo eso.
Suspiré pesadamente.
—¿Eso es una disculpa? ¿En serio?

—A ver, técnicamente lo es —escuché murmurar a Sue de fondo. El siguiente ruido me indico que Naya le había dado un golpe en el brazo para que se callara.

Mike pareció dudar antes de continuar.

—Creo que confundí tus señales, ¿vale?. Y, a la vez... me confundí a mí mismo. Realmente, no me gustas. Eh... no de esa forma, quiero decir. Eres una bellísima persona y todo eso. Oh, eh... no en ese sentido. Digo... eh... en personalidad, ¿sabes? Que me gusta tu personalidad y todo eso, pero no...

—Lo hemos pillado —le dijo Naya.
—Bueno —Mike tragó saliva—, me arrepiento de lo que hice. Lo hago de verdad.

Lo miré sin saber qué hacer. Él se aclaró la garganta, incómodo.
—Y... entiendo que te hice sentir incómoda. Y que quieras contarle todo esto a Ross por lo que pasó hace unos años. Lo dejo en tus manos. Haz lo que creas más conveniente. Solo... bueno, quería aclarar que no ha sido lo mismo que lo que pasó con esas otras dos chicas. Ni de lejos. Pero... si te sientes incómoda conmigo lo entenderé y me iré de aquí. Puedo ir a casa de mis padres. No pasa nada.

Hizo otra pausa, como esperando a que dijera algo. Yo no supe muy bien por qué, pero solo me salió una cosa.
—¿Y cómo sé que lo dices de verdad? —pregunté.

Él suspiró, nervioso, y sacudió la cabeza.
—Supongo que no puedes saberlo.

—Eso no sirve de mucho, Mike.
—Mira, Jenna, creo que en mi vida me había disculpado por nada, pero... lo estoy intentando. Sé que es un poco raro, pero... realmente me gustas como amiga. Eres de las pocas personas de mi vida que nunca me ha tratado como si fuera un idiota, un inútil o un pesado. Siempre me has tratado bien. Incluso cuando no te conocía mucho y mi hermano se enfadaba contigo por defenderme. Me has apoyado en muchas cosas y siento que yo no te he apoyado en ninguna. Y no me gusta esa sensación. Es la primera vez en mi vida que tengo una amiga de verdad. O... bueno, técnicamente somos familia, ¿no?. En fin, lo que quieras llamarlo. La cosa es... que no quiero perderte. Eres mi mejor amiga. Y... eso. Que lo siento. Mucho.
Silencio. Abrí la boca para balbucear algo, pero me detuve cuando escuché un *snif* detrás de mí. Me di la vuelta y me encontré a Naya lloriqueando mientras Will y Sue ponían los ojos en blanco.
—Es que... ha sido muy bonito —lloriqueó ella—. Y ha salido de la boca de Mike. No me lo esperaba.
Suspiré y volví a girarme hacia Mike. Él esperaba una respuesta. Volví a abrir la boca para decir algo, pero alguien se sonó de manera demasiado sonora los mocos detrás de mí. Me giré irritada hacia Naya, que tenía el pañuelo todavía en la nariz.
—¿Qué? —preguntó con voz nasal.

Me reí, negando con la cabeza, y me giré hacia Mike.
—Oh, vamos, ven aquí, cuñado.

Él pareció algo sorprendido cuando me incliné hacia él para darle un abrazo de oso. Al instante, escuché los pasitos de Naya acercándose y estrujándonos a los dos. Will no tardó en unirse.
—¡Abrazo grup...! —Naya se detuvo y clavó los ojos en Sue—. ¡Ven aquí!

—No. Gracias.
—No era una sugerencia.
—El contacto humano y yo nos llevamos bastante m...

—¡QUE VENGAS! —le bramó de malas maneras.

Sue pareció un poco aterrorizada cuando dio un paso hacia delante y nos abrazó incómodamente. Naya volvió a la sonrisa angelical y nos abrazó a todos.
—¡Abrazo grupal! —exclamó felizmente—. ¡Somos una familia feliz!

—Una familia disfuncionalmente feliz —masculló Sue.

—Tenemos a la tía amargada, el tío gracioso, el papá responsable, la mamá histérica y los tíos enamorados. ¿No es genial?

—Naya —la miré—, ¿te das cuenta de que te has llamado histérica?

—Uno tiene que asumir lo que es, querida Jenna.

—Bueno —Mike estaba en medio del abrazo con una mueca—, ¿podemos separarnos ya? No puedo respirar

—¡Un poquito más! —Naya sonrió ampliamente.

Pero Sue se retorció y se libró de nosotros. Los demás hicimos lo mismo y dejamos a Naya plantada sola, con los brazos cruzados.
—Sois una familia horrible —nos dijo—. Que sepáis que...

Se detuvo en seco y la miré, confusa.
Entonces, mis ojos bajaron automáticamente a sus pies. Bajo la falda y hacia sus zapatos, había líquido formando un charco. Abrí los ojos como platos.
—¡Qué asco! —Mike puso una mueca—. Se ha meado encima de la felicidad.

—No es eso, idiota —le soltó Sue.
Vi que Naya, pálida, buscaba con los ojos a Will. Él se había quedado de pie, como en shock.
—Has... has roto aguas —murmuró.

—Oh, Dios —ella empezó a hiperventilar—. Oh, Dios. ¡Va a salirme un niño por... por ahí! ¡Dios mío, va a salirme un niño por ahí!
—¿Ahora te enteras? —le preguntó Sue.

—¡No había sido del todo consciente hasta aho...!

Se detuvo en seco cuando la puerta principal se abrió. Todos nos giramos a la vez hacia Jack, que acaba de entrar con una amplia sonrisa y su maleta.
—¡Adivinad quién ha llegado antes de lo prev...! —fue bajando lentamente el tono hasta callarse, confuso al vernos las caras de espanto—. Vale, sé que la camiseta no es la mejor de mi armario, pero tampoco es para que os quedéis así.
Hubo un momento más de silencio cuando revisó a Naya, que estaba en medio de nosotros. Sus ojos se detuvieron en sus pies.
—Eh... Naya... no sé si te has enterado, pero has roto aguas o te has meado encima.
—¡Me he enterado! —exclamó ella, hiperventilando todavía—. ¡Que alguien haga algo! ¡WILL!
—Eh... sí —Will reaccionó por fin—. ¡Ross, el coche!

—¿Eh?

—¡Que conduzcas!

Seguía medio paralizado cuando Will y Naya pasaron por su lado, así que me acerqué a él y agarré su brazo y lo arrastré conmigo hacia el ascensor. Mike y Sue nos gritaron que vendrían en taxi para que Naya pudiera tumbarse en los asientos traseros. Bajamos todos al coche de Jack y me senté junto a él mientras Naya se tumbaba en la parte de atrás con la cabeza en el regazo de Will. Justo cuando Jack arrancó el coche, soltó un gritito de dolor, sujetándose la tripa.
—¡Mierda, esto duele!

La miré con cierto pánico mientras Will hacía lo que podía por consolarla y consolarse a sí mismo. Jack dio la vuelta rápidamente al coche y salió del aparcamiento. Yo tragué saliva y lo miré.
—Creo que ha llegado tu momento de demostrarnos lo rápido que puedes ir —murmuré.

Él me miró, confuso por un momento. Pero, entonces, en medio del caos, esbozó una pequeña sonrisita.
—Genial.

—¡No es genial, Ross, siento que voy a partirme por la maldita mitad! —le gritó Naya.

—¡Tenemos que cronometrar las contracciones! —Will parecía completamente ido—. Si son cada...

—¡AAAAAHHHHH! ¡CONTRACCIÓN, CONTRACCIÓN!
—¡Nos hemos enterado! —le gritó Jack, que iba conduciendo a toda velocidad y yo me estaba mareando.

—¡CÁLLATE, ROSS!

—¡Oye, yo no tengo la culpa de que vaya a salirte un bicho entre las piernas! —él la miró por el retrovisor un momento—. Oye, ¿podrías intentar no manchar los asientos del...?

—¡JENNA, POR DIOS, DALE UNA BOFETADA DE MI PARTE!

—¡VALE, PERDÓN!

En menos de cinco minutos, Jack detuvo en coche casi en seco frente al hospital y un policía se acercó a decirnos que no podíamos aparcar ahí, pero se detuvo en seco cuando vio a Naya bajar del coche con Will.
—¡Vamos a aparcar y venimos! —le grité a Will.

Él estaba distraído sujetando a Naya, así que Ross movió el coche hacia el aparcamiento. No había plazas libres cerca de la puerta principal, así que tuvimos que caminar un rato para llegar a ella. Will y Naya estaban desaparecidos y no tardaron decirnos que ya los habían trasladado a una habitación o algo así. Nos apresuramos a ir hacia ella y nos encontramos a Naya en una bata de hospital, tumbada en una cama con la cara roja y Will sujetándole la mano. Lana, Sue y Mike —por su aspecto, acababan de llegar— estaban a un lado, mirándola con cierto horror.
—¡Jenna! —Naya me miró como si hubiera visto un ángel—. ¡Ven, por favor, necesito a alguien que me sujete la mano!

—¿Y yo qué? —protestó Will.

—¡A ti te odio! ¡Estoy sufriendo por tu culpa!

Le dediqué una sonrisa de disculpa a Will mientras él parecía demasiado nervioso como para pensar en ello. Me acerqué a Naya y ella me estrujó la mano hasta el punto en que dolió.
—El imbécil del médico me ha dicho que tengo que dilatar más —me puso una mueca—. Tengo que tener contracciones cada dos minutos o algo así.

—¿Y cada cuánto las tienes ahora? —preguntó Lana.

—Cada cinco —murmuró Naya, lloriqueando—. Esto es horrible. No quiero ser madre. ¿No pueden sedarme o algo así y arrancármelo sin que me entere?

—Pero, ¿tanto duele? —Jack puso una mueca.

Naya lo miró, furiosa, y él dio un paso atrás, levantando las manos en señal de rendición.
En realidad, solo pudimos estar con ella durante veinte minutos más, porque entonces vino un médico que nos dijo muy amablemente que fuéramos a esperar todos en el pasillo menos Will. Y ahí nos dejaron sentados por casi una hora, incomunicados.
Apoyé la cabeza en el hombro de Jack, que parecía adormilado. Me pregunté si habría dormido ese día. Quizá no. Pobrecito. Le dediqué una pequeña sonrisa.
—Bienvenido, por cierto —murmuré.

Él volvió a centrarse para sonreírme.
—No ha sido la bienvenida que esperaba.

—¿Y qué te esperabas?

—¿Sinceramente? Echar un polvo, no atender un parto.

Me puse roja y me aseguré de que Mike, Sue y Lana no nos habían oído. Ellos estaban hablando en voz baja unos asientos más lejos de nosotros. Clavé los ojos en Jack, que tenía su sonrisa encantadora en los labios.
—Conmigo no echas polvos, haces el amor —le recordé.

—Bueno, la mecánica es la misma.
Negué con la cabeza.
—¿Cómo has llegado tan pronto?

—En Italia no hacía muy buen tiempo y han tenido que suspender la mitad de uno de los festivales. Cancelar el otro vuelo y venir hoy ha sido caro, pero te aseguro que ha valido la pena —sonrió—. Parece que la niña me estaba esperando para nacer. ¿Ya saben qué nombre le pondrán?
—Están en medio de un debate. Naya quiere ponerle Kim, Michelle o Gabriela. Will quiere ponerle Jane.
—Michelle —levantó y bajó las cejas las cejas—. Me gusta. Ya sé qué nombre le pondremos a nuestra hija.

—Vale, ¿por qué asumes que tendremos una hija? ¿O que le pondremos ese horrible nombre?

—No es horrible. Solo le tienes manía porque es tuyo. Y tú también deberías asumir que tendremos hijos, querida Michelle.

—¡Que no me llames...!

—¿Qué nombre le pondrías? —me interrumpió—. A un chico.

Suspiré, encogiéndome de hombros.
—Nunca lo he pensado.

—¿En serio? Pues yo sí.

—No me asustes.

—Te asustas tú solita.

—No compuestos, por favor.

—Los nombres compuestos son lo mejor.

—¡No!

—Vale. Pues nombres originales.

—¿Como cuál?

Lo pensó un momento, pasándome un brazo por encima de los hombros. Parecía estar pensándoselo de verdad.
—Scott —dijo, al final.

—Podríamos llamarlo Scotty.

—O Connor. O David.
—Mhm... no terminan de convencerme.

—Muy bien. ¿Landon? ¿Lester?

—¿Eso es original, Jack? Si en mi clase había tres con esos nombres.

—Un nombre común también está bien. ¿Rhett? Ese es original.

—¿No es el protagonista de *Lo que el viento se llevó*?

—Mírate, ya eres una pequeña cinéfila.

—Céntrate, Jack.
—Vale, vale. ¿Logan? ¿Kyle? ¿Jared?

—Sigue siendo un no.

—No me lo estás poniendo fácil, Mushu.

—Si te lo pusiera fácil, no estarías tan perdidamente enamorado de mí —bromeé.

Él pareció sorprendido por un momento antes de echarse a reír y estrujarme con un brazo. Me dio un beso en la sien, divertido. Me giró la cara y sonreí cuando esta vez me besó en los labios. Pero se separó enseguida, pensativo.
—Vale. ¿Qué tal Jeremy?

—¿Jeremy?

—Sí. No está mal. Ni muy largo, ni muy corto. Ni muy común, ni muy original. A mí me gusta.

—Podríamos llamarlo Jay.

—Ya no me gusta tanto.

—¡Jay es genial!

—Muy bien, genia, te dejo a ti la elección del de la niña.

—¿Y si solo tenemos chicos?

—¿Cuántos quieres tener, Michelle? No me asustes.

—¡Solo estoy bromeando!

—Pues yo no.

Decidí ignorar su sonrisita.
—Llevo con estos dos nombres desde que era pequeña, así que espero que te gusten —le advertí.

—¿Jennifer y Michelle?
—No, idiota. Victoria y Elisabeth.

Se encogió de hombros.
—Me gusta Ellie.

—Pues Ellie. Decidido.

—Genial, ahora solo nos falta engendrarlos. ¿Vamos a ello?

—¿Con Naya aquí al lado agonizando porque tiene que parir? Sí, claro, ahora mismo me encantaría tener un hijo.

Nos pasamos ahí una hora más. Jack terminó quedándose medio dormido con la cabeza en mi hombro. El médico nos había advertido que las madres primerizas tardaban mucho en parir, pero no creí que lo dijera tan en serio como cuando Will salió de la habitación y suspiró.
—Creo que deberíais ir a casa por hoy, chicos —nos dijo.

Todos nos giramos hacia él, perplejos.
—¡Yo quiero quedarme! —protestó Lana.

—Nos han dicho que tardaremos tres horas más en saber nada —remarcó Will—. Y, aún así, dicen que es muy poco tiempo para una madre primeriza.

—Podemos esperar tres horas —aseguré.

Mike y Sue no parecían muy seguros, pero como había una máquina de comida en el pasillo, terminaron aceptando.
Así que nos pasamos tres horas ahí sentados esperando. Jack terminó durmiéndose —efectivamente, no había dormido en un montón de horas— con la cabeza en mi regazo y yo me entretuve mirando el móvil. Los demás dieron varios paseos por el hospital y hablaron conmigo, pero la verdad es que las horas se hicieron muy largas.
Yo misma me había quedado medio dormida cuando abrí los ojos por instinto. Cuando lo hice, vi que Will estaba delante de nosotros con una sonrisa agotada. Todo el mundo estaba despierto. Él suspiró con alivio.
—Ya está —murmuró—. Es... ya ha nacido, chicos.

***

Will y Naya se quedaron con Jane —porque habíamos convencido entre todos a Naya con ese nombre— en el hospital esa noche, pero nosotros no. Jack ya no parecía tan cansado cuando

dejó a Lana en la residencia y nos llevó a todos a casa. La verdad es que ahora yo tampoco estaba tan cansada. De hecho, estaba emocionada. No sabía muy bien cómo explicarlo. Cuando salimos del ascensor y Sue abrió la puerta, solté un suspiró y Jack me miró, extrañado.
—¿Qué pasa?

—Me he dejado un refresco arriba.

Mike y Sue se escabulleron enseguida, dejando claro que no serían ellos quienes se encargaran.
—Voy a por él —murmuré, dirigiéndome a la ventana.

Claro está que Jack me siguió. Subí las escaleras de incendios y suspiré otra vez cuando vi el refresco en la silla que había estado usando esa tarde. Ahora, era de noche. Jack sonrió al ver mi mirada perdida.
—¿Todo bien?

—No. Estoy teniendo un bajón.

—¿Un... qué?

—Me pasa cuando tengo demasiado tiempo para pensar —murmuré, mirándolo de reojo—. Pero no importa.

Él parpadeó, sorprendido, cuando pasé por su lado para agarrar el refresco. Me detuvo sujetándome de la mano.
—¿Qué te pasa? —preguntó, medio divertido.

—Nada, ya te lo he dicho. Lo hablé con Shanon.

—¿De algo tan importante que no puedes decírmelo? —sonrió de lado.

Dejó de hacerlo cuando vio que hablaba en serio. Su ceño se frunció un poco y tiró de mí hasta que me tuvo justo delante.
—¿Qué? —preguntó, esta vez algo preocupado.

Lo pensé un momento antes de sacudir la cabeza.
—¿Puedo preguntarte algo? ¿Y vas a ser completamente sincero?

—Vamos, Jen, sabes que sí.

—Yo... —dudé—, ¿crees que soy una inútil?

Pareció sorprendido por un momento. Dudo que creyera que la conversación fuera a ir por ahí. Esbozó media sonrisa incrédula.
—¿Qué? ¿Por qué preguntas esa tontería?

—No es una tontería.

—Sí lo es. Claro que no eres ninguna inútil. No digas eso.

—Es que... ¿qué voy a hacer en septiembre? ¿Meterme otra vez en una carrera que ni siquiera me gusta?

—Puedes elegir la carrera que quieras, Jen.

—Ya lo sé, pero no hay nada que me guste. O que se me dé bien.

—Se te da bien pintar —me recordó, enarcando una ceja.

—Oh, sí, soy genial —ironicé.

—Eres buena —me dijo, completamente serio—. Incluso mi madre lo dijo. Y te aseguro que ella no lo diría si no fuera verdad. Lo único que necesitas es practicar más.

—¿Y cuándo voy a tener tiempo cuando vaya a clase? ¿Por las noches?

—Por las noches estarás ocupada —enarcó una ceja.

—¡Jack, hablo en serio!

—Bueno, si el problema son las clases, no vayas.

Parpadeé, como si se le hubiera ido la cabeza.
—¿Qué? —pregunté en voz aguda.

—No es para tanto. Haz lo que más te guste.

—Sí, claro, y luego tendré treinta años y ninguna carrera o...

—Una carrera no te soluciona la vida, Jen. Y mucho menos si es una que no te gusta. Además, ¿por qué no puedes volver a estudiar cuando tengas treinta años?

No dije nada, pero no estaba muy convencida. Él decidió continuar.
—¿Prefieres trabajar toda tu vida en algo que no te gusta o intentar hacer lo que quieres de verdad?

—Es muy fácil decir eso siendo... tú.

—Pero ¿qué te preocupa tanto?

—Bueno... no lo sé.

—El dinero, ¿no?

Me puse roja y él suspiró.
—Venga ya. Sabes que puedo...

—No quiero abusar de tu dinero.

—No abusas de nada. Yo quiero dártelo.

—Jack, no quiero gastarme tu dinero en...
—Tengo de sobra. Y quiero que lo uses.

—¿De sobra? Steve Jobs ha vuelto...

—Lo digo en serio —insistió—. Mira, quería contártelo mañana cuando hubiéramos descansado, pero ya que has sacado el tema...

Suspiró y yo lo miré, confusa.
—He firmado un contrato para otra película.

Hubo un momento de silencio antes de que yo reaccionara por fin y sonriera ampliamente, olvidándome de todo lo que habíamos hablado.
—¿Qué? Pero... ¡eso es genial, Jack!

—Lo sé —sonrió un poco cuando me vio tan animada.

—¿Y de qué será? ¿La segunda parte de la que ya tienes? Ahora que lo pienso, no sé de que va...

—Y no hace falta que lo hagas —bromeó.

—¿De qué...?

—No tiene nada que ver con la primera —me aseguró—. Esta vez, es una de terror.

—Pues ya sabes de alguien que no la va a ver.

Empezó a reírse.
—Claro que la vas a ver. En el estreno. Pienso arrastrarte conmigo a la primera fila.
—¡No voy a ir!

—Lo que tú digas. Vas a ir.

Puse los ojos en blanco antes de acercarme y rodearlo con los brazos. No recordaba haber echado tanto de menos sus abrazos en dos semanas y media, pero lo había hecho. Apoyé la mejilla en su pecho y noté que él también me rodeaba con los brazos.
—En conclusión —murmuró—, tendrás dinero de sobra para gastarte en pinturitas.

—Haces que suene maravilloso —ironicé, sonriendo—, pero deberías invertirlo en algo mejor.

—¿Algo mejor que tú?

—Sí, Jack. Definitivamente. Como... no sé. Podrías comprarte uno de esos coches convertibles que hacen un montón de ruido innecesario.

—Me gusta mi coche —protestó.

—O toda la maldita ropa de Kill Bill que haya a la venta.

—¿Yo comprando ropa? ¿En serio?

—Vale, podrías invertirlo en una casa o algo así.

—¿Para nosotros? Me parece bien.

—O ir en uno de esos globos gigantes...

—Suena bien.

—O irte de crucero.
—O comprarme el yate.
—O pagarte unas vacaciones.
—O una luna de miel.
Abrí los ojos de golpe.
Creo que mi conciencia hizo lo mismo.
Durante un momento, no me moví, pero supe que había oído bien. ¿Había sido una broma?
Me separé lentamente para mirarlo y vi que él estaba completamente serio.
Oh, oh.
Se aclaró la garganta, nervioso.
¡Jack nervioso!
OH, OH.
—Lo he estado pensado durante ya un tiempo —empezó, mirándome—, y cada vez que lo pienso, tiene más sentido. Y más quiero hacer esto... contigo.

Mi corazón iba a toda velocidad, pero mi cerebro se había quedado paralizado.
—¿El... el q-qué?

—Hablé con tu hermana para pedirle consejo —añadió, sonriendo—, y se emocionó mucho con la idea. Tus padres también. De hecho, tu madre incluso me dio algunas ideas de cómo pedírtelo. Creo que fue el último empujón que necesitaba para hacer esto. De hecho, iba a hacerlo esta noche, pero con todo lo de Jane... creí que no tendría la oportunidad de hacerlo.
Yo seguía medio paralizada cuando él apartó la mirada un momento, sujetándome la mano.
—Mira, Jen... —se aclaró la garganta—, sé que esto te puede parecer un poco precipitado porque... bueno, tampoco hace tanto tiempo que estamos juntos, ¿no? Así que entenderé si me dices que no, pero... necesito preguntártelo. No puedo aguantar más sin hacerlo.
Como digas que no te juro que me mudo a otra cabeza.
Clavé los ojos en su mano cuando se la metió en el bolsillo y el corazón empezó a aporrearme las costillas cuando sacó una pequeña cajita de terciopelo. Y ya sabía lo que había dentro. Él apretó los dedos alrededor de mi mano.
—La primera vez que estuvimos juntos fue solo por tres meses y fui incapaz de imaginarme un solo año sin estar contigo. Ahora, después de todo lo que hemos pasado... soy incapaz de imaginarme una vida sin ti. No quiero hacerlo. Y sé que esto suena muy precipitado y

demasiado cursi... y que... y que puede salir mal de mil formas distintas, pero... también sé que no habrá nadie más en mi vida con quien quiera intentarlo. Solo contigo.

Respiró hondo y vi que clavaba lentamente una rodilla en el suelo, abriendo la cajita. El mundo se detuvo cuando vi el pequeño anillo plateado de su interior.
—¿Quieres casarte conmigo?

Abrí la boca para... bueno, en ese momento no sabía ni para qué porque seguía en trance. No sé cómo, pero conseguí respirar lo suficiente como para no desmayarme. La cabeza me daba vueltas. ¿Estaba pasando de verdad? Porque si era una broma no tenía maldita gracia.
—Es un buen momento para decir algo —añadió en voz baja—. Preferiblemente un sí, pero eso mejor decídelo tú misma.

Por fin, conseguí reaccionar y noté que estaba asintiendo con la cabeza. Pude ver el alivio en sus ojos cuando murmuré algo que supuse que era un *sí*. Jack sonrió ampliamente y se puso de pie. Vi que me ponía el anillo en el dedo anular antes de quitarme las lágrimas de debajo de los ojos. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.
Él me dedicó una pequeña sonrisa emocionada y se inclinó hacia delante para sujetarme de la nuca y unir nuestros labios. Yo noté el anillo alrededor de mi dedo cuando me sujeté a él para no caerme.
Entonces, se separó un poco para mirarme.
—¿Puedo empezar ya a llamarte Jennifer Michelle Ross, Mushu?

Sonreí, negando con la cabeza, y lo empujé por el hombro. Él también sonrió y volvió a besarme.

CAPITULO 19

Un mes más tarde

—Por Dios, que alguien mate ya a ese bebé y acabe con su sufrimiento —murmuró Jack, tapándose la cara con un cojín.
Intenté no reírme con todas mis fuerzas. En realidad, yo estaba tan cansada como él, solo que me lo tomaba con un poco más de filosofía. Tenía el llanto de Jane grabado en el cerebro. Y eso que estábamos en una habitación distinta. Escuché los pasos de Will hacia el salón con el bebé para no molestar a Naya. El problema era que el pobre Mike estaba ahí. No tardé en oír sus protestas.
—Se pasa las noches llorando y los días durmiendo —murmuré mirando el techo—. Es como si lo hiciera a propósito.

—Lo hace a propósito —remarcó Jack, irritado—. Es un niño. Es malo por naturaleza.

—¡No todos los niños son malos! —me reí.

—Lo son. Todos. Son como gremlins. Parecen muy adorables, pero no hay quien los aguante.

—¿Y qué hay de Jay y Ellie?
—He cambiado de opinión. Prefiero adoptar un perro.

Sonreí, divertida, cuando Jane volvió a llorar con fuerza y Jack soltó una palabrota. Para mi sorpresa, se quitó a sábana de encima, se puso unos pantalones y fue directo a la puerta.
—Espero que no vayas a matar un bebé —recalqué, incorporándome.

—Claro que no, ¿por quién me has tomado?

—Por alguien que tiene cara de querer ir a matar a alguien.

—Bueno, no estás tan equivocada. Voy a matar a los padres del bebé que no se calla.

Suspiré y me apresuré a seguirlo antes de que se tirara del pelo con Naya. En cuanto llegué al salón, vi que Will acunaba al bebé con los brazos intentando que se callara. Sue—también la habían despertado— y Mike estaban sentados en el sofá con cara de adormilados. Jack estaba de brazos cruzados a mi lado.
—¿Se puede saber qué le pasa? —preguntó el último, irritado.

—Si lo supiera —le dijo Will lentamente—, ¿te crees que no intentaría que dejara de hacerlo?

—Yo creo que nos odia a todos —comentó Mike.

—Pues ya somos dos —murmuró Sue.

—¿Dónde está Naya? —pregunté, confusa.

—Durmiendo —Will casi lo dijo con rencor—. No me puedo creer que pueda dormir con un bebé llorando justo al lado de su cama.

Él puso una mueca cuando Jane volvió a llorar, esta vez con más fuerza. Estaba a punto de ofrecerme a ayudarlo cuando alguien golpeó la puerta principal. Los vecinos. Genial.
En un mes, habían venido como diez veces para quejarse de Jane. Podía entender que les molestara el ruido, pero... ¿qué podíamos hacer nosotros? ¿Tener una habitación insonorizada o qué?
Hasta ahora habíamos tenido suerte. Normalmente, era yo quien les abría la puerta y les explicaba tan bien como podía que ya estábamos intentando calmar al bebé. Si hubiera respondido Sue, probablemente les habría cerrado la puerta en la cara.
Había un vecino en concreto, el de arriba, que tenía demasiado mal genio. Y se acentuaba cuando no podía dormir. Así que imagínate cómo estaba cuando bajaba, me decía de todo y yo tenía que mirarlo con mala cara y callarme las palabrotas que tenía en la punta de la lengua.

Por ese motivo —y porque parecía que Jack iba a matar a alguien de verdad— me adelanté y fui yo sola a la puerta, abriendo con la expresión más amable que pude encontrar en ese momento. Efectivamente, era el vecino de arriba. Y me miraba como si fuera a aplastarme de un momento a otro.
—Hola, vecino —murmuré.

—¿Hola? —repitió fuera de sí—. ¿Se puede saber qué le pasa a ese crío?

—En realidad, es una cría —aclaré.

Él se detuvo y se acercó a mí con el ceño fruncido.
Ya empezamos.
—¿Tengo cara de que importe lo que sea, niña?

—Estamos intentando que se calme —le dije, como siempre.

—Pues está claro que no funciona. Haced algo útil de una vez.

Abrí la boca para decir algo, pero me detuve cuando noté que una mano se apoyaba con un poco más de fuerza de la necesaria en el marco de la puerta, justo a mi lado. Suspiré. No necesitaba girarme para saber quién era. Especialmente por la mirada que le echó el vecino. Ya no parecía tan valiente.
—¿Qué? —le preguntó Jack secamente.

El hombre se recompuso.
—Vengo a quejarme de los ruidos infernales que está...

—¿Y a cuánta distancia necesitas estar de alguien para quejarte?

El hombre le puso mala cara, pero dio un paso hacia atrás, alejándose de mí.
—Ese niño está llorando —remarcó.

—Nos hemos dado cuenta, gracias —Jack enarcó una ceja—. Por si se te había olvidado, duerme a cinco metros de nuestra habitación.

—Es un ruido muy molesto.

—Vamos a intentar que se duerma de nuevo —le dije, intentando calmar las cosas.

—Más te vale, niña —me espetó.
¿Por qué solo me hablaba así a mí? ¿Le había hecho algo en otra vida y no lo sabía?

—Como si no fuera suficiente que os paséis el día dando gritos y montando fiestas —siguió el hombre—, ahora tenéis un maldito hijo.

—¿Qué fiestas? —arrugué la nariz, confusa.

—Sabes que hay una cosa que se llama taparse las orejas, ¿no? —le dijo Jack.

Por la cara del hombre, estuve a punto de dar un paso atrás.
—Jack... —murmuré, intentando que se metiera otra vez en casa.

—¿Y si no quiero taparme las orejas? —le preguntó bruscamente el vecino—. Te recuerdo que estoy en mi casa.
—Y yo te recuerdo que, ahora mismo, estás en la nuestra. Y si no quieres taparte los oídos, haznos un favor a todos y tápate la boca.

Madre mía.
Se me encendieron las mejillas al instante. El hombre miraba a Jack como si fuera a explotarle una vena del cuello. Y a él no parecía importarle demasiado, como siempre.
Intenté volver a calmar el ambiente, pero dudé que fuera a servir de algo.
—Siento el ruido —empecé—, es lo malo de vivir en un edificio, que los vecinos...
—Que los vecinos son siempre basura, sí —me espetó el hombre.

—Si no te gusta la gente, vete a vivir en medio del bosque —le espetó Jack a su vez.

—Pero... ¡¿es que no vais a hacer nada?! —preguntó él, furioso.

—Sí, suicidarnos. Si quieres participar, solo tienes que subir a la terraza y tirarte de ella. Nosotros ya vendremos después a hacerte compañía. Buenas noches.

Le cerró la puerta en la cara y yo lo miré con la boca abierta. Él frunció el ceño.
—¿Qué?

—¿Te has vuelto loco? ¡Ese hombre tiene cara de asesino sangriento!

—Yo sí que seré un asesino sangriento como vuelva a hablarte así. Menudo imbécil. ¿Has dejado que lo hiciera todos estos días?
—Yo... bueno... solo es un hombre de mal humor. No quería empeorarlo.

—Pues que pague su mal humor consigo mismo, no contigo —pareció que iba a decir algo, pero se detuvo cuando Jane lloró con más fuerza—. Estoy empezando a considerar el suicidio en la terraza como una opción viable de verdad.

Suspiré y me acerqué a Will, que se estaba quedando dormido de pie. Él no pudo más, así que se giró hacia el primero que encontró, que fue Mike.
—Sujétala un momento.

Él puso una mueca y lo hizo como pudo. El pobre no estaba muy acostumbrado a los niños pequeños.
Y, justo en ese momento, la niña parpadeó hacia Mike y dejó de llorar de golpe.
Durante un momento, ninguno de nosotros dijo nada. Mike la miraba como si fuera un alien.
—Se ha callado —susurró Sue.

—Por fin —Jack casi estaba llorando. Me hizo un gesto—. Venga, rápido, a dormir.

—¿Qué? —Mike nos miró, aterrado—. ¡No... no me dejéis solo con... esto!

—No estás solo —señalé a Will con la cabeza, que se había quedado dormido en el otro sofá.

—¡Eso es como estar solo!

—Buenas noches, idiota —Jack le sonrió ampliamente.

—Pásalo bien, niñera —se burló Sue.
Mike tenía una mueca de horror cuando todos lo dejamos solo con la niña. Al menos, no volvimos a oír llantos en toda la noche. Cerré la puerta de la habitación a mi espalda justo cuando Jack se dejó caer dramáticamente en la cama, ocupándola entera.
—Oye, idiota, ese es mi lado.

—Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo —murmuró medio dormido contra la almohada.

—¿Y dónde duermo? ¿En el suelo?

—¿Desde cuándo dormir encima de mí es un problema?

Sonreí cuando se dio la vuelta y abrió los brazos. Subí a la cama y me acurruqué a su lado, dejando que me rodeara con los brazos. Tenía su corazón bajo la mejilla. Pasaron unos segundos en los que los estuvimos en silencio. Yo noté que él se relajaba para dormirse, pero yo no pude hacerlo, así que abrí los ojos de nuevo.
—Oye, Jack.

—¿Qué?

—¿Estás dormido?

—Sí.

Fruncí el ceño.
—No lo estás.

—Sí lo estoy.

—Pero... me estás contestado.

—Soy sonámbulo.

—Eres un idiota.

—Nunca he dicho que no lo fuera.
Me incorporé un poco para mirarlo. Él ya tenía los ojos cerrados, pero suspiró como si supiera que lo estaba mirando fijamente.
—¿Qué? —preguntó sin molestarse en abrirlos.

—¿Podemos hablar sobre algo?

—¿Sobre dormir? Porque es el único tema que puede interesarme ahora mismo.

—No es eso.

—Mira, Jen, te quiero. Mucho. Más que a nada en el mundo. Lo prometo. Pero eres una pesada. Duérmete.

Le puse mala cara.
—¡Yo no tengo sueño!

—Se acabó —abrió los ojos y me miró fijamente—, espero que sea un tema de vida o muerte.

—¡Lo es!

—Estoy esperando.

—¿Cuándo les diremos lo de...? —me señalé el dedo anular, ahora sin anillo.

Él me miró fijamente por unos segundos.
—¿Eso es urgente? —enarcó una ceja.

—¡Lo es!

—¿Y tenemos que hablarlo a las cuatro de la mañana?

—Es que... se me ha ocurrido ahora.

—¿Te acuerdas de cuando no podía remarcar ningún defecto tuyo? Bueno, pues he cambiado de opinión.

—Vaaaaale, pues duérmete —me separé con mala cara—. Aburrido.

—Pesada.

—Aburrido.

—Pesada.

—Aburrido.

—Pesada.

—Pesado.

—Aburr... espera, ¿qué?

Sonreí ampliamente.
—Buenas noches, Jackie.

Me tumbé de espaldas a él y cerré los ojos, dispuesta a quedarme dormida. Me sorprendió notar que me pasaba un brazo por encima unos segundos más tarde y se pegaba a mí.
—Es que me has quitado las ganas de dormir —sonrió maliciosamente.

—Pues ahora soy yo quien quiere dormirse.

—Bueno, tú no tienes que hacer nada más que tumbarte. Déjamelo a mí.
—Eres un pervertido.

—Y tu futuro marido —sonrió ampliamente, inclinándose hacia delante y acariciándome el estómago con los dedos.

Enganché su mano con la mía y me puse su brazo alrededor, acurrucándome. Suspiró dramáticamente.
—Vale, pues nada. A dormir. Y luego yo soy el aburrido.

—Sigues siéndolo —murmuré con los ojos cerrados.

Casi pude ver que me ponía una mueca antes de apoyar su mejilla en mi cabeza. Volvió a suspirar, dejando claro lo que pensaba de dormirse ahora. Pero, como lo ignoré, no le quedó más remedio que atraer mi atención de otra forma.
—Podemos decírselo mañana —me dijo, finalmente—. A la hora de la cena.

Intenté no sonreír, triunfante.
—Me parece bien.

—¿Solo eso?

—Sí.

Silencio.
—¿Y nada más? —insistió.

—Sí. Buenas noches.

—Eso de dejarme con las ganas no me parece muy bonito, querida futura esposa.
Sonreí ampliamente, divertida, y me di la vuelta para mirarlo. Acuné su cara con mis manos y lo besé con ganas, pegándome a él.

***

—Entonces, le pediste permiso a mis padres… ¿y no le dijiste nada a los tuyos? —enarqué una ceja.

Jack estaba mirando cómo cocinaba —porque dejarle cocinar a él era un peligro— y comiendo golosinas de su bolsa. Me miró con mala cara, sentado en la encimera.
—No les pedí permiso. Vuelve al siglo veintiuno. Solo les pregunté si te parecería bien.

—Entonces, ¿nadie en tu familia sabe nada?

—¿Tú cuentas como parte de mi familia?

—No, Jack.

—Pues no —sonrió angelicalmente.

Suspiré.
—Pues va a ser una cena interesante.

—Conmigo siempre lo son.

—Creído.

—Tengo buenas razones para serlo —se señaló.

Negué con la cabeza y miré a Sue y Mike, que estaban en los sofás discutiendo porque, al parecer, Mike había estornudado en un cojín y Sue se había vuelto loca. Algún día entendería lo que le pasaba a Sue con el orden y los gérmenes. O eso quería creer.
—¿Y…? —pensé en cómo formular la pregunta—, ¿quién va a venir exactamente?

Noté que Jack me miraba un momento.
—Puedes preguntarme directamente si he invitado al imbécil de mi padre.

—Jack… —lo miré.

—No lo he invitado, obviamente —saltó de la encimera e hizo una bola con la bolsa ahora vacía—. Ah, se me había olvidado decírtelo, se está divorciando de mi madre.
De la impresión, casi me rebané un dedo. Él se detuvo en seco y parpadeó.
—¡Ten cuidado!

—¿Qué…? ¿Cómo no me lo has dicho antes?

Él me estaba revisando la mano intacta con los ojos. No se molestó en responderme hasta que pasé la minuciosa inspección.
—No me pareció la gran cosa.

—¿Que no…? ¡Jack, tus padres se están divorciando!

—Lo raro es que no lo hubieran hecho todavía —puso una mueca—. Ya era hora de que mi madre se alejara de ese imbécil.

Se giró y encestó la bolsa hecha una bola en la basura desde el otro lado de la cocina. Idiota habilidoso.
—Jack, no creo referirte así a él sea muy sano, la verdad...

—Solo soy sincero —se encogió de hombros, poco afectado.

—¿Has hablado con él?

—No tenemos nada de lo que hablar.

—Pero... se están divorciando y...

—¿Y eso en qué me afecta? ¿Van a pelearse por mi custodia?

Se fue tan tranquilo y yo me quedé mirando su espalda mientras ponía paz en el salón sentándose encima del cojín maldito. Suspiré y seguí con la cena.
Menos mal que Will y Naya aparecieron poco más tarde con Jane. Habían ido al pediatra a una de sus demasiadas visitas. Will me ayudó en la cocina —después de que nos inventáramos una excusa para que Naya no lo hiciera— y terminamos todo bastante más rápido de lo esperado.
Debo aclarar que la excusa de la cena era presentar a Jane en sociedad. Miré de reojo mi dedo anular. Todavía no había usado el anillo —de hecho, no recordaba haber usado jamás un anillo— y me moría de ganas de hacerlo. Lo tenía en el bolsillo. Sí, era muy responsable.
La cena ya estaba en el horno cuando Jack fue a por el coche y a recoger a su madre. Agnes fue la primera en llegar. Cuando Will se giró hacia los demás, ella se abrió la chaqueta y me guiñó un ojo, enseñándome una botella de ginebra que llevaba escondida. Sonreí, negando con la cabeza. Lana vino poco después, pero no pude hablar mucho con ninguna de las dos porque estuvieron —obviamente— muy pendientes de Jane. Ella no les hizo mucho caso. Solo dormitaba y abría y cerraba los puños. Los bebés de un mes eran un poco aburridos.
Jack y Mary fueron los últimos en llegar. Mary, como siempre, me dio un abrazo de oso cuando me vio. Miré a Jack por encima de su hombro. Yo era un mar de nervios y él parecía tan tranquilo. Tenía que enseñarme a ser así algún día.
Pues vas a tener todo un matrimonio para que te enseñe a hacer eso. Y otras cosas más interesantes.
La cena transcurrió de forma bastante tranquila. No es que hubiera mucho de lo que hablar. Bueno, a mí me tocó sentarme en el suelo entre los hermanos Monster para que los demás tuvieran espacio en los sofás, pero eso fue lo más reseñable. Los muy pesados se pasaron todo el rato irritándose el uno al otro. No sé cómo no maté a ninguno.
Ya estaba haciéndose de noche cuando mis nervios empezaron a aumentar. Jack lo notó enseguida y me puso una mano en la rodilla disimuladamente. No me calmó mucho, la verdad, pero nunca era desagradable que me tocara.
—Bueno —Agnes se puso de pie—, creo que va siendo hora de que me vaya. A no ser que alguien quiera emborracharse, claro.

—En realidad —Jack la detuvo—, hay algo que tenemos que contaros.

—¿Tenemos? —repitió Naya, confusa.

—Sí, tenemos —murmuré.

Hubo un momento de silencio absoluto cuando tragué saliva, nerviosa. Abrí la boca para decir algo, pero me detuve cuando Sue puso una mueca de horror.
—Oh, no. Más niños no, por favor.

—No es otro niño —aclaré con mala cara.

—¿Y qué es? —preguntó Mary, confusa.

Miré a Jack. Él me miró a mí. Y supo que lo había dejado solo ante el peligro, porque yo no iba a decir nada más. Suspiró y decidió tomar la iniciativa.
—Queríamos deciros que... vamos a recorrer el mundo el globo.
—¿Qué? —lo miré con mala cara cuando empezó a reírse—. ¡Jack!

—¡No me dejes a mí estos temas, sabes que no me los tomaré en serio!

—¿Vais a decir algo o qué? —protestó Sue.
—Sí —respiré hondo—. Vamos a casarnos.

Silencio.
No sé cuál fue la peor cara —en el buen sentido— de todos los que nos rodeaban.
Agnes fue la primera en reaccionar.
—¡Ya tenemos una excusa para emborracharnos!

—Espera, ¿qué? —Naya parpadeó—. Pero... ¿y el anillo? ¿No deberías llevar uno?

Lo saqué torpemente de mi bolsillo y me lo puse para enseñarlo. Todas las miradas perplejas pasaron de mi cara a mi mano al instante. Naya se estiró con Lana como dos garrapatas y me la sujetaron para mirarlo mejor.

—¡Mira qué anillo! —le murmuró Naya.

—Yo quiero uno —Lana puso una mueca.

—Tus padres son ricos —Sue le puso mala cara—, cómprate uno tú misma.

—¡No es lo mismo!

—Un momento —Mary parpadeó, volviendo a la realidad—. ¿Lo decís de verdad? ¿No es una broma?

—Claro que no es una broma —Jack sonrió.

—Whoa... yo no... bueno, no me esperaba... —no parecía saber qué decir—. Es decir, Jackie, cielo, nunca imaginé que tú...
Dejó la frase a la mitad y Jack sustituyó su sonrisa para una mueca irritada.

—Oye, ¿qué es lo que no te imaginabas?

—Que fueras a casarte con alguien —aclaró Agnes con menos vergüenza, empezando a llenar vasos de ginebra.

—¿Qué? —la cara de Jack era la personificación de la indignación—. ¿Y por qué no?

—Cielo, siempre has sido un poco... mhm... ¿cómo decirlo? —Mary lo pensó.

—Desastre —añadió Agnes.

—Vaya, muchas gracias, abuela.

—De nada.
—¿Sabes qué? —Mary hizo un gesto—, olvídalo. Lo único que importa es que me alegro mucho por vosotros, chicos.

Se puso de pie para darnos un abrazo y tuve que dar un tirón a mi mano para que Naya y Lana dejaran de cotillear el anillo.
Vale, sí que me sentía como si me hubiera quitado un peso de encima. Sonreí, aliviada, cuando Jack acompañó a Mary a casa y ella volvió a decir lo contenta que estaba. Agnes se fue con su botella vacía tan feliz y yo me quedé en el salón con los demás. Naya puso una mueca cuando Jane empezó a tirarle del pelo.
—Te quiero y te odio a partes iguales, hija mía.

—No me puedo creer que seáis padres. O que esos dos vayan a casarse —le dijo Lana, pensativa—. Es como... demasiado raro.

—Si te sirve de algo —murmuró Will—, yo tampoco lo tengo muy asumido todavía.

Sonreí y miré mi vaso medio lleno.
—Mi hermana tuvo un hijo siendo bastante joven y yo sigo sin creérmelo —murmuré—. Y ya tiene más de diez años.

—Pues espérate a tener hijos tú —me sonrió maliciosamente Will.
—¿Eh? —Mike se incorporó de golpe—. Eh, no. No tengáis hijos.

—¿Por qué no? —pregunté, sorprendida.

—¡Porque yo dejaría de ser el favorito!

—Tú nunca has sido el favorito, parásito —Sue puso los ojos en blanco.

—Y, después de lo que pasó el otro día, lo eres mucho menos para Ross —Lana empezó a reírse.

Hubo un momento de silencio. Todos la miramos. Ella se puso roja al instante.
—Eh... —intentó improvisar—. Es decir... eh... ¿queda postre?

—¿A qué te refieres? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—¿Yo? A nada.
—Definitivamente, se refería a algo —dijo Will, enarcando una ceja.

Mi mirada se clavó en Naya, que también enrojeció hasta la raíz del pelo.
—¡Se lo contaste!
—Jane, cariño, es hora de irnos a dormir —sonrió ella angelicalmente, poniéndose de pie.

—¡Naya! —le grité, pero ya había desaparecido por el pasillo—. Será... ¡se suponía que era un secreto!

—A ver, no se lo diré a nadie —aclaró Lana.

—Pero... ¿de qué estáis hablando? —preguntó Mike tranquilamente.

Todos lo miramos con mala cara.
—¿Qué? —preguntó, confuso.

—¿Y tú qué crees, idiota? —preguntó Sue.

—No sé. Hago bastantes cosas malas en mi día a día.

—¿Y la de besar a tu cuñada es la primera que se te olvida? —se burló Lana.

Sonreí, negando con la cabeza. Mike nos puso una mueca.
—Bueno —Will suspiró—, ¿te llevo a la residencia, Lana?

—Te querría un poquito más si lo hicieras, la verdad.

—Genial, vam...

Will se detuvo abruptamente al mirar hacia la puerta y, al instante, supe el por qué. Ojalá no lo hubiera hecho.
Me di la vuelta sin pensarlo y, efectivamente, Jack estaba ahí de pie, mirando fijamente a Mike.
Oh, no.
El silencio fue todavía peor cuando Mike levantó la cabeza y dejó de sonreír. Sue, a su lado, también se tensó.
—¿Qué has dicho? —preguntó Jack a Lana sin mirarla.

No respondió. El silencio se prolongó por unos segundos más. Jack se giró hacia ella, que dio un paso atrás instintivamente.
—No... yo... eh...

—¿Has dicho que la besó?

—Ross —intervino Will con toda la calma que pudo reunir—, vamos, cuenta hasta diez y...

—Cierra la boca, Will —le espetó Jack sin mirarlo.

Nunca lo había visto hablar a Will de esa manera. Miré a Mike. Quizá debería haberme puesto de pie, pero en esos momentos estaba paralizada. Mike se puso de pie y no entendí por qué daba un paso atrás hasta que vi que Jack había avanzado hacia él. Di un respingo cuando le agarró el cuello de la camiseta con un puño y lo obligó a dar un paso hacia atrás, sujetándolo con más fuerza.
—No significó nada —le dijo Mike enseguida—. Fue... un error. No quería...

—Un error —repitió Jack, tensando un músculo de la mandíbula.

—Sí. Lo fue. Es... mira, sé que es difícil de explicar, pero...

—¿Y qué quieres explicarme? —le preguntó lentamente. Demasiado lentamente—. ¿Lo mismo que me explicaste hace cinco años con mi primera novia o lo de hace dos años con esa?
Señaló a Lana, que se hizo pequeñita en su lugar, avergonzada.
—No es lo mismo —repitió Mike.

—¡Claro que lo es! Es exactamente lo mismo. Contigo, siempre es lo jodidamente mismo.

—Chicos —intentó intervenir Sue, poniéndose de pie—, creo que lo que deberíamos hacer ahora mismo es calmarnos e intentar hablarlo antes de...

—Cállate, Sue —le espetó Jack, furioso—. Este no es tu maldito tema. No te metas.
Ella se detuvo, sorprendida, y no dijo nada más. Esta vez, Mike no parecía tan calmado como antes. Levantó las manos en señal de rendición.
—Vale, mira, sé que parece...

—Oh, déjate ya de excusas de mierda —Jack lo empujó hacia la pared, soltándole la camiseta, que quedó arrugada.
Mike tragó saliva cuando se acercó a él con una expresión que habría hecho que yo saliera corriendo al instante
—Cierra la boca de una maldita vez, Mike. Y no vuelvas a abrirla. Lo único que sale de ella son mentiras. Y cada vez peores. No sé ni por qué me molesto en seguir dándote oportunidades si está claro que lo único que te importa eres tú mismo.
—Eso... no es verdad...

—Sí lo es. En toda tu maldita vida, no te he visto haciendo nada que no fuera ser un imbécil egoísta. Y no solo conmigo, sino con todo el mundo. Haces lo que te da la gana, luego lloras para que te perdonen y nunca piensas en las consecuencias que pueden tener tus malditos errores para los demás. Nunca. Solo en las que te afectan a ti. Y luego te preguntas por qué demonios no tienes novia. Pues claro que no la tienes. Ni la tendrás nunca. No sabes querer a nadie. Y no te mereces que nadie te quiera.

Vi como la cara de Mike iba ensombreciéndose a medida que Jack escupía esas palabras. Sin darme cuenta, me puse de pie lentamente, aunque ellos ni se dieron cuenta.

—Mira —empezó Mike con voz temblorosa—, sé que ahora estás enfadado y...

—No sabes nada. No sabes una mierda, Mike.
—Jack —me escuché decir a mí misma cuando le rodeé un brazo con la mano—, hablé con él y realmente creo que...
Me detuve, sorprendida, cuando se zafó bruscamente de mi agarre y clavó sus ojos furiosos en mí. No me moví de mi lugar, pero pude sentir mi corazón deteniéndose.
—¿Y cuándo hablaste con él? —preguntó directamente, dando un paso hacia mí y olvidándose de Mike.

Me quedé sin palabras un momento. Mierda. Me estaban entrando ganas de llorar porque ya sabía que no le gustaría la respuesta.
—Cuando... cuando estuviste de viaje.

Silencio. Le sostuve la mirada, pero no sé ni cómo. Estaba furioso. Furioso de verdad. Apretó los labios y se le tensó un músculo de la mandíbula.
—Es decir, que hace más de un mes. Y no me dijiste nada.

—Yo...

—Dijimos que nada de secretos.

Oh, no, no, no...
—Lo sé, pero...

—Dijimos que nada de secretos —repitió—. Y yo he cumplido con mi maldita palabra. ¿Puedes decir tú lo mismo?

Vamos, no por favor. Las cosas estaban tan bien... ahora esto no.
—Jack —murmuré—, te juro que iba a contártelo, p-pero... con todo lo del bebé... y la boda... se me olvidó y...

—Y no lo hiciste —me cortó, negando con la cabeza y retrocediendo un paso.

—¡No es como... como lo ves tú ahora mismo!

—¡Lo único que veo ahora mismo es que este imbécil no ha cambiado, y nunca lo hará, y por algún motivo tú sigues insistiendo en defenderlo!

—¡No lo estoy defendiendo, solo estoy...!

—¡Me dijiste que nunca volveríamos a guardarnos secretos!

—¡Lo sé, lo siento, pero...!

—¡No quiero oír tu maldito *pero*! ¡Me da igual! ¡Solo te pedí una cosa! ¡Solo una! ¡Y no has sido capaz de cumplirla!
—¡Quería hacerlo!

—¡Y no lo hiciste! ¡Igual que la primera vez querías decirme la verdad pero tampoco lo hiciste! ¡Y te fuiste! ¡Y no supe nada de ti en un año entero!
—¡No es lo mismo!

—¡Claro que no es lo mismo, porque esta vez hay más gente implicada y no has podido guardar tu maldito secreto!
Intenté decir algo, pero se dio la vuelta bruscamente y fue directo a la puerta. Hice un ademán de seguirlo, pero me detuve en seco cuando él hizo lo mismo, dándonos la espalda. Vi que se le tensaba cada músculo en ella cuando se quedó quieto.
Durante un momento, no supe qué esperarme. Fruncí un poco el ceño, confusa, cuando se dio la vuelta lentamente y clavó los ojos en Will. ¿Qué...?
—¿Lo sabías? —le preguntó en voz baja.

Will entreabrió los labios, confuso.
—¿Qué?

—¿Sabías por qué se fue por un año? ¿Lo sabías? —repitió, levantando el tono de voz.

Will me miró y yo pensé en negar con la cabeza para que no tuviera que meterse en problemas por mi culpa, pero Jack estaba justo al lado y me vería. Entré en pánico y no hice nada, así que Will tuvo que improvisar solo.
—Mira —empezó—, creo que no hace falta sacar eso ahor...

—Lo sabías —Jack habló en voz más baja—. Estuve un año entero preguntándote qué demonios había hecho mal y tú repetiste mil veces que no te había dicho nada. Y lo has sabido todo este maldito tiempo.

—Jack, vamos... —murmuré.

—¡No! —me detuvo, mirándome y luego clavando los ojos en Will—. Di sí o no. ¿Lo sabías?
Will dudó un momento y el silencio de la habitación fue el más tenso de toda mi vida. Apreté los labios cuando asintió con la cabeza.
—Sí —dijo, finalmente.

Jack se quedó mirándolo un momento. Me dio la sensación de que le había dolido mucho más eso que lo de Mike. Muchísimo más.
Finalmente, sonrió amargamente y negó con la cabeza.
—Que os den —murmuró—. Que os den a todos.

Y, sin decir nada más, salió de casa de dando portazo.

CAPITULO 20

—Entonces, ¿no has sabido nada de él desde ayer?

Negué con la cabeza y Jane me sonrió, contrastando bastante con mi humor, cuando me agarró un dedo con la manita. Estaba tumbada en mis piernas y se reía cada vez que le ponía una mueca. No recordaba que los niños se me dieran tan bien.
Y menos estando de un humor tan bajo.
—No —murmuré.

Naya, a mi lado, estaba preparando un biberón para la niña. La miré de reojo.
—¿Has considerado que el bebé te...? —me señalé el pecho.

—¿Has visto alguna vez un pezón después de eso? No, gracias. Por ahora, eso solo lo hará Will.

—Demasiada información —murmuró Sue, leyendo un libro en el sillón.

—Como sea —Naya recogió a la niña y la colocó para empezar a dárselo. Ella agarró el biberón con ambas manitas y empezó a beber felizmente—. Ya conoces a Ross. Es incapaz de guardar rencor. En dos días volverá a estar aquí.

Ojalá yo hubiera tenido esa seguridad.
Cada vez que lo llamaba y no me respondía, sentía que mis esperanzas se iban haciendo más y más pequeñas. Y no ayudaba que Mike hubiera desaparecido también. Aunque por un motivo muy diferente. Y Mike no me preocupaba tanto. Él volvería cuando se calmaran las cosas, como siempre. Jack era distinto. No volvería hasta que se le pasara el cabreo.
Y no era solo conmigo. E ahí el problema. También con Will. Y... bueno, creo que con todos. Casi hubiera preferido que fuera solo conmigo.
Aproveché que Naya hablaba en voz baja con la niña para mandarle otro mensaje. Ya había unos quince sin respuesta. Suspiré y vi que no se había conectado desde anoche. Seguro que ni había mirado el móvil.
—Bueno, ¿y no vamos a hablar de eso? —Naya señaló mi mano con la cabeza.

Miré el anillo y casi me entraron ganas de llorar.
—¿Ahora? ¿En serio? —Sue le enarcó una ceja.

—A ver, es para distraerla.

—Has hecho un gran trabajo, Naya.

—Gracias —sonrió ella, obviando la ironía del comentario—. Bueno, ¿has pensado ya cómo quieres que sea o no?

—Pues... no. Y mucho menos hoy.

—¿Por qué no?

—Naya, mi prometido no me habla.

—Ya se le pasará.

—¡O no!

—Claro que sí. A ver, supongo que yo seré tu dama de honor, ¿no?

Menos mal que Jane soltó un hipido en ese momento y la distrajo, porque sinceramente no estaba de humor para hablar del tema. Ni siquiera había dicho nada a mi familia. Bueno, técnicamente Shanon y mis padres ya lo sabían, pero los demás no.
Me pasé la tarde yendo de un lado a otro por la casa con la esperanza de que la puerta fuera a abrirse de un momento a otro. No sucedió. Y le mandé unos cuantos mensajes más. Ya desistí en intentar llamarlo. Total, no me iba a responder, ¿no?

Ya era de noche cuando me quedé sola en el sofá. Naya y Jane estaban en su habitación y Sue había desaparecido hacía un rato encerrada en la suya. Will me lanzó el mando a distancia y se puso de pie.
—¿Vas a esperarlo? —me preguntó, no muy convencido.

—No —me encogí de hombros, mintiendo descaradamente.

Me miró un momento y pareció darse cuenta de que no había mucho que pudiera decirme para que cambiara de opinión, porque suspiró y se dio la vuelta.

—Oye, Will.

—¿Sí? —volvió a centrarse en mí.

—¿Has... intentado llamarlo?

Dudó un momento.
—Sí.

—¿Y te ha respondido o...?

Apartó un momento la mirada, avergonzado.
—Mira, te va a responder en algún momento, ya lo conoces.

—Es decir, que sí te ha contestado —murmuré.

—No es... lo mismo.

—No pasa nada —murmuré—. Solo... no quería que se enfadara contigo por mi culpa.

—¿Por tu culpa?

—Yo te pedí que mantuvieras el secreto.

—Sí, y yo decidí guardarlo —negó con la cabeza—. Mira, todos nos equivocamos. Y él te perdonará. Igual que tú le has perdonado mil veces. Solo déjale algo de tiempo. Y vete a dormir.

Vi que se daba la vuelta e iba a la habitación, dejándome sola. Me quedé mirando la televisión un rato y alcancé la mantita. Ya empezaba a volver el frío. Y yo seguía yendo en pantalones cortos de algodón. Era muy lista.
Miré la hora en el móvil varias veces —o, más bien, si me había respondido— y volví a dejarlo en la mesa todas esas veces, algo decepcionada.
Al final, asumí que, simplemente, no iba a llegar. Apagué la televisión cuando ya era de madrugada y me puse de pie, dejando la manta con un poco más de fuerza de la necesaria. Idiota. Él. Y yo también. Pero él más.
Y fue en ese glorioso momento cuando escuché la puerta de la entrada abriéndose.
Me di la vuelta al instante y, efectivamente, lo vi entrando. Él ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia. Iba vestido de la misma forma que la última vez que lo vi. Bueno, quizá un poco más despeinado. Pero parecía... extrañamente relajado.
Como no sabía cómo reaccionar —o, más bien, cómo reaccionaría él—, me quedé de pie ahí, mirándolo. Tragué saliva cuando levantó la cabeza hacia mí.
—Hey —murmuré, incómoda.

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo antes de volver a los míos.
—Hey —enarcó una ceja.

Y creo que fue ahí cuando me di cuenta... de que estaba malditamente borracho.
—¿Has bebido? —pregunté en voz baja, acercándome.
Jack casi pareció divertido cuando me siguió con la mirada hasta que me planté delante de él.
—Depende —ladeó la cabeza, sonriendo de lado.

—¿Que depende? ¿De qué?

—De a lo que te refieras. No he bebido agua.

Y contuvo una sonrisa cuando vi que le fruncía el ceño. El impulso de empujarlo fue fuerte, pero me contuve, apretando los labios.
—¿Esto te hace gracia? —le pregunté, enfadada.

—¿El qué?

—¿Se te han olvidado todos esos meses, Jack?

—¿Qué meses?

—¡Los que te pasaste encerrado en una habitación! ¿Se te ha olvidado lo mal que lo pasaste?

—Si no recuerdo mal, uno de esos meses fue prácticamente todo hacerlo, así que tampoco fue tan malo.

Entreabrí los labios cuando empezó a reírse de su propio chiste. Después, pasó por mi lado como si nada.
—Bueno, venga, vamos.

Lo seguí con la mirada, confusa, cuando vi que se dirigía al pasillo. Sin embargo, se detuvo cuando miró a su alrededor y vio que no lo estaba siguiendo. Me miró.
—¿A qué esperas?

—¿A qué...? ¿Dónde vas?

—A la habitación.

—¿A qué?

—A hacer las paces. Venga, vamos.

Demos las gracias al señor por no tener un cuchillo en la mano en estos momentos de tensión o esto hubiera terminado muy mal.
—¿Estás bromeando? —me indigné—. ¿Te crees que así se arreglan las cosas?

—No sé si se suelen arreglar así, pero seguro que es la mejor forma.

—¿La mejor...? Jack, ¡estás borracho!

—No seas exagerada, no he bebido tanto.

—¡Me da igual, me dijiste que no volverías a hacerlo!

—Y tú me dijiste que no volveríamos a guardar secretos el uno con el otro —me guiñó un ojo—. Ya estamos en paz, Mushu.

—¡No me llames Mushu ahora!

—Nunca dejas que te llame así —puso los ojos en blanco, arrastrándose hacia mí con pasos perezosos—. Ni estando enfadados, ni estando contentos...

Iba a decir algo, pero me detuve cuando se detuvo delante de mí, sujetándome con ambas manos por las caderas y pegándome a las suyas. Tenía una sonrisa maliciosa en los labios cuando se inclinó hacia delante y me dio un beso justo debajo de la oreja. No pude contenerme y sentí que se me erizaba la piel.
—¿Seguro que no quieres ir a hacer las paces? —insistió en mi cuello.

—Jack, estás borracho —repetí por enésima vez.
—Y tú tienes un culo espectacular.

Puse los ojos en blanco, pero se me encendieron las mejillas cuando bajó las manos a él y le dio un apretón descarado. Hubiera deseado odiar eso más de lo que lo hice. Y más estando enfadada. Pero él volvió a inclinarse hacia delante, esta vez para besarme. Me eché hacia atrás justo a tiempo.

—Jack...

—Venga, Michelle, no seas aburrida.
—No, para —esta vez lo dije en serio.

Se quedó mirándome un momento, esta vez sin sonreír, y me soltó. Di dos pasos atrás y vi que apretaba los labios.
—¿Qué? —preguntó.

>
—¿Qué? —repetí—. ¡No he sabido nada de ti desde anoche!
—¿Y qué?

—¿Qué...? ¿Te crees que ha sido agradable para mí?

—Ahora estoy aquí, ¿no?

—¡No es eso, Jack!

—¿Por qué siempre tienes que complicarlo todo? —puso los ojos en blanco, yendo al sofá.

Lo seguí, irritada, cuando se dejó caer y volvió a intentar lo de antes, dando una palmadita a su lado. Suspiró pesadamente cuando me crucé de brazos, quedándome delante de él.
—¿Qué? —repitió.

—¿Eso es lo que vas a hacer siempre que tengamos un problema? ¿Irte corriendo?

—No me fui corriendo —frunció el ceño.

—Sí, lo hiciste. Lo haces continuamente. En cuanto tenemos un problema, te vas y desapareces, me evitas... y... y luego vuelves esperando que ignoremos que lo has hecho.

—No estaba evitándote.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no me respondías a las llamadas? ¿O a los mensajes?

Él volvió a poner los ojos en blanco y dejó caer la cabeza hacia atrás, pasándose una mano por la cara.
—Estoy demasiado bebido como para hablar de esto. Y tú demasiado enfadada.

—Igual si no hubieras bebido no estaría enfadada, Jack.

—¿Y qué más te da si bebo o no? No eres mi madre.

—¡No, soy tu prometida! —le enseñé el anillo—. ¿O ya se te ha olvidado?

—¿Cómo voy a olvidarme de eso?

—¡No lo sé, Jack, dímelo tú!

—¡Es que no sé qué demonios quieres que te diga!

—¡No quiero que digas nada! ¡Quiero que, si tenemos un problema, te quedes a hablarlo conmigo para que podamos arreglarlo, no que te vayas corriendo!

—¿Y de qué querías que hablara? —me miró, enfadado—, ¿del hecho de que besaste a mi hermano?

Me detuve y le fruncí el ceño.
—No fue así. Y lo sabes.

—Oh, ¿lo sé? ¿En serio? ¿Te molestaste en explicármelo? Porque yo no recuerdo que me contaras muchos detalles.

—¿Y qué demonios querías que te contara?
—¡Que mi maldito hermano te besó, Jennifer!

—¡No fue como tú crees! ¡No es... no significó nada! ¡Solo fue un beso!
—¡Igual que lo mío con Vivian solo fue un beso, justo después de que TÚ me dejaras tirado como a un imbécil! ¡Y cuando te lo conté te pusiste histérica!

—¡No es lo mismo!

—¿Y por qué demonios no es lo mismo? ¿Porque tú estabas conmigo y yo no estaba contigo cuando lo hice?

—¡Yo no besé a Mike, Jack!

—¡Igual que Lana no lo hizo! ¡O la otra! ¡Siempre es todo culpa de Mike, pero, de alguna forma, siempre termináis acostándoos con él!

Entreabrí los labios. El corazón me iba a toda velocidad por el enfado. Él seguía sentado en el sofá, mirándome fijamente. Apreté los labios en una dura línea.
>
—¿Eso es lo que te crees? ¿Que iba a acostarme con él?

Apartó la mirada y negó con la cabeza.
—No, no es eso.

—Sí, sí lo es. Es lo que acabas de decir.

—No quería decirlo así, ¿vale?

—Pues es como te ha salido —no pude evitar que me temblara la voz—. ¿Esa es toda la confianza que tienes en mí? ¿Te crees que no te dije nada porque quería hacer algo con él? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

—Jen, no...

—¡Cállate! —le espeté—. ¡Lo que pasó fue que Mike me besó, me aparté y luego se disculpó porque se arrepentía de haberlo hecho! ¡Eso es todo! ¡No hubo más intenciones! ¡Ni siquiera intentó volver a acercarse a mí! ¡O yo a él!

Jack me miró con los labios apretados, pero al menos no dijo nada.
—¿Sabes qué? —sacudí la cabeza—. Creo que tienes razón. Has bebido demasiado como para hablar de esto. Mejor recúperate aquí solo esta noche.

Noté su mirada clavada en mi nuca cuando fui al pasillo, enfadada. Sin embargo, me detuve en seco cuando un pensamiento me asaltó la mente. Me volví a dar la vuelta y descubrí que se había puesto de pie y venía hacia mí, pero se había detenido al verme la cara. Frunció un poco el ceño.
—¿Qué? —preguntó, cauteloso.

—¿Dónde pasaste la noche ayer? —le pregunté en voz baja.

Su expresión lo dijo todo. Pareció que iba a decir algo, pero se detuvo y volvió a cerrar la boca. Mi corazón se aceleró a instante.
—¿O con quién? —reformulé la pregunta.

—No pasó nada —me aseguró enseguida.

—¿Que no...? ¿Has pasado la maldita noche con Vivian?

—No pasó nada —repitió—. Solo... no sabía dónde ir...

—¡Podrías haber venido aquí! ¡Podrías haber ido a casa de tu abuela, o de tu madre! ¡Podrías haber ido a un maldito hotel si hubieras querido! ¡Tú mismo elegiste ir a casa de esa chica sabiendo perfectamente lo que siente por ti!
—No siento nada por Vivian, Jen.

—¡No, claro, pero en cuanto discutimos lo primero que haces es ir a su casa a dormir!

—¡Te estoy diciendo que no pasó nada!

—¡Me da igual! ¿Cómo te sentirías si yo te dijera que he ido a dormir a casa de Monty? ¿O de alguien con quien me hubiera besado antes? ¿Te calmaría mucho que te dijera que no pasó malditamente nada?
—Jen... —hizo un ademán de agarrarme del brazo.

—¡No, no me toques! ¡Vete a la mierda, Jack! ¡O vete a dormir con tu nueva novia, porque te aseguro que conmigo no vas a dormir!

Me di la vuelta, furiosa, y me precipité hacia nuestra habitación. Cerré la puerta a mi espalda con un poco más de fuerza de la necesaria, sin tener en cuenta los demás habitantes de la casa. Al menos, nadie se despertó.
En cuanto estuve sola, me invadieron unas ganas terribles de llorar. Me metí en mi lado de la cama y me tapé la cara con las manos, intentando no pensar en el idiota que seguramente

estaba sentado en el sofá. Y pensar que yo había estado preocupada toda la noche cuando él, simplemente... había estado con esa otra idiota.
>
Al menos, no vino a buscarme esa noche.

***

Hice lo que pude y más para evitarlo a la mañana siguiente. No fui a correr. La verdad es que era lo último que me apetecía en esos momentos. En su lugar, me quedé en la cama una buena parte de la mañana y después acompañé a Sue a comprar no sé qué mueble para su habitación. Cualquier cosa con tal de no verlo.
No tuve tanta suerte una hora antes de cenar.
Salí de la ducha con mi pijama puesto y fui al salón con el móvil en la mano. Hubo un momento de silencio incómodo cuando vi que el único sitio libre era a su lado. Will y Sue me miraron de reojo. Naya debía estar en la habitación con la niña. Puse los ojos en blanco disimuladamente y fui a la cocina a por una bolsa de golosinas antes de volver a la habitación.
Pero, claro, esta vez no lo dejó pasar.
Apenas había cerrado la puerta cuando volvió a abrirse. Tampoco hizo falta que me diera la vuelta para saber quién era.
—¿Hasta cuándo vas a seguir con esto? —me preguntó, irritado, volviendo a cerrar.

—¿Con qué? —no levanté la mirada, tumbándome en la cama.

—Evitándome, Jen.

—¿Y me lo dices tú, Ross? —le enarqué una ceja, mirándolo.

Él me puso mala cara al instante en que oyó *Ross* en lugar de *Jack*.
—Mira, igual hablé más de lo que debía, pero estaba enfadado. Y sabes que tenía motivos para estarlo. ¿Esto es necesario?

—No tengo ganas de hablar, Jack.

—Pues yo sí las tengo, especialmente si vas a seguir ignorándome así. Es jodidamente insoportable.

Lo miré por unos segundos antes de volver a agachar la mirada. Él negó con la cabeza. Lo supe incluso sin mirar.
—¿Sabes qué? Avísame cuando te apetezca hablar —murmuró, abriendo de nuevo—. Me voy a acompañar a Will a fumar.

Suspiré cuando escuché la puerta principal. Al poco rato, los pasos de Sue al cuarto de baño y abriendo el agua de la ducha.
Aproveché para ir a devolver la bolsa de golosinas. Se me había quitado el hambre. Pero tenía sed. Abrí la nevera y me quedé mirando un momento las cervezas sin alcohol que Jack había comprado en sustitución a las de siempre... solo porque yo se lo había pedido.
Vale, ya no estaba segura de si estaba siendo desproporcional o demasiado blanda. Me quedé mirando un momento más la nevera como una idiota.

El timbre sonó y me preparé a mí misma mentalmente para pedirle a Jack que viniera a hablar conmigo a la habitación. Me tomé un momento para respirar antes de abrir.
Y... no era Jack.
Por un momento, me quedé mirando al chico que tenía delante, pasmada.
—¿Qué...? ¿Monty?
¿Qué demonios?
Él me miró un momento. Seguro que mi cara era un poema. Tragó saliva y, sin más, me apartó para pasar por mi lado. Yo lo miré, todavía más perpleja.
—¿Qué...? ¡Oye! ¡No te he dicho que pudieras pasar!

Él se detuvo en medio del salón. Yo seguía sin saber cómo reaccionar, así que dejé la puerta abierta para poder echarlo a patadas. Me quedé mirándolo mientras él seguía inspeccionando cada rincón de la casa con los ojos.
—¿Estás sola? —preguntó, por fin.

No me gustó esa pregunta, así que miré a mi espalda inconscientemente. Me pregunté si Jack me ayudaría si iba a ped... bueno, ¿qué estaba diciendo? Claro que me ayudaría. Y sin necesidad de pedírselo.
—No —me crucé de brazos—. Y te vuelvo a recordar que no te he invitado a entrar, Monty.

—¿Y con quién estás? —me miró, enarcando una ceja.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Puedes salir ya de mi ca...?
—¿Es verdad que te vas a casar?

Me detuve en seco, sorprendida. Él me miraba fijamente. Su pecho subía y bajaba a toda velocidad.
—¿Eh?

Me ignoró y se acercó, agarrándome la mano con poca delicadeza y mirando el anillo. Di un tirón de mi brazo enseguida, pero me tenía sujeta. Eso me trajo más recuerdos de los que siquiera sabía que tenía y se me paró el corazón.
—Suéltame —mi voz sonó sorprendentemente segura.

—Así que es verdad —me frunció el ceño—, ¿se puede saber qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?

—¿Qué...?

—¿Cuánto hace que lo conoces? ¿Unos meses?

—Desde que entré en la Universidad y tú me pediste una relación abierta, en realidad —di un tirón a mi mano y la liberé por fin, acariciando mi muñeca—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—¡Ayudarte a que recapacites, Jenny!

—¿A que... recapacite? —repetí, pasmada.

—¡Ya me has oído! ¡No tienes ni veinticinco años, por el amor de Dios! ¿Cómo demonios vas a casarte?

—Te recuerdo que eso es problema mío, Monty. No eres mi novio. Ni siquiera eres mi amigo.

—¿Es por el dinero? —preguntó—. ¿Es eso? ¿Quieres hacerte rica?

Estaba harta de eso. De que todo el mundo se creyera que estaba con Jack por el dinero. Y que lo dijera Monty era mucho peor. Bueno, cualquier cosa dicha por el imbécil de Monty era peor.
—Vete de aquí —dije, señalando la puerta.

—No —frunció el ceño—. No hasta que hablemos.

—¿Y de qué quieres hablar? —pregunté, perpleja.

—¡De nosotros!

—¿Qué...? ¡Tienes novia! ¡Y yo voy a casarme! ¿Qué nosotros hay ya?

—Venga ya, Jenny. Déjate de tonterías.

—¿Qué tonterías? ¿Te crees que sigo queriendo volver contigo o qué?

Él se detuvo, un poco sorprendido por la agresividad de mis palabras.
Y sentí que toda la rabia que le había estado guardando con el tiempo salía en ese momento hacia él.
—¿Te crees que quiero volver con alguien como tú? —repetí—. ¿Para qué? ¿Para que vuelvas a pasarte el día manipulándome o convenciéndome de hacer cosas que no quiero hacer?

—No te hagas la víctima.

—¡No me hago la víctima! ¡Tú me hiciste víctima! ¡Toda nuestra maldita relación estuvo basada en que yo hiciera exactamente todo lo que tú querías que hiciera! ¡Y asustada constantemente por si no te gustaba algo! ¡O creyendo que no era lo suficientemente buena para ti o para nadie! ¿Te crees que disfruté algún maldito momento de eso?
—No todo fue malo.

—¡No, Monty, pero todo lo bueno queda eclipsado por lo malo! ¡Hay demasiadas cosas malas! ¡Nunca me quisiste! ¡Ni siquiera cuando estaba contigo!

—¡Me pasaba el día diciendo que te quería!

—¡Oh, sí, lo repetías continuamente para que me sintiera mal cada vez que me enfadaba porque me empujabas o te volvías loco por cualquier tontería!
—¿Que estás diciendo? ¿Que me lo inventaba?

—¡Te estoy diciendo que no sabes lo que es querer a alguien! ¡Si me hubieras querido, nunca me hubieras tratado como me trataste! ¡Y, si quisieras a Nel, no la tratarías como la estás

tratando ahora, viniendo aquí a... a hablar de un nosotros que ni siquiera ha llegado a existir!

Se quedó mirándome un momento, pensando en algo que decir. Yo no me había dado cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Lágrimas de rabia.
—Claro que te quería, Jenny —me dijo en voz baja, mirándome—. Sabes que lo hacía. Y... sé que ahora todo lo malo parece demasiado y todo lo bueno muy poco, pero... pero sabes que te quería. Lo sabes.

Me quedé mirándolo fijamente con los labios apretados. Él dio un paso hacia mí al ver que no me movería.
—Nel no significa nada. Nunca lo ha hecho. He tardado en darme cuenta. Y... la cagué con ella demasiadas veces, lo sé. No es culpa suya, es completamente mía. Yo era el que tenía un compromiso contigo. Y no te cuidé. No supe hacerlo, pero eso no significa que no te quisiera. O que no te quiera ahora.

Apreté aún más los labios cuando se adelantó y me puso una mano en la mejilla.
—Venga, Jenny, ¿de verdad piensas que todo lo de nuestra relación fue malo?

Esperó una respuesta que no llegó. Al final, volvió a hablar él.
—Siento si te hice daño. Yo... era una mala persona. Y tuve suerte de encontrarme a alguien como tú. Que me... que me cuidara. Y que supiera ver algo más que todo lo malo. Lo viste durante meses. Hasta que nos separamos. Pero, hasta entonces, habíamos sido felices.

—Yo no era feliz, Monty —sacudí la cabeza.

—Ahora crees que no, pero lo eras. Te conozco, Jenny. Más que nadie en el mundo. Y sé que eras feliz. Y puede que ahora también lo seas, pero, venga ya. ¿De verdad es lo mismo con él que conmigo?

Di un paso atrás cuando intentó alcanzarme con la otra mano y mi espalda chocó con la barra de desayuno. Él seguía mirándome como si no hubiera levantado la voz en su vida.
—Si... si ahora mismo te dijera que quiero que vuelvas conmigo. Que... que te quiero... ¿no lo pensarías? ¿No tendrías ni una pequeña parte de ti que dudara? ¿Ni una?

Negué con la cabeza, pero él me ignoró y se acercó a mí, sujetándome la cara con las manos. Como tantas veces lo había hecho en el pasado. Y seguía recordando lo mucho que me había gustado en su momento.
—Jenny, yo te quiero —me dijo en voz baja—. Mírame. Sabes que digo la verdad.

No dije nada. Él apretó los labios, tragando saliva.
—Nunca he querido a nadie como te quiero a ti —insistió—. Y nunca lo haré. Por muchas chicas como Nel que se crucen por mi camino, jamás será lo mismo. Lo nuestro era especial. Sigue siéndolo. Te quiero.

Cuando se inclinó para besarme, ya no pude más y esbocé una sonrisa irónica.
—¿Te crees que lo que tuve contigo es mínimamente comparable a lo que tengo con Jack, Monty?

Él se detuvo a medio camino del beso y me miró.
—¿Qué?

—A él lo amo. A ti ni siquiera llegué a quererte. Esa es la diferencia. Y la razón por la cual me voy a casar con él y no contigo.

Hubo un momento de silencio entre nosotros. Por primera vez desde que lo conocía, agarré sus manos y las aparté de mí. Él dio un paso atrás, sin palabras.
—Ahora —señalé la puerta—, por favor, vete antes de que venga Jack y te vea aquí.

—¿Y qué hará si me ve aquí? —preguntó, de repente sacando su verdadera forma de ser—. ¿Volver a darme una paliza? ¿Eso es lo que quieres en tu vida? ¿Y luego soy yo el violento?

—Jack no es como tú.

—No, Jenny. Es exactamente igual. Seguro que alguno de estos días termina dándote una bofetada. Igual que lo hice yo.

—Vete de aquí —repetí, furiosa.

—¿O qué? ¿Me vas a echar tú?

—No, voy a hacerlo yo.

Creo que mi respingo fue mayor que el de Monty cuando Jack apareció a su lado de la nada. Will estaba en la puerta, algo tenso. Acababan de llegar, seguro.
—¿Qué hace este aquí? —me preguntó Jack sin dejar de mirarlo.

Monty pareció más ofendido por eso que por todo lo demás.
—Este tiene nom...

—Cállate —Jack me revisó de los pies a la cabeza—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?
—Estoy bien.

—¿Estás segur...?
—Jack, estoy bien, solo le estaba diciendo que se fuera de una maldita vez.
Él se giró hacia Monty.
—¿Y a qué demonios esperas? ¿Quieres que llevarte un recuerdo, como la última vez?

Monty podía hacerse el valiente, pero estaba claro que eso le había asustado un poco.
—Estaba a punto de irme —le dijo en voz baja—. Ya le he dicho a Jenny todo lo que tenía que decirle.

—Eso ya lo hiciste hace mucho tiempo. Podrías haberte ahorrado el viaje.

Se miraron el uno al otro por un momento y la tensión de la habitación fue más que evidente. Sin embargo, Monty se apartó y fue a la puerta, mirándome por última vez. Yo notaba cada músculo de mi cuerpo tenso. Will lo miró fijamente mientras salía y cerró la puerta.

—¿Estás bien, Jenna? —me preguntó.

—Que estoy bien, pesados. Tampoco soy una damisela en apuros —murmuré, aunque la verdad es que me temblaban las manos.

Jack me miró un momento y Will suspiró.
—Bueno... será mejor que vaya a ver a Naya y Jane.

Y, con esa excusa lamentable, se marchó y nos dejó solos. Yo noté que se me encendían las mejillas cuando me di cuenta de que Jack seguía mirándome fijamente.
—¿Qué? —pregunté, a la defensiva.

—No tienes que hacerte la fuerte conmigo, Jen.

—Contigo, precisamente, es con quien más tengo que hacerlo ahora mismo.

Él apartó la mirada un momento, sacudiendo la cabeza.
—¿Por qué sigues enfadada conmigo?

—Lo sabes perfectamente.

—¿Por Vivian? ¿En serio?

—¿Por qué lo dices así? ¿Como si no fuera nada?

—¡Porque no es nada!

Lo miré y puse los ojos en blanco.
—Olvídalo.

Fui directa a la habitación y no me molesté en cerrar la puerta. Efectivamente, en cinco segundos él estaba de pie delante de mí otra vez.
—¿Qué quieres que te diga? ¿Que me arrepiento? Porque, joder, te aseguro que me estoy arrepintiendo más de eso que de cosas peores que he hecho en mi vida.
—No es eso, Jack.

—¿Y qué es? ¿Qué quieres que diga?

—¡Nada!
—¡Vale, pues dime qué quieres que haga para que podamos olvidarnos de esto!

Le sostuve la mirada un momento y, de la nada, me puse a llorar.
Sí, a llorar.
Él pareció todavía más perplejo que yo. Y te aseguro que yo lo estaba. Se quedó parado unos segundos, mirándome. Después, hizo un ademán de ponerme una mano en el brazo.
—Aparta, idiota —murmuré, lloriqueando.

Me puso mala cara, aunque estaba mezclada con la preocupación y la confusión.
—¿Qué he hecho ahora?

—¡Nada!

—¿Y qué te pasa?

—¡Nada! ¿Vale?

—Jen, está claro que te pasa algo.

—Es... es que... te.. te quiero mucho Jack.

Y lo dije llorando como una idiota. Él se me quedó mirando con una mueca confusa.
—Vale —empezó lentamente, con cautela—. Yo te lo agradezco mucho. Y comparto el sentimiento. Más que nada en el mundo. Pero creo que no te sigo, Jen.

Ya somos dos.
—Pues claro que no me sigues, idiota.

—Un poco de ayuda no me iría mal, la verdad.

—Es que... yo... Monty me ha....

Su expresión cambió completamente.
—¿Qué te ha hecho?

—Nada —añadí y volvió a fruncir el ceño con confusión—. No es eso.

—Vale, Jen, ¿vas a decirme ya lo que es o tengo que ir a por un adivino?

—Es que... verlo me ha... me ha hecho recordar lo que era estar con él...

Parpadeó unas cuantas veces, intentando comprender en qué punto se unía mi enfado con él y mi enfado con Monty.
—No tienes que preocuparte de eso, Jen —dijo, confuso—. Nunca más. Ya no estás con él.

—¡Pues precisamente por eso!
—Espera... ¿estás llorando porque no estás con él?

—¡No!
—Vale, ¿quieres que vaya a por un pañuelo o algo así? Porque ahora mismo me siento bastante poco útil.
—Quiero estar sola —mascullé.

Suspiré e hizo un ademán de ir hacia la puerta. Lo detuve por el brazo enseguida.
—¡No me dejes sola, idiota!

Frunció el ceño, perdido.
—¿Qué...?

—¿En serio ibas a dejarme sola y llorando? ¿Qué clase de persona eres tú?

—¡Acabas de decirme...!

—¡No quiero un pañuelo, quiero un novio que me quiera!

—¡Lo tienes, literalmente, a un metro de distancia! ¡Y podría estar a menos si en lugar de discutir estuviéramos metidos en la cama de una vez!

—¿Ves como eres un idiota?

—Mira, Jen, he sido un idiota mil veces en mi vida. Pero ahora mismo te aseguro que no sé por qué lo estoy siendo.

—¡Porque no me entiendes!

—¡NI SIQUIERA SÉ QUÉ TENGO QUE ENTENDER!

—¡PUES A MÍ!

—¡SINCERAMENTE, DUDO QUE TE ENTIENDAS TÚ MISMA!

Volví a lloriquear como una idiota y me pegué a él, rodeándolo con los brazos y pegando mi mejilla a su pecho. Se quedó todavía más paralizado de la impresión. Pero me devolvió el abrazo enseguida, claro.
—Mira, no sé por qué te has puesto a llorar, pero seguro que no es ni la mitad de importante de lo que te crees.

Me pasé los dedos bajo los ojos y me separé para mirarlo. Él parecía un poco confuso, sin saber por dónde iba a salir ahora.
Y mi primer impulso fue agarrarlo del cuello de la camiseta y tirar de él hacia mí, pegando mis labios a los suyos.
Se quedó muy quieto por un momento, pero luego me devolvió el beso como si nada. Y con muchas más ganas que yo.
Me puso una mano en la nuca y me acercó hasta que nuestros cuerpos estuvieron pegados. Yo clavé una mano en su pecho y agarré su camiseta en un puño, inclinándome hacia atrás cuando él me sujetó de la cadera y se inclinó hacia delante, sujetándome. Hundí la otra mano en su pecho y noté que su corazón se aceleraba encima del mío, así que lo pegué tanto como pude y aumenté la intensidad del beso.
Y, de la nada, me separé y lo miré con mala cara.
—Vete.

Se quedó mirándome con la respiración acelerada y los labios hinchados.
—¿Eh?

—Que te vayas. Quiero estar sola.

Me metí en la cama y me di la vuelta cuando me di cuenta de que seguía mirándome con una mueca de confusión absoluta.
—¿Qué haces?

—Es que no sé qué demonios quieres que haga —replicó lentamente.

—¡Acabo de decirte que me dejes sola!

—¡Y antes también y casi me matas cuando lo he intentado!

—¡Pero ahora lo decía en serio y antes no!

—¡¿Y cómo quieres que note la diferencia?!

—¡Que te vayas, pesado!

Le lancé una almohada y la esquivó, mirándome. Finalmente, sacudió la cabeza y salió de la habitación, murmurando para sí mismo:
—Cada día entiendo menos el mundo...

CAPITULO 21

Me sentía como una mierda.
No os voy a mentir.
Al menos, no había tenido que ver a Jack en todo el día. Él había ido a hablar con Joey sobre algo de la película. Menos mal. Lo último que quería era hablar con él después de ese beso de anoche.
Suspiré pesadamente en el sofá del salón y alcancé mi móvil para llamar a la única persona del mundo a la que le consultaría cada movimiento de mi vida.
—Si es la feliz futura esposa —canturreó mi hermana nada más descolgar.

Puse mala cara al instante.
—No estoy de humor.

—Uy —casi pude ver que sonrisa desaparecía momentáneamente—. ¿Qué ha pasado? ¿Tormenta en el paraíso?

—Más bien huracán.

Ella se quedó en silencio, como si no pudiera ni intentar adivinar.
—¿Qué has hecho? —preguntó, directamente.

—¿Por qué siempre tengo que ser yo?

—Porque tienes una sorprendente facilidad por meterte en líos, Jenny. Venga, cuéntamelo todo.

Y eso hice. Durante casi diez minutos, hablé sin parar de todo lo que había con Mike. Y lo de Vivian. Shanon escuchó atentamente. Cuando terminé, ella soltó un suspiro.
—Vale —murmuró—, tú deberías habérselo contado. Y él no debería haber ido a ver a esa chica. Estáis empatados. ¿Eso no lo arregla?

Me quedé en silencio.
—Espera —me dijo—, ¿eso es todo?

—Bueno...

—¿Qué? —preguntó, impaciente.

—Ayer vino... Monty.

Mi hermana se quedó en silencio un momento.
—Dime, por favor, que no hiciste nada con él.

—¡Shanon!

—¡Tengo que preguntarlo!

—¡Claro que no hice nada con él!

—¿Y con Ross?

—Eh...

—¿Te acostaste con él y seguís peleados? No lo entiendo.

—No me acosté con él. Le di un beso y le dije que se fuera porque quería estar sola.

—Ah, claro. Muy lógico.

—¡Quería estar sola!

—Pobre chico. Lo que tiene que aguantar.

—Shanon, te estoy contando esto porque realmente necesito consejo.

Me sorprendió el tono de desesperación que usé para decírselo. Ni siquiera sabía por qué había sido. Ella se quedó en silencio un momento, sorprendida.
—Jenny, ¿estás segura de que estás bien?

—No, no estoy malditamente segura, Shanon.

—Vale, estás agobiada. Vas a casarte, eso conlleva estrés. Es normal.
—No, no es eso.

—¿Y qué es?
—Nada —sacudí la cabeza—. No sé... es complicado.

La escuché suspirar y se quedó pensativa por unos segundos.
—Mira, si no te sientes a gusto ahí, igual deberías venir a pasar unos días a casa.

La propuesta quedó suspendida en el aire mientras yo fruncía el ceño, todavía más confusa.
—No quiero huir de mis problemas.

—No es huir. Si estás agobiada, lo mejor es que te tomes unos días de descanso para aclararte las ideas.

Me miré las uñas, analizándolo.
—¿Crees que es lo mejor?

—Lo que yo crea no importa, sino lo que creas tú. Solo son unos días, Jenny. Y es por tu bien.

Suspiré y, finalmente, asentí con la cabeza.
—Sí, tienes razón. Debería mirar vuelos y... bueno, todo eso.
—Avísame cuando encuentres algo.

—Está bien.

—Date una ducha, ponte el pijama y métete en la cama. Ya verás como te sientes mejor.

—Tengo que hacer la maleta, Shanon.

—Ya la harás mañana.

—Dijo la madre responsable.

—Venga, no me marees —me dijo, divertida.

—Buenas noches, Shanon.

—Buenas noches, hermanita.

Eché la cabeza hacia atrás y respiré hondo antes de ponerme de pie e ir a la habitación. No quería decirle a Shanon que no tenía que ponerme el pijama porque no me lo había quitado. No había salido de casa en todo el día.
Me detuve en la habitación y miré mi armario. No hacía falta una maleta. Una mochila era más que suficiente. Pero como estaba en lo más hondo del armario, tuve que sacar las maletas de todas formas y dejarlas a un lado mientras llenaba la mochila de lo primero que encontré. Unos minutos más tarde, me senté en la cama y miré el móvil en busca de billetes. Lo cierto era que ir a casa unos días me motivaba más de lo quería creer.
Justo en ese momento, escuché pasos por el pasillo y miré la puerta de reojo. Llamaron con los nudillos.
—¿Puedo pasar? —preguntó Jack.
Por el suave ruido de después, supuse que había apoyado la cabeza en la puerta. Tragué saliva al darme cuenta de que tendría que decirle a Jack que me iba por unos días. Esperaba que lo entendiera.
—Sí, pasa —le dije torpemente, levantándome.

Él lo hizo casi al instante y cerró a su espalda. Me miró y pareció que iba a decir algo, pero se detuvo abruptamente.
Por un momento, no entendí que le pasaba. Vi que sus ojos se clavaban en las maletas y en mi armario abierto y cómo el color abandonaba su cara.
—¿Qué...?

—Jack, escucha...

—¿Te vas? —me interrumpió, y me sorprendió lo entrecortado que sonó.

—Sí, pero...

—No te vayas —negó con la cabeza y se olvidó de la formalidad de antes, yendo directamente hacia mí—. Sé que hemos discutido y que... y que esto está siendo una mierda, pero no...
—Me voy a pasar unos días con mis padres —aclaré.

Frunció el ceño durante un momento.
—¿Unos días?

—Sí.

Aparté la mirada, incómoda.
—¿Por qué? ¿Es... es el cumpleaños de alguien o...?

—No. Solo... necesito aclararme un poco.

—¿Y no puedes hacerlo aquí?

—Jack...

—No quiero que te vayas. No así.

—Solo son unos días.

—Ya han sido unos días estando peleados —insistió—, y la última vez que te fuiste no volví a verte en un año.

Sabía que le asustaba la idea de que decidiera quedarme con ellos y no volver, pero yo sabía que eso no pasaría. Estaba segura. Solo... necesitaba un tiempo.
—No es lo mismo —aclaré, mirándolo—. Eso fue... no volvería a hacerlo.
Él me miró por unos segundos y luego apretó los labios, pasando por mi lado para sentarse en la cama. Apoyó los codos en las rodillas y sacudió la cabeza.
—¿Esto es por lo de Vivian? —preguntó, finalmente.

—Jack, sé que no hiciste nada con ella.

—No me refiero a eso, sino a lo de la revista.

Parpadeé, confusa.
—¿Qué revista?
Él miró el suelo y volvió a sacudir la cabeza.
—Una revista me hizo fotos saliendo de su casa. Ya puedes imaginarte el titular.

Durante unos segundos, no fui capaz de decir nada. Él me miró. Parecía tenso. Muy tenso.
—No hice nada con ella —recalcó.

—Ya te he dicho que lo sé —mascullé.
Aparté la mirada y cerré los ojos un momento.
—¿Por qué fuiste a su casa?

—No lo sé. No... creo que haya un motivo concreto.
—Tiene que haberlo, Jack, o hubieras ido a cualquier otro lugar en el mundo. Podrías haber ido a cualquier maldito lugar y elegiste ese.

—Me equivoqué, ¿vale?

—No, Jack. Una equivocación es confundir dos conceptos. Ir a su casa fue algo muy distinto.

—¿Y ya está? —se volvió a poner de pie, mirándome—. ¿Te vas a ir a tus padres para no tener que verme solo por eso?

—No es solo por eso.

—¿Y por qué es? ¿Es por...?
Se detuvo y, de pronto, esbozó una sonrisa amarga.
—Tienes dudas, ¿no? Con lo de la boda.

Agaché la cabeza al instante, avergonzada. Él se pasó una mano por el pelo.
—Es complicado —murmuré.

—No es complicado, Jen. Si no quieres casarte conmigo, solo tienes que quitarte ese anillo y fingir que nunca ha pasado nada de esto.

—Jack, no seas así. Las cosas no son siempre tan simples.
—Sí son simples. Yo estoy enamorado de ti, por eso quiero casarme contigo. Si tú no lo estás de mí, entonces no voy a obligarte a hacerlo.

Sacudí la cabeza cuando él volvió a sentarse en la cama, frustrado.
En ninguna de las dos veces que habíamos salido juntos habíamos estado peleados por tanto tiempo. Y de esa forma. Vi que se pasaba una mano por el pelo. Solo hacía eso cuando se frustraba de verdad. Y estaba así de frustrado por mi culpa.
Y no pude más.
Volví a llorar.
¿Qué demonios me pasaba con llorar esos días?
Él me oyó llorar y suspiró contra sus manos antes de ponerse de pie y acercarse.
—Vamos, no llores por esto —murmuró, apartándome un mechón de pelo tras la oreja.
—Es... es que no... no sé q-qué demonios hacer.

—Haz lo que quieras. Y olvídate de lo que piensen los demás. Incluyéndome a mí.

—N-no... no quiero... olvidarme de lo que tú pienses —mascullé, sorbiendo la nariz—. ¿Q-qué demonios me pasa?

—Estás estresada —ladeó la cabeza.
—N-no... Jack. He... he estado... he estado estresada otras veces. No sé q-que me pasa. Es... es como si se me fuera la cabeza. C-como si no pudiera con-controlarlo...

Agaché la cabeza para quitarme las lágrimas y, cuando volví a levantarla, vi que él había cambiado su expresión por completo a una de perplejidad.
—¿Qué? —me miré a mí misma, confusa.

Él no respondió por un momento.
—¿Qué? —insistí, impaciente, agarrándolo del brazo.

—¿Crees... crees que podrías...?

Señaló mi estómago con la cabeza y yo lo miré, confusa, antes de volver a centrarme en él.
—¿Crees que es un buen momento para llamarme gorda, imbécil?

—No es eso, Jen.

—¿Y qué...?

Me corté a mí misma cuando lo entendí y bajé los ojos inmediatamente a mi barriga. Él también lo hizo. Por un momento, la habitación entera estuvo en silencio.
—No —mascullé, aterrada—. Eso no. Ni de coña. No. Hemos... siempre... siempre lo hemos hecho con protección. Es... no. No. Eso no.
—¿Estás segura?

Quise poder asentir con la cabeza. De verdad que lo quise. Pero cada vez estaba menos segura de todo.
—Voy a por un test —murmuró.
—Por favor —murmuré yo.

Me senté en el sofá mientras esperaba que volviera a casa y cada segundo se sentía como una eternidad. Nunca había pensado en lo que se sentiría al ser madre.
En ese momento, te aseguro que solo sentía terror. Terror absoluto.
Y solo podía suplicar que no fuera el caso.
Ya estaba empezando a desesperarme cuando volvió a casa. Parecía incluso más tenso que yo. Me tendió la pequeña caja rectangular y yo me la llevé al cuarto de baño.
Unos segundos más tarde, le puse la protección de plástico y me senté en la taza del inodoro con la cabeza entre las manos.
—¿Puedes entrar? —pregunté con voz temblorosa.

Como había supuesto, él estaba esperando delante de la puerta. Entró enseguida y se quedó mirando el test, confuso.
—¿Y bien?

—Hay que esperar cinco minutos.

Cerró los ojos por un momento y, acto seguido, se sentó delante de mí, en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Dobló las rodillas y apoyó los codos en ellas. Yo, por mi parte, seguí ahogándome en mi pavor mientras me pasaba las manos por la cara.
—¿Estás mirando el tiempo? —preguntó.

—Sí, Jack.

—¿Y...?

—Cuatro minutos y medio.

—Mierda. Esto es jodidamente eterno.

Levanté la cabeza y tragué saliva, tensa. Lo miré. Él me miró. No sé cuál de los dos estaba más asustado. Seguramente yo.
—Voy a ser una persona horrible y decirlo —murmuré—. No quiero ser madre. No así. No ahora.

—No eres una persona horrible por no querer hijos —me dijo, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y si hay algo ahí dentro y lo escucha? ¿Y si crece con un trauma por mi culpa?

—Si hay algo ahí dentro, Jen, te aseguro que todavía no tiene tímpanos.

Intenté respirar, moviendo la rodilla de arriba abajo frenéticamente. Volvimos a sostenernos las miradas un momento.
—¿Y si...? —empecé—. ¿Y si... es un sí?

Él lo pensó un momento, tragando saliva.
—No lo sé, Jen.
—¿Tú quieres...?

—¿...tener un hijo contigo? Claro que quiero —sonrió de lado—. Pero... ¿ahora? No estoy tan seguro.

Agaché la cabeza y casi me golpeé a mí misma cuando me entraron ganas de llorar otra vez. Lo miré de reojo y no pude más. Necesitaba tocarlo. Y más en un momento así. Me aparté de mi asiento particular y me senté en suelo, entre sus piernas, con la espalda pegada a su pecho. Me sorprendió notar que me rodeaba con un brazo casi al instante.
—Siento haberte dicho que tenía dudas —murmuré—. No es verdad, no las tengo.

—No sé si ahora mismo es el mejor momento para pensar en eso.
—Lo es. Yo... —agradecí darle la espalda, porque así me atreví a ser sincera—. Jack, esto... esto no es por ti.

Noté que se quedaba muy quieto un momento y me quedó otra que girarme para mirarlo. Estaba claramente confuso.
—¿El qué?

—Todo esto. El haber estado enfadada contigo estos días.

No parecía haberle aclarado muy bien nada. De hecho, su expresión fue todavía más confusa.
—Vale... —murmuró—, creo que me falta información.

—Es que... ayer, Monty no...

¿Cómo explicarle todo eso si no sabía ni yo misma lo que quería decirle?
—¿Qué te dijo el idiota? —enarcó una ceja.

—No es que me dijera algo ayer particularmente, Jack.

—Entonces, ¿qué es?

Suspiré y negué con la cabeza.
—Durante meses, cuando estuve con él, me recordaba una y otra vez que si lo dejábamos no encontraría nunca a nadie que me quisiera.

Hice una pausa y vi que él apretaba los labios.
—Pues claramente eran tonterías.

—No, Jack. No... no lo entiendes. Me pasé meses y meses escuchando eso una y otra vez. Y cómo me decía que no valía nada. Y que no me merecía que alguien como él estuviera conmigo.

—Eso no es...

—No, déjame terminar.

Él obedeció, pero no pareció muy conforme.
—Tu... tu padre... me dijo mil veces que solo era un obstáculo para tu carrera. O una distracción. Y llegué a creérmelo. Por eso... me fui. No les estoy echando la culpa, sé que también fue mía, pero...

Respiré hondo.
—Cuando vino Monty, me dijo que algún día te darías cuenta de cómo era de verdad —murmuré, mirándolo—. Y... me asusté.

Esa vez ya no pudo contenerse más y me respondió.
—¿Por qué? —preguntó, sinceramente confuso.

—Porque... Jack, mírame. Y mírate. ¿Cómo demonios...? ¿Cómo vas a entenderlo?

—Estoy intentándolo.

—Me da miedo decirte que sí a esto. A todo esto. A la boda. A... a tener hijos. A vivir juntos, solo nosotros dos... y que... que algún día te arrepientas de haberlo hecho. Que algún día te... te despiertes por la mañana, mires a tu lado, me veas y... y te preguntes por qué has malgastado tu vida con alguien como yo.

Decirlo casi me hizo llorar otra vez. Pero era la verdad.
—Jen... —empezó, cerrando los ojos por un momento.

—Y sé que ahora todo parece muy bonito. Sé que realmente sientes algo por mí, pero... no quiero que sigamos con esto por un impulso. Jack, de verdad, ¿sabes lo que me estás pidiendo con este anillo?

—Perfectamente.

—¿Y...?

—¿Vas a dejar ya de decir bobadas?

Me detuve, perpleja por el tono enfadado que había usado. Y parecía realmente enfadado.
—¿Eh?

—Ya me has oído —me dijo.

—Sí, lo he oído, pero...

—Es decir, que dos idiotas te sueltan sus estupideces y tú te los crees, pero cuando yo, que soy tu pareja... tu maldito prometido... te digo que te quiero... te crees que es por un impulso tonto.

—No... yo... no es eso...

—Es exactamente eso. Has dejado que esos dos se metan en tu cabeza. Y te crees que no eres suficiente. Pues siento ser el que tenga que decirte la maldita verdad, pero lo haré. No eres solo suficiente. Nunca lo has sido. Eres mucho más que eso. Eres jodidamente perfecta, Jen. Por eso te pedí que vinieras a vivir conmigo, por eso empecé a salir contigo, por eso dejé toda la mierda de las drogas y, especialmente, por eso te pedí que te casaras conmigo. Porque eres lo más cercano a la perfección que he conocido en toda mi vida.
Hizo una pausa y apartó la mirada, apretando los labios. Después, volvió a mirarme.
—¿Qué demonios tengo que hacer para que te entre en la cabeza que te amo? ¿Comprarte un maldito yate? ¿Un cine? ¿Un poni azul? ¿Ponerme un disfraz de trapecista y hacer una pirueta? Agradecería un poco de ayuda, porque me estoy quedando sin ideas.
Estuve a punto de esboza una sonrisa perpleja en medio de la tensión. Él resopló.
—Y me dicen a mí que soy complicado... ¿por esto me has tenido al borde de la desesperación durante dos días? ¿Por dos idiotas? Joder, Jen.

—A ver, dicho así suena un poco...

—No es que suene estúpido, es que lo es.

—¡Lo que yo siento no es estúpido!

—No, lo que es estúpido es lo que dicen dos idiotas que no te conocen ni la mitad de bien de lo que te conozco yo.

Agaché la cabeza sin saber muy bien cómo sentirme. Estaba a medio camino entre la vergüenza y la risa por su reacción. No era lo que me esperaba.
—¿Perdón? —murmuré, sin poder contener una sonrisa divertida.
Él estaba pasándose una mano por la cara, pero se detuvo en seco para mirarme, irritado.
—¿Te estás riendo?

—No.

—Estás sonriendo.

—¡No estoy sonriendo!

—Acabo de decirte que eres perfecta y tú te ríes. Creo que voy a retirarlo.

—¡Lo siento, es que no me esperaba... nada de esto!

—¿Y qué te esperabas? ¿Que aplaudiera mientras de autodestruías?

—No lo sé, Jack, eres un poco difícil de seguir.

—Tú sí que eres difícil de seguir —puso los ojos en blanco.
Me quedé mirándolo mientras él se pasaba los nudillos por los ojos.
—¿Qué? —preguntó.

—¿Cómo sabes que te estoy mirando?

—Es difícil no saberlo —me miró—. ¿Qué?

—Siento no haberte contado lo de Mike.

Su mirada era irritada, pero vi que se relajaba al instante. La sostuvo en mis ojos por unos segundos antes de asentir una sola vez con la cabeza.
—Siento haberme ido a casa de Vivian. Y haberme emborrachado.

—Y yo siento haber intentado irme. Y no hablarte en todo el día. Y...

—Lo pillo. Los dos sentimos muchas cosas.

—Pues eso.
—Sí. Eso.

—Exacto.

—Claro.

—Ya.

—Vale.

—Muy bien.

Silencio. Él esbozó media sonrisa.
—Bueno, ¿ya está?

—¿El qué?
—Esta pequeña crisis que hemos sufrido.

—¿No lo sabes?

—No he sufrido muchas crisis de pareja en mi vida que me interesara arreglar, Jen.

Lo miré con mala cara antes de encogerme de hombros.
—Yo diría que ya está, ¿no?

—Sí, eso me parecía.
Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Apoyé la mejilla contra la palma de su mano cuando me apartó un mechón de pelo. Siempre era el mismo estúpido mechón y durante toda mi vida me había molestado, pero ahora me gustaba porque era una excusa para que Jack me tocara.
No pude más y me incliné hacia él. Hacia sus labios, concretamente. Él movió la mano a mi nuca al instante, pero cuando estaba a punto de rozarlo, escuché la alarma de mi móvil.
Los dos nos giramos a la vez hacia él. Oh, no. El test.
Jack alcanzó mi móvil y me lo dio. Apagué la alarma. El corazón me latía a toda velocidad.
—No sé si quiero saberlo —murmuré.

—Pues te aseguro que yo sí. Acerca eso.

Tras considerarlo un momento, estiré el brazo y agarré la prueba. Me temblaba la mano.
—Una rayita es negativo. Dos es positivo —murmuré.

—Muy bien.
Noté su corazón también acelerado en mi espalda. Estaba tan nervioso como yo.
Contuve la respiración y, por fin, le di la vuelta.
Los dos nos quedamos mirando la prueba por unos instantes. No supe cómo sentirme. Bueno, sí, completamente paralizada. Al igual que él.
Pareció que ambos nos habíamos quedado sin habla hasta que Jack volvió a rodearme con un brazo y apoyó la mandíbula en mi hombro.
—Solo una —murmuró—. Jay tendrá que esperar para ver el mundo.

Solté todo el aire de mis pulmones y dejé caer la mano a mi regazo. Sentí que todos mis músculos se relajaban al instante en que apoyé la cabeza en la suya.
—Creo que no había estado tan aterrada en mi vida —murmuré—. Ni siquiera cuando rayé el coche de mi padre con la bicicleta y tuve que ir a decírselo.

Él se rio suavemente.
—Recuérdame que nunca deje que te pasees en bici al lado del mío.

—He mejorado, ¿vale? Era muy pequeña.

—Y ahora sigues siendo muy torpe.

—Idiota.

—Tu idiota.

Puse los ojos en blanco.
—Serás cursi.
—Yo seré muy cursi, pero tú estás ruborizada.

—No es verdad —me puse todavía más roja.

—Sí lo es. Y, aunque me encante esto, ¿podemos seguir hablando en algún sitio donde no esté sentado en el suelo? Me estoy quedando sin culo.

—¿Eh? Ah, claro.

Me puse de pie y lancé la prueba a la basura del cuarto de baño. Tendí una mano a Jack, que se puso de pie delante de mí.
—¿Ya estás mejor? —me preguntó.

—¿Tú qué crees?

—Que podrías estar mejor si termináramos de reconciliarnos. Hemos dejado el trabajo a medias.

Sonrió como un angelito y yo sacudí la cabeza, entre el agotamiento y la diversión.
—Ven aquí.

No lo pensó dos veces. Acortó la distancia entre nosotros y me besó en los labios.

CAPITULO 22

Miré de reojo a Jack, que estaba tumbado en la alfombra del salón con Jane. Ella estaba sentada y lo miraba fijamente, curiosa. Cada vez que Jack se quedaba en silencio, ella daba un manotazo al juguete que tenía delante, él fingía que se asustaba y Jane empezaba a reírse.
Y luego decía que los niños no se le daban bien...
Sue no dejaba de mandarles miradas de advertencia porque, cada vez que intentaba ponerse a leer, el ruidito del juguete hacía que diera un respingo. Vi que cerraba los ojos, implorando paciencia.
Will estaba en el otro sofá cambiando de canal, aliviado de no tener que cuidar de Jane por un rato.
—¿Y esta? ¡Es perfecta!

Me volví a centrar en Naya, sentada a mi lado, que señaló algo en la pantalla de mi portátil.
—Boda temática —leí, poco convencida.

—¡Sería genial! —me dijo ella, entusiasmada—. Podrías hacerla con temática de Disney. ¡Yo soy Cenicienta!

—Sue es el enano Gruñón —Jack sonrió ampliamente.
Ella hizo un ademán de lanzarle el libro a la cabeza y Jane empezó a reírse mientras Jack levantaba las manos en señal de rendición.
—¡Y tú podrías ser Bella! —me exclamó Naya.

—Entonces, Ross es la bestia —preguntó Will con una mueca.

—A ver —Naya se encogió de hombros—, es un poco bruto.
—Gracias, amiga mía —Jack enarcó una ceja.
—¡No lo decía para ofenderte, pero es que quedaría genial!
—Lo siento, Naya —negué con la cabeza—, pero no lo veo. No creo que sea mi boda ideal.

—Ni la mía —me aseguró Jack.

—¡Nunca os gusta nada de lo que os digo! —protestó ella, cruzándose de brazos.
—Es que no sé por qué estamos mirando tipos de boda por Internet —le dije, frunciendo el ceño—. Es decir, ¿quién demonios busca eso?

—¡Pues cualquier persona que quiera informarse de qué tipos de boda hay en el mundo!

—Como le diga a mi madre que va a tener que disfrazarse en mi boda, Naya, va a matarme delante de todos los invitados vestida de señora Potts.
—Menudo giro argumental tendría el cuento —murmuró Sue.

—¿Y por qué te complicas la vida? —me preguntó Will, haciendo que lo mirara—. Haz una boda normal. La ceremonia en una iglesia y el banquete en un restaurante. Y ya está.

Estuve a punto de sonreír cuando vi que Jack empezaba a reírse burlonamente, acercando el juguete a Jane, que lo había empujado con el pie.
—¿Una boda tradicional? ¿Quién demonios quiere eso hoy en d...?

Se cortó cuando Will se aclaró ruidosamente la garganta. Jack levantó la cabeza y la sonrisa desapareció cuando vio que lo miraba con mala cara.
—A parte de mí, claro —se llevó una mano al corazón—. Suena perfecta. Maravillosa. Es el sueño de mi vida.
Suspiré y negué con la cabeza.
—Jack, no me estaás ayudando mucho.

—¿Cómo que no? ¡Estoy distrayendo al monstruito!

Jane empezó a reírse como si quisiera confirmarlo. Jack la señaló, orgulloso.
—¿Lo ves?

—¡Con la boda!

—Ah, bueno, eso decídelo tú. Confío en tu buen juicio.

Me crucé de brazos.
—Sabes que también es tu boda, ¿no?

—Sí, gracias por recordármelo. A veces, se me olvida.

—¡Si te acordaras bien, estarías aquí sentado aportando ideas en lugar de dejármelo todo a mí!

—Eso, eso —Naya asintió con la cabeza.

Jack suspiró lastimeramente.
—A mí me da igual cómo sea la boda, Jen. Lo único que me importa es casarme contigo.
Me quedé en silencio. Especialmente porque Naya, a mi lado, soltó un ruidito parecido a un *snif* mientras se sorbía la nariz. Me estaba empezando a acostumbrar a ese sonido.
—Es que eso ha sido muy bonito —gimoteó, limpiándose las lágrimas.

—Qué cursis sois todos —murmuró Sue, asqueada.

Will, como siempre que teníamos una conversación sin rumbo, apagó la tele y se sentó, mirándome con una ceja enarcada.
—A ver... —empezó.

—Silencio, que se pare el mundo —anunció Jack dramáticamente—. La voz de la razón está a punto de pronunciarse.

—Oh, cállate —Will puso los ojos en blanco y volvió a mirarme—. ¿Por qué te molestas en organizarla tú? Ahora hay gente que lo hace por ti.

—Pero eso es carísimo —murmuré.

—Querida, tu prometido es rico —me recordó Sue.

Jack estaba poniéndole caras raras a Jane, pero se detuvo un momento.
—Ah, sí —sonrió ampliamente—. Es verdad. Soy rico.

—Bueno, es su dinero —aclaré, incómoda—. No puedo decidir en qué lo gasta y en qué no.

—Pero ahora también va a ser tu dinero —me dijo Jack, levantando y bajando las cejas—. Bienvenida al mundo de los ricos.

Me quedé en silencio un momento. No lo había pensado hasta entonces. Iba a tener dinero. Qué novedad en mi vida. Bueno... técnicamente no era mi dinero. Y sabía que seguiría sin querer gastármelo como si fuera mío. Y también sabía que Jack insistiría en que lo hiciera. Era muy pesado cuando quería.
—Pero... —Naya parpadeó hacia Jack—. ¿Tú cuánto dinero tienes?

Él se encogió de hombros y dejó de jugar con Jane, que seguía riendo.
—Ni idea.

—Ni idea —repitió Sue, incrédula—. Yo quiero ser así de rica.

—A ver, tampoco es tan importante. Solo es una cifra.

Will sonreía, divertido, ante nuestras caras de estupefacción. Jack simplemente parecía aburrido mientras bostezaba. Apoyó su cabeza en un puño y me miró.
—¿Quieres contratar a alguien que la organice?

—Eh... no lo sé.
—Si quieres, solo tienes que pedirme la tarjeta.
Naya casi babeaba a mi lado.
—¿Y si yo quiero comprarme algo?
—Lo siento —Jack le sonrió—, pero creo que tú no eres mi prometida.
—¡Pero lo gastaría mejor que Jenna!
—Y yo —aseguró Sue—. Si necesitas a alguien que lo derroche, ya sabes dónde acudir.
Negué con la cabeza, divertida. Vaya dos. Pero tenía que volver al tema de la boda.
—Antes de contratar a alguien, si es que lo contratamos., deberíamos tener una idea de cómo queremos que sea la boda... ¿no?
—¿De cuántas formas puede ser? —Jack puso una mueca.

—Jack, no solo es la forma, sino el lugar, y los invitados, y la comida, y la decoración, y la...

—Vale, vale —suspiró—. Lo pillo. Son muchas cosas.
Lo pensó un momento.
—¿No podemos hacerlo en casa de mi madre? Invitamos a viente personas, compramos una tarta en el supermercado y...

Naya le lanzó un cojín a la cara antes de que terminara. Él parpadeó, sorprendido ante su enfado repentino.
—¡No seas cutre! —le espetó—. ¡Eres malditamente rico, más te vale hacer una boda a la altura para que las fotos sean perfectas!

—Naya, cuenta hasta diez —le recomendó Will.

Ella siguió con un mohín hacia Jack, que le entrecerró los ojos.
—Tienes suerte de que no quiera maltratarte delante de tu hija, porque sino ya te habría lanzado ese cojín a la cara.

—Uy, qué miedo.

—¿Podemos centrarnos? —Will suspiró y me miró—. A ver, Jenna, ¿tú tienes alguna idea de... el lugar, por ejemplo?

Lo consideré un momento y me puse roja cuando me di cuenta de que sí tenía una idea. Una demasiado clara. Quizá le había dado más vueltas al asunto de la boda de las que querría admitir. Jack empezó a reírse cuando vio que me había ruborizado.
—Dime que no has reconsiderado lo de la fiesta con temática de Disney, por favor.

—No es eso. Y estamos hablando del lugar —le puse mala cara.

—¿Y qué tienes pensado? —preguntó Naya.

Me aclaré la garganta, incómoda.
—Bueno... suena un poco... mhm... raro. Pero...
—Esto se pone interesante —Sue cerró el libro, mirándome también.
Todos se quedaron en silencio, esperando a que siguiera hablando.
—Pero... siempre me ha gustado la idea de casarme en la playa.

Hubo un momento de silencio. Miré de reojo a Jack, que parecía un poco sorprendido.
—¿En la playa? —repitió.

—Sí... lo sé. Suena un poco raro...
—Admito que no me esperaba eso.
—Lo sé. Solo es una idea. Si no te gusta no tenemos que....
—¿Por qué en la playa? —me interrumpió Sue.

—Porque... no lo sé. La idea de una boda taaaan formal no me gusta. Es como... que en la playa podríamos estar más relajados. Y es mucho más cómodo en cuanto a vestuario, ¿no? Casi no hace falta ni llevar zapatos...

Me aclaré la garganta de nuevo, incómoda, cuando vi que todos me miraban en silencio.
—¿A lo hippie? —Naya puso una mueca de horro absoluto.
—Sí... —me ruboricé todavía más.
—P-pero... ¿se te ha ido la olla? ¿Qué...?

—Me encanta —la interrumpió Jack, sonriéndome solo a mí—. No se hable más. Una boda playera. A lo hippie.

Naya seguía pareciendo incrédula, pero Will sonrió ampliamente.
—Bueno, ahora solo os falta todo lo demás. Enhorabuena.

—Gracias por tanta positividad, Will.

—De nada —me dijo, divertido, poniéndose de pie—. Bueno, esta una conversación muy interesante, pero ya va siendo la hora del baño de una señorita.

Jane sonrió ampliamente y estiró los brazos cuando lo vio acercarse. Will la levantó y la sujetó con un brazo, llevándola al cuarto de baño. Naya suspiró y los siguió, aunque lo más probable era que solo fuera a quedarse a un lado de brazos cruzados. Unos días antes, Jane había estado a punto de resbalarse de sus brazos y ahora le daba miedo bañarla sola. Así que era otra tarea añadida para el pobre Will.
Jack se puso de pie con un suspiro y vino a sentarse a mi lado para mirar también el portátil. Yo ya había escrito "bodas de playa" y miraba fotos.
—¿Estás seguro que te gusta eso? —pregunté, echándole una ojeada—. No quiero obligarte a hacerlo. Es decir... también es tu boda.

—A mí me da igual cómo sea, ya te lo he dicho.

—Vamos, Jack. Seguro que tienes una idea de cómo te gustaría que fuera. Es imposible que no la tengas.

—Si fuera por mí, nos iríamos ahora mismo al ayuntamiento, firmaríamos un papelito y ya estaríamos oficialmente casados y felices como perdices.

Le di un manotazo en el hombro, divertida.
—Qué poco romántico eres.

—Aunque, claro, pensándolo mejor... —sonrió ampliamente, pasándome un brazo por los hombros y atrayéndome hacia su cuerpo.

—¿Qué? —lo miré, curiosa.

—...si hacemos una boda normal... querrá decir que también tendremos una noche de bodas.

Me puse roja como un tomate y él siguió imaginándoselo.
—Y la luna de miel, claro. Y ya te digo yo que sé cómo la pasaremos.

Iba a responder, pero me callé cuando escuché a Sue cerrar su libro y ponerse de pie, asqueada.
Se me había olvidado que estaba ahí.
—Bueno, tras tantas muestras de amor, ha llegado el momento de que vaya a vomitar al cubo de basura de mi habitación —sonrió irónicamente—. O a lanzarme por la ventana, no lo sé. Depende del frío que haga.

Negué con la cabeza, divertida, cuando se encerró en él y Jack me cerró la tapa del portátil, dejándolo en la mesita.
—¡Oye, estaba mirando eso!

—Venga, ahora estamos solitos, podríamos hacer algo más interesante que mirar fotos.

—¿Puedes dejar de pensar en eso, pervertido?

—¿Teniéndote tan cerca? No lo creo.

—¡Jack!
—¡Llevamos un mes peleados! ¡Tengo mis necesidades!

—¿Un...? ¡Solo estuvimos peleados unos pocos días! ¡Y eso fue hace dos semanas!

—Pues a mí me pareció un mes —sonrió como un angelito y me enganchó con un brazo por la cintura, sentándome en su regazo.

Lo miré con mala cara cuando me acercó un poco más y me puso las manos en las rodillas.
—¿Dónde quieres ir de luna de miel? —pregunté, curiosa, volviendo al tema.
—Tú te encargas de la boda, ¿no? Pues yo me encargo de la luna de miel.

—Pero...

—...y eso es todo lo que sabrás del tema.

Me crucé de brazos.
—¡Tengo derecho a saberlo!

—Y lo sabrás cuando tengamos que ir. No seas tan impaciente, querida Michelle.

—¡No me llames...!

No me dejó responder. Me puso una mano en la parte baja de la espalda para atraerme hacia él y pegó sus labios a los míos. Al final, le sostuve las mejillas con las manos y le devolví el beso. Jack estaba sonriendo cuando me separé.
—¿Qué? —pregunté, confusa.

—Nada —se puso de pie sin soltarme—. Vamos a trasladar esta bonita estampa familiar a la habitación antes de que vuelva Sue a cortarnos el rollo.

—Siempre pensando en lo mismo —puse los ojos en blanco.

—Como si tú no lo hicieras, pequeña pervertida —murmuró, transportándome como si no pesara nada.

—¡Yo no lo hago!

—Te recuerdo que el año pasado confesaste que habías tenido sueños húmedos, calientes e intensos conmigo. En los que era muuuucho mejor que tu novio.

—Yo no fui tan detallista, Jack.
—No hace falta. Yo añado los detalles por los dos.
Sonrió, divertido, y abrió la puerta con la mano libre. Al instante en que cerró, el olor a pintura me invadió la nariz y me di cuenta de que había dejado todas mis cosas en el suelo. Suspiré e hice un ademán de apartarme de Jack cuando se sentó en la cama conmigo encima. No me dejó.
—¿Dónde vas? —preguntó como un niño pequeño al que han quitado su golosina.

—A Mordor —puse los ojos en blanco—. Venga, suéltame un momento, pesado, tengo que recoger eso.
—¿Y tienes que hacerlo ahora?

—Sí.

—¿Y no...?

—No.

Suspiró dramáticamente y levantó las manos en señal de rendición. Por mi parte, me puse de pie y me agaché para meterlo todo de malas maneras de nuevo en su caja. Escuché que él volvía a suspirar para reafirmar su descontento y vi de reojo que agarraba uno de mis cuadernos.
—¿Puedo cotillear? —preguntó.

—Ya lo estás haciendo —murmuré, divertida.

—¿Me voy a encontrar algún dibujo de mi cara? —quiso saber, entusiasmado.
—Pues no.

—¿Y de alguna otra parte de mi anatomía? —preguntó en un tono mucho más interesado.

—¡Yo no dibujaría eso! —le dije, avergonzada.
—Pues si lo hicieras, serías una pintora famosa.

—No seas tan creído. No hay ningún dibujo tuyo.

—¿En serio? Yo creí que era tu musa.

—Eres mi pesadilla.

—Pues te vas a casar con tu pesadilla. En una playa. Descalza. A lo hippie. Enhorabuena, querida Michelle.

—¡¿Quieres dejar de llamarme Michelle?!

—Tú me has llamado *pesadilla.* Empate.

Escuché que pasaba las hojas y seguí recogiendo, pero me detuve cuando me di cuenta de que estaba callado. Muy callado. Especialmente para ser él, que no se callaba ni debajo del

agua. Dejé las cosas un momento para mirarlo, confusa, y vi que tenía el ceño fruncido mientras seguía pasando páginas, ahora más lentamente.
—¿Qué? —pregunté, intrigada.

—¿Esto es tuyo?

—No, Jack. Es de Sue. A veces me deja sus cosas para que se las guarde. ¿Tú qué crees?

Se volvió a quedar en silencio, pasando páginas hasta que terminó el cuaderno y lo cerró con una mueca. Fruncí el ceño.
—¡Me estás poniendo nerviosa, di algo!

—Es que... es decir... es bueno —me miró—. Realmente bueno.

Me quedé en silencio un momento antes de cruzarme de brazos.
—¿Puedo preguntar a qué viene ese tono sorprendido?

—A que... no sé... sabía que se te daba bien, pero no tanto. Esto es muy bueno, Jen, en serio.

—Bueno... he estado practicando —me puse roja cuando insistió en que estaba haciendo algo bien. No estaba acostumbrada a tanto halago—. Tampoco es para tanto.

—Sí lo es. Deberías venderlo.

—Sí, claro. Seguro que fuera hay una cola de gente esperando para comprarlo...

—Pues no. Pero podría hablar con Joey y...

—Jack, déjalo —le quité el cuaderno y lo lancé al montón en el que tenía las otras cosas—. Tenemos cosas que hacer. Se me había olvidado. Le dije a mis padres que los llamaríamos.

—¿Ahora? ¿No teníamos cosas que hacer?

—Son casi las nueve. ¿A qué hora quieres que los llame? Venga, ven.
—Esto no es justo, Jen.

—La vida no es justa, lo siento.

Escuché que me seguía hacia el salón. Seguía estando vacío, así que me dejé caer en el sofá y busqué a mis padres en Skype. Jack se sentó a mi lado, bostezando otra vez. Esos días había vuelto a pasar mucho tiempo con el equipo de su película y muchas veces venía tarde y cansado, por lo que dormía pocas horas. Pobrecito.
Me miró, pasándose una mano por el pelo perezosamente.
—¿Y qué íbamos a decirles?

Lo miré, divertida.
—¿Tú qué crees?
—No lo sé. Cuando me dejas con las ganas, me cuesta concentrarme.

—Jack, vamos a decirles que nos casamos. Más que nada, porque son mis padres. Y mis hermanos.
—Si ya lo saben, ¿no?

—No. Solo saben que querías pedírmelo.
—No has vuelto a casa con las maletas hechas —enarcó una ceja—. Seguro que suponen que la cosa ha ido bien.

Sacudí la cabeza, divertida, dándole con el hombro al suyo mientras esperaba a que mis padres respondieran. Seguramente les llevaría un rato teniendo en cuenta su enemistad con la tecnología. A no ser que mis hermanos los ayudaran.
—¿Y qué hay de tus padres? —le pregunté.

—Mi madre ya lo sabe —frunció el ceño—. Y mi abuela. Se lo dijimos juntos, ¿no te acuerdas?
—No me refiero a eso, Jack.
Él me observó unos segundos y vi el momento exacto en que lo comprendía y su mirada se enfriaba.
—No voy a hablar con él —aclaró.
—Es tu padre —le recordé—. Tiene derecho a enterarse por ti.

Él suspiró, mirando la pantalla de espera.
—¿Por qué quieres contárselo después de todas las idioteces que te dijo?

—Porque sigue siendo parte de tu familia. Y pronto tu familia será la mía, por lo que también será parte de la mía.
—Tú no tienes por qué tener nada que ver con él —me dijo en voz baja.

—Jack...

—Y ser parte de mi familia no hace que se convierta automáticamente en mejor persona.

—Jack, no creo...

—Además, está ocupado con el divorcio. Seguro que ni se entera hasta dentro de cinco años. Un problema menos.

Estuve a punto de decir algo, pero escuché las voces de mis padres discutiendo y me di cuenta de que acababan de conectarse.
—¡Que no era ese botón, era el rojo! —le gritaba mamá a Spencer.
—¡¿No veis que ha funcionado?! —él parecía estar a punto de matarlos.

—¡No ha funcionado porque yo no oigo a la niña! —le dijo papá, indignado.

—¡Si la tenéis en la maldita pantalla!
—¿Qué pantalla?

—Hola, papá. Hola, mamá —murmuré, avergonzada.

Jack, a mi lado, intentaba no reírse con todas sus fuerzas. Yo sentí que se me encendían las mejillas. ¿Por qué solo hacía esas cosas mi familia?
Papá y mamá nos vieron por fin.
—¡Jenny! —exclamó mamá, entusiasmada—. ¡Puedo verte!

Sonny y Steve se reían a carcajadas detrás de ellos mientras Spencer suspiraba.
—Sí, mamá, bienvenida al siglo veintiuno. La tecnología a avanzado mucho.
—Sí, ahora tenemos pequeños aparatos llamados "portátiles".

—Sirven para enviar señales al espacio y destruir planetas.

—Y civilizaciones extraterrestres.

—¡Callaos ya! —perdí la paciencia.

—Oye, yo tengo cosas que hacer —me dijo Sonny, asomándose entre nuestros padres—. ¿Tienes algo que decir o solo estamos aquí para ver tu cara fea?
—Y la mía —Jack sonrió ampliamente.
—¡Oh, querido! —mamá pareció entusiasmada—. ¿Cómo estás?
—¿En serio? —le puse mala cara—. ¡A mí ni siquiera me has saludado!

—A ti ya te tiene muy vista —me dijo papá tranquilamente.

—Vaya, muchas gracias.

—Bueno —Steve intervino—, ¿y por qué no habéis venido a vernos? ¿Tu novio no es rico, Jenny?
—Steve... —me puse roja como un tomate.

—Podríais comprar un jet privado o algo así —murmuró Sonny.

—Y perderlo en algún lugar con Jenny dentro —añadió Steve, sonriendo maléficamente.

—No querrá sacrificar un jet privado por Jenny.

—Es verdad, el jet es demasiado valioso.

—¡¿Os queréis callar?! —perdí la paciencia otra vez.

—Eso, dejad que hablen —les chistó mamá antes de girarse hacia nosotros con el entusiasmo en los ojos—. ¿Y bien?

Su sonrisa amplia me daba a entender que ya sabía por dónde iba la cosa.
—¿Qué tal el... ejem... *asuntillo*? —levantó y bajó las cejas—. ¿Puedo ir comprándome un vestido bonito?

Mis hermanos la miraron con una mueca de confusión mientras papá ponía los ojos en blanco.
—Qué bien disimulas, querida.

—¿Alguien puede explicar algo? —preguntó Spencer.

Miré a Jack, que se lo estaba pasando en grande, y suspiré.
—En realidad... —sonreí felizmente—. Queríamos deciros que vamos a casarnos.

Hubo un momento de silencio. Papá sonreía como si ya lo supiera. Mamá parecía que iba a llorar de felicidad. Y mis tres hermanos tenían la misma mueca de confusión. Exactamente la misma. Daban miedo.
—Espera —Spencer volvió a la realidad, parpadeando—, ¿tú? ¿Te casas? ¿Con alguien?

—Conmigo, concretamente —aclaró Jack.

—Entonces, su habitación es oficialmente nuestra, ¿no? —Sonny sonrió ampliamente.

—¡Por fin! —Steve aplaudió.

Mamá se giró con la indignación en la cara y les dio un golpe a ambos en la nuca. Los dos la miraron, sorprendidos.
—¡Mamá! —protestó Steve.

—¡Este es un momento precioso! ¡El próximo que se atreva a estropearlo, va a dormir en el patio trasero esta noche! ¿Está claro?

Ellos dos la miraron, perplejos, pero asintieron con la cabeza. Mi madre volvió a girarse hacia nosotros con una sonrisita de angelito.
—¡Estoy muy contenta por vosotros! —nos aseguró—. Oh, querido, me alegro que seas tú quien se casa con nuestra niñita. Sé que no es fácil de aguantar...

—Mamá... —mascullé, avergonzada.

—...pero es una buena chica —añadió—. Si intentas ver solo lo positivo, al final compensa todo lo demás.

—Por Dios... —suspiró Spencer.

Y estuvimos hablando con ellos durante un rato más y la verdad es que mi familia pareció bastante feliz con la noticia. Shanon había decidido decírselo ella a Owen porque él seguía sin aceptar demasiado bien a Jack, así que por esa parte nos podíamos olvidar.
Pero... seguía estando el padre de Jack.
Él cerró el portátil cuando terminamos y se levantó, estirándose perezosamente.
—Hoy me apetece cocinar —murmuró—. ¿Quieres comer chili picante?

—¿Cómo lo has adivinado? —ironicé.

—No te mereces que te prepare mi chili. No sabes apreciarlo como se merece.

Y, claro, lo preparó igual, el muy pesado.
Las caras de horror de Will, Naya y Sue cuando volvieron por el pasillo y lo olieron hicieron que tuviera que contener la risa.

KTRJ

***

Subí las escaleras distraídamente para hacer un poco de ejercicio extra. La música seguía sonando por los auriculares cuando entré en casa y dejé las dos bolsas que había traído del supermercado en la barra de desayuno.
Naya y Will volvían a estar en el pediatra con Jane, de Sue no sabía nada y Jack estaba otra vez con Joey, así que tenía la casa para mí. Subí el volumen y seguí colocando las cosas.
Sin embargo, no llevaba cinco minutos cuando vi por el rabillo del ojo que la puerta principal se abría. Jack me sonrió ampliamente y yo le devolví la sonrisa, pero me detuve un poco cuando vi que estaba hablando con alguien. Me quité los auriculares, curiosa.
—...te he dicho.

Él se detuvo junto a la barra de la cocina y vi que Joey lo seguía. Ella me dedicó una sonrisa radiante cuando bajó los ojos a mi anillo.
—Mi chica favorita —anunció.

—¿Yo? —pregunté, confusa.

—Has conseguido que el cabezota de tu prometido haga su trabajo sin protestar demasiado. Eso te convierte en mi chica favorita —me aseguró, suspirando—. Felicidades por el compromiso, por cierto.

—Gracias —sonreí, pero seguía un poco confusa por su presencia—. ¿Quieres algo? ¿Un vaso de agua o...?

—No, gracias.

—En realidad —Jack me sonrió como un angelito—, está aquí porque le he hablado de tus dibujos.

Me quedé mirándolo un momento, paralizada. Él tenía una expresión un poco precavida. Porque yo le había pedido explícitamente que no lo hiciera.
—Jack... —empecé.

—Solo quiero verlos —me aseguró Joey—. ¿Qué tiene eso de malo?

—Exacto, Jen, ¿qué tiene de malo?

Le dediqué una mirada de advertencia y su sonrisa se amplió.
—¿Puedo ir a buscarlos?

—No.

—Genial, ahora vuelvo.

Me crucé de brazos cuando fue a la habitación felizmente y volvió poco después con mis tres cuadernos. Menos mal que no sabía dónde estaban los lienzos.

Admito que estaba un poco nerviosa cuando vi que Joey agarraba uno y empezaba a ojearlo. Su expresión era mortalmente seria y centrada, cosa que solo aumentó mis nervios. Jack me dedicó una sonrisita y le puse mala cara. Ya hablaría con él.
—Mhm... —murmuró Joey, cerrando el primero y agarrando el siguiente.

—¿Mhm? —repetí, confusa.

Me chistó y yo me puse roja mientras Jack se reía. Ella siguió pasando páginas y llegó al último cuaderno. Cuando lo terminó, lo dejó con los demás y me miró, todavía seria. Yo tragué saliva.
—No pasa nada —me encogí de hombros—. No me ofenderé por...

—¿Y por qué ibas a ofenderte? —enarcó una ceja—. Me han gustado.

Puse una mueca, un poco perdida.
—¿Sí?

—Sí.

—¿Y... por qué... estás tan seria?

—Ah, perdón —sonrió, repentinamente feliz—. Es la costumbre. Tengo que parecer seria cuando tenemos una reunión importante. Sí, me han gustado. Tenías razón, Ross. Es buena.

—¿Lo ves? —él negó con la cabeza—. Al final, siempre tengo razón.

—Sigue repitiendo eso hasta que te lo creas —le dije, cruzándome de brazos.

—Vas cayéndome cada vez mejor —me murmuró Joey, volviendo a mirar uno de los cuadernos—. Sí, definitivamente podemos trabajar con esto.

—¿Trabajar? —repetí.

—Y no será muy difícil posicionarla. Podríamos usarte a ti como cebo, Ross. O incluso a tu madre.

—No es mala idea —murmuró él.

—¿De qué demonios estáis hablando? —pregunté, intentando no morir ignorada.

—Queremos vender tus dibujos —me dijo Joey.

Entreabrí los labios, perpleja.
—¿Eh? ¿A quién?

—A quien quiera comprarlos —ella se rio.

Miré a Jack y me di cuenta de que se habían quedado en silencio porque esperaban una respuesta.

—¿Y alguien querría comprar… eso?

—¿Por qué no? Son buenos. Y eres una artista nueva —me dijo Joey—. Eso siempre suma puntos. Todos los ricos quieren el poder de decir, en el futuro, que fueron los primeros en invertir en artistas famosos.

—¿Artistas… famosos? —seguía sin procesar lo que me decían.
—Además, podemos usar la imagen de Ross para promocionarte —añadió con toda la seguridad del mundo—. ¿Quién no querrá ver lo que ha pintado la futura esposa del director del momento?

—Yo… —empecé a agobiarme solo con pensarlo—. No sé… es decir…

—Bueno, piénsalo —Joey se puso de pie—. Yo hablaré con unos colegas que tengo en el mundo del arte para informarme mejor, ¿vale?

—Sí, pero…

—Ahora, tengo que irme —suspiró y miró su móvil, que estaba vibrando—. Maldita sea, ya llego tarde.

Y, sin decir una sola palabra más, fue directa a la puerta y nos dejó solos. Yo miré a Jack, que había rodeado la barra para acercarse a mí. Sin embargo, se detuvo a una cierta distancia de seguridad porque no sabía cómo iba a reaccionar.
—No tienes que decir que sí —me aseguró—. Solo quería que vieras que tienes esa opción.

—¿Lo de… vender todo eso?

—Te dije que era bueno. Y Joey no te habría dicho que lo es si no lo creyera, te lo aseguro.

Como vio que me quedaba en silencio, decidió seguir hablando.
—Además, ya he firmado el contrato de la película y no empezaremos a rodar hasta el año que viene. Todavía están en procesos de casting y todo eso… Joey va a tener tiempo libre. Igual incluso puede ser tu representante y todo eso…

Frunció un poco el ceño cuando vio que seguía en silencio.
—Vale, ¿vas a decir algo? Porque me siento como si estuviera hablando solo. Es un poco raro.
—Yo… no… —reaccioné por fin—. No lo sé, no me lo esperaba.

—¿Y eso quiere decir que estás enfadada? ¿O contenta? —enarcó una ceja, intrigado—. ¿O… algo?

—Estoy… sorprendida.

—Sorprendida —repitió, poco convencido.

—¿De verdad crees que… puedo vender algo?

—Claro que sí. Creo en ti.

Eso me caló más hondo de lo que admitiría jamás. Apreté los labios cuando se me formó un nudo en la garganta. Él parpadeó, sorprendido.
—¿Vas a llorar? —parecía que iba a entrar en pánico—. ¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal? No quería...

—No es eso, idiota.

—Ah —arrugó la nariz—. ¿Y qué es?

—Es que... no estoy acostumbrada a que alguien crea en mí.

Se detuvo un momento, sorprendido. Tardó unos segundos en reaccionar. Después, me dedicó una sonrisa tierna y acercó a mí, poniéndome una mano en la nuca.
—¿Es cosa mía o te has puesto en modo sensiblero, Mushu?

—Estoy tan sensiblera ahora mismo que voy a pasar por alto que me has llamado Mushu.

Empezó a reírse, divertido.
—Bueno, supongo que eso significa que puedo dejar que Joey haga su magia con tus dibujos, ¿no?

—Supongo...

—Genial —parecía más entusiasmado que yo—. A ver si así empiezas a pintarme a mí.

—¿Por qué quieres que te pinte?

—Verme a mí mismo a través de tus ojos sería interesante.

Puse los ojos en blanco.
—Prefiero que no te veas a través de mis ojos.

—¿Por qué no?

—Porque es lo último que necesita tu ego.

Sonrió ampliamente.
—Mi ego ahora mismo se siente muy halagado.

Se inclinó hacia delante y yo me eché hacia atrás al instante en que me acordé de un pequeño detalle.
—Por cierto, he estado mirando playas, planes... todo lo de la boda —le dije— y todo el mundo recomienda que esperemos a que haga más calor.

—¿Qué? ¿Y eso cuánto tiempo es?
—Pues... quizá podríamos casarnos en junio.

—¡¿Tanto tiempo?! —pareció horrorizado—. Yo quiero casarme ya.

—Jack...

—Deberíamos hacerlo antes de diciembre. No hará tanto frío.

—Definitivamente, vamos a hacerlo después de diciembre.

—¿Por qué quieres esperar tanto? —puso una mueca.

—¡Porque no quiero que se ponga a llover en medio de la ceremonia!

—Yo sí. Se te transparentaría el vestido.

—¡Jack, mis padres estarán ahí!

—Bueno, pues que no miren. Ya miraré yo, no te preocupes.

—Lo digo en serio.

—Vaaaaale —suspiró—. ¿Y cuándo lo hacemos? ¿En febrero?
—En febrero hace frío.

—Sí, pero en una playa que hay cerca de aquí se hace eso de los farolillos en febrero y queda muy profundo y significativo y todas esas mierdas.

—¿Que se hace qué?

—La gente va a la playa a encender esos farolillos de papel y los hace volar. A mi madre le encanta. Siempre nos llevaba a hacerlo cuando éramos pequeños. Lo llaman las luces de febrero o algo así.

—¿Y podemos ir a verlo? —me ilusioné—. Aunque la boda la haremos más adelante.

—Lo digo porque podemos hacerlo nosotros en la boda, tonta —puso los ojos en blanco.

—Oh —lo miré como si le hubiera salido una segundo cabeza—. Un momento, ¿has colaborado con lo de la boda? ¿Te encuentras bien? ¿Tienes fiebre?
—Muy graciosa. Esa es la única aportación que voy a hacer.

—Muy bien, pues nos casamos en... abril.

—Pues en abril. ¿Qué día?

—¿Tenemos que decidirlo ahora?

—¿Por qué no?

—Pues... el quince. Nuestro mesiversario.

—No me seas básica, Mushu.

—Pues el dieciséis —le puse mala cara—. ¿O ese tampoco le parece bien al señorito?

—No —sonrío—. El dieciséis de abril. Es perfecto.

CAPITULO 23

—¡Jane! ¡AAAAAAAH! ¡PARA! ¡PARA, PEQUEÑO DEMONIO!
Parpadeé, sorprendida.
—¡Naya! —fruncí el ceño—. ¡Cálmate, me has asustado!

—¡Es que la maldita niña no me hace caso, JODER! ¡CÁLLATE YA, DEJA DE MOVERTE!

—¡Que no digas palabrotas!

Ella suspiró, frustrada, y dejó de intentar cambiarle el pañal. En realidad, solo tenía que ponerle el nuevo. Pero su hija no dejaba de retorcerse con una sonrisa malvada.
Decidí acercarme antes de que la matara y Naya se apartó como si lo hubiera estado pidiendo en silencio. Jane sonrió como un angelito al instante y dejó que lo hiciera sin problema.
—Creo que le caigo mal a mi hija —masculló Naya detrás de mí—. ¿Puedo caerle mal? ¿O no es posible?

—Naya, no digas tonterías. Te quiere mucho.

—Lo dudo —murmuró Sue desde el sillón.

—¿Lo ves? ¡Incluso la antisocial de Sue se ha dado cuenta!

—Creo que el término que buscas es *asocial*! —aclaró ella tranquilamente.

—¿A ti quién te ha metido en la conversación? —protestó Naya.

—Yo solita. Gracias.

Naya la miró un momento antes de suspirar.
—Me quiero morir. Soy una madre horrible.

—No digas eso —levanté a Jane con un brazo y ella se acomodó en mi pecho—. Solo es un pañal, no es para tanto.

—¡Sí lo es! Todo lo hace Will. Soy una madre horrible —repitió e hizo un mohín—. Incluso ella, siendo un bebé, lo sabe.

—Es un pañal —repetí, sacudiendo la cabeza—. Por Dios, Naya, si se pone a llorar cuando estás cinco minutos sin ella.

Ella dejó el mohín a un lado.
—¿Sí?

—Claro que sí. Eres su madre.

—Oh...

Esbozó una pequeña sonrisita orgullosa. Qué fácil era consolarla.
—Venga, ve a llevarla a la cuna —se la devolví, divertida—. Es tarde.

—Sí, eso haré —dijo felizmente—. ¡Vamos, ven con mami!

Puse una mueca cuando vi que se iba tambaleando a la niña de un lado a otro sin mucho cuidado. Sue suspiró desde el sillón cuando me acerqué a ella.
—¿Seguro que no quieres venir? —le pregunté.

Íbamos a ir a una de las famosas fiestas de Lana y Sue había dejado claro que no iba a acompañarnos. De hecho, había sido la excusa perfecta para que Naya y Will pudieran venir sin dejar a su hija sola. Ahora, él y Jack estaban arriba fumando y hablando de sus cosas. Es decir, de nosotras, porque, si no, me habrían dejado ir con ellos.
De todos modos, me senté al lado de Sue y la miré. Ella negó con la cabeza.
—No me apetece —murmuró, cambiando de canal.

—Creo que es la primera vez que no quieres venir a una fiesta.

Puso los ojos en blanco.
—No quiero ir.

—¿Estás bien?

Me dedicó una mirada de advertencia.
—No me molestes.

—Solo te pregunto si estás bien.

—No es problema tuyo, pesada. Ve a molestar a tu futuro marido.

—Mi futuro marido soporta que lo moleste todo el día, así que te toca un poco a ti. ¿Estás bien o no?

—Me ha venido la regla y no me apetece salir de mi mantita porque me da la sensación de que me explotará un ovario si me muevo, ¿vale? —suspiró—. Que hay que contártelo todo.
Sonreí, divertida, e hice un ademán de apoyarme en un cojín, pero ella ahogó un grito y me detuve de golpe, asustada.
—¡¿Qué?!
—¡Mi cojín! ¡TEN CUIDADO!

Me lo quitó y lo abrazó como si fuera su tesoro más preciado. Suspiré.
—Lo siento.

—¡Un lo siento no hará que pueda volver a colocarlo bien!

—Sue, yo no...

—Maldita sea —murmuró, intentando amoldarlo con la mano tal y como estaba antes.

La miré un momento, confusa, antes de tragar saliva.
—¿Puedo preguntarte algo, Sue?

—No.

Se dio cuenta de que la estaba mirando con mala cara y apretó los labios.
—¿Qué? —me espetó secamente.

—¿Por qué... por qué tienes esa necesidad de que las cosas estén colocadas... a tu manera?

Se detuvo un momento para mirarme con una ceja enarcada.
—Eres la persona que me lo ha preguntado de forma más suave —murmuró—. Will quiso saber por qué estaba obsesionada con los platos sucios, Ross me dijo que dejara de berrear cada vez que movía algo y Mike me preguntó directamente si estaba loca.

Sacudí la cabeza. Qué comprensivos.
—Es complicado —añadió, respondiendo a mi pregunta.

Sonreí ampliamente, acercándome. Ya podía oler el cotilleo jugoso.
Sue tiene razón. Eres una pesada.
—Entonces... ¿hay un por qué?
—No te apoyes ahí.

Era como si pudiera verme sin girarse en mi dirección. Suspiré y volví a sentarme correctamente.
—No vas a irte hasta que te lo cuente, ¿no? —mascculló, todavía amoldando el cojín.

—Efectivamente.

—Pues qué bien.

—Pues ya puedes contármelo.

Suspiró y colocó el cojín con sumo cuidado.
—No sé si te esperas la historia más interesante del universo —me dijo—. No lo es.

—Me valdrá cualquier cosa. Apenas sé nada de ti.

—Ni hace falta que lo sepas.

—¡Sue!

—¡Vale! —se exasperó—. Verás, cuando era pequeña, mis hermanos y yo...

—Espera, ¿tienes hermanos?

—Siete.

Abrí los ojos como platos. Ella frunció el ceño.
—¿Qué?

—¿Si... siete?

—Sí. Todo chicos.

—Whoa, eso debía ser... eh... interesante.

—No. Era una mierda.

Puse una mueca cuando vi que no iba a seguir.
—¿Y por qué nunca he visto a ninguno de ellos?

—Porque no me hablo con ninguno.

—¿Con ninguno? —repetí, incrédula.

—Bueno, más bien no hemos vuelto a hablar por las circunstancias. Tampoco es que nos llevemos fatal.

—¿Qué circunstancias?

—Cuando yo era pequeña, dormía con cuatro de ellos en la misma habitación. No podía controlar nada de lo que hacían ahí. Y te aseguro que no eran nada limpios. Empecé a obsesionarme con los gérmenes y con el orden. Se burlaban de mí, pero que les den. Al menos, ya no tengo que verles las caras feas otra vez.

Pensé en algo que decir, pero se me adelantó.
—Mi padre encontró a una mujer con dinero y se casó con ella —aclaró—. Por eso pude venir aquí. Bueno, mi padre no se casó con ella por el dinero. Creo. Digo yo que sería por amor. Me da un poco igual, la verdad. Pero, como me deja el dinero a mí... pues eso que me llevo.

—Oh.

Seguía sin saber qué decir. Se encogió de hombros.
—Ya te he dicho que no era una gran historia.

Ella volvió a centrarse en sus cosas y escuché la puerta de la entrada abriéndose. Las voces de Jack y Will se acercaron. Especialmente cuando el primero pasó por encima del sofá y se dejó caer a mi lado, sonriente. El cojín de Sue rebotó contra el suelo y vi que ella cerraba los ojos un momento, implorando paciencia.
—¿Ya estás lista? —me preguntó Jack, repasándome de arriba abajo con los ojos—. Vale. Estás lista. Muy lista.
—Dudo que Naya lo esté —aclaré, mirando a Will.

—Menuda novedad —murmuró Sue.

Will fue directo a la habitación a buscarla. Sue aprovechó para guardar el cojín en su sillón.

—¿De qué hablabais tanto rato? —quise saber, entrecerrando los ojos hacia Jack.

—Hay que contártelo todo, ¿no?

—¿Lo ves? —murmuró Sue.

—Oh, callaos. Solo era curiosidad.

—Lo tuyo no es curiosidad, Jen. Es chismoseo.

—Dudo que esa palabra exista.

—Sí existe. Acabo de inventarla.

Sonrió mientras yo ponía los ojos en blanco descaradamente. Sue se limitó a sacudir la cabeza.
Para mi grata sorpresa, Naya y Will volvieron rápidamente y nos despedimos de Sue, que nos hizo un gesto vago para decir adiós. Subimos al coche de Jack y él condujo tranquilamente hacia la residencia de Lana. Estaba tan llena como de costumbre. Will fue el primero en abrirse paso entre la gente. Menos mal que Naya me enganchó con un brazo para que no me perdiera entre la multitud.
Will sacó una botella de ron de la nevera y yo agarré una cerveza sin alcohol para solidarizarme con el pobre Jack, que le puso a la suya una mueca de asco.
—¿Seguro que no...?

—No —lo corté.

Me miró con mala cara.
—A veces, pareces mi madre.

—A veces, pareces un niño pequeño. Estamos en paz.

Sonrió, divertido, mientras vio que yo buscaba algo con la mirada.
—¿Qué buscas tanto, pequeño saltamontes?

—Algo para abrir esto —le enseñé la botella.

—Qué pocos recursos tienes. Dámelo.

Vi que le daba un golpe con su botella encima de la tapa y luego la aflojaba, devolviéndomela. Naya y Will me miraban de reojo y no lo entendí, pero abrí la botella igual.
Al instante, vi que la espuma subía a toda velocidad y tuve que apartarme para que no me diera a mí. Solté un gritito de sorpresa mientras esos tres idiotas se reían a carcajadas.
Qué poco has ido de fiesta, chica.
Podéis tener claro que intenté vengarme de Jack durante toda la noche.
Bueno, no sirvió de mucho. No tuve muy buenos resultados.
Como siempre.

Ya había desistido en mis intentos cuando dejé de bailar con Naya por un rato. Los chicos se habían perdido en la multitud y nosotras nos habíamos encontrado con Lana, Curtis y Chris. El pobre Chris parecía completamente fuera de lugar en esa fiesta. Miraba a su alrededor con cierto temor. Era obvio que solo había ido por Curtis.
Bailé con ellos durante casi una hora hasta que sentí que no podía más —las botas eran la principal causa, pesaban bastante— y me hice a un lado, abanicándome con la mano. Vi a Jack y Will hablando con unos amigos a lo lejos y le dediqué una sonrisa al primero. Él, encantado, dijo algo a sus amigos y empezó a acercarse mientras yo me dejaba caer en una silla, agotada.
Sin embargo, fruncí el ceño cuando vi que se detenía abruptamente, mirando a mi lado.
—Jennifer.

Levanté la cabeza, extrañada. Esa voz me resultaba familiar.
Entonces, vi unas piernas bronceadas, un vestido corto, unas curvas escandalosas y un pelo dorado enmarcando una cara que no me gustó nada. Especialmente por la pequeña sonrisa de sus labios.
—Vivian —la saludé un poco más frívolamente de lo que pretendía.
Ella no borró su sonrisa, claro.
Miré a Jack y vi que se había recuperado del primer susto, pero cuando intentó venir, un grupo de gente le pasó por delante y se lo impidió. Algo en su mirada no me gustó. ¿Por qué estaba tan asustado?
Me levanté para ir hacia él y la mano de Vivian me sujetó del codo. La miré, sorprendida.
Dime que no te ha tocado, que la mato.
Calma, conciencia.
De todos modos, me aparté de ella, que se limitó a sonreírme de nuevo. ¿Qué le pasaba a esa con las sonrisas?
—¿Ya te vas? Si no he podido decirte nada.

—¿Y qué tienes que decirme? —pregunté, extrañada.

—Bueno, pasaré mucho tiempo con tu futuro marido. Lo mejor sería que nos conociéramos un poco más, ¿no?

No me gustó la forma en que dijo lo de "futuro marido". No me gustó en absoluto.
—¿Por qué vas a pasar mucho tiempo con él? —fruncí el ceño.

—¿No te lo ha dicho? Vuelvo a ser la protagonista de su película.

Intenté que no me afectara. Juro que lo intenté. Pero no pude evitar echar una ojeada enfadada atrás. Jack seguía intentando llegar a mí. Vi que Will se daba cuenta de que algo iba mal y se acercaba a él, pero volví a darme la vuelta cuando Vivian se aclaró la garganta.
—Sé que eso de estar en una fiesta universitaria no pega mucho conmigo —añadió, sonriendo—. Lo de que te puedan hacer fotos borracha no da muy buena reputación. La vida de un famoso no es tan sencilla, ¿sabes? Pero quería hablar contigo.
—Claro —mascullé—. Oye, mira, tengo que...

—¿No estás enfadada conmigo?

Había hecho un ademán de levantarme, pero me detuve ante esa pregunta y la miré con una ceja enarcada.
—¿Yo?

—Sí. Después de todo, hicieron fotos a tu prometido saliendo de mi casa hace poco, ¿no te acuerdas?
Sí, el día en que habíamos discutido. Me acordaba. Y también me acordaba de mi hermana llamándome y preguntándome si tenía que matar a Jack de mi parte.
Era difícil olvidarse de eso, la verdad.
—Está olvidado —dije de todas formas.

—Oh, ya veo —se acomodó en la silla y repiqueteó una uña roja contra su rodilla—. Debes confiar muchísimo en Ross. No cualquiera perdonaría algo así.

—Confío en él —le dije secamente.

—¿Estás segura?

—¿Vas a cuestionar si confío en mi futuro marido?

—Oh, no —dijo enseguida, llevándose una mano al corazón—, solo... me pregunto ciertas cosas.

La miré de reojo.
—¿Qué cosas?

Sonrió como si estuviera ganando y me arrepentí de haberlo preguntado.
—Cositas —dijo sin borrar esa estúpida sonrisa—. No viniste a la premiere, ¿verdad?

—Era mi cumpleaños.

—Lo sé.

Fruncí el ceño al instante.
—¿Lo sabes?

—Sí —me aseguró.

No supe qué decir.
—A veces, me pregunto hasta qué punto lo conoces.

Al ver mi cara de confusión, puso expresión de lástima.
—A Ross, querida. Me pregunto hasta qué punto conoces a Ross.

—Perfectamente —le dije, irritada

—¿En serio?

Vi que Jack se acercaba a tanta velocidad como podía sin echar a correr seguido de Will y me puse de pie. Vivian, a mi lado, hizo lo mismo. Estaban todavía a unos metros cuando noté que me sujetaba el brazo y se inclinaba hacia mí. La miré, extrañada, y vi que no despegaba los ojos de Jack al hablarme en voz baja.
—¿Has visto su película, Jennifer?

Entreabrí los labios, confusa, pero en ese momento Jack llegó a nuestra altura y sentí que la mano de Vivian desaparecía de mi brazo al mismo momento que la de él tiraba del otro, atrayéndome a su lado. Parecía tenso. Muy tenso.
Miré a Will en busca de ayuda, pero él también parecía un poco perdido.
—¡Ross! —exclamó Vivian—. ¿Cómo est...?

—¿Qué le has dicho?

Me sorprendió el tono de voz tan agresivo que usó. Estuve a punto de dar un paso atrás, pero seguía sujetándome. Y Vivian ni había parpadeado.
—Nada importante. Solo hemos tenido una charla de chicas.

Jack me miró y vi que el enfado se sustituía por inseguridad. Solté mi brazo, extrañada, y di un paso atrás. Vi que Vivian aprovechaba y se acercaba a él. Se me apretaron los puños inconscientemente cuando le puso una mano en el hombro. Pero no por el hecho en sí, sino porque era obvio que no era la primera vez que lo hacía. Demasiado obvio.
Él me miró de reojo con los dientes apretados, pero volvió a centrarse en Vivian cuando ella se inclinó un poco más hacia delante.
—No sé qué quieres, pero este no es el momento ni el lugar —le dijo bruscamente.

Ella sonrió.
—Solo hablaba con Jennifer de lo divertida que fue tu visita a mi casa.

—Vivian, no...

—Pero... se me ha olvidado mencionar que te dejaste esto.
Mis ojos fueron inmediatamente atraídos a la mano de ella. Tenía algo en su puño y no se desprendió de ello hasta que sujetó la mano de Jack y se lo puso en la palma. Ver sus manos unidas hizo que se me revolviera el estómago.
Pero no fue nada comparado con lo que sentí cuando vi que lo que le había dejado en la mano era una pequeña bolsita llena de algo parecido a polvo blanco.
Entreabrí los labios, paralizada, y miré a Jack. Vi que él se había quedado pálido, pero no me devolvió la mirada. En su lugar, cerró los ojos por un momento y Vivian se separó de él con una sonrisita.
Pareció que había pasado una eternidad cuando por fin levantó la cabeza y me dirigió una mirada cautelosa. Y, solo con eso, supe que sí era suya.
No me lo podía creer.
No me podía creer que, después de esos meses de infierno, me estuviera haciendo eso.
Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me di la vuelta y fui directa a la primera puerta que encontré. En este caso, fue la del pasillo. En realidad, no sabía dónde pretendía ir.

Solo sabía que, urgentemente, necesitaba aire frío en la cara. Si no, me daba la sensación de que podía desmayarme. El corazón me latía muy deprisa y la cabeza me daba vueltas. Y sabía lo que quería decir eso. Lo había sentido una vez, solo una. Cuando me había enterado de lo de Monty y Nel.
Todavía recordaba la sensación de ahogarme, de no ver nada, de no sentir mi propio cuerpo. Era horrible. Probablemente, una de las peores sensaciones que había tenido en mi vida. Y no quería repetirla. Necesitaba aire frío. Lo necesitaba ya.
Abrí la primera puerta que encontré cuando escuché pasos detrás de mí y la ironía hizo que saliera a la terraza donde me había dado el primer beso con Jack. Vi la tumbona medio borrosa y pasé de largo, yendo directamente al pequeño muro de piedra que me separaba de una caída al patio trasero de la fraternidad. Me apoyé en él con ambas manos y cerré los ojos un momento, intentando centrarme.
Escuché los pasos de Jack detrás de mí y la puerta cerrándose. No necesitaba girarme para saber que eran suyos. Se detuvieron un momento antes de avanzar con más cautela hacia mí.
—Jen, no...

—¿Es tuyo? —le pregunté en voz baja.

Se quedó en silencio durante unos instantes. Podía sentir su mirada clavada en mi espalda.
—Yo... yo no...

Me giré, enfadada, y lo encaré.
—Me dijiste que nunca me mentirías —le espeté—. ¿Es tuyo o no es tuyo, Jack?
Él cerró los ojos por un momento y maldijo en voz baja.
—Sí.

El silencio que se creó a nuestro alrededor solo se vio interrumpido por mi propio corazón latiendo con fuerza y reverberando en mis tímpanos. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.
—¿Cómo has podido? —le pregunté en voz baja.

—No... no es... —se pasó una mano por la cara—. No me lo tomé. La... la bolsa está entera.
—¡Me da igual que no te lo tomaras, Jack! ¿Lo compraste tú?

Asintió con la cabeza sin mirarme. Sentí que el nudo en mi garganta se hacía peor.
—Discutimos una noche... y... y tú te vas a casa de cualquier chica que quiere acostarse contigo para poder... —señalé la bolsa que todavía tenía en la mano con desprecio, a punto de llorar—. ¿Eso es lo que va a pasar cada vez que discutamos?

—Era diferente —murmuró.

—¡Siempre es diferente para ti! ¿Es que se ha olvidado lo que fueron esos malditos meses, Jack?

—Claro que no se me ha olvid...

—¡Fueron tres meses! ¡Tres largos meses de días enteros encerrados en tu cuarto, sin querer comer, sin querer moverte y obligándome a verlo! ¿Y ahora que... que hemos pasado todo eso... vuelves a hacer exactamente lo mismo?

—¡No me lo tomé! —repitió, frustrado—. ¡Quería, pero no lo hice!

—¡Exacto, querías! ¡Solo por una discusión!

—¡No era una discusión cualquiera, pensé que te habías acostado con Mike!

—¡Te dije que él me había besado, Jack, nada más!

—¿Y qué te crees que me dijeron las otras dos? ¿Directamente la verdad? ¡Pues claro que no! ¡Creía que te habías acostado con mi hermano, que no me querías, y me precipité, pero no hice nada malo!
—¡¿Que no hiciste nada malo?! ¡Ir a casa de esa idiota, para empezar, fue lo peor que podrías haber hecho! ¡¿Cómo te sentirías si tuvieras que soportar ver día tras día fotos de mí con un chico guapísimo seguidos de titulares deseando que seamos pareja?! ¡Y eso no es lo peor, lo peor es que tú alimentas esos rumores!
—¡Yo no alimento nada!

—¡Sí, sí lo haces! ¡Lo hiciste cuando fuiste a su casa! ¡Y cuando volviste a contratarla para tu nueva película!

—¡Yo no quería contratarla, la productora me la ha impuesto porque sabe que...!

Se detuvo, frustrado, y negó con la cabeza.
—Porque sabe que vuestros nombres juntos venden más —completé—. Es eso, ¿no?

No me miró. Tenía los labios apretados. Intenté no llorar con todas mis fuerzas, pero tuve que pasarme los dedos por debajo de los ojos cuando se me escaparon unas pocas lágrimas.
—¿De qué va tu película, Jack?

Frunció el ceño y me miró.
—¿Qué?

—Responde. ¿De qué va?
Por un segundo, pareció que iba a decir algo. Pero luego solo volvió a apretar los labios.
—¿Por qué no has querido que la viera? —pregunté en voz baja—. ¿De qué va?

Jack tragó saliva e hizo un ademán de acercarse, pero se detuvo al ver que su contacto no iba a ser aceptado. En absoluto.
—Eso no importa —dijo al final.

—Sí, sí importa. Importa mucho. ¿Es por eso que no me invitaste a la premiere hasta el último momento? ¿Porque no querías que la viera?

—Yo... yo no...

—¿Va sobre nosotros?

No dijo nada, lo que me hizo pensar que no iba mal encaminada. Di un paso hacia él. Me temblaban las manos.
—*Tres meses*. Es el tiempo que estuvimos juntos —le dije en voz baja—. ¿Es sobre nosotros? ¿Sobre nuestra relación? ¿Es lo que vivimos desde tu punto de vista, Jack? ¿Es eso?
—No... —tragó saliva—. Jen, escucha, lo hice en un momento en que... yo no...

—En que me odiabas —concluí.

—No te odiaba. Nunca he podido odiarte. Ni siquiera cuando te fuiste.

—Entonces, ¿qué?
No dijo nada y mi paciencia se estaba empezando a agotar. Hice un vago intento de pasar por su lado y él me atrapó al instante, rodeándome con un brazo por la cintura.
—Jen, no te vayas, escúchame...

—¡Por mucho que intento escucharte, no llegas a explicarme nada! ¡Suéltame!

—No, no te vayas así —insistió, poniéndome la mano en el mentón—. Cuando me dejaste, estaba destrozado. Destrozado de verdad. Yo... fui a esa escuela en Francia. Y uno de los primeros proyectos que teníamos que hacer era escribir el argumento de una película. Intenté escribir de lo que fuera que no te incluyera. Te lo juro, de lo que fuera. Pero no podía. Cada vez que intentaba pensar en algo, tu imagen se me venía a la cabeza.
»Y si no era tu imagen, era cualquier cosa relacionada contigo. Cuando me iba a dormir, no te veía poniéndote el pijama, quitándote las malditas lentillas y acurrucándote conmigo. Cuando iba a la cocina, no estabas tú con mi ropa puesta intentando cocinar algo. Cuando iba al sofá, no estabas tú para pasarme los dedos por el pelo. Solo podía pensar en que no estabas. Y era insoportable.

»Y... escribí sobre ti, sí. Sobre lo nuestro. Pero... no era la verdad, Jen. O quizá lo era, pero estaba distorsionada por lo que pensaba en ese momento. Solo podía verte a ti con ese... con ese imbécil, dejando que te hiciera todo lo que a mí me hubiera gustado hacerte. Y siendo feliz con ello. No podía ver nada más. Y escupí las palabras en ese argumento, pero... no son la verdad que siento ahora.

—¿Y qué demonios sientes ahora, Jack?

—Que te amo —masculló, sujetando mi mano y mirando mi anillo por un momento—. ¿Te crees que te habría pedido que te casaras conmigo si no supiera que eres la única persona con la que estoy seguro de que quiero pasar mi vida? Joder, Jen, yo no... no debí ir a su casa. Y no debí comprar esa mierda. Lo sé. Pero te juro que no pasó nada. Ni con Vivian, ni con lo otro. Te lo juro.

Al ver que dudaba pero no me apartaba, me puso ambas manos en las mejillas. Realmente parecía desesperado porque lo creyera. Yo apreté los labios.

—¿Y cómo se supone que sé que no vas a ir corriendo con ella cada vez que discutamos?

—Porque te lo estoy diciendo.

Cuando vio que intentaba apartarme, se apresuró a hablar otra vez.
—Incluso cuando no estabas era incapaz de estar con nadie. Cada vez que besaba a una chica... era demasiado consciente de que no eras tú. Era jodidamente insoportable. Y, sí, Vivian fue la que más... la que más cerca estuvo de que cambiara de opinión... pero no podía. Ni con ella ni con nadie.

—Ella es guapísima —musité—. Y yo...

—¿Te crees que era por cuestión de cuál de las dos era más guapa? —casi pareció enfadado—. No era eso. No era eso ni de lejos. Era todo lo demás. Todo. No poder hablar con ellas como hablaba contigo, no poder reírme porque, cada vez que lo hacía, sabía que tú probablemente también lo estabas haciendo con otro tío... no poder abrir los ojos por la noche y verte conmigo... no poder dormirme escuchando los latidos de tu corazón... besarlas y, al separarme, que lo que me estuviera mirando no fueran dos ojos castaños brillantes.... era todo. Todo lo que tú tenías y ellas no.
»No era cuestión de belleza. Era cuestión de que estaba enamorado. Y... si no pudiste deshacerte de eso, ni siquiera tú, estando un año fuera... te aseguro que una puta bolsa de cocaína tampoco puede. Por eso no me la tomé. Y por eso no hice nada con Vivian. Ni con nadie. Porque el alivio hubiera sido instantáneo, sí, pero luego me habría dejado vacío. Y hubiera hecho que te perdiera. Y tú... contigo no me siento vacío, Jen. Nunca me he sentido vacío. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste? ¿De que me estaba comportando como Ross... pero que tú sabías que en el fondo seguía siendo Jack? Pues así me siento contigo. Me siento como si pudiera ser yo mismo, como si pudiera ser Jack, y alejarme de toda la mierda que Ross trae consigo. Eres la única persona en el mundo con quien me siento como... como si estuviera haciendo algo bien por primera vez en mi vida. Como si estuviera completo.
Estaba todavía absorta en sus palabras cuando vi que tragaba saliva. Le brillaban los ojos. Mi corazón se encogió Jack... estaba a punto de llorar. Nunca lo había visto llorando. Jamás. Entreabrí los labios, pero él se me adelantó, volviendo a colocar sus manos en mis mejillas.
—Sé que la he cagado. Y que la cagaré mil veces más. Y que tendrás que aguantar muchas cosas que no te mereces por mi culpa. Y que estoy siendo un egoísta. Y que no te merezco, pero... pero no me dejes por esto. No me dejes otra vez. No te vayas.
—Jack...

—Voy a despedirla si hace falta —insistió—. Aunque la productora se cabreará, te lo aseguro, pero me importa un bledo. Es mi película. Que se jodan.

—Jack, no...

—Y... puedes hacerme un control para asegurarte de que no me tomé nada de esa bolsa. Mi madre los hacía cuando iba al instituto. No me importa. Pero no tomé nada, yo...

—Jack —puse mis manos sobre las suyas en mis mejillas—, te quiero, y todo lo que estás diciendo es muy bonito, pero cállate y escúchame.

Parpadeó, sorprendido, pero al menos me hizo caso.
—Estoy enfadada, sí —le dije en voz baja—. Muy, muy enfadada, te lo aseguro. Pero eso no quiere decir que me vaya a ir corriendo otra vez. Estoy comprometida contigo. Vas a necesitar algo más que eso para que me quite tu anillo.

No dijo nada, pero vi el alivio cruzando su mirada. Suspiré y me quité sus manos de las mejillas y él las dejó caer a mis hombros. Agaché la cabeza y busqué las palabras adecuadas.
—Mira, esto es serio —le dije lentamente—, si me dices que no tomaste nada, te creo. Pero... voy a casarme contigo, Jack. No puedo vivir con la duda de si vas a volver a entrar en ese infierno. Porque te amo, pero si lo haces... yo no voy a poder soportar verlo sin poder hacer nada al respecto. No te puedes hacer una idea de lo insoportable que es. Así que... que necesito que me digas ahora mismo que no vas a volver a hacerlo. No, necesito que me lo jures. Si no... simplemente, no puedo seguir adelante con todo esto. Necesito poder confiar en ti.

—Sabes que no lo haré —me dijo en voz baja—. Te lo juro.

—Júralo por lo que más quieras.

Frunció el ceño.
—Tú eres lo que más quiero.
Me detuve un momento y se me formó un nudo en la garganta, pero por un motivo muy distinto al anterior.
—Pues júralo por tu coche —medio bromeé en un hilo de voz.

Por un instante, él no pareció saber qué decir. Entonces, esbozó media sonrisa.
—¿Te quedarás más tranquila si lo hago?

—Bastante.

—Muy bien. Pues te lo juro por todos los coches que he tenido y por todos los que me quedan por tener.

Se llevó una mano al corazón para darle dramatismo. Asentí con la cabeza.
—Gracias.

—No me des las gracias por algo que debería haber hecho antes.

—Jack...

—Hablaré con Joey y le diré que exija a todas esas revistas de mierda que dejen de especular sobre Vivian y yo y que hablen de nuestro compromiso en su lugar.

—¿Qué? —eso último me dejó un poco descolocada—. No, pero yo no...

—Así tu cara será la portada de las revistas cada semana en lugar de la suya. Te aseguro que voy a empezar a comprarlas.

—Jack, yo no quiero ser la portada de ninguna revista.

—Creo que eso deberías haberlo pensado antes de comprometerte con alguien famoso.

—¡No sabía que estuviera implícito!

—Pues lo está. Enhorabuena. Ya eres oficialmente pseudofamosa.
A pesar de la sensación que nos había seguido hasta ese momento, no pude hacer otra cosa que reírme, agotada. Mis músculos habían estado tan tensos que, ahora que se habían relajado, se sentían como gelatina. Él me sonrió. Estaba casi segura de que se sentía igual que yo.
—¿Estamos... bien? —preguntó—. Es decir, ¿puedo...?

—Para estar bien, vas a tener que hacerme muchos desayunos de tortitas.

Puso una mueca.
—¿No puede ser chili? No me gustó cocinar esas cosas.

—¿Cómo voy a desayunar chili?

—Sue desayuna helado, cerveza y mantequilla de cacahuete y se la ve feliz. La felicidad es para los valientes, querida Michelle.

—Acabas de ganarte dormir en el sofá.

—Querida Jen —corrigió enseguida.

—Eso está mejor.

Cuando nos quedamos en silencio, sorbí la nariz y miré a mi alrededor. Seguro que tenía el maquillaje hecho un desastre, pero en ese momento me daba absolutamente igual.
—¿Sabes dónde estamos? —le pregunté.

Vi que él también había echado una ojeada a su alrededor. Especialmente a la primera tumbona blanca.
—Es difícil olvidarlo —me dijo en voz baja.

—¿Sabes? Creo que desde el momento en que salimos de esta terraza... ya supe que lo mío con Monty estaba destinado al fracaso.

Me miro con una ceja enarcada.
—Eso deberías haberlo sabido mucho más atrás.

—Si lo hubiera sabido mucho más atrás, no nos conoceríamos.

Pareció sorprendido.

—¿Qué?

—Una de las principales razones por las que quise alejarme de casa... era porque no quería pasar tanto tiempo con él —murmuré—. Me agobiaba muchísimo, pero no me atrevía a dejarlo. Creía que todas las relaciones eran así y me daba miedo perder la única que tenía. Y sus padres querían que él viniera a esta universidad, así que me fijé en ella. Como estaba segura de que él no estaba interesado, yo solicité plaza, vine... y os conocí.

Durante unos instantes, pareció un poco descolocado. Finalmente, suspiró.
—¿Quién iba a decir que Malcolm no era completamente inútil?

—Monty —corregí, divertida.

—Pues eso. Mario.

—¡Jack! —empecé a reírme.

—¿Qué? Yo lo estoy diciendo bien. Eres tú la que no se acuerda del nombre del pobre Mufasa.
—¡Ese es el padre del rey león!

—Él también es el rey león, inculta.

Mi risa fue desapareciendo lentamente hasta transformarse en una pequeña sonrisa al mirarlo y veo que me la devolvía. Y el silencio se transformó en uno muy distinto. Al que me tenía acostumbrada. El que me gustaba.
Ya no podía más. Solo quería olvidarme de Vivian, de Monty y del resto del mundo. Me acerqué a él y me encontró a medio camino. Le rodeé la cintura con los brazos y él hundió una mano en mi pelo, tirando suavemente de él hasta que mi cabeza estuvo en el ángulo deseado y pegó su boca a la mía.
Sentir su mano en mi cabeza, sus labios tibios por el frío sobre los míos y su cuerpo apretándose contra mí hizo que sintiera que se evaporaban todos mis problemas al instante. Apreté los dedos en su chaqueta y lo atraje un poco más. Sentí que su corazón se aceleraba encima del mío, que lo imitó al instante, y que su otra mano bajaba por mi espalda hasta acariciarme la curva del final de la falda. Contuve la respiración y él se separó con los labios hinchados.
—¿Sabes lo que recuerdo de esa tumbona? —preguntó, señalándola con la cabeza.

Yo estaba medio mareada. Tuve que tomarme unos segundos para responder.
—¿Q-qué?

—Que me dejaste a medias.

Abrí la boca, ofendida.
—¡No te dejé a medias! ¡Nos interrumpieron! Después lo terminamos en tu habitación.

—Nuestra habitación, Jen.

—En ese momento era tu habitación.

—Empezó a ser nuestra habitación el primer día que la pisaste.

Me separé con media sonrisa, negando con la cabeza.
—Se te da demasiado bien adular a la gente —le dije.

—Lo sé —sonrió ampliamente—. Pero contigo me sale natural. Con los demás tengo que forzarlo.

Me froté los brazos, divertida.
—Deberíamos irnos.

—Sí —suspiró y me puso una mano en la espalda—. Los demás deben preguntarse dónde estamos.

Miré la hora y vi que tampoco era muy tarde, pero fui igual a la puerta. Sin embargo, algo hizo que me detuviera justo cuando rocé la manilla. Jack, detrás de mí, me miró con curiosidad.
—¿Ocurre algo?

Me mordí el labio inferior y lo miré de reojo. Él sujetaba mi bolso, que había tirado al suelo de malas maneras al salir a la terraza antes. No sé por qué, pero el hecho de que hubiera tenido ese pequeño detalle conmigo, hizo que mi mano se moviera sola y pusiera el pestillo de la puerta, aislándonos de la fiesta.
Vi que una de sus cejas se elevaba al instante, cargada de curiosidad.
—¿Qué tramas, pequeño saltamontes?

Me di la vuelta y, a pesar del frío, noté que mis mejillas se encendían y el rubor me bajaba por el cuello. Él sabía qué quería decir eso. Lo sabía perfectamente. Esbozó una pequeña sonrisa y clavó los ojos en mí.
—¿Qué se te ocurre hacer? —pregunté, todavía a una distancia de seguridad, un poco nerviosa.

—Unas cuantas cosas, pero acepto sugerencias.

Me empezaron a cosquillear los dedos cuando me recorrió el cuerpo entero con los ojos y yo hice lo mismo con él. Di un paso en su dirección, vacilante y al instante él soltó mi pobre bolso de nuevo y acortó la distancia entre nosotros. Me sujeté de sus hombros cuando me empujó con su cuerpo hacia atrás, haciendo que mi espalda se chocara contra la puerta. Sus labios ya estaban sobre los míos.
Me había dado cuenta de que, cuando Jack y yo peleábamos, el sexo que seguía a eso solía ser mucho más intenso de lo que normalmente ya era. Y pude sentirlo en ese momento por la forma en que se apoyó contra mí, en que me acarició con ansias por encima del vestido, haciendo que jadeara, y en que me besó como si hubiera estado deseando hacerlo durante horas.

Cuando bajó las manos por mi espalda y me agarró del trasero sin ningún tipo de vergüenza, no pude más y le empujé la chaqueta hacia atrás. Gracias a su ayuda, cayó al suelo con un ruido sordo. Hice un ademán de agarrar el borde de su camiseta y, para mi estupor, me detuvo las manos y dejó de besarme. Lo miré, sorprendida.
—Aquí no —me dijo con una sonrisa traviesa.
No entendí nada hasta que me rodeó la cintura con un brazo y me levantó del suelo. En unos pocos segundos, estaba tumbada sobre la suave y blandita tumbona. Su peso hizo que me hundiera un poco más cuando escaló sobre mí, metiendo una de sus piernas entre las mías y pegándose tanto como pudo a mi cuerpo. Sentí sus labios en mi mandíbula y solté todo el aire de mis pulmones, mirando la ciudad por encima de su hombro. Se veía igual que la primera vez que me había besado el cuello y yo había mirado por encima de su hombro. O incluso más bonita.
—Jack... —la voz me tembló cuando noté que me subía el vestido hasta la cintura y la tela de sus pantalones me acariciaba la piel ahora expuesta, mandándome escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Mhm...? —murmuró, centrado en su labor de besarme cada centímetro de la garganta y la clavícula.
Contuve la respiración cuando noté sus labios acariciándome el escote del vestido. Por un momento, deseé haber elegido uno que le diera mejor acceso a mi piel.

—Yo... yo no... —no sabía cómo decirlo.

Él levantó la cabeza al instante en que notó las dudas en mi voz y me miró a los ojos.
—¿Qué pasa?

—Yo... nunca lo he hecho... así... al aire libre.

Por un momento, siguió mirándome. Después, esbozó una sonrisa socarrona.
—Pues será un placer introducirla en esta interesante práctica, futura señora Ross.

—P-pero... ¿y si nos ve alguien?

—¿Quién quieres que nos vea en una terraza de un tercer piso de un edificio que está en una colina solitaria? ¿Alguien con unos prismáticos y mucho tiempo libre?

—Por ejemplo. Podrían enfadarse...

—Jen, dudo que alguien pueda enfadarse si te ve desnuda.

Me puse roja como un tomate al instante y él empezó a reírse, subiendo la cara hasta que tuvo a la misma altura que la mía. Su risa se transformó en una sonrisa tierna.
—¿Quieres que sigamos con esto en casa?

—No. Si a ti te apetece hacerlo aquí...

—Lo que a mí me apetece es que tú lo disfrutes.

Lo miré, dubitativa. La suave brisa hizo que el pelo se le pusiera en la frente y se lo quité distraídamente. Con la poca luz que nos rodeaba, se veía todavía más guapo. Y pensar que esa sonrisa tan perfecta era solo para mí, hizo que se me acelerara el corazón de nuevo. Bajé la mirada a su cuerpo sobre el mío y luego la volví a subir a sus ojos.
—Olvídalo. Ven aquí.

Tenía una sonrisita en los labios cuando lo atraje para que volviera a besarme.
Le rodeé la cintura con las piernas y el contraste de sus dedos helados con mi piel ardiendo hizo que se me erizara el vello de todo el cuerpo, especialmente cuando agarró mis bragas con una mano y las bajó hasta que se deshizo de ellas. Se separó para mirarme un momento a los ojos antes de que esos mismos dedos helados subieran un poco entre mis piernas y empezaran a acariciarme. Hundí la cara en su hombro y me mordí el labio inferior. Él siguió besándome el cuello, la clavícula y el hombro de manera tan tierna y que contrastaba tanto con lo que estaba haciendo su mano que sentí que ya no podía más muy pronto. Bajé las manos por su pecho y le desaté el cinturón. Él me ayudó a bajarse los pantalones y me puso una mano en la nuca, y otra en el muslo antes de besarme de nuevo en los labios e inclinarse hacia delante.
Un rato más tarde, sentí que su corazón regulaba lentamente los latidos mientras él mantenía la cara escondida en la curva de mi cuello. Le seguí acariciando la nuca con los dedos mientras mi cuerpo se recuperaba.
Pasaron unos pocos minutos antes de que se separara y me rozara la mejilla con la nariz. Me miró con una expresión que solo usaba cuando estábamos los dos solos en la cama.
—¿Y bien? —preguntó.

—¿Qué? —me hice la inocente.

—¿Qué tal tu primera *experiencia* al aire libre?

Fingí que me lo pensaba un poco.
—Bien.

Su sonrisa era divertida.
—¿Solo bien?

—Bastante bien.

—¿Ya estamos otra vez con esto? Vas a acabar con mi autoestima. Ha sido de diez.

—De seis.

—¿De se...? Al menos, nueve.

—Ocho. Y te estoy regalando varios puntos.

—Ocho y medio. Ni lo uno, ni lo otro.
—Muy bien. Ocho y medio.

—¿Puedo preguntar cuándo demonios será de diez? —preguntó, irritado—. Porque mi diez fue la primera vez que lo hicimos. Estoy empezando a pensar que tienes las expectativas muy altas conmigo.

Divertida, le quité el pintalabios que tenía en la mandíbula con el pulgar.
—Nuestra noche de bodas será de diez —murmuré.

—Para eso falta una eternidad —protestó.

—No falta tanto. Solo unos meses.

—¿Y tengo que esperar unos meses para que me digas que mis polvos son de diez?
—Ugh, no los llaves *polvos* —puse una mueca.

—¿Y qué los llamo? ¿*Actos de compartir fluidos corporales*?

—¡Hacer el amor!
—Qué romántica te has vuelto, Mushu. Vas a hacer que me suba el azúcar.

Le golpeé, el hombro, divertida.
Sin embargo, toda la diversión se esfumó el instante. Él vio que mi sonrisa desaparecía y frunció el ceño.
—Era broma, ¿eh? —aclaró—. Lo nuestro nunca han sido polvos, son mucho más. Son...

—Jack...

—...hacer el amor —dijo con fingido acento francés.

—Jack —lo interrumpí urgentemente.

Esta vez, pareció preocupado.
—¿Qué pasa?

Mi corazón se detuvo justo en el momento en que me di cuenta.
—Lo hemos hecho —le susurré.

—Sí, creo que eso estaba claro. Más que claro. Clarísimo.

—No —le sujeté la cara con las manos—. No lo entiendes.

—¿El qué? —frunció el ceño.

Tragué saliva.
—Jack, lo hemos hecho sin condón.

CAPITULO 24

—¿Eh?

Él me miraba como si no entendiera nada.
—¡Que lo hemos hecho sin maldito condón, Jack!

Lo empujé de malas maneras y me lo quité de encima. Se quedó tumbado a mi lado un momento, mirando al cielo con el ceño fruncido.
—Ah, eso. Ups.

—¡¿Ups?! ¡Si no me hubieras llevado por los caminos de la perversión, no estaríamos así!

—¿Caminos de la perversión? —repitió, entre perplejo y divertido—, ¡te recuerdo que has sido tú la que ha cerrado esa puerta!

—¡Y yo te recuerdo que he subido aquí porque tú eres un idiota!

Puso los ojos en blanco y yo me apresuré a incorporarme. Tenía la falda del vestido hecha un desastre. Solté una maldición mientras intentaba quitarle las arrugas, estresada, y él se abrochaba el cinturón con toda la tranquilidad del mundo.
Yo, al verlo tan calmado, me estresé aún más.
—¡¿Quieres darte prisa?!

—Relájate, pequeño saltamontes.

—¡No puedo relajarme porque, literalmente, acabamos de follar sin condón en una maldita tumbona!

Se detuvo y me miró, sorprendido.
—Nunca creí que algo tan sucio saldría de una boca tan bonita.

—¡No es el momento, Jack!

—Sabes que la ciencia ha avanzado, ¿no? —murmuró, incorporándose tranquilamente—. Hay unas pastillitas que sirven mucho en estos casos. Te las tomas después de follar sin condón en una tumbona y todo listo.

Me detuve un momento. Mi corazón seguía latiendo a toda velocidad.
—Ah... —murmuré, medio perdida.

—La de la farmacia va a flipar —él empezó a reírse—. El otro día con la prueba de embarazo y hoy con la píldora del día después. Vamos a terminar siendo sus clientes VIP.

Yo no estaba de humor para reírme. No en ese momento.
—Y puede que ni lo estés —añadió, deteniéndose delante de mí—. Es decir... ¿estás ovulando?

—Algunos novios preguntan a sus parejas cómo están, si han tenido un buen día, qué quieren para cenar… y tú me preguntas si estoy ovulando.

—¿Ya vuelves a llamarme no-romántico? —protestó.
—No sé si estoy ovulando —mascullé, recogiendo mi chaqueta del suelo y poniéndomela.

Me detuve antes de subir la cremallera cuando me di cuenta de que me estaba mirando fijamente.
—¿Qué? —enarqué una ceja a la defensiva.

Su semblante pensativo no me gustó demasiado.
—Nada —sonrió como un angelito.

—No, ¿qué?

—Solo pensaba… hay otras opciones.

Entrecerré los ojos.
—¿Qué *opciones*? —imité su voz en la última palabra.

—Bueno… también podríamos esperar un poco más y hacerte un test. Otro.

Durante unos segundos, solo le fruncí el ceño.
—¿Por qué esperar?

—Porque… podría salir que no.

—O podría salir que sí, ¿o esa parte se te ha olvidado?
—Sí, también podría salir que sí —se encogió de hombros.

—Y podríamos tenerlo —empecé a ironizar—. Encajan las fechas. Ya habrá nacido cuando nos casemos. Se lo dejaré a mi madre o a la tuya y nosotr…

Me detuve en seco cuando vi que él sonreía como un angelito y empecé a negar con la cabeza rápidamente.
—No —le dije al instante.

—¿Por qué no?
—¡Porque no!
—Yo quiero un mini-Jay.

—¡Hace una semana y media estabas aterrado en el suelo del cuarto de baño!

—¡He madurado mucho desde entonces!

—¡Jack, un hijo no es…! ¡No es algo para tomarse tan a la ligera!
—¿Te crees que no lo he pensado hasta ahora?

—¿Y quieres tenerlo? —pregunté, perpleja.

—Ni siquiera sabemos si hay un bichito ahí dentro que podamos tener todavía.

—Me has entendido perfectamente, Jack.

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo.
—Yo solo digo...—se encogió de hombros—. ¿Y si es una señal?
—¿Una señal? —repetí con una mueca.
—Sí. Si dentro de una semana, o lo que se tenga que esperar, en el test sale que no... entonces, seguiremos con nuestras vidas como si nada. Y si sale que sí...
—¿Qué? —pregunté al ver que se quedaba en silencio.
—Bueno... ¿por qué no? ¿A ti no te apetece?

Iba a darle un no rotundo, pero me di cuenta al instante de que no podía. Y ni siquiera estaba segura de por qué. Apreté los labios y me crucé de brazos a la defensiva.
—Somos unos críos. Yo ni siquiera tengo claro qué quiero hacer con mi vida, Jack. No tenemos casa. Ni siquiera hemos intentado criar a un maldito periquito juntos para saber si valemos para algo.

—¿Me estás intentando convencer a mí o a ti misma?
—¡A ti, idiota! —le espeté, enfadada porque no estaba tan segura y él lo sabía—. Vámonos de aquí.

Me siguió a la puerta recogiendo mi bolso de nuevo, que había vuelto a terminar en el suelo de malas maneras, y me detuvo por el hombro.
—¿A la farmacia o a casa?

Lo miré de reojo y vi la llama de la esperanza brillando en sus ojos.
—A casa —cuando vi que empezaba a sonreír, lo detuve—. Sigo pudiendo tomar la píldora mañana.

No dijo nada, pero abrió la puerta para mí. Pasé por su lado y me detuve en uno de los espejos del pasillo para ver mi horror absoluto de maquillaje. Suspiré e intenté arreglármelo como pude. Él esperó pacientemente mientras me frotaba la cara con los dedos de malas maneras.
—¿Cómo se me ha corrido el delineador? —protesté en voz baja.

—Si quieres, te lo digo. Pero no será muy caballeroso.

Le puse mala cara a través del espejo y él sonrió.
—Entonces, mejor cállate —mascullé.

—Sí, señora.

—Y todavía estoy enfadada.

Dejó de sonreír juguetonamente y puso una mueca.
—¿Lo de antes de no ha sido un polvo de reconciliación?

—No.

—¿Y qué ha sido?

—Un polvo de cabreo.

—¿Un...? ¿Eso existe?
—¡Sí, me lo acabo de inventar porque siempre me cabreas, Jack!

—Bueno, si conlleva más polvos, por mi no hay problema —se encogió de hombros.

—¡Estoy hablando en serio!

—¡Yo también! —protestó.

Me di la vuelta y lo señalé. Él intentó no sonreír con todas sus fuerzas cuando le clavé un dedo en el pecho.
—Estoy harta de Vivian —le advertí.

—No volveré a acercarme a ella —me aseguró—. Si quieres, la despido.

—No quiero que la despidas, quiero que dejes de ir a su maldita casa. O de relacionarte con ella fuera del trabajo de esa forma.

—Jen...
—No es una broma, Jack. Estoy harta de esa chica.

Se quedó completamente serio por un segundo y pensé en si me había pasado. Pero me relajé un poco cuando vi que asentía con la cabeza.
—Tienes razón, no volveré a acercarme a ella —murmuró—. No debí haberlo hecho desde el principio, aunque fuera mi actriz principal.
—¿Todos los actores son así de insoportables?
—Algunos —sonrió—. Depende de lo famosos que sean.

—Pues no envidio tu trabajo.

—Bueno, no todo es malo. Sus fiestas son interesantes. Especialmente las de Vivian. Te aseguro que hay de to...

Se cortó a sí mismo al instante y yo me giré hacia él, confusa, cuando vi que dudaba y negaba con la cabeza.
—Deberíamos volver a casa.

En cuanto hizo un ademán de pasar por mi lado, lo detuve de la muñeca con los ojos entrecerrados. Él suspiró.
—¿Qué ibas a decir? —pregunté.

—Nada.

—Ibas a decir algo, Jack.

—No era nada importante. Incluso se me ha olvidado.

—¿Ya empezamos? —me irrité—. ¿Ya estamos como hace un año?

—¿Como hace un año? —repitió, esta vez frunciendo él el ceño.

—Sí, Jack, como hace un año. Cuando no querías contarme absolutamente nada y tenía que ir preguntando a tu hermano y a tu padre sobre tu vida.

—A lo mejor, no tendrías que haberlo hecho si hubieras tenido algo de paciencia conmigo.

—¡La tuve! ¡Yo te conté toda mi vida!

—¡Solo necesitaba algo de tiempo y no me lo dejabas!

—¡Te dejé el tiempo suficiente!

—¡Sí, justo antes de decirme que te habías ido con el psicópata de Malcolm o como se llamara!
—¡Se llamaba Monty! ¡Y te recuerdo que tú volviste a enrollarte con cada idiota que se te cruzaba por delante en menos de un mes! ¡Y sigues insistiendo en ir a casa de una de ellas, la que llegó más lejos, ni más ni menos!
—¡Vivian me ayudó en su momento!

—¡Te ayudó! ¡Sí, seguro que una mamada suya te ayudó muchísimo!

—¡No estoy hablando de eso! ¡Al menos, me escuchó cuando tú no estabas!

—¡Oh, claro, la buena de Vivian! ¡Seguro que te escuchaba muchísimo mientras intentaba llevarte a su cama de todas las formas posibles!
—¡Me ayudó de muchas formas, Jen, muchas más de las que tú te crees!

—¿Y en qué...?

Me detuve en seco y mi ceño fruncido se profundizó al instante en que él apartó la mirada y algo me vino a la mente. Sentí que mis manos se apretaban en puños.
—Fue ella, ¿no? —le espeté.
—¿El qué? —me respondió en el mismo tono.

—¡La que te convenció para que volvieras a meterte esa mierda en el cuerpo, Jack!

El silencio que mantuvo por unos segundos indicó que sí. Por un momento, me arrepentí de no haberme quedado un rato más en la zona donde ella estaba para lanzarle el contenido de mi vaso a la cara.
O el vaso en sí.
Jack dudó.
—Ella no...

—¡Me da igual! ¿Sabía que tú habías tenido problemas con la cocaína antes?

—¿Y yo qué sé? ¿Te crees que me acuerdo de la mitad de lo que pasó esos meses? ¿Sabes cómo estaba, Jen? ¡Solo intentó echarme una mano!
—¡No intentó echarte una mano, te volvió a meter de cabeza en el infierno de las malditas drogas! ¡Y tú dejaste que lo hiciera! ¡Y ahora sigues defendiéndola!
Me giré en seco y empecé a recorrer el pasillo. Curiosamente, esa fue la única vez en que no estaba pensando encontrar la salida y la única que la encontré.
Tu vida es así de genial.
Escuché sus pasos siguiéndome de cerca.
—Como la vea ahora, voy a ir a la cárcel —mascullé—. Y más te vale no defenderla.
—¿Defenderla yo? —siguió andando a mi lado, enfadado—. ¿Te recuerdo la cantidad de veces que tuve que oír cómo defendías al gilipollas de Miles?

—¡Monty! ¡Se llamaba Mon-ty! ¡¿Te lo deletreo?!

—¡Me importa una mierda cómo se llamara! ¡Lo defendiste incluso cuando te dio un puñetazo y tuve que escucharte haciéndolo sin poder protestar!

—¡Deja de meter a Monty en esta conversación, no tiene nada que ver!

—¡Tiene absolutamente todo que ver!

Lo ignoré completamente y empecé a bajar las escaleras de mármol. Él me siguió, totalmente enfadado, y vi que tanto Will con Naya esperaban junto al coche, llamando por teléfono. Quizá era a nosotros, porque Will colgó en cuanto nos vio llegar. Hizo un ademán de decir algo, pero se calló en cuanto vio que éramos dos bombas de relojería a punto de explotar. Jack se metió a un lado del asiento trasero y yo al otro. Will y Naya intercambiaron una mirada antes de subirse a la parte de delante.
Durante todo el camino, los dos estuvimos de brazos cruzados, cada uno mirando a su ventanilla. Y yo sentí que ambos enfados iban aumentando a medida que pasaban los minutos. Ni siquiera Naya se atrevió a decir nada. Yo me estaba empezando a hacer daño de apretarme tanto los brazos con los dedos cuando por fin llegamos, bajé del coche y subí al piso escuchando que me seguían.
Estaba a punto de volver a girarme para seguir con la guerra cuando escuché que Sue hablaba con alguien. La puerta estaba abierta. Entré con el ceño fruncido —estaba casi segura de que me salía humo de las orejas del cabreo— y me detuve seco cuando vi a Mike sentado en el sofá.
Y llega en el mejor momento.
Se puso de pie con una sonrisa inocente en cuanto nos vio llegar. Sue estaba en el sillón con Jane observándolo todo en su regazo.
—¡Hola, chicos! —nos dijo Mike alegremente.
Will intercambió una mirada entre Jack, que seguía furioso por nuestra pelea y miraba a Mike como si quisiera arrancarle la cabeza del cuerpo, y la sonrisa de angelito de su hermano.
—Mike, no creo que este sea el mejor momento para...

—¡Tenemos que hacer las paces algún día! —dijo él felizmente acercándose a Jack.

Yo sentí que mi enfado disminuía un poco para transformarse en cautela cuando Mike se acercó con toda la felicidad del mundo a su hermano sin ser consciente de que la sombra de su enfado estaba a punto de tragárselo entero.
—Mike, no... —intentó decir Naya.

—Vamos, Jackie —le dijo él sonriente—. Somos hermanos. En las buenas y en las malas. En las mejores y en las peores. ¿Por qué no nos damos un abracito y nos olvidamos de todo esto?

Jack lo miraba fijamente y vi que sus fosas nasales se dilataban cuando apretó los puños. Sue levantó las cejas y tapó los ojos a Jane con una mano.
—¿Un *abracito*? —repitió Jack en voz baja.
Este hombre va a morir.
—¡Sí, claro! ¿No te apetec...?

—¿Ross?

No puede ser.
Me gire hacia la puerta y vi, medio pasmada, que aparecía Vivian de la nada.
Esto se pone mejor por momentos.

Su mirada se clavó directamente en Ross, que se olvidó un momento de su hermano para mirarla.
—¡Ross, te he perdido en la fiesta! —dijo dramáticamente.

Esta vez, las miradas cautelosas fueron hacia mí, que seguía clavada en mi lugar. Me había quedado en blanco. Jack se giró hacia mí, dudando, y dio un paso atrás cuando Vivian se acercó y le puso ambas manos en los hombros.
Enhorabuena, acabas de firmar tu sentencia de muerte.
Igual en otro momento hubiera dicho a mi conciencia que se calmara, pero estaba todavía paralizada en mi lugar.
—Bueno, pues ya estamos todos, ¿no? Je, je, je... —comentó Naya con una risita nerviosa.

—¿Alguien puede cerrar la maldita puerta? —sugirió Will, más tenso que nunca.

Mike, que no sabía muy bien lo que pasaba, la empujó con el pie y dio un respingo cuando, justo antes de que se cerrara, un pie la detuvo. Si ya estaba clavada en mi sitio, fue todavía peor cuando vi el chico que entraba y clavaba los ojos directamente en mí.
—¿Jenny? —Monty sonrió, esperanzado.

Esto no está pasando.
—Si esto es una broma espero que dure un poco más —dijo Sue, que parecía estar pasándoselo en grande.

Yo seguía bloqueada cuando Monty vino directo hacia mí. Lo miré, confusa, cuando se tiró directamente de rodillas a mis pies y me puso ambas manos en las piernas.

—Jenny, he dejado a Nel, vuelve conmigo —empezó a suplicar de la nada.

Yo parpadeé, perpleja, intentando asimilarlo.
—Te echo de menos —insistió, desesperado—. Te juro que no volveré a tratarte mal. Nunca. Te lo juro. Vuelve conmigo y te compensaré por todo lo malo que te he hecho. Dame otra oportunidad.

Hubo un momento de silencio absoluto en la habitación. Entonces, Vivian soltó una risita.
—Bueno, eso facilitaría las cosas —dijo, mirando a Jack.

Pero él se había olvidado de su presencia porque tenía la mirada clavada en Monty. Le llameaban los ojos. De repente, apartó a Vivian bruscamente y ella dio dos pasos atrás. Fue directo a Monty y lo agarró del cuello de la camiseta, poniéndolo de pie.
—¿Ya se te olvidó lo que te dije hace un año en el coche, imbécil?

Para mi sorpresa, Monty se quitó su mano de encima de un empujón.
—No estoy aquí para hablar contigo.

—Oh, tranquilo, si lo que quiero ahora mismo no es hablar contigo.

—¿En serio vais a pelearos por esa? —preguntó Vivian señalándome con una mueca de horror.

—Como vuelvas a tocarla... —le advirtió Jack en voz baja.

—¿Quieres que te diga cómo disfrutaba de que la tocara hace un año?
Jack hizo un gesto de lanzarse sobre él y Will lo detuvo enseguida con un brazo alrededor de su cintura, tirando hacia atrás.
—No entiendo nada —murmuró Vivian, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y tú quieres callarte de una maldita vez? —le espetó Naya, harta.

Vivian la miró de arriba abajo.
—Te sugiero que te calles, querida.

—Y yo te sugiero que no me des órdenes en mi propia casa, *querida*.

—¿Tu casa? Venga ya. Tú no puedes permitirte esto.
Naya cerró los ojos un momento antes de girarse hacia ella.
—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Quieres que te enseñe una lección? Porque te aseguro he estado deseándolo desde que empezaste a meterte con mi mejor amiga y su prometido.

—¿Qué lección vas a enseñarme tú, pequeña idiota?

Naya no necesitó más para soltar una maldición en voz baja y lanzarse sobre ella.
Y ahí se desató el caos.
De repente, todo el mundo a mi alrededor empezó a gritarse. Monty con Jack, Jack con Monty y Will con ambos, Naya con Vivian, Vivian con Naya y Mike chillaba sin má por intentar separarlas mientras se tiraban del pelo la una a la otra. Sue estaba riendo a carcajadas,

grabándolo todo, y Jane empezó a llorar mientras yo era zarandeada de un lado a otro porque cada uno de mis brazos estaba agarrado por Monty y Jack y me mandaban un paso a la derecha y a la izquierda cada vez que Will intentaba separarlos.
Creo que fue en ese momento en que sentí que un calor que me venía directamente del cerebro se extendía por todo mi cuerpo. Nunca había llegado a ese nivel de enfado. Jamás. En toda mi vida.
Y ellos iban a disfrutarlo en primera fila.
Demuéstrales quién manda, pequeña fiera.
—¡¿OS QUERÉIS CALLAR TODOS LA MALDITA BOCA?!
Mi grito reverberó en cada centímetro de la sala.
De repente, todos se detuvieron como si los hubiera hipnotizado. Jack se detuvo con el puño apuntando a Monty mientras Will lo sujetaba, y Monty con una mano clavada en mi brazo. Naya estaba sentada en el estómago de Vivian con algunas extensiones rubias en la mano mientras Mike jadeaba, sujetándose las rodillas. Incluso el bebé se había callado mientras Sue lo grababa absolutamente todo con una sonrisa.
—¡¿Cuántos años tenéis?! ¡¿Cinco?! —les espeté a todos y cada uno de ellos.
Siguió habiendo un silencio sepulcral en el salón. Yo me giré hacia Monty y vi que él se encogía en su lugar, aterrado.
—Como no me sueltes el brazo, Monty... —advertí en voz baja.
Él lo soltó como si quemara.
—¡Os estáis comportando como si estuvierais en un maldito patio de colegio! ¡¿En qué momento pelearse ha sido la maldita solución para nada?! ¡¿Os creéis que dando un puñetazo a alguien vais a hacer que tengáis más razón o qué?!
—Bueno... desahoga —Mike se encogió de hombros.

Lo señalé y él abrió los ojos como platos cuando me acerqué a él.
—¡Ahora mismo no te recomiendo intentar hacerte el gracioso, Mike! ¡No te lo recomiendo en absoluto!

—P-perdón, yo... yo...

—¡No quiero oírlo! ¡Me tenéis...!

Me detuve en seco cuando escuché que alguien llamaba a la puerta. Fui directa a ella y la abrí de un portazo, furiosa.
—¡¿QUÉ?!

El vecino de arriba, el que siempre se quejaba del ruido, dio un paso atrás.
—Estáis grit...

—¡SÉ QUE ESTAMOS GRITANDO! ¡TE ESTOY GRITANDO AHORA MISMO EN LA CARA!

Él parpadeó, sorprendido. Abrió la boca para decir algo, pero se detuvo y yo lo aproveché.
—¡¿TODAVÍA QUIERES QUEJARTE?!

—Y-yo... bueno... no sé...

—¡ENTONCES, NO HAGAS QUE PIERDA MI TIEMPO!

Le cerré la puerta con fuerza y volví al salón hecha una furia. Nadie se había movido. Yo los escaneé uno a uno antes de ir a por mi primer objetivo. Monty. Él tragó saliva cuando di un paso hacia él, mirándolo fijamente.
—Estoy harta de que te presentes aquí sin permiso de nadie. ¡Harta! No eres nada de mí. No eres mi novio, no eres mi ser querido, y te aseguro que no serías mi maldito amigo ni en un millón de años. Solo eres un error de mi vida del que intento olvidarme como puedo, y no porque me sigas gustando, sino porque sigo asqueada conmigo misma por pensar durante más de medio años que lo que teníamos tú y yo era amor cuando era obvio que solo era un maldito pasatiempo.

Hice una pausa. Mi pecho subía y bajaba a toda velocidad cuando di otro paso hacia él. Parecía incluso más bajito estando tan aterrado por mi enfado.
—Continua tu maldita vida o como quieras llamar a tu mísera existencia. Pero continúala lejos de esta casa, porque, la próxima vez que te vea aparecer por aquí, no voy a esperar a que mi novio venga a defenderme, lo haré yo solita. Y te advierto que he empezado a llevar un spray de pimienta en el bolso que estoy deseando con todas mis fuerzas estrenar en los ojos de un imbécil. Teniendo en cuenta que tú eres el mayor imbécil que conozco, te recomiendo que desaparezcas de mi vida antes de que me decida a hacerlo.

Él abrió la boca, pero volvió a cerrarla al no saber qué decir. Cuando agachó la cabeza. Me giré en seco hacia Vivian y Naya. Esta última se apartó de encima del estómago de Vivian cuando vio mi siguiente objetivo y se apresuró a esconderse detrás de Mike. Yo fui directa a por la rubia tumbada todavía en el suelo.
—¿Qué vas a...? —empezó.

—Cierra la boca —le espeté.

Parpadeó, sorprendida.
—¿Qué...?

—Que te calles. Que dejes de hablar. Tu timbre de voz me pone de los nervios. No te soporto. No me caes bien. Nunca me has caído bien. Toda mi vida he tenido un radar para idiotas y explotó cuando te conocí.

Se calló, perpleja, cuando me incliné hacia delante.
—¿Quién te crees que eres para intentar meterte en la relación de nadie? ¿Te crees que ser guapa lo es todo en la vida? Pues déjame contarte un secreto; la belleza se va con los años. Pero la maldad no, así que te recomiendo que te la intentes quitar antes de perder la belleza, porque si llegas con ella a la vejez, te aseguro que nadie querrá aguantarte. Y empieza cuanto antes o no e dará tiempo. Porque hay mucho trabajo de por medio.

Hice un ademán de girarme, pero volví a centrarme en ella casi al instante. Ella parecía haberse relajado, pero volvió a tensarse cuando vio que volvía a ser mi objetivo.
—Y me da igual que seas la protagonista de su película o de diez más —le advertí en voz baja—. Como me entere de que le has vuelto a dar algún tipo de droga a mi prometido, del

que sea, te juro que te buscaré yo misma y te arrepentirás de haberlo hecho. ¿Está claro?

Se quedó mirándome, aterrada.
—Te he preguntado si está claro —aclaré, levantando el tono de voz.
—S-sí...

—Sí, ¿qué?

—E-está claro...

La miré unos segundos más antes de levantar la cabeza. Mike abrió los ojos como platos cuando vio que lo estaba mirando fijamente. Naya se apresuró a apartarse de él, dejándolo solo ante el peligro.
—Ho-hola cuñada... qué guapa vas hoy... ese color realza el castaño de tus oj...

—Ni se te ocurra piropearme ahora —le espeté—. Estoy harta de los problemas con tu hermano. Harta.

Asintió con la cabeza lentamente, pero no había terminado.
—Estaba todo bien hasta que tuviste que arruinarlo con un maldito beso. ¿Es que no te enteraste las otras dos veces que hiciste eso con sus novias de que eso no estaba bien? ¿Necesitabas que yo me enfadara contigo para darte cuenta esta vez?

—Yo no...

—No. He. Terminado.

Se calló enseguida.
—Me da igual que tu padre no te prestara la atención que te merecías. Todos hemos tenido menos amor del que merecemos, Mike. Todos. Yo soy la maldita pequeña de cinco hermanos. ¿Te crees que mis padres me prestaban mucha atención? Te daré una pista: jodidamente no. Pasaban de mí. Y tuve que aprender a valerme por mí solita. Si yo pude hacerlo siendo la idiota que soy, tú también puedes. Así que deja de usarlo como excusa para hacer lo que te venga en gana y empieza a madurar y a afrontar las consecuencias de tus act...
Me giré en seco hacia Jane cuando se puso a llorar y ella se detuvo al instante, mirándome con los ojos muy abiertos, precavida.
Señalé a Sue, que seguía grabándolo todo con una sonrisita divertida.
—O apagas eso, o lo lanzo por la ventana. Y tú irás detrás.

Sue dejó de sonreír y escondió el móvil lentamente, como si un movimiento rápido fuera a hacer que me volviera loca.
Justo lo estaba haciendo cuando escuché una risita a mi espalda. Me giré hacia Jack como una asesina en serie y lo vi riéndose de Sue. Sin embargo, su sonrisa se borró por completo cuando vio que iba directa hacia él.
—Y, tú, Jack Ross, escúchame bien... —empecé, furiosa.

No me detuve cuando dio unos pasos atrás y se quedó sentado en el sofá con mi dedo a unos pocos centímetros de su nariz.
—Se acabaron las tonterías. Las drogas, el alcohol, las chicas, los secretos... todo. Estoy harta. Harta. ¿Me has oído? Muy harta. Como vuelva a enterarme de que me has estado engañando con alguna de esas cosas o con cualquier otra, bajaré a la calle y le regalaré el anillo a la primera persona que vea. Y vas a ser tú quien le diga a mi madre que la única hija que tenía a punto de casarse ha decidido dejar al idiota de su prometido. ¿Está claro?

Asintió con la cabeza cautelosamente, especialmente cuando acerqué aún más el dedo a su cara.
—Y también se acabó lo de Mike. Se acabó. Se disculpó contigo. Y yo también lo hice. ¿Ha cometido errores? Sí. ¿Muchísimos? También. ¿Y cuántos has cometido tú? ¿Cuántos he cometido yo? ¿Cuántas veces nos hemos disculpado o hemos admitido que no teníamos la razón? Porque te recuerdo que él lo ha hecho todas y cada una de esas veces. Y me da igual que lo hayas estado cuidando durante años. Él te cuidó a ti cuando eras un adolescente. Un poco tarde, pero lo hizo. Así que estáis en paz. Dejad esta guerra absurda de una maldita vez para que esta casa pueda volver a ser lo que jodidamente era.

Hizo un ademán de hablar y enarqué una ceja, por lo que se calló al instante.
—Dices que quieres esperar a ver si esto se confirma, ¿no? —señalé mi tripa con la cabeza—. Pues te digo una cosa, tener un hijo es cosa de dos personas maduras y adultas. No de niños que toman una decisión impulsiva. Y yo no voy a tener a mi primer hijo con una persona que se comporta como si tuviera dieciséis años. Así que déjate de tonterías y empieza a demostrarme que esto va en serio de una vez. Y no poniéndome un anillo en el dedo, sino no volviendo a aceptar una bolsita de esas, no volviendo a beber compulsivamente y no volviendo a discutir con tu hermano por algo que llevas guardándole desde hace años. Demuéstrame que eres el maldito hombre del que me enamoré y no el niño que me pone de los nervios y entonces, solo entonces, querré tener a tu mini-Jay.
Respiré hondo y me incorporé. Todo el mundo seguía mirándome fijamente. Puse ambos puños en las caderas.
—Y, ahora, todo aquel que no viva aquí tiene diez segundos para irse de una maldita vez o voy a ir a por el spray de pimienta.

Al instante en que lo dije, vi que Vivian, Monty y Mike se apresuraban a volver a la vida y dirigirse a la puerta. Puse los ojos en blanco.
—Tú no, Mike.

Él se detuvo al instante, rojo como un tomate, junto a la entrada del salón. Miré a Vivian marchándose apresuradamente sin mirar a nadie y a Monty deteniéndose un momento delante de mí, dudando. Hizo un ademán de hablar.
—Vete de mi vida —le espeté.

Él se cortó y agachó la cabeza, yendo a la puerta. Suspiré cuando escuché que se cerraba y, los restantes, permanecían en silencio a mi alrededor. Los miré con los labios apretados.

—¿Alguien tiene algo más que quiera añadir a esta espléndida velada para que terminemos todas las malditas discusiones de una vez?

Como no dijeron nada, supuse que no. Volví a girarme hacia Jack, que levantó las manos en señal de rendición.
—¡Yo no he dicho nada!

—No es eso. Ven aquí.
Tras dudar un momento, se acercó a mí y se quedó de pie a mi lado, algo confuso. Yo, por mi parte, me adelante y agarré de la manga de la camiseta a Mike, arrastrándolo a su lado. Al final, se quedaron uno delante del otro mirándose con una mezcla de confusión y mala cara.
—Quiero que os abracéis —me crucé de brazos.

Si el silencio antes era tenso, ahora fue todavía peor. Jack me miró con una mueca de horror.
—¿Qué?

—Ya me has oído. Abraza a tu hermano y haz las paces con él.

—No quiero abrazar a este idiota.

—Yo nunca digo que no a un abrazo —dijo Mike alegremente.

—Me da igual lo que quieras, Jack —le dije directamente—. Esto es absurdo. Deja ya las tonterías de adolescente y aprende a perdonar. Abraza a tu hermano.

—No pienso abr...
—Como no abraces ahora mismo a Mike y termines con esta tontería de pelea, te aseguro que a partir de ahora vas a tener esa habitación del final del pasillo para ti solito.

Me miró un momento con el ceño fruncido antes de ponerle todavía peor cara a su hermano. Mike le sonrió como un angelito y abrió los brazos.
—Ven aquí, hermanito.
—Mike, no ayudas —murmuró Will.

Jack puso los ojos en blanco y, tras dudar, se acercó a Mike y le dio el dichoso abrazo. No pude evitar esbozar una sonrisita de superioridad cuando se separó de él con mala cara y me miró.
—Ya está. ¿Contenta?

—Mucho —sonreí—. Por fin.

—¡Hacía años que no me abrazabas, Jackie! —le dijo Mike alegremente—. Casi me he emocionado y todo.

—Y no voy a volver a abrazarte en mi vida —le aseguró él, enfurruñado.

—Bueno —Sue suspiró—, ¿eso quiere decir que el parásito va a volver a nuestro sofá?

—No finjas, Susie, sé que me has echado de menos.

—Como vuelvas a llamarme Susie, te lanzo la niña a la cara.

—¡No uses a mi hija de arma arrojadiza! —le advirtió Naya.

Y, así, se pusieron a discutir como siempre. Como si nada hubiera pasado.
Yo me quedé al margen mientras hablaban de armas arrojadizas y bebés y miré a Jack. Él tenía los brazos cruzados, pero parecía que la tensión de sus hombros había desaparecido un poco.
—Vamos, Jackie, anímate —bromeé, dándole un codazo suave en las costillas—, ya volvemos a ser la familia feliz y disfuncional de siempre.

—Oh, sí, éramos muy felices hace cinco minutos, mientras le gritabas a esos dos idiotas que se fueran de aquí.
—Se lo merecían.

Nos quedamos los dos en silencio un momento mirando a los demás peleándose por Jane, que iba de un lado a otro por los aires y Will intentaba rescatarla. Esa niña iba a terminar con cincuenta traumas infantiles.
—No te voy a engañar... —murmuró Jack.

—¿Con qué?

—Con que me he puesto un poco cachondo cuando le has empezado a gritar a todo el mundo de esa forma.

Mi cara se volvió roja al instante y me dedicó una sonrisa pervertida.
—¿Q-qué...?

—Nunca te había visto así. Ya podrías enfadarte más veces. Incluso tu culo parecía verse mejor cuando ibas de un lado a otro gritando. Y mira que es difícil.

—¡Jack!

—¿No has dicho que no querías secretos?

—¡Eso puedes seguir guardándotelo!

—Soy una persona generosa. Me gusta compartir.

Suspiré y negué con la cabeza. Aprovechando que los demás seguían distraídos enzarzados en su pequeña batalla, me di la vuelta y fui directa a la habitación. Definitivamente, necesitaba descansar un poco

CAPITULO 25

—Es que… yo…

Me miré de nuevo en el espejo con una mueca de indecisión. Mi madre, Mary, Agnes, Naya, Sue y Shanon, sentadas en el alargado sofá de seda, tenían sonrisas expectantes.
Bueno, Sue solo estaba de brazos cruzados con cara de desear que eso terminara. La verdad es que no me esperaba que viniera a ver vestidos de novia, pero ni siquiera había protestado.
—¿Qué? —preguntó mamá, entusiasmada—. ¿No es genial?

Mi mirada se desvió al enorme y pomposo vestido blanco con velo, hombreras y un escote que casi hizo que Mary se desmayara.
No, no era genial. Parecía sacada de una película de terror de los sesenta.
—Mamá… —me aclaré la garganta—, es que… mhm… tenía en mente… algo… distinto.

—¿Algo distinto? —preguntó ella, confusa.

—Algo mejor —aclaró Sue.

Ella, Shanon y Agnes empezaron a reírse entre ellas. Lo que les faltaba a esas tres. Hacerse amiguitas.
Mary les dirigió una mirada de advertencia y las tres pararon.
—¿Y qué…? —preguntó Naya, que estaba ocupada intentando ajustar mejor la chaquetita que llevaba Jane—. ¿Te quieres estar quieta, pequeño diablillo?

—¡Dah! —le gritó ella, tirándole del pelo.

Naya puso una mueca de desesperación y Mary la miró como si la entendiera a la perfección.
—¿Quieres que me encargue yo, querida?

—Por favor. O mataré a mi hija.

Mientras Mary sujetaba a Jane —que, en cuanto dejaba los brazos de Naya, se volvía un angelito— y le ponía bien la prenda, miré a mamá. Ella ya empezaba a poner una mueca dramática.
—¡Ya no te gusta nada de lo que te digo!

—Mamá, venga, no seas así —protestó Shanon—. Es su boda. Tiene que estar cómoda.

—¡Pero… yo soy su madre! ¡Tengo derecho a opinar!

—Y vas a opinar, pero sobre el vestido que ella quiera —mi hermana me miró y yo gesticulé un *gracias*—. ¿Qué tienes en mente?

—Algo menos... más... —no encontraba palabras que no fueran ofensivas cuando me giré y miré abajo—. Es que no puedo ni moverme. Me siento como si estuviera en un ataúd blanco.
—Interesante comparación —murmuró Sue.

—Quieres algo más sencillo, ¿no? —preguntó Agnes.

—¡Exacto! —por fin alguien que lo entendía—. Sin hombreras, y faldas de dos metros de anchura... algo sencillo. Si estaremos en una playa...

—No me lo recuerdes —protestó mamá, todavía enfurruñada. La boda no estaba saliendo como ella quería.

—Pues a mí me gusta la idea de la playa —dijo Mary, devolviéndole a Naya su hija—. Es original. Y será en la playa que hay delante de casa de tus padres, ¿no, querida?

—Sí —puse una mueca—. Habrá que quitar las botellas de alcohol vacías de la arena.

—Un lugar paradisíaco —murmuró Shanon.

—Bueno —la chica de la tienda se había mantenido al margen hasta ese momento, pero al mi cara con el vestido, se apresuró a adelantarse—, ¿quieres que te traiga algo más sencillo? Tenemos vestidos bastante bohemios.

—¡¿Bohemios?! —a mi madre iba a explotarle la cabeza.
Yo solo miré a la chica de la tienda.
—Tú tráelos, ya me ocupo de ella —le susurré.

Pareció divertida cuando fue a por otro carrito de vestidos. Yo, por mi parte, me metí otra vez en el probador y me quité el ostentoso vestido gigante. Pesaba más que yo. Shanon se asomó entre las cortinas para pasarme la bata que me habían dejado los de la tienda y volví a salir para revisar los vestidos nuevos.
Lástima que no hubiera sitio para mí, porque todas mis acompañantes tenían las narices metidas en el montón de vestidos blancos. Suspiré y me crucé de brazos. Nadie pareció darse cuenta de mi presencia mientras discutían entre ellas sobre cuál era mejor.
Me dejé caer en el sofá, irritada. Habían estado así toda la mañana. Y, por lo visto, estarían así toda la tarde. Si yo quería platos con carne en la boda, ellas los querían con pescado. Si yo quería las sillas beige, ellas las querían azules. Si yo quería llevar el pelo suelto, ellas preferían que lo llevara atado. Y así con todo.
¿No se suponía que era mi boda? Bueno, y la de Jack, pero no me atrevía a meterlo en medio de ese grupo. Iba a terminar matando a alguien.
Suspiré y estiré el brazo hacia una revista cualquiera para distraerme. Al ver la portada, puse una mueca de disgusto.
Como diría mi hermano... nunca es tarde para que el día empeore, ¿no?
Jack y yo estábamos en la portada. Él tiraba de mi mano y estaba de mal humor. Y se veía perfectamente que yo llevaba puesto un anillo. Y parecía un poco perdida, por cierto.
Encima, me habían sacado mi lado malo, los muy asquerosos.

Y, claro, el titular. No necesité leerlo completo. Con la palabra *cazafortunas* fue suficiente. Ahora, todo el mundo se creía que me casaba con él por su dinero. Había perdido la vuenta de la cantidad de veces que había leído esa palabra en las revistas, justo al lado de mi nombre o de mi cara. Era muy agobiante.
Estaba segura de que, si no fuera porque la recompensa era casarme con Jack, me habría hartado muy pronto.
Además, él se lo tomaba peor que yo. Especialmente cuando los titulares se metían conmigo. Empezaba a soltar palabrotas y le decía a Joey que no pensaba volver a concederles una entrevista a ninguna de ellas. Al final, consiguió que unas pocas revistas me dejaran en paz, pero todas las demás seguían metiéndose conmigo.
La chica de la tienda debió ver mi cara de estrés y me dedicó una sonrisa amable. Solo ella y Shanon se habían quedado al margen conmigo.
Por cierto, Shanon era la única que no intentaba imponer sus ideas sobre las mías. Esos días me estaba recordando por qué la quería tanto. Especialmente cuando aplacaba a mi madre en sus intentos de decidirlo absolutamente todo.
—Esto pasa mucho —me aseguró la chica de la tienda, señalando a mi séquito con la cabeza.

—¿Qué parte? —pregunté, un poco desanimada.

—La parte en la que los familiares intentan controlarlo todo —ella se encogió de hombros—. Si vierais la cantidad de discusiones que he presenciado aquí...

—¿Y no tenéis extintores o algo así para dispersarlas? —preguntó Shanon.

—No —ella se rió—. Pero no es mala idea.

Escuché que me seguían cuando fui a por el montón de vestidos "bohemios" que ellas habían desechado. Ni siquiera se dieron cuenta de que estaba mirándolos detrás de ellas. No me gustaron especialmente, pero era definitivamente mejores que los demás.
Nunca hubiera dicho que un simple vestido pudiera estresarme tanto. Pero tampoco me había parado a pensarlo. Es decir, tenía que salir bien en las fotos. Lo último que me faltaba ya era salir como un ogro en las fotos de mi propia boda. Lo que me llevaba a pensar en que tenía que contratar a algún fotógrafo.
Pareció que Shanon me había leído la mente, como siempre.
—Yo me encargo del catering y las fotos —me aseguró—. He encontrado una fotógrafa bastante buena por aquí cerca. Puedo presentártela a ver si te cae bien. Es estudiante de fotografía, así que podríamos pedirle un descuento por falta de experiencia o algo así. Aprovechémonos de la dura vida estudiantil.
—El espíritu capitalista te está invadiendo, hermana.

—Siempre ha estado dentro de mí, ahora solo se está manifestando.

Empecé a reírme, pero la risa se murió al instante en que mis ojos se clavaron en una de las prendas que tenía delante. Aparté el resto de vestidos que había encima y la levanté. Mi mirada se iluminó cuando pude ver el vestido completo.

Shanon y la chica me miraron, confusas. Mi hermana fue la primera en adivinar mis intenciones.
—Bueno... al menos, ya tenemos vestido. Un problema menos.

***

Estresada era una expresión que se quedaba muy corta a cómo me sentía. Muy, muy corta. Maldita boda.
Piensa en la noche de bodas y se te pasa.
Cuando por fin llegué al piso, me sentía medio muerta por dentro. Fui directamente a la cocina y agarré las galletas de chocolate de Jack, dejándome caer en el sofá con ellas.
Él, Mike y Will, que habían estado todo el rato sentados en el otro sofá, me miraron con una ceja enarcada cuando me puse a devorarlas sin prestarles atención.
—Bienvenida a casa, amor mío —dijo Jack, divertido—. ¿Qué tal tu día? Te veo muy bien.

—Pues mal —mascullé, malhumorada—. No me gusta estar estresada. Me da hambre.

Naya, Sue y Jane llegaron en ese momento. Mi madre y Shanon se alojaban en un hotel cercano. No habían querido molestar pese a que habíamos insistido en pagar nosotros. Es decir, Jack. Yo seguía siendo pobre.
Naya ahogó un grito cuando me vio y vino corriendo a quitarme las galletas de un manotazo.
—¡De eso nada!

—¡Oye! —protesté.

—¡No vas a engordar meses antes de tu boda, señorita!

—¡Dame las galletas, Naya!

—¡No!

—¡Dámelas o...!

—¡Cariño, atrápalas!

Naya se las lanzó de mala manera a Will y él hizo lo que pudo para atraparlas antes de que le dieran en la cabeza. A Mike le voló una galleta a la cara.
Jane, en los brazos de Sue, se reía abiertamente como si entendiera toda la situación.
—¡Naya! —protestó Will.

—¡Podrías habernos matado! —protestó Mike.

—Son galletas, no granadas —ella puso los ojos en blanco y me miró—. Y a ti no te voy a dejar comer compulsivamente. Ya me lo agradecerás.

Resoplé y me tumbé boca abajo, agotada. Maldita vida. Maldita boda. Maldito todo.
—¿Y si me auto-ahogo con la cara en la almohada? —mascullé.

—Bueno —comentó Mike, comiéndose la galleta que le había dado en la cara—, está claro que las cosas por aquí están muy tranquilas. Tal y como las dejé.

Lo miré de reojo y vi que Jack se ponía de pie y se acercaba. Se sentó a mi lado y me dio la vuelta por los hombros para que lo mirara. Me puso la cabeza en su regazo. Parecía un poco preocupado.
—¿Qué pasa? ¿No has encontrado vestido? —preguntó—. Tampoco se acaba el mundo, tienes un montón de meses. Encontrarás alguno y...

—Sí lo he encontrado —protesté como una niña pequeña.

—¿Entonces? —Jack miró a Naya y Sue en busca de ayuda.

—Que la están agobiando —le explicó Sue.

Él frunció el ceño al instante.
—¿Quién? —espetó.
—No es la prensa, fiera —Naya sonrió con su repentino ataque de protección.

—Son vuestras queridas familias. Y esta —Sue señaló a Naya con la cabeza.

Ella pareció profundamente ofendida.
—¡Yo solo doy mi opinión!

Jack las ignoró y me miró.
—¿Es eso? ¿Te están agobiando?

—No... bueno... un poco... pero... —de pronto, una ola de culpabilidad me inundó—. Es decir, están ilusionadas, pero... es que no me dejan elegir nada. He tenido que comprar el vestido prácticamente a escondidas. Como si fuera un maldito adolescente comprando alcohol.

—Jen, es nuestra boda —me dijo, frunciendo el ceño—. Tienes todo el derecho a elegir lo que quieras.
—Eso díselo a tu suegra —Naya sonrió.
—O a tu madre y tu abuela —replicó Sue.

Jack suspiró.
—Ya hablaré con ellas.
—Jack, como te metas con los gustos de mi madre, va a dejar de adorarte —advertí.

—Prefiero que me adore su hija pequeña, la verdad. Aunque sé que ya lo hace.

Casi lloré de alivio. Por fin un poco de apoyo.
—Oye —Mike siguió comiendo su galleta—, ¿y cuándo os vais a mudar?

Levanté la cabeza al instante, confusa.
—¿Mudar?

—Bueno, ¿no os iréis a...?

Se calló de repente y me di cuenta de que su hermano lo asesinaba de diez formas distintas con la mirada. Mike enrojeció hasta las orejas y se metió el resto de galleta en la boca para no tener que decir nada más.
—¿Qué ibas a decir? —miré a Jack—. ¿Qué iba a decir?

—¡Nada! —me aseguró Mike con la boca llena.

Barrí a todos los de la habitación con una mirada escrutadora. Incluso Jane pareció hacerse la ciega.
—Bueeeeeeno —Naya soltó una risita divertida—. ¿No es la hora del baño, hija mía querida?

—¡Dah!

De pronto, eran amiguitas otra vez. Genial.
—Y papi tiene que supervisar que todo vaya bien —Will asintió con la cabeza, poniéndose de pie.
—Y tío Mike tiene que... eh... fumar —él asintió con la cabeza—. Sí. Eso. Eh... fumar. Adiós. Pasadlo bien.

Se fue rápidamente a la puerta y escuché la ventana del pasillo. Will, Naya y Jane desaparecieron en el cuarto de baño. Miré a Sue, la única restante, que nos observaba con aburrimiento.
—Yo solo no quiero escuchar esto —se encogió de hombros—. Adiós.

Negué con la cabeza cuando se encerró en su habitación y miré a Jack. Parecía tenso y yo me tensé instintivamente, revisándolo de arriba abajo.
—¿Qué has hecho? —pregunté directamente.

—¡Nada! —me aseguró enseguida, ofendido—. ¿Por qué me miras así?

—Porque tienes una de las mayores caras de culpabilidad que te he visto en mi vida. ¿Qué has hecho?

—Nada... malo —aclaró.

Me senté para poder fulminarlo mejor con los ojos.
—¿Y algo bueno sí? —le interrogué.

—Bueno... tampoco.

—¿Y qué es?

—¿Quieres que te traiga otra vez las galle...?

—Jack —advertí.

Él suspiró y se pasó una mano por la nuca. Oh, oh. Estaba nervioso. ¿Qué demonios había hecho? Notó que me tensaba aún más y me frunció el ceño.
—¿Puedes dejar de mirarme como si hubiera matado a un perrito?

—¡¿Has matado a un perrito?!

—¿Qué...? ¡Claro que no! ¿Quieres centrarte?

—¡Pues dime algo ya, me estás poniendo de los nervios!

—¡Vale!

Resopló y se dio la vuelta para quedarse sentado, mirándome fijamente. Tragué saliva y esperé, más tensa que nunca.
—¿Y bien? —pregunté.

Él se mordió el labio antes de hablar por fin.
—He estado pensando... en comprar una casa.

Parpadeé dos veces antes de fruncir el ceño.
—¿Eh?

—Una casa, Jen. Para nosotros.

Fue como si me lo hubiera dicho en chino. Volví a parpadear, mirándolo fijamente. Vi que me revisaba la expresión e intentaba reprimir una sonrisa.
—Bueno, o un piso —replicó—. Lo que quieras. No tengo preferencia.

—¿Qué...? —intenté reaccionar—. ¿Qué casa?

—Yo... bueno, no quería decidir nada sin que tú estuvieras de acuerdo, pero tenía una en concreto en mente.

Por algún motivo, se me aceleró el pulso.
—¿C-cuál?

—Oye, igual ahora mismo estás muy agobiada por lo de la boda y no quieres...

—Jack, como me dejes a medias, te tiro las galletas a la cara.

—Vale, vale —empezó a reírse antes de aclararse la garganta y volver al tema—. Yo...

Hizo una pausa, pensándolo.
—Mis padres ya se han divorciado —aclaró—. Del todo.

—Sí, lo sé —murmuré.

—Mi madre se ha quedado con la mitad de todo. Incluidas dos casas. Bueno, y nuestra casa. La que tú conoces.

—P-pero... ¿cuántas casas tenéis? —abrí la boca, sorprendida.

—Unas cuantas —sonrió—. Lo que quiero decir es que ella gana dinero con sus cuadros y todo ese rollo, pero no lo suficiente como mantener tres casas. Y tampoco quiere hacerlo. No las necesita. Así que... mhm... quería comprarle alguna de esas casas para que tuviera dinero de sobra y, de paso, quitarnos un problema de encima. ¿No dijiste que querías que te demostrara que iba en serio con esto?

Yo volví a mirarlo como una idiota por unos segundos.
—¿Qué casa?

Hizo una pausa, carraspeando.
—He pensado en comprarle la casa del lago.

No supe qué decirle. Él seguía mirándome fijamente y esperaba una respuesta. Me aparté el mechón de pelo que siempre se me salía, agachando la mirada a mi regazo. No me esperaba tener esa conversación. Al menos, no ese día. O, bueno, quizá nunca. Había estado tan ocupada con el estúpido vestido y la ceremonia que no había pensado en todo lo demás.
—Yo... —empecé.

—Es una idea. No tenemos por qué hacerlo —añadió al ver mi cara de espanto—. Will ya me ha dicho que podemos quedarnos aquí tanto tiempo como queramos.

—No, yo... —intenté centrarme en decir algo coherente—. ¿La casa esa... que tiene un lago?

—Sí, Jen, solemos llamarla la casa del lago por el lago que tiene al lado.

—P-pero... ¿puedes permitirte eso?

Casi empezó a reírse ante mi perplejidad.
—Pues claro que sí.

—Pero ¿tú cuánto ganas? ¿La gente se suele hacer multimillonaria con una peliculita?

—No soy multimillonario —empezó a reírse—. Y te recuerdo que son dos peliculitas. Aunque empezaré a cobrar de verdad por la otra al empezar a grabarla. Entonces, ya podremos comprarnos otra.

—Sí, claro, y nos compramos una mansión en Paris, también.

Levantó las cejas.
—¿Quieres una mansión en París?

—¡No! ¡Era solo...! ¿C-cómo puedes tener tanto dinero y estar tan tranquilo?

—Podrías ver mi cuenta si quisieras. Lo sabes, ¿no? Pronto también será tu dinero.

—Prefiero no verla o me daría un infarto.

Sonrió, divertido.

—Bueno, no hay prisa. Piénsalo el tiempo que quieras. Total, no nos casamos hasta dentro de una eternidad. Y por tu culpa.

—Prefiero esperar que casarme en una playa en pleno invierno, la verdad —entrecerré los ojos.

Suspiró dramáticamente y yo aproveché para aclararme la garganta, un poco incómoda. Eso que volviera a tener su atención.
—¿Qué? —preguntó, curioso.
—Yo... he estado pensando en todo eso del dinero, y las revistas... y...

—No empieces —me advirtió.

—¡Ni siquiera sabes lo que quiero decir!

—Que no quieres que lo pague todo. Eres muy pesada con el tema.

Pues ha acertado.
Cállate, conciencia.
—Vaya, gracias, futuro marido.

—Jen, deja de preocuparte por el dinero.
—¡No era eso! —lo detuve por el brazo cuando hizo un ademán de levantarse—. Bueno, un poco sí que lo era. ¡Pero no exactamente!

Me miró un poco más relajado.
—Muy bien, ¿qué pasa?

—Yo... —carraspeé—. ¿Has pensado en que... firmemos algo?

No pareció entender muy bien lo que decía.
—¿Firmar qué? ¿Los papeles de la boda?

—No, Jack. Otros. Antes de la boda.

—¿Qué otr...? —se detuvo abruptamente y su mirada se heló.

Vale, ya lo había entendido.
Y, por su mirada, no le había gustado. En absoluto.
—¿Crees que quiero que firmes una separación de bienes? —me preguntó, enfadado.

Bueno, sabía que iba a tomárselo mal, pero no esperaba que se enfadara directamente. Noté que se me encendían las mejillas cuando me miró fijamente de esa forma. Nunca me acostumbraría a que se enfadara conmigo. O a que me mirara así. Pocas veces lo hacía enfadar de esa forma.
—Solo lo digo por... por estar seguros. Para que estés seguro de mí.

—¿Seguro de qué? ¿De que no te casas conmigo por el dinero?

—Pues sí, Jack.

Su enfado fue en aumento. No lo estaba solucionando mucho. De hecho, lo estaba empeorando.
Como siempre.
—¿Crees que pienso que estás conmigo por el dinero, Jen? ¿En serio?

—No, Jack, pero...

—No voy a firmar nada.

—¿Qué más te da? Solo es un papel. Y estaremos todos tranquilos.

—¿Estaremos? ¿Quiénes? ¿Las revistas? ¿Mi padre?

Mis mejillas se volvieron todavía más rojas cuando él frunció profundamente el ceño. Si su mirada antes era fría, ahora simplemente gélida.
—¿Te ha dicho algo? —preguntó en voz baja.

—¡No! —le aseguré enseguida y pareció relajarse un poco. Solo un poco—. Jack, yo... sinceramente, todo el mundo cree que me caso contigo por el dinero.
—No todo el mundo.

—Pues la mayoría de la gente.

—Yo no lo pienso. Es lo que debería importarte.

—Solo quiero que te quedes tranquilo.

—Estaba muy tranquilo hasta que me has sacado el tema.

Se puso de pie y yo me apresuré a seguirlo, deteniéndolo por el codo junto al otro sofá. Me miró a regañadientes.
—¿Y si dentro de diez años discutimos y no quieres volver a verme? ¿Y si conoces a otra persona? —insistí—. ¿No te gustaría poder elegir si tus cosas siguen siendo tuyas o no?

Eso pareció ofenderlo más aún y le solté el brazo, suspirando.
—¿Eso es lo que piensas? ¿Que algún día me iré con otra y te dejaré tirada? —preguntó, enfadado y ofendido a partes iguales.
—No es que lo crea, pero...

—Joder, Jen. ¿Qué más tengo que hacer para que te des cuenta de no voy a volver a querer a nadie más?

Mis mejillas estaban tan rojas que irradiaban más calor que una chimenea. Él suspiró y se pasó una mano por el pelo.
—No firmaré nada —finalizó—. Y no quiero seguir hablando del tema.

Mantuve la cara agachada, todavía roja como un tomate. No me esperaba esa discusión. Me esperaba que firmara el papel con tal de no discutir. Y que se quedara más tranquilo. Pero había conseguido lo contrario.
—No te enfades conmigo —murmuré, mirándome las manos.
Noté que su cuerpo se relajaba casi al instante. Se acercó a mí y me levantó la cara con la mano en mi mentón.
—No estoy enfadado contigo —suavizó el tono—. Solo… deja de escuchar a la gente que dice tonterías. Siempre los escuchas más a ellos que a mí. Es frustrante.

—Lo siento.

—No te disculpes por eso —negó con la cabeza—. Solo… ¿puedes entender que confío en ti y dejar el tema?

Asentí con la cabeza lentamente y él me atrajo para darme un pequeño abrazo que yo misma alargué, rodeándole el pecho con los brazos. Apoyé la mejilla en su hombro, de puntillas, y noté su mano en la parte baja de mi espalda.
—¿Y si dentro de diez años tengo un amante y quiero fugarme con él? —sugerí.

—Tranquila, yo lo mato y asunto arreglado.

Empecé a reírme sin poder evitarlo y él me separó para mirarme.
—Entonces, ¿ya tienes vestido? —enarcó una ceja, volviendo a un tema más tranquilo.

—Sí —mi tono sonó bastante más ilusionado de lo que pretendía.

—¿Y cómo es?

—No puedo decírtelo. Da mala suerte.

—Verlo da mala suerte. Contar unos detalles *inocentes* no.

—¿Y qué detalles *inocentes* quieres que te cuente exactamente?

—No lo sé… ¿se te marca bien el culo? ¿O se transparenta, al menos?

Abrí los ojos de par en par y le di un manotazo en el hombro. Él dio un respingo.
—¡Era una pregunta seria! —protestó.

—¡Mi familia estará ahí! ¡Y la tuya también!

—Es decir, que no se ve nada —puso un mohín.

—Pues no.

Al ver su cara de decepción, noté que una pequeña sonrisa pervertida empezaba a bailarme en los labios.
—Peeeero… —dejé la palabra al aire.

Volvió a mirarme, mucho más interesado de lo que había estado hasta ahora.

—¿Peeeero...? —quiso saber.

—Peeeero... cuando volvía... quizá me haya detenido a por algunas cosas. En otra tienda. Con mi hermana.

Ladeó la cabeza, mirándome de arriba abajo.
—¿Qué cosas? —quiso saber, dando un paso hacia mí.

—Lencería... para la noche de bodas.

Vi que sus labios se curvaban casi al instante en una sonrisa maliciosa.
—¿Y qué te hace pensar que en la noche de bodas voy a dejarte llevar algo puesto?

Maldita sea. Cada vez que intentaba ser la pervertida de la relación, él se me adelantaba. Era injusto. Ya estaba yo avergonzada y él sonreía maliciosamente, acercándose a mí.
—Aunque todavía recuerdo la única vez que te has puesto lencería. No me importaría volver a verlo. En absoluto.

Mi cara se volvía más roja a cada palabra y él lo sabía, porque su sonrisa se había ensanchado. Especialmente cuando me alcanzó la cadera con una mano y me atrajo a su cuerpo.
—¿No crees que deberíamos practicar?

—¿P-practicar? —mierda, ya estaba tartamudeando.

—Exacto. Ven aquí.

Mi vergüenza se esfumó cuando esperé a que me besara. Sin embargo, no llegó a hacerlo. Abrí los ojos de nuevo y vi que la sonrisa se le había borrado. Yo ya tenía las manos en sus hombros y noté que se tensaban un poco.
—¿Qué? —pregunté, preocupada.

—Todavía no hemos decidido qué hacer con el pequeño... ejem... asunto.

No entendí nada hasta que miró abajo, a mi estómago.
—Oh —murmuré—. La de la farmacia me dijo que la píldora se puede tomar hasta cinco días después, pero cada día es menos eficaz.
—¿Y cuántos han pasado?

—Tres.

Nos quedamos en silencio un momento.
—¿Y...? —lo noté un poco nervioso—. ¿Te compraste... eh...?

—Sí, también me compré una prueba. Pero lo ideal es hacerla unos días después de un retraso en la menstruación.

—¿Cuándo...?

—Dentro de dos semanas.

—Pues sí que estabas ovulando cuando te lo pregunté.

Me hizo un poco de gracia que pareciera más nervioso que yo.
—Bueno... ya sabes lo que pienso —dijo—. Ahora solo queda saber qué piensas tú.

Solté una risita nerviosa.
—Lo que pienso es que hace un año y medio mi mayor preocupación era que mi mejor amiga no me respondiera las llamadas y, ahora, estoy organizando una boda, planeando mudarme con mi casi-marido y considerando tener un futuro hijo.

Intentó no reírse con todas sus fuerzas cuando volví a soltar una risita nerviosa.
—No sé si tomármelo como algo bueno o malo —me dijo.

—Yo me lo tomo como algo estresante —me separé y fui a por mi bolso.

Escuché que me seguía cuando saqué la píldora de él junto al test de embarazo. Los miré un momento, pensativa, antes de decantarme por la píldora y llenarme un vaso de agua. Si en algún momento le molestó, no lo dejó notar. De hecho, me dedicó una sonrisa comprensiva.
—Si no estamos listos, no hay prisa —me aseguró.

Esperaba que el agradecimiento en mis ojos fuera evidente, porque en esos momentos te aseguro que estaba agradecida.
Miré la pequeña pastillita blanca y, tras suspirar, la saqué del envase naranja y me la puse en la palma de la mano. Lo miré, dubitativa.
—Jack, no quiero...

—Haz lo que creas que es mejor —insistió.
Sabía que no lo decía por presionarme y eso hizo que mi corazón se derritiera un poco. De verdad quería que hiciera lo que yo creyera correcto. Miré de nuevo la pastilla y apreté los labios.
Finalmente, me la llevé a los labios, decidida.
Sin embargo, me detuve sin saber muy bien por qué y volví a alejarla. Lo había hecho casi por impulso. Jack frunció el ceño, sin comprender.
—¿Qué pasa? —preguntó.

No respondí. Cerré la mano en un puño y aparté la mirada.
—¿Jen? —insistió.

En silencio, rodeé la barra de la cocina y, sin pensarlo, lancé la pastillita a la basura. Al girarme, Jack tenía los labios entreabiertos.
—¿Qué...?

—Si dentro de una semana en esa cosa sale que sí, a mí me dará un infarto —advertí—. No sé si será de felicidad o de horror, pero me dará un infarto, te lo aseguro.

Él seguía perplejo. Cuando pasé por su lado y vi que empezaba a esbozar una sonrisa, lo señalé.
—Ni se te ocurra sonreír.

La borró al instante, pero seguí viéndola en sus ojos.

***

Recorrí el sofá de cuero sintético con un dedo, pensativa. Miré el resto del salón, los ventanales al patio de atrás, el muelle y el lago. Tenía un nudo de nervios en el estómago y ni siquiera estaba segura del por qué.
—¿Quieres parar de una vez? —protestó Jack detrás de mí.

Mike y Naya no habían dejado de corretear de un lado a otro para revisar cada sala de la planta baja. Will y Jane estaban a un lado, juzgándolos con los ojos.
Sue había optado por no venir porque, cito textualmente: *se la sudaban nuestros problemas*.
—¡Es que esto es enorme! —protestó Naya—. ¿Cuántos dormitorios hay?

—Cinco —dijo Jack, tan tranquilo.

—¡Cinco! ¡Yo quiero una casa con cinco dormitorios! ¡Will, haz una maldita película!

—Hazla tú —protestó él.

—¡Y tiene una casita de invitados ahí fuera! —Mike sonrió ampliamente—. Es decir, una casita bonita para mí.

—Eh, eh —lo detuvo Jack enseguida—. No está claro si vamos a comprarla, pero sí está claro que tú no vas a seguir viviendo con nosotros.

—¿Cómo que no? —Mike se giró en redondo hacia mí—. ¡Cuñada, defiéndeme!

Se escondió detrás de mí como un niño pequeño y miró a Jack con rencor por encima de mi hombro.
—No te metas con tu hermano, Jack —le dije casi automáticamente.

—Pues que deje de ser un parásito.

—¡No soy un parásito! ¡Soy un hombre muy unido a su familia!

—*Demasiado* unido —recalcó Naya.

—No sabía que ahora se pudiera amar demasiado —protestó Mike.

Puse los ojos en blanco y los dejé discutiendo para subir las escaleras. Ya había estado ahí una vez, pero había sido un año atrás y apenas lo recordaba. Recorrí las puertas y revisé las habitaciones con los ojos. Eran grandes. La casa, en general, era grande. Quizá demasiado. Me detuve delante del piano del señor Ross, al final del pasillo, y le pasé un dedo por encima.

—Podemos vender todo eso.

Jack me había seguido y ahora estaba apoyado con un hombro en la pared, mirando mi inspección.
—También podríamos devolvérselo —le dije.

—¿Crees que no tiene dinero para comprarse otro si lo necesita?

Vale, tenía razón. Suspiré y me senté en el banco del piano. Él se acercó a mí.
—¿No te gusta?

—Sí, sí me gusta —murmuré, cabizbaja—. Me encanta.

Eso pareció descolocarlo un poco. Se agachó delante de mí y apoyó las manos en mis rodillas.
—¿Y no deberías estar un poco más animada?

Me encogí de hombros.
—Jen, ¿qué pasa? —insistió.

—¿No es... demasiado?

—¿Demasiado?

—Sí... quiero decir, es mucha casa para dos personas. Bueno, tres si contamos a tu hermano.
—No lo cuentes —enarcó una ceja.

—Jack, los dos sabemos que va a terminar viviendo aquí.

Suspiró.
—Vale, pues cuéntalo. Estúpido parásito.
Sonreí y alargué una mano a su mejilla.
—¿A ti te gusta esta casa?

—¿A mí? —repitió, divertido—. ¿No estamos aquí para impresionarte a ti?

—Jack, pasaste muchos momentos de tu infancia aquí. Buenos... y malos. Con tu padre. ¿Estás seguro de que quieres vivir aquí? ¿No te afectaría?

Hizo una pausa, mirándome.
—Esta casa es perfecta —dijo finalmente.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No quiero pensar en los recuerdos que tengo de esta casa, Jen, quiero crear otros nuevos. Contigo.

De nuevo, el corazón se me derritió un poquito.

—¿No te importa que esté tan alejada de todo? —pregunté.

—La ciudad está a unos minutos en coche. No es para tanto. Y a mí me viene mejor. No tendré que seguir preocupándome de asesinar a un paparazzi cada vez que bajes las escaleras del piso.

—Bueno, y no tendríamos vecinos —añadí.

—En realidad, hay una casa a dos minutos andando. Es de unos amigos de mis padres.

—También ricos —adiviné.

—Ahora vive ahí su hija mayor embarazada con su marido. Tienen nuestra edad —se encogió de hombros—. Igual hasta hacemos amiguitos nuevos. Y, si al final tenemos un pastelito en el horno, cuando nazca tendrá la misma edad que el del vecino.

Sonreí, divertida.
—¿Un pastelito?

—Era una metáfora preciosa.

Negué con la cabeza, sonriendo.
—Muy bien, entonces. Decidido.

Él también sonrió, pero parecía un poco confuso.
—¿El qué?

—Me encanta esta casa, Jack.

La frase quedó suspendida en el aire por unos segundos hasta que él terminó de entender lo que le estaba diciendo.
—¿Quieres que vivamos aquí?

—A ti te hace ilusión y a mí me encanta la casa —me encogí de hombros—. No creo que encontremos nada mejor.
Abrió los labios y volvió a cerrarlos, sorprendido. Yo aproveché el momento.
—¿Sabes qué?

—¿Qué? —casi me hizo sonreír que no pudiera ocultar lo contento que estaba.

—La primera vez que nos besamos, estábamos en esta misma posición.

Él miró abajo y se dio cuenta de que era cierto. Sin más preámbulos, me puso una mano en la nuca y me atrajo para besarme.

CAPITULO 26

—Ni de coña.
—Pero...

—Jack. En serio. No.

—Eres una aburrida.

Miré mejor las sábanas que me estaba enseñando. Tenían el dibujo de no sé qué película de Tarantino. Una muy sangrienta, eso seguro, porque era lo único que podía ver en ellas a parte de una maldita espada rara.
Negué con la cabeza.
—No voy a dormir con eso encima.

—Siempre puedes dormir con esto —se señaló— encima.

—Lo que tú quieras, pero te recuerdo que hemos llegado al acuerdo de que, si algo no nos gusta a ambos, no lo compramos.
—¿Qué tienen de malo? —protestó.

—¿A parte de todo?

Suspiró pesadamente.
—El compromiso te está relajando, Mushu. Solías ser más aventurera.

—¿Puedo aportar algo a la conversación? —preguntó Mike alegremente.

Los dos nos detuvimos en medio del pasillo de la tienda de muebles y lo miramos.
—¿Ya has vuelto? —Jack no ocultó muy bien su mala cara.
—Es que ya me he terminado el helado —Mike se encogió de hombros.

Sí, habíamos descubierto que la mejor forma de librarnos de Mike cuando queríamos comprar algo era darle dinero y que fuera a comerse un helado.
¿Te das cuenta de que es vuestro hijo malcriado?
—¿Y tienes que estar aquí? —le preguntó Jack.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Jack suspiró y Mike esbozó una sonrisita de triunfo cuando le volvió a dar dinero.
—No más helados —le advertí.

—¿Qué? —frunció el ceño—. ¿Y qué hago?

—Algo se te ocurrirá —Jack lo apartó para seguir andando.

Vi que volvía a salir de la tienda contando el dinero que le había dado su hermano y sacudí la cabeza. Volví a engancharme del brazo de Jack, que estaba tan animado como de costumbre con eso de ir de compras. Él apartó la mirada disimuladamente cuando un grupo se quedó mirándolo y se apresuró a meterse en otro pasillo.

—Nunca creí que me encontraría a mí mismo comprando sábanas —murmuró de mala gana.

—No son solo sábanas —recalqué.

—Oh, sí. También hemos comprado un sofá. Qué ilusión.

—Te recuerdo que lo de cambiar los muebles fue idea tuya —enarqué una ceja.

—Pero era joven e inocente. No pensaba en las consecuencias.

—Jack, han pasado unos días.

—El tiempo es relativo.

Al final, estuvimos dando vueltas por una hora más hasta que tuvimos lo que necesitábamos. El pobre Jack ya estaba amargado cuando salimos de la tienda y vimos que Mike esperaba pacientemente apoyado en el coche. Tenía una bolsa llena de golosinas en las manos. Puse los ojos en blanco cuando discutieron porque no quiso dejar que su hermano comiera ninguna.
Corrijo: son tus dos hijos malcriados.
Finalmente, los dos se subieron al coche. Jack no había conseguido comer y tenía el ceño fruncido.
Se frunció todavía más cuando Mike sostuvo la bolsa al lado de mi cabeza, sonriéndome.
—Para ti sí que hay, cuñadita.

Intenté no sonreír cuando vi que Jack lo miraba como si quisiera matarlo.
Por suerte, no hubo más discusiones de camino a casa. Naya, Will, Jane y Sue estaban sentados en los sofás y los sillones. Jane sonrió ampliamente al ver a Mike, que puso una mueca de horror cuando se puso a perseguirlo gateando mientras él la rehuía.
—¿Por qué me persigue? —protestó.
—Mira, Mike, las atraes incluso cuando son pequeñas —bromeó Naya.
—Es que todavía no tiene criterio —Sue le sonrió dulcemente.

Mike soltó un chillido cuando Jane le enganchó el tobillo de malas maneras.
—¡Will, controla a tu hija!

Mike consiguió saltar a la niña y llegó al sillón. Jane puso un puchero y fue a por su siguiente objetivo: Jack. Él la levantó con un brazo y ella se abrazó a su cuello con una feliz sonrisita.
Mal gusto no tiene.
No, la verdad es que no.
Me dejé caer al sofá suspirando pesadamente.
—¿Qué tal los preparativos para vuestra nueva casa? —preguntó Naya alegremente—. ¿Ya podemos ir a verla?

—Podéis ir, pero todavía tienen que traer algunos muebles —dije—. Qué raro se me hace tener esta conversación. Es como… muy de adultos.

—Teóricamente somos adultos —murmuró Sue, encogiéndose de hombros.
Naya puso la misma mueca de desagrado que yo.
—Yo prefiero seguir considerándome *joven* adulta —recalcó ella.

—Lo que quieras —Sue la miró—. Tienes una hija, un piso y un novio formal. Para mí, eres una adulta.

—¡No soy una adulta! ¡Soy joven!

—Sí, la verdad es que a mí también me pareces bastante adulta —Mike asintió con la cabeza.

Naya se giró hacia Will, indignada.
—¡Haz que se callen! —exigió.

Will suspiró cuando le dio un manotazo para que reaccionara.
—¿Por qué siempre tengo que solucionar yo estas cosas? —protestó.

—Porque eres el único racional del grupo —le sonreí.

Él negó con la cabeza y se vio obligado a mirar a Sue y Mike.
—¿Queréis pagar vuestra comida? —enarcó una ceja.

—Yo pago la mía —dijo Sue.

—Yo no —Mike sonrió ampliamente—. Perdonadme, queridos caseros provisionales. No pretendía ofenderos. Naya es joven y yo estúpido.
—Gracias —Naya sonrió ampliamente y se abrazó a Will, que puso los ojos en blanco.

Aunque, de repente, él me miró.
—Ahora que lo pienso... ¿qué haréis con él?

—¿Por qué lo preguntas como si no estuviera? —se enfurruñó Mike.

Miré a Jack. Él estaba ocupado poniéndole caras a Jane y haciendo que se riera, así que supuse que ni siquiera estaba escuchando.
—Va a vivir *provisionalmente* —remarqué la palabra— en nuestra casa de invitados. Sin molestarnos.

—Y gratis —Mike sonrió ampliamente—. Para que luego papá diga que no sé ganarme la vida.

—Sí, porque lo de ganar tu propio dinero y tener tu propia vida está descartado, ¿no? —Sue le enarcó una ceja.

Él lo pensó un momento antes de sonreírle seductoramente.
—¿Quieres venirte a vivir conmigo, Susie? Tengo una cama doble que será muy ancha para mí solito.
Ella suspiró y puso los ojos en blanco.
—Preferiría dormir en el suelo de una gasolinera, la verdad.

—Me rompes el alma.

—Tú no tienes de eso.

Mike le puso mala cara.
—Además —Sue volvió a mirar su móvil tranquilamente—, yo ya tengo otro piso al que ir.

Por un momento, la frase quedó flotando en el aire. Todos nos giramos hacia ella, que no se dio cuenta hasta que pasaron unos segundos.
—¿Qué? —preguntó, a la defensiva.

—¿Te vas? —no pude evitar el tono sorprendido.

—Bueno, mi expectativa de vida no es compartir piso para siempre —replicó, encogiéndose de hombros—. Y este año terminaré la carrera. Ya iba siendo hora de buscar un lugar donde vivir yo sola.
—¿Dónde vas? —le preguntó Will.

—He encontrado un ático para mí sola no muy lejos de aquí. El alquiler no está mal y es bastante más amplio que lo demás que me enseñaron, así que parece una buena oferta. Iba a decíroslo mañana. Es mi último mes aquí.

Hubo un momento de silencio absoluto. Entonces, escuché un *snif* muy característico.
A Naya le empezó a temblar el labio inferior y Jane se arrastró enseguida hacia ella para abrazarla por el cuello, cosa que solo pareció empeorar la situación.
—¿Qué pasa? —le preguntó Jack con una mueca—. ¿Ya empiezas a lloriquear otra vez? Qué pesada eres.
—Y luego yo soy la insensible —Sue sacudió la cabeza.

Naya los ignoró a ambos mientras Jane se metía un mechón de pelo suyo en la boca y ella intentaba no llorar con todas sus fuerzas.
—¿Os vais a ir todos? ¿En serio? ¡Vais a dejarme sola!
—Te recuerdo que tu novio y tu hija se quedan contigo —Will entrecerró los ojos en su dirección.

—Dah —Jane asintió con la cabeza.

—¡Pero no es lo mismo! —Naya empezó a lloriquear—. No será lo mismo si no estamos todos juntos.

Vi que nadie sabía muy bien qué hacer y me aclaré la garganta, incómoda, atrayendo su atención.
—Sue estará aquí al lado y vendrá a visitaros cada día.

Sue dio un respingo.
—¿Cada d...?

—Cada día —la corté—. Y Jack y yo... podríamos acordar un día a la semana. Para venir y cenar todos juntos. O que vinierais vosotros.
Ella lo pensó.
—O dos días a la semana. Un día en cada casa —negoció.

—Me parece bien.

Le di un codazo a Jack, que se había quedado mirando la tele. Él asintió con la cabeza enseguida.
—A mí también. Es maravilloso. La mejor idea del mundo.

Naya pareció más animada al instante.
—Bueno... seguirá dándome pena que no estéis... pero lo entiendo.

Entonces, algo brilló en su mirada. Algo maligno.
—¿Cuándo os vais vosotros dos, Jenna?

—Tres —le recordó Mike, indignado—. Dejad de olvidaros de mi existencia.

—En una dos semanas, ¿por qué?

—Porque en una semana y seis días podríamos...

—...oh, no... —Will suspiró.

—¡...organizar una cena de despedida en vuestro honor!

Como vi que nadie iba a estar muy entusiasmado con la idea, me apresuré a parecerlo yo, riendo forzadamente.
—¡Qué gran idea!

Naya se lo creyó, pero vi que Jack intentaba no reírse con todas sus fuerzas.
—Vale, ya estoy mejor —Naya suspiró alegremente—. Ya podemos decidir qué cenamos.

Mike se frotó las manos.
—Por fin pasamos a los temas interesantes.

Un buen rato más después de cenar y charlar en el salón, cada uno fue a su habitación menos Mike, que se quedó roncando en el sofá. Jack estaba a punto de meterse en la cama cuando vio que yo estaba asomada desde el pasillo mirándolo fijamente. Le hice un gesto para que no hiciera ruido y él frunció el ceño.
—¿Qué quieres?

—¿Qué parte de...? —repetí el gesto de que no hiciera ruido— ¿...no has entendido?

—Toda. ¿Se puede saber qué haces ahí asomada como un asesino en serie?

—Ven conmigo —le pedí en voz baja—. Y baja la voz o Mike nos oirá.

—Mike no nos oiría ni aunque lanzáramos una bomba nuclear a su lado.

—Muy bien, pero ven conmigo.

—¿Ahora? Tengo sueñ...
—¡Que vengas ya al cuarto de baño conmigo!

Me miró de arriba abajo y sonrió. De pronto, ya no parecía tener tanto sueño.
—¿Quieres echar un polvo en la ducha, pequeña pervertida?

—No. ¡Venga!

Su sonrisa desapareció, pero se dejó arrastrar detrás de mí. Cuando estuvimos en el cuarto de baño y cerré a su espalda, se cruzó de brazos.
—¿Y si no vamos a echar un polvo, qué se supone que tengo que hacer yo aquí?
—Para empezar, callarte.

—Sí, señora.
Sonreí, divertida, pero me descentré al instante cuando me acerqué al lavabo y rebusqué algo que había escondido un momento antes.
Él enarcó una ceja, intrigado.
—¿Vas a enseñarme tu vibrador? No sé si estoy preparado mentalmente para este momento, Michelle.

—Si yo no tengo vibrador —fruncí el ceño.

—Conmigo es suficiente, ¿eh? —levantó y bajó las cejas.

—Jack, céntrate.

—Es que no sé en qué quieres que me centre.

Lo había estado sujetando durante la pequeña conversación, pero conseguí callarlo cuando se lo enseñé. Él dejó de sonreír al instante.
—¿Eso es...?

—El test de embarazo, sí.

Deseé que mi voz no hubiera sonado tan nerviosa.
—¿Ya has...?

—Según mis cálculos, le falta un minuto.

—Un minuto —se pasó una mano por el pelo—. Joder, tenemos que usar más condones. Ya es cuestión de salud. Voy a morir joven como sigamos haciendo pruebas de estas y tenga que soportar esta presión.

Quizá en otra ocasión hubiera sonreído, pero estaba demasiado nerviosa. Repiqueteé un dedo sobre la mesa.

—¿Y si sale que no? —pregunté.

Me sorprendió a mí misma el tono de decepción que usé para decirlo. Él me miró de reojo.
—Bueno, yo te ofrezco tantos intentos como quieras.

—Hablo en serio.

—¿Y qué te hace pensar que yo no?

—Vale, ¿y si sale que sí?

—Entonces, volveremos a esa tienda tan horrible de muebles y compraremos una cuna con sábanas de Tarantino.
Sonreí y sacudí la cabeza.
—Bueno, pues si sale que sí y dentro de unos meses nos dicen que es un niño...

—...el pequeño Jay por fin verá la luz.

—¿Y si es niña?

—Se llamará Ellie, ¿no?
—Que tengamos esto tan planificado me da un poco de ansiedad.

—¿Te digo yo la ansiedad que me da que ese trasto no esté listo todavía?

—Cuarenta segundos, Jack.

—¿Y si tenemos tres hijos? —entrecerró los ojos en mi dirección.

Solté una risita nerviosa.
—Ni siquiera estoy segura de querer uno solo.

—Vamos, uno es muy poco. Con cinco es un desastre, como hemos podido comprobar contigo...

—¡Oye!

—...y con dos también. Como hemos podido comprobar conmigo. Las alternativas son tres o cuatro. A no ser que quieras seis. O siet...

—Vale. Para. Tres como mucho. Como muchísimo.

—¿Y cómo llamamos al tercero? —lo pensó un momento—. ¿Rufus?

—¿Rufus? —puse una mueca de horror.

—¿Qué tiene Rufus de malo? Es original.

—Madre mía...
—Podríamos llamarlo Ruf-ruf.

—¿Cuántas palizas quieres que le den en el recreo?

—Yo le enseñaré a defenderse. Aunque tú también podrías enseñarle a dar uno de tus puñetazos destructores.

—Muy bien, Karate kid, ¿y si fuera una niña?

—Mi instinto de padre novato me dice que sería un niño.

—Mi instinto de madre novata me dice que ahora mismo está teniendo un ataque de pánico.

—¿Y Tyler? ¿Te gusta?

Lo pensé un momento.
—No está mal.

—Pues ya tenemos nuestro trío de oro. Jay, Ellie y Ty.

—¡Solo he dicho que no estaba mal!

—Y por eso lo hemos decidido, Michelle. Somos un equipo.

—Jack, como vuelvas a llamarme Michelle...

—¿Qué le falta a ese trasto? —cambió de tema enseguida.

Miré la hora en el móvil y se me detuvo el corazón cuando me di cuenta de que ya estaba listo. Él debió verme la cara de espanto, porque se llevó una mano al corazón.
—No he rezado en mi vida, pero creo que empezaré hoy —murmuró.

—¿Para que salga que sí o que no?

—Que sí, obviamente.

—Yo no estoy tan segura.

Me aparté de él, nerviosa, y agaché la cabeza, mirando el test. Noté su mirada ansiosa clavada en mi nuca.
—¿Y bien? —preguntó, impaciente—. ¿Voy a comprar condones o una cuna?
—No... ¿cuántas rayas son para decir que sí?
—Una raya es que no. Dos es que sí.

Me aclaré la garganta, incómoda.
—Es que veo cinco rayas.

—¿Qué...?

Se detuvo un momento antes de fruncirme el ceño.
—¿No llevas lentillas? —protestó.

—Ups. Puede que no.

—¡Jen, va a darme un ataque y tú sin ver nada! ¡Dame eso!

Me lo quitó de las manos y lo miró directamente.
Durante unos segundos, no dijo nada. Sentí que mis nervios aumentaban.
—¿Y bien? —pregunté yo, impaciente.

Él levantó la mirada y la clavó en la mía.
—Parece que vamos a tener que volver a la tienda de muebles, pequeño saltamontes.

***

Jack me sonrió cuando, dos semanas más tarde, me tomó de la mano para dirigirme en ese mar de gente.
La verdad es que estaba un poco confusa. ¿Ahí trabajaba él? Cruzamos dos platós con decorados de lo que parecían casas normales y corrientes, pero llenos de gente que tenía mil y una funciones diferentes. Casi todos saludaron a Jack cuando lo vieron pasar y me trataron con bastante amabilidad teniendo en cuenta que no me habían visto nunca.
Finalmente, salió del plató y cruzó un patio grande de piedra lisa para meterse en un edificio. Vi una cafetería con gente llenándose las bandejas de cosas de desayuno, tomando cafés y charlando, pero él siguió andando hacia las escaleras y llegamos a un pasillo impoluto. La suya era la última puerta a la izquierda. Sonreí al darme cuenta de que nuestra habitación en el piso de Naya y Will también era la última a la izquierda.
Joey estaba sentada en la mesa de cristal hablando por el móvil. Al vernos llegar, nos asintió con la cabeza y salió del despacho para terminar la conversación en el pasillo. Yo me quedé mirando el camerino de Jack. Bueno, eso me había dicho que era. Pero parecía un maldito apartamento.
Tenía una mesa redonda de cristal con varias sillas blancas, una alfombra mullida, muebles de cocina con una mininevera, un cuarto de baño, un armario, un sofá con sillones y un espejo gigante. Por no hablar de la ventana de atrás, que daba con todo el complejo. Tragué saliva ruidosamente.
—¿Aquí... trabajas? —pregunté, algo insegura.

—¿No te gusta?

—La pregunta es... ¿a quién puede no gustarle?

Sonrió, divertido.
—Todavía no uso el camerino para nada. El rodaje empieza a en un mes y medio.

—P-pero... esto es... creo que te odio un poco.

—Siéntate —me ofreció, riendo—. ¿Tienes hambre?

—Lo que tengo es la impresión de que esto no puede ser un camerino.

—El de los actores principales es parecido —se sentó a mi lado en la mesa, mirándome de reojo—. Por cierto, creo que no te lo comenté, pero Vivian ya no será un problema.

Dudé un momento, observándolo de soslayo.
—¿Por qué no?

—Porque la despedí.

Abrí al boca, sorprendida.
—Jack, yo no...

—No empieces a soltarme un sermón sobre que no me pediste que la echara. Créeme, no tendrá problemas económicos. De hecho, me extrañaría mucho que no le hubieran ofrecido ya otro papel importante.
—¿Y... quién la sustituye?

—Una actriz que a la productora le interesa que salga en una película taquillera —se encogió de hombros.

Joey entró en ese momento.
—Según lo que he oído, ella y el actor principal se toman muy en serio su trabajo y hacen muuuuchas horas extras... muy juntitos —sonrió, divertida, sentándose delante de nosotros.

—¿En serio? —Jack enarcó una ceja antes de negar con la cabeza—. Pues más les vale centrarse en lo importante cuando empiece el rodaje.

—Y el director implacable ha vuelto —bromeó Joey.

—Acabo de acordarme de que, técnicamente, tú eres el jefe —murmuré.

—Por favor, no me me llames eso —me suplicó—, hace que me sienta como si tuviera cincuenta años, barriga gorda y un puro en la mano.

Empecé a reírme mientras Joey sacudía la cabeza y sacaba algo de su maletín negro. Lo puso en la mesa.
—Bueno, ¿procedemos a lo que has venido a hacer? —me preguntó con la mirada clavada en sus papeles.
Dejé de reírme cuando el nudo de nervios que había sentido durante todo el camino volvió a por mí. Asentí con la cabeza y noté que Jack me ponía una mano en la rodilla para intentar calmarme un poco.
Joey, por su parte, se quedó con tres papeles y les dio la vuelta para enseñármelos. Los miré de reojo, pero no entendía la mitad de lo que ponían en esa pequeña letrita.
—Estos son los tres elegidos —me informó—. He estado hablando con varias galerías de arte y hubo unas cuantas interesadas en exponer tus cuadros, pero sus ofertas eran una mierda.

A veces, me hacía gracia lo sincera que podía llegar a ser. Joey era genial.
—¿Hiciste lo que te pedí? —pregunté, algo tensa.

—¿Lo de no usar la baza de que tu prometido es este señor? —ella lo señaló con la cabeza y Jack le puso mala cara—. Ni siquiera lo mencioné. Aunque ya te dije que, si me dejaras usarlo, podrías ganar mucho más dinero.

—No es cuestión de dinero —murmuré.

—Lo sé, es cuestión de que quieran tus cuadros y no la publicidad que conllevaría exponer a la mujer de un famoso —ella me miró—. Pero no voy a poder seguir ocultándolo cuando te cambies el apellido.
—Jennifer Michelle Ross, también conocida como Mushu —canturreó Jack felizmente.

Le di un codazo y volví a centrarme en Joey.
—Para cuando se enteren, ya habrán comprado los cuadros.

—Tienes razón —me concedió—. También me pediste que no hablara con la madre de Ross y no lo he hecho, pero creo que estaría encantada de exponer tus cuadros en sus galerías.

—Lo sé.

—Aclarado todo esto... he conseguido tres contratos importantes. Estas dos galerías están dispuestas a comprar toda la colección. Esa última paga mejor, pero solo quiere quince cuadros.

—¿Y... cuál me recomiendas? —dudé.

—Querida, lo que quieres ahora es darte a conocer. Tú eres tu propia marca y, lo que se hace con las marcas, es intentar expandirlas al máximo público posible. Esta galería —señaló el segundo contrato—, es la que peor paga porque es menos exclusiva, pero asociarte con ella implicaría llegar a un mayor número de personas. Eso sí, esas personas no tienen el mismo alcance económico que los clientes de esta otra —señaló el primer contrato—, con la que llegarías a menos gente pero... tienen más dinero.

—¿Y la tercera galería?
—Es la que solo quiere quince cuadros. Es una galería muy exclusiva y con pocos clientes... pero selectos. Hay dos posibilidades; o te va muy bien y alguno de echa el ojo... o tenemos que volver a empezar. Ah, y el pago no sería tan elevado, claro. Son menos obras.

Me mordí el labio inferior, pensativa. Jack me acarició la rodilla con el pulgar y yo lo miré.
—¿Tú qué crees?

—Creo que es tu decisión —bromeó.

—Jack...

—Eres más lista que yo, Jen. Sabes qué quieres elegir.

Pues sí, lo había sabido durante un buen rato. Estiré la mano y agarré el tercer contrato y lo leí dos veces. Parecía estar todo correcto. Y, además, Joey lo había revisado.

Ellos dos me dejaron un poco de tiempo para pensarlo antes de que Joey me enarcara una ceja.
—¿El tercero? Te recuerdo que, si te sale mal, vamos a tener que empezar todo otra vez.
—Lo sé.

—¿Estás segura?

—Sí —miré a Jack de reojo—. Parece que sigo siendo un poco aventurera.

Él sonrió y negó con la cabeza mientras yo me inclinaba para firmar el contrato.
—Espera —miré a Joey—, ¿cuánto voy a cobrar por esto?

—Cobras por ceder los derechos ahora y también cobrarás cuando vendas un cuadro. Pero ya te he dicho que ese contrato es el peor pagado de los tres.

—¡Es la primera vez que cobro por pintar, me da igual que sea muy poco! —sonreí ampliamente—. ¿Cuánto es?

—Veinte.

No pude evitar ocultar la mueca.
—¿Solo veinte dólares?

Joey me miró y luego miró a Jack, que estaba intentando no reírse con todas sus fuerzas.
—¿Qué? —pregunté.

—No son solo veinte —aclaró Joey—. Son veinte mil.

Noté que la sonrisa iba evaporándose lentamente de mi cara para dejar solo una mueca perpleja.
—¿Eh?

—No está mal para un primer contrato —murmuró ella.

—¿Y-yo... voy a... voy a tener... veinte...?

—¿Qué le pasa? —preguntó Joey con una mueca.

—Está entrando en cortocircuito —le explicó Jack, dándome una palmadita en la espalda.

Si no me había dado un infarto en esa sala, supe que no me daría ninguno jamás.
Seguía medio en shock cuando volvimos al piso. Todos los demás estaban en el salón preparándose para la cena de despedida.
Jack, Mike y yo habíamos trasladado todas nuestras cosas ya a la casa nueva por la mañana.
Me había sentido incluso más rara que cuando me había ido de casa de mis padres para empezar la Universidad. Me daba un poco de lástima irme de ese piso pero, a la vez, no podía esperar a vivir en esa casa con Jack.

Bueno, y con Mike. A quien ya le habíamos dejado claro que solo viniera en caso de emergencia. Aunque me daba la sensación de que sus emergencias serían venir a comer todos los días por pereza a hacerse algo él solito.
Naya sonrió ampliamente al vernos llegar.
—¡He he hecho yo toda la cena en vuestro honor! —exclamó felizmente.

Vi las miradas furibundas que cruzaban el salón y tuve que contenerme para no reír.
—Estoy hambrienta —le aseguré.

—Pues en cuanto lleguen... ¡aaaahhhh, ahí están!

Pasó volando por mi lado cuando llamaron a la puerta. Lana estaba apoyada en el marco, acompañada de Chris y Curtis. Los tres entraron y nos saludaron a todos. Mientras Chris y Naya discutían —como siempre—, me alejé un poco con Curtis hacia la cocina.
—Así que lo vuestro ya es oficial, ¿eh? —señalé a Chris con la cabeza.

Curtis lo recorrió con la mirada antes de encogerse de hombros.
—Hasta que uno de los dos se aburra, supongo.

—Qué romántico eres.

—No te negaré que ese rollo que tiene de quererlo todo perfecto me pone...

—Vale, no necesito tanta información.

Sonrió ampliamente.
—Te debo una por presentármelo, ¿eh? —me pasó un brazo por encima de los hombros—. Si alguna vez te divorcias de tu señor futuro marido, llámame y te encontraré a alguien. O sin necesidad de divorciarse. Dicen que eso de tener un amante es genial. ¿No tienes pensado tener uno? Seguro que también puedo encontrarte a alguien.

—Es un detalle, pero estoy bien servida.

—Hola, Charlie.

Curtis se apartó de mí casi por instinto cuando Jack apareció delante de nosotros con los ojos entrecerrados en su dirección.
—Hey, Ross —Curtis sonrió ampliamente—. Solo le decía a Jenna lo buen marido que serás.

—Eso no es lo que me ha parecido oír, Charlie.

—¿Chris me está llamando? —preguntó él enseguida.

Fruncí el ceño.
—Yo diría que n...

—Efectivamente, me está llamando y debo ir con él. Qué pena —sonrió y se alejó a toda velocidad.

Jack lo siguió con la mirada antes de suspirar y mirarme.
—Oye, dime que tienes comida escondida por aquí.

—¿Comida?

—No pienso intoxicarme con lo que sea que Naya ha estado cocinando.

—Lamento decirte que esa es tu única opción. A no ser que no quieras cenar.

Puso una mueca de disgusto.
Y la mantuvo durante toda la cena, que consistió en carne quemada, puré rancio y un postre que parecía un pastel de algo dulce.
De todos modos, yo me esforcé en fingir que me encantaba todo porque Naya parecía sinceramente ilusionada. Además, la cena fue incluso mejor de lo previsto. Me lo pasé muy bien con todos ellos. Incluso llegué a olvidarme de contratos, casas, bodas, embarazados y mudanzas. Solo me lo pasé bien con ellos.
De pronto, Naya suspiró y dejó su cerveza en la mesa de un golpe.
—No me puedo creer que de verdad os vayáis.

—La verdad es que yo sigo sintiendo que este es tu piso —confesó Will mirando a Jack.

—Espero que cuidéis muy bien de la habitación —replicó él—. Ha sido una gran compañera por unos cuantos años.

—Y de la mía —recalcó Sue.

—Y de mi sofá —añadió Mike.
Chris nos miró a todos con el ceño ligeramente fruncido.
—¿Y no os vais a llevar ningún recuerdo?

—¿Recuerdo? —repetí, confusa.

—No lo sé. Una foto de todos juntos o algo así. Para recordar esta etapa. Es bonito, ¿no?

Curtis sonrió y le dio un beso en la mejilla.
—Qué cursi eres.

A Chris se le enrojecieron las orejas al instante.
—Pues a mí no me parece mala idea —replicó Lana—. Colocaos en el sofá. Yo os la hago.

Parpadeé, sorprendida, cuando Naya y Will se instalaron junto a Jack y a mí. Sue puso una mueca cuando no le quedó lugar. Jack tiró enseguida de mí para sentarme en su regazo y Sue ocupó mi lugar. Jane se quedó con Curtis y Chris mientras Lana se ponía de pie y se alejaba un poco para hacer la foto.
Sin embargo, enseguida me di cuenta de que Mike se había quedado en uno de los sillones, un poco cabizbajo.
Y, para mi sorpresa, no fui yo quien le dijo que viniera.
—Eh, tú, idiota —Jack le hizo un gesto—, venga, ven aquí.

Mike esbozó una sonrisa encantadora y vino casi dando saltitos. Sin más preámbulos, se lanzó sobre Will, Naya y Sue. Los tres protestaron, pero él no se movió en absoluto.
—Bueno, ¿ya estáis listos o falta alguien más? —preguntó Lana.

—Listos.

—Genial. Pues enseñadme esas sonrisas.
Lo de las fotos había sido una muy mala idea. Lo supe al instante en que Naya agarró su móvil, inspirada, y empezó a hacerlas compulsivamente.
De todos modos, nadie protestó mucho, especialmente porque todos empezábamos a ser conscientes de que la cena se estaba terminando. Jane ya se había quedado dormida en un sillón. Y Mike en un sofá, roncando con la cabeza encima de Sue, que intentaba apartarle con una mueca de horror pero que le resultaba imposible hacerlo porque él cada vez se pegaba más ella.
Chris y Curtis fueron los primeros en marcharse. Después, lo hizo Lana.
Me sorprendió un poco que Naya no montara el drama cuando Jack y yo nos pusimos de pie.
—Bueno... —Jack suspiró—, parece que va siendo hora de irse.

Naya lo señaló enseguida.
—Ni se te ocurra ser un insensible ahora.

Él puso los ojos en blanco cuando Naya se me acercó y me abrazó con suficiente fuerza como para estrujarme. Cuando se separó, se limpió dramáticamente unas cuantas lágrimas y Will se adelantó para despedirse de nosotros. Sue se limitó a murmurar algo sobre tener más espacio antes de apartar a Mike de malas maneras.
—Despierta, parásito. Hora de irse.

Él parpadeó y se puso de pie, bostezando.
—¿Ya? ¿Qué hora es? Quiero dormir un ratito más...

Jack negó con la cabeza.
—Parece mentira que tú seas el hermano mayor.

—La edad es algo mental, hermanito.

—Sí, y tú tienes cinco años mentales, *hermanito*.

—No os pongáis a discutir ahora, por favor —suplicó.

Jack asintió con la cabeza.
—Sí, bueno, vámonos.

—Mira que eres poco dramático —Sue negó con la cabeza.

—Si nos vamos a ver en tres días —protestó Jack.

—¡Es simbólico! —se quejó Naya—. ¿O tú no vas a echarnos de menos, idiot?

Jack lo pensó un momento. Le dediqué una mirada de advertencia y él suspiró pesadamente.
—Odio las malditas despedidas —mascullό de mala gana.
—¿Eso es un sí? —Naya sonrió ampliamente.

—Bueno... supongo... que podrías considerarlo un sí.

—¡Aaaaaah! ¡Ross, sabía que en el fondo nos querías!

Jack dio un respingo cuando ella lo abrazó con fuerza.
—¡Pero suéltame, loca!

—Ya podéis iros —Naya sonrió ampliamente—. Solo quería que él lo admitiera en voz alta. Sois libres.

—Vaya, muchas gracias —ironicé.

Mike bostezó ruidosamente en la puerta.
—¿Nos vamos o qué? Yo tengo sueño.

Los tres nos acompañaron a la puerta y nos quedamos un momento en silencio cuando nosotros nos detuvimos en el pasillo, mirándolos.
Por primera vez esa noche, sentí que se me formaba un nudo en la garganta al mirarlos. Los quería mucho. Con sus virtudes y con sus defectos. Eran mi segunda familia. La que había elegido. Y no habría podido elegir mejor.
Esbocé una pequeña sonrisa triste.
—Portaos bien sin nosotros, ¿eh? —bromeé.

Naya ya volvía a lloriquear. Will esbozó también una sonrisa triste. Y Sue se cruzó de brazos, evitando la mirada de nadie.
—Lo mismo os digo —murmuró Will.

Me quedé en silencio un momento más. Entonces, sentí que Jack envolvía su mano en la mía y solté todo el aire de mis pulmones, mirándolos.
—Adiós, chicos.
Para mi asombro, la primera en responder no fue Naya, sino Sue.
—Vais a venir a vernos, ¿no? —me frunció el ceño—. Lo habéis prometido.
No pude soportarlo más y me lancé sobre ella, dándole un abrazo. Ella empezó a protestar a voces cuando todos los demás se unieron, divertidos.
—¡No, soltadme! ¡Qué asco, no me toquéis!

—¡Te jodes! —le espetó Naya antes de sonreír felizmente, fundiéndose en el abrazo—. ¡Abrazo grupal!

Sue suspiró y, finalmente, dejó que la abrazáramos.
Unos minutos más tarde, miré la carretera delante de mí. Mike estaba tumbado en los asientos de atrás, durmiendo profundamente. Jack, a mi lado, parecía pensativo. Estiré la mano y atrapé a suya sobre el cambio de marchas.

—¿Te das cuenta de que a esto lo llaman cerrar una etapa para empezar otra? —murmuré.

Él sonrió.
—La pregunta es... ¿será mejor o peor?

—Las expectativas están altas, pero yo diría que será mejor.

—Eso espero.

Apoyó nuestras manos en mi regazo y noté que me pasaba un dedo por encima del anillo, recorriéndolo lentamente.
—¿Y estás lista para esta nueva etapa, Jen?

Sonreí cuando volvió a pasar el dedo por mi anillo y asentí con la cabeza, decidida.
—Estoy lista.

EPILOGO

16 de abril

Respiré hondo y me miré otra vez en el espejo.
—Estás bien —insistió Shanon, detrás de mí—. Deja de ser tan pesada.

—Está nerviosa, déjala —protestó mamá antes de limpiarse dramáticamente una lágrima—. Oh, cielo, no sabes lo preciosa que estás. ¡Por fin se casa algún hijo mío!

—Sí, porque con los demás lo tienes muy difícil —murmuró Shanon de mala gana.

Mamá sonrió inocentemente.
—Mis esperanzas estaban puestas en vosotras dos. Los demás son casos perdidos.

—Dijo la mejor madre de la historia —Shanon suspiró—. En fin, deberíamos bajar ya, ¿no?

—Yo tengo que esperar a papá —murmuré.

—Pues te dejaremos sola un rato —Shanon me dio un apretón en el hombro—. Suerte en el campo de batalla, hermana.

—Es una boda —le recordó mamá de mala gana.

—Pues eso. El campo de batalla.

Les sonreí, pero la sonrisa fue desapareciendo a medida que pasaron los segundos en los que estuve sola. Respiré hondo y me miré de nuevo en el espejo.
El maquillaje era muy casual para una boda, justo como había pedido. Y tenía el pelo atado en un moño con varios mechones sueltos. Eso último había sido una improvisación al darnos cuenta de que mi mechón rebelde no iba a quedarse quieto. Al final, lo había rizado junto con algunos otros y estaba mucho mejor. Tragué saliva y me pasé los dos por el borde del vestido.
En el momento en que lo había visto, me había parecido perfecto. Y seguía pareciéndomelo, pese a los nervios. Era muy sencillo. Y a mi padre también le encantaba. Era difícil conseguir que le gustara algo, así que era un alivio.
Tenía el cuello en v y toda la parte desde la cintura hacia arriba hecha de bordados bastante bonitos. La parte de abajo era también blanca, pero lisa. No era excesivamente largo. De hecho, me llegaba por los tobillos. E iba descalza, claro. Reprimí una sonrisa al imaginarme la cara de horror de mi madre cuando Shanon le dijo que tenía que ir descalza a la boda de su hija.
Me puse de pie y me revisé a mí misma con la mirada para asegurarme de que todo estaba bien. Me quité una arruga con la mano, nerviosa, cuando llamaron a la puerta. Naya asomó la cabeza y me miró.
—¿Puedo pasar? Es una pequeña emergencia.

Ya sabía qué pequeña emergencia era exactamente.
—¿Qué le pasa ahora a la pequeña emergencia? —sonreí.

—Creo que quiere mimitos de mamá —me informó con una mueca.

Naya abrió del todo la puerta y se acercó a mí con el bebé en brazos. Él estaba berreando como un poseso mientras intentaba alcanzarle el pelo para tirar de él y Naya intentaba esquivarlo torpemente.
—¿Por qué se me dan tan mal los niños? —protestó con una mueca.

—Porque ellos ven que eres una pesada —Sue entró tras ella—. ¿Puedes hacer que el crío se calle ya? Tengo la cabeza a punto de explotar.

Sonreí y abrí los brazos. Naya me lo dejó y yo lo sujeté con la experiencia de haberlo hecho ya cientos de veces en poco tiempo. En cuanto él levantó la mirada hacia mí, se tranquilizó. Escuché a Naya bufar, pero la ignoré y lo mecí un poco.

—¿Qué pasa, Jay? —le pregunté, divertida—. ¿Estás haciendo enfadar a la tía Naya?

—Y a la tía Sue —remarcó ella, dejándose caer en la silla que había usado hasta ese momento—. Por cierto, ¿puedo preguntarte qué he hecho contra ti para que me obligues a ponerme este vestido estúpido?

Ella, Naya y Shanon eran mis damas de honor. Y las tres llevaban vestidos de un tono azul claro muy sencillos, pero bonitos. Y el pelo suelto atado con dos mechones tras la cabeza. Naya estaba encantada, claro. Sue no tanto.
—Sue —la miré—, te recuerdo que es mi boda.

—¿Y yo qué culpa tengo?

—Venga, no me seas amargada. Si te queda genial.

Naya soltó una risita divertida que hizo que me girara hacia ella.
—Sí, Mike se lo ha dicho unas cinco veces.

Las dos nos giramos hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja. Sue se limitó a poner los ojos en blanco.
—Necesito amigos de mi edad.

—Solo tenemos dos años de diferencia —le recordó Naya, irritada.

—Mentalmente, no.

Las dejé discutiendo mientras seguía encargándome de que Jay no se pusiera a llorar otra vez. No lo hizo. De hecho, bostezó y se recostó para quedarse dormido.
—¿Habéis visto a los demás invitados? —pregunté.

—Están todos en la playa —Naya puso una mueca—. Aunque la verdad es que me ha sorprendido un poco que confíes en tu hermano para toda esa responsabilidad.
Todavía recordaba a Spencer viniendo con una sonrisa de oreja a oreja para decirme que se había sacado un diploma por el que podía oficiar ceremonias. Se lo había sacado por Internet. Después de discutirlo mucho —y de asegurarme de que eso realmente existía y no

se lo estaba inventando—, Jack había terminado convenciéndome de que podía ser divertido.
Así que... sí, mi hermano Spencer —el mismo que me lanzaba comida al pelo cuando se enfadaba— iba a ser quien oficiara nuestra boda.
¿Qué podía salir mal?
Todo.
Gracias, conciencia.
—Todo el mundo estaba esperando ya en la playa —añadió Naya—. Dentro de unos minutos Ross irá al altar. Dios, qué raro se me ha hecho decirlo en voz alta. Ross yendo a un altar. No creí que viviera para ver este día.

—¿Habéis hablado con él?

Sue empezó a reírse.
—Estaba arrasando con la comida del banquete. Cuando su madre ha empezado a gritarle que parara porque podía mancharse, él le ha gritado que estaba nervioso y que lo dejara en paz.

Negué con la cabeza y, justo cuando Jay se quedó dormido, Naya vino hacia mí.
—Déjamelo a mí. Imagínate que te vomita encima... menudo desastre.

—Sí... ¿puedes llevárselo a mi madre?
—Sin problemas —le hizo un gesto a Sue con la cabeza—. Venga, tita Sue. Hora de irse.

—Por favor, no me llames así. Me deprime mucho.

—Como quieras —Naya se asomó por última vez—. ¡Nos vemos en el altar, estás guapísima!

Sue también se asomó y vi que Naya le daba un codazo.
—Dile algo bonito.

—¿Eh?

—¡Que se lo digas!

—Oh, eh... um... Ross se empalmará nada más verte.

Sentí que mi cara se volvía roja al tiempo que Naya tiraba de ella bruscamente.
—¡Mira que eres bruta! —escuché que la reñía por el pasillo.
—¿Y qué tiene eso de malo? ¿No es bueno que se empalme?

Cerré la puerta y me quedé sola por lo que pareció una eternidad. Papá estaba abajo, esperando para venir a buscarme en el momento necesario. Los del hotel habían sido muy amables al dejarnos toda su terraza, su parte de playa privada y encargarse del catering. Bueno, no había sido por amabilidad. Había sido por dinero. Pero ya me entendéis.
Ya me había enroscado el mechón de pelo rizado en un dedo diez veces cuando por fin escuché que llamaban a la puerta.

—¿Jenny? —la voz de papá me puso más nerviosa de lo que estaba—. ¿Estás lista?

Abrí y sentí que me temblaban las manos.
—No, pero tampoco lo estaré dentro de diez minutos.

—¿Eso es un *bajemos*?

—Sí —me relajé por un momento cuando me colocó el mechón de pelo con el que había estado jugando—. Vayamos ya o a tu casi-marido le va a dar un ataque al corazón.
Acepté su brazo y me apoyé en él con una mano, mirándolo de reojo.
—¿Has hablado con él?

—Justo antes de subir.

—¿Estaba muy nervioso?
—Se ha ajustado la corbata catorce veces en una conversación de dos minutos, ¿tú qué crees?

—Pero… si él no sabe arreglarse la corbata.

—Lo sé. He tenido que ponérsela bien. Otra vez.

Empecé a reírme cuando bajamos las escaleras y salimos del establecimiento. Doblando la esquina del hotel empezaba la arena, y vi que habían hecho un caminito de rosas para ir al altar. En otra ocasión me habría parecido incluso cursi, pero estaba tan emocionada y nerviosa que apenas podía verlas. Papá se detuvo conmigo justo antes de doblar la esquina para darme un momento de paz. Yo estaba hiperventilando.
—Creo que no he estado tan nerviosa en mi vida —dije en voz baja.

—Todavía estamos a tiempo de coger un taxi e irnos de aquí.

Sonreí con la broma, pero la sonrisa duró poco. Me llevé una mano al corazón, que latía a toda velocidad. Con la otra, apreté el pequeño ramo de flores que ni me acordaba de haber recogido. Me temblaba todo el cuerpo.
—¿Cómo puedo estar tan tensa? —farfullé—. Se supone que ya he pasado la parte difícil, ¿no? Ahora solo hay que decir *sí, quiero* y seguir adelante con la vida.

Papá pareció confuso cuando me dio una palmadita en el hombro.
—¿Qué pasa? ¿Tienes dudas?
Lo consideré un momento, tratando de calmarme.
—¿Dudas? No. ¿Ganas de vomitar? Demasiadas.

—Pues hazlo aquí o la fotógrafa va a inmortalizar el momento.
—No. Se me ha pasado. Estoy bien.

—¿Vamos, entonces?

Me ofreció un brazo y yo dudé un momento antes de poner la mano en él para colocarme a su lado. Tomé dos bocanadas de aire antes de asentir con la cabeza, más para mí misma que para él.
Papá dijo algo, pero me zumbaban los oídos y apenas fui consciente de lo que era. Solo noté que tiraba de mí por el caminito de rosas y apreté el ramo con fuerza sin siquiera darme cuenta.
En la playa, a una distancia prudente de la orilla, vi las hileras de sillas azul claro, las flores, el arco de madera adornado para la ocasión, la decoración... y los invitados. Habíamos decidido que fuera una boda lo más íntima posible, así que no eran muchos. Vi a mamá, Shanon, Owen, Sonny y Steve, a Mary y Agnes, a Sue, Mike, Will, Jane y Naya, a Lana con un chico con el que habría ligado, a Chris y Curtis... y unos pocos familiares por parte de ambos. Estaba tan nerviosa que no pude ver más. Especialmente cuando papá me dio un codazo discreto para que avanzara un poco más rápido.
Spencer estaba justo detrás del arco de madera con una sonrisa de oreja a oreja, encantado con su papel. Y, junto a él, estaba Jack.
Casi empecé a reírme cuando vi que estaba tan nervioso o más que yo. De hecho, lo estábamos tanto que ni siquiera nos miramos de arriba abajo —cosa que había creído que pasaría— sino que mantuvimos los ojos clavados en los del otro. Estaba tan centrada en eso que ni siquiera fui consciente de que mi padre me dejaba junto a él, le daba una palmadita en el hombro y se iba a sentar con los demás invitados.
Y escuché a Spencer empezar a parlotear a un metro de distancia de nosotros, encantado. Yo aproveché mi momento para repasar a Jack con los ojos. Llevaba un traje negro a medida y le sentaba tan bien que casi se me olvidó que estábamos en público y que no podía lanzarme a besarlo —todavía, al menos—. Cuando levanté un poco la mirada, esbocé una pequeña sonrisa al ver que llevaba puesta la misma corbata que habíamos ido a comprar juntos para su estreno.
Cuando lo miré de nuevo a la cara, vi que él había hecho exactamente lo mismo conmigo; darme un repaso de arriba abajo. Una de las comisuras de su boca se elevó al revisar cada centímetro del vestido.
—No es tan transparente como me gustaría, pero no está mal —me dijo en voz baja para que solo yo pudiera escucharlo.

Dios, estaba tan nerviosa. No oía nada. Solo podía mirarlo fijamente porque parecía que él se había calmado y su calma, de alguna forma, hacía que yo no me desmayara.
Estaba tan centrada en eso que no me di cuenta de que se había estirado y me estaba sujetando la mano, diciendo algo sin perderme de vista.
Entonces, frunció el ceño y no entendí el por qué. Menos ma que estaba mi hermano para explicármelo a gritos.
—¡JENNY!

Di un respingo y miré a Spencer, parpadeando como si volviera a la realidad.
—¿Eh?

—¿Quieres centrarte en lo que te digo? —protestó él.

Escuché risitas a mi alrededor y noté que mis mejillas se teñían de rojo cuando vi que Jack intentaba no reírse con todas sus fuerzas. Me dio un ligero apretón en la mano para darme ánimos cuando me giré hacia Spencer de nuevo.
—¿Qué... qué pasa? ¿Qué has preguntado?

—Que si quieres ser su esposa, Jenny —aclaró.

—Oh.

Intenté calmarme cuando Jack sonrió, divertido. Mi cara estaba escarlata cuando tragué saliva.
—S-sí, quiero.

Casi al instante, vi que Jack me dedicaba una pequeña sonrisa de felicidad absoluta cuando deslizó un anillo dorado en mi dedo. Di gracias a todo el que escuchara por conseguir acertar a la primera al ponerle el suyo. Me temblaban tanto las manos que no estaba segura de poder conseguirlo.
Spencer dijo algo y yo por fin pude escucharlo.
—¡Pues, por el poder que me concedió Internet hace dos semanas, yo os declaro marido y mujer! ¡Ya podéis morrearos!

—¡Spencer! —escuché la chillona voz de mi madre.

—Perdón —él puso los ojos en blanco—. Jackie, puedes besar a la novia.

Jack empezó a reírse antes de girarse hacia mí y acunar mi cara entre sus manos. El contraste de su piel cálida y el anillo todavía frío en mis mejillas ardiendo hizo que mi corazón se acelerara. Cerré los ojos cuando me dio un suave beso en los labios que prolongó durante unos pocos segundos antes de separarse y acariciarme la mejilla con el pulgar.
Pareció que iba a decir algo, pero de pronto sentí que mi hermano se lanzaba sobre nosotros para darnos un abrazo con fuerza antes de que lo hicieran Sonny y Steve. No sé cómo, pero terminamos siendo un enredo de invitados aplastándonos el uno contra el otro mientras yo intentaba apartar a todo el mundo para que no me destrozaran el vestido.
La cena iba a ser en la terraza del hotel, justo al lado de donde había sido la ceremonia. Yo estaba más calmada, pero no tanto como para que dejaran de temblarme las manos. Había barra libre, además, así que supuse que mis hermanos se emborracharían en cinco minutos. Solo esperaba no tener que verlo.
No sé cómo, pero de pronto vi que Agnes, Sonny, Steve, Shanon y Mike estaban reunidos en una de las mesas, borrachos perdidos y9 riendo a carcajadas por algo. Negué con la cabeza.
Mamá, papá y Mary estaban hablando entre ellos, aparentemente estaban bastante contentos. Habían sido los encargados de ocuparse de los niños. Owen estaba sentado jugando con el móvil mientras Jay dormía plácidamente en el regazo de mamá.
Al otro lado de la terraza, Naya y Will estaban sentados con Lana, su novio, Chris y Curtis. Jane estaba sentada en el regazo de Lana mientras ella la hacía reír jugando con ella.
—Oh, no —escuché que murmuraba Jack.

Me giré hacia él instintivamente.
—¿Qué pasa?

—Creo que tu hermano se va a llevar unas bonitas calabazas.

—¿Eh?

Miré en la misma dirección que él y abrí mucho los ojos cuando vi a Spencer medio borracho flirteando abiertamente con Sue. Ella estaba apoyada en una de las columnas con la espalda y una copa en la mano, con aire divertido, viendo cómo él se pavoneaba y parloteaba.
Ahogué una risa cuando Spencer le dedicó lo que supuse que, en su mente, sería una sonrisa divertida.
—¿Crees que va a ligar con ella? —pregunté.

—¿Con Sue? —Jack puso una mueca—. Tendría más suerte besando un cactus.
—Oh, venga no seas...

Me detuve a mí misma cuando vi que alguien se acercaba a ellos a toda velocidad. Mike.
Oh, esto se ponía interesante.
Jack y yo miramos como en un partido de tenis a Mike plantándose a su lado con los puños en las caderas. Spencer le dijo algo, él dijo algo... Sue solo los miraba con una ceja enarcada.
Al final, pareció que los dos estaban tan pendientes de irritarse entre ellos que no se dieron cuenta de que Sue se escabulló poniendo los ojos en blanco.
Justo en medio de esa discusión, escuché a alguien aclarándose la garganta a mi lado. Jack y yo nos giramos hacia la chica que había hecho de fotógrafa durante toda la ceremonia.
—Hola —nos saludó educadamente—. Espero que no sea un mal momento... Había pensado en hacer unas cuantas fotos más antes de que se pusiera del todo el sol. Podrían quedar bien.

Genial, ni siquiera me había dado cuenta de que apenas teníamos fotos juntos. Solo con los invitados. Me puse de pie y enganché a Jack del brazo para ir con la chica a la playa. Por el camino, no pude evitar mirarla de reojo. Menuda cámara. Tenía que ser muy cara.
No sé por qué, pero de pronto quise entablar una conversación con ella.
—¿Has hecho fotos en muchas bodas? —pregunté.

—Le verdad es que no. Es mi primera boda. Lo mío suelen ser los paisajes.

—¿En serio? Mi hermana me dijo que trabajaste en una banda haciendo fotos a sus miembros.

—Oh —no pudo evitar sonreírme—, bueno, eso fue... distinto. Mi novio estaba en la banda, así que me ofreció el trabajo... ya sabes. Es una larga historia.
Me detuve y la miré, curiosa.
—Oh, ¿es el chico tatuado de la foto de la guitarra?

Pareció sinceramente sorprendida. Jack más.
—¿Desde cuándo vas buscando fotos de chicos tatuados con guitarras? —protestó.

—¡No la busqué! —aclaré enseguida.

—¿La has visto? —la chica pareció sinceramente sorprendida—. Es mi novio. El de la banda.

—Mi hermana me enseñó parte de tu trabajo para que decidiera si queríamos contratarte o no —expliqué rápidamente—. Joder, tu novio parece muy...

—Ejem, ejem —Jack enarcó una ceja, cruzándose de brazos.

—...interesante —concluí, roja de vergüenza.

Ella empezó a reírse, divertida, y me ofreció la mano.
—Te aseguro que lo es. Me llamo Brooke, por cierto. Es un placer.

—Jenna —me presenté aunque probablemente le habían dicho mi nombre—. Bueno, ¿dónde nos ponemos?

Ella nos colocó en varias perspectivas distintas y, al cabo de unos veinte minutos, el sol se puso tanto que ya no pudimos seguir. Nos dejó ver unas cuantas fotos y la verdad es que resultaron ser preciosas.
De hecho, estaba a punto de decirlo cuando escuché a alguien que gritaba, corriendo hacia mí. Antes de poder darme cuenta de lo que pasaba, noté que Sonny y Steve me levantaban del suelo. Solté un grito de horror cuando vi que empezaban a llevarme corriendo al agua y me giré en busca de la ayuda de Jack, pero él no estaba mucho mejor que yo. Naya, Sue, Mike y Will estaban ocupándose de él.
Y, así, terminé metida en el mar con mi vestido de boda puesto.
Ellos me habían soltado de tal manera que me había zambullido en el agua. Saqué la cabeza, furiosa, y miré abajo.
—¡Mi vestido! —chillé, girándome hacia esos dos demonios, que ya estaban corriendo a la orilla por sus vidas—. ¡Venid aquí, os voy a matar!

—¿Cómo van a venir si les dices eso? —protestó Mike.

Me crucé de brazos, enfurruñada, cuando vi que los demás también se habían tirado al agua, divertidos, arruinando sus trajes y vestidos perfectos. Miré la orilla y vi que nuestros familiares restantes nos juzgaban con la mirada antes de volver al banquete.
Sentí que mis hombros se relajaban cuando Jack vino hacia mí, empapado. Se quitó la chaqueta y la lanzó a la orilla, divertido. La camisa se le transparentaba con la humedad y enarqué una ceja, más interesada de lo que debería.
—Señora Ross —me hizo una reverencia exagerada.

—Gracias por añadirme veinte años —bromeé.

Ignoré a los demás, que reían y se salpicaban entre ellos a unos metros de nosotros, y me centré en Jack. Él se inclinó hacia delante y me sujetó de la cintura con una mano para darme un beso bastante más profundo que el que me había dado antes. Al separarse, estaba sonriendo.

—Ya es la segunda vez que terminamos en el agua en una de nuestras citas, Michelle.

—Para empezar, esto no es una cita. Es nuestra boda.

—Técnicamente, se podría considerar cita.

—Y, para terminar, no me llames Michelle o te pido el divorcio.
Para mi sorpresa, su sonrisa se acentuó.
—Ahora ya puedes amenazarme con el divorcio —sonrió ampliamente.

—¿Y eso te alegra?

—Implica que estamos casados, ¿cómo no va a alegrarme, Michelle?

—¡Deja de llamarme...!

—Por cierto, creo que ha sido una gran idea lo de tirarnos al mar.

Me enganchó de nuevo. Esta vez con ambas manos —y por las caderas—, pegándome a su cuerpo. Le rodeé el cuello con los brazos con una sonrisita divertida.
—¿Por qué?

—Se te transparenta el vestido.

Intenté separarme para cubrirme como fuera, pero él empezó a reírse y no dejó que me moviera.
—Tranquila, yo te cubro —me aseguró—. Solo yo sabré que llevas bragas rosas.

—Ibas a saberlo igual, ¿sabes? ¿O no te acuerdas de la noche de bodas?

—¿Que si me acuerdo? Llevo pensando en ella desde que te puse ese maldito anillo.

Empecé a reírme, pero me detuve cuando se inclinó hacia delante para besarme y yo me eché hacia atrás, impidiéndoselo. Enarcó una ceja con curiosidad.
—Vale, primera norma de nuestro matrimonio... —empecé.

—¿Desde cuándo se pueden poner normas?

—Desde ahora. La primera es...

—Yo solo quiero imponer una norma —aclaró.

Lo miré, intrigada.
—¿Cuál?

—Quiero que admitas que mis polvos son de diez.

—¡Jack!

—¡Admítelo! ¡Tenemos que empezar este matrimonio sin mentiras, Michelle!

—No es mentira. Es... ocultar la verdad.

—¡Así que lo son! —sonrió ampliamente—. Lo sabía.

—Son de nueve y medio.

—Sí, claro.

—Nueve noventa y nueve.

—Son de quince, pero me conformo con un diez.

—Muy bien —admití—. Son de diez.

Su sonrisa de triunfo fue casi mayor que cuando le había dicho que quería casarme con él. Negué con la cabeza, divertida.
—Gracias por tu sinceridad, querida esposa. Ya era hora.

—No tan rápido —le puse un dedo en los labios cuando intentó besarme, deteniéndolo—. Yo también tengo una norma. Solo una. Y estás moralmente obligado a cumplirla, ¿eh?

Sus ojos brillaron con curiosidad cuando quité el dedo.
—Muy bien, ¿cuál es?

—Tienes absoluta y totalmente prohibido llamarme Michelle.

Hubo un momento de silencio. Él puso un mohín.
—Pero ¡a mí me encanta llamarte así!

—Sí, pero a mí me entran ganas de ahogarme en el mar cada vez que lo haces.

—Tranquila, no volveremos a la playa y ya no habrá problemas con que te lo diga.

Negué con la cabeza, divertida.
—No te queda más remedio que cumplir mi norma —concluí—. Nada de Michelle.
—Pero...

—Nada de Michelle. ¡Y tampoco puedes llamarme Mushu!
—¡Eso no era lo acordado!

—Pero es mi norma. ¿La aceptas o no?

Pareció que pasaba una eternidad mientras lo consideraba. Entonces, los ojos le brillaron juguetonamente.
—Muy bien —sonrió ampliamente—. A partir de ahora, solo te llamaré señora Ross.

FIN